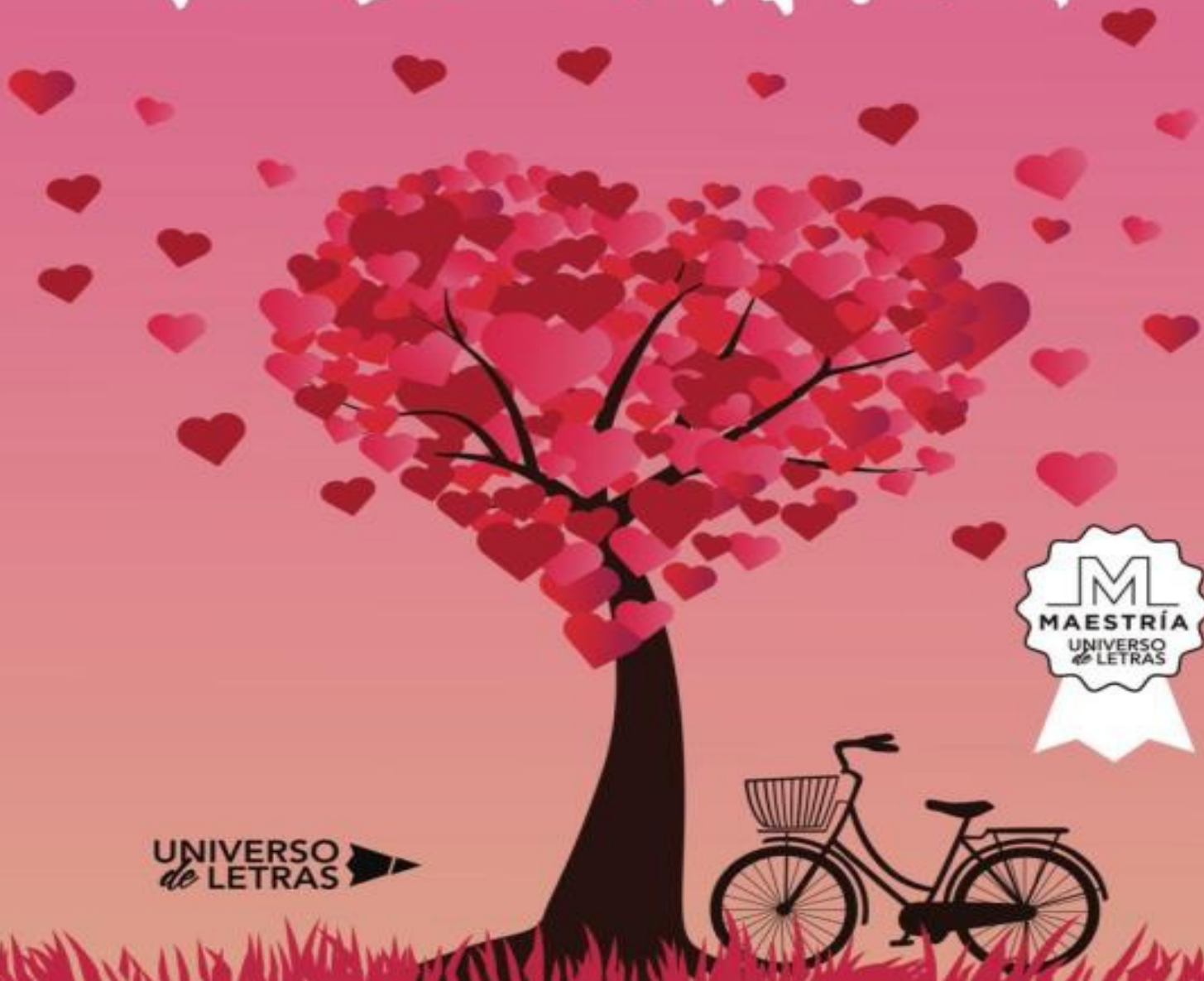
ALEJANDRO SANZ JIMÉNEZ

LA PUERTA ENTREABIERTA DE MARY



MAESTRÍA UNIVERSO de LETRAS

UNIVERSO de LETRAS

La puerta entreabierta de Mary

Alejandro Sanz Jiménez

UNIVERSO de LETRAS

La puerta entreabierta de Mary
Alejandro Sanz Jiménez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Alejandro Sanz Jiménez, 2023

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras
www.universodeletras.com

Primera edición: 2023

ISBN: 9788419137258
ISBN eBook: 9788419137579

A los lectores nocturnos, a los ratones de biblioteca, a los que matan los ratos muertos viajando con un libro entre las manos, a los amantes de la literatura, a los que empiezan, a los que retoman, a los que no pueden dejar de hacerlo, a todos los que deseen, pasen y lean, y disfruten.

Prólogo

Nunca te rindas a la primera de cambio. En cualquier momento todo puede dar un giro inesperado y colocarte frente a la oportunidad con la que siempre soñaste. Entonces, podrás transformarte a tu antojo y brillar con luz propia, como la mayor estrella del firmamento. Por veloces que los sueños parezcan, la ilusión siempre va un paso por delante. No dudes en perseguir cada uno de los anhelos que inundan tu pensamiento en forma de fantasía hasta que se hagan realidad. Rendirse es tan fácil como caer en la aburrida monotonía; inventa, explora y dale alas a la imaginación, porque descubrir también enamora y crea una placentera adicción. La vida es un hermoso juego de aprendizaje que no tienes por qué entender para poder disfrutar, donde la humildad y el buen corazón siempre ganan. Déjate guiar por ellos, vive el momento apartado de absurdas complicaciones y recorrerás fascinantes caminos que te llevarán a lugares maravillosos.

Alejandro Sanz Jiménez

Capítulo I
Mirando hacia adelante

> «En algún momento de esta vida caprichosa puedes verte obligado a tomar amargas decisiones, para más tarde encaminar senderos dulces y agradables. Tener el valor suficiente de hacerlo, mirando por el bien de los tuyos y de tu propia persona, te fortalecerá cual admirable guerrero, capaz de pelear en la más difícil de las batallas. Repleto de coraje y decisión, irás alcanzando objetivos hasta saborear el dulce fruto de la paciencia, que junto al de la constancia y el esfuerzo, darán como resultado el banquete perfecto».

El invierno en Wisconsin llegó de repente, de la mano de una tormenta de nieve que azotó el estado con fuertes rachas de viento, frío extremo y lluvia helada. Corría el año 1996 cuando la estación meteorológica del norte reveló la temperatura más baja registrada hasta la fecha, que llegó a alcanzar unos desorbitantes menos cuarenta y ocho grados. Los carámbanos colgaban de los tejados como agujas afiladas, el agua de los lagos se convirtió en grandes bloques de hielo, las ciudades quedaron sepultadas por un espeso manto blanco y los vecinos pasaron varios días atrapados en sus casas, combatiendo con fuego y lana las pequeñas corrientes de aire glacial que se colaban por cualquier rendija. El clima era tan extremo en esta gélida estación del año que sus habitantes hacían acopio de productos de primera necesidad y solamente salían para ir al trabajo, a comprar víveres y medicinas y a otros asuntos de fuerza mayor. Quien no tenía más remedio, agarraba su abrigo de plumas, su gorro de lana, una bufanda kilométrica y unos guantes de esquimal y en cuanto ponía un pie fuera de la techumbre, estaba deseando regresar. Los planes preferidos de todo aquel con dos dedos de frente y friolero por naturaleza, eran leer un libro en el sillón, bajo una manta gruesa, mirar el televisor en familia o sentarse junto a la chimenea sujetando una taza humeante de té, embobado con el poder hipnótico del fuego. Fue un año de nieves y vendavales, en el que las ganas de acurrucarse hicieron que unos meses más tarde aumentara la natalidad; la furia del viento y el peso de la nieve tronchó ramas de árboles, hundió tejados y tiró postes de tendido electico; hubo cortes de luz que se hicieron eternos, el deshielo provocó pequeñas inundaciones que no tuvieron mayor trascendencia y más de una persona perdió la vida a causa del frío, por tener que pasar la noche a la intemperie entre cartones y harapos.

En Madison, la capital, se celebró una de las mayores carreras en bicicleta de todos los tiempos, congregando a un gran número de corredores, que llegaron en tropel desde diferentes partes del mundo a rodar por esta bonita y remota ciudad. La gente se agolpó en las orillas de la carretera, salió a los balcones y hasta trepó a los árboles a animar a los corredores con fuertes vítores. Algunos arreaban detrás del pelotón, ofreciéndoles un trago con el que pasar mejor la etapa o desgañitándose para estimular el pedaleo. Los participantes anduvieron por todo el sur del estado, aclamados por el gentío, que los trataba como si fueran auténticos héroes. Y no era para menos, porque en pocas horas recorrieron una pila de kilómetros a buen ritmo, soportando temperaturas de glaciar. Después de la

carrera todo el mundo se compró una bicicleta y se puso a recorrer la ciudad de punta a punta, pero al cabo de un tiempo se pasó la fiebre del ciclismo y quedaron los cuatro aficionados de toda la vida y algún nuevo adepto. Las modas cambiaban continuamente y lo que hoy era tendencia mañana nadie lo recordaba, pero había tradiciones que mantenían intacta la magia del primer día. En Navidad, la ciudad se convertía en un colorido y alumbrado País de las Maravillas. Los vecinos se tomaban muy en serio esta hermosa celebración, sacaban el niño que llevamos dentro y adornaban hasta el último rincón de la casa. Colgaban cadenas de luces en el porche y muñecos de Papa Noel en las chimeneas, plantaban gnomos y renos luminosos en el jardín y regalaban sonrisas a completos desconocidos. Era un espectáculo digno de ver. La gente forastera acudía de visita a la ciudad, atraída por el decorado, y terminaba enamorándose del espíritu navideño, de su excelente calidad de vida y de la inmensidad de verde y azul que componía el paisaje. John y su madre, Megan, quedaron prendados de ese hermoso lugar y terminaron escogiéndolo para pasar el resto de sus días en armonía con la naturaleza. Vinieron a ver las luces un fin de semana y más tarde volverían para comenzar una nueva vida, lejos de la amargura, que se había vuelto un hábito. Llevaban más de veinte años viviendo en Detroit, en una modesta casa de planta baja, donde se instalaron al poco tiempo de nacer él, soportando las consecuencias de un matrimonio insufrible que no hacía más que pelear. Un buen día se vieron obligados a hacer las maletas y marcharse, sin saber que en unos meses tendrían que regresar a la carrera. Después de mucho tiempo aguantando a una persona insensata que nunca ejerció de padre y a un marido que se olvidó de serlo a los cuatro días de la ceremonia, no tuvieron más remedio que cambiar el rumbo de un viaje con demasiadas turbulencias.

John era un joven norteamericano de aspecto serio y carácter reservado, que desde bien temprano tuvo que lidiar con las constantes discusiones de unos padres enfrentados, con las preguntas de sus compañeros de colegio, que no entendían por qué su padre nunca venía a recogerlo, y con las visitas de la policía, que tantas noches acudió a casa porque los vecinos alertaron de gritos y jaleo. El muchacho había madurado a la fuerza. Aprendió a vivir entre voces y situaciones dramáticas. Se encerraba en su pequeña habitación para evadirse de los problemas, se inventaba historias para engañar a todo niño que preguntaba, decía que su padre era camionero y pasaba largas temporadas en el extranjero y agachaba la cabeza cuando las fuerzas del orden se personaban en casa de madrugada y lo sometían a interrogatorios, intentando averiguar lo sucedido. John se atrincheró en su dulce mundo de inocencia, tiró la llave a la basura y se limitó a hacer cosas de niño, a colorear hojas en blanco, rodar coches de juguete por el suelo y las paredes del cuarto y a jugar con el único amigo que tenía, el único que no andaba preguntándole por su padre ni por las discusiones en casa, ni por su gesto triste. Se llamaba Benjamín, era dos años mayor y tenía una historia parecida. Quizás por eso se entendían a la perfección. Nada más verse, se agarraban de sus manitas infantiles, sin mediar palabra, y se marchaban a corretear por el parque, a montar en los columpios, a jugar a la pelota, a los superhéroes o al escondite. Lo pasaban de maravilla y se olvidaban de las batallas que presenciaban en casa, estupefactos. Al cabo de unos años, Benjamín se marchó de la ciudad y nunca más volvieron a verse. John lloró desconsolado. Volvió a su infancia despoblada, a sus juegos en solitario; encontró la compañía que añoraba en la lectura y el dibujo y se acostumbró a la soledad, una soledad que solo abandonaba

cuando su madre no estaba fregando escaleras, haciendo labores del hogar o reposando de las tremendas palizas que se pegaba para sacar a su hijo adelante.

Megan era una mujer luchadora que, por caprichos del destino y una ristra de infortunios, se había criado en el temido Seven Mile Road, uno de los peores barrios del mundo, ubicado en la ciudad de Detroit, donde la delincuencia y el crimen organizado brotaban a borbotones. Los altercados que sucedían a cualquier hora, los trapicheos que invadían los callejones y los homicidios que anunciaba el furgón forense fueron el pan, duro, de cada día, que Megan tuvo que masticar con paciencia de científico, sin poder hacer nada para evitarlo, porque no tenía un sitio mejor adónde ir. La escasez de oportunidades que ofrecía un lugar como aquel y la necesidad de sacar a la familia adelante tejían la telaraña perfecta para atrapar a la mayor parte de sus residentes en las fauces de un oscuro mundo. El que no salía traficante, se echaba al mundo de adueñarse de lo ajeno o se dedicaba a mendigar en la puerta de un comercio, pidiendo limosna con un cartón pintado en las manos y un cesto entre las piernas. Megan no hizo nada parecido. Fue sorteando con pies de plomo cantidad de obstáculos, se ganaba unas monedas, honradamente, ayudando a los ancianos que salían del supermercado cargados de bolsas, limpiaba zapatos a elegantes señores o recogía cartones de la basura y luego los vendía en la planta de reciclaje. Caminaba al filo del abismo por un tenebroso callejón en el que había demasiadas posibilidades de tropezar, donde pronto conoció a Peter, su ya exmarido. Por desgracia, Peter pertenecía a esa mayoría del barrio involucrada en la mala vida, que se llenaba los bolsillos trapicheando, vendiendo bolsitas de droga por las esquinas, llevando dinero de un sitio a otro o haciendo cualquier encargo que la gente fuerte de la organización ordenaba. Siempre estaba dispuesto a salir a la calle a ganarse un buen jornal, sin importar lo peligroso del cometido ni pensar en las consecuencias. Era un crío alocado y temerario que lo único que quería era escalar posiciones en la estructura criminal que mandaba en la zona. La mala vida de Peter no supuso ningún impedimento para una joven Megan que se enamoró locamente de él. No tenía conocimiento y dio prioridad a la buena persona que en su interior habitaba y a todos los detalles que disfrutó a comienzos del noviazgo, en forma de entrega y dedicación. Peter siempre estaba pendiente de ella, aparecía con manojos de rosas que llevaban atada alguna bonita declaración escrita a mano, con letras torcidas y desiguales; con una caja de bombones belgas o con un puñado de dólares que entregaba a la muchacha para que vivieran mejor. Megan no preguntaba de dónde había sacado el dinero, lo guardaba a buen recaudo en una caja de latón que tenían encima de la nevera y que solo podía abrirse para atender pagos importantes, llenar la despensa, pagar la factura de la luz o la cuota del alquiler. Pregonaban su amor a los cuatro vientos, como dos jóvenes enamorados cuya única preocupación era disfrutar del presente, sin percatarse del mugriento entorno ni pensar en labrarse un futuro distinto. Se escapaban de madrugada, en las últimas noches de verano, y recorrían las calles a bordo de un ciclomotor destartalado que no alcanzaba más de cuarenta kilómetros por hora, hablando a gritos y sonriendo a carcajadas, y amanecían abrazados en un prado con la chaqueta de Peter por encima, exhaustos de tanto quererse. Estaban siempre juntos, no paraban de cuidarse y de compartir bonitos momentos de enamorado.

Huérfana de padre y separada de su madre al nacer por el bien de todos, Megan convivió desde su nacimiento con Charlotte, una buena mujer, regordeta y cariñosa, que aseguraba ser su tía lejana, aunque nunca pudo demostrarlo con un papel que lo acreditara, pero se hizo cargo de la pequeña, que

era lo importante. Para Megan, aquel dudoso familiar representaba mucho más que la figura de una madre, porque sin serlo ni tener la obligación, había dado su vida para criar a una niña poco menos que encasquetada. Charlotte se pasaba el día fuera de casa, cuidado niños, atendiendo ancianos o paseando mascotas para ganarse un dinero y llenar la nevera, pero cuando la cosa estaba floja y no había a quién cuidar, esperaba al cierre de algún supermercado y recogía del contenedor los productos que encontraba en buen estado. Lo importante era llenar la barriga. Peter no tenía oficio ninguno; se buscaba el beneficio en la calle de manera ilícita y pasaba las horas en casa de Megan, aprovechando que Charlotte estaba fuera, buscándose la vida. Eran dos chavales insensatos en los primeros meses de relación, con la libido por las nubes y mucho tiempo libre, y lo aprovechaban para estar en la cama, disfrutando del placer que ofrecía su apasionante amorío.

A los cinco meses de noviazgo y fruto del ansiado deseo de ser padres, tuvieron al pequeño John. Nació rojo como un tomate. Tenía ojos de muñeca, la nariz plana, el rostro hinchado y el pelo negro como el carbón. Tuvo la típica llantina, que acentuó su gesto encrespado y puso a unos padres primerizos en la difícil tesitura de poder decir que su bebé era guapo. Pues no, ahí estaba John para desmentir la regla, como un claro ejemplo que hacía de excepción. Poco más tarde comprobaron que se habían adelantado a los acontecimientos cuando el pobre estaba más tranquilo en el pecho de mamá, sintiendo su piel, libre de mucus e intentando sorber un poco de leche. De la noche a la mañana pasaron de ser dos zagales con la inmadurez propia de su edad a empezar a plantearse cosas que jamás habrían barajado. Cambiaron el montón de horas bajo el edredón, disfrutando de la lujuria, por largas noches en vela atendiendo al pequeño, que lloraba angustiado por algún motivo que desconocían. Se acabaron las escapadas de madrugada, los revolcones en el campo, los ratos de holgazanería repantingados frente al televisor y otros muchos pasatiempos que la maternidad no permitía. Ahora tocaba estar de pie, meciendo al niño hasta que se durmiera o aflojara la llantina. Aprendieron a cambiar pañales, a sacarle los gases, y entendieron que cuando lloriqueaba era porque tenía hambre, sueño o ambas cosas. Estaban más unidos que nunca y aprovecharon el furor de la paternidad para casarse por lo civil en el ayuntamiento de la localidad. Celebraron una breve ceremonia ante la atenta mirada de un longevo juez de paz, de Charlotte y de un viejo amigo de Peter, que hicieron de testigos. Fueron días de poco dormir, de poco comer y de no parar quietos, que más tarde recordarían como los mejores momentos del noviazgo.

Un mes después del parto, con el recién nacido en brazos, ambos coincidieron en un mismo pensamiento, que velaba por el bienestar y el futuro de John. Aquel oscuro y peligroso lugar no iba a ser el mejor para criar a su hijo. Estuvieron dándole vueltas y tomaron la acertada decisión de mudarse a otra zona menos conflictiva de la ciudad, donde poder vivir apartados de la preocupación y comenzar una vida más sosegada. Querían evitar a toda costa que John creciera atormentado por un ajetreo de gritos y sirenas, que la bala perdida de un tiroteo pudiera quitarle la vida o dejarlo impedido o que los chavales del barrio lo llevaran por el mal camino, ofreciéndole trabajos de contrabandista y sustancias prohibidas. Sabían que la personalidad es crucial en estos casos para crear tu propio camino sin atender los pasos torcidos del compañero, pero no querían correr el riesgo que acechaba agazapado en el suburbio, con los brazos abiertos. Peter lo sufrió en sus propias carnes. Había crecido rodeado de canallas que no tenían nada que perder y lo incitaban a hacer cosas que de él nunca hubieran salido,

prometiéndole que no iba a pasar nada, que solo sería una vez o que todo el mundo lo hacía. En un descuido de chaval inmaduro consiguieron engatusarle, asegurándole una vida de rosas, sin esfuerzos ni madrugones; llenaron su cabeza de pájaros y acabó picando un anzuelo envenenado. Se metió en un mundo del que jamás pudo salir y con el tiempo acabaría pagándolo caro.

Huyendo de las malas compañías que pudieran perjudicar al pequeño, como había sucedido con el claro ejemplo de su padre, recogieron los cuatro bártulos que tenían en casa de Charlotte, donde se habían instalado desde en el nacimiento del bebé, se montaron en un viejo automóvil que Peter aseguró haber comprado por quinientos dólares y unos cuantos favores y pusieron tierra de por medio.

Lejos del peligro, John creció entre algodones por el empeño y dedicación de una madre ejemplar, que lo amparaba sin descuido en su regazo, al contrario que Peter, ausente por completo de la responsabilidad que tenía como padre. Megan lo crió prácticamente sola. Para no perder el puesto, se lo llevaba al trabajo en un canasto, lo dejaba a su vera y se ponía a fregar cacharros, limpiar el polvo o pelar patatas, y cuando fue creciendo lo dejaba en casa de su amigo Benjamín. Hacía lo imposible para salir a ganarse la vida y que su hijo pudiera tener de todo, como cualquier otro niño de su edad. Se levantaba a las seis de la mañana, regresaba a las once de la noche y pasaba a recoger a John, que ya había cenado, tenía el pijama puesto y dormía rodeado de peluches junto a su amigo del alma; la madre de Benjamín lo cuidaba como si fuera hijo suyo. Cargaba al pequeño en brazos, cruzaba la calle despacio y lo tumbaba con cuidado en su camita, para que no se despertara y comenzara a preguntar por su padre, como hacía cada tarde, cada noche y cada amanecer. A pesar de haberse alejado del conflictivo barrio donde creció delinquiendo, Peter permanecía ligado al él y a la gran cantidad de problemas que dicho lugar engendraba. Estaba sumergido hasta el fondo en la mala vida y sus consecuencias y, con tantos quehaceres de maleante, recorriendo las calles a bordo de un *Mustang* prestado con los vidrios negros y cara de malote, apenas pasaba tiempo con su hijo. Marchaba de casa con las primeras luces del día, a atender los trapicheos que entre manos se traía, y estaba de vuelta de madrugada, cuando John llevaba varias horas dormido, echando de menos un beso de buenas noches o una simple caricia de quien decía ser su padre. La oscura rutina de Peter, que siempre andaba envuelto en asuntos turbios, minaba la paciencia desmesurada de su mujer. Megan estaba hasta las narices de soportar cada día la misma triste historia. Con relativa frecuencia, vivían todo tipo de situaciones desagradables: amenazas telefónicas, altercados mientras, simplemente, paseaban juntos e incluso repentinas y molestas visitas en su propia casa por parte del entorno de Peter. Una de las pocas veces que tuvo la decencia de salir a caminar por el parque con su familia, acudió a su encuentro un hombre envalentonado, vestido de negro y con un enfado terrible, y comenzó a increpar a Peter, reclamándole el dinero de un negocio que habían hecho tiempo atrás. Lo peor no fue la forma en la que aquel tipo reclamaba su dinero, gritando a los cuatro vientos palabras soeces, con un tono agresivo, sino que estaba montando el numerito delante de su mujer y su hijo y unos catorce vecinos que miraban atónitos el espectáculo. Este solo fue uno de tantos malos ratos que tuvieron que soportar por culpa de una mala cabeza, y luego, estas cosas «a ver cómo las borra uno de la memoria», como decía Megan, porque aparecen de repente para atormentarte y hacerte creer que hoy puede suceder lo mismo. John fue creciendo y repudiando cada vez más el comportamiento y el oficio de su padre, por llamarlo de alguna forma, porque de oficio tenía poco, más bien se dedicaba a hacer el mal, a repartir miseria y

desolación y a contribuir al declive de la sociedad. El muchacho tenía claro los pasos que no quería seguir en la vida y como no hizo caso a los estudios, por andar traumado escuchando grescas, y andaban pasando penurias, pronto comenzó a ganarse la vida. Trabajó sin tener la edad en infinidad de empleos; reponiendo alimentos en supermercados, de ayudante de cocina, mozo de almacén o chico de los recados en una asesoría jurídica que había a dos manzanas, donde muchos de los clientes eran conocidos de Peter o andaban metidos en los mismos berenjenales. Ganaba un jornal ridículo, pero suficiente para ayudar a su madre con los gastos de la casa. Megan se pasaba el día fuera, trabajando como una mula, porque no llegaban a fin de mes y Peter no aportaba un centavo. Estaba harta de decirle a su marido que dejara de delinquir y se buscara un trabajo, como todo hijo de vecino, porque además de amargarles la vida, estaba poniendo en peligro la suya y rara vez dejaba sobre la mesa un puñado de efectivo. Peter aseguraba que invertía lo que ganaba en comprar más mercancía y fantaseaba con dar un gran golpe y poder retirarse, pero su familia siempre pensó que lo del gran golpe era un cuento y lo de la inversión una mentira. Megan no quería ser millonaria si por el camino iba a perder la salud de un disgusto o al propio Peter, que terminaría encerrado en una cárcel federal o tirado en una cuneta con un agujero de bala en la frente. Se conformaba con vivir tranquila, tener para comer y no dormir al raso. Estaba agotada por la desesperante reincidencia de Peter, que no atendía a razones ni cuando lo amenazaba con marcharse lejos de la mano de John. No sabía cuánto tiempo más iba a poder soportar esa convivencia insufrible. Tenía motivos suficientes para cortar por lo sano y terminar con aquel sinvivir que se había apoderado de la rutina. Cada dos por tres llamaba la atención a Peter con duras reprimendas, que le entraban por un oído y le salían por el otro o perdía el tiempo lanzándole un ultimátum, que luego no cumplía por lástima o falta de valor. Pero después de mucho tiempo dándole vueltas y no contemplar otra salida, Megan se vio obligada a tomar la difícil decisión de separarse de él y empezar una nueva vida junto a su hijo, lejos del martirio que estaba amargando sus vidas con angustia y desencanto.

Despedirse no fue fácil, aunque en realidad Peter llevaba mucho tiempo apartado de su familia, incluso viviendo en la misma casa, a la que solo acudía cuando no había otra cosa mejor que hacer. En una ocasión estuvo sin aparecer dos semanas. Megan y su hijo comenzaron a temblar. Eran conscientes de sus fechorías y se temían lo peor. Ni siquiera se molestó en enviarles un mensaje para aliviar su angustia, ya fuera por dejadez o porque realmente no pudo y, como les tenía dicho de antemano que no alertaran a la policía por nada del mundo, tuvieron que aguantarse y esperar al desenlace con el corazón en un puño. A los quince días apareció hecho un asco, con la ropa sucia, el pelo lacio y apestando a coñac, pasó de largo por el salón, se metió en su cuarto y estuvo durmiendo cuarenta y ocho horas seguidas. Pensaron que había venido a fallecer a su dormitorio y nunca más despertaría, pero una mañana amaneció desorientado y se marchó por donde había venido a hacer un encargo importante, según él. Así estuvieron muchos años, padeciendo las consecuencias de tener en casa a una persona inconsciente que no tenía intención de cambiar, que empeoraba con el tiempo y no se daba cuenta del sufrimiento ajeno.

El día del adiós reinaba la tristeza y, a juzgar por el gesto impávido del muchacho y la actitud relajada de Megan, ya no había marcha atrás. Esta vez la cosa iba en serio, no era otra de esas amenazas marchitas para ver si Peter reaccionaba y que no servían de nada. Se habían cansado de soportar la misma historia,

las mismas mentiras, el mismo desprecio. Las maletas estaban hechas desde la noche anterior, pero la idea de partir llevaba mucho tiempo flotando en el aire y dando vueltas en su cabeza; había llegado la hora de la verdad, de tirar a la basura cualquier guion y ponerse a improvisar. John se levantó despacio del sofá, como si no tuviera clara la decisión de marchar, y dio un abrazo a Peter, endeble, pero de corazón, porque a pesar de su miserable comportamiento sabía que eran cosas de enfermo y no lo hacía con mala intención. Parecía indeciso, estaba asustado y tenía los ojos húmedos, nada que pudiera reprimir el deseo de partir junto a su madre, espantados por el sufrimiento, hacia un lugar mejor. La despedida de Megan fue breve y cordial, no quiso besarlo, ni abrazarlo, porque llevaba mucho tiempo sin hacerlo y habría sido un paripé. Las ganas de tocarse y de hacer el amor se habían marchitado con tanta bronca, dormían en camas separadas, se evitaban siempre que podían y Peter solo intentaba compartir colchón cuando acudía borracho, pero Megan se daba la vuelta y lo mandaba a la mierda. Ya no cerraba los ojos y satisfacía el deseo sexual de Peter en sus noches de embriaguez por no empeorar las cosas, porque no sentía nada cuando lo hacían y prefería desfogarse con Armando, un pequeño vibrador que guardaba en la mesilla de noche. Peter se quedó asomado a la ventana triste y lacrimoso, lamentando cada uno de los errores que había cometido por culpa de su mala cabeza y vio marchar a su familia hasta que desapareció en el horizonte, en busca de la paz que tanto merecían. Quería dar marcha atrás en el tiempo, volver a disfrutar de los momentos de pasión bajo la manta, de las salidas en motocicleta sintiendo el aire fresco del otoño en el rostro, quería mecer de nuevo al pequeño John mientras su madre descansaba y revivir la mejor etapa de su vida. Quería dar marcha atrás para cometer los mismos errores, tomar malas decisiones y hacer caso omiso a los reproches de su familia, que terminó tirando la toalla. Estaba tan perdido y maleado que no podría cambiar de vida ni volviendo a nacer.

El cambio de aires trajo ilusión, incluso antes de cruzar el umbral de la puerta y acoplarse en el viejo automóvil. El mismo día que tomaron la decisión de marcharse salió un sol radiante, cantaron los ruiseñores, recuperaron el ánimo, surgieron sonrisas, planes de futuro, ganas de volar alto y trabajar duro. Presentían una vida normal lejos de esas cuatro paredes, sin sobresaltos ni sinsabores, se despojaron del mal humor y las caras largas que de tanto jaleo formaban parte de su aspecto, se empezó a marchitar la pena, el fétido ambiente que se respiraba en casa y la preocupación de que Peter acudiera sano y salvo, o no acudiera. Habían hecho todo lo posible por salvarlo y no iban a tener remordimientos si la soledad terminaba llevándoselo al otro barrio. Cuando se pusieron en marcha, bajaron a tirones de manivela la ventanilla del auto y entró una ráfaga de aire fresco que penetró en sus fosas nasales y salió por su boca en forma de suspiro. Habían soltado una carga que pesaba como el plomo, tenía sabor a rancio del tiempo que llevaba en la mochila y si no se marcharon antes fue porque lo querían y su deber era intentar abrirle los ojos hasta el último momento. Lo fácil hubiera sido salir pitando a las primeras de cambio, cuando empezó a llegar borracho a casa, a faltar cuatro días seguidos sin dar señales de vida, a pelear con Megan por cualquier absurdo pretexto de alcohólico, a meterse en problemas y a descuidar a su familia, pero quisieron ayudarle a salir de un mundo que lo tenía imbécil perdido, desmejorado y ausente, fracasando tristemente en el intento.

El viaje estuvo marcado por la nostalgia de los buenos recuerdos, dulces ratos en los que Peter les permitió ser felices; cuando John correteaba detrás de su madre por el parque donde aprendió a

caminar, a montar en bicicleta, donde se dio su primer beso con una joven cuatro años mayor que era la más guapa del colegio, donde jugaba con el pequeño Benjamín, donde había crecido. No paraban de hacerse preguntas, muchas de ellas sin respuesta. Tenían la incertidumbre del que emigra, el temor del que comienza y una especie de temblor en las piernas y agitación en el pecho que resultó ser una mezcla de entusiasmo y canguelo. Eran conscientes de que tendrían que empezar de cero, pero se dirigían a un lugar extraordinario del que quedaron prendados años antes, con el presentimiento de que todo iba a salir bien. Había que arriesgarse o morir de un patatús en el intento. Después de siete horas al volante y varias paradas para estirar las piernas, echar gasolina y llenar la barriga en algún bar de carretera, llegaron a Madison, derrotados de tanto conducir y suponer. Lo único que querían era dejar las cosas en la entrada del piso que Megan había alquilado un par de días antes por la página web de una agencia inmobiliaria, tomar un refrigerio y tirarse a descansar. Había terminado el verano, los días empezaban a ser más cortos, las noches más frías y a las siete de la tarde no quedaba un alma por la calle, excepto unos pocos transeúntes que ya se recogían y la pobre gente que no tenía adónde ir y pasaba la noche entre cartones o en algún alberge que servía caldo caliente y mantas de lana. El encargado de entregarles las llaves apareció veinte minutos tarde, abrió la puerta con desgana y se marchó de inmediato, como si hubiera hecho un gran esfuerzo por venir, sin mostrar el inmueble a los nuevos inquilinos ni dar explicaciones. A saber quién sería aquel tipo panzudo, de aspecto desaliñado y pocas palabras, porque mucha pinta de comercial no tenía, pero apareció con las llaves poco después de la hora acordada y, viendo su inapetente predisposición, había que darse con un canto en los dientes.

En las fotos que llevaron a Megan a decidirse por ese apartamento chiquito y descuidado que, según ponía en la descripción, había sido reformado recientemente, no se apreciaba la pequeña gotera que rezumaba en el techo del baño, el atranco del fregadero, el chirriar de las puertas, la delgadez de los tabiques ni una serie de minúsculos desperfectos. Quitando esas cuatro faltas, la casa estaba bien. No era nada del otro mundo, pero después de una buena ventilación para quitar el tufo a cerrado y una mano de pintura en las paredes, de encolar las sillas del comedor y apretar unos tornillos que escapaban de sus roscas, desnivelando estantes y puertas de armario, y de algún otro arreglo, sería un lugar extraordinario donde emprender un nuevo camino, coger aire y volar alto. Dejaron las maletas en la puerta, pusieron el culo en un mugriento y desgastado sofá que debía tener más de cien años y no hicieron más que descansar del viaje y pensar en que a partir de hoy tocaba ponerse las pilas.

A la mañana siguiente acudieron a la ferretería de la esquina a comprar una caja de herramientas, una escalera pequeña, cuatro botes de pintura, un rodillo, dos brochas y productos de limpieza y comenzaron a arreglar el deterioro. Empapelaron los cercos de las puertas, las llaves de la luz y los zócalos del piso; pintaron el comedor, fregaron los suelos y los azulejos de la cocina; engrasaron bisagras, tiraron trastos y dejaron la casa limpia como la patena en menos de lo que canta un gallo. Se dieron una buena paliza saneando la vivienda y acabaron agotados a las tantas de la noche, en la misma posición que el día anterior, pero con un escenario muy diferente de fondo. Ya no olía a rancio, el fregadero tragaba, las paredes relucían, las puertas callaron y una sábana de franela cubría el viejo sofá.

Con el piso en buenas condiciones y la necesidad de empezar a producir llamando a la puerta, John se dispuso a hacer lo que mejor sabía. Comenzó a buscar empleo para ganarse la vida y ayudar en casa, como llevaba haciendo toda su corta vida. Desde que era un chaval, aportaba el poco dinero que con

mucho empeño ganaba en trabajos precarios, donde se aprovechaban de la gente vulnerable y necesitada, a la que explotaban con turnos interminables y sueldos irrisorios. Los estudios no fueron su plato fuerte. Abandonó pronto las aulas y no podía reivindicar su derecho a un suelo digno, porque las empresas valoraban más un papel acreditando la formación que las habilidades naturales de las personas. En la mayoría de los trabajos no querían formar a los empleados por muy bien que supieran desenvolverse en el puesto o la buena predisposición que tuvieran y mucho menos contratar sindicalistas que pudieran revolucionar al resto de la plantilla, convenciéndoles de que lo que hacían debería estar mejor pagado. El primer trabajo de John fue en unos grandes almacenes de paquetería en Detroit. Acudía a las cinco de la mañana, barría los suelos, recogía cartones, los depositaba en contenedores, embalaba productos y los clasificaba. A las nueve se marchaba al colegio y por la tarde regresaba a echar otro puñado de horas. El director era un tipo retorcido, avispado y adulón, que sacaba buen partido a la vitalidad y las carencias del muchacho. Se camelaba a John diciéndole que pronto subiría de rango, dejaría la escoba y ganaría un buen jornal, pero eso nunca pasó. Cada día que pasaba en el gran almacén el muchacho desempeñaba las mismas labores, echaba más horas y cobraba el mismo sueldo ridículo. El jefe decía que no salían las cuentas y había que arrimar el hombro para que la compañía no tuviera que cerrar sus puertas, pero era una falacia de explotador para engordar sus arcas. Al final, John se dio cuenta de que lo estaba utilizando y un día irrumpió indignado en su despacho. Los demás empleados escucharon las voces, acudieron a ver qué ocurría y apoyaron su enfado por las malas condiciones. En menos de una semana montaron una revuelta, se negaron a trabajar por una miseria y la empresa se fue a pique de verdad.

John terminó la educación obligatoria y no quiso volver a la escuela, porque pensaba que ya era mayorcito para laborar a jornada completa y ganar un salario mayor. No podía quedarse de brazos cruzados viendo cómo su madre se partía la espalda trabajando para sacar la casa adelante. Comenzó a ayudar a Megan bien temprano. A los cinco años hacía su cama todas las mañanas, ayudaba a poner la mesa, lavaba y cortaba las hortalizas de la ensalada subido a una silla, y a los diez salía del colegio a media tarde, se tomaba una rebanada de pan con chocolate o mortadela de merienda y corría a echarle una mano en sus labores de limpiadora. Le acercaba el cubo de agua, le escurría la bayeta, lavaba las patatas que Megan pelaba en la cocina de algún modesto restaurante o secaba los platos que ella fregaba. Estaba claro que a su padre no había salido.

El hallazgo de un quehacer parecía resistirse y los nervios afloraban bajo la presión de pagos vecinos. John estuvo más de una semana recorriendo la ciudad de punta a punta, en busca de empleo, llamando a la puerta de todo establecimiento que pudiera ofrecerle un salario a cambio de buen rendimiento. La mayoría de los parados acostumbraban a rellenar un papel con sus datos personales, estudios cursados y experiencia laboral, lo metían en el buzón de cualquier fábrica, donde acababa pudriéndose o iba directo la basura, y esperaban de brazos cruzados a que los llamaran por su cara bonita. Pero John prefería ponerse sus mejores galas, irrumpir en los comercios, presentarse como es debido, peguntar por el responsable, estrecharle la mano y mirarle a los ojos, para que pudiera ver las ganas de trabajar que tenía, y hasta el momento esa táctica infalible había dado buenos resultados.

La incesante y minuciosa búsqueda finalmente dio sus frutos y John comenzó a trabajar en un local de comida a domicilio que había a un par de manzanas. Ahora podían respirar más tranquilos gracias a

un sueldo menudo y necesario como el comer, que, de hecho, estaría destinado a llenar la despensa con mucho sustento de primera necesidad y poco capricho. Desde bien pequeño John acompañaba a su madre a hacer la compra y siempre era Megan quien dirigía el carro por el supermercado, para evitar los pasillos donde estaba toda aquella galguería que tanto engrosaba la cuenta. A día de hoy nada había cambiado. Megan sentía un profundo dolor en el alma por no poder dar a su hijo todo lo que quisiera, pero la situación no era otra que andar mirando el céntimo con lupa y había que adaptarse a las circunstancias del momento. Atravesaban de la mano una etapa complicada, como viene siendo normal en la mayoría de los comienzos, pero sobrellevaban los apuros sin demasiada angustia, porque tenían plena confianza en su actitud luchadora, capaz de lidiar con los peores contratiempos. Habían pasado épocas difíciles, en las que apenas saciaban el hambre en condiciones, acudían a comedores sociales, se acostaban escuchando rugidos en su estómago, mezclaban la leche con agua y recogían ropa de la iglesia. Y temporadas mejores. En cualquiera de los casos no perdieron la sonrisa y como todo es pasajero, como ella decía, siempre terminaron con la mano en alto o siendo un poco más fuertes.

La perseverancia del muchacho durante sus primeros días en la ciudad, rastreando las calles en busca de una labor, fue crucial para satisfacer su deseo de ayudar a Megan con las facturas y hacer más liviano el caminar. Era un alivio tener un hijo como John, siempre atento a los imprevistos y deseando echar una mano en la medida de lo posible, porque detrás de cada aportación sentía un orgullo imposible de comparar. El dinero que conseguía con mucho esfuerzo lo entregaba integro en casa y rara vez se quedaba con algo para gastarlo en ropa, comprarse una colonia o una novela policiaca de Agatha Christie. Prefería dárselo a Megan y que ella lo administrara. Era mejor destinarlo a la factura de la luz y del agua, a la lista de la compra o a su propia tranquilidad, y seguir usando la misma ropa de hace seis años, leyendo libros en bibliotecas públicas y disfrutando de la agradable sensación de ver a su madre menos agobiada.

La vida de Megan no trascurrió exactamente por un camino de rosas. Desde niña tuvo que aprender a batallar con imprevistos, como la prematura muerte de un padre al que nunca conoció o asumir que su madre no había podido hacerse cargo de ella, porque andaba consumiendo por las esquinas y haciendo la calle. Tuvo una infancia complicada, pero el desamparo la llevó a convertirse en la auténtica guerrera que a día de hoy admiraba orgullosa. A pesar de su juventud y de su cabeza loca, propia de cualquier adolescente enamorado, siempre halló la manera de llevar dinero a casa y ayudar a Charlotte en la difícil tarea de vivir mejor. La dura formación que había recibido de pequeña resultó imprescindible ante el pasotismo de su compañero y Megan tuvo que hacer lo propio con su hijo, trabajando sin descanso en cualquier labor para evitar calamidades. Siempre que comenzaba a servir en una casa terminaban cogiéndole cariño y entristecían cuando se marchaba, porque era difícil encontrar una doncella que trabajara la mitad de bien que esa joven tan apañada. No solo se encargaba de fregar las escaleras, los cacharros o los baños, de planchar la ropa, doblarla y colocarla en los armarios, por colores, y de ir a hacer la compra para cocinar un buen puchero, sino que también se preocupaba por la salud y el bienestar de los señores, de su descendencia y de cualquier invitado que acudiera al caserón de turno donde estaba empleada, sacando brillo a los rincones, dándoles de comer y repartiendo felicidad. Si estaba de pinche de cocina, no se limitaba a quedarse en una esquina pelando patatas con cara rancia, se arrimaba al chef y lo cuidaba como al padre del que nunca pudo disfrutar, andaba a su vera acercándole

condimentos, fregando utensilios, preparando las verduras del sofrito e impregnándose de conocimientos que más tarde le servirían para ser una gran cocinera. Había trabajado en talleres de costura, donde bregaban como chinos, cosiendo a destajo las telas que llegaban de algún país asiático, en grandes almacenes o en cualquier lugar donde ofrecieran un puesto de trabajo. Lo importante era ver su esfuerzo a final de mes convertido en un puñado de dólares con el que atender a su hijo por encima de todo.

Debido a su prematura inclusión en la vida laboral, Megan no llegó a ir al colegio y sufría las consecuencias de un ligero analfabetismo. Escribía a duras penas y leía a trompicones, pero era una persona muy espabilada que sabía hacer de todo y, si no, lo aprendía en un periquete. Siempre se enfrentó a la única opción de aspirar a agotadores trabajos, tan dignos como mal remunerados, pero gracias a ellos había conseguido los ahorros suficientes para comenzar esta nueva etapa junto a su hijo y aprendió un montón de habilidades que poca gente tenía. Lo mismo planchaba a la perfección una camisa de lino que hacía unos taladros en la pared para anclar una estantería que ella misma había montado, siguiendo las instrucciones de un enrevesado manual, o hacía un par de huevos fritos para su hijo de igual manera que preparaba comida para un regimiento.

Con John trabajando a jornada completa y Megan empleada en algún que otro caserío, la cosa iba bien. No podían permitirse ningún otro lujo que vivir humildemente, pero tampoco soportaban carencias, más allá del simple plan de ahorro que tenían establecido. Nunca fueron una familia pudiente, sino todo lo contrario; estaban acostumbrados a caminar cuesta arriba y, de tanto frecuentar los caminos de la pobreza, habían aprendido a valorar y distinguir los verdaderos placeres de la vida. Eran igual de felices tomando un bocadillo de fiambre en la pradera del parque que sentados en un buen restaurante, frente a una fuente de marisco y un vino de buena cosecha; disfrutaban del mismo modo un paseo por el barrio que una visita a la Gran Manzana, donde acudía la gente pudiente a derrochar el efectivo que guardaban en sus bolsos de tres mil dólares, y no cambiaban una tarde en el sofá, bien arropados, mirando una buena comedia y riendo a carcajadas, por la mejor sala de cine de la ciudad. Su adaptación al medio hostil y su facilidad para disfrutar del momento más simple no quería decir que no sintieran predilección por la alta cocina, la ropa exclusiva o las comodidades, como todo el mundo, pero sabían conformarse y valorar lo poco que tenían y a lo que estaban acostumbrados. El único marisco que degustaban eran los cuatro langostinos congelados que compraban por Navidad; el poco vino que se trincaban en alguna ocasión especial era uno de mesa, oxidado y peleón, que vendían en la parte baja de los estantes del supermercado, y las tiendas de ropa, que rara vez frecuentaban, eran las más económicas del centro comercial.

El pequeño local donde John comenzó a trabajar estaba dirigido por el señor Henry, un tipo serio, corpulento y muy disciplinado, que ofrecía un trato amable a todos y cada uno de sus pocos empleados. El día que John entró en su establecimiento ofreciéndose para realizar cualquier labor, lanzado, pero en tono modesto, la apariencia de aquel señor firme y robusto engañó por completo al muchacho. Supuso que saldría de inmediato por la puerta, sin trabajo y con una mala contestación, pero después de cruzar cuatro frases con él, descubrió a una persona tratable detrás de su amenazante fachada. Negociaron las condiciones en un breve tira y afloja que cayó del lado del jefe y no por su gran corpulencia, que doblaba en peso y dimensiones la envergadura del muchacho, sino porque el negocio

era suyo, y porque había sido el único empleo que John había encontrado después de una semana rastreando la ciudad y tenía que agarrarse a él como un náufrago a una tabla o seguir a la deriva, dando tumbos por las calles y penando por las noches, acurrucado en la cama.

La comida de Henry era realmente deliciosa. Tenía un estilo casero, que todos los clientes sabían apreciar, porque les recordaba a los guisos de su infancia. Con un cariño particular y muchas horas por delante, Henry preparaba el puchero para su posterior entrega a domicilio. Cuidaba la calidad de las materias primas y seguía a rajatabla las recetas de sus ancestros, dos requisitos fundamentales que daban un toque especial a esa comida que elaboraba a fuego lento, removiendo con mimo y sin quitarle ojo. Gracias a unos ingredientes que no estaban a la venta y a unas costumbres que rozaban la excelencia, podía presumir con orgullo de ser el único local semejante en varios kilómetros a la redonda. Se había ganado a pulso una exclusividad que propagaba su clientela hasta lugares remotos, allá donde hubiera un paladar exquisito al que complacer. En ocasiones llamaban de la otra punta de la ciudad, preguntando si podían servirles unos platos de comida, porque el boca a boca corría como la pólvora y habían escuchado maravillas de ellos, pero como estaban demasiado lejos, si querían catar sus guisos tenían que pasar a recogerlos y zampárselos en algún merendero de la zona. La gente venía a propósito desde cualquier punto de la capital, se agolpaban en la puerta y al rato marchaban sonrientes con su bolsa. Todo el mundo había probado sus deliciosos bocados o estaba deseando hacerlo.

La elaboración tradicional y el posterior reparto acarreaban un constante ajetreo, dando como resultado largos turnos de trabajo, que alcanzaban la madrugada, con tal de sacar el servicio adelante y satisfacer a la clientela. Eran pocos en la platilla y había mucha demanda, un desequilibrio abismal que inclinaba la balanza, claramente, del lado opuesto a los trabajadores, garantizando el agotamiento del escaso personal. «Mejor tener cuatro empleados que rindan bien y se impliquen en el negocio que una docena de zoquetes que anden rascándose la entrepierna, saqueando la despensa y haciendo un par de servicios en toda la mañana», decía el señor Henry, que pocas veces encontraba candidatos que estuvieran dispuestos a trabajar sin descanso por un suelo menudo. Se las veía y se las deseaba para encontrar una persona a la altura de las circunstancias, porque la gente quería trabajar poco y cobrar mucho y eso solo pasaba en las notarías o en el Parlamento. «Que hubieran estudiado», decía, o si no, «que no se quejen y doblen el lomo para ser algo en la vida y no tener que vivir de sus padres hasta que puedan hacerlo de sus hijos». No podía con la gente holgazana y exigente que se creía de mejor madre y se quejaba por todo, porque si él había trabajado como un borrico toda la vida para no pasar penurias, cualquiera podía hacerlo igual. «Pero claro, es más fácil tirar la toalla a las primeras de cambio y esperar mirando hacia arriba a que los logros y el jornal caigan del cielo. Ese tipo de gente no tiene sitio en mi casa», refunfuñaba en sus enojos de hombre viejo.

Envuelto con firmeza en un ritmo angustioso para cumplir las expectativas de su jefe, conservar el puesto y ganarse el sueldo, John realizaba su incesante tarea hasta las tantas de la noche, con solo una hora de descanso para comer. Regresaba tarde a casa y hecho polvo, pues afrontaba el reparto encaramado a una antigua bicicleta de la pequeña flota que Henry tenía para satisfacer a pedales la enorme demanda. El primer día que John cogió la bici, echó cuentas y debía llevar sin subirse a una, fácilmente, como diez años. Montar en bicicleta nunca se olvida, pero había perdido destreza al volante. Tuvo un par de sustos, una caída y acabó con varios raspones en la pierna y el pantalón lleno

de grasa. Menos mal que era un chico habilidoso y a los cuatro días de empezar a trabajar, después de mucha práctica y algún percance más sin importancia, terminó pilotando de maravilla. Pedaleaba fuerte hasta coger velocidad y surcaba las calles a toda pastilla para entregar la comida lo antes posible, valiéndose de un plano pintado a bolígrafo y lleno de tachones que había hecho con la ayuda del señor Henry y un viejo cartabón mellado. De lunes a viernes, atendían una gran cantidad de pedidos, pero llegado el fin de semana, la faena se incrementaba notoriamente. Debido a las bajas temperaturas y a las pocas ganas de ponerse a cocinar en sus días de descanso, cantidad de familias hacían planes en casa que incluían una buena comilona y saturaban el servicio, manteniendo a los empleados en constante movimiento. Solo podían relajarse cuando iban al retrete o en la hora de la comida y no siempre, porque el teléfono seguía sonando y, si no estaba cerca el compañero, había que dejar de comer o sacudirse el aparato y salir corriendo a contestar. Era un incordio no poder mear a gusto y tener que levantarse en mitad del almuerzo con la boca llena, pero no quedaba otro remedio. Las ganancias del negocio no daban para contratar a más empleados, los empleados no daban abasto a servir más comida y Henry no podía guisar más rápido.

Un sábado por la noche, a punto de cerrar la cocina, entró una llamada de última hora, que pilló a John en la otra punta del local y no pudo contestar. Tenía el palo de la escoba entre las manos, mientras barría, miraba el reloj y se relamía, viendo lo poco que quedaba para marchar. Henry estaba cerca del teléfono y fue él quien atendió la llamada por cortesía.

—Buenas noches, ¿dígame? Masculló con su serio vozarrón de señor corpulento.

Se trataba, cómo no, de un cliente despistado que apareció cuando nadie lo esperaba, con intención de encargar comida a falta de cuarenta minutos para el cierre. Siempre que sonaba el teléfono a partir de cierta hora de la noche, tenían la costumbre de no contestar, pero hoy no era demasiado tarde y la cosa tampoco estaba como para desperdiciar un puñado de dólares. El jefe preguntó a un exhausto John, antes de tomar nota al cliente o despacharlo de buenas maneras, recordándole los horarios del servicio, pidiéndole disculpas por no poder atenderle y deseándole buenas noches.

—Llaman de Westmorland, pero es tarde y estás agotado, dijo Henry, dando por hecho que ya estaba bien por hoy. La necesidad lo atosigaba, recordándole pagos pendientes, pero entendía perfectamente que el chico no tuviera ganas de hacer la entrega después de todo un día trabajando sin descanso y poco antes de salir. El tremendo cansancio que John arrastraba como podía lo mantuvo pensativo. Dejó lo que estaba haciendo, echó otra breve mirada al reloj que colgaba de la pared y de su boca salió un suspiro. Con los brazos en jarras, estudiaba las opciones que tenía: podía coger el cepillo, dar cuatro escobazos más y marcharse a descansar o hacer una última entrega. Estuvo unos segundos en la misma posición de pasmado, intentando sacar fuerzas de flaqueza, hasta que, alentado por su espíritu de guerrero y un par de buenas razones, se dispuso a entregar el pedido. La respuesta no tenía mucha lógica, pero solo a simple vista y para unos pocos ignorantes que se limitan a cumplir e ignoran que haciendo lo justo y necesario no conseguirán más que quedarse estancados en el curso de la vida. Con ese admirable gesto, John iba a matar dos pájaros de un tiro. Quería demostrar a Henry que era fuerte como un roble y hacerse con un puesto fijo en aquel modesto local de comida, donde llevaba un par de semanas trabajando con la lengua fuera, pero estaba la mar de a gusto. Además, era consciente de la escasez económica que su hogar padecía y por nada del mundo barajaba la opción de fallar a su madre

con un posible despido por no haberlo dado todo. Prefería ponerse en lo peor y curarse en salud, haciendo un esfuerzo extra, que dormirse en los laureles y que lo adelantaran por la derecha o terminar en otro empleo igual de laborioso y mucho menos confortable. No iba a dejar el trabajo por muy duro que fuera, porque llevaba toda la vida bregando en peores condiciones y Henry era un tipo humilde que realmente no podía darle más que un sueldo mediocre, valiosos consejos, lecciones de vida y restos de comida para que no tuviera que andar cocinando a las tantas de la noche o dejándose el dinero en la lista de la compra. Henry comenzó a preparar el pedido, impresionado por una grata respuesta que para nada esperaba, pues se alejaba mucho de lo normal. Era la primera vez que un empleado que llevaba cuatro días en el negocio y podía marcharse satisfecho por un buen trabajo, prefería sacudirse el cansancio y echarse a la calle a pedalear otro rato, ya fuera por quedar bien con el jefe o por su propio interés. Estos detalles valían un mundo para Henry, que desde aquel día tuvo un trato especial con el muchacho. Se acordó de cuando tenía su edad y estuvo trabajando en una fábrica de cerveza, dirigida por Graciela, una señora enclenque y calculadora que se pasaba el día catando el producto. A falta de unos minutos para salir, Graciela aparecía repartiendo nuevas tareas y sus trabajadores tenían que echar un puñado de horas extras que no se las pagaba ni tampoco agradecía. Henry soportaba el pitorreo sin decir una palabra, porque con lo que ganaba en la fábrica alquilaba una piojosa habitación en un viejo edificio de apartamentos y llenaba la barriga con sopas de pan, remolacha y algarrobas. John también lo hizo por necesidad, pero lo suyo tenía más mérito, porque él no estaba entre la espada y la pared.

El cliente pidió una hamburguesa completa con extra de queso, un bol de patatas fritas que cortaban en el momento, dejaban en remojo y freían en dos tiempos, a dos temperaturas, y una porción de tarta de queso con arándanos, totalmente artesana, especialidad de la casa. John introdujo el pedido en la cesta, se subió a la vetusta bicicleta, agarró fuerte el manillar y emprendió el camino a Westmorland, un barrio acogedor de la ciudad, con un ambiente bohemio y joven, espacios verdes, cafeterías y comercios. Pedaleó durante un rato con desgana, pero a buen ritmo, sintiendo el aire gélido en el rostro, pensando en lo bien que podía estar en casa y obedeciendo las órdenes que venían de arriba, del pedestal donde tenía a su madre. Si Megan llevaba toda una vida pendiente de él, cuidándolo con desvelo y haciendo sobresfuerzos para que no faltara un plato de comida en la mesa ni un juguete en el cajón, cómo no iba a devolverle el favor dando todo lo que hiciera falta por complacerla y demostrarle su amor incondicional. No tendría ningún sentido. Llegó a la dirección que el cliente había facilitado con la lengua fuera, calambres en las piernas y chorretes de sudor en las mejillas. Apoyó la bicicleta en la pared del edificio y pulsó el timbre con la poca energía que conservaba. Quería entregar el pedido cuanto antes y salir pitando de vuelta. Hoy tenía más prisa que de costumbre, porque a su llegada al local no habría una nueva entrega esperando para acarrear quién sabe dónde; solo quedaba por delante uno de los mejores momentos del día, el camino de vuelta a casa, entrar por la puerta, una ducha caliente, algo de cena y un mullido colchón en el que caer rendido. Apretó el botón del telefonillo mientras pensaba en los auténticos placeres que estaban esperándolo a la vuelta de la esquina y se quedó a la espera unos segundos, pero nadie contestó. Volvió a llamar con ímpetu desesperado, dejando incluso la marca del botón en su dedo. Había comprobado las señas un par de veces y eran correctas, de modo que continuó intentándolo, hasta que al cabo de un rato se dio por vencido. No daba crédito. El gran esfuerzo que había hecho, saliendo del local cuando apenas se tenía en pie, parecía

haber sido inútil, si no fuera porque la intención de quedar bien y la fortaleza que demostró, dulces frutos de su enorme corazón, ya habían hecho su cometido, mostrando a Henry lo mucho que valía. Estaba frustrado por no haber podido rematar la faena, pero no tenía más opciones que guardar el pedido en la cesta de mimbre y regresar con la comida por donde había venido. John no era de rendirse a la primera, ni mucho menos. Llamó al telefonillo veinte veces, con intervalos de cinco segundos, resignándose en cada pausa porque nadie respondía. Se puso los guantes de borrego, se arropó con la capucha del gabán, se despojó de la frustración y se montó en la bicicleta para volver al local, cuando de pronto alguien se asomó por una ventana y lo reclamó. John miró hacia arriba de golpe, se sacó el gorro y vio a una chica que voceaba apurada por una cadena de distracciones.

—¡Perdone!, tengo el timbre estropeado y olvidé avisar. Dijo ella lamentándose.

Las disculpas que escuchaba y la belleza que a duras penas distinguía, acabaron de un plumazo con el desengaño de John; pensó que un despiste lo tiene cualquiera. Volvió a sacar la comida del cesto, se paró a colocarse el pelo frente a un espejo que había en el portal y subió rápido las escaleras, impaciente por admirarla de cerca. Quería comprobar a centímetros lo que a distancia parecía una mujer espectacular y cerciorarse de que no estaba delirando por el agotamiento y la confusión de la noche, que pudieran haber distorsionado la imagen. Encontró la puerta abierta, pero no había nadie al otro lado del umbral, hasta que de pronto apareció una hermosa joven con pintas de estar por casa: ropa ancha, la cara lavada, unas pantuflas y una frondosa y alborotada melena. John estaba en lo cierto. La bonita silueta de mujer que creyó haber visto de lejos, empañada por la penumbra y el cansancio, resultó ser aún más bella a metro y medio, a pesar del desaliñe. Cuando enfrentaron sus miradas al saludarse, un breve silencio inundó el rellano; el tiempo se detuvo ante dos jóvenes fascinados, que, por mucho que querían, eran incapaces de articular palabra. Él tampoco lucía sus mejores galas. Iba enfundado en un uniforme simplón de color mostaza con el logo de la empresa en el pecho, un viejo abrigo verde dos tallas mayor y unas botas de cuero agrietadas, con salpicones de barro. Llevaba en pie desde las ocho de la mañana, cuando se levantó para ocupar su puesto de trabajo una hora más tarde, y eran las doce menos cuarto de la noche y no había parado más que una triste hora para comer, en la que fue interrumpido por un par de llamadas y un novato compañero que no encontraba las bolsas de papel: demasiado que podía sostenerse. Tenía los síntomas propios de una larga jornada faenando a destajo, lo que empeoraba su aspecto poco apañado, lucía unas ojeras de caballo, una ligera inflamación a la sombra de cada ojo, le costaba concentrarse y enfocar con claridad. No estaba en las mejores condiciones que digamos, pero gozaba de buena percha. Su porte de chico alto, moreno y atractivo, su complexión atlética, sus ojos oscuros y una barba de tres días que resaltaba su masculinidad, contrarrestaban la mala pinta. Dejaron a un lado sus trazas poco agradables a la vista y se centraron en lo importante: una asombrosa conexión de la que resultaba imposible desprenderse. Después de unos segundos enfrentados, poniendo ojitos y cara de pánfilos, por fin pudieron reaccionar, pero solo de palabra, porque en el fondo seguían considerando un maravilloso descubrimiento que no se da todos los días.

—Aquí tiene su pedido. Dijo John con la voz entrecortada por los nervios.

La joven se disculpó una vez más por no haber avisado del problema del timbre y pidió a John que hiciera el favor de pasar. También estaba nerviosa. No tenía controlada la situación, movía los brazos

continuamente, respiraba acelerado y no sabía muy bien qué hacer para llamar su atención o, directamente, detener las manillas del reloj. Era la primera vez que se veía envuelta en una circunstancia parecida. Pensaba que cualquier cosa que dijera sería meter la pata con una frase estúpida sin sentido o alguna pregunta que no viniera a cuento, de modo que decidió mantener la boca cerrada y seguir expresando con los ojos la cantidad de sentimientos, todos bonitos y alguno perverso, que pasaban por su cabeza, uno encima de otro, una y otra vez. La tensión se palpaba en el ambiente. Saltaron chispas entre ellos capaces de provocar un incendio sobre mojado, y sintieron algo tan mágico por dentro que, a juzgar por su intensidad, debía ser uno de esos flechazos de los que todo el mundo habla y que apenas se dejan ver. Dicen que están ocultos bajo el rostro serio de cualquier desconocido que anda más pendiente de lo que va a hacer mañana o de la historia del libro que está leyendo de camino al trabajo, que de crear la suya propia con la persona que tiene al lado en la parada del autobús, la dependienta que lo atiende con dulzura o el muchacho que se cruza delante de sus narices, paseando por la calle distraído con la vida. Dicen que aparecen sin buscarlos, cuando menos te lo esperas, pero que hay que estar atento porque se esfuman en un abrir y cerrar de ojos.

Todavía perplejo por el resplandor de la joven, John entregó el pedido despacio, sin dejar de mirar sus ojos. Podría haberse pasado las horas muertas atendiendo encandilado y en silencio la ternura y la pasión de su mirada, pero iba a pensar que estaba imbécil, así que despertó del bonito sueño y pidió a la clienta que revisara la bolsa, como de costumbre. De un simple vistazo y con las manos temblorosas de la agitación, la muchacha comprobó que estaba todo. Era una pena despedirse tan pronto, suponiendo que lo más probable fuese que nunca más volvieran a verse y aquello solo quedara en un bonito momento fugaz, que no olvidarían. No iba a ser la primera vez que dos completos desconocidos sienten el deseo de acercarse y entablar una conversación y, sin embargo, se alejan en contra de su voluntad, por vergüenza o por un simple quehacer que podría esperar, ni tampoco la última. Un delicioso cruce de miradas y un intercambio de sonrisas fueron las últimas pinceladas de un encuentro demasiado breve, que por desgracia terminaba con los dos embelesados y separándose a regañadientes. La chica cerró la puerta, apoyó su espalda sobre ella y se quedó pensativa, intentando asimilar un sentimiento que jamás había experimentado. En condiciones similares estaba John al otro lado, cautivo bajo un hechizo y con cara de poema. El duro encargo que a punto estuvo de rechazar por causas mayores había terminado con una grata sorpresa que no esperaba y un buen motivo para seguir actuando de corazón. Podía haberse quedado en el local dando los últimos escobazos, antes de marchar a casa, y nada habría pasado, su trabajo estaba hecho y no tenía la necesidad de complicarse la vida, pero quiso hacer un esfuerzo y obtuvo la recompensa que no andaba buscando. Descendió las escaleras de tres en tres, sujetándose a una endeble barandilla de madera que se tambaleaba del zarandeo y crujía en cada impulso, y bajó lanzado como un cohete por la emoción. Tenía una sonrisa de oreja a oreja atravesando su rostro, que pronto iba a mermar, atenuada por un puñado de sospechas con cierta lógica. Cuando cruzó la puerta del edificio tuvo una ligera sensación de desengaño, que empañó una pizca su alborozo. Suponía que lo más probable iba a ser que todo quedara en un simple recuerdo inmortal y que jamás volvería a ver a esa hermosa joven que había flechado su corazón. Agarró la bicicleta para emprender el camino de vuelta, desconcertado por la típica resignación de una partida a la fuerza. En el fondo, sus ojos mostraban el reflejo de haber conocido a una persona que brillaba con

una luz especial, pero no sabía si ponerse en lo peor y no hacerse ilusiones o confiar en la remota posibilidad de un segundo encuentro. No era fácil decantarse, de modo que optó por considerar a ratos un posible fiasco que amortiguara el golpe y apostar también por el desenlace esperado. La división de emociones estaba bien, pero olvidó que los sentimientos van por libre y no paraba de recordar lo sucedido, ilusionado con volver a verla.

«¡Que sea lo que Dios quiera!», dijo para sus adentros, como si Dios tuviera alguna preferencia o pudiera hacer algo al respecto. John nunca fue devoto de la religión ni acudía con regularidad a la iglesia, aquel lugar sagrado que solamente había pisado cuatro veces contadas: en la misa de Charlotte, a quien quiso como a una abuela; cuando hizo la comunión, por el mero hecho de recibir regalos, y en alguna otra ocasión que ni siquiera recordaba. No era practicante del catolicismo, pero creía en el más allá. Pensaba que había un remanso de paz entre las nubes, dirigido por un señor bondadoso que se regía por el bien, con una larga barba blanca, parecido a Papá Noel, pero con otra vestimenta. De pequeño había escuchado que, si se portaba bien y respetaba a los demás, aquel señor adorable que todo lo veía, abriría las puertas del edén para acogerle en su regazo, pero nadie dijo que pudiera enfrentarle de nuevo a la muchacha. El desenlace quedó en manos del destino, la suerte y de todo lo que estuviera a su alcance para que la cosa no quedara en un simple encontronazo atropellado. El tiempo tenía la última palabra.

Con la idea de que cualquier cosa podía ocurrir y no valía la pena darle más vueltas, comenzó a pedalear de regreso al local, cuando de pronto sintió la voz de la joven encaramada a la ventana. El corazón de John se detuvo por un momento, contuvo la respiración, levantó las cejas y a punto estuvo de caer al suelo del sobresalto. Frenó en seco la bicicleta, giró el cuello en busca del ventano y apoyó los pies a tiempo de mantener el equilibrio. Intentó reaccionar pellizcándose una pierna y, mientras atendía expectante a las palabras de la chica, prometió que si no era un espejismo comenzaría a ir a misa los domingos.

—¡Perdona!, revisando bien el pedido, no encuentro la tarta de queso.

Al parecer no era un sueño y, aunque sabía que la promesa de acudir a la iglesia una vez a la semana no iba a poder ser, comenzó a creer en los milagros a partir de entonces. Las disculpas del muchacho se produjeron de inmediato, breves, delicadas y de corazón. Intentó explicar a la joven que había sido un descuido, de los pocos como este que ocurrían, que se produjo en el peor momento o quizás en el más oportuno. Los empleados tenían órdenes de revisar cada encargo, antes de meterlo en la cesta, para evitar situaciones embarazosas y achacó el fallo a las altas horas de la noche y el pesar de la jornada. Sintiéndolo mucho, poco más se podía hacer que devolverle el dinero del postre que no recibió, poner cara de circunstancias y disculparse. El trato con los clientes debía ceñirse a unas pautas que exigían cordialidad, cercanía y respeto; estaba prohibido sobrepasar ciertos límites para no dar pie a una relación afectiva, de carácter personal, pero, como él mismo predicaba, algunas normas están hechas para saltárselas. Comenzó a maquinar y pensó que, además de complacer a la joven, podía satisfacer sus ganas de volver a verla. Ni corto ni perezoso, se ofreció para acercarle en persona la porción de tarta que había pedido y no pudo disfrutar, una vez que terminara su jornada al día siguiente, siempre y cuando estuviera de acuerdo. Viendo el gesto alegre de la chica, que sonrió de oreja a oreja, fue sencillo descifrar su pensamiento. Ella también deseaba volver a tenerlo cerca desde el momento en que se despidieron y

aceptó encantada, dándole las gracias de antemano por el bonito detalle. John volvió a sentarse en la bicicleta y puso rumbo al local, más contento que unas pascuas. Sin quererlo, había sembrado una ilusión que pretendía regar con esmero hasta verla florecer. Siendo consciente de que mañana volvería a encontrarse con ella, sentía el corazón acelerado, cosquillas en el estómago y apreciaba un agradable sentimiento de euforia, que hizo desaparecer de un plumazo su apabullante cansancio. El asfalto estaba mojado por la suave llovizna que había estado cayendo toda la tarde y, en lugar de pilotar con precaución, demostraba su entusiasmo conduciendo embalado y derrapando a propósito en cada esquina. Al llegar a un cruce, tuvo que detenerse a ceder el paso a los coches, con la mala suerte de que uno de los autos pisó una balsa de agua que había en la orilla y empapó de arriba abajo al muchacho. En otro momento habría alzado la voz, acordándose, enfadado, de algún familiar cercano del conductor, pero en lugar de molestarse, puso cara de asombro y comenzó a reír a carcajada limpia. Eran los primeros síntomas de un posible enamoramiento.

Henry esperaba al chico sentado en un viejo taburete de madera que soportaba su peso de milagro y pedía a gritos pasar a una vida mejor, ardiendo en el hogar de una buena chimenea. Siempre lo elegía para sentarse, habiendo banquetas nuevas, porque decía que era el más cómodo, sin pensar que un día iba a acabar panza arriba en el suelo. Estaba inquieto por la tardanza de John. No era normal que empleara tanto tiempo en un reparto, cuando el joven acostumbraba a servir comida a toda velocidad y era capaz de recorrerse la ciudad pedaleando en un santiamén. Pensaba que podía haberle sucedido algún percance, una caída, un pinchazo, o que quizá partió la cadena de la antigua bicicleta en un fuerte arreón; barajaba cantidad de opciones, menos que pudiera estar de palique con una hermosa dama de la que no quería despedirse. Miraba el reloj cada minuto como un padre angustiado, preguntándose si estaría bien, hasta que de repente lo vio aparecer por la puerta, sano y salvo y calado hasta los huesos. El supuesto de que podía haber sufrido un accidente quedó descartado con su presencia, pero la curiosidad carcomía a Henry por dentro. Quería saber el motivo del retraso y lo que hizo para venir con la chaqueta empapada y una sonrisa que intentaba ocultar con un disimulo inútil.

—Me tenías preocupado, chaval. Creí que te habías dado un trompazo y estabas por ahí tirado con una costilla rota, en un grito de dolor.

John fingió haberse despistado por culpa de su reciente llegada a la ciudad, aseguró que no encontraba la dirección, que estuvo un buen rato perdido, dando vueltas por la misma zona, y el salpicón de agua en el abrigo dijo que había sido un coche que pasó a su lado a toda velocidad. Los alegatos de John fingiendo un despiste de novato no convencieron del todo al señor Henry, que no se explicaba cómo después de una agotadora jornada y un incidente pasado por agua, apareció en el local con una enorme sonrisa en el rostro y la vitalidad de un jubilado en plena forma. Lo normal sería verle abatido por la dura faena y rabioso por el baño, no con la misma energía que cuando entraba por las mañanas y el gesto alegre del que recibe una buena noticia. Se quedó fascinado con la entereza y el talante del muchacho y no tuvo más remedio que rendirse frente al hallazgo de un chaval que apuntaba maneras. Desde ese momento pensó que tenía una fuerza sobrehumana, parecida a la de los superhéroes de la saga *Marvel,* o que soportaba el cansancio de una forma extraordinaria, sin saber que la culpable del éxtasis era la ilusión de un ansiado rencuentro.

Estuvieron recogiendo el local, echaron el cierre y se marcharon a casa a disfrutar de un más que

merecido descanso, de muy corta duración. En pocas horas tenían que regresar a la faena y afrontar un nuevo día en ese local de moda, donde no se paraba de currar ni un solo instante, desde bien temprano. Comenzaron a caminar en dirección contraria, con las manos en los bolsillos del abrigo y el cuello encogido por el frío de la noche, y conforme se alejaban surgió un bonito pensamiento de cariño mutuo. Henry creía haber encontrado un trabajador a la altura, con la tranquilidad que esto supone para el jefe de un negocio, y el joven John miraba con buenos ojos un nuevo lugar de trabajo, igual de duro que acogedor.

A la mañana siguiente dio comienzo otra idéntica jornada en el local, con el teléfono echando humo, los repartidores entrando y saliendo y Henry entre fogones preparando el condumio. Trabajaban a un ritmo incesante, sumidos en una falsa anarquía y no tenían tiempo ni de rascarse. La cocina de Henry no paraba de generar clientela y todo el que la probaba no podía parar de hacerlo. Si la demanda continuaba creciendo, llegaría a un punto en el que, por mucho que quisieran, iban a ser incapaces de atender a tanta gente, con solo dos manos cada uno. Durante el servicio, rara vez podían tomarse un breve descanso, pues a la vuelta de una entrega encontraban un nuevo pedido preparado en el mostrador, que había que cargar corriendo en la cesta y entregar en su destino lo antes posible. La única tregua que daba ese duro trajín era un par de minutos para echar un trago o hacer sus necesidades y enseguida tenían que volver a la carga, con una palmada en la espalda. Eran pocos los trabajadores que duraban más de una semana repartiendo comida en bicicleta por aquellas gélidas calles. Siempre que aparecía un nuevo candidato al puesto de repartidor, pensando que sería un trabajo llevadero, hacían pequeñas apuestas para ver quién acertaba el tiempo que aguantaría en el cargo. Una mañana apareció un joven fortachón presumiendo de que los fines de semana tenía la costumbre de salir a montar en bicicleta por un monte escarpado, donde entrenaban deportistas de élite, y quería incorporarse a la faena de inmediato. Aquel día Henry apostó cuarenta dólares a que el mozo iba a tirar la toalla a las pocas horas y se ganó un buen dinero, porque a mitad de la jornada, el chico entregó su uniforme y salió espantado del local. Tenían muchas anécdotas parecidas de aspirantes envalentonados que llegaban pisando fuerte y pronto se desinflaban, pero esta historia la recordaban con un cariño especial por el rostro pálido que trajo el pobre muchacho y sus palabras de arrepentimiento cuando marchó cabizbajo. Luego estaban los tipos que, cuando se enteraban de que había que hacer el reparto en bicicleta, se marchaban por donde habían venido diciendo que si estaban locos, que en pleno siglo XXI no era plan de andar pedaleando si podía hacerse a motor. Solamente aceptaba la gente necesitada, valiente y con muchas ganas de trabajar.

John había superado otro día agotador y miraba el reloj con alivio, viendo cómo solo faltaban unos minutos para salir por la puerta. La faena estaba prácticamente rematada, pero todavía faltaba lo más importante. Irrumpió en la cocina, se dirigió a la nevera donde guardaban los postres y cogió el trocito de tarta que había separado con ilusión, a primera hora de la mañana, por si se agotaban. A pesar del constante desaliento, pasó todo el día pensando en aquella hermosa chica, preguntándose asombrado cómo era capaz de recordarla durante horas con solo unos minutos frente a ella. Tenía las piernas doloridas del pedaleo, el rostro apagado y un cansancio mental considerable, pero salió por la puerta con los ánimos renovados, deseando cumplir una promesa o más bien satisfacer el mayor de sus deseos. De camino a Westmorland, los nervios apretaban cada vez más fuerte, sintiendo cercano el momento

de volver a verla. Callejeaba emocionado con la sonrisa puesta, la inquietud de compañera y lucía un abrigo de plumas nuevo que compró hacía tiempo y aún no había estrenado. No quería presentarse con el mismo gabán enorme y desgastado que Henry entregaba a cada empleado con la condición de ser devuelto y que habría pasado por unas diez o doce manos. Llegó a la puerta del bloque de apartamentos donde residía la joven, respiró hondo y cuando fue a pulsar el botón del segundo piso recordó, entre suspiros, que el telefonillo estaba estropeado.

—¡Maldita sea! Lamentó en voz alta.

La noche anterior se habían dedicado a fantasear con el encuentro, descuidaron mencionar el pequeño inconveniente del timbre, que a punto estuvo de mantener sus caminos separados, y ninguno se percató de acordar los detalles de una entrega particular, por la euforia de verse. Las ganas locas de enfrentar su mirada con la de esa joven encantadora, a la que no lograba sacarse de la cabeza, y el ansia de volver a disfrutar de una sensación indescriptible, se convirtieron en coraje. Sabía lo importante que era mantener la calma en momentos de entusiasmo, para no dejar escarpar ningún detalle y ahorrarse quebraderos de cabeza, pero en caliente los nervios jugaban malas pasadas. No podía quedarse de brazos cruzados viendo pasar de largo una buena oportunidad para charlar otro rato, ruborizarse con su presencia, observarla de arriba a abajo o quizás empezar a quererse. Se dispuso a empujar la puerta de entrada al edificio, por si había quedado entreabierta con el paso de algún vecino, cruzó los dedos, contuvo la respiración y confió en que sucediera otro milagro como el de la noche anterior. Estaba convencido de que al apoyarse en la cancela iba a perder el equilibrio y acabaría dentro del portal. Agarró el pomo con fuerza, empujó el portón y comprobó que estaba cerrado a cal y canto. La fe de que la puerta se abriría resultó ser ansia por que sucediese, olvidó que era demasiado pronto para contemplar otro milagro y perdió la confianza en cualquier fenómeno paranormal. Zarandeó la puerta con rabia maldiciendo su mala suerte, pero rendirse a la primera de cambio era una ley contraria a sus principios de guerrero. Tenía que llamar su atención como fuere y de las pocas ideas que barajó, la menos disparatada suponía despertar a los vecinos, que en su mayoría estarían durmiendo a las doce de la noche o a punto de hacerlo. Pensó en tirar la puerta abajo, lanzar piedrecitas a la ventana o ir en busca de una escalera y trepar por la fachada, pero terminó recapacitando y comenzó a vocear bajo la lumbrera con un breve chillido a medio gas. Quería tantear el terreno y luego ir subiendo de a poco la intensidad. Con tremenda expectación esperaba una respuesta mirando a la segunda fila de ventanales, donde creía recordar haberla visto aparecer, pero solo escuchó el silencio ensordecedor de la noche y los bufidos de un gato que andaba pelándose por la conquista de una hembra. En dos de las ventanas la luz estaba prendida. Pensó que en cualquier momento la joven iba a asomar la cabeza, voceando estremecida, para que subiera a charlar otro rato, a ruborizarse con su presencia, a observarse de arriba a abajo o quizás empezar a quererse, pero eran falsas ilusiones. Estar a pocos metros de la chica que había tenido en su mente durante todo el día, paseando, sonriente, en ropa de estar por casa, y no poder admirarla de nuevo, rozaba la incredulidad. Estaba frustrado por no poder satisfacer su ofrenda, quería enmendar el error con el trocito de tarta, morirse otro poco de la vergüenza, sonreír con cara de pánfilo, mientras asentía con la cabeza como si se estuviera enterando de algo, y dejar que la cosa fluyera por el camino de la espontaneidad. Lo intentó unas veces más «a grito pelao», reunió un puñado de piedrecitas que no se atrevió a lanzar por si hacia añicos los cristales y terminó desistiendo.

Se alejó despacio, volviendo la mirada a cada paso por si la veía a lo lejos y tenía que correr a grandes zancos a su encuentro y se perdió en la oscuridad, herido por el rasguño, pero ni mucho menos derrotado. Con un poco de ingenio y su tremenda imaginación pronto encontraría la manera de salir triunfante de lo que parecía una complicada prueba de obstáculos. Estaba convencido de que finalmente lo conseguiría, basándose en su manera de ser y en una serie de episodios pasados que terminó superando con éxito, siendo atrevido, constante y cabezota. Con solo cuatro años, la noche de Reyes se levantó de madrugada, dispuesto a quedarse sentado en el sofá, con los ojos bien abiertos, porque quería verlos aparecer con los regalos, y vaya si lo consiguió. Al día siguiente corrió a la habitación de sus padres asegurando que los había visto, al poco de levantarse, prometió que llegaron luciendo trajes de seda y terciopelo, con bordados en pedrería y cargados de agasajos, en lo que resultó ser un bonito sueño. A los pocos segundos de su marcha triste, Mary salió del baño, recién duchada, se acercó de nuevo a la ventana y asumió una nueva decepción. Llevaba toda la noche comprobando, impaciente, si aquel chico aparecería cargado con el postre, tal y como prometió, pero al presenciar una vez más su ausencia, se acopló en el sofá un poco chafada. Envuelta en su bata, pensaba que quizás él no habría sentido el mismo cosquilleo en el estómago y el palpitar acelerado. Barajaba, por error, la posibilidad de que solo hubiera sido un cumplido desplomado en el olvido, sin tener en cuenta la conexión que tuvieron y las bonitas sensaciones de un breve encuentro lleno de magia. Estaba convencida de que John se había olvidado de esa cita singular, pero se equivocaba por completo, como en tantas ocasiones, cuando creía que sus pensamientos eran ciertos, para más tarde comprobar su inmensa controversia con la realidad. Con el paso de los años prometió que antes de suponer intentaría cerciorarse primero y averiguar la verdad siempre que el corazón preguntara. No quedaba otro remedio que seguir esperando para conocer lo que solo el tiempo sabe y mientras tanto había que entretenerse fantaseando con la esperanza de un hermoso desenlace.

Capítulo II
Consecuencias

> «Los pensamientos varían en función de las emociones y cada situación se afronta de manera diferente, dependiendo del momento en el que te pille. A veces cuesta un poco reconocer la realidad, pero en el fondo distinguimos a la perfección entre lo bueno y lo malo. Pasar de largo o seguir estancado en la ignorancia solo depende de uno mismo y de las ganas que tengas de lograrlo, porque incluso trabajando como nuestro propio psicólogo, no siempre hacemos lo correcto, a sabiendas de que no lo es».

En la insensata mente de Peter sucedía el claro ejemplo de la reflexión anterior. Su integridad corría un grave peligro, merodeando por la ciudad en tinieblas y expuesto a cualquier atropello. Su mala vida terminó arrebatándole lo único que tenía de incalculable valor: su mujer y su hijo se habían marchado lejos, cansados de soportar cada día la misma historia de suspense, con episodios de terror y paranoia, y en lugar de pararse a pensar en los motivos de su marcha forzada y hacer algo para recuperarlos, continuaba delinquiendo, incapaz de echar el freno. La intención de abandonar el peligroso mundo del crimen rondaba con frecuencia sus pensamientos, porque en el fondo sabía que iba a ser lo mejor para todos, pero su empeño siempre se esfumaba y regresaba a las andadas, que lo llevaban por el mal camino. No solo continuaba por la misma senda del crimen, avanzando a trompicones con sobresaltos y amargura, sino que había regresado a su antiguo barrio en Detroit, donde malamente se crio, entre lacra y sinvergonzonería, y del que nunca llegó a separarse. No era consciente de que retroceder en el tiempo, anclarse en el pasado y frecuentar las mismas callejuelas que no quiso para ver crecer a su hijo, no iba a traer nada bueno ni tampoco le preocupaba.

En la penumbra de un gélido crepúsculo de invierno, Peter abandonó el nuevo escondrijo donde se había instalado a los pocos días de ver partir a su familia, caminó a pasos cautos hasta el aparcamiento de la estación de autobuses y, valiéndose de sus conocimientos de caco y una varilla de alambre, sustrajo un coche en un abrir y cerrar de ojos. Pilotó varias manzanas con manías de buen conductor para no llamar la atención, aparcó el auto al fondo de un oscuro y estrecho callejón, lejos de la potente farola que alumbraba la avenida principal, y esperó agazapado en la sombra. Según el plan, alguien debía salir de la puerta trasera de un supuesto restaurante hindú que funcionaba de tapadera y dejar a su cargo una importante cantidad de droga que había que entregar a las doce y media de la noche bajo el puente fronterizo. Estaba dispuesto a perpetrar otro arriesgado cometido que podía llevarle directo a la cárcel, donde pasaría una larga temporada en una estrecha celda pestilente, o sufrir un percance y acabar criando malvas en el cementerio. Aguardaba fumando uno de sus cigarrillos de liar y tarareando una famosa canción de *jazz*, con un serio semblante que transmitía sosiego y ocultaba de maravilla su nerviosismo y el temor a los peligros inminentes que acechaban con sigilo en cada operación.

En mitad de un silencio sepulcral apareció un tipo corpulento y cejijunto que parecía sacado de un *thriller* terrorífico, dejó un par de bolsas dentro del coche, dio el pistoletazo de salida con un toque en la ventanilla y regresó a la trastienda del restorán. Peter encendió el motor y abandonó la calleja despacio, con las luces apagadas, para camuflarse con el oscuro de la noche y no levantar sospechas, y emprendió el peligroso viaje. Conducía con la mercancía en el maletero de camino al lugar de la entrega, cegado por una avaricia recaudatoria, y se aferraba con fuerza al volante, sin quitar ojo a su alrededor. En cualquier momento podía aparecer la policía o los miembros de una banda rival, que no dudarían en hacer lo posible para arrebatarle el producto y hasta su propia vida. Si era sorprendido por una patrulla de las fuerzas del orden que anduviera a la caza de maleantes, o por un grupo de mafiosos protegiendo el territorio y buscando dinero fácil, tendría que pisar a fondo el acelerador y quitárselos de encima a balazos. No iba a ser la primera vez que se diera a la fuga de los agentes o repeliera el ataque de otros criminales. En una ocasión tuvo que sacar la pistola que guardaba bajo el asiento y disparar contra unos tipos que lo persiguieron en una camioneta, armados hasta los dientes, solo por cruzar el distrito equivocado. Menos mal que era un buen piloto y pudo despistarlos, guardó el auto en una de las cocheras que tenía la organización, repartidas por la ciudad por si las cosas se ponían feas, y volvió a casa caminando, porque la agitada persecución pudo haber terminado en tragedia.

A los pocos minutos de ponerse en marcha, una práctica habitual lo llevó a cambiar el rumbo del viaje por otro más enrevesado y valiente. En su afán de conseguir más dinero para después malgastarlo con facilidad en vicios insalubres, Peter hizo un alto en el camino y se detuvo frente a su nuevo escondrijo, un trastero abandonado lleno de bártulos polvorientos, telarañas y porquería. Lo había ocupado de una patada en la puerta y era donde pasaba las noches, tirado en un colchón roído por las ratas, que encontró apoyado en unos contenedores. Pretendía mezclar la mercancía con una sustancia amarillenta de dudosa procedencia y poco valor, que tenía el mismo aspecto que la droga. De esta forma obtenía grandes beneficios. Se apropiaba del valioso material ajeno, lo vendía por su cuenta y, como los clientes ignoraban la pureza del producto, porque querían ponerlo de inmediato en las calles, recuperar la inversión y llenarse los bolsillos, él seguía sacando tajada del negocio forastero. Entró en el viejo desván donde había montado el chiringuito, dejó los paquetes encima de una mesa de trabajo, carcomida por el óxido, y cambió buena parte de su contenido por esa sustancia de imitación que escondía al fondo de un cajón de herramientas roñosas, en una bolsa de supermercado. Volvió a embalar los bultos de la misma forma en la que estaban, puso el candado a la cadena que amarraba el tabique y la puerta y se marchó silboteando. El cambalache fue rápido. Viendo la maña que se dio, parecía haberlo hecho unas quinientas veces antes, porque tardó un periquete en dar el cambiazo y no se notaba en absoluto que había manipulado la mercancía. Regresó al coche con aires de grandeza, las pupilas dilatadas, una mancha blanquecina en el orificio izquierdo de su nariz y una falsa sensación de agudeza mental y continuó el camino satisfecho, habiéndose ganado un pastizal en un periquete. Apenas rebasó unos minutos la hora de entrega estipulada, pero lo suficiente para impacientar a los compradores. Motivados por la desconfianza y el estado de agitación que Peter tenía por haber consumido, exigieron probar el género antes de llevar a cabo el corrupto negocio. Peter arrugó el ceño y se hizo el indignado. Demostró un leve enojo por la falta de confianza y aseguró que era el mismo producto de siempre, pretendiendo eludir la demanda, pero el improvisado numerito de parecer

molesto no dio resultado. Los clientes continuaron en sus trece; si no cataban la mercancía no harían ningún trato. La opción de oponerse no era buena idea. Llevaría al traste la negociación y rompería la relación con unos tipos que compraban a menudo y tenían una estrecha amistad con el jefe de la banda. Enfrentado entre la espada y un enorme muro de consecuencias, Peter terminó eligiendo la opción menos puntiaguda y rezó lo poco que sabía para que los compradores no se dieran cuenta de la estafa. Abrió una de las bolsas, en la que creía haber puesto menos cantidad de aquel polvo pálido de olor penetrante y desagradable, parecido al del azufre, y con la punta de una navaja sacó una pizca para dárselo a probar. El más «echao p'alante» de los contrabandistas, un chicano con bigote, la cabeza afeitada y el cuerpo lleno de tatuajes carcelarios, acercó las narices a la chaira, se taponó un orificio y succionó la sustancia como una potente aspiradora industrial. Por la cara de estreñido que puso el malhechor, parecía haberse comido un chile picante con salsa de tabasco, pero a los pocos segundos se quedó tan pancho saboreando el producto. Terminó de degustar la pequeña dosis, miró a su compañero y confirmó su mal presagio. La calidad no era la esperada y no iban a pagar el dinero acordado. Peter estaba metido en un lío. Un regreso sin dinero y con la mercancía degenerada, significaba sufrir las fuertes represalias de Frank, un tipo menudo y encorvado, pero extremadamente agresivo y con mucho poder, que estaba al mando de la organización. La desesperación de no poder dar marcha atrás en el tiempo y dejar las bolsas como estaban y la falta de opciones, llevaron a Peter a aceptar la miserable oferta por evitar males mayores. El temor a la reacción de Frank, conocido capo entre los mafiosos de la ciudad, atormentaba a Peter en el camino de vuelta. Frank venía de la peor ralea de maleantes de los últimos años. Tenía fama de sanguinario por la multitud de crímenes que cargaba con orgullo a sus espaldas y si descubría el nefasto tejemaneje, iba a sufrir las terribles consecuencias de haber intentado ganarse un dinero extra a escondidas, deteriorando el género y sembrando el rumor en las calles de que su mercancía no era de calidad. Él mismo había participado en brutales escarmientos a otros miembros del clan que tuvieron un desliz y sabía lo que era encerrar a un tipo en un cuarto, atarle de pies y manos a una silla, someterlo a interrogatorios y torturarlo hasta sacarle la información o dejarlo moribundo por no haber hecho lo correcto. Estuvo involucrado en numerosos tiroteos, presenció asesinatos premeditados y repentinas ejecuciones a sangre fría y se deshizo de un montón de cuerpos, pero era la primera vez que estaba al otro lado de la barrera y tenía miedo.

Al cabo de un rato conduciendo entre lamentos, golpeando el volante de rabia y preparando una evasiva con la que salir airoso, Peter llegó a un oscuro *parking* abandonado a las afueras de ciudad, donde solía entregar el dinero después de cada operación. Comenzó a explicar lo sucedido mientras abría el maletín, aseguró que los clientes no estaban conformes con el precio, comenzaron a regatear y tuvo que hacerles una rebaja para sacar adelante la venta y no jugársela de nuevo acarreando la mercancía de vuelta. Frank iba acompañado por dos hombres de confianza y no era tonto; presentía problemas serios al contemplar cómo Peter daba las explicaciones con la voz temblorosa, las manos agitadas y un mustio semblante. El precio de la droga dependía de su calidad y todo el mundo en la calle lo sabía. La cocaína colombiana, con un noventa y cinco por ciento de pureza, costaba más de treinta mil dólares el kilo y a medida que bajaba el porcentaje también lo hacía el precio. La mercancía de Frank era de primera calidad; llegaba directa en avioneta desde un laboratorio escondido en la selva y nadie estaría tan loco como para pedir un descuento como el que Peter aseguraba haber hecho. El

chanchullo era evidente. Había metido la pata hasta el fondo y puso como excusa una de las muchas que barajó mientras conducía, arrepentido y ofuscado, al encuentro con el capo. Cuando terminó de narrar lo sucedido, el mafioso enfureció como una bestia acorralada y ordenó a sus hombres que lo sujetaran para poder golpearle a placer. Se quitó la americana, se arremangó la camisa hasta los codos y comenzó a sacudirle. A cada golpe voceaba los motivos de la tunda, cerraba el puño con fuerza y se lo estampaba en las narices, en la piñata, en la boca del estómago o en la sesera. El cuerpo de Peter se sostenía por la fuerza de los maromos. Lo sujetaban por las axilas para que siguiera recibiendo, estaba inerte y amoratado, babeaba flemas de sangre y dientes partidos, pero de tantos porrazos ya no sentía ni padecía. Lo soltaron y cayó al suelo como un muñeco de trapo, recibió patadas y escupitajos y fue abandonado a su suerte por la misma gente que lo engatusó para formar parte de esa terrible red criminal, donde un día eras intocable porque hiciste un buen trabajo y al día siguiente nadie se acordaba de tu larga trayectoria delinquiendo y no valías un carajo. Era un mundo en el que no valían los perdones ni el arrepentimiento; si metías la pata o jugabas con el dinero del mafioso acababas como Peter, desangrándote en la oscuridad o en el fondo de un lago con una bala en la cabeza y plomo en los pies para no salir a flote. Frank quiso darle un buen escarmiento a base de palos, que sirviera de ejemplo para que el próximo valiente aventurado que tuviera las narices de hacer algo parecido, se lo pensara dos veces antes de actuar. De tanto tentar a la suerte y dejarse llevar por la avaricia de conseguir más dinero, para luego despilfarrarlo, Peter terminó en el suelo sin conocimiento, varado en mitad de un charco de sangre que exigía respeto y lealtad hacia la temida y violenta banda de Frank.

Lejos del brutal ajuste de cuentas que sucedió en aquel viejo aparcamiento desierto y apagado, concluía otra dura jornada en el Henry´s. John terminó su faena, exhausto como de costumbre y rozando la madrugada. A pesar del incesante trajín, resistía firmemente las embestidas de un duro empleo, capeaba el temporal sin rechistar lo más mínimo y trabajaba de lunes a domingo con un descanso insuficiente. Libraba medio día a la semana y a veces ni eso. Henry ofrecía a sus pocos trabajadores la posibilidad de echar horas extra para ver engrosado su salario a fin de mes, y la mayoría aceptaba por diferentes motivos. El que no estaba pagando una casa tenía que abonar la letra del coche, sacar adelante a su familia o satisfacer ambas cosas y no estaba de más recibir un suplemento. Les compensaba con un pequeño sobresueldo de ciento cincuenta dólares y unas bolsas de comida por sacrificar sus pocas horas de libranza y echar una mano cuando habían terminado la jornada y todavía conservaban fuerzas. El desgaste físico y mental era abrumador y después de todo el día en movimiento, John no veía la hora de salir. A las tantas de la noche cruzó la puerta del local y se marchó a descansar, pues era lo único que hacía, además de salir a pasear con su madre cuando se alineaban los astros, ambos libraban y no estaban agotados. Caminaba por la avenida con las manos en los bolsillos del gabán y el rostro divertido, pensando en una ducha de agua ardiendo, en una cena contundente y en el mullido de la cama, pero al llegar a casa su gesto alegre se deprimió de golpe. John descubrió a su madre tendida en el sofá, llorando desconsolada en un mar de lágrimas, y corrió asustado a averiguar el porqué. La culpable de su llantina era la llamada que había recibido del hospital donde Peter se encontraba ingresado de urgencia y en estado crítico. Un vagabundo que deambulaba por los suburbios de la ciudad, borracho y desorientado, encontró su cuerpo inerte tirado en el suelo y avisó a una patrulla de Policía con la que se topó de casualidad a los pocos minutos del espantoso

descubrimiento. Envuelto de nuevo en problemas, Peter presentaba innumerables golpes por todo el cuerpo, propinados con un brutal ensañamiento. No había mucho que hacer por salvar su vida. El frío relato de los médicos fue demoledor y, aunque lo hicieron con mucho tacto para amainar el tormento de una trágica noticia, no se anduvieron por las ramas. La posibilidad de no volver a ver a Peter con vida era tan alta que John y su madre contemplaron la idea de montar un altar en casa y rezar a san Pantaleón, un médico cristiano y mártir, reconocido por la Iglesia como el santo de los enfermos. Estaban a cientos de kilómetros del sanatorio que resguardaba a Peter de la muerte y en lugar de ponerse a alabar a aquella figura sagrada con plegarias que poco podrían hacer para salvarle, decidieron salir corriendo a escuchar su último suspiro. Tenían por delante un largo recorrido, pero cualquier distancia es poca cuando se trata de un familiar que pasea moribundo por el término de su vida. Metieron un par de mudas y un neceser con lo básico en una pequeña bolsa de viaje, se colocaron calzado cómodo y ropa holgada y se marcharon con lo puesto, angustiados por la sospecha de un triste final. Aguardaban por delante siete horas de viaje en carretera y lo único que deseaban era llegar a tiempo de suplicar a los doctores que no dejaran ir a Peter tan pronto. Tenía cincuenta y dos años, aunque la gente solía echarle sesenta y muchos, porque la parranda y los excesos habían deteriorado su aspecto.

Una desgracia anunciada interrumpió el buen comienzo de su nueva etapa y tuvieron que partir de improviso hacia el lugar de donde venían, un lugar lleno de malos recuerdos, desesperación y amargura. Fue un momento triste y difícil de sobrellevar, porque no estaban preparados para despedir a Peter, si esa despedida iba a ser un hasta nunca. Habían marchado de Detroit huyendo de su estilo de vida, de sus salidas nocturnas, sus cogorzas y sus malas compañías porque merecían un futuro mejor, pero sabían que eran actitudes de una persona enferma y no guardaban rencor hacia él en sus corazones. Contaban con volver a verle en algún encuentro esporádico, cuando las cosas se hubieran enfriado y no con un choque siniestro, inesperado y a la fuerza, en el que solo podrían verlo agonizar.

El coche que tenían para moverse era un pequeño turismo rojo, descolorido y arañado, que compraron de segunda mano, poco antes de que John naciera. Tenía medio millón de kilómetros, un par de abollones en cada costado y una sarta de averías a sus espaldas; los neumáticos estaban desgastados, echaba bocanadas de humo blanco por el tubo de escape y sonaba como un tractor agrícola. A veces, durante la marcha, comenzaba a sonar un crujir intermitente, como el de una locomotora pasando de largo por la estación, a toda velocidad, que iba perdiendo decibelios y se quitaba al cabo de un rato. Pensaban que el molesto runrún eran los últimos lamentos del viejo carro, pidiendo a gritos su retiro al desguace, y que algún día el ruido iba a terminar en una fuerte explosión. Era imposible recordar los antecedentes del automóvil y no ponerse a temblar, suponiendo que difícilmente llegarían a Detroit, pero como no había tiempo para lamentaciones, confiaron en la suerte y se echaron a la carretera con un par de narices. El viaje arrancó tranquilo, hasta que a los pocos minutos apareció el dichoso chasquido entrecortado, que, para variar, tardó más de la cuenta en desaparecer. Creyeron que había llegado su día y que tendrían que avisar a una grúa para ser remolcados hasta un hostal de mala muerte, donde poder pasar la noche y llorar la defunción de Peter, abrazados en un cuartucho piojoso, pero a la hora y pico el ruido terminó por apagarse, regresó el silencio y prometieron que si llegaban a su destino lo llamarían el carromato indestructible.

Condujeron por un sinfín de carreteras, que en su mayoría carecían de alumbrado, pensando en el percal que encontrarían a su llegada, con los ojos clavados en el asfalto. La pobre luz amarillenta que emitían los faros del viejo auto era toda la iluminación con la que contaban para andar, un poco a tientas, por un sombrío camino que parecía no tener fin. Era una gota de claridad en medio del vasto y apagado firmamento, que alumbraba unos tres metros por delante, lo suficiente para intuir el trazado de la vía, distinguir las señales de los postes de la orilla y no terminar con el coche panza arriba en la cuneta. Se dejaron la vista intentando descifrar los rótulos de los carteles, conducían pisando la línea blanca que delimitaba el carril por ambos lados y rezaban para que las pálidas bombillas del carro no se fundieran de repente. Tuvieron que parar cuarenta veces a descansar los ojos, darle un respiro al coche, mirar que bajo el capó todo estuviera en orden, despojarse del entumecimiento, echar combustible y reponer fuerzas en una tasca de carretera con un poco de té. El disgusto y el ansia de querer llegar cuanto antes había cerrado sus estómagos y con una dosis de teína sería suficiente para mantenerse alerta el resto del viaje. Con el depósito lleno, los ojos más abiertos y el mismo padecer, se pusieron en marcha a por los últimos cientos de kilómetros que quedaban por delante. La aventura proseguía por idénticos derroteros. Iban más pendientes del teléfono, esperando una llamada que anunciara el desastre o diera un soplo de esperanza al respirar de Peter, que de la propia carretera. Cada dos por tres aparecía un cartel verde donde ponía la distancia que faltaba para llegar a su destino y Megan juraría haber visto varias veces la misma cantidad. A medida que pasaban las horas, la ruta se hacía más difícil de soportar. John estaba cansado y su destreza al volante había disminuido. Sentía un molesto escozor en los ojos que solo menguaba con restregones, parpadeaba continuamente, tomaba agua para espabilarse, se mojaba la frente y la nuca. Entretanto, Megan iban dando cabezadas involuntarias en el asiento del copiloto y cada vez que despertaba se empeñaba en conducir, pero la pobre no estaba en condiciones de ponerse al volante. Por hacer caso al corazón y salir corriendo a escuchar los últimos latidos de Peter, cuando poco podían hacer por salvarlo, estaban poniendo en peligro sus propias vidas.

El recorrido se hizo eterno y resultó abrumador, pero al fin llegaron a su destino de una sola pieza, con el coche rezumando humo blanquecino por el capó y el cuerpo agarrotado. Tiraron el carromato indestructible en la puerta del hospital donde Peter se encontraba malherido y corrieron, sofocados, a preguntar por él en el mostrador de urgencias. El personal médico acudió a su encuentro e intentó tranquilizarles con la mano en el hombro, el habla serena, el gesto manso y un fármaco ansiolítico para el histerismo.

—Estamos haciendo todo lo posible por mantenerlo con vida —aseguró un doctor enclenque con una parsimonia esperanzadora. De momento no podían pasar a verle. Estaba siendo atendido por un equipo de sanitarios que llevaban horas empeñados en un difícil revivir y tenían el deber de esperar. Después de un viaje a la carrera por aquel sendero insufrible que a punto estuvo de costarles un disgusto y de un sinfín de lamentos, no podían hacer más que sentarse y cruzar los dedos para que la suerte cayera de su lado, pero estando cerca de Peter, el intenso dolor que sentían en el fondo del pecho parecía más llevadero. Estuvieron un rato a la espera de noticias en una angosta y despoblada sala. La inquietud no les dejaba parar quietos. Andaban en círculos, imaginándose cosas terribles, sollozaban en los asientos con las manos en la cabeza y los codos en las rodillas y cruzaban frases breves que respondían con monosílabos o asentimientos. El reloj parecía haberse detenido a las puertas de la

mañana, cada minuto se hacía eterno y daba la impresión de que habían sido condenados a la soledad perpetua. De pronto irrumpieron en la sala dos médicos con el gesto serio. Al ver el rostro apagado de los doctores, se temieron lo peor y pensaron que había llegado el momento de soltar toda la pena contenida y comenzar a llorar la muerte de Peter en voz alta. Por sus caras de circunstancia, parecían estar preparando el terreno que precede a una fatídica noticia, o quizá estaban exhaustos por un servicio de urgencias agitado y fatigoso. La poca esperanza que les quedaba se estaba marchitando con el paso lento del tiempo que llevaban en ascuas. El médico de más edad comenzó a explicar cómo estaba la situación que los había llevado en volandas hasta ese antiguo sanatorio, después de preguntar si eran ellos los familiares de Peter. Tenía una barba larga y canosa que transmitía sabiduría, unos ojos curados de espanto que escondían de maravilla los sentimientos y un tono de voz grave que imponía respeto. El veterano galeno aseguró que Peter estaba vivo de casualidad y tenía un pie en el otro barrio. Era demasiado pronto para aventurarse en un diagnóstico que revelara con exactitud lo que iba a suceder, pero estaba claro que su integridad corría un grave peligro tras el brutal ataque que había sufrido. Dieron a entender que difícilmente saldría de esta y, si al final conseguía sobrevivir, sería más por un milagro que por su intachable labor. Presentaba tantas complicaciones que no podían hacer mucho más para salvar su vida, tenía hematomas por todo el cuerpo, costillas rotas y órganos dañados, pero en cierto modo aportaron una pizca de esperanza al mencionar su tremenda fortaleza.

—Otra persona en su lugar ya estaría en la morgue. He visto heridas menos graves llevarse por delante a pacientes más robustos —afirmó el doctor, dando un toque de optimismo al padecer de la familia, que atendía abatida, con la mirada mustia y los hombros caídos. El empeño de estos héroes en hacer todo lo posible para sacarlo adelante y la vitalidad de Peter eran su único consuelo y se aferraban con fuerza y desesperación a la esperanza marchita de un final feliz.

Aquel día en el hospital fue insoportable. Parecía que no iba a terminar nunca. Las noticias sobre la evolución de Peter aparecían con cuentagotas y siempre contaban el mismo relato triste y poco esperanzador. Los médicos sembraban angustia con la incertidumbre y, a falta de información, buenos eran los cafés para pasar el mal trago en vela, pero ni atiborrados de cafeína consiguieron vencer al sueño. Acabaron echando una cabezada en los incómodos asientos de chapa que formaban filas en la sala y despertaron a los pocos minutos, desorientados, con el cuerpo dolorido y la sensación de llevar tres días seguidos en el sanatorio. En las últimas veinticuatro horas solo habían reposado un breve instante, en un banco de hojalata, apoyado el uno contra el otro, con la chaqueta del chico por encima para resguardarse de las gélidas corrientes que recorrían los pasillos. Estaban exhaustos. John se acercó a por unos cafés y una chocolatina a la máquina expendedora que había al final de pasillo y cuando iba a meter las monedas, el ruido de una conversación lejana lo obligó a voltear la mirada. Al final del gélido corredor, observó cómo los doctores entraban en la sala donde su madre esperaba el desayuno. Intrigado por la visita, dejó lo que estaba haciendo y corrió a enterarse de las novedades. A pocos metros de llegar, escuchó el llanto triste de Megan, que se deshacía en sollozos y respiraba a grandes bocanadas. Aceleró el paso para calmarla y padecer juntos, convencido de que Peter ya se había ido, pero sus lágrimas resultaron ser de rabia y alegría, por una espléndida noticia. Gracias al personal sanitario, que no paró hasta conseguir su propósito y a los rezos que por lo bajini le hicieron a san Pantaleón, Peter, asombrosamente, presentaba una ínfima mejora. Después de muchas horas en vilo

bajo la sospecha de que no llegarían a tiempo de abrazar su cuerpo con vida y de un día apagado por la inquietud de un mal presagio, pudieron pasar a verle unos minutos.

Entraron en un viejo cuarto hospitalario con pequeños manchurrones de sangre en las paredes de batallas pasadas, donde parecía que los médicos luchaban por salvar la vida a la gente, y vieron a Peter tumbado en una frágil camilla de latón, arropado con una sábana blanca ensangrentada, que tapaba su cuerpo hasta la comisura de los labios. Parecía que un tren de mercancías le había pasado por encima, revolcándolo entre las vías, y no daba más señales de vida que un triste gemir y algún leve movimiento de cabeza. Tenía el rostro cárdeno e hinchado, al punto de que costaba reconocerle. Una venda de gasa tapaba la delicada intervención a la que fue sometido, en la coronilla del cráneo, para drenar varios coágulos, que de no ser desaguados habrían supuesto una embolia; puntos de sutura parcheaban su cuerpo y una maraña de tubos le suministraba fármacos por vía intravenosa. Estaba hecho un cuadro que retrataba a la perfección el tormento, la angustia y el dolor. Cuando presenciaron el desastre de cerca se quedaron atónitos, el llanto inundó sus ojos, perdieron el habla y no fueron capaces de reaccionar hasta que el enfermero dijo que la visita había terminado y tenían que marcharse.

Regresaron a la sala de espera cogidos por el brazo, con la imagen del terror en sus retinas. Tenían el rosto pálido, la cabeza baja y las manos congeladas por el gélido ambiente que se respiraba en el antiguo quirófano. La espera continuaba hasta nueva orden. No sabían cuando iban a volver a verle, ni si en el próximo vistazo sus señales de vida serían igual de lamentables, pero se conformaban con que pudiera salir de ese cuarto de los horrores y no con los pies por delante. Tenía que seguir en observación por las graves heridas que tapizaban su cuerpo de rojo y morado y aunque a simple vista parecía más muerto que vivo, estaba a un paso de escapar del peligro. La pericia de unos auténticos salvadores, que incansables arriesgan su vida para salvar la de los demás, y sus ganas de vivir, alumbraban el camino de Peter hacia una posible recuperación. Al rato de acoplarse en la triste sala donde tendrían que permanecer hasta quién sabe cuándo, un joven y amable enfermero que se encargaba de los cuidados de Peter apareció con información «calentita». El imberbe discípulo traía buenas noticias. Aseguró que iban a subirlo a planta, para quedar ingresado en un lugar más agradable que aquel cuartucho espeluznante con salpicones tintos resecos. La noticia era música relajante para sus oídos, taponados por el ruido de las camillas que corrían por los pasillos cargadas de enfermos, por los lamentos de estos acusando el dolor y por el sonido de la megafonía reclamando a familiares y personal sanitario. Llegaba de improviso y en el mejor momento, cuando estaban perdidos en la ignorancia, suponiendo que tendrían que pasar por otra impredecible y angustiosa espera. Lo celebraron con un fuerte abrazo de veinte segundos que relajó la tensión de sus músculos agarrotados y liberó una buena dosis de estrés, y sintieron cómo una suave brisa les templó el ardor de la sangre. Ahora podrían permanecer a su lado en la habitación asignada, fruto del progreso, para contemplar cómo ese peligro mortal, que en apariencia había caducado, se esfumaba por completo. Tras una agonizante y oscura estancia en el hospital, pudieron respirar un poco de aire fresco y distinguir una pizca de luz al final de aquel pasillo renegrido donde el tiempo se estancaba y no era fácil reposar.

La tarde arrancó más tranquila, sobre todo para Megan, que esperaba sentada y menos triste el traslado de habitación. Seguía posada en los mismos asientos de chapa, que adormilaban su trasero con un ligero hormigueo, pero al enterarse de que pronto marcharían a un lugar mejor, el dichoso banco

insufrible ya no parecía tan incómodo. John, sin embargo, continuaba inquieto, dando vueltas por el laberinto de túneles del hospital. En pocas horas comenzaba su turno de noche en el Henry´s y entendía que no era buena idea faltar al trabajo ni por una causa justificada, como el renacer de su padre. Estaba exhausto por una jornada de terror, cargada de sobresaltos, había dormido unos minutos sobre el hombro de su madre, apenas podía sostenerse en pie y andaba con el piloto automático puesto. Sus párpados pesaban una barbaridad, actuaba por instinto y respiraba de forma irregular. Necesitaba un buen descanso, una ducha y un almuerzo, pero en lo último que pensaba era en descansar o atiborrarse de comida. John pretendía cumplir con su deber y no importaba lo agotado que estuviera ni la larga distancia que lo separaba del trabajo. Sabía que regresar a Madison en el viejo auto era inviable, pues no iba a llegar a tiempo ni en condiciones de afrontar su intensa tarea. La única opción era ir a la terminal y montarse en el primer avión que despegara. Desesperado por no fallar a Henry, comenzó a mirar vuelos en su teléfono y observó que el billete más barato suponía un gran desembolso. Llevaba poco tiempo trabajando y el par de mensualidades que había ganado, con mucho esfuerzo, las entregó en casa para cubrir gastos, llenar la nevera y arreglar desperfectos. Tenía la cuenta del banco bajo mínimos y apenas contaba con el dinero suficiente para el pasaje, pero pensó que iba a ser mejor gastarlo en una inversión de futuro que quedarse sin empleo. Según las previsiones de llegada, estaría en Madison justo a tiempo de comenzar su turno de trabajo y decidió llamar al jefe para avisar de un posible retraso, de unos pocos minutos. Henry se encontraba en el local, peleándose con un puñado de cacerolas que no sabía dónde meter, y descolgó el teléfono convencido de que sería algún cliente hambriento. Cuando sintió la voz de John, triste y pesarosa, supo que el chico no llamaba por gusto. Hasta la fecha no había faltado ni un solo día. Acudió al trabajo incluso estando enfermo, cuando la gripe subió la temperatura de su cuerpo a treintainueve grados y medio, esputaba mocos verdosos que brotaban del interior de su pecho dolorido y sentía un fuerte dolor en todos los músculos del cuerpo. Algo grave tenía que haber pasado para que anduviera llamando y difundiendo amargura, cuando lo normal era que contagiara de alegría a todo el que estaba a su alrededor. John comenzó a narrar el fatídico suceso, con un hilo de voz y un tono apagado, por lo débil que se encontraba. La falta de sueño y el estómago vacío era lo menos malo que había soportado desde el pasado anochecer, cuando llegó a casa agotado del trabajo y se encontró con el amargo pastel. Estaba de capa caída, exhausto y, sobre todo, apurado por si llegaba tarde al trabajo. Henry escuchó atentamente las palabras que narraron el percance de Peter y quedó más impresionado viendo cómo el muchacho aguantaba el chaparrón, con una entereza digna de quitarse la cofia blanca de rejilla que sujetaba sus cuatro pelos, que por el propio suceso. De primeras no supo decir más que un sentido lo siento y mandarle un mensaje de ánimo, pero luego añadió que lo peor ya había pasado y tenía toda la razón.

—A partir de ahora todo será más fácil, hijo, solo tienes que mirar hacia adelante, tener paciencia y ser positivo. No pienses en lo que ha ocurrido, piensa en lo que has superado, es cuestión de perspectiva —concluyó una voz sabia de persona mayor.

John había estado a punto de perder a su padre, se encontraba lastimado y desfallecido por el ajetreo y su prioridad era atender el trabajo que les daba de comer, un comportamiento digno de admiración. En vista de que la repentina tempestad hacía amagos de amainar, Henry quiso premiar la actitud de John, dándole un par de días libres para que pudiera estar junto a su padre en los peores momentos de

su vida. Por querer hacer las cosas bien y no escoger el camino fácil, recibió de nuevo una recompensa inesperada y, con una preocupación menos que atender, pudo centrarse en la tensa circunstancia que había irrumpido en sus vidas de sopetón.

Era el momento de tomarse un respiro y correr a saciar el hambre, que empezó a apretar en el mismo instante en que los problemas parecían tener solución. John decidió salir a tomar algo contundente de comida recién hecha y de paso coger el aire que necesitaba para continuar encerrado entre los cuatro muros del viejo sanatorio, esperando a que Peter se recuperara del todo o cayera en picado en un abismo de complicaciones fatales. Su madre, sin embargo, prefirió quedarse a esperar el cambio de habitación. La pobre continuaba sin demasiada apetencia por el nudo que oprimía su estómago desde la fatídica llamada que anunció la desgracia y dijo que con un simple tentempié que trajera tendría suficiente para llenar la barriga. La luz de una soleada tarde invernal achinó los ojos de John al cruzar la puerta del hospital y tuvo que usar su mano de visera para que el sol no calcinara sus pupilas. Los tenía sensibles de haber estado tantas horas en aquel cuarto de espera, frío y apagado, pensando que no iba a poder despedirse de su padre, y rojos de tanto llanto. No sabía adónde ir a darse un atracón, hasta que su vista se hizo a la claridad y pudo ver al otro lado de la calle cómo un grupo de tragaldabas esperaba a ser atendido frente a lo que parecía un viejo *burguer bar*. No era muy normal ver a tantos clientes haciendo fila a las puertas de un negocio y pensó que estarían esperando por un buen motivo. La mayoría eran trabajadores del hospital que habían terminado su jornada y acudían en tropel al establecimiento y el resto gente de la zona que amaba la comida rápida. Se puso a la cola y esperó impaciente a que llegara su turno. Avanzaba hipnotizado con las apetitosas ofertas que anunciaban los carteles colocados sobre la línea de cajas y no paraba de salivar por el perfume a carne asada y alimentos rebozados que manaba de las cocinas. Intentó no comer con los ojos para no acabar con dolor de tripa, pero el pedido fue generoso. Según él, dejarse algo de comida era una falta de respeto a las personas que no tienen nada que llevarse a la boca y prefería terminar a punto de explotar que ver unas migajas en el plato.

—Póngame, por favor, dos hamburguesas dobles con patatas fritas, unos aros de cebolla, una cesta de *nuggets*, unos palitos de queso y un vaso grande de cola —dijo frotándose las manos. El encargado de tomar nota se quedó alucinando con la cantidad de cosas que había pedido, las repitió una por una, a toda velocidad, y preguntó, amigablemente, si estaba seguro de poder comerse aquel montón de comida. John soltó una carcajada, confesó que tenía un tremendo saque y que llevaba un día sin comer y aseguró que terminaría con todo en un santiamén.

—No querrás apostarte la cuenta —sugirió con una sonrisa. Para John, uno de los mayores placeres de esta vida era comer en abundancia y disfrutaba tanto haciéndolo como viendo alimentarse a todo el que estaba a su lado. A los pocos minutos aterrizó en su mesa una enorme bandeja que rebosaba comida por los cuatro costados. Tenía una pinta increíble y desprendía un delicioso aroma. Comenzó a comer a dos carrillos, masticando deprisa, como si alguien fuera a quitárselo en un descuido, y apenas bebía refresco para dejar espacio en el estómago. Más tarde tuvo que bajar el ritmo, hizo varias paradas para coger aire y secarse los chorretones de sudor que caían por su frente y terminó acabándose hasta la última patata frita, esa que no pensaba comerse porque estaba demasiado tostada. Engulló la montaña de comida como un salvaje recién llegado a la ciudad, se levantó de la mesa con una pesadez de

estómago terrible y salió por la puerta jurando que jamás volvería a comer tanto, pero no tardaría en volver a atiborrarse. De regreso al hospital, vio a lo lejos el letrero de un motel, que apenas se distinguía, porque el tiempo había corroído la pintura roja de sus letras mayúsculas. Pensó que no sería mala idea descansar en condiciones mientras Peter se recuperaba de la tremenda zurra y anduvo a echar un vistazo, eructando los gases que emitía la aceitosa comida que se acababa de zampar. En la puerta del viejo hospedaje encontró a una anciana marchita y nariguda que combatía el frío arropada con un abrigo de plumas dos tallas mayor, un gorro de lana descosido, unos guantes sin dedos y una taza humeante entre las manos. Se acercó a la octogenaria a preguntar por el alojamiento, pensando que estaba de paso en el motel, y resultó que era la encargada del negocio y llevaba toda la vida en la avenida, dando de dormir a los transeúntes. La mujer aseguró que solamente tenía una habitación libre y estaba dispuesta a enseñársela, por si era de su agrado. Subieron por una estrecha escalera de caracol que se tambaleaba a cada pisotón y llegaron a la primera y única planta del motel. Las alcobas estaban repartidas a lo largo de un angosto pasillo decorado con recortes de periódico enmarcados, que mostraban las noticias más sonadas de la ciudad en los últimos setenta años. Con todos aquellos titulares y la cantidad de anécdotas curiosas que tendría para contar la anciana, que había visto de todo en su larga travesía como posadera, se podría escribir una interesante trilogía, basada en hechos reales, que superaría con creces cualquier historia de ciencia ficción. El único cuarto que había disponible dejaba mucho que desear. Conservaba un ligero olor a rancio, como si no hubieran ventilado desde la estancia del último huésped, desde el último par de meses o desde el año pasado, tenía grietas en el techo, manchurrones en la moqueta, humedad en lo alto de las paredes y un pequeño camastro en una esquina, con una antigua manta de felpa doblada en lo alto y una almohada amarillenta que no levantaba más de medio palmo. John pasó esquivando los tiznes de mugre de la alfombra, echó un breve vistazo, hincó los dedos en la piltra, para ver su consistencia, pensando que estaría llena de muelles, pero el colchón resultó ser lo mejor de aquel deslucido cuchitril. El cuarto estaba hecho un desastre y no invitaba a pasar la noche, pero como tenía una cama pasable y lo alquilaban por un módico precio, decidió quedárselo. Pagó a la señora veintidós dólares con cincuenta centavos y cerraron el negocio, satisfechos, con la entrega de una enorme llave de hierro fundido que pesaba como un muerto y un apretón de manos.

De vuelta en el hospital, John descubrió la nueva habitación de Peter, que de nueva tenía poco y había que compartirla con un enfermo senil que no paraba de gritar el nombre de su esposa fallecida hacía más de veinte años, en los bombardeos de Canadá, para que viniera a hacerle compañía. El azul de las paredes pintadas a la cal se desconchaba a grandes cáscaras, los suelos de caucho grisáceo se deshacían en mil pedazos y la cortina que dividía la ruinosa alcoba tenía boquetes y lamparones. Era casi peor que el horripilante cuartucho de batalla donde Peter casi pierde la vida, pero ahí podían estar junto a él, aferrarse a su mano y contemplarlo embobados durante horas, imaginándose lo mal que lo tuvo que pasar durante el comienzo de la paliza, cuando todavía estaba consciente. De la bolsa que traía en la mano, John sacó un delicioso bocadillo de lomo con queso y se lo entregó a su madre, que reposaba en un pequeño sillón de ambulatorio que, incluso a simple vista, parecía fastidioso. Para no tener hambre, Megan engulló el bocata con ganas, llenándose la chaqueta de migas, y cuando había

terminado de masticar el último pedazo, recibió una invitación para marcharse a descansar en condiciones.

—¿Pero hijo, dónde quieres que vaya? Dijo sacudiéndose la ropa sin prestar demasiada atención.

El joven comentó que había encontrado alojamiento cerca y aunque no era el mejor sitio del mundo, tenía un pequeño catre mullido donde tumbarse a estirar las piernas y dormir unas horas. Megan se negó. No estaba por la labor de largarse y dejar a su hijo en la rígida butaca, escuchando cómo el compañero de habitación de Peter reclamaba a su mujer y se lamentaba con gemidos y burdas palabras porque no aparecía. Mantuvieron un tenso debate sobre quién tenía que ir a dormir al motel, lo echaron a suertes, intentaron ponerse de acuerdo y después de varios intentos fallidos, pretendiendo rechazar la oferta, Megan finalmente accedió, con una condición. En cuanto hubiera descansado lo más mínimo regresaría a tomarle el relevo. Cruzó la puerta del sanatorio y sintió el aire en el rostro, como una brisa fresca en la noche de un tórrido verano. Respiró hondo y anduvo hacia el motel, distraída con el gentío que andaba espantado por la avenida. En el apretado y sombrío vestíbulo, masculló un saludo al aire, esperó un instante y, de repente, vio salir a la dueña de un pequeño departamento que había detrás del mostrador de recepción. La facha deslucida de esa anciana jorobada, de rostro serio y arrugado, y su aparición cargada de misterio, sobrecogieron a Megan. Retrocedió un paso con cara de espanto y a punto estuvo de salir escopetada. Pensó que la puerta secreta daba a un cuarto oscuro, donde la mujer escondía a los niños que raptaba, y cuando estuviera durmiendo iba aparecer con un cuchillo para arrancarle los órganos y venderlos en el mercado negro, pero en realidad era el aposento donde pasaba las horas muertas y en su interior solo había un viejo sofá y un pequeño televisor en blanco y negro. Se había dejado engañar por las apariencias y fantaseó con alguna historia que habría visto en cualquier película de terror o en una de las pesadillas que tuvo mientras cabeceaba en la butaca del hospital.

—Tú debes de ser Megan. Dijo la señora con voz firme y rasgada.

Al ver que sabía su nombre, se quedó sorprendida y respiró más tranquila. La misteriosa anciana ya no parecía una persona demente que secuestraba criaturas y las escondía en el recóndito recoveco que había oculto tras la repisa de admisión; después de cruzar cuatro palabras con ella, aparentaba ser una mujer entrañable. John olvidó avisar a Megan del susto que podía llevarse cuando entrara en el viejo motel y viera las trazas harapientas de la dueña, pero al menos se acordó de advertir a esta que en breves momentos llegaría una mujer regordeta, con buenos mofletes y un hermoso rostro alegre, que era la madre que lo había parido. Quería evitar malentendidos y que la echara de allí a escobazos. Mantuvieron una charla agradable, hablaron del incidente de Peter, de los orígenes del motel, de los personajes que lo habitaron y de alguna otra cosa, hasta que Megan tuvo que retirarse a la habitación porque se estaba durmiendo de pie. Se metió en el prieto camastro sin quitarse la ropa, se echó la manta por encima y lo que iban a ser unas pocas horas de descanso terminó siendo el largo reposo que tanto necesitaba.

John pasó toda la tarde a la vera de su padre, asomándose de vez en cuando al otro lado de la cortina donde reposaba ese enfermo caduco, a darle un poco de palique. El pobre hombre no estaba loco del todo. Solo voceaba porque echaba de menos a la mujer con la que había compartido su vida, tenía miedo a la incertidumbre, la soledad y la muerte, que lo acechaba a la vuelta de la esquina, y necesitaba

un poco de compañía que hiciera más llevaderos sus últimos días en este mundo, postrado en la cama de un triste hospital. Entre las breves conversaciones que mantenía con el abuelo, del que recibió un par de buenos consejos, y la continua charla con su padre, terminó quedándose dormido en el cutre sillón de ambulatorio y pasaron una noche menos mala de la que todos esperaban. La presencia de John calmó las voces desesperadas del anciano, que cambió el nombre de su mujer por el del muchacho, suavizó el tono potente de su vocerío y relajó su tozudez; el parloteo y los fuertes sedantes mantuvieron a Peter sumido en un plácido sueño y las manillas del reloj por fin comenzaron a correr con normalidad.

A la mañana siguiente, los doctores irrumpieron en la habitación con un parte médico en la mano que reflejaba una importante mejoría. Dieron los buenos días con la mirada alegre y una intensa entonación y comenzaron el discurso matutino con el que cada mañana alegraban la vida a los enfermos, los mantenían en vilo o los abrumaban con malas noticias, contadas con una delicada sutileza que disimulaba los peores presagios. En el informe podía leerse a duras penas, por la enrevesada caligrafía del facultativo, que después de una rigurosa valoración habían decidido dar el alta a Peter. Una prolongada y favorable evolución envió al paciente directamente a casa. La vida fue generosa con Peter y decidió darle otra oportunidad, con la esperanza de que a partir de ahora se pensara las cosas dos veces antes de actuar, al haber visto de cerca los ojos de la muerte. Más tarde confesó que eran negros como el azabache, tenían un extraño poder hipnótico que no te dejaba apartar la mirada de ellos y sentías cómo penetraban en tu interior para arrancarte el alma lentamente. Era lo único que recordaba de las primeras horas, cuando estuvo semi inconsciente y moribundo, y no sabía si fue una sensación real o habían sido delirios provocados por los chutes de morfina que recibió para soportar el calvario. Los médicos abandonaron la sala, no sin antes lanzar una advertencia. Tenía que guardar reposo absoluto durante un par de semanas, hacer dieta blanda para evitar esfuerzos, cambiarse los apósitos a diario y curarse las graves heridas, que en su mayoría continuaban abiertas, para evitar infecciones, gangrena o cualquier otra complicación que pudiera devolverle de nuevo al sanatorio. Podía regresar a casa, pero si no lograba mantenerse en pie por sí solo, continuaba malherido y necesitaba apoyo para permitirse el lujo de caminar ringado, cómo iba a limpiar esas heridas bordadas con hebras negras que aún supuraban. Lo mejor hubiera sido quedarse unos días más en el hospital para recibir el tratamiento que todavía necesitaba y marchar cuando estuviera recuperado del todo, pero la falta de camas y una larga lista de pacientes en peores condiciones, esperando un lecho donde tumbarse a sollozar, agilizaron una marcha prematura. La situación era complicada. John no quería correr el riesgo de que sufriera una recaída y tener que volver al ajetreo del hospital, a la camilla de hojalata o enfrentarse de nuevo a la muerte, de modo que lanzó una invitación a Peter que no podría rechazar. Abandonar a su padre a la suerte y dejarlo tirado en la puerta de la clínica en aquellas condiciones sería mucho arriesgar y si esta vez perdía la vida por no haberlo ayudado, no se lo perdonaría jamás.

—¿Por qué no te vienes a casa con nosotros? Estarás como un rey, comerás caliente y te cuidaremos hasta que estés recuperado — dijo John, dispuesto a encargarse de los cuidados que su padre tanto necesitaba. Creía que al amparo de su familia iba a estar mejor que en ningún otro sitio y tenía razón, pero Peter rechazó de inmediato la amable propuesta.

—No hijo, no te preocupes, estaré bien —masculló mirando al suelo, sin la esperanza de que fuera

cierto, pero no tenía otra opción. Sabía que Megan no iba a estar de acuerdo con la idea de compartir hogar, aunque solo fueran unos días, y hasta podía imaginarse su cara de enfado y las pestes que saldrían de su boca. Peter agradeció el bonito detalle de querer ayudarle cuando más lo necesitaba y aseguró que, después de hacer algunas llamadas, encontraría a alguien que pudiera echarle una mano. Conocía a cantidad de gente, que siempre estaba a su lado en cualquier farra y quería pasar un buen rato junto a él, derrochando dinero en prestigiosos clubs de *striptease*, tomando alcohol de madrugada en la peor tasca de la ciudad o viendo la vida pasar en un banco del parque Campus Martius, un antiguo centro de entrenamiento militar ubicado en el centro de la ciudad, donde los vecinos se reunían a hacer diferentes actividades. Tenía amigos hasta en el infierno, pero dudaba de que, entre todas esas personas que decían serlo, hubiera solo una dispuesta a estar con él en las malas que no fuera su familia. John hizo caso omiso a las palabras de su padre cuando aseguró que iba a ser mejor quedarse en Detroit y no tardaría en conseguir ayuda, y continuó insistiendo con seductoras plegarias e irresistibles promesas, garantizándole que iba a estar en la gloria y poniéndole en un aprieto. Peter no tuvo más remedio que ceder, no sin antes obligarle a hacer un pacto. Sería él el encargado de convencer a su madre para que intentara dejar a un lado los disgustos del ayer, se alejara de un rencor justificado y llevara a cabo la ardua tarea de conceder una última oportunidad a la persona que había amargado su vida, pero si no era capaz de pasar por alto tanto perjuicio, no se podía forzar la situación. Todo estaba preparado para sorprender a Megan, que permanecía ignorante en el cochambroso dormitorio, y aguardaban por delante unos días en familia si quien tenía la última palabra otorgaba su consentimiento. Antes de partir, John corrió la deslucida cortina que dividía en dos la pieza y asomó la cabeza para despedirse de aquel anciano escandaloso con el que hizo buenas migas, pero descubrió que ya se había marchado al ansiado encuentro con su querida y difunta esposa.

Abandonaron el viejo sanatorio donde habían pasado los peores ratos de su vida, deseando no volver a pisarlo en mucho tiempo, y anduvieron a paso de tortuga hacia el motel con la sospecha de que iban a regresar por donde habían venido, con una patada en el trasero. Pensaban que en cuanto Megan se enterara de su plan improvisado comenzaría a echar humo por las orejas y los mandaría a freír espárragos, pero había que intentarlo. No tenían nada más que perder que un paseo en balde. Peter se las vio y se las deseó para subir por la retorcida escalera movediza que separaba el *hall* de las habitaciones. Necesitó la ayuda de John, que lo sujetó de la cintura, se aferró con fuerza a la baranda, echó el brazo por encima del chico y, después de un esfuerzo desmedido y algún traspié, terminó alcanzando el primer piso, con el cuerpo dolorido y una fatiga terrible. Se colocaron frente a la habitación número tres, donde Megan reposaba, y llamaron a la puerta un par de veces, mirándose con cara de circunstancias y cruzando los dedos. Megan había dormido tanto que perdió la noción del tiempo y amaneció aturdida, creyendo que estaba en su cama y llegaba tarde al trabajo. Despertó de un brinco, se percató del lugar donde estaba por la cochambre y el tufo a revenido y corrió a abrir la puerta, extrañada por la repentina visita. Pensó que sería la dueña cargada con el desayuno o el pobre de su hijo, que venía a por el relevo que no había recibido.

–¡Pero bueno!, ¿qué hacéis aquí? ¡Qué alegría! —dijo Megan sorprendida, con los ojos achinados y pelos de loca.

Tomaron asiento en el pequeño camastro y John comenzó a explicar a su madre lo que había

ocurrido para que estuvieran aporreando la puerta a las diez de la mañana con el rabo entre las piernas. Aseguró que los médicos habían dejado marchar a Peter por la falta de camas y su buena evolución, garantizó que fue una marcha precipitada y anunció con un énfasis exagerado la advertencia que recibieron antes de abandonar la habitación.

—Nos han aconsejado que debe guardar reposo total y alimentarse a base de papillas de cereales y purés de verduras, porque está desdentado y no puede estreñirse. Además, hay que tratar sus heridas con el cuidado y la atención que una persona sola e indispuesta no puede permitirse. Cualquier empeoramiento podría ser fatal.

El muchacho era muy cuco. Dio las explicaciones con un tono trágico, el rostro decaído y ojos de cachorro. Estaba preparando el terreno para soltar la bomba de regresar los tres a Madison, donde Peter podría recuperarse en condiciones, sintiendo el calor de los suyos, alimentándose a base de caldos de gallina, jugos de fruta y ponche de yemas, sin mover un solo dedo. Megan conocía bien a su hijo, porque lo había parido, se olía sus intenciones y no se equivocaba. Al enterarse de la trama se quedó de piedra, mientras un torrente de amargos pensamientos cubrió su rostro de lodo. La alegría que sintió al descubrir el alta de Peter había iluminado sus ojos, pero enseguida se oscurecieron al escuchar sus intenciones y pensar que tendría que volver a convivir con él bajo el mismo techo. De un simple vistazo, presenció en su mente cada una de las desagradables situaciones que soportó junto al tarambana de su exmarido y tuvo una pequeña crisis de ansiedad. Le había costado tanto marchar de Detroit en busca de un futuro agradable y una pizca de tranquilidad, que no estaba dispuesta a retroceder en el tiempo y volver a amargarse la vida. Intentaba articular palabra, pero no era capaz. Seguía ojeando desagradables imágenes de discusiones y melopeas, tenía grabado el sonido de sus gritos de borracho y su apestoso aliento a coñac y no podía reaccionar recordando tanto sufrimiento. Con el abrazo de John consiguió serenarse y recobrar el sentido, pero sintiéndolo mucho, se negó en rotundo a llevarse el problema a casa. Tenía motivos de sobra para escurrir el bulto, lavarse las manos y mirar para otro lado y lo argumentó con duras explicaciones. Estaban empezando una nueva vida y no podía permitir que los malos recuerdos volvieran a convertirse en hechos y a atormentar su existencia. No tenía para dar a Peter el amparo que necesitaba, pero quiso compensar el rechazo ofreciéndose para ayudarle en lo que fuera posible hasta que pudiera valerse por sí solo. Estaba dispuesta a quedarse unos días en Detroit y hacer de cuidadora de un enfermo temerario que se lo había buscado, pero con ellos no podía quedarse. Peter era un tipo comprensivo siempre que no estuviera alcoholizado o bajo los efectos de otras sustancias, y entendió su postura, al contrario que ese joven testarudo, que, lejos de aceptar la decisión y darse por vencido, comenzó a insistir, pasándose por el forro el acuerdo de no machacar a Megan. Suplicó a su madre que por favor aceptara, que tuviera piedad, y siguió dando la tabarra con una suave e incesante sutileza. Prometió que solo iban a ser unos días, hasta que Peter estuviera mejor y en cuanto eso sucediera, él mismo se iba a encargar de apoyar su marcha. Juró ocuparse de sus cuidados, vaciar su palangana, desinfectar sus cortes, ofreció cosas a cambio, como ayudar en casa más todavía, poner lavadoras, hacer los baños y cualquier otra cosa que a Megan se le antojara.

—Tu madre tiene razón, no creo que sea buena idea —dijo Peter, apoyando una decisión que parecía firme, pero la cara de cordero degollado y los ruegos del muchacho terminaron ablandando el gran

corazón de Megan, que no tuvo más remedio que aceptar en contra de su voluntad, por no mandarle a la mierda y liarse a guantazos. Acabó cediendo por el empeño de su hijo, porque en el fondo sentía lástima de Peter y porque era una buena persona que rozaba la estupidez, pero aseguró que en cuanto apreciara el más mínimo progreso en su lamentable estado de muerto andante tendría que marcharse de forma automática o lo echaría de casa a patadas. John saltó de alegría. Deseaba volver a estar juntos, por el motivo que fuere, y abrazó a Megan con fuerza, agradeciéndole el esfuerzo e intentando aliviar su enfado. Era consciente de la difícil decisión que había tomado, aceptando que Peter entrara en casa, cuando todo parecía marchar bien y el nuevo inquilino podía fastidiarlo solo con abrir la boca, de modo que quiso compensar su admirable gesto con un poco de cariño, pero Megan permanecía seria y disgustada. Tenía la frente arrugada, la mirada asesina y el ceño fruncido y no daba crédito a la incómoda situación que se había presentado por sorpresa para revivir su reciente pasado, tan bochornoso.

El inmenso poder de la bondad ofreció a Peter la ayuda que necesitaba, se acoplaron como pudieron en el viejo carromato y se prepararon para un duro regreso a Madison. Peter agradeció el cobijo de corazón y prometió que pronto se marcharía lejos, para quitarles el gran peso de encima que su presencia implicaba y que se había ganado a pulso tras infinidad de fechorías. A pesar de todo, era una buena persona. Sentía amor incondicional por su familia, pero estaba atrapado en un mundo sombrío y pantanoso del que no iba a ser fácil escapar. Por más que buscaba la salida del mugriento laberinto donde se adentró siendo un chiquillo, un campo de batalla que apestaba a delincuencia, teñía las calles de rojo y amargaba a la sociedad, no daba con ella, pronto se rendía y regresaba a las andadas del crimen. No era la primera vez que sufría un percance. En incontables ocasiones apareció en casa con magulladuras, moratones o un buen disgusto, porque había tenido algún rifirrafe con integrantes de la banda que querían subir de rango pisando a los demás, por peleas callejeras y ajustes de cuentas con miembros de otros clanes que estaban dispuestos a matar por proteger el territorio donde vendían su mercancía, encargos que no salieron bien, o simplemente llegaba abrumado por la presión de vivir pensando que podía acabar en chirona de por vida o perder el pellejo en el fuego cruzado de un ensordecedor tiroteo. En cualquiera de los casos, juraba que jamás volvería a delinquir, pero al día siguiente estaba de nuevo en la calle haciendo de las suyas. Lo único que conocía era el menudeo de sustancias, el tráfico de droga a gran escala, las extorsiones y toda esa clase de morralla. Se crió entre delincuentes y sinvergüenzas, sus compañeros y amistades tenían una larga ristra de antecedentes o estaban entre rejas y aunque intentaba abandonar la mala vida, en busca de un futuro agradable junto a la familia unida que tanto anhelaba, su esfuerzo por salir de aquel agujero negro era inútil e insuficiente. Megan estaba cansada de escuchar siempre la misma canción fúnebre, una cantinela que hablaba de cambios y sonaba en bucle, y no se tragaba ni una palabra. Había perdido cualquier ápice de confianza en él, lo veía incapaz de cambiar de vida y comportarse como un padre o un marido en condiciones. Se había hartado de levantar la mano, de perdonarle y de escuchar embustes y excusas. Podría pasarse la vida aceptando entre dientes sus falsas disculpas, pero la distancia que había crecido entre ellos, como una profunda brecha, por la indiferencia que demostraba con sus mentiras, solo un milagro divino podría achicarla.

El viaje de vuelta a Madison parecía el velatorio de una persona joven y muy querida, que se había

marchado de un día para otro, dejando a todo el mundo paralizado con su pérdida. Era una situación totalmente surrealista. Las palabras brillaban por su ausencia en aquel retorno silencioso, que hacía eterno el paso de los kilómetros. John era el único que intentaba entablar conversación para amenizar el viaje con las intervenciones de una charla fluida, pero solo escuchaba los monosílabos de su madre y algún breve comentario de Peter, que prefería estar callado por si la jefa se arrepentía y lo dejaba tirado en la cuneta. Era mejor mantener la boca cerrada que interrumpir el silencio con alguna tontería que pudiera violentar más todavía el delicado transcurso de esa dramática odisea. Las cortantes contestaciones de Megan, que continuaba enfadada y seria como un guardia real británico, no ayudaban lo más mínimo a destensar el ambiente. Estaba molesta por la embarazosa situación, seguía contemplando estampas tristes del pasado, preguntándose por qué habría aceptado traerse a Peter y maldiciendo la hora en que acudieron a Detroit. Se aturullaba la mente con preguntas que no tenían una explicación lógica y terminó deduciendo que la familia es la familia y una madre es capaz de cualquier cosa con tal de satisfacer a su hijo. El incómodo silencio que reinó en los inicios del trayecto terminó volviéndose un reposo agradable cuando solo quedaba despierto John, sujetando fuerte el volante y conduciendo con los cinco sentidos puestos en los peligros de la carretera. Prendió la radio del carromato indestructible para entretenerse con una de las pocas emisoras que cogía y fue pasando el viaje con música clásica de fondo y mucha imaginación. La claridad en las texturas, la simetría de las frases, la excelencia y la belleza de esas armoniosas melodías que prevalecen a pesar de sus siglos de edad, favorecían una actitud relajada al volante. Después de un puñado de horas embutidos en el auto, varias paradas para hacer sus necesidades y tomarse un respiro y un montón de pensamientos que surgían en cascada sobre cómo iba a ser convivir de nuevo con la sombra de los malos recuerdos oscureciendo el ambiente, llegaron a Madison a las tantas de la noche. No había ni un alma por la calle. La mitad de las farolas estaban fundidas por culpa de un violento vendaval que acababa de sacudir la ciudad, el panorama era desolador. Había ramas de árboles en mitad de la carretera, postes caídos, cables del tendido eléctrico por el suelo, echando chispas, el cielo tronaba, los últimos coletazos de viento sacudían todo lo que no estaba amarrado y los relámpagos alumbraban la lejanía. Era una escena triste, que iba acorde con las circunstancias; parecía el fin del mundo y solo faltaba de fondo una pieza lenta y melancólica, tocada al piano, que pudiera reflejar el sonido de la amargura. Ver a Peter malherido, que apenas podía salir del viejo carro por sus propios medios y necesitó la mano de su hijo para poder escapar de los asientos traseros, atenuaba una pizca el enojo de Megan. El cariño que quedaba después de tantos años compartiendo techo y amarguras despertó lástima en el fondo de su bondadoso corazón, pero la obligación de marcharse en cuanto estuviera mejor era una condición innegociable.

Irrumpieron, agotados, en el minúsculo y pobretón apartamento que tenían alquilado, donde estos días habría que acoplarse como buenamente pudieran o sería imposible la convivencia. El piso contaba con dos habitaciones raquíticas, un salón comedor de veinte metros cuadrados, un cuarto de baño piojoso y una cocina estrecha y alargada, en la que apenas había margen de maniobra. Durante el reparto de aposentos, todos querían dormir en el sofá, pero finalmente fue John quien ocupó el diván. No iba a permitir que su padre, magullado, ni Megan, que llevaba dos días con una puñetera molestia en la parte baja de la espalda, durmieran encogidos y a disgusto. En mitad de la noche, Peter comenzó a acusar el dolor, mediante fuertes lamentos que despertaron al personal, y a partir de entonces nadie

pudo coger el sueño. Las altas dosis de analgesia que tomaba para sobrellevar el calvario y los parches de morfina, prendidos a su cuerpo, no parecían hacerle mucho efecto y poco más se podía hacer que acercarse a su alcoba, a cada rato, a ofrecerle compañía, palique y una tila cliente, que pudieran distraerle del agonizante padecer. A las cinco de la mañana el agotamiento terminó anteponiéndose al daño y, con las voces de Peter apagadas, pudieron descansar un par de horas antes de ponerse en funcionamiento. John amaneció en peores condiciones que antes de acostarse, engulló el desayuno con los ojos entornados y una pachorra terrible y se marchó al trabajo sin apenas despedirse. Caminaba por la calle como un sonámbulo, pensando en la ardua faena que tenía por delante y procurando sacudirse a cada paso el pesado letargo que impedía a su cuerpo moverse con soltura. Solamente había faltado un par de días a su puesto de trabajo, pero lo echaban de menos, sobre todo Henry, que en cuanto lo vio aparecer en el local, somnoliento y amargado, se acercó a estrechar su mano y a interesarse por el estado de Peter. Sabía lo difícil que era pasar por un momento parecido, porque había sufrido en sus propias carnes desgracias peores, y lo animó a dejar a un lado la pena para seguir buscándose la vida, como él mismo había hecho siendo un pobre parvulillo.

La jornada de John fue una lenta agonía que no parecía tener final. Antes de entrar por la puerta ya estaba agotado, pero como venirse abajo era una opción que no tenía cabida en sus principios de guerrero, sacó fuerzas de flaqueza y superó con éxito ese día abrumador de nubes grises y lamentos. Fue una semana para olvidar. Durmió incluso menos horas que de costumbre, acurrucado en el sofá y despertándose a cada rato por los quejidos de Peter, que seguía padeciendo las consecuencias de una mala decisión. Trabajó como una mula de carga y acabó con un tremendo cansancio, que podría tumbar al hombre más robusto del planeta. No terminaba de acostumbrarse al fastidioso diván, echaba de menos su cama y necesitaba más días de libranza para poder recuperarse de la fatiga, pero prefería echar horas extra y conseguir más dinero que disfrutar de un merecido descanso en la habitación que había cedido a su padre con mucho gusto. John no aspiraba a deleitarse con grandes lujos, solamente pretendía vivir sin el agua al cuello y para eso había que plantarle cara a la situación con una actitud al alcance de unos pocos. Tenía una estrategia que había aprendido del señor Pascual, un antiguo compañero de trabajo que conoció en un almacén de materiales para la construcción donde trajinó cargando camiones, barriendo el suelo y apilando sacos de cemento cuando tenía catorce años. El curtido trabajador, con quien se entendió a la perfección desde el primer día, porque ambos estaban cortados por el mismo patrón, tenía sesenta y dos años y decía que los mayores enemigos de las dificultades eran la alegría y una buena disposición. Pascual llevaba toda la vida bregando en el barracón por un sueldo menudo, que apenas era suficiente para llenar la despensa y comprar los medicamentos que su mujer, enferma de cáncer, necesitaba, pero todas las mañanas aparecía en la nave con una sonrisa de oreja a oreja, dispuesto a laborar con garra y a repartir felicidad. John veía sonreír al veterano y se preguntaba cómo hacía para estar contento con el percal de vida que tenía, sin saber que la razón de su gesto alegre residía en su afán de silenciar las penas con la algarabía del jolgorio y contagiar de entusiasmo a un mundo gobernado por la indiferencia.

El comienzo de esta nueva etapa no estaba siendo fácil y con la llegada de Peter sería más complicado encontrar la serenidad, pero no tenían más remedio que hacer un esfuerzo para sortear otra traba en el camino y seguir hacia adelante con el paso firme, la mirada al frente y la cabeza alta. Parecía que, por el

hecho de ser dos auténticos guerreros, iban a tener que lidiar en las peores batallas y que el reciente contratiempo venía a forjarles más robustos e invencibles.

Capítulo III
Emociones perseguidas

«Cuando todo parece estar en calma, surgen cambios agradables en tu vida o se tuercen las cosas, pero por muy mala que sea la sorpresa, siempre arranca algo positivo de nosotros, haciéndonos crecer como personas o enseñándonos una valiosa lección. Porque a veces necesitamos estar al límite para sortear obstáculos que parecían infranqueables y solo entonces brotan nuestros mejores pensamientos, desenfundas tus mejores armas y obtienes una conquista que en circunstancias normales sería impensable. De ahí la importancia de plantar cara a los imprevistos y luchar por lo que realmente quieres, para pasar página cuanto antes y alcanzar la ansiada recompensa que brinda el esfuerzo y rocía el final de un camino bochornoso con la suave brisa de la satisfacción».

El cielo amaneció cubierto por un oscuro manto de nubarrones, que amenazaban con descargar un aguacero en cualquier momento. Era el típico día gris que invitaba a quedarse en la cama, bajo el calor de la ropa, escuchando el relajante sonido de la lluvia, abriendo un ojo y dándose media vuelta. A las siete y media de la mañana comenzó el diluvio universal. Las gotas de agua golpeando la ventana del comedor donde John descansaba, al compás de una acorde y somnífera melodía, y el firmamento en modo apagado creaban la atmósfera perfecta para combatir el estrés desde lo alto del sofá. Afortunadamente, John tenía descanso en el trabajo, podía holgazanear a conciencia y recuperarse del terrible desaliento que acarreaba después de una semana caótica, un viaje abrumador y un susto de muerte, pero contra todo pronóstico despertó temprano, tomó algo de desayuno y se marchó al supermercado a hacer la compra. Quería echar una mano en casa y ayudar a su madre, como llevaba haciendo desde que tuvo uso de razón, porque la pobre bastante tenía con desempeñar su duro oficio de empleada doméstica. Megan se pasaba el día fregando escaleras y rellanos, planchando camisas en el departamento de un acomodado ejecutivo o limpiando alcobas sobrecargadas en un antiguo caserón, y cuando estaba harta de acicalar viviendas ajenas, llegaba a la suya a seguir faenando. Se las apañaba como podía para tener la casa reluciente como los chorros del oro, haciendo un gran esfuerzo que no estaba pagado ni tampoco agradecido. En momentos de frustración, decía que iba a hacer un llamamiento a todas las amas de casa para salir a manifestarse y exigir a los gobernantes que el duro trabajo que desempeñaban, de puertas para dentro, estuviera compensado de algún modo, pero a los pocos minutos su brillante idea se desinflaba como un balón de playa y nunca llegó a ver la luz. Lo más que hizo por reclamar un derecho que toda mujer dedicada a sus labores debía tener, fue mandar una carta a la jefatura del Estado exponiendo su teoría y ni siquiera obtuvo respuesta. Dudaba, incluso, de que se hubieran parado a leerla y no sabía si enviar un escrito todas las semanas hasta recibir una contestación o darse por vencida y seguir haciendo la casa sin compensación alguna. Entretanto, continuó sacando tiempo de debajo de las piedras para tener el piso apañado, mientras consideraba de nuevo la opción de llamar al pueblo y echarse a las calles a protestar.

La inesperada estancia de Peter, recuperándose de unas heridas que casi apagan el maltrecho latir de su corazón, despertó aquella mañana el lado más cocinilla de los anfitriones. Megan hizo una larga lista con los ingredientes que necesitaba para la comida del día y mandó a su hijo al mercado a por vegetales, gamba arrocera, mejillones, un puñado de anillas de calamar, doscientos gramos de almejas y unos pedazos de congrio para darle al guiso un gusto especial. Era una estupenda cocinera. A los doce años comenzó a guisar en la casona de una familia pudiente, donde servía a cambio de pan y cobijo, y en poco tiempo tenía a los señores comiendo de su mano, nunca mejor dicho. Horneaba hogazas de pan y dulces caseros, que rociaban las entrañas del palacete de azucaradas fragancias que atraían a los más pequeños, poco menores que ella; hacía enormes pucheros de legumbres y carne de puerco que dejaba toda la noche en remojo, masa de croquetas, pasteles de carne, albóndigas en salsa y un sinfín de recetas que nada tenían que envidiar a las de una anciana guisandera. Se encerraba en su bucólico mundo de fogones y cacerolas y disfrutaba como la niña que era dando de comer a la familia, sorbiendo sabrosos caldos del cucharón para corregir de sal, olfateando los fragantes vapores que manaban de las ollas o colocando los tarros de especias por orden alfabético, con ayuda de la señora, porque la vida de adulto se le echó encima y no tuvo tiempo de ir a la escuela. Con el paso de los años fue cogiendo una destreza prodigiosa en la cocina, hacía auténticas virguerías con las pocas materias primas que su pobre bolsillo alcanzaba a comprar y siempre que podía se ataba el mandil y deleitaba a su hijo con un buen estofado. Hoy habían decidido organizar un rico almuerzo, porque querían impresionar a Peter y deleitarse con el delicioso sabor de los auténticos placeres de la vida, sentados a la misma mesa después de mucho tiempo, placeres que, sobre todo John, tanto echaba de menos. El muchacho estaba ansioso por recuperar el tiempo perdido con su padre, deseaba pasar un buen rato en familia y lo de menos era el apetitoso arroz que Megan iba a preparar con un buen fumé y una sarta de ingredientes. John sabía que no tenía el mejor padre del mundo, no se sentía orgulloso de él ni de las cosas que hacía, pero el amor y la sangre que compartían eran más fuertes que la razón. Además de toda clase de chanchullos, Peter se encargaba de distribuir la droga que consumían todas esas personas que estaban enganchadas a los estupefacientes y no podían vivir sin colocarse. Contaba historias terribles, de jóvenes adictos a sustancias asquerosas que acudían en masa a los puntos de venta que él y su banda abastecían, a por la dosis diaria que necesitaban para no enloquecer y morir de un patatús. Aseguraba que eran como muertos vivientes que deambulaban por las calles, en una lenta marcha zombi que perdía integrantes con las muertes por sobredosis, pero a la vuelta de la esquina ganaba nuevos adeptos. Estaba harto de ver cómo los toxicómanos que no conseguían su ración empezaban a temblar, eran incapaces de articular palabra por los espasmos que estremecían su cuerpo y terminaban en un centro de rehabilitación, aislados del mundo y enganchados a otros fármacos, o bajo tierra en el cementerio, sin una lápida en condiciones ni la visita de un triste familiar. Una gélida noche de otoño encontró a un hombre, de unos treinta años, en un callejón sin salida, acurrucado y convulso, echando espuma por la boca, tartamudeando palabrotas y tirándose de los pelos, porque no había consumido en todo el día. Sintió tanta pena por el «drogata» que comenzó a rebuscarse en los bolsillos de un pantalón vaquero, descolorido, que no se había quitado en los cuatro días que estuvo celebrando con excesos la libertad de un compinche al que encerraron siete años por traficar, y encontró una papelina para dar al enfermo y salvarle la vida, pero fue demasiado tarde y el pobre hombre se quedó tieso mientras intentaba

meterse la droga. Había visto de todo en su peligrosa carrera de maleante: se le murió gente en los brazos, tuvo que esconderse en sitios repugnantes, que harían vomitar a una cabra, para salvar el pellejo, y solo tenía miedo a quedarse tirado en la vida y no poder recuperar a su familia. El muchacho sabía la cantidad de problemas que su padre había acarreado, conocía sus desaprensivos quehaceres y era el primero en darle la charla. Intentaba abrirle los ojos y hacerle entrar en razón, porque lo amaba hasta decir basta y no quería tener que ir a verlo a la cárcel, a través de una mampara de metacrilato, o a llevarle flores al camposanto.

A la vuelta del supermercado John caminaba encogido y sonriente bajo el paraguas, acarreando la compra. Sentía una especie de embrujo por la presencia de Peter y estaba encantado de tenerle en casa, pero ningún hechizo podría engatusarle lo suficiente como para descuidar ni un segundo la felicidad de su madre. Megan estaba por encima de todo. Era un tanto complicado lidiar con la situación, de modo que decidió disfrutar del momento sin pensar demasiado en lo que estaba por llegar. De nada valdría darle vueltas a un tema peliagudo, imposible de adivinar; lo único que iba a conseguir era amargarse la vida y terminar con la cabeza saturada y un fuerte dolor en la sien. No tardó en llegar a casa, cargado con un par de bolsas y los pies chorreando del chaparrón. Se puso las pantuflas y un delantal de trapo que había heredado de su madre y comenzaron a hacer el sofrito para el arroz, mientras Peter aguardaba convaleciente en el sofá, arropado con una antigua manta. Siendo un mocoso, John se empeñaba en ayudar a preparar la comida y hasta que Megan no lo sentaba en la encimera, con su cuchillo de plástico duro y un pequeño gorro de cocinero, con su nombre bordado al frente y el dibujo de un huevo frito, no paraba de dar la murga. Pasaba el rato entretenido, troceando mondas de hortalizas, mientras ella cocinaba, y ese empeño que tuvo de crío terminó convirtiéndose en una práctica habitual. No es que fuera un gran sollastre, simplemente se defendía en la cocina, preparaba platos que no tenían mucho misterio, hacía arroz frito a las tres delicias, pasta a la carbonara, daba el punto a la carne y horneaba bizcochos y flanes que elaboraba con las recetas de su madre. Su especialidad eran las ensaladas y su preferida una de salmón ahumado, huevo duro, aguacate, tiras de remolacha, tomate, queso fresco, mostaza y un chorro de lima. Muchas noches preparaba la cena, algún fin de semana se encargaba del almuerzo y cocinaba un guiso más complejo, siguiendo los pasos de un conocido chef, y cuando la pereza invadía su cuerpo, se acercaba a la churrería del tío Pepe, un feriante español que emigró a las Américas durante la crisis del noventa y dos, a por unas porras y un chocolate caliente para la merienda.

La comida familiar resultó todo un éxito. Tenían la memoria saturada de sobresaltos y decepciones, pero haciendo un gran esfuerzo, consiguieron rescatar un puñado de buenos momentos. Hablaron de cuando eran dos zagales, enamorados hasta las trancas, que no paraban de mimarse y retozar entre la hierba, del nacimiento del pequeño John, del susto que se llevaron cuando vino al mundo y parecía una muñeca diabólica, del día de su casamiento en la alcaldía del municipio y de alguna otra divertida anécdota que habían medio olvidado con el paso del tiempo y la supremacía de los malos recuerdos. Pasaron un buen rato disfrutando del condumio y de una charla amena, arropados con las faldas de la mesa camilla, al calor de un viejo brasero eléctrico que tardaba en encenderse y funcionaba cuando quería. La estampa parecía sacada de un bonito cuento que, después de varios capítulos narrando amargura, delincuencia y pesadumbre, parecía que iba a tener un desenlace agradable. Terminaron de

comer, encendieron el televisor de tubo que reposaba sobre la balda de una antigua estantería de mimbre y abordaron el atardecer, repantingados en el sofá, gozando del confortable calor familiar y de una película de Harry Potter, frente a las gélidas temperaturas que en la calle arreciaban. Al final del reposo, John se ausentó a su cuarto unos minutos y al rato apareció con el abrigo de plumas puesto, un gorro de lana gruesa para cuidarse del frío que plagaba sus orejas de sabañones y unos guantes acolchados de montar en bicicleta. Sus padres lo miraron extrañados, pero antes de que pudieran decir nada, anunció que iba a salir a hacer un recado y no tardaría en regresar con algo de cena bajo el brazo. El delicioso arroz que se zamparon a mediodía había dejado a John un buen sabor de boca y deseaba gozar de otra velada en la mejor compañía, pero ir en busca de comida no era su único propósito. Tenía otro motivo para salir de casa y enfrentarse a la fuerte ventisca que azotaba la ciudad, pues la lluvia de la mañana se había convertido en una especie de aguanieve que empañaba la vista al caminar y teñía las calles de blanco. John andaba tras una pista importante, escondida en el local donde trabajaba.

El señor Henry se llevó una grata sorpresa cuando lo vio aparecer tiritando, forrado de ropa y con el gorro lleno de nevisca.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces aquí en tu día libre? Con lo bien que se debe estar en casa, sin levantar el culo del sofá.

La visita forzada de Peter era la única excusa que podía justificar una salida que en cualquier otro momento hubiera dado mucho que pensar. John y su madre estaban acostumbrados a deleitarse con la comida de Henry y se habrían apañado con cualquier cosa, con tal de no pisar la calle en mitad del temporal.

—Vengo a por algo de cena, señor. Quiero que mi padre vea de lo que eres capaz con una sartén entre las manos —dijo el muchacho en tono jocoso, apoyando la mano en su hombro.

El motivo parecía creíble y en parte era cierto, pero John no solo pretendía sorprender a su padre y pasar un rato agradable en familia. Lo que realmente necesitaba era sosegar el incesante resquemor que estaba perturbando su tranquilidad desde ese intento fallido, cuando acudió emocionado al reencuentro de una hermosa clienta y se dio con la puerta en las narices. Tenía unas ganas locas de volver a verla y buscaba un hilo de dónde tirar, que pudiera acercarle de nuevo a la chica que se había apoderado de su pensamiento, para permanecer en él constantemente. Recordaba a Mary a cada rato y no podía quitarse de la cabeza las bonitas sensaciones que experimentó aquella noche, de la que solo recordaba el fuerte latir de su corazón, el cosquilleo que sintió en el estómago y el brillo que desprendía su dulce mirada. Estaba dispuesto a todo con tal de calmar su inquietud y no iba a parar hasta saber si lo que había sentido fueron solamente los nervios del momento y una simple atracción o estábamos hablando de un tierno sentimiento de amor que pudiera florecer y perdurar en el tiempo. Dejó el abrigo en el perchero de la entrada, se sacudió el gorro de nieve y mientras su jefe preparaba algo de comida para impresionar a Peter, se puso a revisar la pantalla de un teléfono inteligente que Henry compró a finales del siglo XX, el mismo día de su lanzamiento. Repasó el listín de llamadas de arriba a abajo, en busca del número que llamó el pasado sábado a última hora de la noche, y de vez en cuando miraba de reojo a la puerta de la cocina, por si el viejo salía de repente y lo pillaba con las manos en la masa. No quería dar explicaciones ni tener que inventarse una excusa que mantuviera la historia del flechazo en secreto. En pocos minutos hizo una revisión minuciosa, pero el dichoso teléfono no

apareció por ninguna parte. Probablemente, se había borrado con el transcurso del tiempo y la infinidad de llamadas que entraban a lo largo día. Desde el momento en que salió de casa, John sabía que era una misión imposible, pero aun así tenía que intentarlo. En realidad, había ido a probar suerte, por si sonaba la flauta, porque donde seguro que no iba a conseguir nada era tumbado en el sofá, de brazos cruzados, esperando que una paloma mensajera entrara por la ventana con el número de Mary en el pico. Eso solo pasaba en sueños o en películas fantásticas de romances imposibles, de jóvenes enamorados que se encontraban de casualidad en el tumulto de una vieja plazoleta, después de diez años buscándose. Un aire amargo sacudió el semblante de John, pero la constancia era una virtud que formaba parte de su carácter testarudo y no iba a venirse abajo por otro intento fallido o por muy difícil que fuera la tarea. Las ganas de sentir otra vez la magia que descubrió en los ojos de Mary eran tan fuertes que, lejos de frustrarse en cada chasco, el deseo de verla crecía como la mala hierba. Aquel rastreo apresurado y poco esperanzador no había dado sus frutos, pero la intención de salir a intentarlo con la que estaba cayendo era un gesto muy bonito que valía su peso en oro. John se quedó más pensativo por el fracaso que satisfecho por haberlo intentado y comenzó a planear una nueva maniobra con la que poder alcanzar su propósito o llevarse otro disgusto. Mary se había convertido en el último pensamiento del día y en el primero de la mañana y solo se daría por vencido si la próxima vez frente a ella no veía el mismo resplandor iluminando su hermoso rostro aceitunado.

A los pocos minutos, el jefe salió de la cocina secándose los chorretones de sudor que resbalaban por su frente debido al calor de los infernillos, y entregó al muchacho un par de bolsas donde había puesto comida como para un regimiento. Henry era un hombre de buen comer y no escatimaba a la hora de servir la mesa. Prefería terminar con el estómago lleno que quedarse con una pizca de hambre. Tenía una buena barriga, de la que presumía con orgullo, y no concebía un almuerzo sin una botella de vino, media barra de pan para mojar en la salsa, un postre artesano, un chupito de licor de hierbas y un café con chorretón de coñac. John recibió la cena con una sonrisa, se echó la mano al bolsillo y sacó la cartera, preguntando cuanto era, pero Henry apartó la billetera de un zarpazo y no permitió que pagara.

—Ya me lo cobraré de alguna forma, pero no te acostumbres —dijo el viejo refunfuñando cariñosamente. El bonito gesto salpicó de júbilo la mirada del chico, ensombrecida por el desaire de la frustración. Volvió a guardarse el monedero, dando gracias por el detalle, se estrecharon la mano y salió por la puerta convencido de que las penas con pan serían menos. Regresó por la avenida a paso ligero, resguardándose del frío y la ventisca con la cabeza encogida entre los hombros, subió las escaleras del bloque a grandes zancos y entró en casa como si anduvieran persiguiéndole. Cerró la puerta de golpe, maldiciendo el álgido ambiente, y cuando volteó la mirada encontró a sus padres charlando en armonía, limando asperezas y sonriendo como una pareja feliz que pasaba la noche distraída con los vaivenes de la vida. Al contemplar esa bonita imagen, que no recordaba haber visto jamás, confió en una posible reconciliación que uniera de nuevo al matrimonio. Parecía que el incidente que había dejado a Peter hecho unos zorros estaba liberando el rencor atrapado en el corazón herido de Megan. Por un momento fantaseó con un bonito futuro juntos, con la familia unida que tanto extrañaba, y para conseguirlo pensaba hacer de correveidile, cargado de mentiras piadosas con las que poder

engatusarlos. Era un sueño inalcanzable, de los que a veces se cumplen, así que lo guardó en un lugar privilegiado de su mente positiva y esperó a que floreciera.

Trajeron platos y cubiertos, ayudaron a Peter a incorporarse, poniendo un cojín detrás de su espalda, y se sentaron a disfrutar de las viandas que Henry había preparado con un cariño especial. John no había pedido nada en concreto, dejó que fuera el jefe quien eligiera el menú, a sabiendas de que cualquier cosa que hubiera puesto en la bolsa iba impresionar a Peter con su increíble sabor y delicioso aroma. Comenzaron picoteando de una fuente enorme de croquetas caseras. Había de diferentes sabores: jamón, queso azul con nueces, morcilla con piñones y unas que estaban hechas con las sobras del contundente cocido que Henry guisaba todos los martes. En otro de los recipientes había puesto tiras de berenjena rebozada, con una salsa artesana de miel y mostaza, y por último se zamparon una ración generosa de albóndigas de carne roja madurada y cebolla caramelizada a fuego lento. Se pusieron las botas. Peter se quedó sorprendido con el repertorio de comida sencilla que las manos de Henry habían convertido en *delicatessen*. Mereció la pena saltarse la dieta blanda que lo tenía asqueado y aseguró que llevaba mucho tiempo sin degustar unos platos tan sabrosos. Estaba acostumbrado a comer poco, frío y a deshoras y en los cuatro días que llevaba en Madison había cogido un par de kilos que aviaron el aspecto desnutrido con el que llegó. Aquel retiro obligado iba a ser más una corta estancia en lo que parecía un centro de desintoxicación, donde dejar por unos días las juergas, los vicios y el trapicheo, que un mero reposo para sanarse del palizón, y saldría de allí renovado en todos los sentidos y con porte de varón. Como era de esperar, no pudieron terminarse semejante cantidad de comida y estuvieron comiendo croquetas toda la semana. Con el estómago a reventar, se arrejuntaron en el viejo sofá y pasaron la sobremesa mirando un programa de crímenes sin resolver que John solía ver hasta que sus ojos comenzaban a cerrarse. No se explicaba cómo podía haber gente en este mundo capaz de perpetrar aterradoras barbaries y detestaba quedarse con las ganas de saber quién lo hizo o qué pudo pasar por la mente del asesino: la curiosidad y el afán de sacar sus propias conclusiones lo mantenían enganchado a la pantalla. Los fines de semana echaban otro documental de homicidios y entonces saboreaba el gusto de la satisfacción enquistada, porque en este atrapaban a los criminales y los encerraban de por vida en una cárcel de máxima seguridad, asegurándose de que jamás volvieran a hacer algo así. De pequeño, estaba perdido en la vida y ningún oficio le llama la atención. Todos le parecían igual de laboriosos y aburridos. Más adelante, se arrepintió de no haber cursado criminología o periodismo de investigación, pero cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde y no podía dejar de trabajar, de sol a sol, para ayudar en casa con un sueldo menudo, pero muy necesario. Se arroparon con un par de mantas gruesas para no congelarse de frío viendo el programa de sucesos y Megan se quedó dormida a los dos minutos, en cuanto sintió el calor de la ropa y el relajante sonido del televisor. Estaba agotada de trabajar toda la semana y en cuanto ponía el culo en reposo sentía una flojera terrible, luchaba por no cerrar los ojos y el sueño terminaba venciéndola. No importaba que estuviera sentada en una silla de madera o en un confortable sofá de espuma blanda, enseguida se acoplaba y comenzaba a dormitar profundamente. Más de una noche daba cabezadas incluso de pie, apoyada en la tabla de la plancha, en la pared o la encimera, mientras terminaba la lavadora, y John temía que en una de esas terminara en el suelo con un chichón en la cabeza. Al cabo de un rato despertó atolondrada, se sacudió la soñera y mandó a todos a la cama para que John pudiera descansar en su cuarto

improvisado. Los lamentos de Peter eran cada vez menos frecuentes y sonoros y podían disfrutar del reposo corrido que ofrecían las noches en silencio. El mal que ahora soportaba nada tenía que ver con la angustia de los primeros días, cuando no paraba de quejarse, se retorcía de dolor y ni la morfina era capaz de calmarle. El calor de su familia y los constantes cuidados de Megan, que lo atendía como a un bebé, cambiaba sus apósitos todos los días, lo aseaba en un barreño y limpiaba sus heridas para que no se infectaran, habían convertido el fuerte padecer del principio en leves quejidos que susurraba de cuando en cuando a medianoche.

John se hizo una bola en el sofá y se arropó hasta la nariz para combatir el frío que hacía en la casa. Solamente encendían la calefacción un par de horas; el resto del día se apañaban con un pequeño calefactor eléctrico que Megan compró en el comercio chino de la esquina y que no era suficiente para calentar ese pequeño apartamento que tenía las paredes como papel de fumar y unas viejas ventanas de aluminio por las que se escapaba el poco calor. La sensación térmica era más gélida que en la propia calle, pero como no podían engrosar la factura de suministros, dormían bajo una montaña de ropa, con pijama grueso y calcetines. Los minutos antes de quedarse dormido, John se dedicaba a analizar el transcurso del día, pensaba en el mañana y alimentaba su ambición, como si fuera una evaluación de las tareas que había hecho y las que quedaban por hacer. Estaba tumbado boca arriba en el diván, barajando la posibilidad de que el terrible incidente que casi lo deja huérfano de padre podía ser la excusa perfecta para volver a vivir los tres bajo el mismo techo, cuando de pronto se topó con otro pensamiento que merodeaba su conciencia. Tenía un par de espinas clavadas en el corazón que necesitaba sacarse lo antes posible y de tanto apretujar, se quedó dormido planeando una artimaña que pudiera satisfacer sus ganas de volver a encontrarse con Mary. Pocas veces se acordaba de los sueños y, cuando lo hacía, se daba cuenta de que eran una mezcla de realidad y sinsentidos. Soñaba con situaciones absurdas, vivencias pasadas, pensamientos que lo atormentaban, con su despoblada infancia, con las discusiones que presenció en casa, con su amigo Benjamín, reencarnado en un manso dragón que venía a rescatarle de una bruja que lo tenía encerrado en la torre de un castillo, o con los espantosos sucesos que veía en el programa de homicidios. Eran tan disparatados, pero a la vez tan reales, que una vez despertó con un fuerte dolor en la pierna porque soñó que se caía de una bicicleta voladora y acababa en el hospital escayolado. Lo de trabajar sin descanso iba a terminar volviendo loco al muchacho, que hasta soñaba con surcar las nubes, aferrado a un biciclo fantástico.

A la mañana siguiente recordó haber soñado con una chica encantadora, que debía ser Mary, de la que no recordaba su rostro, y con el asesinato de un matrimonio joven, que tuvo la mala suerte de presenciar. Por más que corría pidiendo auxilio, no podía escapar del despiadado asesino, un enfermo mental recién fugado del psiquiátrico que lo persiguió hasta caer por un barranco, que resultó ser el suelo del comedor. John despertó exaltado por la pesadilla, dolorido del porrazo y más temprano de lo habitual. No volvió a dormirse. En breve daría comienzo el plan que había hilado la noche anterior, sin mucho barullo, y que parecía perfecto. Su jornada de trabajo no empezaba hasta bien entrado el día, pero a las ocho de la mañana tenía puesto el uniforme abatanado que usaba para el reparto y estaba terminando de desayunar. Engulló el tazón de cereales, se puso el gabán a la carrera y salió por la puerta como un torbellino. Ni siquiera se despidió en condiciones de su madre, como hacía cada mañana, regalándole un beso, una caricia y unos buenos días. Megan se quedó extrañada por una marcha

apresurada a la que no estaba acostumbrada y pensó que algo importante se traería entre manos para salir pitando y dejarla plantada sin su bonita despedida.

—¡Qué raro está este chico! —Es la primera vez que lo veo así.

—Estará enamorado, dijo Peter, que acababa de levantarse y se disponía a tomar el desayuno.

La intuición de su padre no iba por mal camino. Peter sabía que la culpa de que John se marchara galopando al pintar el día y olvidara el beso de Megan solo podía ser de otra mujer. Su adolescencia estuvo cargada de amoríos, fue un auténtico ligón de discoteca y era consciente de lo que un hombre es capaz cuando está ilusionado. Empezó muy temprano a interesarse por lo que había bajo las faldas de las muchachas y siempre andaba con una chica diferente, hasta que conoció a Megan y se retiró del mercado. Tenía un montón de defectos, era terco como una mula, mentiroso, irresponsable, se emborrachaba a menudo y comenzaba a desvariar, pero nunca fue infiel a su mujer, a pesar de frecuentar los mejores clubs de striptease y fiestas nocturnas en las que hermosas señoritas estaban dispuestas a pasar un buen rato con tal de empolvarse la nariz y beber alcohol de gratis. Ahora estaba un poco demacrado y delgaducho, tenía la cara chupada y principios de calvicie, porque el estilo de vida que llevaba había hecho mella en su aspecto, pero de mozo era un chico apuesto y recibía propuestas indecentes a diario. A todas las mujeres que lo pretendían por su buen porte o lo rondaban por interés las despachaba diciendo que estaba comprometido con una mujer a la que quería y tenía el deber de respetar. Era un comportamiento admirable, que por desgracia iba acompañado de actitudes lamentables y gestos de indiferencia hacía su familia. John bajó corriendo las escaleras, quitó la cadena que amarraba la bicicleta a la barandilla del portal y puso rumbo a casa de Mary, donde pretendía quedarse plantado hasta verla aparecer. En algún momento de la mañana tendría que salir, animada por sus obligaciones, o tiraría la puerta abajo.

Hacía una mañana estupenda. La temperatura rondaba los veinte grados, sonaba el canto de los pájaros y brillaba el sol por primera vez, después de unos días apagado por el fuerte temporal. Parecía haber salido a celebrar el acontecimiento del año. Cautivado por el hermoso día, John tuvo un buen presentimiento, se desabrochó la chaqueta y pedaleó con ganas durante varios kilómetros. A los pocos minutos llegó a las puertas del edificio de ladrillo visto donde vivía la joven, puso la pata de cabra a la bicicleta y comenzó la espera tranquilo y cargado de optimismo. Tenía varias horas por delante para comenzar su labor y toda una vida para dedicarle a la mujer que ocupara su corazón. Después de un rato esperando, apoyado en el biciclo, comenzó a temerse que la joven pudiera haber salido antes de su llegada. Estaba empezando a desesperarse cuando Mary lo vio por la ventana. Al descubrir la bonita estampa, dibujada por ese apuesto repartidor que días antes despertó en su interior un agradable cosquilleo, se puso un poco nerviosa.

—No me lo puedo creer —dijo en voz alta, mirándolo embobada con ojos alegres.

Las tristes sospechas que asaltaron su pensamiento aquella noche, cuando salió de la ducha y volvió a ver que el chico no estaba, quedaron desmontadas de un plumazo y prometió que nunca más iba a adelantarse a los acontecimientos, o al menos lo iba a intentar. Mary tenía una teoría que aprendió estando enferma de una grave dolencia que sufrió en la espalda, a raíz de un accidente de tráfico, y que no siempre ponía en práctica, aun sabiendo que era efectiva. Su certidumbre avalaba el poder de controlar la mente, consistía en enviarle órdenes al cerebro para dominarlo a su antojo y no acatar una

sentencia influenciada por las emociones. Pasó quince días en cama con un dolor terrible, producido por un leve aplastamiento de vértebras que, por suerte, no requirió intervención quirúrgica. Las molestias y los opiáceos mantenían su cuerpo encadenado al colchón, no podía moverse ni tenía ganas de nada, pensaba que no volvería a andar y escuchaba una voz en bucle, recordándole lo malita que estaba y el daño que sentía. Cuando se hartó de escuchar la misma canción triste, comenzó a levantarse a caminar un par de metros, a dar paseos por la cocina y, a las pocas semanas, cruzaba el jardín de punta a punta. Al final salió adelante, ignorando esas palabras que narraban amargura; comprobó que no era para tanto y se recuperó de maravilla. Tuvo motivos suficientes para quedarse en la cama, lamentándose del percance y acusando el maldito dolor, presa de la desidia, pero de tanto estar postrada corría el riesgo de perder la movilidad y prefirió echarle coraje y plantar cara a la situación. Manejaba la teoría a la perfección, el tema se complicaba cuando llegaba el momento de ponerlo en práctica y solo consiguió pulir su técnica siendo más cabezota que su propia mente. Abrió la ventana, respiró hondo y lanzó un saludo al aire, dirigido al muchacho, que andaba despistado mirando al suelo.

—¡Hola!, ¿qué haces ahí? —dijo Mary sonriente, como si lo conociera de toda la vida.

El plan de John iba sobre ruedas y parecía brillante, si no fuera porque olvidó incluir en él un pequeño detalle. No había preparado una respuesta coherente, por si Mary aparecía, pero ¿acaso el amor entiende de cordura?... Era momento de improvisar. John comenzó a rebuscar en su mente, colapsada por la alegría, cualquier contestación medio creíble que pudiera sacarle del apuro. Estuvo callado un par de segundos, hasta que por fin contestó la primera respuesta a la vista y la única que podía encubrir torpemente la trama. Aseguró que venía de entregar un pedido por esa misma zona y había parado un segundo a coger aire y a atarse el zapato. Su argumento no fue nada creíble. Estaba fresco como una rosa, tenía la bicicleta estacionada en el paseo de adoquines, a los pies del edificio, y dijo que regresaba de hacer una entrega a las nueve y pico de la mañana, cuando el local comenzaba a servir comida a medio día. Mary soltó una pequeña carcajada y pensó que probablemente sería la peor escusa que jamás había escuchado, pero no importaba en absoluto, porque estaba feliz de volver a verle.

—Estuve esperando mi trocito de tarta, pero nunca llegó. Le reprochó la joven con una sonrisa en el rostro que quitaba formalidad a la queja.

La demanda puso a John más nervioso todavía. Intentó explicar lo que había sucedido unos días antes, cuando llegó con el postre y, como no pudo entrar, se puso a vocear bajo su ventana, hasta que paró de hacerlo por si acudía la Policía y se lo llevaba detenido por escándalo público. En realidad, estaba dispuesto a pasar la noche en el calabozo o a cumplir una larga condena si a la salida estaba esperándole la mujer que lo había cautivado. John prefirió ahorrarse los detalles y decir que apareció a medianoche con el mismo dulce de queso que, más tarde, se comió sentado en la mesa del comedor, mientras pensaba en lo que podría haber pasado si encuentra la puerta del portal entreabierta. Si Mary sabía de los gritos podía pensar que estaba loco y no querer saber nada más de él o terminar colada por los huesos de un joven rebelde que no dudó en desgañitarse solo por verla unos minutos. Lo de hablar a voces bajo su ventana, a lo Romeo y Julieta, no estaba mal y podía ser un comienzo romántico, digno del recuerdo, pero lo que realmente deseaban era estar lo más cerca posible, acariciándose con la mirada. De repente, John interrumpió la charla con una seductora propuesta. Pretendía poner fin a esas conversaciones novelescas, a distancia, invitándola a tomar café y a compartir el dichoso pedazo de

tarta que había originado este delicioso lío. Mary recibió encantada una pedida que llevaba días esperando. Todas las noches, cuando pasaba por la tronera del salón, no podía evitar pararse a echar una ojeada por si el muchacho aparecía de casualidad. En uno de los vistazos creyó haber visto a un apuesto chaval en bicicleta y corrió a asomarse en condiciones, pero resultó ser el vecino de enfrente, que tenía cincuenta años y estaba dando un paseo con el perro. De tanta decepción terminó perdiendo la poca esperanza que tenía y, en lugar de creer en las casualidades, comenzó a confiar en el destino. Si acaso estaban hechos el uno para el otro o simplemente habían nacido para compartir una amistad, solo era cuestión de tiempo que volvieran a encontrarse, como finalmente pasó.

La emoción de la primera cita dejó a Mary con cara de pánfila, las manos sudorosas y dos coloretes en las mejillas, que hacían juego con la chaqueta Chanel roja que llevaba puesta aquella mañana. Para colmo, esa prenda entallada de corte recto, que se acoplaba perfectamente a su cuerpo, tenía una historia muy interesante. Coco la diseñó a finales de los años veinte, cuando mantenía un romance furtivo con el duque de Westminster y Mary decidió ponérsela el mismo día en que su flirteo con John dejaba de ser clandestino; era un tanto paradójico. Desde la ventana intentaba prestar atención a las palabras del muchacho, pero no era capaz de concentrarse. Solamente deseaba que llegara el momento de compartir un buen rato en cualquier cafetería y gozar de las bonitas sensaciones que sentía frente a él. Estaba cohibida pero contenta, aunque la conversación no fluía demasiado, porque tenían la mente puesta en ese ansiado café, que gracias a la perseverancia de John había encontrado fecha. Entre los nervios y las prisas de la joven, que no escuchó el despertador y llegaba una hora tarde al trabajo, tuvieron que dar la charla por terminada y decirse hasta pronto. Era la primera vez en cuatro años que Mary no había oído la perseverante alarma con la que despertaba cada mañana y esto afianzó más todavía su gran apuesta por el destino. Si se hubiera levantado a la hora que debía, no habría visto a John y seguirían esperando un reencuentro que se hizo de rogar y de tanto posponerse corrió el riesgo de no suceder. El deseo del mancebo de volver a deleitarse con la presencia de la joven, lejos de aflojar, estando cumplido, apretaba más fuerte que nunca ante un acercamiento soñado. Después de cruzar unas palabras con la culpable de su desvelo, las ganas de compartir momentos con ella rozaban lo inexplicable. John abandonó el lugar entusiasmado y, de camino al trabajo, sintió cómo una cuerda locura tomaba las riendas del biciclo y lo guiaba por todos los bordillos que aparecían a su paso para dar botes de alegría. Cuando Henry lo vio entrar en el local, emocionado y satisfecho, preguntó curioso por qué no dejaba de sonreír y, sin poder parar de hacerlo, John respondió que se había levantado con buen pie. El jefe no se creyó una palabra. Supuso que, además de haber dormido bien, venía de algún lugar encantado, donde siempre brillaba el sol y reinaba la paz, idéntico al paraíso, pero en el que había que levantarse a trabajar. John apareció en el local antes de tiempo, traía el corazón acelerado, el rostro alegre y por su frente corrían unas gotas de sudor. Era imposible que acabara de salir de casa. El muchacho no quiso decir la verdad por el mero hecho de que los brotes verdes prosperan mejor en secreto, donde nadie puede pisarlos; se hizo el sueco y juró que solo hablaría del romance cuando estuviera afianzado.

Hoy tenían por delante otra jornada frenética en el negocio de Henry. A las doce de la mañana llegaba un camión enorme, cargado de materias primas, que había que descargar y colocar el contenido de las cajas en los estantes y neveras. Traía de todo un poco y dependiendo del género iba a un lado u

otro. Los productos frescos, las hortalizas y verduras, había que llevarlos corriendo a la cámara del fondo, comprobar que estuvieran en buen estado y apilarlos con cuidado en el rincón correspondiente. Las mallas de cebollas, los sacos de patatas, condimentos, conservas y toda la mercancía que no era de fresquera, iban a una despensa custodiada por una cortina de tiras de plástico que dejaba pasar la corriente. Salvo en ocasiones especiales, no eran más de tres en el local y solamente uno se encargaba de la descarga, porque Henry estaba atendiendo el fuego y el otro compañero tenía que continuar con el reparto. Hoy era John el encargado de esta entretenida y laboriosa tarea, que no venía nada mal para descansar las piernas del pedaleo, quitarse del frío de las calles y hacer algo diferente. El poco tiempo libre que, de cuando en cuando, tenían a la vuelta de un reparto y no había que descargar el dichoso camión que abastecía el local de productos frescos, lo empleaban en hacer limpieza, arreglar las bicicletas, engrasar la cadena o tensar los frenos; el caso era no estar parado. Bien podían presumir de ganarse el poco jornal que Henry podía ofrecer a sus empleados. Fueron intercalando funciones, dependiendo de su prioridad, hasta dar las últimas pinceladas a la faena, con tonos grises que transmitían desaliento, con orgullo por haber superado otro día en la batalla y con unas ganas terribles de marcharse a descansar. John terminó abrumado. Se encargó de bajar a pulso más de veinte cajones de género que pesaban más que valían, de apilarlos en una orilla, de clasificar la mercancía, barrió el local, fregó la cocina, sirvió algunos pedidos y puso a punto las bicicletas. Fue un día agotador, pero resultó más llevadero y el reloj corrió más rápido por la emoción que sentía cada vez que recordaba la ansiada cita que tenía por delante. El primer encuentro de verdad con Mary hizo de un puñado de horas faenando a destajo, agradables momentos de reflexión sobre cómo afrontarlo y el tiempo pasó volando, con la mente puesta en algo bonito. Llegó la hora de salir y puso rumbo a casa, embutido en su flamante plumífero, que repelía de fábula la gélida brisa de una triste noche de invierno. Por el camino, John recordaba la bonita imagen que tenía grabada en la mente, desde la otra noche, cuando al cruzar el umbral de la puerta descubrió a un matrimonio, recién separado, que parecía estar a gusto, charlaban como cotorras, compartían carantoñas y no paraban de sonreír. Tenía la esperanza de que su madre pudiera pasar por alto la advertencia que lanzó a Peter, asegurando que tenía que marcharse en cuanto estuviera recuperado, y la veía capaz darle una última oportunidad. Era un tema complicado, pero cosas más raras había visto en un mundo donde la realidad supera con creces cualquier historia fantasmagórica. Al subir las escaleras del bloque sintió voces que parecían venir del tercer piso y pensó que sería la pareja de ancianos que vivía enfrente y se pasaba el día refunfuñando por cualquier cosa. Cuando el viejo no protestaba porque la sopa no estaba bien caliente o la cena siempre era la misma, la señora lo criticaba por no cambiarse de ropa, no ducharse a diario o pasar el día amodorrado el sofá. El caso era echarse algo en cara para hacer más entretenida la vejez. Era un poco tarde para que los abuelos estuvieran discutiendo, porque solían acostarse a las nueve de la noche, y esto mosqueó al muchacho. A medida que se acercaba a casa, el color rosa de su mayor ilusión fue tiñéndose de negro y al abrir la puerta chocó contra un muro de decepción que tumbó de golpe sus anhelos. John encontró a sus padres alterados, lanzándose reproches y manteniendo una fuerte discusión.

—Pero ¿qué pasa? —gritó—. ¿Es que no podéis pasar un día sin discutir? Parecéis dos niños pequeños que no saben hacer otra cosa que pelear. Todo el día trabajando para llegar y encontrarme con esto. Si lo sé, no vengo. Prefiero dormir en la calle, aunque me muera de frío.

La disputa había comenzado cuando Megan regresó de hacer unos recados y encontró a su exmarido sujetando una botella de licor que en sus tres cuartas partes menguaba. Al descubrir la penosa escena, comenzó a increpar a Peter con una dura reprimenda, por mezclar alcohol con los potentes opiáceos que seguía tomando para amainar el dolor de sus heridas y poner en peligro su vida. Nadie en su sano juicio se atrevería a atiborrarse de bebida en mitad de un tratamiento como el suyo, estando en casa ajena y sabiendo cómo el alcohol alteraba su comportamiento. Los tragos transformaban a Peter en una persona totalmente diferente, que no atendía a razones, decía una tontería tras otra y perdía el poco conocimiento que estando sereno demostraba. En lugar de entender que la riña solo era por su bien y agradecer que se preocuparan por él, Peter comenzó a sublevarse, a culparle de su abandono, a dar golpes de martillo con el puño encima de la mesa, a hacer aspavientos y a vocear palabras soeces. Era el amargo fruto de su estado de embriaguez. En un descuido torpe de borracho tiró el vaso de cristal con el codo y se estalló contra el suelo, poniéndolo todo perdido de alcohol. Esto enervó a Megan más todavía. Los gritos traspasaban las paredes y el vecindario atendía expectante, cada cuál desde su alcoba, el bochornoso escándalo que estaban formando. Todo el mundo en el bloque sabía la vida de sus vecinos, porque con aquellos tabiques de cartón y las reuniones clandestinas que surgían en los rellanos, era imposible no estar enterado. El señor que vivía en el quinto, un tipo formal que parecía no haber roto un plato en su vida, ponía los cuernos a la mujer con una señora paraguaya que venía a hacerles la casa, y los gemidos que sonaban en el piso, a distintas horas del día, lo constataban. Era un secreto a voces. La escandalosa empleada hacía mucho más que las labores del hogar y la esposa, que se pasaba el día trabajando fuera de casa, en el fondo lo sabía. La pobre mujer portaba una enorme cornamenta y en una de sus disputas aseguró haber encontrado pelos negros en la almohada, cuando ella era rubia como la miel. En el primero había un chaval delgaducho con la cara cubierta de acné que no hacía ni el huevo y su madre estaba harta de decirle que si no quería estudiar tenía que buscar trabajo, pero él seguía metido en su cuarto jugando a la videoconsola con unos enormes cascos para evadirse de los gritos de la madre. De los nuevos inquilinos no supieron nada hasta ese día, pero a partir de entonces toda la comunidad pensó que Megan se había echado de novio a un alcohólico degenerado y la pelea de esta noche iba a ser una murga cotidiana.

La presencia de John y el par de berridos que pegó, intentando apaciguar las cosas, terminaron aparentemente con la disputa. Sabían cuánto detestaba contemplar sus vergonzosos altercados. Desde la infancia había tenido que soportar demasiados momentos de tensión en el pequeño apartamento donde vivían y cualquier encontronazo familiar significaba revivir una parte complicada y horripilante de su niñez. Cuando era solo un crío solía encerrarse en su habitación, se tapaba los oídos y se ponía a canturrear para no escuchar los constantes enfrentamientos de sus padres, pero a medida que fue creciendo, salía del cuarto a meterse por medio en el fragor de la batalla. En una ocasión llegó incluso a enfrentarse con su padre. Una noche, Peter llegó a casa bebido y con ganas de gresca y durante la contienda cogió el palo de la escoba y amenazó a Megan con estampárselo. John salió enfuscado de su cuarto, sujetó el cepillo con una mano, cerró el puño y aseguró que si tocaba a su madre tendría que vérselas con él. Fue el peor episodio que recordaba haber vivido. Después de aquello, Peter estuvo tres días pidiendo disculpas, vio las orejas al lobo y las trifulcas ya no pasaban de unas cuantas voces y cada uno por su lado. Esta noche pudo haber sido Megan quien agarrara el paquete de judiones y el tarro de

mermelada que traía en la bolsa de la compra para estampárselos en la cabeza y si no lo hizo no fue por falta de ganas. Pensándolo bien, no merecía la pena desperdiciar las fabes en darle un buen porrazo, que Peter no habría sentido por el tremendo colocón que llevaba. Era más doloroso escuchar una verdad como un templo. Se acercó a él, decidida y encrespada, y no dudó en recordarle por qué estaba solo.

—No tienes lo que hay que tener para dejar toda esa basura en la que andas metido, ese es tu problema. Corre a mirarte a un espejo, para que veas la pena que das —dijo mirándole a los ojos.

Estaba hecho un verdadero asco. Tenía la mirada de las mil yardas, el pelo lacio del sudor de la cogorza y un trastorno en el habla que apenas lo dejaba expresarse. Aquel baño de realidad dejó a Peter hundido en su propia deshonra y no tuvo más remedio que agachar las orejas y marcharse dando tumbos a confesarle sus pecados a la almohada.

Megan quedó defraudada una vez más, intentando descifrar el sinsentido. Tenía ganas de llorar de rabia por haber levantado la mano para ayudarle a recuperarse y que le hubiera pagado con esta falsa moneda, pero había pasado tantas horas de llantina por los disgustos y la impotencia de no poder rescatar a Peter de la ignorancia, que no estaba dispuesta a derramar ni una sola lágrima más. Con el paso del tiempo había aprendido que ninguna persona que te hace llorar merece tu llanto triste, pero a veces no venía mal un poco de lloriqueo para desahogarse. La disputa terminó y el sosiego regresó al bloque de apartamentos. Megan no quería interrumpir el agradable silencio que ahora reinaba en el vecindario, ni hacérselo pasar mal a su hijo, pero se había quedado con ganas de decirle a su exmarido cuatro cosas. Entró a la habitación donde Peter se alojaba, dispuesta a desahogarse, sutilmente, y lo encontró manteniendo una charla con el cojín que utilizaba de respaldo. Tenía una borrachera tan grande que pensaba que era un amigo suyo de la infancia y no hacía más que abrazarle, decir su nombre y sollozar. Megan se echó la mano a la cabeza, hizo como que no había visto nada y advirtió a Peter, en voz baja, que mañana, cuando regresara del trabajo, no quería verle allí. De lo contrario tendría que atenerse a las consecuencias de vacilar a una mujer herida y traicionada. Después de toparse con la cruda realidad, John se quedó solo en el comedor, intentando asimilar que sus padres no podían convivir ni unos días por culpa de una mala cabeza. Estaba frustrado por la impotencia y tenía un cabreo de tres pares de narices consigo mismo. En el fondo se sentía culpable de lo sucedido, porque la idea de traer a Peter fue suya, pero nunca pensó que iba a tener ese comportamiento de borrego mientras disfrutaba del cobijo que tanto necesitaba. En pocos días pasó de añorar su compañía a no querer ni verlo. Fue al cuarto de Megan a pedirle perdón por haber insistido tanto, tocó la puerta dos veces, esperó a escuchar el permiso de su madre y entró alicaído a darle un beso que sirvió de disculpa. De nuevo en el sofá, comenzó a dar vueltas, intentando coger el sueño bajo el montón de lana, pero no lo conseguía. Estaba intranquilo y decepcionado por el intento fallido de una reconciliación imposible. Peleó con el insomnio durante horas, buscando una explicación que jamás iba a encontrar, por mucho que indagara por la inmensidad del pensamiento, porque lo de su padre era un caso perdido que difícilmente podía acabar bien. Al final cayó rendido de tanto comerse la cabeza, a más de las cuatro de la mañana, cuando miró el reloj por última vez.

Al día siguiente reinaba la tensión en el desayuno. Solo se escuchaba el sonido de la cucharilla contra el vaso de cristal dando vueltas al café, el rugir de los coches que pasaban por la calle y la potente aspiradora de un vecino que vivía solo en el piso de arriba. Aquel señor misterioso y huidizo que hacía

vida en el cuarto, se levantaba al pintar el día y no paraba de hacer ruido. Debía estar sacando brillo a los suelos para armar ese escándalo a diario o tenía la manía de correr muebles a las siete de la mañana, a modo de despertador. Todavía quedaba un ligero olor a alcohol en el comedor y pequeños trozos de vidrio bajo la mesa que mantenían presente el triste suceso de anoche. Megan fue la única que no se sentó a almorzar. Prefería tomar su vaso de leche caliente mirando por la ventana que compartir mesa con una persona como Peter, que pasaba de ser insoportable y maleducado, a dar lástima solo con mirarlo. Visto desde fuera podía parecer una estrategia para salir airoso de sus continuas meteduras de pata, poniendo cara de preescolar compungido, pero en realidad se sentía avergonzado. No era consciente de los pollos que montaba estando ebrio hasta que digería la cogorza. Había vuelto a liarla y no sabía si ponerse a pedir disculpas o continuar masticando la tostada en silencio. Miraba de reojo a Megan, que seguía con el ceño fruncido y los labios apretados y exageraba su cara de enojo como mecanismo de intimidación. La temible postura dio resultado y asustó a Peter, que tuvo miedo de llevarse otra bronca y prefirió seguir callado, procurando que la cosa se enfriara. Su actitud silente podía dar impresión de pasotismo, sin embargo, estaba arrepentido de haberse trincado la botella de coñac desde el momento que vio a Megan entrar por la puerta. John no había escuchado el comentario de su madre cuando entró al cuarto de Peter y lo encontró desvariando, pero estaba convencido de que pronto iba a verlo salir por la puerta. Conocía bien a su madre y sabía que era una buena persona, pero que no tenía un pelo de tonta y no iba a pasar por alto un desprecio semejante. Cogió el gabán del perchero, se puso los guantes que utilizaba para protegerse del frío durante el reparto, besó a Megan en la mejilla y se despidió de su padre de lejos, con un simple adiós. No sabía cuándo iba a volver a verlo ni era la despedida que había soñado, pero hizo lo que sentía porque estaba embriagado de decepción. A veces intentaba fingir con ayuda de la falsedad, se ponía un par de pinzas en los mofletes y procuraba suavizar determinadas situaciones con sonrisas forzadas o expresiones que duraban demasiado, pero el gesto noble de su rostro expresivo acababa delatándolo. Megan terminó de fregar los cacharros del desayuno, agarró la bolsa de tela que llevaba al trabajo con una muda y un pequeño neceser de aseo y se detuvo frente a Peter, justo antes de marchar. Quería recordarle, con buenas palabras, su inminente salida, para evitar que pudiera hacerse el loco, pretendiendo alargar una estancia que había terminado por su poca vergüenza. No estaba dispuesta a soportar otra escena como la de anoche y menos en su propia casa. Llevaba toda la vida aguantando estupideces y esto era lo que le faltaba, que llegara un pasajero problemático a sublevarse y poner en riesgo el despegue, con lo difícil que estaba siendo empezar de cero.

—No te preocupes, cuando regreses me habré largado —respondió él en tono sumiso. Peter tenía la apariencia de un tipo normal, de rostro serio y carácter fuerte, que por lo general sabía comportarse y hasta podía resultar encantador. Todo el mundo que lo conocía de puertas para fuera, como los comerciantes del barrio, pensaba que era un señor agradable y carismático. Demostraba educación allá por donde iba, dando siempre los buenos días, diciendo gracias y despidiéndose al marchar. La gente que trataba con él, estando sereno, no se equivocaba al decir que era un hombre sencillo y gentil, pero cuando el alcohol o las diferentes sustancias que consumía recorrían su cuerpo, se transformaba en una persona agresiva, muy difícil de soportar. Buscaba problemas donde no existían y todo el que estaba a su lado sufría las consecuencias de la tajada. La última noche que salió a cenar con su mujer a un bonito

restaurante pidieron una botella de vino para acompañar la carne y terminó bebiéndosela él solo en cinco minutos. Después del postre comenzó a tomar vodka como si fuera agua y cuando se había fundido la botella, mandó al camarero a por otra con aires de grandeza. El jefe de sala se acercó a decirle que no creía que estuviera en condiciones de seguir bebiendo, porque iba pasado de vueltas y estaba dando la nota en mitad del salón. Peter se levantó de la mesa, sacó un fajo de dinero y lo tiró encima de la mesa, exigiendo que trajeran más alcohol. Estaba armando un escándalo bochornoso delante de medio centenar de comensales que cuchicheaban y lo miraban avergonzados, y de su propia esposa, que no sabía dónde meterse. Al final terminó pasando la noche en un fétido calabozo de comisaría, detenido por agredir al metre durante la trifulca que él solito había organizado, y Megan no volvió a salir con él a ninguna parte.

La infancia de Peter fue demasiado complicada. Cuando tenía cinco años presenció la muerte de su padre, que cayó fulminado en el comedor, delante de sus narices, por una sobredosis de metanfetaminas. En principio pensó que había sido un simple mareo y a las pocas horas estaría de vuelta con un chichón en la frente, unas radiografías bajo el brazo y una pulsera de hospital, pero con el paso del tiempo se dio cuenta de que aquel vahído fue mucho más que eso y dedujo que su padre jamás regresaría de su marcha apresurada al sanatorio. Era solo un niño y necesitaba todo el apoyo del mundo para recuperarse de la terrible pérdida, pero con una madre de mentira, que también estaba atrapada en las redes de la adicción y cuya única preocupación era conseguir dinero, a cualquier precio, para sentir la sensación de flotar en el aire después de un chute, nadie pudo orientarle hacia un buen porvenir. Solamente podían pasar dos cosas, que Peter repudiara todo lo relacionado con el mundo que lo dejó huérfano de padre y lejos de la señora que lo había parido, que de madre tenía poco, o meterse de lleno en el mismo saco, y terminó sucediendo lo peor. El desamparo lo arrastró por sendas tenebrosas, a falta de un motivo que diera sentido a su vida. No tenía nada que perder y pasaba los días envuelto en problemas, delinquiendo y metiéndose de todo, junto a las malas compañías que lo llevaron por el camino equivocado. Pronto comenzó a coquetear con el alcohol y los estupefacientes. Lo hacía solo por probarlo, sentir sus efectos y parecer más hombre delante de cuatro chavalas ignorantes como él, pero más tarde aquel flirteo se convirtió en una peligrosa rutina de la que no pudo escapar.

—Prueba un poco de esto, métete un poco de aquello, que no pasa nada, todo el mundo lo hace —parloteaban unos zagales que decían ser sus amigos. Después de mucho tiempo perdido y dando palos de ciego, halló un par de buenas razones para alejarse del precipicio por el que merodeaba y sujetase a la cuerda floja de la que pendía su vida. Había encontrado una mujer maravillosa, con la que disfrutó de un noviazgo apasionante, charlando de cualquier cosa durante horas, intercambiando caricias y revolcones o escapándose de madrugada sin el consentimiento de Charlotte, que dormía a pierna suelta, como dos prófugos que recorrían la ciudad a bordo de un ciclomotor destartalado que Peter consiguió en un trueque clandestino. A los pocos meses Megan tuvo un retraso en el periodo que se alargó demasiado y terminaron viviendo la increíble experiencia de ser padres de un retoño sonrosado y cabezón, al que bautizaron en el mismo hospital con el nombre de John. Tenía el mejor fundamento para decir basta, cerrar una etapa complicada y cambiar de rumbo y una estupenda familia a la que cuidar, pero no supo aprovechar la oportunidad que la vida le puso en bandeja. La única vez que estuvo a un paso de tomar el camino correcto fue cuando decidieron cambiar de escenario para criar a

su hijo, lejos de un entorno perturbado por el ruido de sirenas, reyertas y disparos, un entorno que apestaba a delincuencia y arrastraba a sus residentes a las fauces de un oscuro mundo. Pero Peter se quedó en el intento. Siguió comportándose como un canalla, perdió a su familia y terminó regresando a la peligrosa barriada. Llevaba tanto tiempo metido en el fango que lo único que podía sacarle de las calles era otro percance, una larga condena o la muerte. Megan había vivido una interminable carrera de obstáculos junto a él y cerraba otra etapa, tropezando por culpa de su maldita adicción. En el fondo se arrepentía de no haber cortado por lo sano cuando vio el primer desprecio o escuchó la primera voz de Peter sin venir a cuento y no descartaba apuntarse de voluntaria o acudir a malparados anónimos a contar su mala experiencia. Quizás narrando todo lo que había sufrido por callarse y aguantar podría ayudar a cualquier niña, madre o señora cegadas por el amor, que estuvieran desesperadas en una situación parecida. Era imposible dar marcha atrás en el tiempo con la lección aprendida, pero si conseguía iluminar el camino de alguna persona en las mismas condiciones, todo el sufrimiento que soportó habría merecido la pena.

La tarde estaba tristona y del cielo, encapotado de nubarrones marinos, caía una tenue llorera intermitente, que recordaba la irremediable despedida de Peter. A las siete menos cuarto de ese mustio atardecer, Megan terminó su cometido limpiando en una de las casas que semanalmente atendía y se despidió hasta mañana de la señora Pilar, una joven viuda que llevaba sola más de diez años. Pilar era la dueña de un enorme caserón que heredó de sus padres y no salía de casa desde la trágica muerte de su marido, asesinado a manos de los talibanes mientras combatía en el fuego cruzado de la guerra de Irak. Un buen día su esposo se levantó diciendo que quería servir a su país, agarró una polvorienta bolsa de viaje, se puso una gorra de militar que utilizaba de pequeño para ir a pescar con su padre y se marchó silboteando. Al cabo de unos meses regresó en una caja de pino, cubierta con la bandera de la nación y unas flores en lo alto. Pilar maldijo el momento en el que su marido salió por la puerta y lloró desconsolada su defunción. Desde entonces pasaba los días encerrada en su enorme caverna, como una ermitaña, en compañía de una perrita *yorkshire* que encontró recién nacida en una caja de cartón, junto al contenedor de basura, a los cuatro días de enterrar a su esposo. Pensó que algún desalmado se había deshecho de ella o que era un ángel caído del cielo, que su difunto marido envió para sanar la depresión en la que estaba cayendo por la terrible pérdida. Si no hubiera sido por ese adorable animalito, que no se separaba de ella ni para ir al aseo, la señora Pilar habría muerto de pena entre los cuatro muros del palacete y nadie se habría enterado hasta que el olor a cadáver putrefacto emanara por las rendijas y llegara a las narices de algún transeúnte curioso.

No fue fácil encontrar una doncella como Megan. La que no metía la mano en el monedero, desfalcaba la nevera o se pasaba las horas tumbada a la bartola en una antigua mecedora de terciopelo que había en el desván, pensando que Pilar estaba chocha y no se enteraba, sin saber que tenía un don para detectar mangantes y holgazanas. Pero ahora estaba en buenas manos, unas manos que todas las mañanas llegaban sujetando una barra de pan caliente, un tarro de leche fresca de un vecino que ordeñaba sus vacas a primera hora, o cualquier otro detalle. Megan tenía la costumbre de pasar por allí a diario a comprobar que Pilar se encontraba bien y a agasajarla con algún presente. Un par de días en semana acudía a hacer las labores del hogar, a dar palique a la señora y a sanear el jardín. Hoy llevaba en pie desde que despuntó el día. A las siete de la mañana se marchó a faenar a esa enorme casona, que por

mucho que atizaba con el plumero nunca estaba libre de polvo. Tenía la espalda resentida de agacharse a fregar los bajos de una vieja cocina de carbón, de ir a por troncos a la leñera y apilarlos a un lado de la chimenea, en una cesta de forja, y sus piernas estaban hinchadas y doloridas del porrón de horas que pasaba subida a una endeble escalera que utilizaba para limpiar el alto de los ventanales. Lo único que quería era llegar a casa, sentarse en el sofá y poner los pies en alto. Esta tarde no pensaba hacer nada más que relajarse, mirar el televisor y decirle a John que hiciera el favor de hacerle un buen masaje en las plantas de los pies. Muchas noches el muchacho se arremangaba, se impregnaba las manos en aceite de romero y aliviaba como podía el tremendo estrés de su madre.

Las ganas de repantigarse en el sillón llevaron a Megan a acelerar el paso y no tardó en llegar a la plazoleta del barrio. Cuando estaba entrando en el portal, se cruzó con dos hombres de unos cuarenta años de edad con muy mal aspecto, que no había visto en el par de meses que llevaban allí viviendo. Uno era ancho como un armario empotrado, mediría un metro noventa de altura, tenía la cabeza rapada, las orejas de soplillo, la nariz de boxeador y una enorme cicatriz en la cara que no debía ser, precisamente, de haberse cortado con la cuchilla de afeitar. El otro individuo llevaba el cuello y las manos tatuados, caminaba con la barbilla levantada y en sus ojos podía reflejarse la oscuridad de su alma. Megan había visto toda clase de gente venir a buscar a Peter para irse a hacer trapicheos, a zanganear por las calles o a emborracharse en cualquier antro de la ciudad, y estos dos individuos no tenían aspecto de contrabandistas ni gandules. Más bien parecían matones a sueldo que acababan de salir del trullo por un triple asesinato. Nada más verlos, pensó que podían tener relación con el nuevo inquilino, que por las horas que eran debía haberse marchado, pero su infalible instinto y la desobediencia tan habitual en Peter sembraron la duda. Con la de tiempo que llevaba padeciendo las consecuencias del crimen organizado, tenía un sexto sentido para detectar el peligro, que no solía fallarle. Subió las escaleras a toda prisa. Quería salir de dudas y comprobar si esos forasteros venían de ver a Peter o es que estaba paranoica de tanto sufrimiento y eran dos nuevos vecinos que acababan de mudarse. Al entrar en casa, comprobó, enervada, que no sufría ningún trastorno. Lo más probable es que aquellos personajes, que parecían sacados de una película de mercenarios, hubieran estado en allí visitando a Peter. El insolente susodicho no se había marchado. Continuaba en el apartamento confiando en la remota posibilidad de un último indulto y haciéndose a la idea de que tenía que separarse de nuevo de su familia por haberles fallado una vez más, pero tenía la bolsa hecha y el abrigo puesto.

—¿Qué demonios haces mirando por la ventana y quiénes eran esos tipos?, ¿no te dije que no quería verte aquí cuando llegara del trabajo? —preguntó Megan, enfadada, mientras se quitaba la chaqueta.

—¡Perdona!, ya me iba. ¿Qué tipos? No sé de qué me hablas. Respondió en tono manso.

Una vez más, su boca escupía otra sucia mentira. Estaba ocultando la verdad como de costumbre, poniendo cara de asombro y haciéndose el tonto, porque sabía perfectamente de quiénes se trataba. Eran dos miembros de la banda de Frank que habían venido a reclamar, bajo amenazas, el mugriento dinero del capo. Peter tenía una gran deuda con el mafioso, que había aumentado unos miles de dólares en su último trabajo, y andaban buscándole desde esa trágica noche en el *parking*, cuando su intento de conseguir más dinero salió mal y a punto estuvo de morir apaleado. Nadie sabía de su viaje a Madison para recuperarse de la brutal paliza que lo dejó agonizando, excepto su exmujer y su hijo, pero

en pocos días habían dado con su paradero. Era un tanto aterrador. No importaba lo lejos que pudiera marcharse, sin dejar rastro, o el tiempo que pasara escondido en un lugar remoto, porque esta gente tenía ojos en cualquier parte del mundo y tarde o temprano terminarían encontrándolo. Entre sus filas había cientos de informantes, repartidos por toda la geografía estadounidense y parte del extranjero, que trabajaban para la organización a cambio de protección y unos gramos de polvo blanco con los que empolvarse la nariz, entrar en estado de euforia y alerta y sufrir alucinaciones. Por fortuna para Peter, solo había sido una visita de advertencia para recordarle las terribles consecuencias de no cumplir con el pago, en un plazo de dos semanas, y que pudiera sentir el apestoso aliento del terror resoplándole en la nuca. Peter sabía cómo se arreglaban las cosas en un violento mundo donde los ajustes de cuentas, asesinatos y secuestros estaban a la orden del día y se tomó la amenaza con la calma de un experto piloto intentando tomar tierra en un avión escacharrado, con doscientos pasajeros a su cargo. No era la primera vez que andaba metido en problemas. A menudo trabajaba colocado y cometía pequeñas distracciones o errores garrafales, como en el último encargo, que, abducido por la codicia y perjudicado por los efectos de la cocaína, metió la pata hasta el fondo y acabó directamente en el hospital, a las puertas del cielo, pálido como un cadáver y mendigando una transfusión de sangre. Con el tiempo que llevaba traficando podía haberse construido un palacio de mármol italiano, tener tierras por todo el continente o estar retirado en algún lugar de las Bahamas, disfrutando del paisaje y de una piña colada, pero lo único que tenía era una gran deuda, cicatrices en el rostro y cuatro hatos arrugados, por hacer las cosas mal y vivir enganchado a diferentes sustancias. Era capaz de cualquier cosa con tal de satisfacer el ansia de consumir. Había vendido los pocos enseres de valor que dejaron en su casa de Detroit, donde pasaron media vida, empeñó el anillo de boda que Megan le regaló con los pocos ahorros que tenía y sustraía comida en el supermercado, ropa y pequeños electrodomésticos en grandes almacenes para venderlo en mercadillos callejeros por menos de la mitad de su precio. Se las ingeniaba para estafar a pequeños camellos, chantajeaba a inmigrantes irregulares, asegurándoles que avisaría a extranjería de su situación si no trabajaban para él vendiendo pañuelos o limpiando cristales en los semáforos, y hacía toda clase de miserables chanchullos para sacar un puñado de dólares y ponerse hasta el culo de lo primero que pillara. No se daba cuenta de que iba a terminar enterrado por la montaña de basura que llevaba años almacenando. Sus continuas fechorías habían supuesto una pérdida considerable en el acaudalado patrimonio del traficante, que estaba harto de levantar la mano y pasar por alto los deslices del torpe Peter, a quien dieron por muerto después de golpearlo hasta la saciedad. El tiempo galopaba en su contra. Necesitaba hacer dinero fácil para saldar su deuda, buscar algún sitio donde esconderse, a salvo de posibles represarías, y tener mucha suerte para salir airoso del profundo embrollo en el que estaba metido.

Peter anunció su marcha cargando un viejo bolso de cuero marrón con las pocas pertenencias que tenía y afrontó un desahucio que él mismo había orquestado, borracho y oscilante, desde la butaca del comedor. Todo iba viento en popa hasta que decidió bajar a rastras al comercio de la esquina, pedir una botella de licor barato a un desconfiado tendero asiático, que hablaba a mil por hora y no levantaba mucho más que el mostrador, y volver a casa a pimplársela en un periquete. Con lo bien que estaba en ese camastro apolillado, viviendo a cuerpo de rey, disfrutando de los pucheros de Megan, que podían resucitar a un muerto, y contando batallitas a su hijo, va y lo fastidia por una apestosa cogorza.

La despedida que separó de nuevo sus caminos fue fría y desagradable y llevó a Megan a pensar que por mucho que intentes cambiar a una persona, no hay nada que hacer cuando esta no pone de su parte. Tenía la satisfacción de haberlo intentado hasta el final y estaba rabiosa por no haberlo conseguido, pero el lamentable episodio de anoche fue la gota que colmó el vaso, un vaso de agua sucia que llevaba mucho tiempo lleno. Ya estaba bien de perder el tiempo con tareas imposibles. Antes de marchar, Peter quiso agradecer a Megan la hospitalidad por haberle acogido durante una breve estancia en la que, inconscientemente, se había vuelto a equivocar, por curar sus heridas con tiempo y tiento y por no haberle estampado el paquete de judías o cualquier otro objeto contundente que lo habría dejado peor de lo que estaba. Había tenido un sinfín de oportunidades para optar por el camino correcto y no fue capaz de aprovecharlas, se dejó seducir por la indiferencia, cayó en el pozo sin fondo de la tentación y no se percató de las consecuencias hasta que terminó de patitas en la calle, sin saber adónde ir y metido en un buen lío. En el baúl de los tristes recuerdos quedaron todos sus intentos fallidos de cambiar de vida, sus meteduras de pata, su insolencia, sus malas costumbres y su ingratitud y lo único que consiguió fue que su familia nunca más contemplara la idea de dar segundas oportunidades a nadie; quien desaprovechara la primera, que se fuera arreando por donde había venido.

Megan se quedó apoyada en el cerco de la puerta viendo con tristeza cómo Peter bajaba las escaleras, todavía magullado y bien sujeto a la baranda, para no caerse rodando y tener que regresar al hospital con veinte huesos rotos y un montón de hematomas. Parecía que lo estaba echando a los leones, como si fuera un puñado de carnaza descompuesta por el que sobrevuelan las moscardas, pero solo intentaba proteger a su cachorro de las fieras con las que Peter trataba, para evitar dentelladas perdidas. Su corazón bondadoso se ablandó por el rastro de nostalgia que iba dejando el repudiado y aunque el arrepentimiento merodeaba su conciencia, en el fondo estaba convencida de haber tomado la decisión correcta. Sabía que soportar algo de dolor se convierte muchas veces en la única opción para evitar males mayores y, de no actuar con valentía, podría haber pasado los días muerta en vida o terminar loca perdida en una habitación acolchada de loquero, abrazada por una chaqueta de lona, con cinchos y hebillas. Ocupó una esquina del sofá y se quedó pensativa, inerte y abrumada por la pena, pero al cabo de dos minutos sintió cómo una inmensa sensación de alivio, que desprendía olor fresco y sonaba a paz, irrumpía en el comedor. El peso que oprimía su pecho cada mañana, asfixiándole con los malos recuerdos, había desaparecido como por arte de magia y en su lugar apreciaba el mismo sentimiento de libertad que experimentó el día que cogieron sus bártulos y salieron zumbando de Detroit. La decisión de largar a Peter fue tan difícil como reconfortante y lo hizo por el mismo motivo por el que decidió acogerle: la felicidad y el inquebrantable bienestar de su hijo.

Cuando John regresó del trabajo se encontró con la triste estampa. Megan seguía petrificada en una esquina del sillón, con el gesto ido y disfrutando del silencio. Intuyó con mucha lástima la marcha de su padre, dejó la mochila en el suelo y anduvo cabizbajo a acomodarse junto a ella.

—Ya se fue, ¿verdad? Me imaginaba que no ibas a pasar por alto el numerito de anoche.

—He aguantado mucho, hijo, como tú bien sabes, y la paciencia tiene un límite que yo no quería ver.

Estuvieron un rato largo comentando la pesarosa situación. Hablaron de mil cosas, del día que se marcharon de casa de Charlotte, siendo John un bebé, de lo que parecía un comienzo de cero, lejos del

suburbio, de su amigo Benjamín, del que no se separaba ni a sol ni a sombra, de cómo enseguida las cosas se torcieron, de las veces que Peter estaba semanas sin venir a casa, de las cogorzas que traía y de algún triste suceso que el joven desconocía. John descubrió un duro episodio que su madre había ocultado todos estos años, en su afán de no agravarlo, porque de lo contrario podrían haber salido en los periódicos, ocupando toda una página en la sección de sucesos. Megan recordó entre lágrimas la noche en la que Peter entró en casa dando tumbos, comenzaron a discutir, se puso violento y cruzó una barrera que ningún hombre ha de pasar. En mitad de la gresca, un impulso de cobarde se apoderó de sus actos y terminó poniendo la mano encima a su esposa. Afortunadamente, solo quedó en un gesto tan grave y repugnante como una ligera bofetada en la mejilla, que Megan no quiso devolverle por no ponerse a su altura y mantuvo en silencio por miedo a la reacción de John. A pesar de su corta edad, el muchacho habría sido capaz de cualquier cosa con tal de protegerla. Ocultó el vergonzoso incidente por no empeorar la difícil situación y echar más leña a una hoguera que el menosprecio y los aspavientos de Peter mantuvieron siempre encendida e intentó olvidarlo con el tiempo, pero nunca lo consiguió. John abrazó a su madre con fuerza. Estaba sorprendido y disgustado, porque nunca pensó que su padre pudiera ser capaz de hacer algo así.

—Si lo llego a saber corto la relación en ese mismo instante y lo echo de casa a patadas, mamá, aunque me llevase cuatro mamporros en el intento —dijo el chico con el rostro endemoniado y las venas del cuello hinchadas como tuberías. Aquella tarde John se enteró de la agresión y sintió asco hacia su propio padre, pero ya sabía de otros muchos enfrentamientos gratuitos con los que Megan tuvo que lidiar por culpa de una persona insensata, y prometió apoyarla, eternamente, como venía haciendo desde que tuvo conocimiento. Los continuos socavones que aparecían en mitad del camino hacia la felicidad, no iban a mermar su deseo de salir juntos adelante, sino todo lo contrario. Después de cualquier tropiezo terminaban levantándose con más ganas de lograrlo, se sacudían el polvo, se limpiaban las heridas y seguían caminado con alma de exploradores.

Un nuevo día tocó a la puerta en la vida de John. El muchacho amaneció triste, viendo su ilusión desvanecida una vez más, y con gandulería, como si despertara de una larga hibernación que terminó por un mal sueño, pero la sensación de amargura pronto desapareció, dando paso a un sentimiento de felicidad extrema. No es que fuera bipolar, aunque en más de una ocasión llegó a sospechar que sufría ese trastorno, debido a su incontrolable hipersensibilidad; era una estrategia de autodefensa instintiva. Con el paso de los años y mucha práctica había aprendido a gestionar las emociones a su antojo. En poco tiempo conseguía enfriar sofocantes desengaños para pasar el mal trago y salir airoso de cualquier tipo de decepción, ya fueran falsos amoríos, amistades pasajeras o su propia frustración. Tenía una técnica infalible que consistía en lo siguiente: como si un gran libro su mente fuere, pasaba los pensamientos igual que las páginas de un poemario que había leído cien veces, hasta encontrar su preferido en un bello recuerdo, un viaje pendiente o, simplemente, pensaba en las tareas que iba a hacer mañana, en su próxima conquista profesional o en cualquier otra cosa productiva. Un bonito sentir llevaba días acompañándole, empañado por todo lo sucedido. Al tercer parpadeo, recordó la cita que tenía apuntada en negrita con aquella hermosa chica de apariencia sobrenatural, mirada penetrante y tierna expresión, y desde entonces no paró de pensarlo. No había mejor remedio que la ilusión para sanar el alma o el apoyo de una de esas personas medicina, como solía llamar a todo aquel que, incluso

desde la lejanía, era capaz de curar el mayor de los males o dibujarle una sonrisa a un triste atardecer. Estuvo toda la mañana fantaseando con el encuentro, pensando qué podía hacer para resultar más interesante, qué temas de conversación sacar o dónde acabarían la noche, y mientras soñaba con la cita, consideró que lo mejor para impresionar a Mary era ser él mismo y sorprenderla con un gran gesto disfrazado de pequeña sorpresa. Pensó en llevar consigo cualquier detalle que comprara por cuatro dólares, con el que sacarle una sonrisa y transformar el montón de horas que llevaba pensando en ella, en la evidencia que demostrara su interés, por si el brillo de sus ojos no era suficiente. Pasó la jornada, entusiasmado, como un niño en Navidad, esperando la lluvia de caramelos de una cabalgata de reyes, para tirarse al suelo y llenar sus bolsillos de dulces. En momentos de poco tráfico, ocupaba todo el carril con su vetusta bicicleta, levantaba la frente, respiraba hondo y se creía el rey de la carretera. Parecía haber encontrado el mejor regalo que la vida puede hacerte, una persona especial con la que compartir buenos momentos, apoyarse en los malos, mimarse y crecer juntos, pero era demasiado pronto para saberlo. De vuelta a casa hizo una parada en un gran bazar donde vendían pequeños suvenires, alhajas de bisutería, piezas de cerámica, muebles antiguos, plantas de temporada y hasta comida para animales que podías comprar a granel o en sacos de veinte kilos que tenían apilados al fondo y los de abajo delataban la presencia de roedores en el establecimiento. Había de todo lo que pidieras y si por casualidad no encontrabas lo que venías buscando, solo tenías que acercarte al encargado, un señor pakistaní con bigote de arlequín, un topi de ganchillo y padre de nueve hijos varones que correteaban por el comercio, decirle qué artículo deseabas y en menos de una semana podías pasar a buscarlo. A saber qué tipos de contactos tendría aquel señor de aspecto musulmán y familia numerosa, que podía conseguir desde animales exóticos traídos de la Conchinchina, hasta plantas comedoras de insectos, e incluso patinetes voladores que surcaban los cielos con un pequeño motor a reacción y dos hélices de metacrilato. Presumía frente a la clientela de que sería capaz hasta de encontrar vida en otro planeta si tuviera los medios para viajar al espacio, pero hasta ahora solo había traído por encargo un perro salchicha, desnutrido y lleno de pulgas, una enredadera mustia que nunca echó brotes nuevos y un triciclo para la vecina de enfrente con el manillar doblado. Al parecer, solo era un fanfarrón al que la gente del barrio seguía la corriente por no hacerle quedar mal delante de su prole, que atendía boquiabierta a las historias de fantasía que soltaba por la boca, creyéndose el mejor conseguidor. John iba con prisa y no pudo quedarse a escuchar la ristra de falacias que el pobre iluso pregonaba a los cuatro vientos, lo dejó con la palabra en la boca cuando iba a comenzar un cuento sobre el último de sus viajes al país de Nunca Jamás. Cruzó la puerta del comercio, orgulloso, con un saquito de papel en la mano que contenía el detalle perfecto para impresionar a Mary en su primer acercamiento, y continuó el paseo por la avenida. Cuando llegó al portal, un olor inconfundible penetró en sus fosas nasales, encharcando su boca de saliva. Hoy solamente había trabajado media jornada, pero no se bajó de la bicicleta ni para orinar, entregó más de veinticinco pedidos y terminó con un molesto dolor en la pantorrilla, la vejiga a reventar y muerto de hambre por el constante y agotador pedaleo. Siempre que hacía un gran esfuerzo físico, como era recorrer la ciudad sobre ruedas, ayudándose del fuerte impuso de sus piernas, o cuando estaba en casa sin mover un dedo, sentía un apetito voraz y por mucho que intentaba paliarlo con ligeros tentempiés o copiosas comilonas, nunca terminaba saciado. Era un apasionado de la comida de cuchara, del arroz, la pasta o las ensaladas y nunca rechazaba un postre, por

muy lleno que estuviera. Decía que para el dulce tenemos un estomago aparte, que va por libre, aunque en realidad no era más que una excusa de glotón para engañar al cerebro y atiborrarse de pasteles. La responsable del excitante rastro de olor a junta familiar que inundaba las tripas del bloque y que John olisqueó tres pisos más abajo, era su propia madre. Megan había preparado un delicioso arroz con verduras, que cocinaba durante horas en una cazuela de barro, poniendo los fogones al máximo, y cuando el guiso estaba a punto de caramelo, lo retiraba del fuego y lo tapaba con un paño de cocina para que terminara de hacerse con el calor que desprendía la arcilla cliente. Solo de esta manera el grano cogía una esponjosa textura que no podías dejar de apreciar y acababas con todo enseguida. No era de extrañar que Megan cocinara de maravilla. Aprendió a guisar antes que a escribir, de hecho, seguía peleándose con el lápiz y el papel. Tenía una letra desagradable a la vista, deforme y poco legible, que intentaba perfeccionar a escondidas con ayuda de unos cuadernillos de escritura, de grandes cuadrículas, que conservaba de cuando John fue a la escuela.

El muchacho dejó el gabán hecho un gurruño en el primer sitio que pilló y se sentaron a la mesa camilla del comedor, con un cuscurro de hogaza en una mano, el tenedor en la otra y la servilleta sobre los muslos. Megan rezó una breve plegaria a modo de bendición para pedirle al Señor, o a quien pudiera escucharla, que nunca más volvieran a echar en falta un plato de comida en su mesa y que mantuviera intactas sus facultades de gran cocinera durante el mayor tiempo posible. No era una gran devota del cristianismo ni acudía con regularidad a la iglesia, pero todas las noches oraba un padrenuestro y un ave maría, antes de dormir, sujetando un rosario color marfil que recibió de Charlotte en el lecho de muerte. A alguien había que dar gracias por amanecer cada día, poder caminar erguida y tener algo que llevarse a la boca. Terminó con la oración, se santiguó y comenzaron a comer. Estaban disfrutando del guiso como dos tiernos cachorros aferrados a las tetas de su madre cuando de pronto sonó el timbre y enfrentaron las miradas, sorprendidos. No esperaban a nadie. Además, habían llamado a la puerta de casa en vez de tocar al telefonillo que escoltaba el edificio, con arañazos de navaja, la fecha del comienzo de algún noviazgo y varios botones estropeados. Muchos vecinos, distraídos, olvidaban cerrar el portal, así que pensaron que cualquiera podría haberse colado.

—Deberíamos poner un cartel de recordatorio. Un día nos van a desvalijar por dejar el portal abierto —dijo John, molesto por haber sido interrumpido en el rato de la comida, un momento sagrado, según él. Anduvo hasta la puerta, puso la mano en el pomo, se asomó por la mirilla y no vio a nadie al otro lado. Pensó que habría sido algún chiquillo travieso, que andaba llamando a los timbres para luego correr enhebrado y echarse unas risas con los amiguetes, que estarían esperándolo unos peldaños más abajo, cagados de miedo, o simplemente alguien que se había equivocado de piso. Aun así, quiso echar un vistazo en la escalera y comprobar que no era un repartidor impaciente que vino a traer un paquete con la herencia en efectivo de un familiar lejano, ni la supuesta banda de chavales a los que pensaba perseguir hasta agarrar a uno de la pechera y llamarle la atención. Por estar fantaseando con un dineral caído del cielo que nunca llegaría y dejarse llevar por un arrebato de ira, olvidó que la curiosidad mató al gato y que muchas veces es mejor quedarse con la duda y seguir con lo que estás haciendo. Al abrir la puerta, aparecieron de la nada dos hombres trajeados, con gafas de sol y cara de pocos amigos, lo sujetaron del brazo y entraron en la casa como si fuera suya, dando empujones al muchacho y ordenándole caminar. Megan entró en pánico ante aquel escenario de película, se levantó de la mesa y

fue corriendo a socorrer a John, que había acabado en el suelo de un empujón, con la nariz lastimada y un fuerte porrazo en la frente. La pobre mujer dio un grito ensordecedor que se escuchó en todo el vecindario y al que nadie acudió, porque pensaban que era un bramido del mismo compañero borracho y pendenciero que la pasada noche andaba armando escándalo con voces de heraldo. Se tiró al suelo de rodillas y abrazó a su hijo para protegerlo de lo que parecía un robo violento, pero al no sentir ningún golpe levantó la mirada y pudo reconocer a los maromos que provocaron el desconcierto. Eran los mismos tipos de cuerpo fornido y aspecto chillón que había visto salir del portal hacía unos días, cuando llegó agotada de dejarse la piel en casa de la señora Pilar. En mitad del horror, se acordó del insensato de su exmarido. Si Peter hubiera sido lo suficientemente hombre como para decir la verdad y advertir del peligro, podrían haber estado alerta y tener más cuidado, pero en su cabeza de chorlito no había lugar para una pizca de conocimiento, que pudiera hacerle ver las terribles consecuencias del engaño. John se levantó del suelo dolorido, enrabietado y valiente, y comenzó un forcejeo a la desesperada con un hombre robusto y cuellicorto, de nariz achatada y cuatro veces más fuerte que él, que con mover un dedo lanzó al muchacho al sofá y sacó una pistola.

—Tranquilo, chico, solo queremos hablar con tu padre.

—¡Ya no está aquí! —contestó Megan, muy nerviosa, abrazada a su hijo en el sillón. —Dejadnos en paz, por favor.

Mientras el individuo de poco pescuezo y apariencia de simio les encañonaba y sonreía, su compinche comenzó a rebuscar por toda la casa, para cerciorarse de que no pretendían encubrir a Peter. Al escuchar el timbre, podía haber corrido a meterse bajo la piltra o al fondo del armario, detrás de la ropa de invierno. Registró las habitaciones, los guardarropas, los bajos de las camas y hasta pequeños recovecos en los que no podía esconderse una persona: cajones, muebles y maletas de viaje. Parecía que no solo andaban detrás de Peter. Buscaban dinero en metálico, escondido en frascos de cristal, entre la ropa doblada o debajo del colchón, pero después de un concienzudo barrido, comprobaron que efectivamente decían la verdad y de Peter solamente quedaba un pedazo de venda ensangrentada en la mesita de noche, medicamentos para el dolor y un ligero tufo a licor barato. Dejaron la casa hecha un asco. El suelo de la cocina quedó cubierto por un manto de especias y alimentos pisoteados, las habitaciones regadas de ropa, el baño encharcado de productos de higiene y el perol de arroz terminó hecho añicos en el piso del comedor, entre una montaña de libros que cayeron al volcar la estantería. Daba la impresión de que un violento huracán había arrasado con todo lo que encontró a su paso; tardaron semanas en borrar las huellas del desastre.

Antes de marchar, los asaltantes lanzaron una advertencia. Querían que estuvieran al corriente del peligroso embrollo en el que Peter andaba metido hasta lo más profundo y darle una pizca de sentido a la desagradable visita, mencionando la última hazaña del susodicho, la importante deuda que había contraído con el jefe de la banda y las terribles consecuencias de no pagar a tiempo.

—Nosotros no tenemos nada que ver— dijo Megan, atemorizada.

Un portazo devolvió el aire a sus pulmones y anunció la marcha de esos desalmados, que no dudaban en atemorizar a inocentes, destrozar sus casas, enturbiar sus recuerdos de por vida o incluso cepillarse a quien se interpusiera en su camino. No pensaban en el daño moral que sufrían las víctimas, no tenían escrúpulos ni sentimientos y la mayoría estaban solos en la vida, porque sus familiares los repudiaron.

Su verdadera familia era la organización. Solamente aspiraban a escalar posiciones en la pandilla, recaudar dinero, acatar órdenes, aplastar a miembros de bandas rivales y velar por su propia reputación como mafiosos. John anduvo a comprobar que la puerta había quedado cerrada, esquivando el guiso derramado y la pila de libros, echó un vistazo por la mira y regresó al sofá con su madre.

—Ya pasó, mamá, no te preocupes — dijo abrazándola y acariciándole el cogote para aliviar su disgusto.

El arrumaco consiguió calmarla y serenar sus temblores, pero Megan continuaba perpleja. Creía estar despertando de un hórrido sueño en el que temió por su vida. De buenas a primeras, la agradable comilona se había convertido en una peligrosa aventura, que pudo haber terminado en tragedia si el arma con el que fueron apuntados, como dos presas de caza, se hubiera disparado en un descuido fatal. Estaban aturdidos del sobresalto, pero tenían que ser fuertes y sentirse afortunados, porque el incidente acabó de la mejor manera: abrazados en el viejo sofá, con lágrimas en los ojos, temblor en las piernas y cara de espanto. Ahora tocaba recoger los libros del suelo, pasarles una bayeta y colocarlos en los estantes, fregar el baño y guardar los botes que no se habían reventado, barrer la cocina, reponer la despensa, amontonar la ropa encima de las camas, plancharla y devolverla a los cajones, pero aquel día no hicieron más que lo necesario para poder andar por la casa sin tropezar. Despejaron las camas, se echaron a meditar sobre lo ocurrido e intentaron dormir. Eran conscientes del peligro que suponía denunciar el incidente. La policía no tardaría en abrir una investigación para atrapar a los malhechores y no estaban dispuestos a tener que salir de su propia casa, deprisa y corriendo, para entrar en un programa de testigos protegidos, donde resguardarse de las posibles represalias de la banda, que no iba a quedarse de brazos cruzados al ver su estructura amenazada. Lo único que querían era vivir en paz, así que decidieron mantener la boca cerrada y cambiar de piso en cuanto fuera posible.

La búsqueda permanente de la felicidad parecía no tener final. Cuando estaban acariciándola con la punta de los dedos, brotaba un zarzal de entre las flores y se pinchaban con sus espinas, pero en lugar de venirse abajo, se echaban un remiendo al corazón y seguían su camino, convencidos de que pronto darían con ella y la satisfacción sería mayor, por el esfuerzo que supuso encontrarla. Habían tomado la determinación de guardar silencio para no empeorar las cosas y el plan continuaba según lo acordado, pero de repente Megan descolgó el teléfono. Estaba a punto de estallar. No entendía cómo una persona a la que tanto ayudó podía actuar de esa manera. Necesitaba desahogarse con el culpable del bochornoso suceso, cantarle las cuarenta y hacerle saber que había puesto en peligro a su familia con otra de sus mentiras, enfrentándola indefensa a una posible desgracia. Lo peor había pasado, pero ahora quedaba afrontar la difícil tarea de contemplar el incidente convertido en pesadilla, cada noche, cada madrugada, cada despertar, y revivirlo en cada pensamiento, cada suspiro y cada lágrima. Eran dos personas fuertes que aprendieron a serlo a base de palos y terminarían superándolo con el tiempo, pero nunca lo iban a olvidar. Desde ese día, Peter estaba muerto para ellos, por muchos años que le quedaran de vida.

Las vanas disculpas de Peter, reconociendo un error que cometió inconscientemente, sucedían demasiado tarde. A estas alturas de la vida, debía saber que la ignorancia no atenuaba el alcance de sus malas acciones, pero nunca llegó a entenderlo.

—Nadie puede verse perjudicado por los hechos de otra persona, joder. De ahí la importancia de

pensar bien las cosas, antes de hacerlas. *A posteriori* cualquiera es capaz, cuando no tiene remedio — dijo Megan, enervada, para terminar el duro sermón de despedida.

Porque está demostrado que los perdones no curan heridas, por muy sinceros que sean o bonitos que suenen; solo alivian el dolor unos minutos y construyen fuertes corazas para protegerse de embusteros, repeler la falsedad y estar a salvo de las malas vibraciones, donde terminan topándose justos y pecadores.

Capítulo IV
Despertando sueños

> «La confianza en nosotros mismos es el bien más preciado que tenemos y nuestro deber es cuidarla, con uñas y dientes, para que nunca se pierda. Créetelo, sal de tu zona de confort, sabiendo que puedes fracasar y dejando atrás tus miedos, repítete una y mil veces lo mucho que vales y no te conformes con menos de lo que mereces. De la confianza dependen cosas tan importantes como poder expresar una opinión, defender a otra persona, decir cómo te sientes o saber decir que no y es necesaria para alcanzar cualquier objetivo, por complejo que parezca. Al atravesar un momento complicado puede extraviarse, pero que no cunda el pánico, porque con esfuerzo, perseverancia, paciencia y tiempo se recupera, y acabarás logrando todo lo que te propongas».

A través de estas palabras, Megan quería enseñar a su hijo una bonita lección, que decía: la vida pondrá en tu camino diferentes obstáculos con los que vas a tropezar, perder el equilibrio y darte un buen porrazo, pero tienes que levantarte y seguir adelante. Solamente son pruebas hechas a tu medida, para que puedas superarlas y salir fortalecido. Si en lugar de enfrentarte a los contratiempos con coraje, agachas la cabeza y te vienes abajo, los días irán tiñéndose de gris oscuro por mucho que brille el sol y la penuria no dejará pasar un solo rayo de esperanza. Trepa por encima de la tristeza, los temores y las inseguridades con los ojos bien abiertos y disfruta de cada momento, por sencillo o disparatado que sea, para no perderte una sola estampa del hermoso álbum que va trazando la vida.

El sabio discurso venía de una mujer curtida por el tiempo y sus inclemencias. Megan había estado en apuros de todo tipo y tuvo que afrontar cantidad de adversidades. Creció en un barrio peligroso, lejos de su verdadera madre; no llegó a conocer a su padre, ni pudo acurrucarse junto a él para pedirle consejos y sentirse protegida, y crio a su hijo en soledad, sin apenas recursos y con un marido ausente que, en vez de aportar, hacía todo lo contrario. Había perdido demasiadas horas tirada en la cama llorando y encerrada en casa, buscándole sentido a cosas que no lo tenían. Después de mucho tiempo caminando a contracorriente entendió que había que seguir tres reglas fundamentales para mantenerse en pie, continuar el viaje y no complicarse la existencia. La única forma de lidiar con la vida era plantándole cara a los problemas de verdad, dejar de lado cualquier complicación por la que no valía la pena luchar y darle a cada situación la importancia que merecía.

Habían pasado pocos días del espantoso asalto perpetrado por unos desalmados que dejaron su casa patas arriba. Continuaban con las tareas de limpieza y el miedo metido en el cuerpo y mantenían largas charlas en el sofá, comentando el peligroso incidente y preparándose para lo que pudieran venir. Como una madre ejemplar, Megan aprovechaba cualquier excusa para alumbrar el camino de su retoño con algún versado consejo, convencida de que el fresco percance no iba a ser suficiente para apagar su ilusión de salir adelante. Soñaban con encontrar la felicidad, vivir tranquilos y poder disfrutar de los pequeños placeres y algo muy gordo tenía que pasar para que dejaran de luchar por sus sueños, como

que regresaran los matones y arremetieran contra su vida o que un enorme meteorito impactara contra la tierra y la hiciera pedazos.

Terminaron la conversación emocionados, recordando una nueva traba que tenían muy presente. John abrazó a su madre, agradeciéndole esas palabras cargadas de sabiduría, se sacudió la emoción frotándose los ojos y anduvo a su cuarto a prepararse. Llevaba semanas soñando despierto, con alguna pesadilla de por medio que intentó amargarle la fiesta, pero gracias al apoyo de Megan y a la facilidad que tenía para dejar a un lado los malos pensamientos y buscar uno agradable con el que entretenerse, consiguió anteponer el entusiasmo a la decepción. Había llegado el gran momento que llevaba esperando desde aquella fría noche de invierno, cuando acudió exhausto a atender un último pedido y regresó eufórico, porque había descubierto una bonita ilusión, llamada Mary, que la vida tenía preparada para él.

—Voy a arreglarme, mamá, tengo una cita. Dijo por lo bajini, sabiendo que su madre lo había oído y no iba a quedarse de brazos cruzados.

Megan abandonó el sofá de un brinco, se echó un nudo a la bata y corrió a enterarse de los detalles de un encuentro que había sido secreto hasta el mismo día de su celebración. Llegó al dormitorio tan ilusionada como John, se apoyó en el cerco de la puerta y comenzó a lanzar preguntas, como cualquier madre que pretende indagar sobre la vida de la chica que va a salir con su hijo por primera vez. Quién es la afortunada, a qué se dedica, qué edad tiene o cómo os habéis conocido, fueron algunas de las cuestiones que encontraron respuesta por la paciencia de John y la inmensa confianza que entre los dos existía. Eran dos buenos confidentes que no tenían secretos y siempre andaban a la caza de los consejos sinceros que surgían, con espontaneidad, detrás de cualquier declaración. John explicó a su madre cómo había sido el cortejo, con pelos y señales. Comenzó hablando de la primera vez que se vieron —apenas podía expresarse de los nervios—, del brillo que apreció en sus ojos, de sus charlas a distancia, del aguardo en la puerta de su casa, como un impasible centinela, y del palpitante momento en que la vio aparecer por la ventana. En pocos minutos resumió los tres viajes a su apartamento, los regresos en bicicleta, dando saltos de alegría, menos la vez que volvió chafado porque no pudo entregarle el postre, las noches que pasaba pensando en ella, antes de dormir, y los amaneceres recordándola. Aseguró que tenía el dulce tono de su voz grabado a fuego en la memoria, como esa nueva canción que escuchas en bucle y no puedes sacarte de la cabeza, la imagen de su gesto alegre demostrando hermosos sentimientos y un ligero recuerdo de su aroma corporal que pudo apreciar en el único momento que estuvieron cerca, cuando rozó suavemente su mano al entregarle la bolsa de comida. Desde el día en que se conocieron, John estuvo alimentándose de esos bonitos recuerdos que calmaban el ansia de volver a verla o empeoraban el asunto, incrementado las ganas de estar a su lado. Las palabras que salían de su boca, atropelladas por la emoción, eran poesía para los oídos de una oyente fascinada. Megan se había contagiado de entusiasmo y tampoco dejaba de sonreír, imaginándose a la pareja conversando a voces, tartamudeando de los nervios o tumbados en sus camas con la misma cara de pánfilos. Sabía que esa joven había calado de verdad en el corazón de su hijo por sus grandes pausas para coger aire y continuar el relato, por su sonrisa perenne y por la verdad que apreció en sus ojos relucientes. Era la primera vez que veía a John demostrando sentimientos por una chica y estuvo atenta a cada palabra, a

cada gesto, a cada entonación. No quería perderse el comienzo de lo que parecía una bonita historia de amor de novela.

Al verlo tan ilusionado, no pudo evitar acordarse de cuando era una cría y hablaba con Charlotte de un apuesto chico que había conocido en el barrio y se desvivía por ella, el mismo chico que estuvo amargándole la vida durante años, y solamente deseaba que su hijo no corriera la misma suerte.

John estuvo todo el día atacado de los nervios, pensando qué atuendo elegir para impresionar a su cita, y a la hora de arreglarse continuaba con dudas. La indecisión reinaba en el cuarto. No sabía si escoger una vestimenta más informal o ponerse sus mejores galas, que tampoco es que fueran demasiado elegantes, pero si lo suficientemente lustrosas para no parecer un desarrapado. En los armarios de John había ropa sencilla, de deporte o de trabajo, como el gabán desgastado que heredó de un compañero o el par de sudaderas con el logo del restaurante, el resto eran hatos que tenía desde hace una pila de años y que apenas usaba, excepto alguna camiseta interior que se ponía bajo el pijama para dormir abrigado. Comenzó a indagar por el guardarropa. Todo lo que estaba ocupando espacio y no pretendía ponérselo más lo fue echando a un bolsón negro de basura que pensaba depositar en cualquier punto de recogida o entregárselo personalmente a la gente necesitada, para asegurarse de que no acabaría en una tienda de segunda mano, y lo que parecía adecuado para el encuentro de hoy lo puso encima del colchón. Después de un buen rato revisando el armario, terminó con dos bolsones de ropa para la beneficencia y unas pocas prendas encima de la cama, que pudo rescatar alzando la mano. Entre los modelitos nominados para la gala había una cazadora verde, tipo *bomber,* un suéter claro con capucha y unos pantalones con bolsillos a los lados; unos *jeans* oscuros que combinaban con un jersey de lana y una chaqueta de cuero y unos pantalones grisáceos de vestir, a juego con un abrigo largo abotonado. Al final se decidió por la cazadora verde y el buzo de color crema, porque la chaqueta negra de piel sintética estaba descolorida y no cerraba la cremallera y el abrigo de paño gris había sido devorado por una plaga de polillas y tenía las mangas agujereadas. Fue una elección por descarte y prometió que si la cita iba bien comenzaría a renovar su fondo de armario. No podía presentarse todos los días con la misma vestimenta ni acudir hecho un *tilario*. Dejó la ropa que iba a ponerse tendida sobre la cama, fue a darse una ducha rápida y no habían pasado ni dos minutos bajo una alcachofa tronchada que echaba cuatro gotas, cuando su madre comenzó a vocear que ya estaba bien de gastar tanta agua, que luego vendría una factura de un montón de dinero y no tendrían con qué pagarla. Al grito de Megan cerró el grifo de golpe, se envolvió en una vieja toalla que podía verse a través y anduvo a su cuarto resbalando por las baldosas del pasillo, con espuma en las orejas. Había pasado tanto tiempo de palique con su madre y de rodillas frente al armario que si no se daba prisa iba a llegar tarde a su primera cita y tendría que inventarse una excusa de última hora, que de poco serviría, porque no sabía mentir. Se vistió a toda velocidad, regresó al aseo a peinarse y en pocos minutos salió del baño hecho un pincel. Menos mal que tenía un pelo ondulado y grueso que con cuatro pasadas de mano y un poco de fijación conseguía domarlo. Megan estaba acostumbrada a verlo con su pijama azulón de franela, con la ropa holgada del trabajo o con un chándal negro de corchetes que le compró en el mercadillo por nueve dólares y cuando lo vio aparecer arreglado en el comedor se quedó impresionada.

—¡Qué guapo! No te digo más... Advirtió Megan, diciendo con estas cuatro palabras un montón de cosas que no hacía falta repetir: ten cuidado, no llegues tarde, acompaña a la chica a casa y alguna

advertencia más que John daba por hecho, pero que siempre escuchaba en cada una de sus pocas salidas. Marchó de casa escopetado.

Caminaba a trote cochinero por la avenida, dejando un ligero rastro de olor a perfume, del único frasco que no terminó hecho pedazos en el asalto, y se iba haciendo mil preguntas sobre la cita, impaciente por encontrar respuestas. No podía contener el nerviosismo y cayó en la típica costumbre de querer anticiparse a los acontecimientos. En el fondo sabía que por muchas vueltas que le diera no iba a cambiar el resultado, de modo que prefirió dejarlo en manos del destino y disfrutar del célere paseo. El lugar que habían elegido para disfrutar de su primer encuentro era un bonito café *vintage* que llevaba abierto más de una década, envolviendo a los clientes en un remanso de paz y armonía, con sus muebles de madera envejecida en tonos pastel, sus hermosas baldosas hidráulicas de principios del siglo pasado, sus sofás *Chester,* sus butacones tapizados en terciopelo mostaza y sus lámparas bajas. De las paredes colgaban relojes y carteles antiguos de bebidas gaseosas y marcas de combustible, cuadros en blanco y negro con imágenes de aeroplanos de los años veinte, de los primeros biciclos, de plazoletas empedradas donde rodaba algún carruaje y, suspendido en el ambiente, podía apreciarse una agradable mezcla de olor a leña, café y galletas recién hechas. Seducían a la clientela con un hermoso estilo bohemio, servían un delicioso café que importaban de Indonesia y, además, elaboraban las mejores tartas de la ciudad. Mary esperaba impaciente a su acompañante, sentada al fondo de aquel café, ansiosa por dar comienzo a lo que prometía ser un gran encuentro. Había calculado mal el tiempo, por las prisas de enfrentarse, y llegó unos minutos antes de la hora estipulada. Al contrario que John, los grandes armarios de Mary guardaban cantidad de prendas de las últimas colecciones, de las marcas más conocidas y, con tanto donde elegir, no tardaba demasiado en decidirse. Tenía vestidos ablusados, camiseros, de corte recto, de tubo, de cintura alta, de noche, varios tipos de chaquetas, más de cincuenta blusas, veinte pares de zapatos, una montaña de bolsos y tres cajones repletos de lencería. Lo suyo por la moda era auténtica devoción. Para el encuentro de hoy había elegido un jersey negro de cuello vuelto, una chaqueta gris con seis botones de metal, pantalón de pana oscuro, un pequeño bolso granate y una boina parisina. Iba casual, pero muy elegante. El muchacho llegó a tiempo por los pelos, medio sudando y enrojecido, miró a través de la cristalera y se puso más nervioso todavía, al contemplar de nuevo tanta belleza. Respiró hondo, entró en la cafetería un poco apurado por la hora y caminó sonriente hacía Mary, que enseguida se levantó del butacón a saludarlo. La cara de felicidad que pusieron al verse hablaba por sí sola, narrando, con palabras entrecortadas, el comienzo alegre de una tarde esperada; la expresión de sus ojos demostraba las ganas que tenían de verse y el largo abrazo que se dieron fue tan fuerte que creían haberse rozado la piel. Cuando enfrentaron las miradas al despegarse, se detuvo el tiempo unos segundos y se hizo un breve y agradable silencio, que no era la primera vez que escuchaban. Sonaba igual que el de aquella noche, cuando John subió corriendo las escaleras de un bonito bloque de apartamentos, Mary abrió la puerta y se quedaron prendidos.

Una voz femenina fue la primera en sonar, invitando al joven a tomar asiento y poniendo un poco de cordura a ese alocado palpitar que estremecía sus corazones y hacía tambalearse los cafés que había sobre las mesas. Antes de acomodarse, John sacó de su bolsillo un pequeño sobre de papel y lo dejó encima de la mesa, con una pizca de chulería. Quería sorprenderla y sacarle una sonrisa y vaya si lo consiguió. Los ojos de Mary se prendieron con una luz especial, viendo cómo el muchacho se había

tomado la molestia de traer un detalle, que a juzgar por sus dimensiones no podía ser gran cosa. Se quedó fascinada por un gesto sencillo que no se ve todos los días y menos en un primer encuentro. Irradiaba felicidad por haber sido la afortunada entre toda esa gente que espera un detalle de su pareja y nunca llega, y estaba impaciente por descubrir el contenido. Resquebrajó el envoltorio y descubrió que era una de esas esferas de cristal que al sacudirla parece estar nevando sobre un diminuto muñeco blanco que hay en su interior, con nariz de zanahoria, dos ramas en los brazos, tres botones en la panza, una bufanda y un sombrero de copa. John podía haber comprado unas golosinas o una caja de bombones, una rosa roja o un manojo de ellas o acudir con las manos vacías y nada hubiera pasado, pero quiso traer algo y que no fuera lo de siempre. El *souvenir* navideño no era mejor ni peor que unas flores o unos dulces, pero era diferente, como él. Porque John odiaba seguir al rebaño, iba por libre, pasaba de modas o estereotipos, tenía mucha personalidad. No cambiaba de opinión de la noche a la mañana sin motivo aparente y, aunque tenía un millón de defectos, era una persona auténtica, que cuidaba a los suyos mejor que nadie. Esa noche había cogido a Mary desprevenida, acariciando su corazón con dulzura. La joven se sintió en deuda con él, se incorporó del asiento, sujetó sus manos, lo miró a los ojos y besó suavemente su mejilla. Por una simple «tontería», que solo costó un par de dólares y unos minutos de nuestro bien más valioso, la cita tuvo un comienzo de película.

Con la cantidad de años que llevaban siendo dos completos desconocidos, tenían muchas cosas que contarse y no querían empezar con el típico interrogatorio banal, preguntando en qué empleaban su tiempo libre, qué labor desempeñaban, la edad que tenían o el mes en el que nacieron, para conocer su signo zodiacal. Había temas más importantes y entretenidos, además, John solía decir que eso del horóscopo era muy relativo, que el carácter de uno dependía de lo que le hubiera tocado vivir, de la cultura del país donde creció o de la ciencia infusa y la conexión entre dos personas podía darse independientemente del día de su nacimiento, aunque también reconoció haber conectado con mucha gente que nació entre el veintiuno de junio y el veintidós de julio, como él. Pasaron de asuntos irrelevantes y se contaron buena parte de sus vivencias, divertidas historietas y anécdotas catastróficas, charlaron sobre incertidumbres, pensamientos y metas, y se interesaron por algunas de sus manías y por el momento del día que consideraban más agradable. Mary aseguró haberse criado en un entorno privilegiado, rodeada de comodidades, y no por eso se relajó, sino que renunció a muchas cosas por aspirar a más en la vida. Confesó que andaba por la calle sin pisar las rayas de las baldosas, ponía el volumen de la radio y del televisor en número par y era inmensamente feliz comiéndose un tarro de helado, arropada hasta el cuello, mientras veía una película romántica. De pequeña era un poco trasto, no paraba quieta y una tarde de invierno terminó calada hasta los huesos porque iba andando a la pata coja por el borde de la piscina y se cayó al agua. Cuando salió a flote tenía la cabecita cubierta de algas y una rana croando en lo alto. John pasó de puntillas por el difícil transcurso de su vida, no quiso profundizar demasiado en el tema de la separación de sus padres ni dar detalles de las fechorías de Peter, por si Mary se asustaba y salía corriendo, pero sí habló largo y tendido del gran esfuerzo que llevaba haciendo desde niño para salir adelante con su madre de la mano. Uno de sus momentos preferidos era cuando cruzaba la puerta del trabajo después de una jornada caótica, admitió que no podía ver cuadros torcidos ni luces encendidas y se ponía alcohol en gel en las manos todo el tiempo. Su anécdota más divertida y a la vez vergonzosa sucedió una mañana en el colegio, cuando no fue capaz de contenerse y

se le escapó un gran pedo que retumbó en el aula y los alumnos tuvieron que salir al pasillo corriendo porque no aguantaban el fuerte hedor. Mary se partió de la risa.

El camarero se acercó a preguntar qué deseaban tomar y apuntó en su libreta las peticiones: un té verde con vainilla para Mary, un café americano para él y un buen pedazo de tarta de queso para compartir, que elaboraban de forma artesanal a base de ingredientes frescos y ecológicos. Para la base utilizaban un paquete de galletas maría y mantequilla casera de cabra, que compraban en una granja a las afueras, y para el relleno ponían en un bol nata con alto contenido en grasa, azúcar de caña, huevos de corral y dos tipos de queso cremoso de la misma hacienda donde conseguían la manteca. Una vez bien batidos los ingredientes, vertían la mezcla en un molde, la cocinaban durante veintiocho minutos en un horno de leña que alimentaban con madera de roble hasta que cogía calor, añadían haya para mantener la temperatura perfecta y luego la dejaban horas atemperando. Lo que resultaba de este laborioso y delicado proceso era un delicioso pastel de queso que provocaba gemidos de placer entre los clientes, quienes aseguraban sentir una especie de orgasmo culinario al introducírselo en la boca. Fue la tarta, o más bien su ausencia, uno de los motivos por los que habían vuelto a verse, y fue la magia que descubrieron en sus ojos la culpable de esta bonita historia que no hacía más que empezar. Estuvieron charlando toda la tarde de los viajes que habían hecho y los que querían hacer, de la música que escuchaban, los conciertos a los que fueron, el libro que estaban leyéndose, de una película de terror con la que Mary seguía teniendo pesadillas, de los programas sobre crímenes que el muchacho veía cada noche, de creencias remotas, de sus miedos, de opiniones personales y de alguna otra cosa, riéndose de las respuestas graciosas, prestando atención a las demás cuestiones, intercambiando miradas cómplices y extremadamente cómodos. Parecían dos alegres quinceañeros que se conocían de toda la vida, pero que habían superado la edad del pavo, derrochaban madurez y compartían formas de pensar y maneras de ser. Tuvieron una conexión especial, que enlazaba un tema de conversación con otro totalmente dispar y callaba cualquier incómodo silencio. El cúmulo de agradables sensaciones condujo a uno de los trabajadores hasta su mesa para avisarles de que en breves momentos el local cerraría sus puertas. Las horas se habían convertido en un gran momento fugaz, que transcurrió con encanto, a velocidad de vértigo, y terminaron la cita con un agradable sabor de boca que ya deseaban volver a apreciar. Tenían la sensación de que se acababan de sentar a la mesa y no querían levantarse de esos envolventes butacones aterciopelados, donde disfrutaron como niños de una charla extraordinaria y un sugerente lenguaje no verbal, que dijo mucho más que cualquier retahíla de palabras. Se arroparon con sus chaquetas, agradecieron al personal el buen trato recibido y dieron la enhorabuena a Candela, una mujer rolliza y sonriente que estaba al mando del negocio y era la responsable de las delicias que hacían en el pequeño obrador de la trastienda. Al cruzar el umbral de la puerta sintieron un ligero olor a tierra mojada, con un toque de vainilla, pero el suelo estaba seco y el cielo raso; era el agradable aroma que había dejado la cita.

Llegó el momento de dar los últimos trazos a un emocionante encuentro, que años más tarde ella misma pintaría sobre un lienzo de lino blanco, donde predominó el color azul lavado que parcheaba el local, el verde esperanza de los suelos cerámicos y algún mueble viejo y el negro de las imágenes que colgaban de los tabiques, la ropa de Mary y sus ojos enamorados. Habría de tener líneas rectas por la decoración isométrica que revestía el café, líneas que contrastaban con la curva de su sonrisa, y una

textura suave que reflejara las caricias de manos que compartieron. Sobre la tela quedaría plasmada para los restos esa composición de sentimientos que fue una verdadera obra de arte. Antes de separarse, John se ofreció, como un auténtico caballero, para acompañar a casa a la señorita, obedeciendo a una forma de ser de la que podía estar orgulloso y a las advertencias de su querida madre, que se lo tenía dicho desde el primer día que salió con una chica, una tal Ofelia, que era su compañera de clase, con la que no volvió a quedar porque no sintió nada y no paraba de hablar de cosas sin sentido. El principal propósito del joven era cuidar de Mary en el camino de vuelta, protegerla de borrachos y malhechores y hacer su viaje de vuelta más agradable, pero también deseaba aliviar la tierna adicción de estar a su lado y no quería desaprovechar ni un minuto junto a ella. Mary aceptó encantada, porque se encontraba en la misma condición de adicta, necesitaba de su compañía y fue incapaz de rechazar la amable propuesta. Su deseo era sentirlo cerca el mayor tiempo posible y aceptaba cualquier excusa con tal de que así sucediese.

Anduvieron al sereno por unas callejuelas solitarias, donde solo se escuchaba el eco del contagioso reír de Mary, el paso lejano del autobús y la prominente voz de John, que cuando se emocionaba subía el tono sin darse cuenta, terminaba hablando a voces y tenían que llamarle la atención. Hacía un frío del carajo, que provocaba tiritonas, ahuyentaba a los transeúntes y encendía chimeneas. Solamente se cruzaron con algún rezagado que llegaba tarde a casa y corría a buscar cobijo, con una anciana vagabunda que pasaba las noches bajo un montón de cartones y harapos, acurrucada en un soportal junto a su perro, un labrador color canela más listo que el hambre, y con el camión de la basura. Todo el que no estaba en su hogar, bajo un par de mantas gruesas, andaba a la carrera por la avenida, castañeando con ansias por resguardarse, excepto ellos, que no tenían ninguna prisa por llegar. Caminaban a paso de tortuga, deseando arrimarse y sentir el calor de sus cuerpos encelados, pero la timidez solo dejó que se dieran cuatro breves achuchones, poniendo como excusa la gélida noche, y un restregón de manos cuando Mary dijo que las tenía congeladas. Habrían paseado durante kilómetros por las calles desiertas de la ciudad, por los prados de heno que daban pie a las montañas o por la propia cordillera, sin importar el frío que amorataba sus labios ni la distancia del largo viaje, pero mañana tenían que ir al trabajo y no era plan de ponerse a recorrer el estado con espíritu de andarín. A pesar del lento caminar no tardaron en encontrarse con el portal de la casa de Mary, donde se quedaron de cháchara, al resguardo de la marquesina.

Evitaron a toda costa el final de una fascinante velada, hasta que muy a su pesar llegó el anuncio de la despedida. Estaban sorprendidos por lo físico y atrapados por una fuerte química que no les dejaba separarse, no paraban de hacer manitas y buscaban el contacto de cualquier forma. John, fascinado, mirándola permanecía; Mary se ruborizaba y ni siquiera conseguían aguantarse la mirada unos segundos.

—Lo he pasado realmente bien —dijo John.

—¡Yo también! —Se sinceró ella.

Y por fin sucedió el adiós, con un par de besos en la mejilla que rozaron la comisura de los labios y un fuerte abrazo de varios segundos. Se desprendieron despacio, pero inmediatamente después de soltarse, volvieron a unir sus manos, se miraron a los ojos, cada vez más cerca, y surgió un beso tierno y directo en la boca, profundo e interminable, que reflejaba una atracción desmesurada y la asombrosa

complicidad que reinó durante todo el encuentro. Se besaron abrazados de una forma delicada, que por momentos se aceleraba con arrebatos de pasión, y no parecían estar dispuestos a pisar el freno. Acudieron, sin despegarse, a buscar apoyo en una jardinera de ladrillo que había a la entrada, repleta de camelias rosadas en flor, donde se acomodaron y siguieron dándose cariño como si fuera la primera vez en su vida que lo hacían, pero con la sutileza y la pasión de dos amantes empedernidos. Al cabo de un rato, suspendidos en un fascinante sentimiento de ternura y excitación, despegaron los labios y se miraron a escasos centímetros, enlazados firmemente bajo la luz de un farol. John aprovechó la cercanía para sostener con elegancia una boca sedienta de contacto, antes de seguir saboreando el placer que sus besos ofrecían. Por fin llegó la ineludible despedida y sellaron el momento con un arrebato de besos robados, un soltar de manos que sucedió a cámara lenta, una mirada eterna y el corazón palpitando. Quién diría que solo llevaban unas horas conociéndose y que esta era su primera cita, una cita llena de bonitos instantes, que por desgracia terminaba, pero que abrió la puerta a muchas más, y planearon una segunda que con ansia esperarían desde esa misma madrugada.

Se marcharon fascinados. Mary subió las escaleras correteando con las puntas de los botines, entró en casa como una exhalación y fue directa a su cuarto, a dejarse caer boca arriba en la cama. Hundida en el edredón de plumas, miraba al techo con los brazos abiertos y cara de tonta, viendo rebasadas por todo lo alto las buenas expectativas que en un principio supuso. Intensas vibraciones sacudían con fuerza su pecho y provocaron un terremoto de ilusión en lo más profundo, que debía ser el presagio de un romance prometedor. Inspiraba profundamente y de su boca brotaba un suave exhalar, en una especie de masaje sanador que regulaba el ritmo de sus latidos. El reloj marcaba la madrugada por sorpresa. Había corrido veloz por el apasionante encuentro que sucedió como una emocionante lluvia de estrellas, fugándose en un abrir y cerrar de ojos. Se metió en la cama sorprendida por ese agradable suspiro de amor y siguió recordando cada momento a su lado, su bonita sonrisa de dientes perfectos, sus labios gruesos, sus ojos lagrimosos de tanto reír y su mirada penetrante cuando la escuchaba con atención; recordó el cosquilleo que sintió en el estómago al verlo aparecer, la increíble sensación al salir de la cafetería, el agradable y solitario paseo, el beso en la boca, a ratos tierno, a ratos apasionado. Desde la mesita de noche, el detalle de John seguía haciendo de las suyas. Parecía haber cobrado vida y no paraba de sonreír. Mary lo miraba con cara de pánfila, mientras continuaba atrapada en el recuerdo. A los pocos minutos cayó rendida junto a un sinfín de pensamientos, con exclusivo argumento. Cerró los ojos, recordando los valores y cualidades de una persona sencilla, que disfrutaba de los verdaderos placeres de la vida, como el plácido paseo de vuelta, en el que John aseguró haber sido inmensamente feliz, y se quedó frita pensando en ese chico que había flechado su corazón, que sabía escuchar, que pretendía cuidarla. Mary solía decir aquello de que un dulce no amarga a nadie, pero estaba convencida de que si viene en forma de sentimiento jamás perderá su valioso sabor, porque el paso del tiempo arremete contra todo lo que pilla, haciendo mella en lo secundario; lo importante de verdad se mantiene intacto. Por este motivo se preocupaba más de cultivar la mente, para sacar lo mejor de ella y ofrecérselo a los demás, que de las cosas materiales, que a la hora de la verdad no sirven de nada.

Mary trabajaba en la empresa de su padre, una pequeña multinacional dedicada al comercio exterior, que se encargaba de exportar todo tipo de mercancías a diferentes lugares del planeta. Analizaban la situación económica del país de destino, su nivel de renta por capital y su volumen de importaciones,

con el fin de averiguar si se trataba de un mercado comprador, con buena demanda. Hacían todo tipo de indagaciones para escoger el producto adecuado y abastecían al mundo entero con dedicación y prontitud. La joven dirigía con éxito el departamento financiero, se ocupaba de tareas relacionadas con la gestión del personal y ayudaba en cualquier otra cosa que hiciera falta, por el bien de la empresa. Podía presumir con orgullo de ser la mano derecha del jefe, quien contaba con su ayuda para tomar importantes decisiones. Con el paso de los años, esforzándose a diario y escuchando los sabios consejos de su padre, se había convertido en una pieza fundamental de la compañía por méritos propios. A una muy temprana edad ya arrimaba su pequeño hombro. Comenzó haciendo de chica de los recados, iba al banco a llevar documentación, a la notaría a por escrituras o a correos a enviar cartas certificadas. Enseguida ocupó el puesto de secretaria, atendía llamadas, llevaba cafés a la sala de juntas cuando su padre se lo pedía, recogía el correo postal del buzón, lo clasificaba en una bandeja metálica y echaba una mano en lo que fuera necesario. Más tarde comenzó a hacer labores administrativas, a archivar facturas y extractos de bancos, gestionaba una cuenta de correo electrónico y dio sus primeros pasos en el departamento contable, donde aprendió mucho de la señora Matilde, una mujer espigada y huesuda que asentaba facturas a toda velocidad y le enseñó algunos trucos de buen tesorero. Compaginaba sus estudios en la universidad con el trabajo de becaria en la empresa de su padre y el poco tiempo libre que tenía lo empleaba en ir cogiendo experiencia laboral. Pasó muchos fines de semana, días festivos y veranos enteros en un despacho vacío que usaban como cuarto de archivo, sentada frente al ordenador, ampliando conocimientos, indagando sobre mercados emergentes y aprendiéndose al dedillo las distintas fuentes de financiación. En lugar de salir de parranda, tumbarse a la bartola o pegarse unas buenas vacaciones por Europa, como el resto de sus amigos, prefirió forjarse un futuro. <<Ya tendré tiempo de hacerlo>>, decía. El gran esfuerzo de Mary tenía mucho mérito, porque no se sacrificaba por pura necesidad, sino para convertirse en una persona válida, inteligente y resolutiva, de la que sentirse orgullosa, y no en una niña de papá vaga y malcriada, que por tenerlo todo se olvidó de ser alguien en la vida.

Su familia era el claro ejemplo de la alta burguesía. Vivía acomodada en las afueras de la ciudad, al cobijo de una enorme mansión, rodeada de todo lujo de detalles. Tenían chófer privado, personal de servicio, un inmenso jardín botánico de azaleas, hortensias y rododendros, fuentes de piedra natural, cipreses y abedules, estatuas mitológicas talladas a mano y hasta disponían de un embarcadero propio, con cuatro puntos de amarre, en el que atracaban su pequeño velero sueco. La casa estaba decorada con valiosas pinturas de arte contemporáneo, alfombras persas, lámparas de cristal de Bohemia, muebles de diseño, jarrones de porcelana china y electrodomésticos inteligentes a los que solo les faltaba hablar. Podían permitirse cualquier capricho que el dinero pudiera comprar, pero llenar el vacío que había dejado su única hija no estaba a su alcance. Mary se había independizado hacía un par de meses y su salida fue difícil de asumir. Estaban acostumbrados a disfrutar de la compañía de su pequeña, a sus achuchones medicinales, a su tono bromista, a su carcajada fácil; echaban de menos los ratos en familia, viendo una película en las butacas reclinables de la sala de cine o entretenidos con un juego de mesa, junto a la enorme chimenea de leña que alumbraba el comedor; añoraban las charlas interminables en su majestuoso sofá italiano de piel y cantidad de momentos, que en los últimos años

se fueron apagando por un raciocinio dictatorial y un entendimiento imposible. Tenían de todo, pero desde que su hija partió, eran pobres en cariño.

A pesar de todas las comodidades que desde la infancia disfrutó junto a sus padres, Mary decidió emanciparse temprano y había elegido un apartamento sencillo y recién reformado, en el centro de la ciudad, que ella misma se encargó de adornar. Necesitaba emprender el vuelo en solitario y vivir tranquila. Visitó media docena de casas en alquiler de la mano de un atractivo comercial de ojos claros, repeinado y fortachón, que pasaba más horas en el gimnasio que en la propia inmobiliaria, y terminó decantándose por un estudio coqueto y diáfano que no tardó en revestir a su antojo, con un moderno decorado. Era una gran aficionada a la decoración. Plasmó un vinilo desdibujado en la pared del salón, en el que podía intuirse un atardecer en la playa, para dar sensación de calidez y combatir los fríos inviernos; compró muebles nórdicos de líneas rectas, en tonos claros; un sofá gris en ele, un par de espejos redondos de pared y otro de pie para su cuarto, lámparas modernas, cuadros abstractos y todo lo necesario para acondicionar su pequeño oasis, que no se parecía en nada a la impresionante casa familiar que la vio crecer, pero a su aire estaba la mar de a gusto. Solo tenía un motivo para alejarse de su familia y cambiar las grandes estancias del palacete por un apartamento chiquito, la arboleda del vergel, donde muchas tardes salía a leer bajo una pérgola emparrada que daba vistas al lago, por un balcón diminuto, y las atenciones de mayordomos y doncellas, por un montón de quehaceres. Pero el pretexto de su temprana despedida era lo suficientemente importante como para marcharse sin mirar atrás. La relación con su madre se había ido deteriorando con el tiempo y la discrepancia terminó volviéndose insoportable. Eran idénticas a las dos caras de una moneda, discutían por cualquier cosa. Si una decía blanco, la otra negro, y no se ponían de acuerdo ni en el color de la mierda. Tenían una forma de pensar muy diferente, que las llevaba a enfrentarse como dos gallos de pelea. Cuando no terminaban a gritos o llorando cada una en su cuarto, era porque se mordían la lengua, contenían las lágrimas y estaban una semana sin dirigirse la palabra. Al final, una de las dos rompía el hielo con algún comentario forzado y volvían a tratar lo justo y necesario.

—No sé qué es peor, si pasar un mal rato al son de una fuerte disputa o aguantar varios días de malas caras, silencios incómodos y un tenso ambiente de riña —decía George, el padre de familia, que estaba en mitad de la contienda y a veces no entendía las absurdas manías de marquesa entrometida de su esposa. De niña, Mary no se daba cuenta de muchas cosas, que podían ser normales a su edad, pero a medida que fue creciendo y vio que su madre continuaba diciéndole cómo tenía que vestir, con quién podía relacionarse, qué sitios frecuentar o las costumbres de niño rico que debía mantener para que los capitalistas no la señalaran con el dedo por no actuar como una dama de su estirpe, la cosa cambió. Ya no agachaba la cabeza y obedecía, sin importar cuán injusto fuera el mandato, como hacía de cría. Ahora desacataba órdenes, tomaba sus propias decisiones, vestía como le daba la gana y no se preocupaba de lo que dijeran las cuatro amigas repipis de su madre, que la tachaban de rebelde por desobedecer sandeces, de fresca por llevar una falda por la rodilla o de amiga del demonio por no acudir a misa los domingos. Sarah no siempre fue la teniente clasista en la que se había convertido por culpa de un par de amistades refinadas, la proximidad de la vejez o el colosal patrimonio que su marido llevaba toda una vida amasando. Cuando conoció a George era una muchacha de buena familia, que se emborrachaba en las fiestas de la universidad, escuchaba rock psicodélico y liaba algún cigarrillo de

marihuana. Tenía más costumbres de *hippie* que de esos jóvenes de clase alta, de la época, que se pasaban el día jugando al golf y tomando té con pastas.

Mary se había criado en el seno de una familia pudiente, con el desahogo de un burgués, pero era una chica sencilla, humilde y con grandes valores, que confiaba en la igualdad entre las personas, independientemente de su poder adquisitivo, su linaje o de cuánta sangre azul corriera por sus venas, y estaba harta de seguir bajo la dictadura de Sarah, que había dirigido su vida desde el comienzo. Después de darle muchas vueltas, se vio obligada a tomar la decisión de marcharse en busca de tregua, para apaciguar la guerra diaria que, por culpa de sus notables diferencias, madre e hija mantenían sin respiro. Pensó que alejarse también es quererse y que muchas veces no queda más remedio que recoger tus cosas y partir. Si por alguien lo sentía era por George, que, sin comerlo ni beberlo, se había quedado sin el calor de su hijita, sin el beso de buenas noches y sin un montón de auténticos privilegios que tanto echaba en falta. Menos mal que trabajaban en el mismo lugar, se veían todos los días y aprovechaban para comer juntos o tomar café a media mañana. Había que darse con un canto en los dientes y pensar en la cantidad de familias que viven a miles de kilómetros de los suyos, por diferentes motivos, como el pobre niño que se separa de su madre, se echa a la mar en una goma carcomida, atraviesa cientos de millas por el océano y con suerte llega a buen puerto con vida, exhausto y deshidratado, donde unos ángeles con chalecos coloridos lo recogen, lo atienden como si fuera hijo suyo y en el mejor de los casos termina saliendo adelante. Eso sí es triste, pensaban, intentando aliviar su pena en momentos de morriña.

Mary salió de casa con veinticuatro años recién cumplidos, un buen puesto de trabajo en la empresa de su padre, ganado a pulso, sudando la gota gorda y renunciando a muchas vivencias de adolescente, y con cuatro enormes maletas a reventar de ropa; era una pequeña parte de su equipaje, el resto se lo llevó días más tarde en un gran furgón de mudanzas.

De lunes a viernes, Mary solía levantarse, de buena gana, a las seis menos cuarto de la mañana, con el runrún de una alegre melodía de ritmo ascendente, que interrumpía su dulce sueño, para no llegar tarde al trabajo, pero hoy despertó con parsimonia. Había dormido menos horas de la cuenta. La pereza invadía su cuerpo, engulléndola entre las ropas del camastro, hasta que un bonito sentir cayó en la zona pensante de su mente, como un jarro de agua fresca, y espabiló a la joven, dibujando una sonrisa en su rostro adormilado y legañoso. El mejor estímulo para afrontar un largo día bregando con directores de banco duros de roer, clientes quisquillosos que nunca estaban conformes con el precio, presupuestos ajustados que apenas dejaban margen y compañeros de trato difícil era amanecer recordando la increíble cita que había tenido con ese interesante muchacho. Se dio una ducha de agua tibia para la modorra, preparó un copioso desayuno a base de fruta, cereales y café, se puso un elegante modelito, acorde con la estación del año y el gris de la mañana, y se marchó al trabajo con el mismo brío que quien parte de vacaciones. Las fantásticas sensaciones que había experimentado frente a John irrumpían en sus pensamientos a cada instante, mientras conducía por una estrecha carretera comarcal, con la música a todo volumen, canturreando una vieja canción *pop* que sonaba en la radio de su Mini Cooper. A los pocos minutos llegó a una zona industrial de las afueras y aparcó el coche en el *parking*. La compañía tenía sus oficinas en un moderno edificio acristalado, que no se parecía en nada al endeble cobertizo con el techo de hojalata y las paredes de madera donde su abuelo Joe comenzó con el negocio.

El padre de George pasó gran parte de su juventud a lomos de un enorme y testarudo borrico Andaluz, de manto grisáceo y hocico blanquecino, que arreaba por los caminos del municipio y alguna villa de alrededor, tirando de un pequeño carromato con ruedas de volquete, el suelo de contrachapado y la cesta de alambre. El joven Joe iba repartiendo por las casas lo poco que sacaba de cuatro animales que tenía en un miserable terreno que rodeaba el frágil chamizo, en el que más tarde empezaría a acumular material. Era lo único que había heredado de su padre, aparte del mal genio. Llevaba leche de una cabra arisca que para ordeñarla necesitaba la ayuda de un vecino, que cogía a la chiva por los cuernos y no la soltaba hasta llenar el recipiente, huevos frescos de un puñado de gallinas, que en lugar de poner en sus ponederos minaban el campo de huevos y había que rastrear la tierra para conseguir una docena, y alguna de las propias pitas, a la que retorcía el pescuezo porque había recibido la llamada del instinto maternal y estaba clueca. Aquellos largos viajes aferrado a las crines del pollino fueron dando sus frutos y pudo comprar herramientas de labranza, productos de limpieza, aparejos de pesca y demás bártulos para luego revenderlos en mercadillos locales y conseguir algo más de las cuatro perras que sacaba por los huevos y la leche. En poco tiempo consiguió el dinero suficiente para hacerse con una roñosa furgoneta de dos plazas, que iba echando bocanadas de humo negro y tardaba una eternidad en arrancar, pero fue un gran avance. Ahora podía llevar más cosas, echar más viajes y llegar más lejos y además no iba solo; el pequeño George comenzó a acompañarlo en sus expediciones de comerciante. Recorrían los estados en la vieja camioneta, ofreciendo a los vecinos una ristra de artículos y apuntando en un cuaderno lo que querían, para llevárselo en el próximo viaje. Después de muchos años rodando por todas las carreteras del país, de muchas noches descansando en posadas de mala muerte o en los asientos del auto y de generar importantes beneficios, cambiaron la furgoneta por un modesto camión, el camión por una flota de vehículos pesados, el sombrajo por una casucha de dos plantas, la casucha por un hermoso edificio, contrataron personal y ofrecieron sus servicios al mundo entero. Lo mismo exportaban toneladas de soja a China que lingotes de oro a Reino Unido o cereales y carnes a México, además de cualquier tipo de mercancía allá donde hubiera demanda.

Mary entró por la puerta sonriendo con ojos de enamorada y se encontró de frente a su padre, quien no tardó en preguntar a qué se debía tanto entusiasmo.

—Buenos días, hija, te veo demasiado contenta para las horas que son y el follón que tenemos —dijo George por si había novedades que quisiera compartir.

—Dormí bien, papá, será eso —contestó Mary con una mirada intrigante.

—Ya, ya, ¡ya me contarás! —exclamó él entre risotadas.

George conocía muy bien a su hija, siempre alegre y con la sonrisa puesta, pero aquella mañana el brillo de sus ojos superaba con creces cualquier antecedente. La estupenda relación que tenían y el hecho de conocerla perfectamente llevaron a George a suponer, con absoluta certeza, que detrás de esa risueña y misteriosa mirada había otro motivo escondido que nada tenía que ver con un buen descanso. Era imposible que llegara a la oficina, dispuesta a batallar con esa cara de felicidad, solo por haber dormido bien. Pensó que estaría tramando uno de esos viajes a Europa que no pudo hacer por estar labrándose un futuro, una escapada de fin de semana con las amigas a la Gran Manzana, donde pasar el día de compras, atiborrándose de comida chatarra, o que había conocido a la persona con la

que siempre fantaseaba, un hermoso chico, sencillo y con valores, que sabía escuchar, que pretendía cuidarla.

—¡Cariño!, he dejado en tu mesa unos informes para que los revises lo antes posible. Necesito enviarlos mañana como muy tarde.

—Vale, papá, me pongo ahora mismo con ello —respondió, despidiéndose de él con un beso en la mejilla.

De puertas para adentro Mary era una empleada más, que no disfrutaba de privilegios por ser «la hija de», ni se relajaba por tener un buen puesto. La joven seguía esforzándose como el primer día. Ayudaba en lo que fuera necesario, sin importar si se trataba de un tema crucial para la compañía o de algo tan simple como acercar unos cafés a la sala de juntas, como tantas veces hizo en sus comienzos; no se le caían los anillos por revisar el correo postal y tenía los pies en la tierra, por mucho que hubiera ascendido, porque siempre que subía un escalón de éxito recordaba subir dos de humildad. Tomó asiento en su mullido sillón de oficina, se puso el segundo café de la mañana y unas gafas de pasta negra que usaba para ver de cerca y comenzó a revisar los informes que su padre mencionó. Cuando iba por la segunda página irrumpió en su despacho James, un apuesto directivo, con buena actitud, que habían contratado hacía un par de meses para cubrir un puesto vacante en el departamento de *marketing*. James era un tipo alto y atractivo, con el pelo rubio y los ojos claros, que rozaba la treintena, y bien podía haberse dedicado a modelar en pasarelas o a posar en calzoncillos para una revista de moda masculina. Con ese espectacular porte, moldeado a diario en el gimnasio, y su hermoso rostro de mandíbula cuadrada, se habría ganado bien la vida de modelo, pero hizo caso a sus padres y estudió mercadotécnica internacional.

James venía de una célebre familia de banqueros. Tenían tierras por todo el territorio, varios inmuebles en la ciudad, un gran almacén en la avenida principal que vendía ropa exclusiva importada de Italia, un bloque de lujosos apartamentos en una de las mejores zonas residenciales, que alquilaban a estudiantes adinerados y a turistas de clase alta, y una enorme casa de estilo colonial a las orillas del lago. Conducía un supercoche de lujo de la marca Porche con asientos de piel en tono burdeos, que sonaba como un avión y corría que se las pelaba —un regalo de sus padres por haber terminado la universidad —. El nuevo fichaje era un verdadero «partidazo» y desde su primer día en la empresa mostró un claro interés por Mary. No dejaba de mirarla de arriba a abajo, a veces con disimulo y otras con descaro; se pasaba el día lanzándole piropos, algunos sutiles y elegantes y otros que rozaban el mal gusto; hacía lo posible para coincidir con ella en los descansos, en la cafetería o en la fotocopiadora, y hasta llegó a proponerle, en más de una ocasión, salir a tomar algo fuera de la oficina. Tan pronto utilizaba un tono chulesco y cautivador, que parecía más una estrategia para impresionar a la joven que una característica de su forma de ser, que actuaba como un tipo reservado y misterioso, al que había que sacarle las palabras con cuchara, o se tomaba las confianzas propias de un conocido de toda la vida. El mismo día de su incorporación, se formó un pequeño revuelo en la oficina. Todas las féminas participaron en un discreto runrún que corría por los escritorios, haciendo mención a la buena planta de James, incluida Mary, que veía con buenos ojos la nueva incorporación. Pero la joven solamente confirmó lo que era obvio, porque a diferencia de la mayoría de las chicas de su condición, no se dejaba impresionar fácilmente con fachas de modelo, caritas de ángel o grandes patrimonios. Ella prefería ver qué había

detrás de un buen físico o qué hacía el típico ricachón cuando no estaba en la oficina o derrochando el dinero de sus padres en caprichos, o presumiendo con su deportivo por las calles de la ciudad.

Siempre que podía, el apuesto galán buscaba cualquier excusa con tal de permanecer a su lado unos minutos y en esta ocasión acudió al despacho de Mary porque necesitaba cotejar unos datos relevantes para la captación de nuevos clientes a través de una estrategia comercial que llevaba días preparando. Abrió la puerta con ímpetu, entró como Pedro por su casa y exigió la colaboración de la joven sin un saludo de por medio. A saber si era otro de sus comportamientos forzados, dándoselas de machote, que tan poco resultado estaban dando; o si fue producto del estrés, porque quería terminar el laborioso estudio, o si lo hizo sin darse cuenta, pero las formas no fueron las correctas y molestaron bastante a Mary, que soltó una contestación impertinente.

—Como puedes observar, estoy ocupada, haciendo otras cosas más importantes que me ha mandado tu jefe y, si no es mucho pedir, tendrás que esperar a otro momento para ser atendido, ¡ah! y la próxima vez puedes llamar antes de entrar, ¡gracias!

Mary era una chica comprensiva y respetuosa, que siempre estaba dispuesta a ayudar a cualquiera y tenía buena relación con todo el mundo, pero cuando veía injusticias o sentía agobio por una persona arrogante, que venía a tocarle las narices con malos modales, no se callaba. Sacaba su fuerte carácter, fruncía el ceño y soltaba una respuesta cortante a la altura de las circunstancias, como la que recibió James, que se dio la media vuelta y se marchó por donde había venido sin decir una palabra. Los primeros días el interés de James hacia Mary fue el propio de un hombre que descubre una hermosa dama, con quien comparte labor y necesita interactuar, por exigencias del guion, y hasta resultaron agradables sus cumplidos, pero más tarde el apego se tornó agobiante y desmedido y tiró por tierra cualquier posibilidad de conocerse fuera de la oficina. James se pasaba el día tirándole los trastos o intentando llamar su atención. Por motivos de trabajo, tenían que reunirse para tratar temas de la compañía, gestionar pedidos o buscar nuevos clientes, pero James abusaba de su posición. Utilizaba cualquier absurdo pretexto para estar a solas con ella y ser correspondido con la mirada que siempre buscaba y solo encontraba en reuniones o súplicas, con las amables contestaciones que solo recibía cuando hablaban de trabajo, o simplemente se arrimaba a contemplar su belleza de cerca. Mary estaba incómoda por la tabarra cotidiana y cansada de tantas miradas, de tantos piropos, de tanta insistencia. No sabía cómo actuar, ni cuándo el tipo venía a tratar un asunto importante o a buscar cercanía, ni a dónde mirar cuando se sentía observada, ni qué responder a los halagos, algunos sutiles y elegantes y otros que rozaban el mal gusto.

La llegada de James no solo causó furor entre las mujeres de la empresa. En cuanto llegaron a los oídos de Sarah las noticias de su existencia y su linaje, comenzó a darle la barrila a su hija para que saliera con él. Acudió en persona a la oficina a conocerlo, intentó sonsacarle información sobre la dote de su familia, hablaron de Mary, medió entre ellos para que tuvieran un primer acercamiento fuera del trabajo, se sentó a solas con su hija a intentar convencerla y removió cielo y tierra con la esperanza de prender la llama de un amor que parecía imposible. El caso era que James cumplía todos los requisitos que una madre equivocada, como Sarah, exigía para entregar sin miramientos la mano de su pequeña, una mano que no era suya y que había soltado hacía tiempo, cuando empezó a dar más órdenes de tirano que consejos de corazón. Pero Mary no estaba dispuesta a vivir bajo el totalitarismo de su madre

ni entendía de pueriles requisitos, ni de familias pudientes, ni de tierras, ni de coches, ni de grandes fortunas. Ella daba importancia a la bondad de una persona, a su sencillez, su lealtad o al aprovechamiento de su tiempo libre, aquel que algún día podrían llegar a compartir. No le importaba el grosor de la cartera de ningún hombre, porque ya se había encargado ella de buscarse la vida para tener la suya llena y no tener que depender de nadie. Mary sentía predilección por las buenas energías, por el deseo incontrolable y la buena conexión, y junto a James no experimentaba nada parecido. Se fijaba en los pequeños detalles, que tanto marcan la diferencia, como una llamada de buenas noches, una visita de improviso, unas palabras bonitas, dichas de corazón, escritas en una servilleta o susurradas al oído. Si veía un gesto que no era de su agrado, cortaba de inmediato la relación, alegando que más valía perder el tiempo cuatro días que estar toda una vida con alguien que no iba a hacerla feliz. Tumbada en lo alto de su cama, muchas veces se preguntaba: «¿Qué pretenderá mi madre?, ¿que sea una mujer casada a la fuerza, por las pertenencias y la buena posición de una familia, y luego vivir amargada? ¡Ni pensarlo! Ni aunque fuera una pobrecita que no tuviera donde caerme muerta, cambiaría amor por interés». Porque un gran patrimonio no iba a escuchar sus problemas, ni a secundar sus inquietudes, ni a abrazarle por las noches, ni a quererla, cuidarla y consentirle como ella merecía. Al final del día, Mary acudió al despacho de James, llamó a la puerta, pidió permiso para entrar y terminó ayudándole en su estudio de captación de clientes. Quería hacerle ver que muchas veces no puede ser dicho y hecho, que la inquietud es buena hasta cierto punto, que la desesperación te llevará a precipitarte, a elegir la peor opción, que siendo educado conseguirás el doble y que en ocasiones solo tienes que esperar un poco más para conseguir lo que de verdad deseas.

La jornada de Mary fue un intenso no parar. Transcurrió entre llamadas de negociación con los bancos, reuniones interminables con parte del equipo, estudios de mercado y diferentes quehaceres. Terminó tan agotada mentalmente por la exigencia de su puesto de trabajo que hasta pensaba saltarse la clase de yoga a la que acudía dos veces por semana y era su medicina para relajar el cuerpo y sanar la mente. En lo único que pensaba era en salir por la puerta, llegar a casa, prepararse un chocolate caliente de merienda y tirarse en el sofá a leer una novela de Isabel Allende, su escritora favorita. Comenzó a cerrar programas y páginas *web* del ordenador, mandó los últimos *emails*, dejó su mesa recogida y, cuando fue a coger el abrigo del perchero, escuchó el sonido de un mensaje en su teléfono móvil. Era John, ese asiduo remitente con el que a todas horas permanecía escribiéndose embelesada. Tenían la necesidad de estar en contacto y, con una sonrisa tonta durante cada conversación, no paraban de hacerlo. Dejaban el teléfono en modo avión para no distraerse con el sonido de los mensajes y el traqueteo de la vibración, pero no servía de nada. Si no estaban en una junta importante o pedaleando por las calles de la ciudad, miraban el celular a cada rato, con la esperanza de que hubiera un mensaje del otro al que responder enseguida.

—¿Te apetece cenar juntos esta noche? —decía un texto breve y conciso, con varios emoticonos de caras sonrientes y un corazón.

El rostro de felicidad de Mary respondió por sí solo.

—¡Claro que sí! —escribió entusiasmada a toda velocidad.

—¿Pasta? —propuso él.

—Me parece perfecto, me has leído la mente.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué más piensas? ¿Puedo saberlo? ¿Son cosas de mayores? ¡Jajajá!

—Emm... No sé, ¡dímelo tú! Seguro que también lo adivinas, vas bien encaminado.

¡Menudo cachondeo se traían!

Deseaban estar juntos a toda costa. No importaba la hora ni el lugar, ni el motivo del encuentro y no iban a permitir que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Sabían del empeño de la gente maliciosa en arruinar historias bonitas y prometedores proyectos, empujados por la envidia, el odio o la satisfacción de contemplar el padecimiento de los demás, pero también entendían que el mejor armamento para protegerse de los recelosos y misántropos que intentaran malmeter eran la confianza plena y una buena comunicación. Por circunstancias de la vida y una especie de bendición divina, tenían la madurez de un anciano, la inocencia de un niño y el razonamiento de una persona con más materia gris de lo normal. El deseo de enfrentarse los invadía tenazmente, proporcionándoles una sensación más que agradable, que, olvidándose de la lógica, se limitaban a sentir con locura. ¿O acaso tenían que controlar sus emociones, porque lo normal era ir despacio? Lo normal ¿para quién? ¿Quién ponía los límites de velocidad en cuestión de sentimientos? ¿O por el hecho de conocerse desde hacía cuatro días no podían dejarse llevar? ¿O porque alguien les falló en el pasado, tenían que vivir con rencor? Rotundamente ¡no! Por supuesto que no se fiaban del típico cuentacuentos que prometía amor eterno a la primera de cambio y regalaba los oídos a cualquiera con fines lucrativos, pero tampoco desconfiaban de todo el mundo sin tener un buen motivo ni apreciar maldad en su mirada. Quedaron para ir a comer pasta, como podían haberlo hecho para salir a tomar algo o acordar un breve encuentro en el portal de Mary, porque iban a estar igual de a gusto atiborrándose de comida al resplandor de un candelabro que humedeciendo el paladar en los taburetes de un bar de copas, o charlando un rato largo a la intemperie, dándose caricias y achuchones para no morir de frío. Lo importante era verse unos minutos, contemplarse de cerca, sentir el tacto frío de sus manos imantadas, que enseguida atemperaba el roce, la tersa piel de sus labios, que pronto se volvía resbaladiza con la humedad de los besos, y el calor de sus abrazos eternos.

La propuesta de la cena tumbó de un mazazo el agotamiento de la joven. De buenas a primeras estaba fresca como una rosa y solamente pensaba en qué atuendo ponerse para ir bien conjuntada a la cita, qué bolso elegir y con qué perfume rociarse. Lo primero que hizo al recibir la noticia fue fantasear con la pila de ropa que escondían sus armarios y en poco tiempo tenía en mente varios modelitos: unos *jeans* oscuros y un top lencero, una falda gris a cuadros y una blusa negra de tul y un vestido *midi* de canalé, verde botella, de tacto extrasuave. Tenía un montón de prendas para elegir, pero solo disponía de un par de horas para estar lista, de modo que salió pitando de la oficina, tuvo un breve encontronazo con el pelma de James, se montó en el coche y condujo hasta casa, donde comenzó a indagar en el guardarropa, a sacar vestidos y probárselos, a buscar alhajas en el joyero y complementos en los cajones. En medio de un ajetreo de prendas amontonadas en el colchón, zapatos por el suelo y armarios abiertos, recordó el tropiezo que había tenido con James a la salida del trabajo. Al contemplar a Mary caminando emocionada, pisando fuerte y sonriendo mucho, James no pudo evitar entrometerse y preguntó que adónde iba tan contenta. La joven se quedó un par de segundos pensando la respuesta. No sabía si decir cualquier falacia, por aquello de protegerse de la gente cruel que se alegra de las desgracias ajenas y no para hasta chafar los planes a quien sea, o abultar su exagerado entusiasmo y

pregonar a los cuatro vientos el verdadero motivo de su marcha alegre. Mary terminó eligiendo la opción más arriesgada y el que se quedó chafado fue el curioso y pesado de James por la tajante respuesta que había escuchado. La réplica podía parecer cruel o estar fuera de lugar, pero Mary solo intentaba abrirle los ojos con la cruda verdad y demostrarle que no quería tener nada más con él que una afable relación laboral. Estaba aburrida de evitarle por los pasillos, esquivar miradas, hacer oídos sordos a necios cumplidos y rechazar invitaciones para salir juntos de paseo. Si lo de ignorarle no había dado resultado y lo de salir del paso con una sonrisa forzada podía dar pie a falsas ilusiones, tenía que buscar otro método más contundente para dejar las cosas claras, sin cometer ninguna falta de respeto que pudiera herirlo o enrabietarlo. Mary sacaba su genio cuando no tenía más remedio, pero era tan bondadosa que por no querer hacerle daño estuvo un par de meses agobiada, mordiéndose la lengua y mirando para otro lado en su propia casa. Después de aquella contestación, brusca y cristalina, el tipo relajó un poco el entusiasmo, cambió el descaro por discreción, los piropos que rozaban el mal gusto por simples saludos y pasó de estar pegado como una lapa a acercarse solamente por cuestiones de trabajo. Aflojó la cuerda que mantenía tirante la situación, pero no iba a darse por vencido; solo había cambiado de estrategia, seguía observando de lejos, deseando a la joven, desnudándola con la mirada cuando nadie lo veía y hasta intentó enterarse de cómo había ido la cita poniendo la oreja con disimulo.

Entretanto, John y su madre aprovechaban la tarde haciendo todos los planes que no habían podido disfrutar desde la última vez que coincidieron en una libranza, hacía más de veinte días. Se pasaban la vida trabajando como borricos, dormían lo justo y necesario para no desfallecer en un arreón con la bicicleta ni despeñarse desde lo alto de la escalera y aprovechaban los pocos ratos muertos que tenían para reposar unos minutos en cualquier asiento, antes de volver a la faena, ponerse a hacer labores del hogar o marcharse a la cama. Muchos días ni siquiera cenaban juntos, porque John terminaba demasiado tarde de repartir comida por la ciudad y Megan se levantaba demasiado temprano para acicalar casas por los alrededores. El joven solía llegar a altas horas de la noche y su madre ya estaba dormida en cualquier sitio de la casa donde el agotamiento la sorprendía. Si la encontraba recostada en el sillón con una manta por encima, se limitaba a arroparla bien y a no hacer ruido, pero si se había quedado frita sobre la mesa camilla del comedor, mientras cenaba, la espabilaba a base de arrumacos y ligeros zarandeos y la mandaba a la cama a descansar en condiciones. John procuraba cambiar el turno con algún compañero y adaptarse a los horarios cambiantes de Megan, con el fin de compartir más momentos que una breve charla antes de acostarse o una cena apresurada porque el sueño les vencía, pero era tan complicado que cuando conseguían ponerse de acuerdo aprovechaban el tiempo al máximo.

Aquella tarde estuvieron sesteando en el sofá, con una película infumable de fondo, durante la sobremesa de un buen puchero. Luego se deshicieron de la modorra, se pusieron ropa de abrigo y salieron a dar un paseo por el parque, como llevaban haciendo desde que John dio sus primeros pasos. A la vuelta se marcharon al centro comercial a ojear tiendas de ropa, a hacer algo de compra para llenar la despensa, que estaba pelada y solo tenía dos latas de conserva, un paquete de lentejas y otro de servilletas, y a escapar de la apabullante rutina. Con la excusa de que en pocas horas iba a encontrarse con Mary y teniendo en cuenta que estaban a primeros de mes y acababa de cobrar su triste sueldo, John aprovechó para renovar su fondo de armario y se compró un suéter negro de punto y unos

pantalones chinos, a cuadros grises, que estaban rebajados. Hacía tiempo que no se gastaba un centavo en ropa, porque iba tirando de las prendas haraposas y anticuadas que tenía en el armario, pero hoy no quería dar el cante apareciendo con un atuendo rancio y simplón y que Mary pudiera salir espantada a buscar otro chico con estilo para vestir.

Andaban entretenidos oteando escaparates por los pasillos de la galería cuando un flamante vestido de noche llamó con descaro la atención de Megan desde la cristalera de una elegante boutique. Anduvieron a admirarlo al detalle. La prenda que revestía al escultural maniquí era realmente bonita y enamoró a primera vista a una Megan melancólica, que a duras penas intentaba recordar la cantidad de tiempo que llevaba sin disponer de una ocasión donde lucir semejante atavío. Se trataba de un vestido largo de fiesta, plateado y blanco, con escote *Bardot* y lentejuelas de arriba abajo, que formaban un elegante efecto degradé. Se quedó fascinada. Sus ojos hacían chiribitas y su mente debía estar volando, imaginándose arropada con el hermoso vestido, mientras paseaba por una lujosa celebración de cumpleaños o valsaba agarrada a un apuesto caballero en un distinguido salón de baile, de palacio, pues su cara de embeleso y su gesto ido así lo corroboraban. Contemplaron lentamente cada centímetro de tela del deslumbrante vestido hasta llegar a un pequeño rótulo que había en los bajos, donde su mirada se topó, curiosa, con el precio. La prenda costaba un disparate. Sus rostros de admiración se convirtieron en caras de asombro absoluto y el fantástico viaje de Megan por salones de la realeza y lujosas fiestas de aniversario, vestida de noche como una princesa persa, terminó cayendo en picado contra la vitrina de la boutique en un duro porrazo de realidad. Se echó las manos a la cabeza, maldiciendo a la persona que pudiera gastarse ese dineral en un trapo como aquel, y salió espantada. John estuvo rápido y pudo sujetarla del brazo. Comenzó a tranquilizarla, a frenar sus prisas, e incluso se atrevió a animarla a entrar a probárselo, para que pudiera seguir fantaseando con una imagen real en su retina.

—¿Para qué, cariño? —respondió Megan—. Nunca tendré la oportunidad de ir a una fiesta suntuosa, ni de bailar prendida a un elegante hidalgo, como para pasar a medirme la prenda.

—¡Hazlo, por favor! Solo quiero ver cómo te queda —suplicó él, encabezonado.

Después de un rato soportando la insistencia de su hijo, de unas cuantas negativas, otros tantos refunfuños y de pensárselo bien, Megan decidió invertir unos minutos en un negocio tan rentable como el de soñar despierta. Pasaron a la tienda con la extraña sensación del que pisa por primera vez una prestigiosa firma de ropa y demostraron interés por ese atavío de frenesí. Un dependiente afeminado y encantador se encargó de consultar la talla de Megan y lo encontró enseguida. Con la prenda en la mano y la cara alegre de una niña chica en su fiesta de cumpleaños, Megan caminó hacia el probador y a los pocos minutos apareció con el vestido puesto, robando a John el parpadeo, pues se quedó perplejo frente a su irreconocible madre. Megan derrochaba belleza a raudales. Parecía una importante ricachona que estaba lista para acudir a una cena de gala en el Ritz, a la inauguración de un lujoso comercio de alta joyería o a ese elegante baile de fantasía en los salones de palacio junto a un apuesto caballero.

—¡Estás increíble, mamá! —exclamó John emocionado, caminando alrededor de ella.

—Bueno, volvamos a realidad —dijo Megan, mirándose a un espejo con aires de emperatriz presumida antes de regresar al probador.

Dieron las gracias al empleado barbilindo por su amabilidad, pidiéndole que perdonara las molestias ocasionadas, y abandonaron la tienda abrazados y con un sabor agridulce. Estaban eufóricos por el subidón de adrenalina que supuso codearse con gente ilustre en los feudos de la alta burguesía y tristes porque solo hubiera sido un breve espejismo, pero en el fondo se sentían afortunados por lo poco que tenían: un techo les cobijaba y hambre no padecían. Siempre andaban fantaseando con un futuro mejor, un futuro en el que pudieran darse un capricho de vez en cuando y no vivir con la soga de la necesidad atada al cuello, pero de momento había que conformarse con llegar a fin de mes, sin que un pago irrumpiera de improviso en la cuenta del banco, dejándola en números rojos, y tener que tirar de los pocos ahorros que guardan bajo el colchón por si la cosa se ponía fea. No eran capaces de recordar la última vez que disfrutaron de una cena contundente en un buen restorán ni de un largo viaje con todos los gastos incluidos; solían acudir a sitios de comida rápida o a restaurantes chinos, donde llenaban la tripa por poco dinero, y su mayor expedición fue salir espantados de la ciudad de Detroit y regresar a la carrera porque a Peter casi lo matan.

Entre sonrisas y lágrimas de emoción buscaron una cafetería donde sentarse a merendar algo y asimilar que solo podían permitirse los gastos imprescindibles que su pobre bolsillo toleraba. Pidieron un par de cafés, que humeaban sobre la mesa, y unas deliciosas crepes al más puro estilo francés, con nata recién montada y chocolate suizo, y lo saborearon todo lentamente para olvidar sus penas de gente pobre con un poco de dulce.. En mitad de la merienda, Megan, intrigada por el resultado de una emocionante primera cita, preguntó cómo había trascurrido el encuentro con Mary. El primer argumento del muchacho vino en forma de sonrisa, anunciando, sin decir una palabra, lo maravilloso que fue. Con el mismo brillo de ojos y la misma sonrisa tonta que se le ponía cada vez que hablaba con Mary, John arrancó la explicación, mientras su madre atendía expectante. No quiso entrar en detalle pero tampoco dejarse nada en el tintero y como primicia anunció que esa misma noche iban a salir a cenar. Comenzó hablando de la cara de asombro que puso ella cuando vio el pequeño regalo, de la estupenda tarde que pasaron en esa hermosa cafetería retro, conociéndose a carcajadas y mirándose con deseo, del lento paseo recorriendo las calles mudas de la ciudad y buscando el contacto con el frío de excusa, de la charla en el portal de su casa. Aseguró que no sentían las bajas temperaturas porque estaban más a gusto que un bebé en los brazos de su madre y confesó que se habían besado, pero no detalló la forma en que lo hicieron, a ratos con pasión, a ratos con sutileza, ni dijo una palabra de la excitación que delataban sus jadeos y su respiración acelerada. Megan escuchó embobada la cantidad de cosas bonitas que salieron atropelladas de la boca temblorosa de su hijo, observó cada expresión cayéndosele la baba y mirándolo con ternura; esperó a que terminara y se levantó a darle un abrazo. Tenían una relación envidiable, que iba mucho más allá de ese vínculo mágico entre madre e hijo: compartían una bonita amistad, basada en el respeto y la confianza, que daba gusto contemplar, y estaban tan unidos que nada en el mundo podría separarlos. Continuaron charlando otro rato en el que predominó, con excelencia, el interesante «tema Mary». Megan quería seguir descubriendo detalles del hermoso comienzo de un romance primerizo, que había surgido cuando menos lo esperaban. Estaba impaciente por averiguar cómo era la chica que había robado el corazón de su hijo y entre palpitantes indagaciones terminó el atardecer.

A las nueve de la noche, los tortolitos acudieron nerviosos y entusiasmados a su encuentro. Llevaban

un solo un día sin verse, pero la espera se había hecho eterna, recordando la bonita curva de su sonrisa, las miradas profundas hablando entre líneas, el abrazo eterno que siguieron sintiendo al rato de separarse y el delicioso sabor de ese beso húmedo, a ratos tierno, a ratos apasionado, que necesitaban apreciar de nuevo. Una vez enfrentados y sin apenas mediar palabra, se abrazaron con fuerza, se acariciaron el rostro helado y comenzaron a besarse como dos desesperados, demostrando sus ganas locas de estar juntos. Prendidos en mitad de la acera de adoquines, se olvidaron del mundo. Los transeúntes tenían que esquivarles para no tropezar y el tiempo pasó de largo sin que ellos se inmutaran. Estaban sedientos de pasión y necesitaban calmar el ansia de sentir sus labios y sosegar el aleteo de un puñado de mariposas que revoloteaban en su vientre.

—¡Bueno, vamos para dentro! —dijo al cabo de un rato una voz prudente, con acento femenino, porque a ese paso iban a acabar tirados en el suelo, dando un espectáculo para adultos.

El escenario de la cita era un bonito restaurante italiano con acabados en madera maciza y ladrillo visto, donde hacían una pasta exquisita. En las paredes de lo que parecía un pedacito de Italia colgaban conseguidas reproducciones de *La Gioconda* o *El nacimiento de Venus*, los clásicos bodegones y fotografías en blanco y negro de películas y actores napolitanos. Las cortinas a cuadros rojos y blancos hacían juego con la mantelería y encima de la mesa estaba el típico salero, el rayador de queso y un pimentero que hacía funciones decorativas. Entrar en aquel maravilloso lugar era como trasladarse a una auténtica *trattoria* con solo cruzar una puerta. Un amable mesero les dio la bienvenida, colgó sus abrigos en el ropero, los acompañó a su asiento y retiró la silla de la señorita para que pudiera acomodarse fácilmente. Daba gusto disfrutar de una acogida cargada de sutiles detalles, que marcaban la diferencia entre un local normal y un restaurante sencillo, pero con clase. Se acomodaron en la mesa y enseguida apareció un joven camarero a tomarles nota, que parecía inexperto. El pobre chaval estaba histérico. Debía llevar un par de días trabajando en la hostelería o tener una memoria de pez y los nervios a flor de piel, porque no recordaba las sugerencias del chef, sudaba como un pollo, tiró el bolígrafo al suelo un par de veces y tartamudeaba al hablar. En mitad de la comanda se marchó a la cocina, apurado, a consultar los platos fuera de carta con el cocinero y regresó a los pocos minutos con la lección aprendida, el pulso más lento y la frente seca. Mary y John ayudaron al muchacho a tranquilizarse, ignorando cualquier error con buena cara y una sonrisa. Sabían que todo el mundo ha empezado de cero y en sus primeros días agradece encontrarse a unos comensales como ellos. Lo malo hubiera sido topar con un par de clientes maleducados que por el hecho de servirles creen que eres su criado, reclaman al personal con arrogancia y grosería y se molestan con cualquier despiste de humano. De primero pidieron una ensalada al centro, de burrata artesana, hecha en Apulia, una bonita región sureña de Italia, conocida por sus ciudades montañosas y sus milenarias tierras de cultivo, que más tarde visitarían en uno de sus viajes por Europa. Para continuar se decantaron por un plato de fetuccini a la puttanesca, cuyo nombre se enteraron de que provenía de las prostitutas de Nápoles, quienes preparaban este plato a sus clientes para que cogieran fuerzas y rindieran en la cama, aunque suponemos que su intención solo era llenar la barriga. Y para humedecer el paladar les trajeron una botella de vino *prosecco*, recomendación de ese camarero primerizo que llevaba una semana estudiándose la carta de vinos y estaba convencido de que sería de su agrado. El mozo sirvió las copas.

—¡Brindemos! —dijo él.

—¡Por muchas citas más! —respondió Mary con gesto alegre y ojos tunantes.

Mantuvieron una agradable velada de miradas penetrantes, conversaciones fluidas y sonrisas espontáneas, que atrajo el interés de algunos comensales. Varias mesas atendían con disimulo a la divertida charla de la pareja y hasta despertaron envidia entre los más callados, que cenaban sin apenas levantar la mirada del plato. Tenían ganas de conocerse en profundidad, de seguir escuchando divertidas anécdotas, de adentrarse en la nobleza de sus pensamientos, de indagar en la obscenidad de su mente calenturienta y descubrir alguna de sus fantasías carnales, de saber cómo habían pasado el día de hoy y de escuchar cualquier otra cosa, importante o insignificante, que sirviera de excusa para prestarse atención. El sugerente escote de Mary acentuaba sus bonitos pechos y daba alas a la imaginación del muchacho. John no podía sostener la mirada en sus ojos, bajaba la vista constantemente hasta esa abertura abarrotada de tentación, atendía con cuidado de no ser descubierto y se excitaba por momentos. Era como luchar inútilmente contra el poder sobrehumano de la seducción natural. Mary fingía no darse cuenta, lo contemplaba embobada, intuyendo de maravilla su hermoso torso definido, con ese jersey ajustado de punto negro, y no dejaba de mirar sus manos musculosas y proporcionadas, de dedos largos y suaves, pensando cómo sería sentirlas lentamente recorriendo la plenitud de su piel. Se palpaba en el ambiente una confortable atmósfera, cargada de deseo, que prometía un desenlace gobernado por las leyes de la atracción. Estuvieron charlando de la vida y contemplándose con deseo, azuzaron los rescoldos de una cita incandescente que no querían terminar y se contuvieron las ganas de cometer cualquier locura. En una de sus más secretas y perversas reflexiones, Mary pensó que estaría fuera de lugar levantarse al servicio y a la vuelta dejar el tanga encima de la mesa, con discreción, porque el joven podía salir espantado por la puerta o hacerle el amor allí mismo, delante de varias parejas y el personal de servicio. Y al mismo tiempo, John fantaseaba con sorprender a su acompañante en el lavabo, poner el pestillo, quitar su ropa, recorrer su cuerpo con la lengua y sentirse unos minutos, mientras la gente se agolpaba en la puerta para hacer sus necesidades y escuchaba sus gemidos. Al tratarse de la segunda cita, no lo consideraron oportuno de milagro, y optaron por abandonar el lugar, encantados, no solo con la cena.

Como gran apasionado de las buenas costumbres, John acompañó a la señorita a casa y poco antes de despedirse, entre besos delicados, llenos de pasión, Mary lanzó una propuesta indecente al muchacho. Las copas del espumoso vino italiano y el sofocante besuqueo habían acalorado sus sentidos y suscitaron la cuestión con tres palabras mágicas.

—¿Te apetece subir? —masculló la joven, un poco apurada.

El rostro de John se iluminó en plena oscuridad y no por la cálida luz del farol que alumbró su primer beso a las puertas del bloque, y que esta noche estaba fundido por la pedrada de un chiquillo *asalvajado* que anduvo haciendo diabluras por la zona; su gesto alegre brillaba resplandeciente por el deseo de terminar la cita en casa de Mary. Quería dejarse llevar, seducido por el encanto de su bonito cuerpo embriagado, su inteligencia y su buena vibración. Con una mirada en llamas y una pícara sonrisa, John aclaró las inexistentes dudas de la joven, que antes de preguntar ya sabía la respuesta. Mary tampoco dijo una palabra. Puso ojos de felina encelada, agarró su mano y subió las escaleras ligeramente adelantada, mientras él contemplaba atontado su hermoso culo moverse de un lado a otro. Eran conscientes del peligro que suponía encerrarse entre cuatro paredes y estar frente a frente en la

intimidad, pero les apasionaba el riesgo y tenían la mente echando humo. Irrumpieron en el salón del apartamento con aires de valentía y timidez y se pusieron cómodos. Como buena anfitriona, Mary preguntó si deseaba tomar una copa de vino o prefería un delicioso whisky escocés de doce años —regalo de su padre—, que guardaba para una ocasión especial como la de esta noche. En lo último que pensaba John era en seguir bebiendo y aseguró que un poco de vino estaría bien. Mary anduvo hasta la cocina y cuando estaba sirviendo las copas, apareció John por detrás, se aferró a su cintura, retiró el pelo de su cuello y comenzó a besarlo suavemente. La joven sintió un dulce ardor en el cuerpo, soltó la botella y se arrojó a sus labios, besándolos con desesperación. En mitad de una apasionante cascada de besos, John la enfrentó a la pared, comenzó a susurrarle al oído palabras bonitas y frases obscenas, a manosearla con deseo y a quitarle la ropa. Estaban temblando por los nervios del momento, resoplaban con un resuello acelerado y no podían controlar el ansia de estar piel con piel. La intensa respiración de Mary empañaba los azulejos, sus pezones rozaban el gélido alicatado y mientras John la besaba por la espalda, los hombros, las nalgas, y recorría con tiernas caricias cada rincón de su cuerpo desnudo, ella cerraba los ojos, apoyaba la frente en el tabique y se retorcía de placer. Agarró sus pechos desde atrás, inhalando el aroma frutal de su frondosa melena, acarició la tersura de su vientre y fue bajando despacio hasta adentrarse sutilmente por debajo de su ropa interior y empapar sus dedos con el delicioso jugo de la pasión. Quedó fascinado y se los llevó a la boca, como un niño pequeño. Incapaz de resistir un segundo más la candente sensación que abrasaba su cuerpo, Mary se dio la vuelta. Estaba a punto de enloquecer por culpa de unos labios que erizaban cada poro de su hermosa figura de mujer y unas manos que tenían vida propia y tocaban con delicadeza cada fragmento de su piel, componiendo un excitante jadear. Bajó a tirones el pantalón de John y comenzó a masajear su pene, erecto desde el primer roce. Se besaron durante un rato, sin dejar de tocarse, apreciando el calor de sus cuerpos nudos, emocionándose por momentos con el compás de un gimoteo que iba cogiendo decibelios. Los pezones de Mary, duros como rocas de cuarzo, pedían a gritos la lengua de John, que no tardó en saborearlos con tremenda voracidad. Les pasaba la punta de la lengua, encharcándolos de saliva, los mordisqueaba con delicadeza y Mary lo apretaba contra su pecho para sentirlo en el alma.

Propagaron las llamas por toda la cocina y acabaron queriéndose encima de una mesa de cristal templado. John comenzó a moverse, muy lento, con las piernas de Mary por encima de sus brazos, entraba despacio y salía enseguida, se frotaba con el borde de sus labios empapados y en cada arremetida avanzaba un poco más. Sin darse cuenta, el movimiento se volvió incontrolable. Chocaban las caderas con ímpetu, a un ritmo frenético, su corazón palpitaba a mil por hora y sus jadeos retumbaban en el apartamento. A los pocos segundos, el gusto que sentían por el roce apresurado de su ardiente intimidad se tornó insoportable y desencadenó un profundo orgasmo, que abrazados apreciaron dulcemente con un gran gemido, que terminó en leves suspiros de placer. Se hizo el silencio por un instante, pero enseguida fue interrumpido por su acelerada respiración, se miraron encandilados y juntaron los labios despacio, sintiendo un millón de cosas bonitas.

—¡Uf, ha sido alucinante! —exclamó Mary cuando recuperó el aliento.

John se aferró a ella por la espalda y anduvieron enlazados a acomodarse en el sofá. Cubrieron sus cuerpos desnudos con una manta polar y tomaron esa copa de vino que la pasión pospuso, escuchando música de Ed Sheeran de fondo. El bonito instante hizo que perdieran la noción del tiempo, las caricias

sucedían por acto reflejo y se negaban a separarse un solo centímetro, pero la madrugada exigía, inoportuna, el término de una apasionante velada que jamás olvidarían. Aquella noche quedó grabada a fuego en el recuerdo, como una primera experiencia sexual que fue mucho más que eso, donde brotaron sentimientos de amor que ni el paso del tiempo, ni los efectos de la vejez conseguirían marchitar. John comenzó a vestirse a regañadientes, porque si no espabilaban no iban descansar más de un par de horas. Antes de marchar fue a la cocina a calmar su sed, tras un sofocante recorrido por la senda de la pasión, y cuando abrió el frigorífico se quedó petrificado. En una esquina de la balda de arriba había un trocito de tarta de queso, medio roída, con el envoltorio del restaurante donde trabajaba. Sonrió de oreja a oreja. No podía creer lo que veían sus ojos. La mente privilegiada de Mary había ideado una artimaña, en tiempo récord, para provocar un segundo encuentro, rescatando una de esas oportunidades de comenzar algo bonito que tantas veces se pierden por el curso acelerado de la vida o por no saber cómo actuar. Porque si hubiera esperado a que llegara la inspiración, impuntual por naturaleza, podría haber sido demasiado tarde, pero no se lo pensó dos veces, asomó medio cuerpo por la ventana y reclamó un postre que tenía entre las manos. Justo en ese instante entró Mary en la cocina.

—¡Pero bueno! ¿Qué tenemos aquí? El pedido estaba incompleto, ¿verdad? —dijo John a carcajadas.

—Algo tenía que hacer, quería volver a verte.

—Eres increíble —dijo John estrujándola en su regazo.

La primera noche de pasión terminó como había empezado, abrazados, comiéndose a besos, distraídos del mundo que giraba a su alrededor, sintiéndose protagonistas de su propia historia de fantasía, acariciándose con la sonrisa y hablando con la mirada, separando sus manos despacio al despedirse y queriéndose un poquito. El muchacho regresó por la avenida fascinado por una increíble conexión; estaba borracho de amor y no dejaba de sonreír. Era tan difícil encontrar una persona con la que poder ser tú mismo, pasar horas riendo, hablando de mil cosas, copulando hasta la madrugada o simplemente acariciándose en silencio, que no podía creérselo. De momento no quería hacerse ilusiones y apostarlo todo a que esta historia fuera a ser eterna, pero tampoco iba a dejar de escuchar al corazón. Juró dejarse llevar y no frenar sus sentimientos, porque si no se entregaba por completo algún día podría arrepentirse. Al llegar a casa dejó las llaves en un cenicero de cristal que solo usaban para eso, colgó el abrigo en la percha de la entrada y pasó con sigilo a la habitación de su madre. Megan llevaba horas durmiendo, aunque no profundamente. Esperaba adormilada el regreso de su hijo para calmar del todo la desazón de su conciencia.

—¡Vamos!, que mañana trabajas —dijo su madre al recibir el beso de buenas noches.

John terminó el día agotado de tantas horas en pie, de tanto sentir, de tanto quererse, de tanto fantasear. Cayó a plomo en la cama, pero tardó en coger el sueño, recordando los detalles de una cita inolvidable.

A la mañana siguiente, la pareja coincidió en un mismo pensamiento al despertar. Entre bostezos y estirones recapitularon en su mente, paso a paso, una y otra vez, el bonito encuentro que habían disfrutado. Aquel día no pararon de enviarse mensajes, más incluso que de costumbre, comentando las ganas que tenían de volver a verse, la deliciosa cena, los errores de novato del camarero y los fascinantes momentos vividos en la cocina, que el simple hecho de mencionar tanto les excitaba. Sujetaban el

teléfono con las dos manos y sonreían como un adolescente embobado frente a su primer amor. Eran conscientes de llevar cuatro días conociéndose, aunque nadie pudiera imaginarlo viendo su complicidad. No tenía mucho sentido, pero tampoco lo buscaban. Se limitaban a continuar sintiendo esa magia tan especial, que parecía sacada del mejor espectáculo.

Capítulo V
Bailando en la hoguera

> «Cuando tu trabajo es constante y la insistencia por seguir mejorando se instala en tus pensamientos para quedarse, poco a poco iras viendo resultados con mayor claridad. Todo comienzo es complicado, pero cuanto más difícil sea el camino, mayor será la satisfacción de atravesarlo. Después de muchos sacrificios, días tristes, tropiezos y lágrimas llegarán las sonrisas imborrables, reinará la alegría y cosecharás esos deliciosos frutos que todo el mundo desea engullir, pero solo unos pocos son capaces de cultivar».

La empresa de George era el claro ejemplo de que todo esfuerzo tiene su recompensa. Sus orígenes humildes y el complicado comienzo de su largo recorrido, en una época en que los recursos eran limitados, hablaban por sí solos. Había surgido en un triste cobertizo de hojalata que se tambaleaba con el soplo de una suave brisa, donde se fraguó el empeño del viejo Joe por salir adelante. Después de mucho tiempo trabajando duro a lomos del borrico Andaluz, recorriendo carreteras polvorientas a bordo de una destartalada furgoneta y preocupándose por cada vecino como si fuera de la familia, la compañía que llevaba su nombre era una de las más importantes de su sector y funcionaba a la perfección. La amplia cartera de clientes de JOE International, gestada a fuego lento durante años, seguía creciendo a diario y el volumen de las exportaciones alcanzaba máximos históricos por un cúmulo de meticulosas casualidades, repercutiendo directamente en los tan codiciados beneficios. El incremento de trabajo afectaba en cierta medida a los trabajadores, los turnos se alargaban hasta bien entrada la noche y las montañas de papeles se acumulaban en el alto de los escritorios. Reinaba un caos controlado que mantenía en vilo a la plantilla, pero quien más sufría las consecuencias de una buena gestión era Mary. El criterio de la joven era imprescindible y crucial en la aprobación de todos y cada uno de los proyectos, dependientes de su beneplácito. Soportaba, sin descanso, largas jornadas de trabajo, avanzando estrepitosamente por un sinfín de labores. Hoy estaba especialmente agobiada. Necesitaba terminar unos presupuestos que tenían que estar listos para ayer y habían llegado a su mano a primera hora de la mañana. Trajinaba a contrarreloj para sacar adelante la tarea y entregar a tiempo los informes, se agobiaba una barbaridad por el estrés de la faena y a veces tenía ganas de explotar y mandarlo todo al carajo, pero resistía con firmeza el ritmo ininterrumpido y nunca llegó a plantearse seriamente tirar la toalla. Se quitaba el agobio a base de té de tila o yéndose al baño a echarse agua en la cara, regresaba a su despacho y seguía batallando con el día a día y sus imprevistos. Muchas veces trabajaba incluso durante la hora de comer, bajo una concentración impasible, y saciaba el hambre con tentempiés poco saludables de la máquina expendedora o con alguna pieza de fruta que siempre encontraba entre la maraña de enseres que acarreaba en el bolso. Tanto esmero provocaba una eficacia arrolladora, de la que podía sentirse orgullosa, pero la pobre terminaba hecha polvo por esa costumbre

de dejarse la piel en lo que hacía, un distinguido ingrediente de su manera de ser. George pasó por delante de su despacho a última hora, se percató de su agobio y se detuvo en la puerta.

—Cariño, son las ocho de la tarde, ya está bien por hoy.

—¡Sí, papá!, termino esto y me voy —respondió sin levantar la mirada del escritorio.

Era una persona muy responsable. Se implicaba al máximo en cada tarea, anteponiendo el trabajo a la salud, y aunque luchaba por mantener ese importante equilibrio que conserve ambas cosas en perfecto estado, con frecuencia desatendía la más importante. Estaba cometiendo un peligroso descuido que podía costarle caro y no se daba cuenta, porque la montaña de responsabilidades que tenía por delante no la dejaba ver más allá. «Una salud delicada, en cualquiera de sus formas, hija, significa perder todo lo que tanto esfuerzo te ha costado conseguir. Debes andarte con ojo y dar prioridad a lo que realmente la tiene», decía George cuando la veía enfrascada en sus tareas con la mano en la frente.

Finalizado el último de sus cometidos, Mary abandonó la oficina y se marchó a descansar. Había superado con éxito otra jornada que parecía interminable y necesitaba reposar en condiciones, dejar atrás la fatiga acumulada, desconectar con un buen libro de autoayuda para aliviar el estrés o hartarse de reír con una divertida comedia. De camino a casa, la sorprendió un tremendo aguacero. El parabrisas del coche no daba abasto a achicar tanta agua, se estaban formando pequeñas balsas en la calzada y la visibilidad se hacía cada vez más complicada. Entre lo oscuro de la noche, el escaso alumbrado, el escozor de ojos de mirar la pantalla del ordenador, el cansancio, sobre todo mental, después de tantas horas de trabajo ininterrumpido, y el cristal anegado, iba pilotando atemorizada y pestañeando sin parar. Nunca había visto llover de esa forma. Conducía despacio por una carretera de las afueras, barajando la opción de pararse bajo un puente o estacionar a un lado de la vía hasta que pasara la tromba de agua, cuando un pitido ensordecedor penetró en sus tímpanos a todo volumen. Hincó el pie en el pedal de freno, intentando detener el auto, pero se deslizó cinco metros por el resbaladizo asfalto y quedó atravesada en mitad de la vía. Cuando levantó la mirada, las luces de una camioneta que venía de frente a toda pastilla deslumbraron a Mary. Creyó que había llegado su día, cerró los ojos y vio su vida entera pasar en milésimas de segundo. En un instante, que se hizo eterno, se acordó de su familia, de los achuchones medicinales de su padre, que podían revivir a un muerto; de la complicada relación con su madre —sintió el deseo de abrazarla—, del apuesto chico que estaba conociendo ilusionada, de todos los viajes que no pudo hacer por estar labrándose un futuro... Dudó haber hecho lo correcto, sacrificando tanto, y se preparó para el brutal impacto, sujetando el volante con todas sus fuerzas y encogiendo cada músculo del cuerpo. Todo parecía suceder a cámara lenta, cuando de pronto el terrible momento recobró una velocidad estrepitosa que hacía inevitable el desastre. A escasos metros, el temerario conductor pegó un volantazo, pudo sortearla de milagro y el único golpe que sintió fue uno de sus espejos laterales saliendo despedido. Nada más abrir los ojos, sufrió un pequeño ataque de nervios. Con un tembleque espantoso, comprobó que estaba de una sola pieza, palpándose a manotazos las piernas y la cabeza, y, en cuanto pudo reaccionar, arrancó el coche, que se había parado del susto, igual que su corazón, y se puso a salvo a un lado de la carretera. Intentó tranquilizarse a grandes bocanadas y al girar el cuello hacia el lugar del percance descubrió que era un cruce de caminos con poca visibilidad. Había una gran balsa de agua por la que su coche deslizó suavemente y una enorme señal de tráfico que le obligaba ceder el paso a todos los conductores que

aparecían por la derecha. Se quedó como ausente, pensando que desde que escuchó el sonido del claxon hasta que pisó el pedal del freno pasaron más de tres segundos, que pudieron ser fatales, y dio gracias de estar viva, con el corazón en la boca y las manos entrelazadas. Por culpa de un cúmulo de nefastas casualidades, no se percató de la señalización ni pudo detener el coche en el acto y a punto estuvo de perder la vida en una oscura carretera. Al reanudar la marcha, clavó la mirada en la dichosa señal y entendió el peligro que se esconde detrás de cualquier insensatez. Fue un buen escarmiento que tuvo la suerte de recibir sin sufrir un solo rasguño, porque podría haber sucedido un desastre, pero jamás lo iba a olvidar. A partir de entonces relajó su ansia de trabajar a destajo, comenzó a hacer un breve descanso a media mañana para tomarse el café tranquilamente; a mediodía dejaba lo que estuviera haciendo y se marchaba a comer una ensalada al restaurante de la esquina o un bocadillo a la cafetería del edificio y a las cinco de tarde se tomaba un respiro de diez minutos en el costoso y relajante sillón de oficina que compró al día siguiente. Mary siguió sacando el trabajo adelante con el mismo empeño y dedicación que lleva haciendo desde que empezó a trabajar en la empresa de su padre, siendo una ingenua chiquilla, pero ahora no olvidaba sacar un rato para cuidar de su propia persona. Había visto las orejas al lobo, eran peludas y estaban llenas de cera reseca, garrapatas y heridas ensangrentadas y no quería volver a pasar por eso.

Por fin aterrizó aliviada en su apartamento, se deshizo de los zapatos y corrió a tirarse en la cama. Estaba exhausta de tanto trabajar, seguía con el miedo metido en el cuerpo, un ligero temblor en las manos y no tenía apetito ni ganas de cocinar. La sensación de inapetencia no impidió que su estómago comenzara a demandar comida, mediante feroces rugidos, y no tuvo más remedio que ir a la despensa en busca de unos *snacks*. Necesitaba calmar esos ruidos atronadores con la menor dificultad posible. De regreso a la habitación cogió el teléfono de su bolso, añorando una dulce voz, que necesitaba escuchar. Tenía la mente saturada de los cálculos presupuestarios, había salido airosa de un despiste garrafal que pudo costarle caro y en lugar de acostarse a dormir y olvidarse del mundo, prefirió buscar amparo en su persona especial y contarle sus penas. Apareció de nuevo en el cuarto, se puso su pijama a rayas de invierno, se metió en la cama y marcó al hechicero de su embrujo, con una enorme bolsa de patatas fritas en su regazo. Entre el calorcito del edredón de plumas, el relajante sonido de la lluvia, que seguía cayendo a mares, el picoteo salado y su cara de satisfacción, consciente de que estaba John al otro lado de teléfono, dispuesto a escucharla, la escena era un claro reflejo de felicidad absoluta. Parecía que iba comenzar un nuevo capítulo de la mejor temporada de su serie favorita, pero en vivo y en directo.

John acababa de llegar del trabajo y estaba derrotado en el sofá, mirando el televisor junto a su madre y esperando unas pizzas que habían pedido para la cena. Llevaba unos días comportándose de manera extraña. Paseaba por la casa como un alma en pena, arrastrando los pies por la vieja alfombra del pasillo, contemplaba el televisor embobado sin decir una palabra, perdió las ganas de comer a cualquier hora y, cuando se sentaba a la mesa, agachaba la cabeza y no levantaba la vista del plato hasta que terminaba y se marchaba a encerrarse en el cuarto. Megan se sorprendió. Echaba de menos al verdadero John, danzando por el piso después de trabajar catorce horas, seguía haciendo comida para un regimiento y la mitad terminaba en la basura o en recipientes de plástico que repartía entre los mendigos de la zona y tenía que sacarle las palabras con tirabuzón, cuando lo normal era que no cerrara la boca. Extrañaba sus bromas tontas, que no hacían ninguna gracia, pero eran medicina para el aburrimiento, su risa

exagerada y sus repentinos achuchones de amor incondicional. Estuvo una semana observándole a conciencia. Entraba en su dormitorio, de repente, haciéndose la longuis, preguntando si tenía ropa sucia porque iba a poner la lavadora, por si lo encontraba leyendo libros de una secta satánica que hubiera absorbido su cerebro; rebuscó en su estantería por si encontraba los ejemplares del supuesto fanatismo, registró los cajones del escritorio en busca de sustancias prohibidas por si acaso había caído en las mismas redes de la adición que arruinaron la vida a su padre y estuvo dándole la tabarra con sutileza para averiguar los motivos de su marcha espiritual, pero no sacó nada en claro. Siempre que irrumpía en su habitación lo encontraba mirando al techo o contemplando el yeso amarillento de la pared, en las baldas de su estantería solo había libros del gran William Shakespeare, de Oscar Wilde, Gabriel García Márquez, Agatha Christie y Paulo Coello, entre otros autores de época y de actualidad; las cajoneras estaban llenas de antiguo material escolar, pulseras de cuero cuarteadas, relojes estropeados, billeteras de velcro vacías y cartas de enamorado que intercambiaba a escondidas con una hermosa chica en sus últimos años de instituto, y por más que intentó sonsacarle información, no consiguió nada. Decía que estaba cansado y en parte era cierto, pero había algo más, que no quería decir por no amargar la existencia a su madre, sin saber que estaba atormentándola mucho más con el silencio y su extraño comportamiento que con el mayor de los problemas que pudiera tener.

Encima de la mesa, el teléfono móvil de John alertó de una llamada. Se incorporó a por él y al ver que era Mary quien llamaba anduvo a su cuarto, donde hablar tranquilamente. Ambos habían atravesado una jornada de trabajo complicada, cada uno por sus motivos, pues la de John no transcurrió mucho mejor. Fue uno de sus peores días recorriendo los entresijos de la ciudad, aferrado al curvo manillar de la bicicleta. Cayó tanta agua que tuvo que hacer el reparto con un viejo chubasquero, medio roído, que Henry guardaba en la trastienda. Se cobijaba en cualquier techumbre hasta que aflojaba un poco el chaparrón y seguía pedaleando a medio gas para no acabar estampado en el suelo de un resbalón; salió dos horas tarde porque se le acumuló el trabajo y aguantó las voces de un par de clientes gruñones que se pusieron como energúmenos porque la comida había llegado más tarde de lo normal. En una de las entregas no había nadie en casa y en otra las señas no eran correctas y tuvo que esperar a la intemperie a que se las pasaran de nuevo. No recordaba una jornada igual de terrorífica desde que comenzó a servir comida. Últimamente, barajaba la opción de cambiar de trabajo en busca de alivio. No aguantaba más las tremendas palizas que se daba, pedaleando todo el día por unas gélidas calles abrigado hasta los ojos; tenía las rodillas molidas y agujetas permanentes, llegaba a casa a las tantas de la noche y apenas podía coger aire para recuperarse de la fatiga. Muchas semanas sacrificaba su único día de libranza o echaba unas horas extra porque quería ganar unos dólares más, faltaba personal y no sabía decir que no. Su vida se limitaba a dormir poco y trabajar mucho, ganaba el dinero justo para subsistir y a pesar de todo era una persona feliz, con sus momentos de bajón, como el que estaba atravesando. A veces pensaba en desistir y buscar un empleo más cómodo, donde no terminar hecho polvo, tener más tiempo libre y hacer todos los planes que hacían los chavales de su edad: ir a merendar a los locales del bulevar, practicar algún deporte o juntarse en el parque a pasar la tarde charlando con amigos, unos amigos que no tenía por ser nuevo en la ciudad y estar todo el día trajinando en el biciclo. Pero, sin saber muy bien por qué, resistía con firmeza la dura tarea y su pensamiento de querer abandonar se esfumaba poco después de nacer. En realidad, este era el motivo que tenía a John como hipnotizado, vagando ausente

por la casa y apartado de sus costumbres, y no quería decírselo a su madre porque sabía que era algo pasajero. Ponerse otra vez a buscar trabajo suponía quebraderos de cabeza, meses de penurias con el agua al cuello y un montón de cosas por las que no quería volver a pasar, de modo que se dejó llevar por su humilde corazón de guerrero y aguantó el chaparrón, pensando que ya vendrían tiempos mejores. Fue un pequeño bache por la acumulación de estrés y terminó de superarlo sentándose a hablar con su madre. Megan entendió perfectamente su agobio y su cansancio, lo animó a hacer lo que sintiera y todo se arregló por el camino de la comunicación y el intercambio de sentimientos.

Mary había llamado a John para contarle el percance que sufrió en la carretera, buscar consuelo en sus palabras, que tenían una especie de poder curativo, y escuchar una cariñosa reprimenda por obcecarse en sus labores y no mover el culo del despacho ni para ir al aseo, pero terminó haciendo de consejera, escuchando sus penas y apoyándole en su decisión de continuar trabajando en el local de Henry. Disfrutaron de una de sus agradables conversaciones eternas en las que nunca faltaban alegría y picaresca, llegaron las pizzas a casa de John y se quedaron frías por estar de palique con Mary. Aquel pésimo día acabó en un alegre charloteo de confesiones, halagos y provocación, y se olvidaron de lo malo con una simple llamada. Muchas veces se complicaban la vida buscando enrevesados remedios contra la pesadumbre, cuando la mayoría de sus problemas encontraban solución con un gesto sencillo, pero de inmenso valor. Después de un buen rato al teléfono, todo parecía olvidado. Cambiaron la amargura por las ganas de abrazarse, sintieron la necesidad de seguir adelante, dándose un poco de ánimo y, aunque decidieron permanecer en casa esa noche, soportando el deseo de verse, la espera sería breve. La necesidad de estar juntos los llevaba en volandas a verse cada vez más a menudo. Hacían lo posible por escapar unos minutos de la rutina y correr a darse un beso y cruzar cuatro palabras, y siempre encontraban la excusa perfecta para verse un rato, por pequeño que fuese, porque el simple hecho de conectar sus miradas a centímetros, antes de besarse entre sutiles caricias, recargaba su alegría y sanaba cualquier magulladura de la espesa faena.

John regresó a sus labores con aires renovados gracias a las palabras de su madre, al apoyo incondicional de Mary y a su actitud de guerrero espartano, y no solo continuó al pie del cañón, sino que se implicó más que nunca en el negocio, mentalizado de que después de un mal día o una semana terrorífica vienen momentos mejores, y fue amoldándose poco a poco a esa sufrida labor, que era como las lentejas que tanto odiaba de pequeño, o se las comía, o las dejaba y pasaba toda la tarde con hambre.

Una buena mañana puso rumbo al trabajo, dispuesto a ganarse el escaso salario que aportaba íntegro en casa, porque la situación no estaba como para andar gastándose el sueldo en tonterías. Caminaba por la acera canturreando una vieja canción de los Beatles, distraído con un bonito amanecer, sin imaginarse la sorpresa que estaba a punto de recibir. Sabía que el día menos pensado todo podía cambiar y las preguntas que aturullaban sus pensamientos, cuestionándose si tanto esfuerzo valdría la pena, encontrarían respuesta, pero no veía el momento. Era un chico joven, que por circunstancias de la vida tuvo que madurar antes de tiempo. Había pasado por una retahíla de diferentes oficios, trató con gente de todo tipo y aprendió muchas cosas en su prematura y larga carrera laboral. Se volvió muy observador, porque decía que era la única forma de conocer el fondo de las personas. Fue adoptando las buenas costumbres que veía en los demás, necesarias para caminar por la vida con dignidad, fijándose en los errores de los insensatos con el fin de no cometerlos, y así se forjó su propio carácter.

Tuvo jefes de todo tipo. Algunos era verdaderos maestros, que de tanto trabajar habían amasado una fortuna de la nada y continuaban esforzándose para seguir creciendo y saber cada día un poco más, como don Bartolomé, un patrón español que conoció en las oficinas de una compañía cinematográfica, donde trabajó haciendo labores administrativas. Aprendió una barbaridad de él. Don Bartolomé había empezado acuñando monedas en una fábrica y gracias a su empeño y a una inteligencia fuera de lo normal, que nunca dejó de ejercitar con diferentes ejercicios mentales y de nutrir con montañas de libros, terminó siendo el gerente de varias sociedades y el dueño de un puñado de fincas en la mejor zona residencial de la ciudad. Luego estaban los que se conformaban con no tener pérdidas y mantener la empresa a flote, los que habían heredado el negocio y sacrificaban su valioso patrimonio para sacarlo adelante y despuntar en el sector y los que no tardarían en hundirlo a base de desinterés y malas decisiones. Aprendió mucho de todos ellos, pero hubo un detalle curioso que le llamó especial atención. Llegó a la conclusión de que todo vencedor cuenta con el riesgo de la derrota, pero en buena compañía el peligro disminuye, sostenido por la confianza de tener al lado a un compañero fiel. Fue una hermosa reflexión que jamás olvidaría y que le sirvió de gran ayuda para descifrar el misterioso enigma que estaba a punto de surgir: ¿por qué Henry tendría ganas de complicarse la vida, después de tantos años acomodado en el sencillo local que regentaba? Puede que no hubiera un motivo en concreto y el pretexto de Henry fuera solamente obedecer a su inconsciente o que, en efecto, se sintiera apoyado por una persona de fiar en la nueva hazaña que entre manos se traía.

Una grata sorpresa alumbró los ojos del muchacho en la puerta del local. Su jefe había comprado dos pequeñas motocicletas de segunda mano, con un baúl acoplado detrás del asiento, para acarrear los pedidos, mejorando, sin comparación, el gran desgaste físico que hacerlo a pedales suponía. Y por si aquello fuera poco, contrató a Mohamed, un nuevo empleado de origen musulmán, con bigote de morsa y dos grandes ojos negros hundidos en su rostro serio. Mohamed acababa de llegar a la ciudad y necesitaba el trabajo a toda costa. Tenía dos niños pequeños que alimentar y una esposa embarazada de cinco meses, de gemelos, que no podía moverse por la enorme barriga que portaba. Había llegado al país empujado por el hambre y las malas condiciones de vida en su tierra y aseguró que tenía experiencia en un montón de labores. Decía haber trabajado en un taller mecánico arreglando vehículos destartalados que venían de la península y cruzaban la frontera en contenedores, en las minas de plomo y cobalto del sureste de Marruecos, extrayendo mineral en condiciones infrahumanas, en el restaurante de uno de sus catorce primos haciendo de pinche y recadero; tenía conocimientos de albañilería, de fontanero, sabía hacer remiendos de electricista y estaba dispuesto a aprender cualquier cosa. Henry tuvo en cuenta su experiencia, pero en realidad lo contrató por las ganas de trabajar que vio en su mirada noble. Mohamed empezaría echándole una mano en cocina, ayudando a los chicos en el reparto, arreglando el deterioro del local y poniendo a punto los ciclomotores, entre otras cosas que precisaran su ayuda. John brincó de alegría. No era ningún disparate suponer que el desahogo llegaba en forma de recompensa por no arrojar la toalla en un comienzo tan complicado, resistir como un campeón e incluso meter una marcha más. Las cosas marchaban bien en ese pequeño local de comidas a domicilio y aunque Henry era un poco agarrado en cuanto a soltar dinero, pensó que la evolución siempre sería bienvenida y quiso ampliar su negocio, desbordado por una demanda que no hacía más que crecer. Era consciente de que aspirar a más en la vida supone un gran esfuerzo, dificultades

añadidas y quebraderos de cabeza, pero también sabía la cantidad de buenos momentos que podría saborear con orgullo una vez alcanzado el objetivo. Entonces, porqué conformase, debió pensar el viejo, escoltado por una mano diestra llamada John.

—Quería darte una sorpresa, chico, ¿qué te parece? —dijo Henry con la mano en el hombro del muchacho.

—¡No me lo puedo creer! —Respondió John, fascinado—. Aparte de entregar más pedidos, diré adiós a ese terrible dolor de piernas que me está matando —añadió con una sonrisa que restaba seriedad a la queja.

La respuesta del joven delataba su admirable postura. John velaba por el negocio, implicándose como si fuera suyo, se acostaba pensando en posibles mejoras y amanecía con alguna brillante idea en la cabeza. Henry veía su iniciativa y su buena disposición, lo valoraba con gratitud y lo agradecía de corazón. Porque John no se limitaba a hacer su trabajo y salir pitando, sino que iba un paso más allá. Arregló un montón de desperfectos con su faceta de manitas, reparó el mecanismo del cierre que se quedaba atascado porque los engranajes tenían más de cien años, cambió el grifo del lavabo por otro que no tiraba el agua a borbotones, revistió con dos farolillos las bombillas desnudas de la entrada, saneó un par de humedades que aparecieron en el techo de la despensa, a raíz de la inundación que sufrió el vecino de arriba, sustituyó unas baldosas en la cocina que se habían resquebrajado por el porrazo de una olla a presión y no le importaba salir más tarde por estar reparando cualquier estropicio. Servía igual para un roto que para un descosido. Llevaba poco tiempo en la empresa, pero se había ganado a pulso el cariño de su jefe, demostrándole en pocos meses lo que otros empleados no hicieron en años. Desde la apertura del local, Henry no se había topado con nadie parecido y mira que hacía tiempo de aquello. Quedó hechizado por ese hallazgo singular y depositó plena confianza en un chico diferente, que admiraba por su entrega desinteresada, su empeño en hacer las cosas bien y su gran corazón.

—¡Venga!, no las mires más y date una vuelta.

Contento como un niño en Navidad con su nuevo juguete y otros muchos por abrir, John cargó un pedido en la motocicleta y puso en marcha otra jornada más de trabajo, pero muy distinta a las anteriores. Con una persona más en la plantilla y mayor rapidez en la entrega, aumentó la calidad del servicio desde ese mismo instante. Fue un avance histórico, que supuso un antes y un después en la vida de John. Ahora recorría la ciudad de punta a punta con un suave movimiento de muñeca y terminaba cansado de estar todo el día de arriba a abajo con el ciclomotor, pero no llegaba a casa hecho tierra, ni se iba corriendo a la cama, ni dormitaba en el sofá momentos antes de acostarse. Reemplazó el abatimiento por momentos de calidad junto a su madre, hablando de inquietudes de la vida hasta que Megan se quedaba dormida en una silla; por más paseos por la avenida, entretenido con los escaparates, los transeúntes o el suelo de adoquines irregulares; por copiosas meriendas en la churrería del tío Pepe, el feriante que emigró de España; comenzó a salir a trotar a cualquier hora por los parques de alrededor, donde hizo un par de amistades, comenzó a disfrutar de pequeños placeres, comenzó a vivir.

Los pequeños cambios consiguieron en poco tiempo que la facturación del local creciera a un ritmo trepidante. Habían suplido con dos motores las limitaciones del cuerpo humano y la cantidad de pedidos que entregaban era tres veces mayor que cuando recorrían las calles a bordo de las viejas

bicicletas del señor Henry, que pasaron a mejor vida en una tienda de antigüedades. El gran paso hacia adelante trajo, sobre todo, alegría y desahogo para hacer el viaje de la vida más agradable. Después de admirar con orgullo cómo todo marchaba, Henry quiso hacer otro movimiento que tenía preparado, por si esto sucedía, desde que compró los ciclomotores y contrató a Mohamed. La idea era seguir prosperando, pero su plan contaba con un requisito imprescindible: el apoyo de su ojito derecho. A los doce años Henry no tuvo más remedio que continuar su camino por la vida en solitario. Era una larga historia que más adelante saldrá a la luz, detrás de un terrible e inesperado apagón que dejó a todo el mundo aterrado. El precoz desamparo que Henry sufrió siendo un chiquillo fue muy duro de sobrellevar. En más de una ocasión deseó que la tierra lo engullera de un bocado, pensó en echar a correr a toda pastilla, sin mirar atrás, hasta caer desfallecido en algún lugar remoto, donde nadie pudiera encontrar su pequeño cuerpo sin vida, y por su cabecita pasaron un montón de cosas horribles, pero aguantó como un valiente, dejó de pensar estupideces y el hecho de no tener a nadie lo convirtió en un imbatible guerrero. Había aprendido mucho de una excelente maestra llamada soledad, era fuerte por naturaleza y siempre caminó con osadía por un mundo lleno de obstáculos, haciendo frente a los contratiempos, pero la presencia de su nuevo amigo y compañero estaba despertando su lado más intrépido.

Un gélido atardecer de aire puro y cielo brumoso, Henry se sentó a la única mesa que había en el local, donde solía acomodarse con su bolsa de cacahuetes y un vaso de vino dulce, en los pocos momentos de respiro que tenían, y llamó a John, que andaba ocupado limpiando cacharros y poniendo orden en la cocina. El muchacho se acercó a ver qué quería, pensando que tendría que salir a algún recado, y se quedó parado de pie frente a Henry.

—Siéntate, hijo —dijo el patrón, al tiempo que separaba la silla de al lado.

Estuvieron hablando de lo bien que iba la cosa con solo tocar una tecla, del buen trabajo de Mohamed, el nuevo empleado magrebí, que parecía estar hecho de otra pasta y soportaba el cansancio como una bestia de arrastre, decidieron añadir un par de platos nuevos a la amplia oferta que tenían, de acuerdo a la demanda de muchos clientes hispanos, que echaban de menos unas buenas arepas o una abundante bandeja paisa, y comentaron algunos aspectos más con el fin de mejorar. Después de una charla productiva, llegó el momento de la verdad y mirando a los ojos a John, Henry destapó el verdadero motivo de estar allí sentados, con la cantidad de cosas que había que hacer. Su intención era ampliar el negocio habilitando una zona de comedor y para ello pensaba fusionarse con el local contiguo, que tenía puesto el cartel de se vende. Quería derribar las fronteras del reparto, contratar gente, comprar otro par de motocicletas, un robot de cocina, grifos de bebida, cámaras frigoríficas y todo lo necesario para montar un pequeño restaurante.

—¿Qué te parece? —preguntó.

John se quedó atónito. No daba crédito a las palabras que creía haber escuchado. Aparte de prosperar con la espectacular mejora, Henry contaba con su apoyo y estaba pidiéndole opinión. Supuso estar sumergido en un bonito sueño, del que intentó despertar pellizcándose la pierna, a escondidas, por debajo de la mesa, y animó al patrón a repetirlo por si acaso no se había enterado bien o era una broma de mal gusto, de las que Henry nunca gastaba. Parecía un espejismo provocado por la flaqueza, pero resultó ser una estupenda noticia, real como la vida misma, que llegó de improvisto para dar respuesta a

las mil y una preguntas que John llevaba haciéndose desde que comenzó a trabajar duro, siendo un niño todavía. Lo primero que hizo fue estremecerse de la emoción, luego se levantó de un brinco a abrazar a Henry, que recibió el achuchón como el del hijo que nunca tuvo y tanto añoraba, y por último respaldó, por supuesto, el fascinante planteamiento. Con los ojos vidriosos y una enorme sonrisa sesgada en el rostro, John agradeció la confianza, aseguró que su implicación en el negocio sería aún mayor de lo que venía siendo y prometió demostrar la fidelidad de un can hacia su amo, apoyándole sobre todo en los momentos difíciles, cuando todo el mundo corre despavorido y mira hacia otro lado como si de nada te conociera. Pasaron la noche allí sentados, comiendo cacahuetes y tomando vino dulce, mientras hablaban de las características del nuevo proyecto, de los posibles decorados, del mobiliario, del color de las paredes y hasta del uniforme que llevarían los camareros. Eran dos inexpertos en la materia, con muchas ganas de crear un agradable rincón donde servir bocados de felicidad. Henry solamente sabía cocinar a la perfección. Su excelente trabajo estaba avalado por decenas de años guisando exquisitos pucheros. Y John había hecho de todo menos replantear un local y desarrollar un negocio de hostelería, pero la inexperiencia no iba a ser un problema. El empeño y el corazón bastarían para engendrar un pequeño dispensador de placer culinario. Repitieron el mismo proceso de fraguado cada noche, durante varios días; fueron al banco a pedir financiación y hablaron con media docena de estirados directores hasta llegar a un acuerdo; contrataron a una cuadrilla de albañiles senegaleses que trabajaban bien a buen precio; visitaron algunos locales de la avenida con una libreta en la mano, en la que fueron apuntando los detalles que veían de su agrado para incorporarlos a su negocio y pusieron en marcha la máquina a toda velocidad.

La reforma comenzó con mucha ilusión. Se metieron en faena y no dudaron en arremangarse para echar una mano con las obras. Henry iba a comprar materiales al almacén de las afueras en una pequeña furgoneta que alquilaban por horas y John y Mohamed ayudaban a tomar medidas, hacer taladros, meter tubos, cargar escombros y a cualquier otra tarea que hiciera falta. Había que abaratar costes y ganar tiempo. Tapada con una enorme lona de plástico duro que no dejaba pasar el polvo y los cascotes, la cocina seguía en funcionamiento. Había herramientas, ladrillos y cables por el suelo, planchas de escayola apiladas en las esquinas, andamiaje y una densa polvareda que no dejaba ver a dos metros de distancia. Era complicado mantener el servicio en esas condiciones, pero aun así atendían una buena cantidad de pedidos. Querían evitar una fuga de clientela, que, en caso de producirse, tendría una corta duración. Tarde o temprano los clientes regresarían como niños atraídos por el olor a galletas recién hechas. La comida de Henry creaba adicción de la buena, además, corrieron la voz para que todo el mundo supiera que iban a ampliar el negocio y perdonara las molestias.

Después de unos meses de trabajo ininterrumpido, noches sin dormir dando vueltas en la cama por culpa de algún proveedor embustero, que con tal de vender prometió plazos inalcanzables, días eternos entre andamios y fogones, que parecían no tener fin y un montón de contratiempos que encontraron solución por el camino de la calma, todo estaba terminado y reluciente. Podían sentirse orgullosos del temprano remate que juntos contemplaban, con gestos de alegría y admiración. Costó tiempo y dinero llevar a cabo la ampliación, pero cada minuto de lucha y cada centavo invertido habían valido la pena. Quedó espectacular. Tenía un estilo moderno con toques rústicos, que buscaba diferenciarse de cualquier local de alrededor. En el techo podían verse varias vigas descarnadas de madera envejecida, de

las que colgaban farolillos de forja y pequeños tiestos. Pusieron un zócalo de ladrillo visto y forraron el alto de las paredes con un vinilo blanquinegro que retrataba una gran ciudad, salpicado de frases célebres escritas a mano. Colgaron *posters* antiguos de bicicletas centenarias, modernos lienzos de Banksy y algún cartel de comida de los años setenta. Desde la barra podía verse la cocina, impoluta, y un horno de leña napolitano. Las mesas estaban colocadas a una distancia prudencial; los asientos, tapizados en terciopelo oscuro, te atrapaban con su mullido y la enorme cristalera de la fachada mostraba el interior del local, invitando a pasar a los transeúntes. Una moderna decoración vanguardista, con guiños a lo retro, aderezada con plantas naturales que aportaban frescura al local, las originales pinturas y los colores elegidos, bajo la iluminación adecuada, hacían del nuevo Henry´s un sitio que a simple vista apetecía conocer para después frecuentar. Pregonaron a los cuatro vientos la fecha de la inauguración, repartieron panfletos ofreciendo un pequeño descuento si presentabas la octavilla, recorrieron las calles a bordo del carromato indestructible con Henry pilotando y John asomado por la ventana dando voces con un megáfono y aprovecharon el boca a boca para que todo el mundo se enterara del importante acontecimiento.

El día antes de la apertura, John y Henry se pegaron un buen madrugón. Fueron al restaurante a comprobar que todo funcionaba correctamente, chequearon la iluminación, la flamante máquina de café, las cámaras frigoríficas, prepararon algunos de los platos de la nueva carta y cuando terminaron eran las ocho de la tarde y se marcharon a intentar dormir. Tenían confianza plena en su trabajo, pero estaban nerviosos, porque había llegado el gran momento de poner en escena todo lo que llevaban tiempo haciendo detrás de las cámaras. El muchacho se marchó corriendo, pero en lugar de ir a casa a descansar, cambió de rumbo, sorpresa en mente. Estaba ansioso por mostrárselo a una persona. A las puertas de la empresa familiar, John esperó agazapado a que apareciera la hermosa dama. Cuando vio a Mary salir del edificio acompañada de su padre, se acercó, algo tímido, a su encuentro.

—Buenas tardes —dijo John con un manojo de nervios apretándole las cuerdas bocales.

Mary dio un paso al frente y se encargó de hacer las presentaciones, también un poco nerviosa.

—¿Así que este es el culpable de tu cara de pánfila? —preguntó un sonriente George, poniendo en evidencia a su hijita.

—Sí papá, él es John.

—Me han hablado muy bien de ti. George, un placer.

—El placer es mío —dijo el chico estrechando su mano. Tiene usted una hija estupenda.

—¡Lo sé! —respondió en tono jocoso, al tiempo que guiñaba su ojo derecho—. ¡Cuídamela!

—No tenga duda de que lo haré, señor.

El repentino saludo estuvo marcado por las buenas impresiones y sucedió de una forma espontánea, la mejor posible. Tener preparado un discurso horas antes de conocer al padre de la chica que inundaba su corazón de ternura habría llenado de erratas una presentación de este calibre. Solo de pensar en un encuentro semejante, las manos del joven se habrían vuelto resbaladizas del sudor, su corazón habría latido a un paso del infarto y su lengua no habría dejado de trabarse. John tuvo que improvisar, actuó de manera natural y superó con éxito la primera toma de contacto con alguien que en un futuro podría formar parte de la familia que elegimos. Enseguida se serenó, cruzaron algunas palabras, intercambiaron un par de opiniones, coincidiendo en su criterio, y John sintió una inmensa

tranquilidad. A simple vista parecían dos personas muy distintas, que venían de mundos completamente dispares, pero conectaron bastante bien. Tenían más cosas en común de las que podían imaginar; eran precavidos, testarudos, persistentes; en los momentos complicados batallaban con más garra y, además, querían con locura a la misma persona.

Los jóvenes se despidieron entusiasmados por la breve y agradable cháchara junto a George y corrieron a evadirse de otra larga jornada de trabajo. John tenía la buena costumbre de sorprender a Mary con planes improvisados o visitas fugaces; iba a su casa a recogerla y pasaban la tarde en la plaza Mayor visitando comercios, comiendo dulces o charlando de la vida sentados en un banco, pero hoy era la primera vez que apareció de repente, la cogió de la mano y se marcharon a un lugar desconocido. Sorprendida por la agradable sorpresa y sin saber adónde iban, Mary preguntó por el destino.

—Ahora lo verás, quiero enseñarte algo —respondió él mirando al frente con una sonrisa.

John estuvo semanas haciendo malabares para no ser descubierto. Había llevado el tema de la reforma en secreto, hasta unos días antes de pregonar la fecha de la inauguración, que se lo confesó a Mary, porque sabía que se iba a enterar de todos modos y quería que escuchara la noticia de su boca. Una tarde de vinos, caricias y revolcones, John habló del nuevo proyecto, charlaron del tema largo y tendido y aseguró que había mantenido la boca cerrada porque quería que fuera una sorpresa. Le pidió por favor que no acudiera por allí a visitarle ni a recogerle y que evitara incluso pasar por la puerta, porque quería mostrárselo él, detenidamente, cuando estuviera terminado. Mary lo abrazó orgullosa y juró que haría todo lo posible por evitar la calle donde se encontraba el local, aunque para ello tuviera que dar la vuelta a la ciudad. La intención del joven era impresionarla con una demostración de progreso y contemplar de cerca la cara de felicidad que pondría al descubrir el nuevo restaurante. A su lado John se sentía como un granito de arena en mitad del desierto, viéndola desempeñar el importante cargo de directora en la empresa de su padre, mientras él solamente hacía labores de repartidor, recadero y chico de la limpieza. No podía librarse del sentimiento de inferioridad que irrumpía en su mente cada vez que comparaba los dos extremos. Se liaba a darle vueltas, creyéndose menos por tener un oficio cualquiera, y pensaba que a la larga podía llegar a ser un problema, pero se preocupaba en balde, porque Mary pasaba de asuntos irrelevantes. Ella solamente quería ser feliz a su lado y valoraba cosas importantes de verdad, como su gran corazón, el cariño y la atención desenfrenados que recibía, la actitud de guerrero que desde joven demostró y sus ganas de crecer en la vida.

Condujeron por unas gélidas calles que empezaban a despoblarse, impacientes por contemplar de la mano el renovado local, y aparcaron el viejo carro en la misma puerta. Mary comenzó a percatarse del cambio al descubrir la fachada acristalada y el nuevo rotulo del Henry´s, que iluminaba la calle con sus letras blancas de neón. Al cruzar la puerta y prender la luz, se quedó totalmente impresionada y John embobado, mirándola.

—¡Wow! ¡Es increíble! —exclamó la joven con los ojos como platos.

La reforma superó con creces sus expectativas. Mary iba con la idea de encontrar un pequeño local, anticuado y simplón, y terminó sorprendida por un cálido y coqueto espacio que podía estar entre los restaurantes más hermosos que había visitado. Estaba acostumbrada a frecuentar distinguidos salones de restauración en fiestas familiares y cenas de fin de semana, donde comer te salía por un ojo de la cara y el cubierto más barato costaba más de ciento cincuenta dólares, y el nuevo Henry´s no tenía nada que

envidiar a cualquier lujoso restorán de renombre. Era agradable a la vista por su elegancia, sus luces y sombras, sus detalles rústicos, que se fusionaban con un estilo moderno, sus farolillos y plantas suspendidos en el aire, su cocina vista, su horno de leña; era acogedor, confortable y, lo más importante, era donde John trabajaba. Contemplaron entusiasmados cada recoveco, correteando de un lado a otro, disfrutaron de la comodidad de los sillones de terciopelo, se sirvieron un par de batidos de frutas y yogurt griego que pensaban ofrecer en la carta, se acariciaron las manos, mirándose embobados con el hocico manchado de crema, se besaron lento, se abrazaron fuerte y terminaron la visita queriéndose un poco más. Fue su particular inauguración del local. La apertura oficial sucedió al día siguiente y acabó siendo un éxito, dentro de un pequeño caos que por momentos se volvió incontrolable. Todo el mundo se agolpó a las puertas del restaurante, ansiosos por conocer el lugar y sentarse a disfrutar de la deliciosa comida de Henry. Los comensales llenaron la barriga con las ingentes cantidades de comida que ofrecían en la nueva carta, que tenía de todo un poco. Había platos típicos americanos, como el pollo frito con salsa de búfalo, enormes perritos calientes, las costillas mojadas de Memphis o el Reuben sándwich, un delicioso emparedado de carne en conserva, queso suizo y chucrut que quitaba el hipo. Mantuvieron el espíritu del local, con la comida sencilla de estilo casero que las manos de Henry convertían en *delicatessen*, con sus fuentes de croquetas, sus empanadillas, sus pucheros de legumbres, sus estofados de carne y, además, ofertaron algunos platos del lejano Oriente y del sur de América. No paraban de entrar comandas, saturando a Henry y a su nuevo pinche, un tipo regordete y cabezón, con los ojos rasgados, al que le apasionaba la gastronomía y quería aprender el oficio, y a Mohamed, que ese día se puso la cofia y echó una mano en cocina. El comedor era un hervidero de comensales levantando la mano y camareros acarreando bandejas de bambú llenas de platos. No daban abasto a tomar nota, sacar comida y montar mesas. John hizo de todo un poco. Ayudó en la sala, en la barra, en el reparto, cargó bandejas, sirvió bebidas, pidió disculpas y, sobre todo, aprendió mucho. La mayoría de la gente se marchó encantada, salvo algunos que tuvieron que esperar su comida más de la cuenta. Falló un poco la organización, reinó el desconcierto y hubo errores de novato, pero para ser el primer día que daban un servicio de mesa no estuvo mal. Se echó en falta la soltura que se coge con el tiempo, había que hacer un reparto de tareas y que cada uno tuviera claro su cometido, limar varios aspectos, ver los fallos, aprender de ellos y quedarse con lo bueno. Fue una pequeña locura tropical, que salió adelante por el empeño de un equipo entregado y sirvió para mejorar y darse cuenta de muchas cosas, pero todo eso pasaría en unas horas, después de soportar la histeria de los momentos previos a la inauguración y de una noche que empezó tranquila, con John y Mary sentados en los asientos aterciopelados del nuevo Henry´s, bebiendo batido y coleccionando momentos, y terminó bien movida a las tantas de la madrugada.

Disfrutaron del restaurante para ellos solos, echaron el cierre y caminaron de la mano al *pub* de la esquina, un sitio apacible donde tomar una copa de vino y seguir charlando tranquilamente de la apertura de mañana, del futuro prometedor del restorán y de cualquier otra cosa que sirviera de excusa para estar juntos, admirándose con orgullo y deseándose con ansia. La cara de satisfacción del muchacho, que pronosticaba, emocionado, excelentes presagios de su nueva etapa en el Henry´s, era como la de un niño pequeño que tiene que madurar a la fuerza, en un entorno complicado, que sueña con construir un futuro mejor a base de esfuerzo y que una buena mañana despierta con las

herramientas que necesita para lograrlo. Ese niño era él. El mismo que todas las tardes salía de la escuela con su mochila infantil del Capitán América y corría como un auténtico superhéroe a ayudar a su madre en los duros trabajos de sirvienta que Megan desempeñaba, un niño que dejó a un lado los estudios porque hacía falta llevar dinero a casa y que nunca pensó en formar parte de un apasionante proyecto como el que arrancaba en el nuevo local. John solamente se había preocupado de esforzarse a diario como una mula de carga, de poner empeño en lo que hacía, aprender cualquier labor, ser mejor persona cada día y faenar de sol a sol por un sueldo ridículo. Trabajó en lo que surgía para salir adelante, no rechazó un empleo, por insufrible que fuera, soportó injusticias, agachó la cabeza y fracasó un montón de veces, pero nunca se rindió y obtuvo su recompensa: un lugar de trabajo donde le tenían en cuenta, que con el tiempo se tornó más agradable. Había encontrado su sitio en un negocio próspero, que despegaba hacia un lugar mejor.

Pasaron un rato largo en el bar de enfrente, disfrutando a sorbos de los pequeños placeres de la vida y surcando oleadas de conversaciones, sin importar el tema a tratar. Estaban encantados por el confort de una charla agradable en compañía de quien deseas, sujetaban un buen verdejo español y no querían que la noche terminara. Comenzaron a proponer ideas para continuar viviendo el momento. A esas horas de la noche no había muchas más opciones que seguir tomando vino de la península y charlando de cualquier cosa en las banquetas de la cantina o buscar el calor del erotismo bajo el edredón de plumas, enredados en un apasionante revolcón de madrugada, medio piripis, pero John desafió a la rutina y lanzó una sugerencia con puntería. Propuso ir a disfrutar de unos bailes a un lugar más animado. A Mary le pareció estupendo. Llevaba tiempo sin salir a bailar y necesitaba quitarse el estrés con un buen movimiento de caderas que no fuera encima del muchacho, gimoteando de placer sobre el colchón de su cama. Responsables de haberse bajado una botella del afrutado vino y deseando deleitarse con el atractivo plan, pagaron la cuenta, pidieron un taxi y se marcharon a una conocida disco del centro, donde ponían buena música y se respiraba buen ambiente. La cola para entrar al garito daba la vuelta a la esquina y aunque avanzaba a buen ritmo, tuvieron que esperar unos minutos a pocos grados bajo cero. Hacía un frío fino, que se te metía en los huesos y no había quien lo sacara, pero la gélida sensación pronto iba a desaparecer y no tardarían en morirse de calor. Con los abrigos a salvo en el guardarropa, caminaron hasta la barra y comenzaron la juerga empinando el codo. Mary pidió un *gin-tonic*, el muchacho una copa de ron, chocaron sus vasos y cataron el trago, mirándose a los ojos con una sonrisa tunante y pensando en lo mismo que pensaban a todas horas, arrancarse la ropa y quererse en cualquier sitio. El exceso de trabajo mermaba su deseo de trasnochar y no eran asiduos a salir de fiesta hasta las tantas de la madrugada. Cuando no estaban trabajando o agotados de la faena, solían hacer planes de todo tipo, iban a los cines de las afueras, a museos de arte contemporáneo, a la bolera, a cenar, de tiendas por el centro o de paseo por el parque. Aprovechaban el tiempo juntos, pero siempre eran salidas mucho más tranquilas que un agitado bailoteo. Sus opciones preferidas eran una velada romántica en cualquier bonito restaurante, degustando las sugerencias del chef, o una cena íntima en casa de Mary, mirando una peli acurrucados de postre, con mucho dulce, muchos mimos y mucho sexo. La falta de costumbre hizo que cogieran la jarana con ganas y corrieron a adentrarse en la pista, atraídos por el ansia de comenzar a moverse y la necesidad de entrar en calor. El ritmo de la música electrónica penetró en sus cuerpos congelados como una fuerte corriente, haciéndolos vibrar

con locura en medio de una nube de humo y un espectáculo de *flashes* y luces intermitentes que ambientaban el lugar y robotizaban la escena. El vino que se habían trincado en el local anterior hizo que la consumición tuviera un efecto inmediato, suspendiéndoles en una sensación más que agradable, como si flotaran en el aire. No podían parar quietos. Estaban sedientos de una buena fiesta y decidieron saciar la necesidad de farra pidiendo más copas, riendo más fuerte y bailando más juntos. Los efectos del alcohol y su fuerte atracción sexual elevaban la temperatura a niveles sofocantes y el frío que cogieron en la entrada se había convertido en chorretones de sudor y un ardiente deseo de sentirse. Sujeto con fuerza a la cintura de Mary, John bailaba hipnotizado por unas hermosas nalgas que no dejaba de rozar, de imaginarse sin ropa; quería hacerle el amor allí mismo, desnudar su cuerpo, apartar el tanga hacia un lado y sentir su intimidad, penetrándola con discreción o jadeando en mitad de esa hoguera de sensaciones. El placer del roce les mantenía unidos. Mary había descubierto algo muy duro, apretaba fuerte con el trasero para no dejar de sentirlo, se dejaba caer hacia atrás y apoyaba su espalda en el torso de John, imaginando el suave tacto de su piel. El local estaba abarrotado a más no poder, sobre todo en la pista de baile, donde no cabía un alfiler. Aprovechando el barullo y la oscuridad, Mary dirigió su mano hacia atrás, con disimulo, y comenzó a manosearle firmemente por encima del pantalón. La peligrosa maniobra tuvo consecuencias fatales. John cerró los ojos de gusto, abrazó a Mary por la espalda y comenzó a acariciar su entrepierna, por debajo de la ropa. Bailaban arropados por el gentío, dentro de su propia burbuja, sin percatarse de lo que sucedía a su alrededor, metiéndose mano con desesperación y escuchando el eco de sus latidos, con la música de fondo. Incapaz de soportar un segundo más el agradable sofoco, John agarró a Mary por el brazo y sin cruzar una palabra ni saber adónde iban, atravesaron la discoteca de la mano, chocando con la gente. A los pocos minutos aparecieron en la segunda planta como por arte de magia. Tenían la vista borrosa por los tragos, pero les alcanzó para distinguir a lo lejos un luminoso cartel en lo alto de una puerta que decía: Solo personal autorizado. Sin pensarlo dos veces, anduvieron a indagar y tras una breve comprobación para asegurarse de que no había nadie en su interior, accedieron con el ímpetu de un potro desbocado. El refugio improvisado resultó ser un pequeño cuarto sombrío con una taza al fondo y un lavabo de porcelana blanca, donde comenzaron a besarse como dos locos bien cuerdos, que bien sabían lo que hacían. De pronto, Mary, que estaba desatada por el fuego de la pasión y había perdido la poca vergüenza que tenía estando ebria, bajó de un tirón los pantalones del muchacho, se subió la falda hasta la cintura, colocó una pierna encima del wáter y dijo:

—¡Fóllame!

Estaba muy excitada y John, en el mismo estado, así lo hizo. Deslizó su pene con suavidad entre las piernas de la joven y comenzó a moverse, alentado por un potente sentimiento de amor fatuo. Empujaba fuerte, retrocedía lento, la besaba y se derretía viendo a Mary como un ser perfecto, casi divino, que disfrutaba más que nunca, sujeta como podía a las paredes de aquel estrecho servicio, con los ojos casi en blanco por momentos. Un morbo inenarrable se apoderó de la situación. Solo sus cuerpos sudorosos, embriagados y medio desnudos, la enérgica expresión de su rostro y los potentes gemidos que traspasaban las paredes, podían describir el intenso placer que sentían. John comenzó a apresurar el movimiento, Mary gemía cada vez más alto, cada vez más acelerado, apretaron fuerte la pelvis y llegaron al clímax en un viaje de ida y vuelta al espacio sideral que sucedió en segundos, pero

que recordarían toda la vida. Se quedaron como privados de movimiento por la enorme descarga de placer y adrenalina que habían contraído, sin miramientos, en ese oscuro cuarto reservado, donde el deseo y la borrachera los llevó en volandas. Se colocaron la ropa a toda velocidad y abandonaron el cuchitril con el corazón a mil por hora, en el desafortunado momento que por la misma puerta pasaba un encargado de la seguridad del local.

—¿Qué hacían ahí, no vieron que es privado?, ¿no saben leer, o qué pasa?, preguntó el portero con cara de pocos amigos.

El mareo provocado por el alcohol y la tormenta de éxtasis que acababa de suceder, mantenía a los jóvenes flotando cómodamente sobre una espesa y dulce nube de algodón. Fingieron no haberse percatado del llamativo cartel que impedía el paso a los clientes y pidieron disculpas, pero la evasiva no fue convincente y el perdón no sirvió de nada. Viendo sus caras de satisfacción y el sudor que manaba de su frente, era obvio que salían de hacer sus necesidades, de carácter sexual, y no se trataba de una mera confusión, sino de una maniobra intencionada en busca de un agitado instante de intimidad. El malhumorado guardia de seguridad, que medía dos metros, tenía espaldas de gorila plateado, las cejas bajas y las aletas de la nariz hinchadas, no se creyó una palabra de la retahíla de mentiras que estaba escuchando, continuó increpándoles y lanzó una invitación a los jóvenes. Tenían que abandonar el local por haber actuado a su antojo, presos de la lujuria, y pasarse por el forro las indicaciones del letrero para dar rienda suelta a la pasión desenfrenada que a la mínima se adueñaba de sus actos, sin importar la hora ni el lugar. Si el deseo de acariciarse bajo la ropa les sorprendía yendo en coche a plena luz del día, se echaban a un lado de la carretera, en el primer sitio apartado que veían, ponían el freno de mano, se besaban a placer, se toqueteaban y terminaban en los asientos traseros, con los cristales tintados de vapor. O si andaban de compras por la galería y se les antojaba hacer el amor, buscaban una tienda poco concurrida, agarraban un puñado de prendas, tres tallas más grandes, y saciaban sus ganas en los probadores, copulando contra la pared con la boca cerrada en la medida de lo posible. Como una tarde en el centro comercial, que no pudieron aguantarse por culpa de Mary. La joven estuvo un buen rato provocándole, subiéndose la falda por los pasillos de un supermercado, cuando nadie más que John la veía, y acabaron en el probador de una famosa boutique, queriéndose medio en silencio, mientras una pobre viejecita se percataba de todo en el probador de al lado, ponía cara de indignación y murmuraba refunfuños. Siempre se las apañaban para salirse con la suya. Hoy eran conscientes de haberse saltado las normas, pero no sentían ni un ápice de arrepentimiento, sino al contrario; estaban dispuestos a hacerlo una y mil veces más si fuera preciso. No rechistaron. Cogieron sus abrigos del ropero y se marcharon satisfechos por el resultado de una noche inolvidable, que culminó de la mejor manera: desatados por el fuerte deseo que los condujo a empujones hasta aquel apretado lavabo, para entrar de una patada en la puerta y sentirse con ansia en lo más profundo.

Cuando se acoplaron en el taxi de vuelta, Mary comenzó a sentir un tremendo mareo. Todo daba vueltas a su alrededor y no sabía si estaba en el auto de regreso a casa o se había montado en una atracción de feria que giraba a toda velocidad.

—Cariño, creo que me está subiendo demasiado, exclamó. Y sin apenas acabar la frase tuvo que bajarse del coche apresurada, se apoyó en el poste de una farola torcida que oscilaba tanto como ella, comenzó con náuseas y arcadas y terminó vomitando como si no hubiera un mañana. John se apeó del

vehículo, también perjudicado por el ron con coca cola que se había metido para el cuerpo, pero estaba en mejores condiciones y pudo socorrerla sujetando su frente y serenándola con palabras tranquilizantes. Tener cerca a John y desembuchar de su pequeño estómago una gran cantidad de vómito que empantanó la acera de adoquines, hizo que Mary se sintiera mejor; regresaron al coche y pusieron rumbo a casa, en busca de una cama donde reposar la tremenda borrachera que se habían agarrado sin darse cuenta.

Durante el trayecto de vuelta cruzaban miradas y se partían de la risa al descubrir sus caras, a cada cual más chistosa. Mary tenía el rosto pálido, los ojos medio cerrados y una sonrisa inconsciente que no podía borrar de su cara. Luchaba por mantenerse erguida en el asiento y de vez en cuando sacaba la cabeza por la ventana para que le diera un poco el aire. Y a su lado estaba John, con gesto de tarado, llorando de la risa y rojo como un tomate, intentando sacar de su mente las chistosas imágenes del rostro ido de Mary, que provocaban su risotada. El atento conductor no pudo evitarlo y curioseaba a través del espejo interior, sonriendo disimuladamente, seducido por la contagiosa alegría que reinaba en los asientos de atrás. Fue un auténtico *show*. La primera parada del divertido regreso tuvo lugar en casa de la señorita. Mary se bajó del auto a trompicones, se sostuvo en la capota y se preparó para hacer un último esfuerzo, mientras John abonaba el trayecto a un chofer precavido, que prometió esperarle. Sujeta a su mayor apoyo, en todos los sentidos de la palabra, caminó con el paso desviado, llegó al dormitorio y se metió en la cama medio vestida, porque no alcanzó a sacarse la ropa. John arropó su cuerpo con el edredón, besó su mejilla, cerró la puerta del cuarto despacio, como si fuera a despertarse, y continuó el viaje en solitario, ansioso por coger su cama y desplomarse felizmente. Después de aquella divertida noche, prometieron hacer un esfuerzo, cuando la pereza amarrara su culo al sofá, y salir a disfrutar de la vida, lejos de cuatro paredes. Dejarse seducir por el confortable calor hogareño y disfrutar de planes tranquilos en casa estaba bien, pero hay tiempo para todo, dedujeron, y no querían dejar escapar cantidad de buenos momentos, que ni siquiera imaginaban, por elegir siempre la opción más cómoda. Estaban dispuestos a comerse el mundo a pequeños bocados para saborearlo mejor y preferían arrepentirse de lo que hicieron que de lo que pudo ser y no fue, porque la vida es demasiado corta como para perderse un solo minuto por el simple hecho de obedecer a la desgana.

Al rato de haberse acostado amanecieron en perfecta sincronía, con una fuerte resaca que arrastraba sus cuerpos entumecidos a las profundidades de la cama. Tenían un fuerte dolor de cabeza, una sed terrible, sensibilidad a la luz y malestar generalizado. Eran las consecuencias de la gran tajada que disfrutaron como enanos, pero recordando los buenos momentos de la noche, la desazón parecía más llevadera. Permanecieron inmóviles en la cama, saboreando al máximo los minutos antes de levantarse y dar comienzo a sus labores, porque, como decían sus padres, el que vale para trasnochar debe valer para madrugar. Hoy, Mary tenía una videoconferencia importante con el país nipón, a primera hora de la mañana, para concretar los detalles de un envío de mercancía y a pesar de las molestias, los ardores de estómago por la ginebra de anoche y la consistente jaqueca, consiguió centrarse y estuvo sembrada. Llevó la voz cantante en la junta, dio las mejores ideas y propuso alternativas a los imprevistos que pudieran surgir en el viaje que harían los contenedores por el océano, a bordo de un enorme buque de carga. Y John estuvo a la altura en la inauguración del Henry´s, que, como todos sabéis, fue un poco caótica. El equipo terminó agotado, formando un corro en el comedor, comentado lo bueno y lo malo.

La gente comenzó a frecuentar el restaurante en tropel porque se comía de maravilla; venían comensales de cualquier parte de la ciudad y alrededores y con el tiempo se convirtió en parada obligada de todo viajero que estaba de paso por Madison.

Capítulo VI
After party

> «El auténtico valor de las personas se mide por el tamaño de su corazón. Dejarse seducir por lo banal y encasillar a alguien por su posición social, su nivel económico o la influencia que pueda tener, demuestra poco intelecto y una mediocre mentalidad. El mundo se mueve por el susurro de un cierto interés, pero hay que saber dónde están los límites, respetar los turnos y tener un detalle sin esperar nada a cambio. La vida podría esfumarse, esperando un gesto o una simple respuesta que no llegará, porque cuando no hay dónde rascar, difícilmente puede aparecer un ápice de conocimiento».

Había llegado una fecha muy especial. En pocos días iban a festejar el sesenta cumpleaños de George y arrancaron los preparativos de una gran celebración. Enviaron las tarjetas de invitación a familiares, amigos y buenos clientes, contrataron a una empresa de organización de eventos y se pusieron manos a la obra. Un maravilloso ambiente envolvía a los invitados en cada aniversario. A la hora de concretar los detalles no conocían la palabra escatimar, tiraban la casa por la ventana y adornaban su lujosa mansión con diferentes decorados. Hacían magia en la fachada, proyectando, con potentes focos, hermosas imágenes de fantasía; colgaban tapices de diferentes estilos en las paredes del salón, dependiendo de la temática de la fiesta; compraban guirnaldas, cadenas de globos y banderines y decoraban cualquier lugar de la casa por el que pudieran pasar los asistentes. Había centros de flores naturales adornando las mesas, letras hinchables florando en el aire, farolillos de papel, confeti brillante, cortinas de luces y una sofisticada iluminación que alumbraba la sala principal y variaba en función de la música o el momento a tratar. En los ratos de tertulia subían las luces; en los bailes lentos, la sala oscurecía como una noche estrellada de verano y a la hora de los discursos, un foco alumbraba al locutor y sonaba de fondo una tenue melodía melancólica. Contrataban un buen grupo de música, artistas de circo que realizaban impresionantes habilidades, magos que sorprendían con sus mejores trucos y todo tipo de animaciones para ofrecer a los invitados una velada única.

Como no podía ser de otra forma, Mary descolgó el teléfono con intención de llamar a su invitado estrella. Quería advertir a John del próximo acontecimiento, solicitar su preciada compañía y adelantarle varios detalles de la fiesta para que fuera consciente de su envergadura. Comenzó poniéndole el ejemplo del año pasado, cuando organizaron una divertida fiesta de disfraces. Mary fue de Cleopatra, con su bonito peinado de dama helénica, su túnica de peplo, una estola de seda violeta, brazaletes de oro, collares de perlas azules y una hermosa corona egipcia. George se disfrazó de gladiador, porque en el fondo se sentía un guerrero romano. Lució sandalias altas en ambas piernas, una armadura de plata, una faldilla corta, un cinturón de cuero ancho, adornado con plaquitas metálicas y tachones de bronce, y un casco de cresta que solo se puso para las fotos. Sarah se vistió de bruja moderna, llevaba un jersey negro, una falda por encima de la rodilla, medias opacas de color

granate, un abrigo de capa, pulseras de lunas y estrellas, un colgante de Artemisa y un enorme sombrero puntiagudo. Hubo disfraces de superhéroes, de zombis infectados, piratas filibusteros, vampiros de Transilvania y algún otro que Mary había olvidado. Fue un gran espectáculo. Lo pasaron de maravilla, vestidos con ocurrentes trajes de fantasía y caracterizados con asombrosos maquillajes realistas, pero este año tocaba cambiar de asunto. Había que asistir de etiqueta y pensaban crear un peculiar escenario que dejaría impresionado a más de uno. John no esperaba tanta parafernalia y quedó sorprendido, viendo cómo se las gastaban a la hora de festejar el aniversario del patriarca. Estaba ansioso por formar parte de una de sus célebres fiestas. Hablaron del convite, de lo que habían hecho en el día de hoy y de lo que pensaban hacer mañana y terminaron la charla antes de desviarse del tema. Las ganas de contacto hacían de cualquier conversación formal un intercambio de deseos, que terminaba en cariñosas advertencias de lo que iba a suceder la próxima vez que estuvieran juntos. La temperatura de sus conversaciones subía como la espuma y tenían que correr a ponerse cómodos y saciar en solitario el ansia de rozarse la piel. Mary lo tenía más fácil, porque vivía sola y podía repantigarse a sus anchas en el sofá, echarse una manta por encima y disfrutar de una conversación picante, pero John estaba obligado a buscar la soledad de su dormitorio, bajar el tono de voz y estar pendiente de la puerta, por si entraba su madre y tenía que hacerse el dormido o inventarse una excusa que encubriera inútilmente el asunto.

John colgó el teléfono y corrió a contarle a su madre la estupenda noticia. Era la primera vez que iba a acudir a un evento de etiqueta e irradiaba felicidad, pero la emoción de su rostro alegre y el énfasis de sus palabras pronto se ahogaron en un triste recuerdo. En su pobre armario, desolado y obsoleto, no había nada tan elegante como para lucir en una celebración de alto nivel y pasar desapercibido. Necesitaba encontrar, cuanto antes, el esmoquin entallado de color negro y pajarita que siempre quiso lucir en una noche especial, siguiendo las normas de conducta de una clase social que poco tenía que ver con la suya. Esa misma tarde se fue en busca del traje apropiado. Recorrió los pasillos de la galería divisando escaparates, entró en cada una de las firmas que estaban al alcance de su bolsillo, a curiosear de cerca y medirse prendas, y después de un buen rato enfrascado en la búsqueda desesperada del atuendo correcto, ninguno terminaba de convencerle. Comenzó a desesperarse, pero lejos de admitir la derrota, continuó indagando por la colmena de tiendas del centro comercial, hasta que en una de las pocas boutiques por explorar encontró un bonito atavío. Al arroparse con él, comprobó de inmediato que parecía estar hecho a su medida. Su enorme preocupación se había disipado, cuando un problema escondido en la etiqueta apareció en forma de chasco. El precio del elegante esmoquin estaba literalmente por las nubes. Deslumbrante frente al espejo, e incluso imaginándose ya en la verbena, John se frustró, pensando en la escasez de dinero que su hogar padecía. El hecho de gastar semejante cantidad en un capricho iba en contra de sus principios. A su buen parecer, era un gesto egoísta que iba a convertir el sustento de varias semanas en un instante de felicidad. Siendo consciente de la cruda realidad y con mucha lástima, dejó el traje en su sitio, abandonó la tienda y se marchó a casa, cabizbajo por una ilusión que la necesidad derrumbó de un mazazo.

Megan había llegado hacía rato del trabajo, agotada de fregar suelos y planchar ropa, y esperaba sentada en el sofá, impaciente por averiguar el desenlace de una tarde de rastreo entre telas y costuras. Al verle entrar por la puerta, preguntó cómo habían ido las compras, pero inmediatamente encontró la respuesta en el triste semblante de John. El joven hizo un breve resumen del estresante recorrido por la

galería y luego explicó al detalle lo que había sucedido, lamentándose, con suspiros y pataletas, de su mala fortuna. Aseguró que cuando estaba harto de entrar a los probadores con esperanza y salir chafado, encontró un bonito traje de su misma envergadura, con un precio desorbitado. Hoy no era el día para ir de tiendas. Siempre que encontró un pantalón de su talla, la parte de arriba no era de su agrado o al revés. Estaba igual que antes de salir de casa o en peores circunstancias, porque había perdido una tarde entera dando vueltas como un tonto y el tiempo corría en su contra, a toda velocidad, agobiándole con malos presagios.

Como el eco de un sentimiento, cada uno padecía lo que el otro soportaba y Megan estaba inquieta por la preocupación de su hijo. Compartían sus grandes pesares del mismo modo que la alegría de haber conseguido un nuevo empleo, el placer de atiborrarse a dulces o el simple hecho de contemplar un bonito atardecer encarnado. Buscaban juntos el consuelo después de un disgusto, del mismo modo que disfrutaban del momento en la mejor compañía. El móvil de una compra frustrada era admirable, pero Megan prefería, mil veces antes, no llegar a fin de mes que desatender el deseo de su hijo de estar a la altura en el convite. Colocó la mano sobre el hombro de John, acarició su mejilla y, dando prioridad a la ilusión, lo animó a regresar a por el traje que tuvo que dejar en su sitio por evitar cargos de conciencia y no pasar calamidades.

—Lo tendrás para otra ocasión, cariño, nunca está de más un traje en el armario —dijo Megan con mucha razón, pero sus alegatos no convencieron del todo al chico, pues no iba sentirse bien ignorando las directrices de su noble corazón.

—Buscaré uno más económico, mamá, no te preocupes, hay miles de ellos, alguno me vendrá bien sin tener que dejarme un dineral.

Al cabo de unos días el joven seguía angustiado, viendo cómo se acercaba la fecha del cumpleaños de George y no había encontrado indumentaria. Andaba por la casa con el gesto ido, preguntándose adónde podría ir a buscar el dichoso traje. Se había recorrido media ciudad y siempre regresó con las manos vacías. La frustración lo atosigaba, pero en el fondo estaba convencido de que al final lo encontraría, porque pensaba remover cielo y tierra si fuese necesario. Poco antes de acostarse, madre e hijo planearon una comida juntos para el día siguiente. Ambos tenían libranza en el tajo y, después de darse un buen atracón, acordaron indagar en otra zona comercial de la ciudad, con la esperanza de un hallazgo inminente. El joven despertó con galbana a las puertas del mediodía, por culpa del intenso ritmo de trabajo que llevaba. El local era como su segunda casa y, aunque habían mejorado las condiciones del reparto y ahora no se dejaba la piel pedaleando todo el día, había mucho que hacer en el nuevo Henry´s. John seguía encargándose de entregar los pedidos a bordo de la motocicleta, descargaba el camión que abastecía cada mañana el local de productos frescos, fregaba los suelos, la cocina y los baños, reparaba pequeñas averías y, además, ahora se ocupaba de nuevos quehaceres, como ayudar en la sala o echar una mano en cualquier tarea de metre que hiciera falta. Su poco tiempo libre lo aprovechaba para hacer planes con su madre, salir a pasear con Mary, a correr al parque Hudson con sus nuevas amistades o a caminar por la avenida principal, distraído con los escaparates, el suelo de adoquines y los estrambóticos transeúntes. Aparte de compartir tiempo con los suyos y disfrutar de la soledad sintiendo el aire en el rostro, también se quedaba unas horas más en la cama, recuperándose de

la fatiga acumulada, como esta mañana. Su madre entró en el cuarto y tuvo que zarandearlo para que se espabilara.

Estuvieron debatiendo adónde salir a comer y Megan propuso ir a un sitio de comida mexicana que acababan de abrir donde, según el propietario de una casa que limpiaba, se comía de maravilla. En el nuevo rincón de México servían sabrosos tacos al pastor, totopos con queso, quesadillas, enchiladas, sopa de lima y marquesitas artesanas, entre otros platos deliciosos del país azteca. Además de la recomendación, aquel tipo había entregado a su empleada doméstica unos cupones de descuento para el lugar, que Megan guardaba en la mesita de noche. A John le pareció una idea estupenda. Animado por su madre, que lo siguió de cerca, corrió entusiasmado a la habitación en busca de las dichosas ofertas, imaginando el menú en su mente hambrienta, pero al entrar no encontró los vales de comida para el restaurante mexicano. Reluciente sobre la cama, estaba el elegante esmoquin, esculpido a semejanza de su hermosa figura masculina, que la tarde anterior dejó la miel en sus labios y coraje en el ambiente.

—¡Pero mamá! ¿Fuiste a por él? Preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

El detalle de Megan, prudente de hacerle sentir especial en el festejo vecino, empapó sus ojos de emoción.

—No puede ser, te daré el dinero, al menos. Sé la falta que nos hace, como para estar gastándolo en tonterías —dijo el muchacho, sintiéndose culpable del derroche.

Lejos de aceptarlo, Megan recordó a su hijo lo mucho que significaba para ella y aseguró que era un regalo más que merecido. John siempre estuvo cerca en los momentos complicados, apoyándola desde que era pequeño; salía de la escuela y corría allá dónde estuviera a arrimarle el cubo de la fregona o escurrirle la bayeta, trabajó sin tener la edad para echar una mano en casa, sacó la cara por ella en las fuertes disputas con Peter y plantó cara a su propio padre, protegiéndola con uñas y dientes. Estaba demostrado que podía contar con él para atajar el mayor de los problemas. Megan remató la hermosa declaración confesando que a su lado se sentía protegida e invencible. Estas bellas palabras, sacadas de lo más profundo del alma, despertaron el llanto alegre del muchacho. John esperaba cualquier cosa de una madre que se había desvivido por su pequeño desde el día que llegó al mundo, pero como andaban con el agua al cuello y economizar era una regla no escrita, había pasado por alto el desparpajo de Megan para saltarse las normas siempre que fuera necesario, una costumbre que él mismo había heredado. Con dos tristes sueldos que rozaban el salario mínimo tenían que hacer frente a una elevada cuota de alquiler, pagar las facturas de suministros y llenar la nevera, sobre todo con productos de primera necesidad. Llevaban puesto el cinturón en el último agujero y con el gran desembolso del traje estarían obligados a apretárselo un poco más. Había que prepararse para pasar unas semanas en apuros económicos, ahorrar en la cesta de la compra, reducir los gastos de la casa, dejar el coche aparcado y aliviar la pesadumbre manteniendo la sonrisa como si todo estuviera bien. John se derramó en los brazos de su madre, la llenó de besos, le dio mil gracias y la estrujó tan fuerte que por unos segundos cortó su acelerada respiración. Intentó asimilar el falso espejismo aferrado a su cuello y cuando se dio cuenta de que no era un sueño, anduvo a su cuarto a la carrera, ansioso por probarse el esmoquin y lucirlo frente a la responsable del palpitante revuelo. A los pocos minutos regresó engalanado con delicadeza y convirtió a su madre en la mujer más feliz del planeta. Megan se echó las manos a la boca y

se quedó paralizada. La cara de satisfacción en la espectadora hablaba por sí misma, expresando mil piropos, al ver a su niño arropado con la elegancia de un príncipe inglés. Solo por aquel instante, más valioso que cualquier fortuna del mundo, merecía la pena recortar en gastos para invertir en recuerdos inolvidables, que con el paso del tiempo aumentarían su inmenso valor.

A los pocos días se celebró el esperado cumpleaños de George. Un lujoso auto aguardaba en la puerta del edificio avejentado donde John residía, dispuesto a cargar al invitado estrella. La gente humilde del barrio pasaba por la acera, aminoraba la marcha y se quedaba embobada mirando el bonito automóvil. No estaban acostumbrados a ver coches de alta gama por unas calles apretadas, donde se respiraba pobreza y lo más fastuoso que había era la vieja motocicleta de carretera de un vecino, aparcada en la plazuela. Tenía más de quince años, pero la trataba como a un hijo, siempre estaba reluciente y acaparaba todas las miradas. Era la antesala de una noche soñada para un joven que jamás había asistido a un evento de etiqueta y tenía los nervios a flor de piel. El día anterior estuvo memorizando un protocolo de mesa para saber cómo tenía que comportarse en el banquete y no dar la nota con modales vulgares, que no fueran acordes con el glamuroso festín. Se lo aprendió de memoria. Según la ordenanza, había que estar derecho pero no tieso, apoyándose ligeramente en el respaldo de la silla, posar las muñecas y los antebrazos en la mesa, pero no los codos; el anfitrión come el primero, la servilleta se pone en el regazo y no colgando del cuello como un babero, y los alimentos no se tocan ni se alarga el brazo para cogerlos. Recordaba haber leído, también, que la sopa no se sopla, por caliente que esté, ni se rebaña inclinando el plato, que los cubiertos usados no podían apoyarse en el mantel, que su pedazo de pan era el que estuviera colocado a su izquierda y alguna otra valiosa instrucción. John comenzó a prepararse dos horas antes, porque no quería que ningún imprevisto pudiera retrasarle. Se puso su elegante traje de fumador inglés, su corbata de lazo y se miró al espejo más de veinte veces, buscando cualquier arruga o doblez que afeara lo más mínimo su impoluta apariencia. Pasó un buen rato en el aseo, peinándose, acicalándose y volviéndose a mirar y después de un largo proceso para resultar tan elegante como la ocasión ordenaba, bajó apresurado hasta el vehículo de cortesía.

—¿El señorito John? —preguntó el conductor al verle, mientras lo invitaba a pasar al auto con la mano extendida.

—El mismo —dijo él antes de posar el culo en los cómodos asientos traseros y sentirse como un importante hombre de negocios. En aquel momento un cosquilleo corrió por su estómago y terminó en su mente convertido en ambición. Pensó que algún día podría llegar a ser su propio jefe, si seguía trabajando duro y con el tiempo conseguía los ahorros suficientes para montar un pequeño negocio, una tarea difícil cobrando un sueldo ridículo que apenas cubría los gastos de la casa. De momento, tenía que conformarse con trabajar para otro un montón de horas, cobrar una miseria y seguir luchando a diario, pero sabía que con esfuerzo y constancia todo puede cambiar cuando menos lo esperas. Nunca vio caer dinero del cielo ni jugaba a la lotería del estado, un engañabobos que, según él, estaba amañado, pero sí escuchó historias de gente trabajadora que supo aprovechar oportunidades que la vida puso en su camino y terminó teniendo éxito en los negocios. El chofer cerró la puerta con delicadeza, acariciándola con sus manos enguantadas en seda blanca, y pusieron rumbo a la gran celebración, a bordo de una enorme berlina Mercedes con los vidrios tintados, que llamaba la atención

de los curiosos a su paso y se deslizaba por el asfalto con la elegancia propia de un prestigioso auto alemán. John terminó de fantasear con la idea de ser un joven ricachón que viajaba por trabajo y volvió a caer de lleno en la mala costumbre de querer anticiparse a los acontecimientos. Se agobió con el supuesto de no estar a la altura de las circunstancias o no sentirse cómodo entre tanto adinerado y quería saber lo que iba a pasar antes de que sucediera, con lo bonito que es dejarse sorprender, abrir bien los ojos y disfrutar del viaje sin sofocos prematuros, como decía su madre. Consiguió relajar su inquietud pensando en las palabras de Megan, pero seguía impaciente por descubrir la enorme mansión de George, el decorado que habían elegido para la fiesta, las elegantes vestimentas de los invitados, sus refinados modales, sus interesantes conversaciones. Iba dispuesto a disfrutar al máximo de una velada de categoría y pensaba prestar atención a cada detalle, pero lo que más deseaba era contemplar a la niña de sus ojos, ataviada con elegancia para la bonita ocasión. A los pocos minutos irrumpieron en el enorme y concurrido aparcamiento de la majestuosa residencia de los padres de Mary, una explanada de adoquines romanos, rodeada de plantas y arbustos, con una fuente barroca de mármol envejecido que derramaba el agua sobre un estanque circular frente a la puerta principal, donde se apeaban invitados y acompañantes. Era de noche por todo el mundo, pero no lo parecía. Potentes focos alumbraban el jardín y un proyector de cine dibujaba en la fachada secuencias de la película *Cenicienta*. Lujosos autos formaban filas a lo largo del patio delantero, se escuchaba una palpitante banda sonora de fondo y un antiquísimo ambiente trasladaba a los asistentes a la época medieval. John se bajó del coche y clavó sus ojos en Mary. Estaba preciosa. Lucía un hermoso vestido negro por el tobillo, con abertura en la pierna, escote clásico y capa, que la convertía en una auténtica actriz de Hollywood paseando por la alfombra de los sueños de cualquier hombre con dos dedos de frente. Era una prenda delicada, de la más alta costura, que contorneaba su cuerpo de sirena, envolviéndolo con elegancia, pero al ver la entrada de John, enfundando en su bonito traje de noche, brilló más todavía, alumbrada por el resplandor de sus propios ojos. Ansiosa por recibirle, anduvo a su encuentro con los brazos abiertos.

—Estás increíble, cariño —dijo el muchacho sujetando su cintura con suavidad y, después de un beso tierno, Mary susurró sutilmente a su oído:

—Tú también, querido, te haría el amor aquí mismo.

Caminaron cogidos de la mano hacia el *hall* de entrada, donde unos espléndidos anfitriones daban la bienvenida a cada invitado. Formaban una pareja apasionante también a simple vista y eran el foco de todas las miradas. Algunos de los asistentes que acababan de apearse de los autos y observaban la impresionante ornamentación del palacete voltearon la mirada para examinar al detalle cada uno de sus pasos, sus gestos, sus caricias, sus miradas cómplices, pero ellos ni se inmutaban. Paseaban distraídos con el bonito momento, dejando un reguero de admiración que despertaba susurros que hablaban de ternura y refinado estilo. El saludo de los padres de Mary que dio paso a las presentaciones fue un montón de piropos y caras de admiración. Ambos halagaron la elegancia del muchacho, que llamaba la atención con su finura y sencillez, el delicado estilo de su hija, vestida de un prestigioso diseñador italiano, y lo bien que se les veía juntos, desprendiendo amor y alegría. El hecho de haberse encontrado con George en otra ocasión hizo que el muchacho aprovechara esa pizca de confianza para hablarle de tú, estrechar fuerte su mano y darle un abrazo sentido a modo de felicitación. El breve acercamiento

que tuvieron a las puertas de la empresa familiar les bastó para sentir una buena conexión y caerse bien. A simple vista eran dos personas diferentes, pero se parecían mucho más de lo que nadie podría imaginar. Habían luchado desde niños; George junto a su padre en la destartalada furgoneta, repartiendo por los pueblos vecinos todo tipo de artilugios, y John trabajando en cualquier negocio por un poco de dinero con el que ayudar en casa. Tenían valores fundamentales y un gran corazón, respetaban y ayudaban a los demás siempre que podían y compartían la bonita tarea de cuidar a la misma princesa. El saludo con su esposa resultó menos cálido, ante un primer encuentro que carecía de unos buenos preliminares. La joven había hablado con su madre sobre John, pero lo hizo de puntillas, por la pésima relación que tenían y porque era consciente de sus absurdos razonamientos clasistas. Prefería evitar ciertos temas para no dar lugar a discusiones ni escuchar la rancia opinión de Sarah, influenciada por sus cuatro amigas repipis y un lujoso estilo de vida que había nublado su poca modestia. Mary no quiso profundizar en el asunto de su noviazgo. Se limitó a decir que estaba saliendo con un buen chico que cuidaba de ella, la quería y llevaba poco tiempo en la ciudad, y Sarah no puso mucho empeño en conocer los detalles. Parecía que la vejez estaba volviéndola más humilde y tolerante. En otro momento no habría permitido a su hija traer a nadie a la fiesta de cumpleaños de George sin antes haberle dado el visto bueno. John hizo el amago de plantarle dos besos a Sarah al mismo tiempo que ella extendió la mano y terminaron cogidos del brazo, besándose las mejillas. Tuvieron una insignificante confrontación de intenciones en el saludo, pero su primera toma de contacto fue mejor de lo esperado; expresaron el placer de conocerse con ojos sinceros y una enorme sonrisa. Sarah miró a su hija y guiñó un ojo con disimulo, aprobando su elección sentimental, y deseó al muchacho una estancia agradable en la hermosa casa familiar, que John admiraba fascinado. En realidad, no era una casa cualquiera. Tenía ante sus ojos un lujoso palacete, que había sido decorado a imagen y semejanza de un castillo de la Edad Media. En las grandes paredes del salón principal colocaron tapices del periodo medievo, bordados en lana, con inscripciones en latín, antiguos galeones, caballos con armaduras, guerreros ingleses, extrañas figuras humanas, cadáveres y partes del cuerpo, cacerías de unicornios, ángeles músicos con sus arpas y elegantes damas con sus ropajes. Del techo colgaban lámparas de forja, horcas de soga, había antorchas de pared, armamento templario repartido por la pieza, espadas visigodas en vitrinas, lanzas de cuatro metros en expositores, hachas vikingas, dagas de asta de ciervo y un impresionante mazo de cadena con una bola metálica llena de pinchos. Llenaron de lujo y ostentosidad cada rincón de la sala para reflejar el linaje de la familia e impresionar a los invitados con jarrones de bronce, réplicas de esculturas de Donatello y cuadros de Giotto; enmoquetaron el suelo con una alfombra roja de estampados persas y pusieron una gran mesa alargada de madera de cerezo maciza en el centro del comedor, rodeada de butacones de terciopelo carmesí y cubierta por un mantel de damasco dorado, que sujetaba varios candelabros de latón lúcido. La cubertería era de plata fina, la vajilla de porcelana bávara pintada a mano y un pedazo de pergamino indicaba el nombre de cada invitado junto a una figura de plomo en miniatura, de caballeros y reinas medievales, como obsequio decorativo por haber asistido.

La fiesta comenzó con un cóctel de bienvenida, en un ajetreo de camareros que paseaban entre el público cargados de bandejas, ofreciendo canapés variados y un exquisito champán francés. Por el aire flotaba una sutil fragancia a flores naturales, lavanda, jazmín y gardenias, y por el suelo alfombrado

paseaban los elegantes asistentes, con los ojos bien abiertos, comentando hipnotizados la impresionante ornamentación. Después de abrir boca con un ligero aperitivo, la joven pareja tomó asiento junto al resto de comensales en las grandes butacas que rodeaban la mesa presidida por el anfitrión. Con todo el mundo en su sitio, George caminó hasta un pequeño estrado de caoba rojiza que había al fondo del salón y sujetó el micrófono. Quería inaugurar la velada con una hermosa introducción, agradecer la asistencia a los allí presentes, desearles que disfrutaran de la noche, recitar unas palabras cargadas de sabiduría y brindar alguna frase emotiva a su admirable hija y a su hermosa mujer. Guardaron silencio, bajaron las luces y recitó un breve pero bonito discurso. Comenzó mencionando la importancia de esforzarse a diario para conseguir tus objetivos, habló de la trascendencia del poder mental del que se levanta una y otra vez, detrás de las decepciones y el fracaso, y del valor que tiene el apoyo de los tuyos en el duro camino hacia la meta. George sabía lo que era estar varias semanas fuera de casa ayudando a su padre con la venta ambulante, resguardándose de la noche en posadas nauseabundas, regresar a casa con el viejo furgón cargado de productos y utensilios, porque no se dio bien la faena, pasar un par de días con la familia y volver a la carga. Tuvo momentos de frustración, fue traicionado por amistades de la infancia y empleados a los que trató como hijos, falló en decisiones determinantes y no por eso se vino abajo. Buscó amparo en su esposa, que lo esperaba cada tarde a la vuelta del trabajo con una taza de té caliente y el baño preparado, y en su hija Mary, que parecía su propia sombra. Cogió aire junto a ellas y continuó el largo viaje que lo había llevado a la privilegiada posición en la que estaba. No era de extrañar, escuchando las ilustres palabras que inauguraron el banquete, que el autor del sermón fuera el propietario de una importante compañía levantada de la nada, que nació con el esfuerzo del abuelo Joe a lomos del asno Andaluz, arreando por polvorientos caminos, y a día de hoy exportaba mercancía a cualquier parte del mundo por aire, mar y tierra. El gentío se mantuvo en silencio unos segundos y prorrumpió en aplausos.

Los mozos comenzaron a servir la cena. Un reconocido chef de la ciudad llevaba instalado en las cocinas del palacete desde primera hora de la mañana y había elaborado con esmero un exquisito menú, que nada tenía que envidiar a la carta de cualquier prestigioso restaurante. Lo primero en aparecer fue una gran variedad de entrantes selectos: los mejores embutidos del sur de España, huevas de esturión procedentes de Irán con anguila glaseada, servidos en cucharas de degustación, donas rellenas de ensaladilla de cangrejo real, brochetas de bogavante a la miel, chupitos de crema de trufa blanca de Alba y boletus negro y otras cuantas exquisiteces. De platos principales ofrecieron una deliciosa ensalada templada de crustáceos y frutos de mar, sopa de carabineros, tartar de atún rojo con yema de huevo líquida, solomillo de buey con salsa roquefort y pez raya a la mantequilla de cabra. Los ilustres comensales resoplaban de satisfacción, enjuiciando el banquete de excelente. John estaba alucinando. No recordaba haber escuchado jamás muchos de los nombres de toda esa deliciosa comida que degustaba por primera vez, y masticó cada bocado cincuenta veces para saborearlo mejor y recordar su gustillo durante más tiempo. Cataron los mejores vinos de toda la geografía en el cristal extrafino de las copas y no se chuparon los dedos ni lamieron el plato solo por educación. Fue un verdadero espectáculo gastronómico, que terminó con un delicioso pastel de chocolate caliente y un digestivo sorbete de jengibre y fruta de la pasión. Durante las copas de sobremesa, Mary ocupó la tribuna donde poco antes George se había pronunciado y dedicó unas palabras a su padre, como hacía

cada año. La joven pidió silencio y se dispuso a airear la hermosa declaración. Comenzó expresando el deseo de tenerle de por vida y seguir deleitándose con su presencia en increíbles celebraciones como la de hoy, reconoció su gran labor como empresario, avalada por varios premios de la confederación empresarial del estado, hizo hincapié en lo buena persona que era y terminó con un párrafo que tenía escrito en la memoria, demostrando admiración por su excelente faceta de padre. Mary bordó una dedicatoria que llegó bien hondo a su destinatario y provocó una palpable emoción, reflejada en dos tímidas lágrimas que resbalaron despacio por las mejillas de George. Fue un momento enternecedor, que puso el broche de oro al exitoso banquete, y terminaron fundidos en un tierno abrazo, arropado por un palmoteo ensordecedor.

Aprovechando un momento de tertulia, los invitados fueron acudiendo a la mesa del cumpleañero a transmitirle la enhorabuena. Todo el mundo estaba encantado con la soberbia organización del evento y aunque muchos de los asistentes tenían la experiencia de años pasados, no dejaban de sorprenderse con la facilidad de la familia para ofrecer veladas de fantasía. La noche era una zagala con mucha vida por delante y las sorpresas continuaron sucediendo. Recogidos los bártulos de la cena, montaron un pequeño escenario y convirtieron el salón en una pista de baile improvisada. La gente comenzó a mover el esqueleto, animada por la música de una conocida orquesta, que tocó grandes éxitos del momento y canciones míticas de toda la vida. Sonaron baladas de Luis Miguel, rock de los Beatles y Queen, el mejor pop de los años ochenta y noventa y música latina de artistas de la talla de Gloria Estefan, Shakira, Romeo Santos o Marc Anthony, entre otros. Durante el baile, John permanecía junto a Mary en todo momento, haciendo gala de su notable timidez. El carácter reservado del muchacho y el hecho de no conocer a nadie mantenía unida a la pareja, que disfrutaba del espectáculo danzando agarrados entre gestos de cariño, mimos y carantoñas. En los temas lentos se solapaban en una esbelta figura, moviéndose por la sala con delicadeza, como si estuvieran en ese mundo aparte que tanto les gustaba frecuentar, y en las canciones movidas daban botes de alegría y calcaban los gestos del habilidoso guitarrista.

Involucrado en una conversación junto a varios clientes importantes de la compañía, George pidió disculpas para ausentarse un instante y fue en busca de su hija, a quien quería presentarles.

—¡Cariño!, ¿puedes venir un momento?, quiero que conozcas a alguien. Te la robo cinco minutos, discúlpeme, señorito —dijo George en tono jocoso, mirando a John con los ojos brillantes del vino.

George y su hija anduvieron al encuentro de los poderosos compradores que habían asistido de diferentes partes del mundo y John quedó desamparado y expuesto a cualquier incómoda situación, momento oportuno que aprovechó Sarah, la madre de Mary, para acercarse y comenzar una conversación.

—¿Lo estás pasando bien, hijo? —preguntó con una sonrisa de elevadas comisuras y ojos de par en par.

Parecía una señora agradable, con ganas de conversar, que se había apiadado de su soledad, pensó el muchacho en un desliz de inocente, pues las verdaderas intenciones de Sarah estaban lejos de entablar una divertida cháchara. Su propósito era bien distinto. Quería indagar sobre la vida de aquel modesto chico que descubrió a tientas en el recibidor de su casa, sin antes haber recibido una detallada carta de presentación por parte de su hija. Había un tema en especial que le estaba carcomiendo por dentro y

no tardó en buscar respuesta a un par de cuestiones que no se atrevió a preguntar a Mary por tener la fiesta en paz.

—Bueno y cuéntame, ¿qué te trajo a la ciudad?, supongo que habrá sido duro el cambio y que estarás empleado en algún sitio o buscando un quehacer —dijo Sarah, intentando recabar información de crucial importancia para ella.

Orgulloso del puesto que con dignidad ocupaba, John respondió que trabajaba en el Henry´s, un restaurante sencillo pero acogedor, donde se comía de maravilla, ejerciendo, principalmente, de repartidor, y luego mantuvieron una breve charla que parecía más un interrogatorio por asesinato. Habló con Sarah de sus origines humildes, de la separación de sus padres, de la reciente mejora del local, de la noche triunfante de la inauguración, de las tareas de camarero que muchos días desempeñaba y de la buena proyección de fututo del negocio. Aseguró que era un lugar donde le respetaban, valoraban su trabajo y veía posibilidades de forjarse un buen porvenir como metre o aprender los conocimientos necesarios para montar su propio negocio de hostelería. Estaba entusiasmado contándole su modesta vida a Sarah cuando, de repente y sin venir a cuento, escuchó:

—Espero que así sea y que consigas mejorar profesionalmente, porque, como comprenderás, mi hija no puede estar con un simple repartidor, aspira a más en la vida.

La insolente respuesta cayó en el muchacho como un jarro de agua fría en pleno invierno. John sabía de la mediocre mentalidad de Sarah y de los motivos que llevaron al traste la relación con su hija. Mary se lo explicó una tarde de vinos y confesiones en el sofá de su apartamento, en la que estuvieron hablando de asuntos personales y tocaron el tema por encima. Estaba al tanto de su casposa mentalidad, pero nunca imaginó que tuviera la poca vergüenza de hacer un comentario tan ofensivo como el que acababa de escuchar. El joven dejó a un lado los estudios para llevar dinero a casa y ayudar a su madre en la difícil tarea de salir adelante, pero no era ningún analfabeto. Se ocupó de culturizarse con otros métodos. Practicaba la lectura desde pequeño, leyó cientos de libros de historia, ciencia o psicología, de relatos basados en hechos reales y asuntos relacionados con la personalidad del ser humano y conocía bien el alcance de una mente retorcida como la de Sarah, tan ignorante que solo veía de dónde venía y no se paró a pensar en el lugar adónde iba con su esfuerzo diario y su ambición de crecer. John nunca obtuvo un título que certificara sus conocimientos, pero adquirió la sabiduría que brinda la lectura, la experiencia de haber tratado con gente de todo tipo y aprendió muchas lecciones de vida que no se aprenden en la escuela. Tenía un máster en valores fundamentales y otro en sentido común y después de un largo aprendizaje dedujo que el libre pensamiento era tan importante como el respeto hacia los demás. El joven fue sacudido por un golpe inesperado, de lo más bajo, que cambió su cara alegre por un rostro pálido de absoluta perplejidad. Estaba lastimado por unas duras palabras y no sabía cómo actuar ante semejante grosería. Pasaron por su mente contestaciones que espantarían a la persona más inconmovible y no sabía cuál elegir, pero al final optó por asentir con la cabeza y poner cara de situación. La educación que aprendió lejos de las aulas y la paciencia que tanto había practicado para no errar actuando en caliente, reprimieron una respuesta igual de humillante y bien merecida. Contestar a Sarah de malas maneras hubiera sido ponerse a su altura y no estaba por la labor, de modo que prefirió guardar silencio y mirar para otro lado. De repente, escuchó la voz de Mary como el sonido de la campana en el ring para un púgil que está a punto de ser noqueado y al que solo su alma de

guerrero mantiene en pie. Apareció justo a tiempo para salvarle de una lamentable y complicada situación que lo pilló desprevenido y no había por donde cogerla.

—¿Qué, conociéndoos un poco más? —preguntó la joven.

—¡Sí! —respondió su madre con una sonrisa forzada.

Mary lucía una espléndida melena por debajo de los hombros, pero no tenía un pelo de tonta y notó algo extraño al observar cómo la expresiva cara de John presentaba un gesto mustio.

—Cariño, creo que me voy a ir. Es tarde y mañana trabajo.

—¡Pero amor!, ¿cómo tan pronto?, queda mucha noche por delante —respondió ella con intenciones perversas, que apuntaban a los dormitorios de arriba.

—¡Sí!, además no me encuentro muy bien.

Extrañada por el curioso descubrimiento, miró a John fijamente durante unos segundos y luego hizo lo mismo con su madre, intentando recabar información, pero ninguno de los dos tuvo la valentía de exponer el motivo de la repentina e incómoda tensión. La decisión de John parecía firme. Había hecho un gran esfuerzo para no contestar a Sarah de una forma maleducada e hiriente, por respeto a Mary y a su padre, que no tenían culpa de los pocos modales de Sarah, y en el fondo deseaba poder seguir engañando a sus sentimientos y quedarse como si nada hubiera pasado. Sabía que hay momentos en la vida que necesitas fingir por exigencias del guion, pero era incapaz de actuar con falsedad y estaba orgulloso de su genuina torpeza. Tenía un rostro expresivo que acababa delatándole y en lugar de quedarse en el baile poniendo buena cara cuando no había motivos para estar alegre, optó por inventarse una mentira piadosa y marchar de la fiesta.

Llegaron al aparcamiento, enfrentaron la mirada y los ojos tristes del chico lo delataron.

—¿Qué pasa, John? ¡Sé que hay algo!, ¡te conozco!

Estaba segura de que había sufrido algún percance y se temía lo peor, conociendo a su madre.

—Te ha dicho algo, ¿verdad?

John no pudo seguir conteniéndose y terminó confesando el verdadero motivo de sus prisas y el responsable del profundo dolor que sentía en el corazón. Se deshizo el nudo de la garganta que silenciaba su pesar y habló con Mary de lo sucedido, sin dar detalles ni meter el dedo en la llaga, porque no quería empeorar la delicada situación. Procuró suavizar las ruines palabras de Sarah y hasta intentó exculparla, diciendo que habría sido un arrebato de aristócrata o una parida de borracho, por haber tomado más vino de la cuenta, pero Mary sabía que simplemente fue ella misma en todo su esplendor. No era la primera vez que Sarah actuaba con prepotencia. Había herido a más de una persona con deslices intencionados que su lengua retorcida y su pensamiento caduco hilaban fino, sorprendiendo al susodicho con gestos despectivos, malas contestaciones o enfrentamientos que podían evitarse. Mary era consciente de su pronto déspota, pero nunca pensó que pudiera alcanzar ese nivel de grosería, ensañándose con un chaval inocente y bonachón, y poner en riesgo el agradable transcurso de la celebración de cumpleaños de George. Se quedó perpleja, pidió disculpas a John, sumamente avergonzada, y regresó al salón a grandes zancadas. Estaba a punto de explotar del enfado. Iba con las cejas juntas y la boca abierta en embudo, mostrando los dientes de abajo y resoplando como un toro. Por más que intentaba descifrar el patético comportamiento de Sarah, no era capaz de encontrarle un ápice de sentido; solo quedaba pensar que el paso de los años estaba dejándola senil antes de tiempo.

Cuando irrumpió en el salón, enfrentó su mirada, llena de odio, con la de una madre inconsciente, que se había pasado de la raya. Sintió ganas de acercarse y pegarle cuatro gritos, pero finalmente actuó con sensatez y no montó el numerito por respeto a George. Relajó, como pudo, su terrible enfado antes de acercarse a su padre y fingir que John se encontraba regular por culpa de tanta comida y habían decidido marcharse. George hizo un gesto extraño y se quedó como estupefacto. Hacía unos minutos los había visto disfrutando como niños y saltando de alegría. Preguntó si todo estaba bien y no tuvo más remedio que creérselo. De camino a la salida, Mary volvió a mirar fijamente a su madre, quien para colmo permanecía indiferente, charlando a carcajadas con una prima lejana e ignorando la gravedad del bajuno comentario que acababa de escupir. Con templanza y mucho esfuerzo, volvió a controlar la furia que hervía su sangre y abandonó la pieza seriamente dolida por un gesto deleznable, verdugo de la prometedora velada. De nuevo en la cochera, volvió a pedir perdón al muchacho, que estaba triste y cabizbajo, sentado en el borde de la hermosa fuente barroca que escupía agua por cuatro caños. Mary no tenía culpa de que su madre fuera una maleducada, sin embargo, se sentía responsable del incidente por haber dejado solo a John más tiempo de lo debido, ignorando el peligro que corría. Se había dejado engatusar por la pasividad de Sarah el día que hablaron del chico con el que estaba saliendo, por el agradable recibimiento de aquella noche y por el falso guiño. Pecó de ingenua, pensando que su madre había cambiado y se estaba convirtiendo en una mujer respetuosa y comprensiva, que anteponía la felicidad de su hija a sus absurdas obsesiones de baronesa meticona, y se olvidó de que la gente no cambia, como mucho mejora con constancia y sacrificio. Era normal que Sarah no quisiera un mequetrefe holgazán, sin oficio ni beneficio, para su hija, que no era el caso, pero tampoco podía exigirle que se echara de novio a un joven hidalgo con títulos nobiliarios y tierras por el condado.

—No te preocupes, amor. Tú no tienes la culpa —dijo el muchacho, intentando tranquilizarla con un endeble achuchón a la altura de sus muslos. No podía verla mal, aunque, en realidad, quien más preocupado estaba era él. John siempre tuvo un runrún en la mente que le susurraba al oído, recordándole la diferencia abismal de clases que había entre ellos. Hasta entonces no le dio mucha importancia, pero esa noche se paró a pensarlo, atrapado por el envolvente sonido de la pomposa fontana. En mitad de un barullo emocional, se preguntaba cómo podría influir en su relación el hecho de venir de lugares tan diferentes. Mary vino al mundo siendo rica y había crecido en una enorme mansión, acunada por el calor de la alta burguesía, las comodidades y los lujos más extravagantes y él nació con lo puesto en uno de los peores suburbios del mundo, donde la delincuencia y la pobreza atufaban el ambiente renegrido de sus intransitables callejuelas. Sus vidas eran como el día y la noche y sus orígenes nada tenían que ver. El muchacho siempre había vivido al día, deslomándose para no ver la nevera desierta y soportando las discusiones de unos padres enfrentados, que no podían estar juntos. En cambio, Mary tenía la vida resuelta desde su nacimiento y su concepto del matrimonio era lo que había visto en casa: la unión de dos personas enamoradas que se procuran respeto, igualdad y ayuda. Las desemejanzas lo abrumaron, pero su naturaleza optimista lo salvó del hundimiento. No todo era desigualdad. Tenían cosas en común y compartían valores fundamentales. Eran humildes, respetuosos, empáticos y presumían de un gran corazón encelado, un espíritu trabajador y alguna otra similitud, de mayor importancia que sus discordantes raíces. Sin embargo, John ahora no pensaba en todo eso; solamente imaginaba que su envidiable noviazgo podía deteriorarse por motivos que no estaban a su

alcance y sintió puro temor. Se agobió una barbaridad, quería llorar a lágrima tendida, echar a correr sin rumbo y hasta llegó a pensar que Sarah podía tener razón. Qué iba a hacer un chaval humilde, de barrio obrero, con una ejecutiva de familia adinerada, además de amarla con todas sus fuerzas. Quizá el amor no era suficiente, o tal vez sí, porque Mary no se parecía en nada a su madre, una madre que podía comerle la cabeza y convencerla para que buscara un hombre de su estirpe, pero si no había conseguido domarla en tantos años, por qué iba a logarlo ahora. Estaba hecho un lío, haciéndose mil preguntas que él mismo respondía con absoluta indecisión. Subieron al auto abrumados por oscuros pensamientos, que daban cabida a la remota posibilidad de distanciarse por culpa de una persona que en el fondo lo deseaba y lo había demostrado con su bochornosa conducta, y se marcharon del lugar.

Un silencio irreconocible gobernaba el trayecto de vuelta, hasta que una pregunta interrumpió el sigilo.

—¿Serías tan amable de llevarnos a mi casa? —dijo Mary al conductor.

No quería terminar la noche alejándose sin antes haber acaramelado el ligero sentimiento de amargura que apagó sus voces risueñas y ensombreció sus ojos alegres de pareja enamorada. John giró el cuello bruscamente y miró a la joven. Estaba confuso y había aceptado la resignación de una velada perdida, pero pensándolo bien, no sería mala idea sentarse un rato a dialogar, en busca de alivio. Después de enfrentar unos segundos sus miradas deprimidas y de rozarse los labios con un beso fugaz, dieron el plan por bueno y cambiaron de rumbo. Nada más cruzar el umbral de la puerta, John comentó que aquella noche prefería la soledad de su vieja cama llena de muelles. No se encontraba del todo bien y quería tratar sus miedos con la almohada. Seguía resentido por el profundo corte que se había llevado. Tenía la extraña sensación de querer reaccionar a los estímulos de Mary, que intentaba hacerle entrar en razón con arrumacos y chascarrillos, pero un extraño atontamiento no le dejaba responder como es debido. Mary sujetó sus manos y quiso contarle algo que nadie, excepto George, sabía. Habló con él de su infancia acaudillada por Sarah, de la prohibición de relacionarse con niñas de otro estatus que no fuera el suyo y de la imposición de vestir tapada como una monja de clausura, con jerséis de cuello vuelto y faldas por los tobillos. Recordó, emocionada, cómo cada vez que iba a salir de casa su madre la abordaba con serias advertencias, diciéndole a qué lugares tenía que ir para que la alta sociedad viera a su hija rodeada de gente pudiente y amenazándola con duros castigos si no lo hacía. Revivió alguna de sus fuertes disputas y aseguró que cuanto más la presionaba para parecerse a ella, más repudiaba su estirada forma de ser. Estaba convencida de que la vulgar comparación de su madre jamás influiría en su romance novelesco y le pidió que olvidara para siempre lo ocurrido. John abrazó a Mary con fuerza, aliviando el pesar de sus malos recuerdos con un poco de cariño. Estaba orgulloso de la maravillosa persona que era y del coraje que demostró, siendo una cría, en la difícil batalla con Sarah. Aseguró que el incidente de la noche ya estaba olvidado, pero los síntomas de preocupación del muchacho no abandonaban del todo su rostro serio. Mary se agobió una barbaridad. No sabía qué más hacer para cerrar su herida, la desesperación aflojó sus fuerzas y se dejó caer en la alfombra de lana gruesa que cubría el comedor, suplicándole de rodillas que hiciera el favor de centrarse solamente en lo que ella sentía y se dejara de tonterías.

—Me encantas tal y como eres. ¡Te quiero! y eso no va a cambiar por nada del mundo.

Aquel «te quiero» incondicional aterrizó en el fondo del corazón malherido del joven, aliviando su

dolor con una hermosa declaración de amor eterno. Se quedó prendido, mirándola fijamente a los ojos. Permanecieron unos segundos embelesados en la misma posición, como si de una peculiar pedida de mano se tratase. John creía tener enfrente la obra de arte más bonita que jamás había visto y la contemplaba embobado, admirando su hermoso rostro aceitunado de proporciones perfectas, que brillaba con luz propia, y su escote embaucador, del que era imposible apartar la mirada. Estaba tan sexy vestida de gala y arrodillada en la alfombra que la imaginación del muchacho comenzó a volar entre nubes rojas de atardeceres fantásticos, al punto de desencadenar una enorme excitación. Cuando Mary se percató de su abultada bragueta, fruto de tiernas declaraciones y pensamientos lujuriosos, también se excitó y, sin pensarlo dos veces, desabrochó el pantalón de John, clavó la mirada en sus ojos y comenzó a saborearle despacio, sin distraerse de sus gestos de satisfacción, sus soplidos de placer y sus mordiscos en el labio. Su apetito descomunal no mermaba en cada bocado, sino todo lo contrario; sentía un hambre atroz que la obligó a devorarlo con fiereza, encharcando el suelo de saliva. Fascinado por el ardor de la práctica y sujeto a sus cabellos, John se dejaba llevar, acompañaba el movimiento y balanceaba la cintura como si estuviera copulando con su boca anegada. Por momentos, frenaban el entusiasmo para darse caricias y recuperar la conciencia, pero enseguida aumentaban el ritmo con ansias de elevarse a la cúspide del delirio. Mary creía estar sobre un manto de rescoldos, del calor que abrasaba sus adentros, y terminó por auparse y buscar la boca del joven para ahogar las ganas en sus besos húmedos. Con la ropa medio arrancada caminaron hasta el dormitorio sin despegar sus labios y a escasos centímetros de la cama, John colocó a la joven de espaldas. Terminó de quitar su ropa, besó su nuca, rozó su espalda con tiernas caricias que erizaron su piel como una escarpada cordillera y se dispuso a consumar un arresto en toda regla. Se quitó el cinturón de piel, pasó la punta por la hebilla y amarró sus manos atrás con un nudo corredizo. Arrodillada en la cama, con las muñecas sujetas, Mary apoyaba su cabeza sobre el mullido de la almohada y esperaba impaciente a que el juego continuara. Estaba ansiosa por sentirle dentro y recibir su merecido por haberle abandonado a sabiendas del peligro que corría con su madre al acecho. Giró el cuello y con mirada perversa preguntó:

—¿Me porte mal y vas a castigarme?

John asintió con gesto serio, se agachó a dar varios lametazos y comenzó a penetrarla con dureza. Sujeto al cinturón con la zurda, su mano buena azotaba el culo enrojecido de Mary, que a pesar de las potentes embestidas pedía más intensidad. Chocaba contra sus nalgas y apretaba fuerte en su más profunda intimidad, procurando satisfacer las exigencias de la joven y derritiéndose al verla desbocada, gozando entre delirios desenfrenados. Era una bomba de relojería que estaba a punto de detonar. Sus latidos palpitaban a toda mecha, hasta que un largo y potente gemido envolvió a Mary en una sensación increíble, que disfrutó con apasionantes temblores que sacudieron su cuerpo candente e, incapaz de aguantarse, John descargó un volcán de ganas contenidas dentro de ella.

Tendidos en la cama, uno encima de otro, resbalando entre chorros de sudor, suspiraron derrotados por el huracán de lujuria que acababa de pasarles por encima. Tenían la sensación de flotar en el aire debido a la mezcla de amor y pasión que se respiraba en el cuarto. Se besaron suavemente y dieron gracias de no haberse despedido lastimados por una absurda opinión, para seguir dando vueltas al asunto en la más inhóspita soledad. La noche terminó como bien merecía.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, enfrentaron sus miradas y se volvió a crear esa magia tan

especial que entre los dos existía. En la mente de John surgió el deseo de amanecer juntos cada día, mientras ella lo miraba, fijamente, sin poder parar de hacerlo. Después de unas caricias y un sensual besuqueo, sus cuerpos se aproximaron como si dos imanes fueran y sin apenas darse cuenta estaban sintiéndose de nuevo, fundidos en un solo pedazo. Colocados de perfil, comenzaron a moverse despacio, apreciando al máximo el roce de un movimiento que les mantenía sumidos en un mundo de colores. Sentían un gusto desmesurado por la tierna y sedosa forma de hacerlo. A pesar de los intentos, ninguno pudo resistir demasiado y terminaron eyaculando, envueltos en esa cómoda postura. Fue un momento tan delicado y placentero que dejó a la pareja inmóvil en la cama, preguntándose si acaso habían despertado o solo fue un bonito sueño. Sin separarse un centímetro, volvieron a dormitar y al rato amanecieron con una pereza terrible, que no les dejaba escapar del calor del edredón. Era domingo, el plato fuerte de la semana para John, y tocaba espabilarse. Necesitaba coger fuerzas para afrontar otra dura jornada en el nuevo restaurante. Mientras Mary se daba una ducha, exprimió unas naranjas, hizo café, tostó unas rebanadas de pan y desayunaron juntos antes de despedirse un poco más enamorados. Mary aprovechó la mañana para ir de tiendas y disfrutar de su gran devoción. Todo lo relacionado con la moda alumbraba sus días más grises, dibujaba sonrisas a sus tardes apagadas por el aburrimiento y ponía remiendos de indiferencia al mayor de sus problemas. Estuvo dando vueltas por las tiendas del centro, probándose modelitos de las últimas colecciones, luciendo complementos a juego y terminó con un puñado de bolsas llenas de ropa con la que seguir desbordando sus armarios atestados. Andaba distraída, midiéndose un bonito abrigo marrón fabricado en Italia, de lana virgen reversible, con cinturón de atar y bolsillos de parche, cuando miró el reloj y vio que marcaba el mediodía. Volvió a entrarse su ropa, fue a por el coche y puso rumbo a casa de sus padres. Estaba ansiosa por mantener una conversación que había quedado pendiente la noche anterior, cuando la mala educación de Sarah brotó con osadía. Al llegar encontró a su madre en la cocina, sorprendida por la repentina visita y sin un simple saludo de por medio, lanzó una pregunta con aires de indignación. Quería averiguar qué pudo pasar por su mente para cometer esa falta de respeto hacia John, que ante todo era una buena persona y no merecía ningún desprecio.

—Ojalá demostraras la mitad de educación que él —terminó reprochándole.

Sarah no era consciente de su miserable actitud. Tenía la cabeza llena de pájaros que nublaban su poca sensatez y quiso apaciguar la situación, alegando que solamente velaba por su futuro y quería lo mejor para ella, pero Mary no estaba dispuesta a calmarse con el típico pretexto. Continuó demostrando su enfado, agradeció una ayuda que nadie le había pedido y reivindicó en tono soberbio el derecho a decidir a quién quería en su vida. El escándalo de voces alertó a George, que dejó a un lado sus tareas de jardinería y acudió a comprobar lo que sucedía. Curiosamente, ignoraba el verdadero motivo que obligó a su hija a marcharse en mitad de la importante celebración. Parecía extraño que no estuviera al corriente del espinoso percance, pero la comunicación con su mujer era prácticamente inexistente y por esa razón, entre otras no menos importantes, el matrimonio no atravesaba su mejor momento. Mary se calmó con la presencia de su padre y comenzó a explicarle por qué andaban dándose voces de pregonero. En cuanto supo de la ofensa hacia el muchacho, George se indignó con gran vehemencia y reprochó a su esposa un comportamiento que dejaba mucho que desear en una señora de su clase. Aseguró que mientras John cuidara de ella y amara hasta el último de sus defectos,

como sin duda ocurría, todo lo demás no le importaba en absoluto. Al revivir el incidente, Mary volvió a experimentar el mismo sentimiento triste que a punto estuvo de lastimar su relación. Por un momento pensó, torpemente, en reprimir su quebranto, pero corría el riesgo de enquistarse, así que optó por sacar la rabia contenida y buscar el apoyo paterno que siempre tuvo. Subió a su cuarto, enfuscada y lagrimosa, martilleando con los zapatos por la amplia escalera imperial y se tiró boca abajo en la cama. Seguía afectada por lo ocurrido y, aunque John parecía recuperado de las heridas después de una increíble noche en llamas y un tierno amanecer, el miedo a cualquier imprevisto que pudiera enturbiar su idílico compromiso amargaba su existencia.

A los pocos minutos apareció George en la habitación, se sentó junto a ella y procuró tranquilizarla con cariño, comprensión, buenos consejos y un achuchón de oso amoroso. Estuvieron charlando de amoríos y desengaños y de toda la conversación hubo una frase que alegró de un plumazo los ojos tristes de la joven. George estaba convencido de que todo pasaría de largo, sin mayores consecuencias que unos minutos de agobio y caras tristes, si de verdad se amaban. Mary tenía al mejor confidente del mundo, un padre que estuvo en sus peores momentos, interponiéndose en las fuertes disputas con Sarah, debatiendo sus absurdas manías y levantando sus castigos injustos; un padre que escuchaba con atención los problemas de su pequeña, secaba sus lágrimas con el roce de un abrazo y fomentaba su ambición, caminando erguido con la empresa familiar a sus espaldas; un padre que representaba un pilar fundamental en su vida, donde siempre podría apoyarse a resollar y coger impulso. El amparo de George y su buen parecer consiguieron frenar su acelerada respiración, silenciaron sus malos augurios y bajó del cuarto mucho más calmada. Aquella mañana, Sarah terminó dándose cuenta de que había metido la pata hasta el fondo, pidió perdón, agachó las orejas y aseguró que no sabía en qué estaba pensando. Tal vez fue una traición del inconsciente, masculló a los dos minutos sin levantar la mirada del suelo.

La disculpa era obligatoria y en apariencia sincera, de modo que Mary no tuvo más remedio que aceptarla y confiar en sus palabras. Con los ánimos calmados tomaron asiento en la enorme mesa de mármol del comedor y respiraron un ambiente apacible en la comida. Desde que la joven comenzó a rebelarse y brotaron los enfrentamientos entre madre e hija, George había puesto en marcha una persistente y difícil labor para que no terminaran cada una por su lado. Después de cada discusión, entraba en escena haciendo de pacificador con ocurrentes artimañas y métodos disuasorios y en esta ocasión intentó que se reconciliaran con una tarde en familia fuera de casa. Añoraba viejos tiempos, cuando planes de este tipo sucedían con relativa frecuencia y aunque era casi imposible que tuvieran una buena relación, no cesaba en el intento y se conformaba con que acercaran posturas. La propuesta de George no causó mucho entusiasmo. Por el gesto amargo que pusieron al escucharla no parecían dispuestas a colaborar en su misión imposible, pero algo se les debió remover por dentro, cruzaron un par de miradas conciliadoras y terminaron aceptando a regañadientes. Barajaron varios planes y escogieron la opción de la bolera, donde, por sorpresa, disfrutaron de una tarde divertida, olvidándose por un momento de las disputas, alejándose del orgullo y apostando por la valiosa familia que, independientemente de sus diferencias, debe permanecer unida. A partir de entonces prometieron que iban a poner de su parte, a relajar la tozudez, a dar su brazo a torcer y a ser más comprensivas, enterraron el hacha de guerra y lucharon por una convivencia agradable y un mundo mejor.

Capítulo VII
Evocando certidumbre

> «Cuando tienes una ilusión y, a sabiendas del largo recorrido que supone alcanzarla, decides ir a por ella, hay que ser consciente de que la vida te pondrá impedimentos en el camino y debes prepararte para lidiar con días malos, tropiezos, heridas y fracaso. Pero al final del recorrido, más corto de lo que parecía en un principio, encontrarás la recompensa y todo el sufrimiento habrá merecido la pena. En cierta medida, eso mismo sucedería en el Henry's».

El nuevo equipo funcionaba a pleno rendimiento para atender el trajín de comensales que acudía cada día al restaurante y satisfacer el servicio a domicilio, que hablaba de los orígenes del local y seguía en pleno auge, con el teléfono echando humo. No daban abasto a apuntar comandas, sacar comida, preparar mesas y entregar la gran cantidad de pedidos que servían en una sola jornada. La plantilla se quedaba pequeña y tenían que doblar turnos, echar horas extraordinarias y ocuparse de cualquier faena, aunque no fuera la suya. Los repartidores dejaban el ciclomotor en la puerta y pasaban a servir refrescos o a tomar nota a los clientes mientras terminaban de preparar el siguiente pedido, los camareros salían a cargar el baúl de las motocicletas cuando los conductores no tenían tiempo ni de bajarse, y los cocineros abandonaban los fogones para ir a entregar platos, porque se estaban quedando fríos y los mozos andaban entretenidos atendiendo mesas. Siempre que podían echaban una mano al compañero, que sirviera de eslabón, para no romper la cadena humana que trabajaba en el Henry´s ofreciendo bocados de felicidad y repartiéndolos por cualquier rincón de la ciudad. El local cogió tanta fama que puso en riesgo la estabilidad mental de sus empleados y del propio jefe, a quienes acechaban los problemas de ansiedad, el estrés, la depresión o las adicciones. No podían defraudar a toda esa gente del vecindario, de la otra punta del condado y hasta de lugares remotos que llegaba al restaurante entusiasmada a disfrutar de una exquisita gastronomía de lo más variada. Lo daban todo por complacerles, pero tenían que andarse con ojo si no querían sufrir las consecuencias de la popularidad. Según el patrón, la clave era desconectar del trabajo al cruzar el umbral de la puerta y relajarse con ejercicios de meditación, técnicas de respiración y hábitos saludables, pero lo único que hacían una vez terminada su jornada era echarse a dormir. Henry había hecho una gran inversión y cada mes tenía que pagar las facturas de los proveedores, las nóminas de los empleados, la seguridad social, los impuestos y las cuotas del préstamo que tuvo que mendigar a un puñado de directores de banco duros de roer, con sus respectivos y elevados intereses. Empleaba los beneficios en atender un montón de pagos y devolver el dinero prestado y de momento no sacaba ni un duro limpio. Si no quería morir de un patatús iba a tener que esperar sentado, con paciencia de observador de estrellas, para ver la rentabilidad de un negocio que había arrancado bien y con el tiempo acabaría siendo lucrativo, pero a día de hoy andaba con el agua al cuello y tenía que agradecer al personal que hiciera un sinfín de labores por un sueldo menudo, sin rechistar. «Me río del que dice que ser empresario es pan comido, me gustaría verlo aquí,

trabajando de balde y jugándose los cuartos. Es mucho mejor ser un mandado, te quitas de problemas y a final de mes pones la mano», gruñía Henry entre dientes frente a sus trabajadores. La plantilla era de lo más variopinta. Tenían un par de camareros en sala. Estaba Celeste, una chica latina de piel canela, pelo negro como el carbón, ojos verde esmeralda, cuerpo chaparro y curvas generosas, que estaba en la flor de la vida y no paraba quieta desde que entraba por la puerta, y Ernesto, un gringo delgaducho y espigado, con calvicie avanzada, que por mucho sol que tomaba, su piel seguía luciendo un blanco nuclear que hacía daño a la vista. Ernesto no se movía con la agilidad de su compañera y hasta era un poco torpón, pero ponía empeño en lo que hacía e intentaba seguir el ritmo a Celeste, hipnotizado por el balanceo de sus muslos y sus melosos comentarios. Al otro lado de la barra estaba Emma, una mujer de Europa del Este, de piernas largas y pelo lacio, con los pómulos marcados, la barbilla pronunciada y las mejillas rosadas, que siempre estaba sonriendo y cautivaba a los clientes con su gesto alegre y su aspecto de modelo de pasarela. Haciendo labores de pinche de cocina estaba Jian Li, un fornido jovenzuelo de origen asiático, unicejo y servicial, con el rosto terso y ovalado, hoyuelos en los mofletes y una tupida cabellera cuadrada en forma de cepillo, que ayudaba a Henry a preparar la comida y aportaba sabiduría con alguna técnica de la apasionante cocina oriental. John y Mohamed se encargaban del reparto, del mantenimiento de los ciclomotores, de arreglar desperfectos, de descargar el camión de materias primas y de cualquier otra cosa que hiciera falta. El equipo no contaba con la experiencia de una década en hostelería, pero tenían ganas de trabajar y de aprender y se dejaban la piel por el negocio, que era lo importante. Pasaban el día entretenidos en sus labores y las del compañero, desbordados por la gran demanda y sumergidos en una situación caótica, que pronto exigió una redistribución de las tareas. Henry tomó las riendas por obligación y comenzó a asignar nuevas responsabilidades a los empleados. Había que organizar el desconcierto de un restaurante primerizo que empezaba a levantar el vuelo, hacer algunos ajustes y traer refuerzos para desahogar el sofoco de un servicio desbordado. Mohamed se puso el delantal y echó una mano en la cocina, donde se desenvolvía de maravilla, Emma siguió en la barra sirviendo refrescos, cafés y batidos y alegrando a los clientes con su apariencia angelical, y Ernesto tuvo que dejar las bandejas y marcharse a las calles a repartir, porque todos los días rompía un par de platos, se agobiaba con el jaleo de la sala y el ritmo frenético del servicio y era buen motorista. En su puesto entró un primo hermano de Celeste que había trabajado de camarero en un bar de copas y se desenvolvía con la misma soltura que ella. Además, contrataron a una joven española que estaba de intercambio en la ciudad, cuidando niños y aprendiendo inglés, y venía a echar una mano los fines de semana y días festivos. El obligado reajuste y las nuevas incorporaciones aliviaron al personal, que pudo centrarse en lo suyo y ofrecer a la clientela un mejor servicio. Henry nunca había dirigido un grupo considerable de gente ni era experto en gestionar un restaurante. De primeras pensó recortar en gastos para que entrara algo de dinero en su cuenta de banco, amenazada por el color rojo de los próximos pagos, sin embargo, terminó invirtiendo en el futuro del restorán y el desahogo de su gente y fue todo un éxito. Ahora los empleados trabajaban más a gusto, tenían un mayor rendimiento, el local daba más comidas, entregaban más pedidos y creció la facturación. Con la acertada maniobra, Henry pudo recuperarse antes de la bancarrota, relajar su inquietud y poner la calefacción en casa. Llevaba un par de meses calentándose a base de mantas y poniendo una bolsa de agua hirviendo dentro de la cama para no sufrir espasmos al entrar.

En esa época el Henry´s funcionaba de maravilla. Reinaba la paz y la armonía. Canalizaron el estrés con más horas de descanso, serenaron el caos con respiraciones profundas y nuevos métodos de trabajo, ordenaron la confusión con un entorno apacible y el optimismo se instaló entre las filas del restaurante. Henry apenas salía de la cocina. Mantenía los cinco sentidos puestos en sus creaciones culinarias y elaboraba auténticos manjares mano a mano con Jian Li, un aprendiz que se estaba convirtiendo en un gran chef y terminaría superando al maestro. Juntos crearon platos deliciosos, fusionando la comida tradicional que Henry había aprendido de sus antepasados con recetas ancestrales de la bisabuela de Jian, que el joven guardaba en una vieja libreta demacrada, escritas en un antiguo dialecto chino que incluso a él le costaba entender. Elaboraron una especie de sushi relleno de cochinillo asado, sobre una cama de puré de patata y salsa agridulce; un Ramen con judiones y carrilleras de ternera, en lugar de fideos y medallones de cerdo; el famoso pato pekinés, pero guisado al ajillo con unas bolas de masa de pan con ajo y perejil; mariscos que maceraban en soja y luego cocinaban con recetas de toda la vida y otras muchas invenciones que causaron furor entre los clientes. Formaban un buen equipo. Henry ponía la sabiduría y los años de experiencia y Jian Li el atrevimiento, la osadía y las ganas de descubrir que ofrece la juventud.

Una mañana llamó un tipo preguntando por el dueño. Henry salió de la cocina refunfuñando. Pensó que llamaban de la sucursal porque habían cargado la cuota del préstamo y los números de su cuenta habían cambiado a un color encarnado. Ahora tendría que hacer un ingreso en ventanilla con el poco efectivo que guardaba bajo el colchón, por si la cosa se ponía fea o llamaban a su puerta los efectos de la vejez y tenía que buscar asilo en una costosa residencia de mayores. Sabía que algún día, más pronto que tarde, iba a llegar el momento de no poder valerse por sí solo y tendría que pedir ayuda, volver a llevar pañales y andar a trompicones, como cuando era niño. Lo único que deseaba era caer en buenas manos y que sus futuras cuidadoras fueran personas de buen corazón y no unas desalmadas sin escrúpulos ni paciencia, que lo zarandearan por no abrir la boca para comerse un puré insípido y viscoso o anduvieran gritándole por hacerse sus necesidades encima. Solo de pensar que podía ser maltratado y humillado y no iba a tener fuerzas para levantarse de la silla a liarse y bastonazos sentía un pánico terrible y prefería morir solo en el sillón de su casa, entre una maraña de ropa sucia y un fuerte hedor a falta de higiene. Cogió el teléfono enrabietado y preguntó que quién llamaba, con voz ogro y soplidos de mala leche. Por suerte para ambos, no era ningún empleado del banco, sino un señor agradable con once hijos casados, quince nietos y dos bisnietos que quería celebrar una gran cena para toda la familia. El tipo preguntó si sería posible cerrar el local a cambio de una importante suma de dinero que cubriera el menú y compensara el lujo de tener un sitio así para ellos solos. Henry no se lo pensó dos veces y aceptó atrancar las puertas del restaurante el próximo miércoles por la tarde para dar una gran cena familiar y engordar sus pobres arcas. Después de concretar algunos detalles con el hombre y hablar de los gustos culinarios de la prole, estuvo echando cuentas y en pocas horas ibas a ganar más pasta que en cuatro días enteros trabajando sin parar. Aquella noche se marchó a casa motivado por la propuesta, se acostó a las tantas de la madrugada, maquinando qué podía ofrecerles de comida, y al día siguiente tenía preparado un sabroso y variado menú. Para abrir boca, pensaba poner tartaletas de hojaldre, mini cuencos de ensalada de alcachofas y salmón, medias lunas calientes, rellenas de cuatro quesos, distintos tipos de sushi y croquetas caseras de diferentes sabores. Luego tendrían que

elegir un plato principal entre cuatro deliciosas ofertas: rape al horno de leña, con madera de encina; brochetas de solomillo de choto con salsa teriyaki, tofu marinado con champiñones o pastel de cabracho con huevas de bacalao por encima. De postre sacaría un delicioso surtido de dulces caseros para cada cuatro comensales y unas botellas de licor artesano al centro, con vasos de chupito para que pudieran servirse a su antojo. Las copas de brandy, whisky escocés, ron añejo y demás bebidas destiladas no estarían incluidas y habría que abonarlas a parte. A don Federico, el señor con numerosa descendencia, le pareció estupendo cuando se lo explicó por teléfono.

Un día antes de la celebración, Henry reunió al personal en el comedor del restaurante a primera hora de la mañana y estuvieron hablando del asunto. Era la primera vez que organizaban una comilona para tantas personas y no quería dejar nada en manos del azar. Mandó a John y a Ernesto a hacer la compra al supermercado de las afueras, que vendía género al por mayor y era más económico; se sentó con Jian Li y Mohamed a enseñarles la carta que había preparado, para que se fueran empapando y aportaran ideas; estuvo maquinando con Celeste y su primo la forma de colocar las mesas, avisó a la estudiante española para que viniera a echar una mano y comenzó la cuenta atrás. La noche de la cena el equipo estaba nervioso, pero el más inquieto era Henry, que no sabía sin con un par de ayudantes en los fogones y tres camareros inexpertos iba a ser suficiente para atender a más de treinta comensales al mismo tiempo. Estuvieron ultimando preparativos, comprobando la temperatura del horno, por si tenían que echar más leña al fuego, revisando las cámaras por si había que meter más bebida y se prepararon para recibir a los clientes. Henry había dado la noche libre a los chicos del reparto, que estuvieron ayudando a organizar la sala, pero cuando estaban a punto de salir por la puerta, reclamó a John.

—¡Espera, hijo! Me preguntaba si no te importaría quedarte a echar una mano, ando un poco agobiado y había pensado que no estaría de más contar esta noche con un mozo espabilado como tú. Dijo con ojos de cachorro hambriento.

John no se lo pensó dos veces. Salió corriendo al pequeño cuarto donde estaban los vestuarios y cambió el viejo gabán y la ropa amplia que usaba para el reparto por uno de los elegantes uniformes de camarero que Henry tenía de repuesto, plastificados e impolutos en las cajas en que llegaron. Se puso una camisa negra abotonada hasta el gaznate, unos confortables pantalones brunos de vestir, un mandil grisáceo y una boina a juego, con el logotipo del restaurante en la nuca, y regresó al comedor como una exhalación. Henry reunió a los empleados en un corro, dio las últimas indicaciones antes de comenzar el servicio y cuando terminó la charla, John se acercó a él, agitado por los nervios.

—¡Señor!, ¿yo qué hago exactamente? —dijo el joven con la voz tartajosa y el rostro expectante, a lo que su jefe respondió:

—Pues estar atento y ser tú mismo.

Era muy fácil decirlo, pero trabajar cara al público tenía lo suyo. John nunca había servido a otra persona que no fuera su madre, poniéndole la cena o el desayuno, y rebosaba inquietud. El único trato directo que había tenido con los clientes fue trabajando allí mismo, cuando entregaba la bolsa de comida y les deseaba buen provecho. No sabía cómo actuar ante las quisquillosas reclamaciones de los comensales, sus preguntas rebuscadas o, en algunos casos, su mala educación. Le faltaba la experiencia de haber trabajado de mesero y poder escurrir el bulto echando la culpa a un despiste en cocina o

poniendo una falsa sonrisa, pero tenía el don de adaptarse a las circunstancias y defenderse como gato panza arriba en cualquier oficio desconocido. No era la primera vez que iba a tener que aprender sobre la marcha, fijándose en el compañero o recurriendo a la imaginación, de modo que se armó de coraje y consiguió serenarse.

A las ocho en punto de la noche comenzó a llegar la prole de don Federico. John se acercó a la puerta a darles la bienvenida, sujetó sus abrigos de invierno y les invitó a tomar asiento. No era costumbre en el Henry´s agasajar a los clientes con un espléndido recibimiento, procurando que se sintieran como en casa de un marqués, arropados por una atenta servidumbre, pero Celeste y su primo apoyaron la iniciativa y siguieron los pasos del muchacho, que actuó como hacía muchas tardes, cuando su madre llegaba cansada de dejarse los riñones en el trabajo y corría a consentirla. Con todos los miembros de la familia acomodándose en sus asientos y los más pequeños correteando entre las mesas, colgaron el cartel de cerrado y se pusieron a la tarea. El servicio comenzó con los mozos tomando nota de las bebidas, los cocineros emplatando entrantes fríos, horneando las medias lunas de queso y friendo croquetas y patatas para los niños; Emma, en la barra sirviendo refrescos y John, un poco perdido en medio del ajetreo. Todo iba sobre la marcha, hasta que llegó a la cocina un batiburrillo de comandas que cubrió el tablero de corcho, donde solían sujetarlas con una especie de chincheta, y brotó la confusión. Se armaron un pequeño lío a la hora de recoger los platos y entregárselos a cada comensal y se vieron las primeras caras de desagrado y manos levantadas en la sala. En mitad del agobio John sintió la necesidad de poner orden y, como por ordenamiento divino, fue arrastrado por la misma fuerza sobrenatural que tantas veces lo llevó a mediar entre sus padres en busca de calma y soluciones. Tenía una extraña destreza dormitando en su interior, que solo despertaba con los ánimos agitados. De tanto ponerla en práctica desde pequeño, sosegando peleas en casa y buscando la paz familiar, se había quedado implantada en su forma de ser y ni siquiera lo sabía. Comenzó a mediar entre la sala y la cocina, cambiando órdenes incendiarias por agradables súplicas, a pasear entre las mesas, preocupado por lo que necesitaban los comensales, viendo si falta vino en sus copas o pan en los cestos. Observaba los platos con discreción y cuando veía uno medio vacío iba avisando en cocina para que fueran preparando el siguiente. Tuvo una serie de detalles de buen metre que solamente había observado en una ocasión, la única vez que asistió a una cena de alto nivel, la noche del cumpleaños de George. Gracias a su faceta de gran observador, se había impregnado, sin darse cuenta, de las buenas maneras del personal de servicio que atendió a los distinguidos invitados de George, las puso en práctica como por arte de magia y consiguió desatascar el servicio. El joven dejó impresionado a los clientes, a sus compañeros y al propio Henry, que se quedó boquiabierto viendo la pericia del muchacho y se quitó el sombrero. Pensó que era una cualidad innata de John y que había nacido para la hostelería o que fue tocado por una varita mágica en el parto, sin saber que solo calcaba a la perfección los gestos dignos de admirar que llamaban su atención. Trajeron los abrigos y ayudaron a protegerse del frío a los clientes, que marcharon encantados con el local, la comida y el trato recibido. Henry felicitó a sus trabajadores. Se habían dejado la piel por sacar adelante el complicado servicio y merecían un reconocimiento, pero sobre todo quiso premiar la actitud de John con unas bonitas palabras, porque, sin haber cogido una bandeja, ni cantado una comanda, se desenvolvió de maravilla. Había recurrido a él para cubrirse las espaldas y que pudiera echar una mano, acarrear bebidas, tomar notas o hacer tareas de novato y acabó

llevando la voz cantante del grupo y salvando una situación que rozó el desastre. Dio la impresión de que llevaba toda la vida dirigiendo la sala de un restaurante, solo por haber estado atento unos minutos al impresionante servicio que observó en la mansión de los padres de Mary, del que quedó prendado por su finura y maestría. Tenía una facilidad increíble para recordar momentos bonitos y actuaciones memorables de las que sacar provecho, una soltura envidiable para olvidarse de lo malo y una inquietud pasmosa que le llevaba a estar atento a cualquier detalle. John actuó por acto reflejo y con sentido común. No era consciente de la dificultad que entraña coordinar un servicio como el de aquella noche, pero cuando se paró a pensarlo, admitió estar sorprendido con su hazaña.

A raíz de la gran cena, se corrió la voz de que en el Henry´s se celebraban bodas, bautizos y comuniones y comenzaron a llamar clientes preguntando si ofrecían ese tipo de servicios. Henry vio un filón en el asunto y puso un cartel en la entrada promocionándose. A las pocas semanas festejaron el dieciséis cumpleaños de una niña repipi, que llegó de la mano de su madre, con un enorme lazo fucsia en la cabeza y un vestido rosa de princesa infantil, y no se despegó de ella en ningún momento. Prepararon una deliciosa merienda con aperitivos calientes, sándwiches de crema de cacao, queso de untar y distintos patés, pusieron globos y banderines por todo el local, servilletas de colores, cuencos de gominolas y piruletas de fresa con forma de corazón y elaboraron una enorme tarta rosada de tres pisos con una figurita comestible de la bella durmiente en lo alto, a petición de los padres, dos románticos empedernidos que vivían su romance como en un cuento de hadas y seguían diciendo aquello de «cuelga tú» cuando terminaban de hablar por teléfono. Henry decidió poner a John al mando de la sala. Quería darle la oportunidad de lucirse de nuevo o demostrar que el día de la cena de don Federico solo tuvo una buena noche, pero el muchacho volvió a dar la talla y a coordinar el servicio a la perfección.

Con el tiempo aumentó la demanda de celebraciones a puerta cerrada y cada semana festejaban algo. Celebraron las bodas de plata de un matrimonio de homosexuales que acababan de ser padres, el bautizo de dos mellizos de diferente raza, porque se dio una curiosa combinación genética en la que en uno de los niños predominó la etnia del padre, un corpulento senegalés, y en el otro la de la madre, una mujer asiática de un metro cincuenta de estatura; la despedida de soltera de una joven insensata, que poco más tarde arruinó la boda, porque acabaron en un club de estriptis con la futura novia cabalgando sobre un mulato musculoso de apariencia sobrehumana y todo tipo de celebraciones, con John al frente del grupo, haciéndolo como si lo hubiera mamado. Poco a poco se fue ganando la confianza del jefe y el respeto de los compañeros. Cada vez estaba más presente en los servicios de mesa, usaba más el lustroso uniforme de camarero que el viejo gabán desgastado de un antiguo compañero y andaba más a la carrera por el comedor que pilotando el ciclomotor abrigado con tres capas de ropa por las gélidas calles de la ciudad.

Un buen día, Henry decidió sacarle definitivamente del reparto y lo puso al cargo de la sala. A pesar de haber demostrado su destreza en el comedor en momentos de necesidad, John siguió batallado con firmeza, entregando comida en la motocicleta, subsanando el deterioro y haciendo de recadero, pero en el fondo estaba cansado de aguantar el frío en el cogote, el olor a combustible de las motocicletas y el follón de vehículos en las horas punta. Quería desempeñar otras tareas desde el mismo día en que comenzaron las obras del nuevo proyecto, pero no quiso decir nada por no dejar a Henry colgado con

el reparto ni escuchar una negativa por su parte que pudiera atufar el buen ambiente de trabajo. Siempre que volvía de repartir se quedaba embobado mirando las mesas y el trajín de comensales y pensaba que podía desenvolverse bien en la sala, como terminó demostrando. El día que se hizo oficial su ascenso dio un salto de alegría y se arrojó al pescuezo de Henry. Estaba rebosante de orgullo y muy agradecido por el cargo, pero en vez de creerse el mejor, pensó que tenía mucho que aprender y no pensaba dejar de hacer recados, descargar género o arreglar cualquier desperfecto. Había llegado hasta ahí por su humildad, su buen corazón y la decisión de Henry y no iba a defraudar a ninguno de los tres, relajándose en las tareas o actuando con aires de grandeza.

El novato director debía encargarse de mantener la armonía en la sala, controlar que los clientes estuvieran bien atendidos y asegurarse de que el continuo flujo de comandas que entraba en la cocina coincidía en tiempo y orden con los platos que salían a los pocos minutos. No era nada nuevo para John, porque ya lo había hecho en cada una de las celebraciones y siempre que Henry se lo pidió, pero ahora tendría que hacerlo a diario. El muchacho se puso las pilas y se apuntó a un curso de formación para metres, donde aprendió mucha teoría del oficio, que más tarde puso en práctica en el restaurante. Acudía dos veces por semana a las aulas de una escuela de cocina, frente al museo de Ciencias, con otros diez compañeros que aspiraban a un empleo como el suyo, y se instruía a las órdenes de François, un prestigioso cocinero gabacho que llevaba más de cincuenta años en el mundo de la alta cocina y en sus ratos libres hacía de maestro. Allí se empapó de los mismos protocolos de actuación que había visto en el cumpleaños de George y de otros que no conocía, explicados al detalle y con la finura propia de un refinado chef galo. François instruía a los alumnos sobre cómo tratar posibles reclamaciones o cómo se realiza el inventario de un restaurante, repasaban las técnicas del servicio de cocina, según el tipo de establecimiento, hacían catas de vinos y hasta aprendieron un nivel básico de inglés. Fue un curso muy productivo del que todos sacaron rédito. John siempre llegaba contando lo que había hecho en clase y, de alguna forma, los demás empleados y el propio Henry se ilustraban con sus observaciones y con los sabios consejos de François. Había dado los primeros pasos en el oficio de una forma autodidacta, poniendo los cinco sentidos en el servicio de cena del cumpleaños de George e imitándolo a la perfección en el restaurante de Henry, pero desde que entró en el negocio estuvo absorbiendo cada una de las destrezas que su jefe había perfeccionado con el paso de los años en la lucha diaria. John no quitaba ojo al maestro, como llama cariñosamente a Henry, que no tenía la veteranía de un experto restaurador, pero conservaba la sabiduría de un excelente cocinero y un viejo espabilado. Llevaba más de cuarenta años en el oficio, pero no siempre estuvo entre fogones. Trabajó de repartidor en el servicio postal, pateándose la ciudad calzado con unas viejas alpargatas y un enorme zurrón de cuero negro colgando del hombro, lleno a rebosar de correspondencia, pasó unos meses poniendo desayunos y botellines en la cantina de una base militar, hizo de limpiabotas, de recadero y de niño hormiga, acarreando bultos que triplicaban su peso con un carro de equipajes en la antigua estación de ferrocarril y estuvo empleado en otras muchas cosas antes de montar su pequeño negocio de comida para llevar. Estaba harto de tratar con personajes, cada uno de su padre y de su madre, tenía mucha picardía y buen ojo para calar a las personas. Había visto de todo pasar por el local. Se topó con embusteros camuflados de inocentes trabajadores, holgazanes que aparcaban la bicicleta en la puerta de una tasca y tardaban horas en regresar de un reparto, apestando a licor, chavales nobles que pedaleaban

con el alma de un ciclista, empleados que pedían adelantos y desaparecían a mitad de mes, vio esfumarse dinero de la caja, comida de las neveras, y solo con mirarte a los ojos sabía más de ti que tu propia madre. A John esa habilidad y otras muchas costumbres de Henry le parecían admirables e intentaba copiarlas, pero no era una tarea fácil. Solo conseguiría aprenderlo con el paso del tiempo.

El muchacho estuvo caminando a machetazos por selváticas jornadas de trabajo, donde lo pasaba realmente mal en su afán de que todo resultara impecable. No era lo mismo dirigir la sala de pascuas a ramos que hacerlo todos los días, con el desgaste que suponía, pero además de fatiga y estrés, fue cogiendo una destreza prodigiosa. Estaba atento a cualquier movimiento, llamaba a los clientes por su nombre y antes de que tomaran asiento ya tenían en la mesa un vino de su agrado y su aperitivo favorito. A los más conocidos ni siquiera les tomaba nota como es debido. Sabía más o menos sus gustos y siempre acertaba con los platos que proponía. Todo el mundo estaba encantado con el joven metre. Los caballeros estrechaban su mano, agradeciendo la cercanía y el buen servicio y alegrándose de volver a verle; sus esposas sonreían como pánfilas y las solteras, directamente, se lo comían con la mirada. En poco tiempo John cosechó un importante progreso que no había caído del cielo. Fruto de su implicación en el negocio, sin esperar nada a cambio, de un esfuerzo imperturbable, a pesar de la carga que soportó, y de la insistencia por mejorar cada día, había pasado de ser un simple repartidor, que molía sus piernas a bordo de una antigua bicicleta, a ocupar el puesto de encargado en el restaurante con una actitud asombrosa.

Todas las noches, al terminar la faena, el muchacho se quedaba despachando con Henry. Analizaban cómo había transcurrido el servicio e intentaban mejorar, atendiendo las críticas de los clientes, haciendo hincapié en sus reproches, revisando qué platos eran los más pedidos y cuales los menos valorados, en busca de una carta suprema. Querían alcanzar la perfección, aun sabiendo que no existe, y limaron algunos aspectos, por si estaban confundidos y podían acariciarla. La idea era continuar afinando ese prometedor restaurante, donde la alegría reinaba por encima del agotamiento, en un comienzo sobre ruedas por una empedrada travesía. El personal se sentía orgulloso, viendo que su esfuerzo merecía la pena. Estaban convencidos de que mantenerse erguidos por aquel camino empinado era la llave que abriría las puertas del triunfo y con el tiempo confirmaron su teoría. Después de pasarlas canutas en jornadas interminables, de llegar a casa con dolores y calambres musculares, de muchas horas en pie y un ligero estrés postraumático que afloraba en insomnios y cefaleas, recibieron su recompensa. Unos meses antes de Navidad se celebró un importante concurso culinario en la plaza Mayor. Montaron una enorme carpa industrial de lona impermeable, pusieron cientos de sillas, tableros de aglomerado formando mesas infinitas y estufas de gas portátiles con forma de seta. En primera fila se colocaron los miembros de un exigente jurado, compuesto por cinco críticos gastronómicos de paladar exquisito, que tenían que valorar la creatividad, la presentación y la armonía entre los ingredientes de algunos de los mejores platos de una docena de restaurantes que se presentaron al certamen. La gente se agolpó a las puertas de la enorme jaima portátil, atraída por el olor a comida gratis. Todos querían degustar los deliciosos menús sin rascarse el bolsillo y pasar un rato agradable. Henry se inscribió en el concurso, animado por su plantilla. Acudió con Jian Li y Mohamed y se instalaron en unas cocinas improvisadas que habían montado al fondo del pabellón. Tenían todos los utensilios necesarios para guisar y unas neveras abarrotadas de género; el excedente sería donado a

comedores sociales al terminar. Los participantes tenían que presentar en menos de sesenta minutos un primer plato, un segundo y un postre. Cada equipo apostó por su estilo de cocina: tradicional, de fusión, de vanguardia o comida callejera con toques gourmet, y se lo pusieron difícil al grupo de jueces, que tuvo que decidirse entre deliciosos bocados. Hubo platos para todos los gustos, de un nivel excepcional. Lomo de bacalao al pil pil de maíz dulce, con aguacate, aceite de achiote y guindilla; lenguado con uvas y setas del bosque, pato asado con ciruelas en conserva, milhojas de manzana asada con *mousse* de lima o crema de yogurt griego, chocolate blanco y cerezas fueron algunos de los platos finalistas. Henry y sus ayudantes presentaron una ensalada de lentejas y foie gras, un estofado de res con crema de vegetales y crujiente de boniato y un bizcocho de cacao, queso cremoso y mermelada de albaricoque, que los llevó a alzarse con un tercer premio que supo a victoria. El Henry´s recibió el galardón de bronce y entró directamente en una prestigiosa lista con los mejores restaurantes del condado, gracias al empeño de hacer las cosas bien y al ingrediente esencial de unos magníficos platos, elaborados con riguroso cariño.

Celebraron el triunfo con una fiesta por todo lo alto, descorcharon champán francés, asaron un cerdo, bailaron hasta la madrugada y auparon a Henry por los aires. La noticia corrió como el viento por todo el país y el reconocimiento de la cocina del Henry´s tuvo una gran trascendencia. Poco más tarde acudió al restaurante gente venida de Nueva York, de Canadá, de Europa y de la Conchinchina, preguntando por los platos que los llevaron a salir victoriosos en la prestigiosa celebración. Los beneficios del negocio crecieron como la espuma, mejoraron las condiciones de los empleados y Henry pagó un puñado de letras de golpe del préstamo que pidió para la reforma, puso la calefacción en casa y contrató a Marlene, una nueva empleada de ascendencia germana que parecía sacada de la portada de una revista para adultos, pero abrigada hasta los ojos, porque era muy friolenta. Tenía un rostro perfecto, los ojos azul turquesa, una frondosa melena dorada, quinientos gramos de silicona en cada pecho y el culo redondo como un melocotón. Era tan exuberante que atraía las miradas de ambos sexos y hasta subió la libido a Henry, que la tenía por los suelos después de tantos años en soledad, pero a los cuatro días volvió a su estado de inapetencia sexual: ya no estaba para esos trotes. De tanto trabajar se olvidó del amor, se volcó en la cocina y no tuvo tiempo para compartirlo con una mujer. Se volvió solitario y perezoso a la hora de salir a conocer a alguien y cuando se quiso dar cuenta de que necesitaba compañía pensó que era demasiado tarde para enamorarse. En otros tiempos acudía una vez al mes a un antiguo burdel de carretera y saciaba su apetito con Vanessa, una cuarentona puertorriqueña de la que acabó encariñándose. Siempre la esperaba tomando una copa de bourbon en la barra del prostíbulo, mientras ella atendía a otro cliente. Cuando aparecía la cogía de la mano con ternura y subían a un cuartucho sombrío, con luces rojas y el ambiente cargado, a hacer el amor y a contarse sus penas. Pasaban más tiempo hablando que enredados entre las sábanas. Henry veía en Vanessa la mujer que echó en falta con el tiempo y ella lo miraba como al esposo que siempre quiso y nunca tuvo, fascinada con su gran corazón y la amabilidad que Henry escondía detrás de su rostro ceremonioso. Se daban las caricias que tanto añoraban, hacían manitas sentados en la cama y reían a carcajadas. Vanessa lo seducía con su lencería blanca de encaje, sus técnicas de dama de noche y su movimiento de caderas, lo abrazaba con sus hermosas piernas de bailarina y Henry retozaba entre sus senos y se venía en menos de un minuto. El resto del tiempo hablaban del pasado, del presente y del futuro y al despedirse se

abrazaban como dos enamorados. Ella terminó marchándose a su país de origen, porque había conseguido el dinero suficiente para vivir allá como una reina y él dejó de ir al burdel unos meses más tarde. Con Vanessa se olvidaba de la cruda realidad y no pensaba que aquello fuera un encuentro de conveniencia, sino un bonito momento que llevaban semanas esperando. El resto de las chicas se limitaban a hacer su trabajo y ese acto frío y apresurado apagó el deseo de Henry de acostarse con otra mujer. Pasó varias semanas con una extraña sensación de viudedad y luego entró en un confortable celibato del que no tuvo ganas de salir hasta la llegada de esa joven germana, pero solo por un momento de debilidad.

En casa de Henry ya no hacía el frío polar de los últimos meses, que le obligaba estar con cuatro capas de ropa, a dormir con calcetines largos y un pijama de invierno y a acostarse en cuanto cruzaba el umbral de la puerta, porque dentro de la cama era donde mejor se estaba. Ahora andaba por la casa en camiseta interior, ponía un rato el televisor antes de empiltrarse y dormía en calzoncillos. Con la crecida de los beneficios, a partir de la buena clasificación en el certamen gastronómico, mejoró la vida de Henry y la del resto del equipo. El viejo quiso recompensar el duro trabajo de sus empleados dándoles más días libres, contratando a Marlene, que no solo tenía un tentador atractivo, sino que trabajaba de maravilla y vino muy bien para el turno de noche, y revisando algunos de los salarios al alza. Los descansos de Celeste se vieron incrementados sin que su nómina menguara y tuvo más tiempo para disfrutar de su pequeño, pasear con su marido y salir a rumbear con las amigas. Mohamed pudo cuidar mejor de su esposa y comprar más pañales y potitos para sus retoños, decayó el agotamiento y la frustración de trabajar todo el día y no llegar a fin de mes y para John fue uno de los mejores momentos de su vida. Poco tiempo atrás, Henry había premiado su esfuerzo con confianza, dejándole al mando de la sala, y en esta ocasión lo hizo con un aumento de sueldo por su intachable trabajo y los mayores ingresos que estaba generando el restaurante. Aquel día el muchacho salió escopetado del trabajo y fue directo a casa a contárselo a su madre. No podía contener una sonrisa nerviosa que aceleraba el ritmo de su corazón y llamaba la atención de los transeúntes, que lo miraban con cierta envidia y curiosidad. Se sentía pletórico. Caminaba por la avenida con celeridad, sin esfuerzo ninguno, como si se deslizara por un enorme tobogán que desembocaba en una piscina de bolas, impulsado por un sentimiento de orgullo y desahogo que necesitaba compartir con la persona que más quería. Había llegado el momento de cumplir el mayor de sus deseos, uno que lo acompañaba desde la infancia, y gracias a la nueva y considerable mensualidad que a partir de ahora cobraría, por fin pudo concedérselo. Su mayor preocupación en esta vida era el bienestar de su madre y lo había demostrado con hechos, ayudándola en las tareas domésticas, en sus trabajos como empleada de hogar y trabajando por cuenta propia desde que tuvo uso de razón, pero todo lo que hizo por agradarle la vida no sería nada en comparación con lo que estaba por llegar. Subió las escaleras a grandes zancadas, aporreó la puerta con ímpetu y se arrojó a los brazos Megan. Soltó toda la rabia contenida que había acumulado desde niño, cuando veía a su madre partirse la espalda por él y no podía hacer nada más que echarle una mano y traer a casa un suelo escaso para aliviar los apuros. Megan de primeras se asustó, pero enseguida vio que su llanto era de felicidad y preguntó a que se debía tanta emoción.

—Lo hemos conseguido, mamá —dijo el muchacho entre inspiraciones bruscas y entrecortadas, seguidas de fuertes soplos. Cuando su madre se enteró de la noticia también se emocionó. Se abrazaron

tan fuerte que no podían despegarse, saltaron de júbilo y recordaron todos los malos momentos que compartieron en el pasado. Había costado mucho tiempo y sufrimiento salir a flote, pero al final lo habían logrado. Atrás quedaron los sollozos de Megan, que interrumpían la calma en la madrugada y que intentaba silenciar, inútilmente, con la almohada entre los dientes para no alarmar al pequeño; las visitas a los comedores sociales en busca de un plato de comida caliente y a la iglesia a por una bolsa de ropa usada, los rugidos de estómago en el silencio de la noche, la angustia, la incertidumbre del mañana. John sujetó sus manos, se quedó mirándola fijamente a los ojos y animó a Megan a dejar el duro trabajo que desempeñaba cada día y que tanto esfuerzo implicaba. Desde lo más profundo del corazón deseaba que su madre pudiera disfrutar de una vida sosegada y de sobra merecida. Con el nuevo sueldo del restaurante tendrían suficiente para vivir sin preocupaciones, e incluso podrían darse algún capricho con relativa frecuencia. Megan se derrumbó de alegría. Pasaron mil cosas por su cabeza en pocos segundos, recuerdos tristes, esfuerzos extra que sirvieron de mucho y bonitos momentos con su pequeño, guerreando mano a mano e intimidando a la necesidad con una sonrisa. Se le saltaron las lágrimas y su pensamiento se inundó de melancolía. Se quedó como embrujada, pensando en los vaivenes del ayer, y no aceptó dejar del todo el trabajo, porque le iba a sobrar el tiempo, pero se lo tomaría con calma. Pensaba ir solamente un par de horas a la semana a atender la casa de la señora Pilar y otro rato a estar con ella, haciéndole compañía, y seguiría empleada, más por entretenimiento que por necesidad. Ahora podría salir a media mañana a desayunar a una cafetería con encanto, como las mujeres de los barrios acomodados, a tomar té con pastas en la tarde y apuntarse a las clases de baile de salón o de piano que siempre quiso practicar. Iba a empezar a disfrutar de la vida a los cincuenta y pico, pero más vale tarde que nunca, como solía decir. Pensó en cambiar su anticuado fondo de armario por uno más flamante y contemporáneo, llenar la nevera de *delicatessen* y tumbarse a la bartola a ver la telenovela, pero lo único que hizo en los meses siguientes fue acudir a las rebajas a por un puñado de prendas sencillas, cerciorarse de que no faltaban en casa alimentos de primera necesidad y echar alguna cabezada sobre la mesa del comedor después de estar toda la mañana haciendo labores de hogar. Llevaba tanto tiempo viviendo con lo justo y esforzándose a diario que no sabía hacer otra cosa ni podía estarse quieta. Con los años aprendió a relajarse; alguna mañana se quedaba un rato más en la cama, salía a tomar café de vez en cuando y se enganchó a un par de series turcas que fueron un éxito en televisión, pero nunca llegó a cambiar la humildad por altanería ni su actitud de guerrera por costumbres de holgazana. De momento había que conformarse con ir adaptándose poco a poco a las nuevas costumbres de mujer desocupada. Una vez más, la perseverancia, el esfuerzo y la voluntad del muchacho allanaban el camino y traían la verdadera riqueza en forma de paz mental.

En aquella época cambiaron muchas cosas, pero las buenas costumbres seguían intactas. Henry y el muchacho se quedaban todas las noches en el local, al acabar el servicio, comentando cómo había ido el día de trabajo, charlando de asuntos personales y aprendiendo el uno del otro. Henry impartía clases de sabiduría, instruyéndole con la experiencia de la edad y las lecciones que tantos tropiezos le costaron en aprender, y John le ponía al día sobre modas juveniles, avances tecnológicos, plataformas de entretenimiento y redes sociales. El viejo no lograba entender cómo la gente podía pasarse el día mirando la pantalla de un móvil que te contestaba, llegado el caso, o cómo videos absurdos que colgaban en la red llegaban a tener millones de visualizaciones y «me gustas», una forma sencilla de

decir sin palabras que una publicación era de tu agrado. Pensaba que el mundo se estaba yendo a la mierda, habían cambiado las letras de un teclado por el hermoso gesto de hablar mirando a los ojos y suspiraba al sospechar que no iba a vivir para verlo. No intentaba comprender esa cadena de sinsentidos, solo sentía curiosidad y prestaba atención al muchacho. Tenían un fuerte vínculo que iba más allá de una mera relación laboral. Esas charlas en la mejor compañía, que John disfrutaba junto a su jefe, eran la medicina perfecta para sanar antiguas heridas, curar golpes de la propia jornada y prepararse para futuras batallas. Charlaban de la vida, del destino y de las dificultades que sortearon de niños, porque no solo compartían el carácter de un guerrero romano y grandes valores fundamentales; ambos habían salido fortalecidos de momentos difíciles. John hablaba de su padre y de sus fechorías, de todo lo que pasaron hasta marchar de Detroit, de lo ilusionado que estaba con Mary y, cada noche, agradecía a Henry el aumento de sueldo con el que había podido retirar a su madre de un martirio diario. Decía que iba a estar en deuda con él de por vida, pero Henry el único pago que esperaba era que siguiera siendo el mismo y no cambiara de actitud por tener una vida mejor, porque sería traicionar a su propia persona. Parecían de la familia o incluso algo más cercano, como si hubieran sido separados al nacer, con cuarenta años de por medio. Cuando hablaban de mujeres Henry no tenía mucho que contar. John acaparaba toda la conversación, hablando de Mary con el mismo brillo en los ojos de la primera vez. El viejo disfrutaba viéndole expresarse con ojos de enamorado y una sonrisa tonta, y se entristecía pensando en Vanessa y su relación imposible. Era lo más cerca que había estado del amor y no recordaba una sensación más bonita que aquella. Solía advertir al muchacho, frunciendo el gesto y dándole algún capón en el cogote, para que no descuidara ni un segundo a esa joven afortunada, o se iba a arrepentir para los restos de su existencia. John también podía ver en su mirada destellos de melancolía, cuando contaba alguna historia de Vanessa y sus noches de pasión con mariposas en el cuarto apagado del viejo burdel y animaba al patrón para que saliera a conocer a alguien.

—El amor no tiene edad, señor. Incluso con los años se vuelve más puro, porque se antepone a todo lo demás, decía el chico, imaginándose la vejez paseando de la mano con Mary y sujeto a un bastón que mantuviera su equilibrio. Pero Henry seguía en sus trece, asegurando, con la boca pequeña, que estaba muy bien solo y no iba a aguantar a nadie a las puertas del cementerio. Se olvidaban de que tenían casa, contándose batallas y combatiendo el estrés a risotadas, hasta que alguno se percataba de la hora y se marchaban del restaurante echándose la culpa mutuamente por haberse entretenido. Era como ir a terapia sin pagar un centavo.

Terminaron otra de sus reconfortantes y provechosas charlas a la una y media de la madrugada y, cuando iban a levantarse, Henry sintió un pequeño mareo que le obligó a tomar asiento de nuevo.

—¿Qué ocurre señor?, ¿se encuentra bien?, preguntó el muchacho angustiado.

—Nada, hijo. Por un momento me dio vueltas el local, ya se me está pasando. Dijo Henry con la mano en la frente.

En ocasiones, arremetían contra él ligeros mareos que asociaba al estrés de un ajetreado negocio y que, afortunadamente, solo quedaban en eso; simples vahídos sin importancia que a los pocos segundos desaparecían, pero esa noche todo iba a ser diferente. Al rato de encontrarse mejor, de pronto perdió el conocimiento y cayó al suelo desplomado desde lo alto del taburete. El pánico irrumpió por sorpresa en el comedor. John se tiró al piso de rodillas y comenzó a repetir su nombre, mientras

pretendía despertarle del síncope con sordas bofetadas, pero el señor Henry no respondía a los estímulos desesperados del muchacho. Tenía los ojos en blanco, la cara pálida y sudorosa y un hilo de respiración que sopló al oído del joven cuando este colocó la oreja en sus narices. Al presenciar, incrédulo, cómo el viejo no reaccionaba, agarró el teléfono entre sus manos temblorosas y narró a trompicones lo sucedido a los servicios de emergencias, suplicándoles que acudieran lo antes posible. Una ambulancia se presentó en el local a los pocos minutos, con tres sanitarios a bordo equipados con sus chalecos luminosos de mil bolsillos y sus bolsas de salvamento llenas de artilugios, y se pusieron manos a la obra, moviéndose con una celeridad monitorizada digna de admiración. Intentaron reanimar a Henry, sin éxito, con técnicas de primeros auxilios, lo auparon con la ayuda de una camilla rodante, lo cargaron en el vehículo sanitario y fue trasladado al hospital a toda velocidad. El brusco disparate sin sentido dejó a John horrorizado frente al portón trasero de la furgoneta de asistencia, viendo cómo Henry se alejaba inerte en un alboroto de sirenas y luces. Se echó las manos a la cabeza y se rompió por dentro. En pocos minutos pasó de la carcajada a un llanto mudo, que ensombreció todo a su alrededor y se dio cuenta de lo fácil que una situación puede cambiar drásticamente, en segundos, en esta vida tan impredecible como asombrosa.

John avisó a su madre, que no tardó en espabilarse y ponerse algo de ropa de calle, y acudieron corriendo al hospital a aguardar en una concurrida sala de espera, arropados por el gélido silencio. No pudieron evitar acordarse del viaje a la carrera que hicieron a Detroit, porque Peter amenazaba con irse de este mundo y, cogidos de la mano, rezaban para que el desvanecimiento de Henry fuera otro susto con el mismo final feliz. Al cabo de unas horas de angustia y presagios contradictorios apareció un médico joven de rostro imperturbable y les comunicó, con cierto pesar, que Henry había sufrido un ataque al corazón. Se encontraba estable, dentro de la gravedad que conlleva soportar un fallo cardiaco, y debían continuar haciéndole pruebas, tomando imágenes de su pecho, analizando su sangre y buscando pistas para estimar su esperanza de vida. Se estremecieron por un momento y luego respiraron profundo, sabiendo que estaba en buenas manos y lo peor parecía haber pasado. Tenían por delante un incómodo aguardo que les resultaba familiar.

La angustiosa vida que el señor Henry había llevado comenzó a sofocarle muy temprano. Siendo tan solo un niño, perdió a sus padres en un accidente de ferrocarril, en el que murieron más de una treintena de personas. Un cúmulo de fatalidades, un fallo humano en la cabina de la locomotora, una velocidad excesiva y una curva pronunciada dejaron decenas de cuerpos inertes, atrapados en un amasijo de hierros, heridos graves retorciéndose de dolor entre las vías, gente con el rostro ensangrentado, caminando desorientada, familias rotas y sueños truncados. Había una niña llorando abrazada a su osito de peluche, llamando a su madre, fallecida en el tercer vagón, una madre en un grito desesperado que no encontraba a su pequeña, un hombre recién casado que enviudó a los treinta años. Había muerte, había desolación. Fue un momento trágico que apagó las ganas de vivir de Henry, oscureció el resto de sus días y lo mantuvo en vela durante tres noches seguidas, pataleando en el sofá y preguntándose el por qué. Al cuarto amanecer sintió una flojera insoportable, se metió en la cama y rezó para no despertar, pero a la mañana siguiente vio cómo todos sus ruegos habían sido inútiles y no tuvo más remedio que levantarse, secarse las lágrimas de sus tersas mejillas infantiles y buscar amparo en un familiar lejano. Su tía Petra lo acogió con desvelo por las penurias de entonces, cuidó un par de años

del pequeño, lo mejor que pudo, invirtiendo su insignificante pensión de viudedad en alimentarle, hasta que también falleció debido a una grave enfermedad. Henry volvió a quedarse solo en la vida. Estuvo varios días tendido en la cama, sin poder moverse, lamentando su mala suerte por otro duro golpe que llegó cuando menos lo esperaba. Los servicios sociales quisieron hacerse cargo del pequeño Henry. Mandaron a un tipo amable con cara de bonachón, que estuvo hablando con él toda la mañana y quedó en regresar en unas horas para llevarlo a un centro de menores, donde aseguró que iba a vivir de maravilla, rodeado de chavales en su misma condición de huérfano, pero a Henry la idea de vivir entre tanta pesadumbre no le causó especial ilusión y prefirió buscarse la vida por sus propios medios. Regresó a Madison escondido bajo la lona de un camión de mercancías que transportaba remolacha, volvió al barrio humilde del que tuvo que partir a la fuerza e intentó recuperar una vida arrebatada por el destino. El rimero de infortunios obligó al pequeño Henry a enfrentarse en solitario a los problemas demasiado pronto. Buscó comida en la basura de los supermercados, se aseó en servicios públicos y durmió más de una noche a la intemperie, resguardándose del frío entre cajas de cartón, plásticos y matorrales. Un buen día, mientras paseaba por la calle, distraído con un puñado de monedas que había conseguido frotando botas en la gran avenida, una antigua vecina lo reconoció con cierta dificultad. Iba cubierto de harapos y mugre, llevaba un viejo abrigo de pana marrón descosido, tenía los pantalones agujereados, las manos llenas de betún y el rostro negruzco por la falta de higiene.

—¡Henry!, ¿eres tú? —preguntó la señora, sorprendida por su apariencia abandonada. El muchacho se encogió de la vergüenza y asintió tímidamente con la cabeza. Era Ángela, la madre de un niño con el que Henry jugaba de pequeño a las canicas, a la pelota y a esconderse en el prado de enfrente. No había vuelto a saber de él desde el fatídico accidente. Se acercó al chico con mucha lástima, puso la mano en su espalda y quiso ayudarle con un plato de comida recién hecha y un baño caliente. Ángela lo acogió por una breve temporada. Trataba a Henry como a su propio hijo. Salió a comprarle ropa nueva, preparaba su desayuno cada mañana y lo arropaba por las noches. Fue como un verdadero ángel caído del cielo, que apareció cuando más falta hacía, enviado por alguien que desde arriba seguía cuidándole. El joven Henry salía de casa temprano y se marchaba a buscarse la vida, a pesar de que junto a Ángela tenía de todo: ropa limpia, agua caliente y un plato en la mesa, pero en el fondo se sentía un extraño. No quería depender de nadie y pronto se despidió, agradecido con la mujer que lo rescató de la indigencia. Trabajó donde buenamente pudo para llenar la barriga a diario y tener un techo donde guarecerse; se alimentaba a base de leche, pan y guisos de legumbres que aprendió a hacer para no quedarse en los huesos y pasaba la noche en pensiones de mala muerte o en asequibles residencias compartidas, donde había gente humilde de todo tipo. Coincidió con mochileros trotamundos que viajaban de un sitio a otro con unos pocos enseres en el macuto, mujeres bohemias que andaban descalzas, vestían pantalones de campana y se pasaban el día haciendo collares y fumando marihuana, músicos callejeros y personas que no tenían familia, como él, que habían sido repudiados o no querían saber nada de los suyos. Por las noches se juntaban en el comedor y cada uno contaba su historia. Muchos se regían por la curiosa filosofía de tener menos para ser más, otros desvalidos se sentían afortunados atendiendo el relato triste del compañero, los andarines hablaban de sus viajes a la Patagonia, a Europa y a la China, los *hippies* promulgaban el amor al prójimo y los más callados se limitaban a escuchar con atención de aprendiz. Henry recordaba aquellas entretenidas reuniones con

un cariño especial. Era el único momento del día que compartía con los demás; el resto del tiempo lo pasaba trabajando, con la soledad de compañera, en un mundo que iba demasiado rápido para un pobre chico que anduvo vagabundeando, con el estómago vacío, sin que a nadie le importara, hasta que una mujer bondadosa se apiadó de su situación y le ofreció un poco de cariño para salir adelante. Después de una infancia complicada y muchos años de esfuerzo y sacrificio, Henry cosechó unos pocos ahorros que invirtió en abrir el pequeño local de comida. No había hecho más que trabajar para sobrevivir y no quedarse tirado en el camino, pero los tiempos difíciles hicieron de Henry una persona fuerte y alguno se aventuró a decir que por este motivo el maldito infarto no había podido con él.

La noche en el hospital fue larga y desagradable. A cada rato llegaba un nuevo enfermo con una dolencia diferente. Trajeron a un anciano medio senil, con más de veinte huesos rotos, que se había desorientado y sufrió un atropello por un conductor ebrio, a un varón de unos cuarenta años herido de muerte por arma blanca en una reyerta, a un chaval inconsciente por la borrachera y a su compañera, que no paraba de vomitar bilis; apareció un paciente de oncología con una recaída, un alérgico intoxicado, un preso con los grilletes puestos, acompañado por dos agentes, que se había autolesionado para salir un rato del trullo, y una mujer hipocondriaca que al mínimo malestar acudía al sanatorio. Era increíble la cantidad de desgracias que ocurrían en una noche mientras el resto de la población dormía a pierna suelta y tenía dulces sueños. A primera hora de la mañana volvieron a tener noticias de Henry. Había superado con éxito los complicados inicios del repentino desastre y continuaba estable, pero tenían que seguir observándole de cerca. Habían detectado una anomalía en las compuertas del corazón que ordenan la dirección del flujo de la sangre y estaban valorando una intervención quirúrgica de las válvulas cardiacas. Henry quedó ingresado en cuidados intensivos, bajo la atenta mirada de los doctores, que acudían cada dos por tres al box donde se encontraba encamado a tomarle la temperatura, ponerle medicación y preguntar si necesitaba algo. El viejo aseguraba encontrarse de maravilla y no entendía por qué tenía que estar ahí metido, en contra de su voluntad, envuelto en una maraña de tubos y conectado a un ruidoso monitor que registraba sus signos vitales, con la de cosas que tenía que hacer. Uno de los médicos trató de explicarle, con delicadeza, los peligros que acechaban después de un achaque como el que había sufrido y las rarezas que observaron en una de las pruebas a las que fue sometido. Querían ponerle al corriente de la gravedad del asunto y prepararle para una posible cirugía a corazón abierto, sin saber que Henry llevaba toda una vida preparado y no tenía miedo a la muerte. «Cuando llegue, bienvenida sea», decía envalentonado. Sabía que otro patatús podía enviarle directo al camposanto y no importaba que estuviera en un cuarto hospitalario o en la más impenetrable soledad, recostado en el sofá de casa. Si el telele apretaba fuerte nadie podría salvarle y prefería pasar sus últimos días disfrutando de su pasión por la cocina que tumbado a la bartola con un pijama celeste y tomando comida de enfermo. Al final, el sanitario consiguió hacerle entrar en razón siendo empático con sus emociones y Henry relajó la tozudez. Pensó que no era buena idea arrancarse los cables de un tirón y marcharse corriendo del hospital, medio desnudo, porque podría salir en el noticiario del mediodía, ser arrestado con brutalidad por escándalo público y acabar en un loquero, bajo los efectos sedantes de un peligroso coctel de barbitúricos. Mejor quedarse quietecito en su habitación con vistas, curioseando por el ventanal de metacrilato, distraído con el trajín de médicos que correteaban por el pasillo contándose la vida y salvando la de los demás. Entretanto, John y su madre

aprovecharon que Henry estaba con veinte ojos encima y no podían pasar a verlo para ir a comer algo caliente y darse una ducha. Antes de marchar, el muchacho se acercó al mostrador, triste y pensativo. Quería avisar a los doctores de su salida y pedirles, por favor, que les mantuvieran informados de cualquier novedad, pues eran su única familia.

John llegó a casa enfrascado en el oscuro laberinto de la incertidumbre. Estaba abatido por la situación y no sabía por dónde tirar. Intentaba ser positivo y pensar que ese ataque al corazón era un simple aviso para tomarse la vida de otra manera, aflojar el ajetreo diario y plantearse una rutina más tranquila apartado de los fogones, pero si la cosa iba en serio y era el principio de una muerte anunciada, que estaba dando unos días de tregua, había que ir haciéndose a la idea de que Henry podía marcharse de este mundo en cualquier momento. La hipótesis de no volver a verle lo aterrorizaba. Sentía un cariño especial por el viejo y no se imaginaba la vida sin él. Necesitaba seguir compartiendo momentos y triunfos juntos, impregnándose de su sabiduría y aprender la habilidad de Henry para adivinar el color del alma de las personas solo con mirar sus ojos unos segundos. Se despojó del olor a sudor con una buena ducha, llenó el estómago con unos huevos fritos y media barra de pan, dejó a una orilla la amargura, demostrando una madurez asombrosa y una fortaleza mental increíble, y ocupó el pensamiento en algo productivo. Por muchas vueltas que diera al asunto no iba a cambiar el destino de Henry, pero sí había algo que podía hacer por él. A sabiendas de la importancia del negocio, ahora desamparado, se centró en socorrerlo. Llamó a los empleados para comunicarles el pesaroso contratiempo, les propuso unos días libres, hasta nueva orden, y aseguró que les iría informando en cuanto obraran en su poder nuevas noticias de lo sucedido. Terminó de hablar con el personal y puso rumbo al restaurante a atender a varios proveedores y solucionar algún asunto que no concedía más tiempo. Era la hora de demostrar a Henry que no vacilaba cuando decía que iba a estar con él, sobre todo en los malos momentos, y quería respaldar con hechos unas frágiles palabras que a la mínima ráfaga de viento suelen terminar perdiéndose en la más remota lejanía. Pasó toda la tarde en el restorán escabulléndose de los malos presagios, entretenido con diferentes tareas. Solucionó el tema de los proveedores, revisó la temperatura de las cámaras, cerró la llave del gas y del agua, desenchufó algunos aparatos, vació las neveras de comida perecedera y, cuando estaba dispuesto a echar el cierre, recibió una llamada de un número infinito, que supuso, con total certidumbre, que procedía del hospital. Los nervios agitaban su mano mientras intentaba coger el teléfono lo antes posible y, aunque por momentos se temía lo peor, en el fondo confiaba en la tremenda fortaleza del viejo Henry.

—Buenas tardes, pregunto por John —dijo una voz amable de mujer madura.

—Sí, soy yo, dígame.

—Llamo del hospital Ascension SE Franklin Campus para comunicarle que su familiar, el señor Henry...

El corazón de John se detuvo por un instante, en el que pasaron por su cabeza, a velocidad de vértigo, cantidad de imágenes junto él, cargadas de sentimiento. Recordó con afecto el día que entró en el antiguo local pidiendo ayuda, porque llevaba una semana desesperado, buscando empleo, y el viejo decidió darle una oportunidad; las tardes que pasaron saneando desperfectos mano a mano, las jornadas interminables que sacaron adelante, las charlas nocturnas que se perdían en la madrugada, sus ojos de cachorro cuando quería un favor de última hora, sus consejos de corazón, sus refunfuños de

viejo cascarrabias, su mano en el hombro cuando no podía más. Después de un silencio sobrecogedor, que se hizo eterno, pero no duró más de un suspiro, John se abandonó al destino y escuchó con atención, sin emitir un fugaz parpadeo ni una breve respiración.

—...Ya está en planta, puede usted venir a verlo cuando quiera —terminó diciendo la auxiliar.

El muchacho suspiró aliviado. Eran las palabras que necesitaba escuchar para no desplomarse en el suelo y perder el rumbo de un bonito viaje que no había hecho más que empezar, con el patrón a los mandos del negocio y él gobernando la sala con la destreza de un experto director. La emoción inundó sus sentidos. Lloró de rabia y de alegría, se sintió el hombre más afortunado del mundo y prometió dar gracias cada día por tener a Henry a su lado durante el tiempo que la vida quisiera regalarle. El patrón se había convertido en la figura paterna de la que nunca pudo disfrutar. Pensaba seguir gozando de su compañía, cuidándole sin descuido y, si salía de esta bien parado, no iba a consentir que cargara ni un kilogramo de peso, ni que recogiera una simple servilleta del suelo. Lo quería como a un verdadero padre y no solo por alumbrar su camino en el trabajo, sino porque era una persona admirable, de corazón bondadoso, que desde el primer día lo trató como a un hijo. Con el tiempo cosecharon un cariño imborrable. No había secretos entre ellos. Eran amigos, compañeros y confidentes. Cuando uno estaba de capa caída, venía el otro a interesarse por el motivo de su gesto triste o a gastar una broma con la que sacarle una sonrisa. Bajó la puerta metálica enrollable de un pisotón, puso la llave al cierre de seguridad y con el número de habitación grabado a fuego en la memoria, se marchó corriendo a abrazar con fuerza al causante de tanta conmoción.

Los nervios del momento previo a entrar en la habitación de Henry parecían agravarse por el entusiasmo de verle. Cuando abrió la puerta y descubrió su buen aspecto, la inquietud de John se transformó en un discreto llanto alegre. Estaba recién afeitado, con sus cuatro pelos blancos peinados hacia atrás, olía a colonia de bebé y lucía una elegante blusa azul con botones de pastilla. Acababan de traerle la cena en una bandeja de comedor que traía una taza de caldo humeante, un muslo de pollo hervido, un plato de acelgas y un yogurt natural, y se había incorporado en su cama articulada a disfrutar del frugal banquete. Al ver al muchacho endulzó la mirada, expresando una incuestionable alegría, que contrastaba con su gesto de hombre serio, y no pudo contener una pequeña sonrisa. Apartó la bandeja de golpe y se dejó querer. John extendió los brazos y corrió a achucharlo como si llevara veinte años sin verle. Se abrazaron como en una despedida para siempre y experimentaron una hermosa sensación de parentesco que no recordaban haber sentido jamás, pero que tantas veces habían echado de menos.

—¿Cómo se encuentra, señor? —preguntó el joven emocionado.

—Estoy como un roble, hijo —contestó el patrón, quitando importancia a lo sucedido.

Henry sabía a ciencia cierta que permanecer positivos durante el rescate podía sacarle de cualquier pozo, por profundo que fuera. Había tocado fondo en más de una ocasión y la única forma de salir adelante era mantenerse por encima de la cruda realidad, actuando con una locura comedida, para sobrellevarlo de la mejor manera. Estaba acostumbrado a lidiar con momentos delicados y tenía una facilidad increíble para permanecer en un segundo plano y hacer como si con él no fuera la película. Era capaz de restarle relevancia al mayor de los desastres y de sentirse afortunado ante una desgracia que podría hundir a cualquiera. Si estaba vivo para contarlo o llevaba disfrutando de la vida tanto tiempo,

había que darse con un canto en los dientes y empatizar con el pobre niño que solamente conoce las cuatro paredes llenas de dibujos de su habitación de hospital y lucha como un campeón contra una grave enfermedad, armado con una heroica sonrisa. Desde el primer momento, Henry demostró que su mayor preocupación no era el grave infarto que había sufrido cuarenta y ocho horas antes y que por poco le cuesta la vida; la verdadera inquietud del patrón era el porvenir de su querido restaurante, así que sus primeras palabras fueron para interesarse por él. Había levantado el negocio de la nada, luchando toda una vida, y el orgullo de aupar el cierre cada mañana era la sensación más bonita que conocía, después de las mariposas que sintió con Vanessa, la cortesana puertorriqueña de la que quedó prendado. Su zozobra estaba justificada y más ahora, con la ilusión del nuevo proyecto, que apuntaba a las alturas.

Había llegado el momento de tranquilizar a Henry y, sentado en el borde del camastro, mirándole a los ojos, John lo hizo de maravilla.

—No te preocupes, señor, he hablado con los chicos, le mandan muchos ánimos, besos y abrazos. También pasé por el local a revisar que todo estuviera en orden y a atender a Benito, el repartidor de bebidas, y a Lourdes, la señora de pelo cano repeinado y nariz de bruja que está empeñada en encasquetarnos el nuevo robot de cocina. Me hizo una buena oferta, dejé los papeles junto a la máquina registradora.

John prometió hacerse cargo de todo hasta que estuviera recuperado. Iba a acudir todos los días a visitarle, a contarle novedades, a sosegar su inquietud, y pensaba hacer de su estancia en el hospital un agradable retiro espiritual, donde desconectar del trabajo, darle un respiro al alma, estar tirado a la bartola y disfrutar de las merecidas vacaciones que, a su avanzada edad, aún no conocía. Las soberbias palabras del chico no impresionaron a Henry porque ya lo conocía, pero fueron tan agradables de oír que le proporcionaron la tranquilidad necesaria y la confianza suficiente como para dejarle encargado del timón hasta su regreso. Sabía que dejaba el negocio en unas manos que lo iban a cuidar tanto como las suyas o incluso mejor, porque no estaban engarfiadas por el reuma ni doloridas por los años. Con los cinco sentidos puestos en absorber las directrices que Henry recitaba de memoria sobre el manejo del restaurante, John fue apuntándolas en un lugar privilegiado del pensamiento, de cara al nuevo cometido. Terminada la instrucción, comenzaron una de sus entretenidas charlas, que no entendían de limitaciones horarias, ni de palabras tabúes, ni de lugares inhóspitos. Henry había estado en tantas batallas que siempre tenía una nueva que narrar, con entusiasmo, a su empleado predilecto. Recordaba curiosas anécdotas que parecían sacadas de una historia imaginaria. Juraba haber visto personas que nacen una vez cada mil años, mujeres biónicas que habían remplazado sus extremidades por mecanismos tecnológicos, hombres que aseguraban tener poderes sobrenaturales y movían objetos con la mente o eran inmunes al dolor, gente que decía que el mundo estaba gobernado por un grupo de reptiles con capacidad para transformarse en un humano corriente, a voluntad; jóvenes con diecisiete personalidades viviendo en su interior y otros muchos casos curiosos que cualquiera diría que eran desvaríos de la edad. John también llegó a pensar alguna vez que eran fruto de su ingenio caduco, pero atendía sin pestañear, porque poblaban su imaginación de estampas peculiares y siempre aprendía algo nuevo. Pasaron un buen rato contándose la vida, como de costumbre, hasta que entró la enfermera del turno de noche, cargada con una bandeja llena de medicinas, un termómetro y un medidor de tensión

colgado del hombro, y decidieron despedirse. No eran horas de estar rajando. Henry estaba cansado de no hacer nada y tenía que seguir guardando reposo y el muchacho debía marcharse a descansar. Mañana iba a ser un día largo y ajetreado, restableciendo la normalidad en el concurrido restaurante. A la hora de despedirse, John quiso tranquilizar de nuevo al señor Henry con una tierna advertencia. Aseguró que no estaría solo en esta calmosa estadía, recluido en el sanatorio, mientras los médicos se cercioraban de que su corazón latía a buen ritmo; iba a estar a su lado en todo momento. El hermoso gesto de cariño hizo tambalearse al rostro valiente del patrón. Henry solía actuar con frialdad para eludir la nostalgia, la ofensa o el dolor, que de sobra conocía con el paso de los años, pero ante una declaración así apretó los labios y tuvo que contener las lágrimas de la emoción.

A la mañana siguiente, John cogió las riendas del restaurante con valentía. Trajo a su madre para cubrir el puesto vacante en cocina, asignó nuevas tareas a los compañeros y pusieron en marcha el servicio, sorteando con cierta dificultad los mismos imprevistos que el viejo Henry remediaba en un santiamén. Tuvieron momentos de no saber qué hacer y anduvieron perdidos, como una ventosidad en un *jacuzzi*, pero no se rindieron, remaron con fuerza en la misma dirección para sacar a flote el navío. Tenían que hacerlo por Henry, porque él había hecho mucho por sus trabajadores, dándoles un empleo cuando más lo necesitaban, instruyéndoles en la faena y pasando por alto sus descuidos. Siempre estaba atento para que a los suyos no les faltara de nada y aunque no les dejaba dormirse en los laureles, tampoco quería que se dejaran la vida, ni que ir al trabajo fuera un suplicio, sino una buena caminata por senderos agradables. El viejo sabía que si un equipo trabaja a gusto, rinde mejor que una plantilla sometida a malas condiciones y gestos de indiferencia: había pasado por los dos extremos.

En pocos días el Henry´s resurgió de las cenizas, pero en el local se respiraba un ambiente extraño. Echaban en falta la presencia del viejo. Tenían la sensación de caminar por las calles desiertas de una pequeña aldea despoblada, en un frío crepúsculo de pleno invierno. Era imposible llenar el vacío de Henry, añoraban sus recomendaciones, su iniciativa, sus murmullos de gruñón, la seguridad de tener cerca a una persona dispuesta a ayudarte y la calma que transmitía en medio del caos. Pero había que dejarse de lamentos, espabilar y sacar provecho a las dificultades. Soltando la mano grandota del jefe y plantándole cara al desamparo cogerían la soltura que necesitaban para caminar solitos.

El ingreso de Henry continuaba sin complicaciones, pero, por prudencia, se estaba alargando más de la cuenta. Los días pasaban despacio en la soledad del triste cuarto hospitalario. No había otra cosa que hacer que mirar un televisor diminuto, que solamente cogía tres canales, y distraerse con las breves visitas de las auxiliares que venían a hacer sus labores, pero gracias a John la estancia se hizo más llevadera. El muchacho acudía cada tarde a cerciorarse del buen estado del maestro, a escuchar sus historietas, a trasladarle con fervor lo bien que todo marchaba en el local, a despejar pequeñas dudas y a arroparle con una plácida sensación de serenidad. Henry no solo pasaba un rato entretenido en compañía del joven, sino que estaba toda la mañana ocupado, pensando en las noticias que traería, en la historia que iba a contarle y esperando el momento de verlo entrar por la puerta. Se sentía afortunado de haberle conocido y estaba orgulloso de él. No fue fácil encarrilar el restaurante y devolverlo al prominente camino que llevaba sin la ayuda del patrón, pero la extraordinaria maniobra tampoco cogió a Henry desprevenido. Sabía cómo John y el resto del equipo trabajaban, siempre del

lado de la responsabilidad, la perseverancia y la costumbre de hacer las cosas bien; no dejaban nada para mañana pudiéndolo hacer hoy, daban todo lo que tenían y sacaban lo mejor de los demás.

Una tarde de batallas, mientras Henry y el chico parloteaban en la desapacible habitación del sanatorio, entraron dos médicos longevos, con sus batas blancas impolutas, sus pasos cautos y sus rostros imponentes, acompañados de dos jóvenes discípulos que apuntaban todo lo que decían. Traían novedades. Aseguraron que en cuestión de días, siempre y cuando el paciente continuara evolucionando como hasta ahora, sin contratiempos ni recaídas, podría marchase a casa. Era la estupenda noticia que llevaban semanas esperando y celebraron su llegada abrazándose emocionados y dejando atrás la angustia de una espera eterna, que no parecía tener fecha de caducidad. Ya no importaba el desgaste del largo internamiento, ahora solamente deseaban que la condición para poder salir a respirar aire fresco se cumpliera con un progreso sin imprevistos.

En menos de una semana, como todo el mundo suponía, Henry recibió el alta, acompañada de una seria advertencia. En su afán de seguir cuidándole lejos del sanatorio, los médicos propusieron a Henry una serie de recomendaciones. A partir de ahora, debía llevar un nuevo estilo de vida, mucho más tranquilo y relajado que el único que conocía desde la infancia. Era conveniente que evitara las bebidas alcohólicas, las grasas saturadas, los carbohidratos, los azúcares, la sal, la bollería industrial, los alimentos fritos; tenía que descansar lo suficiente, salir a caminar a diario, no levantar peso, evitar situaciones estresantes y alguna advertencia más que reflejaba el informe de diez páginas que les entregaron antes de marchar. Henry se echó las manos a la cabeza. Pensó que era mejor morirse que pasar el resto de sus días sin poder disfrutar de un buen chuletón, de una botella de vino, de una fuente de croquetas, de un dulce casero o de un intenso servicio de comidas. Montó en colera y tachó la recomendación de castigo divino, pero cuando supo que de vez en cuando podría darse el gusto de comer lo que quisiera y echar una mano en el restaurante, consiguió serenarse. Era un tipo duro, con una fuerte coraza que repelía los sentimientos hirientes y enfriaba las emociones tristes, pero no era tonto. Había estado a un paso de la muerte, vio una luz blanquecina que se iba apagando y resultó ser un farolillo que colgaba del techo del local, y tuvo una extraña sensación de inexistencia que no deseaba volver a experimentar, ni tenía prisa por saber qué había después. Prefería seguir disfrutando de los pequeños placeres, adaptarse a las nuevas costumbres de jubilado diabético con sobrepeso y tomarse la vida con calma, que despedirse de este mundo por su ansia de trabajar y su faceta de glotón. Con el tiempo se dio cuenta de que el infarto fue un desastre necesario. Si hubiera seguido atiborrándose de pan con aceite y vino español y trabajando como una bestia de carga, seguramente no habría tenido una segunda oportunidad.

La vuelta de Henry la celebraron a lo grande, con un recibimiento sorpresa. John quedó con él a primera hora y acudieron al restaurante con el pretexto de enseñarle un nuevo postre que habían elaborado y se estaba vendiendo como churros. Al prender las luces, descubrieron a los empleados con gorros de fiesta, tirando confeti, soplando silbatos enrollables, aplaudiendo como locos y gritando a coro la bienvenida al jefe, que no pudo evitar emocionarse. Con tanta gente cerca que lo quería, estaba dejando a un lado el escudo impuesto por la soledad y las desgracias y volviéndose más tierno. El cariño de la plantilla amenazaba con endulzar su aire tosco, pero él se negaba a ser dominado por los sentimientos y enseguida intentaba cambiar su gesto alegre por un rostro impávido de ojos nobles.

Brindaron con un champán para niños que no tenía alcohol, tomaron un aperitivo saludable, a base de panes integrales, embutidos bajos en sal y ensalada de col y demostraron que lo importante del festín no era el propio banquete, sino el hecho de juntarse a compartir el tiempo.

Con John al frente de una plantilla ejemplar y Megan ayudando en cocina cuando el servicio lo requería, el restaurante marchaba viento en popa. La ausencia de Henry durante las tres semanas que estuvo en el hospital, custodiado por los sanitarios, obligó al equipo a sacarse las castañas del fuego, sin más ayuda que su propio conocimiento y alguna ilustración que John traía de la clínica. Jian Li y Mohamed ya manejaban a la perfección las técnicas culinarias fundamentales. Sabían elaborar todos los platos de la carta, hacer un buen sofrito, un rebozado fino, preparaciones en frío, blanquear alimentos, saltear verduras y, además, contaban con la ayuda esporádica de otra experta cocinera, de quien también aprendieron algunos trucos gastronómicos. Los camareros se movían por la sala como pez en el agua, liderados por el joven director. Estaban atentos a las demandas de los comensales, a los platos medio vacíos, a los vasos medio llenos; Emma se desenvolvía de maravilla en la barra, ponía unos cafés exquisitos, aprendió a hacer cócteles y tenía el mármol del mostrador reluciente de pasarle la bayeta a cada minuto. Henry tardó un tiempo en acostumbrarse a los nuevos hábitos impuestos por la vida. Frecuentaba el negocio a diario, ataviado con una chaqueta de punto, impoluta, que guardaba para ocasiones especiales, que nunca llegaban, un pantalón de vestir con solo una puesta, unos zapatos negros sin cordones, relucientes, y una boina gris a cuadros. Parecía un señorito de barrio pudiente. Se sentaba en una esquina de la barra y no tardaba ni dos minutos en levantarse. Llevaba toda la vida en movimiento y era incapaz de estarse quieto. Se ponía nervioso y se empeñaba en colaborar, pero John consiguió engatusarlo, tratándole con sutileza y manteniendo su atención distraída, sin apenas zarandeo. Estaba pendiente de él en todo momento, lo cuidaba como al mejor de los clientes, le consultaba todas las decisiones y los empleados acudían a pedirle consejo. Poco a poco, consiguieron que Henry se relajara. Veía que estaba todo controlado, los servicios salían adelante, los clientes marchaban contentos y no tardaban en volver, de modo que terminó dedicándose a propinar menudas directrices desde el taburete, con total placidez.

La presencia del maestro daba confianza al equipo. Trabajaban en armonía, amparados por las instrucciones de Henry y sus valiosos pareceres de viejo sabio. John permanecía junto a su mentor, desempeñando con destreza el nuevo desafío. Seguía nutriéndose de su sabiduría y mantenía en ascenso el éxito imparable del negocio. Además de dirigir el salón con una habilidad a la altura de un ilustre jefe de comedor parisino, ahora se dedicaba a resolver problemas de abastecimiento, a hacer pedidos, a revisar partidas presupuestarias, a entregar los cheques a los empleados y a todas las tareas que antes atendía el señor Henry, aparte de guisar. El chico lo hacía encantado, sin esperar nada a cambio, y se quitaba mérito diciendo que no era para tanto, por no preocupar al patrón. Llegaba a casa rendido y seguía haciendo cosas, preparaba nuevos menús, cuadraba los turnos de la plantilla y meditaba con la almohada las tareas del día siguiente. Tenía un montón de responsabilidades y apenas le quedaba tiempo de calidad para compartirlo con Mary. Se veían en contadas ocasiones y aunque aprovechaban cada minuto como si fuera el último, les sabía a poco y era un tanto frustrante. «¿Acaso amas a tu trabajo más que a mí?», preguntaba la joven enrabietada, pidiendo más atención, pero al rato volvía a

sus palabras tiernas y sus declaraciones de amor, porque sabía lo que era sacrificar un montón de cosas por labrarse un futuro.

Una mañana en el restaurante, Henry llamó al muchacho y le pidió que se sentara a su vera, como tantas veces habían hecho. Quería darle las gracias por cuidar de su querido negocio, por amenizar su larga espera en el sanatorio, por regalarle su tiempo y hacer de sus días en el cuarto vacío del hospital dulces remansos de paz y estaba dispuesto a premiar su esfuerzo y compasión con unos bien merecidos ingresos extra.

—Pero señor Henry, no es necesario, de verdad. Aunque, bueno, si es lo que quiere, por mí encantado, no seré yo quien se lo impida —dijo John sonriendo.

—¡Eso!, tú a callar, que aquí el que manda sigo siendo yo, y lo hago porque me da la gana. Cuando la cosa estaba mal y había que matarse por un puñado de dólares, lo hicimos. Y si ahora el negocio empieza a ir bien, ganamos todos. Me gusta ser honrado, chico, ya sabes —refunfuñó el viejo.

Parecía que estaba perdonándole la vida con sus bruscos aspavientos y su tono fiero de humanoide mitológico, cuando en realidad iba a hacer su camino más agradable. Así era Henry. El aumento de sueldo no fue disparatado, ni mucho menos, fue más una cuantía simbólica por los servicios prestados y su preciada compañía, pero con la pequeña subida el joven pudo calmar otra de sus preocupaciones, que estaba perturbando la tranquilidad de su madre y la suya propia desde el incidente que sufrieron en un angustioso episodio que seguía fondeando en su memoria, sin opción de borrado. El azar amasado con tremendo sacrificio estaba dando sus frutos y, amparados por un sueldo considerable, pudieron, por fin, mudarse de casa. Se metieron en faena y comenzaron a buscar una nueva residencia para dejar atrás los malos recuerdos que inundaban sus pensamientos cada vez que tomaban asiento en la mesa escacharrada del comedor, o se metían en la cama, o veían las baldas quebradas de la estantería que los matones estamparon contra el suelo de un manotazo y las manchas de aceite que ensuciaban el canto de los libros que cayeron entre el guiso. El mismo comercial de ojos claros y cuerpo esculpido en el gimnasio, a semejanza de un gladiador espartano, que ayudó a Mary a encontrar el mejor sitio para emanciparse, les asesoró en la ardua tarea de cambiar de aires, a petición de la joven. Era de los pocos agentes que no vendía humo y se preocupaba de buscar un hogar como si fuera para él. Había emigrado del Reino Unido siendo un chaval insensato que solo quería cuidar su imagen y descubrir mundo, se instaló en Madison, seducido por su calidad de vida y una hermosa universitaria, y a base de esfuerzo, destreza y buenas maneras, hoy era una joven eminencia en el sector inmobiliario. Visitaron media docena de viviendas en alquiler que se ajustaban a su presupuesto y cumplían gran parte de sus requisitos y eligieron una casa sencilla en un distrito acogedor de la ciudad, alejados del barullo, que poco tenía que ver con su antiguo piso. Había sido acondicionada recientemente por una prestigiosa empresa de reformas, que se encargó de sanearla de arriba abajo, tenía amplitud en cada una de sus estancias, excelentes calidades, suelos cerámicos, sanitarios de porcelana, grifería moderna, electrodomésticos nuevos, un enorme y mullido sofá, una cocina en isla, un comedor con chimenea y dos habitaciones con cama de matrimonio, colchón de látex y almohada viscoelástica. Era una residencia estupenda, al alcance de unos pocos afortunados, que mejoró notablemente su calidad de vida, pero lo mejor de todo era su ubicación. El nuevo hogar guardaba una distancia insignificante con el apartamento de la mujer que campaba a sus anchas por el inmenso corazón del muchacho.

En pocas horas terminaron con la mudanza. Habían venido de Detroit con lo puesto y no tenían muchas más pertenencias que su propia ropa, un par de álbumes de fotos del pequeño John celebrando su cumpleaños, aprendiendo a montar en bicicleta y jugando con su amigo Benjamín, y varias cajas de libros y trastos. Hicieron cuatro viajes con el viejo carromato indestructible, cargado hasta los topes, colocaron los libros en las estanterías y la ropa en los armarios y se instalaron en su flamante hogar. Esa misma tarde prepararon una pequeña merienda y avisaron a una invitada especial. Querían inaugurar la casa y aprovechar la oportunidad para llevar a cabo una ansiada presentación. En incontables ocasiones, Megan era testigo de cómo su hijo describía, con admirables palabras, todas las facetas de Mary. Recitaba piropos mencionando su belleza, hablaba de lo trabajadora y responsable que era, de los valores que había heredado, de su alma limpia y pura y de su gran corazón, pero hasta el momento Megan solo contaba con eso, bonitas ilusiones que engrosaban el deseo de conocerla.

A las seis en punto de un anaranjado y gélido atardecer sonó el timbre, anunciando nerviosismo, y corrieron a la puerta, motivados por la llegada de un gran momento. Al abrir la cancela, Megan experimentó una extraña sensación de afecto por una persona desconocida, similar a la que apreció su hijo cuando descubrió a Mary por primera vez y que, a día de hoy, continuaba sintiendo en cada encuentro, multiplicada por diez. Quedó tan impresionada con su hermosura, con su rostro simétrico de dimensiones perfectas, sus ojos alegres, sus labios gruesos, su elegante abrigo de lana marrón con cinturón de atar, su boina beige minimalista y sus botas altas de herraje falso, que necesitó el empujoncito de John y varios segundos para poder reaccionar.

—¡Hola! Así que tú eres la famosa Mary. ¡Qué guapa! —dijo su madre.

—Sí señora, la misma. Muchas gracias —respondió la joven sonriendo.

Cruzaron varios halagos, sintieron ganas de abrazarse como si se conocieran de toda la vida, se besaron en las mejillas, sonrosadas por los nervios del momento, y corrieron a acoplarse en el sofá, donde disfrutar cómodamente de un esperado acercamiento. Con una taza de té entre las manos y unas galletas de mantequilla sobre la mesa, que acaban de salir del horno y desprendían un dulce olor a recuerdos de la infancia, charlaban emocionadas, con ganas de conocerse. John había generado unas expectativas muy altas, contándole a cada una las cualidades de la otra, pero, aun así, la primera impresión fue incluso mejor de lo que esperaban. Parecía una charla entre dos buenas amigas, con el joven en un segundo plano, cediendo el protagonismo a las damas, excepto cuando escuchó algún recuerdo vergonzoso de su niñez, como la temporada que se hacía pis en la cama, con ocho años, o el día que se levantó de madrugada medio dormido y orinó en el cerco de la puerta de su habitación pensando que era el retrete.

—¡Mamá!, no hace falta que cuentes esas cosas, a Mary no le importan, ¿verdad?

—Claro que me importan, cariño —respondió la joven, suscitando sonrisas con su réplica.

Durante un tropiezo casual en la cocina, Megan aprovechó para cuchichear con su hijo y confesarle la bonita sensación que sentía cuando Mary se expresaba, pero lo que más le impresionó de ella fueron sus ojos, transmitiendo nobleza y humildad. Además de su esencia encantadora, la invitada tuvo gestos admirables, prestando su ayuda para colaborar en cualquier cosa, demostrando educación y buenos modales y ese cúmulo de soberbios detalles enamoró, aunque de otra forma, también a la madre de John, que no pudo resistirse a su maravillosa forma de ser. La reunión terminó alargándose hasta altas

horas de la noche. Invitaron a Mary a quedarse a cenar, prepararon un refrigerio ligero, pero realmente sabroso, y disfrutaron de una fantástica velada al cobijo de su nueva casa, de igual manera que lo hubieran hecho en cualquier otro sitio, porque en buena compañía hasta el lugar más inhóspito puede resultar acogedor. Enlazados en el porche, la pareja intentaba frenar los apasionantes besos que sin respiro se sucedían en una cálida despedida que originó ganas de mucho más, pero sin otra alternativa a la vista, consiguieron despegarse, solo físicamente. Llegaron a sus camas, todavía acalorados, y con el teléfono móvil en la mano, bajo el abrigo del edredón, miraban la pantalla embobados, mientras mencionaban el tremendo deseo de sentirse, que con ansia esperarían hasta verlo cumplido. Incapaz de contenerse, Mary prendió la mecha, haciendo una revelación. Al colocar la mano entre sus piernas sintió que estaba excitada desde el primer mensaje, cuando comenzó a tocarse. La jugosa noticia abrió los ojos de John como platos y desató un incendio incontrolable en su cuerpo, que avivaba acariciándose con suavidad. Comenzaron a alimentar la hoguera escribiendo palabras ordinarias, manoseándose más rápido y jadeando más fuerte. De pronto, sintieron la necesidad de escuchar su voz, sus gemidos, su respiración acelerada; iniciaron una llamada de placer, compartiendo sentimientos y detallando sus deseos más perversos, y aprovecharon su increíble conexión para hacer el amor con la mente, hasta culminar, sudorosos, un instante en el edén. Tenían algo tan fuerte que no necesitaban estar juntos para disfrutar de un torrente de emociones que con otras personas no apreciaron ni tocando su piel. Solo con cerrar los ojos podían sentir, en la distancia, el suave roce de una caricia, el dulzor de los besos y el corazón palpitando.

Capítulo VIII
Afrontando el vuelo

> «En ocasiones necesitamos estar al límite para darnos cuenta de la realidad. Solo entonces surgen nuestros mejores pensamientos, los únicos capaces de poner remedio a una situación determinante. Puede que sea demasiado tarde o la última oportunidad para lograrlo y no podemos desperdiciarla».

En la cafetería del típico motel de carretera, construido en mitad de la nada, con su cartel luminoso en lo alto de un poste y dos filas de habitaciones en la parte delantera, separadas por una esquelética barandilla, por el que apenas pasa un alma en toda la noche, se encontraba Peter, el padre de John, sentado en un viejo taburete de madera, engullendo con ansia un bocadillo y sujetando una jarra de cerveza. Era el lugar donde actualmente pernoctaba mientras huía de sus deudas. No podía permanecer mucho tiempo en el mismo sitio, porque la peligrosa banda de Frank andaba tras sus pasos. Se había puesto en contacto con el temido capo en más de una ocasión para suplicar clemencia y pedir más tiempo, pero el tiempo se marchitaba fugazmente y él continuaba sin recaudar la importante suma de dinero que debía por su mala cabeza, sus meteduras de pata, por trabajar colocado y por su afán de conseguir más dinero para después malgastarlo en vicios insalubres. Intentó reunir efectivo saqueando cabinas de teléfono, vendiendo la misma comida que sustraía de los supermercados metida en los calzoncillos y trapicheando con bolsitas de marihuana que compraba y revendía por unos dólares más, pero apenas sacaba lo suficiente para dormir en una mugrienta pensión y saciar el hambre en condiciones. Estaba asestando un mordisco al bocata, con la mirada perdida en el horizonte, abrumado por malos presentimientos, cuando un tipo bajito y regordete de aspecto bonachón entró por la puerta, pidió un botellín y tomó asiento a pocos metros. La desconfianza alarmó a Peter. Sospechó que ese señor de rostro tímido, con trazas de padre de familia, un sombrero de cowboy, una chaqueta de cuadros y una barba larga y canosa que pronunciaba el gesto de su sonrisa perenne, podía estar actuando y ser un lobo disfrazado de cordero, relacionado con el temido mafioso, que venía a saldar cuentas. Siguió masticando con aparente tranquilidad y sorbiendo el zumo de cebada alemán sin inmutarse, pero por dentro los nervios aceleraban su corazón a un ritmo escandaloso y atendía de reojo a la posible amenaza. El peligro sobrevolaba la triste vida de Peter, acechándole a la vuelta de cualquier esquina, y andaba armado con un pequeño revólver del calibre treinta y ocho, por si tenía que repeler una brutal agresión. No iba a ser la primera vez que apretara el gatillo para salvar la vida en un mundo tenebroso, donde disparar se aprendía antes que leer y su lema era: mejor ir a la cárcel que al cementerio. El sospechoso terminó su bebida, se levantó del asiento y comenzó a caminar en dirección a la puerta. Peter bajó disimuladamente la mano y la colocó cerca de su cintura, donde escondía la pistola. Estaba dispuesto a vaciar el cargador ante cualquier movimiento extraño. Cuando el tipo llegó a su altura, enfrentaron brevemente la mirada y continuó hacia delante, marchándose del local por

donde había venido. Peter suspiró aliviado. La tensión era asfixiante al tratarse de su propia vida, jugando en clara desventaja. Los días se hacían eternos y solamente deseaba que terminaran rápido y de la mejor manera. Terminó de zamparse la humilde cena y se marchó a intentar descansar a una de las cutres habitaciones del motel, provistas de un aseo cochambroso, un estrecho camastro lleno de muelles, una vieja radio transistor de madera y un ventano cubierto con una cortina traslúcida que apenas repelía la claridad. El dueño del negocio se quedó mirándole al salir, pensando de dónde demonios habría salido aquel tipo alicaído, con aspecto de indigente, que llevaba un par de días alojado en el hostal, vagando como un alma en pena en la oscuridad. Peter no solo había descuidado su vida. Llevaba semanas sin afeitarse, se duchaba cada cuatro o cinco días, dependiendo de lo insoportable que fuera su olor, y siempre usaba la misma ropa desgastada y llena de mugre, porque era la única que tenía. Desde que Megan lo echó del viejo piso de Madison por haberle fallado una vez más, donde estuvo recuperándose de la zurra que lo envió directo al hospital, había ido cayendo en picado. Anduvo de ciudad en ciudad haciendo autoestop, escondiéndose de la banda de Frank en lugares repugnantes, apestosos albergues de literas apiñadas, donde había que soportar los ronquidos y el fuerte hedor a pies de más de cincuenta hombres; en edificios abandonados dirigidos por una camarilla de okupas que hacían turnos de vigilancia o en pensiones de cinco dólares la noche. Siguió consumiendo sustancias prohibidas y soportando el síndrome de abstinencia cuando no tenía qué meterse en lo que fueron las peores madrugadas de su vida, con temblores que zarandeaban su cuerpo, sudores fríos y paranoia. Se limitó a sobrevivir, a intentar no derrumbarse cada cinco minutos y a caminar dando tumbos, sin levantar cabeza, y se defendía de los ataques de amargura con los pocos recuerdos bonitos que guardaba en la memoria como un tesoro egipcio. En momentos de melancolía recordaba los hermosos inicios de su noviazgo con Megan, tendidos en un prado acariciándose el alma o recorriendo las calles de madrugada a bordo del ciclomotor destartalado, el día de su enlace en los juzgados, la noche de bodas en la cama de un hotel de las afueras atiborrándose de pizza y chocolatinas y haciendo el amor hasta el amanecer, el nacimiento del pequeño John o los cuatro ratos que compartió con su familia sin peleas, gritos e indiferencia. Daría la vida por dar marcha atrás en el tiempo y tener las agallas suficientes para elegir un camino diferente, pero había perdido la confianza en sí mismo y no se veía capaz de ser un ciudadano ejemplar ni volviendo a nacer con la lección aprendida. A día de hoy, pasaba las horas en esa triste alcoba, echado en la cama o curioseando a través del ventanal, sin más distracción que el zumbido de la radio y el poco ajetreo del motel, y al caer la noche abandonaba su escondite para respirar un poco de aire fresco y combatir su extrema delgadez. La nostalgia cortaba su aliento, hasta que se daba cuenta de que seguía vivo y volvía a resollar, a estremecerse y a buscar una sola razón para no cometer una locura, pero no la encontraba. Había perdido lo único que tenía por morder la mano que estuvo dándole de comer caliente, que curó sus heridas con tiempo y tiento, que lo aseó en un triste barreño; desperdició la última oportunidad de recuperar a los suyos por otra de sus cogorzas y su familia no quería saber nada más de él por haberla puesto en peligro con otro de sus embustes.

Solía amanecer de capa caída, con el aire justo para no desfallecer, pero según iba pasando el día, sus pulmones, corrompidos por el alquitrán de los cigarrillos, se desinflaban como un balón pinchado y en la noche aparecían sus peores fantasmas. Se tumbó en el fastidioso colchón, se cubrió con una manta áspera y acartonada, que apestaba a sudor, tabaco y humedad, y que no pudo apreciar por su propio

tufo corporal, y cerró los ojos en busca del escurridizo sueño. La angustia de no saber si iba a terminar tirado en un vertedero con veinte balazos en el cuerpo, encarcelado por posesión de armas o por asesinato o saltando desde la azotea de un antiguo rascacielos, apenas dejaba dormitar a Peter varios minutos seguidos. Se despertaba exaltado en mitad de la madrugada, soñaba con la muerte violenta de su familia y con la suya propia a manos de un despiadado sicario, daba veinte vueltas en la cama y solo conseguía serenarse unos segundos, pensando en las alhajas del tesoro egipcio que guardaba en la memoria. Con la oscuridad surgían los cargos de conciencia, lo empeños frustrados de convertirse en otra persona y las falsas promesas de sacudirse la mugre y la pena y empezar a buscar un trabajo digno. Se autoengañaba con tanta facilidad que terminó hartándose de sus propias mentiras y se vio tan desmejorado, en ese cuarto inmundo, tiritando de frío y apestando a porquería, que por fin se dio cuenta del desastre de vida que había atravesado hasta llegar a esa lamentable situación. Aquella noche juró por lo que más quería, con lágrimas en los ojos y el pensamiento entrecortado, que iba a despertar de la horrible pesadilla en la que vivía, a ponerse las pilas y, una vez saldada la deuda con el mafioso, jamás volvería a las andadas. Tenía una sensación de agotamiento extremo, como si se hubiera cansado de vivir, pero estaba más convencido que nunca de querer abandonar un mundo que sólo le había traído disgustos. Afortunadamente, hoy podía dormir tranquilo, o al menos eso pensaba, porque para su terrible desgracia, el tipo del bar no había abandonado la zona ni era un simple viajero; solamente fingió que se marchaba y escondió el coche en la parte trasera, donde esperaba junto a su compinche el momento preciso de actuar.

La dejadez había cambiado el aspecto de Peter, al punto de que estaba irreconocible y además solía llevar una gorra de visera curva que tapaba su rostro para minimizar el riesgo, pero una estrella de cinco puntas tatuada en su cuello le había delatado. Sin lugar a dudas, el solitario cliente que saciaba el hambre en la cafetería del motel, con pinta de vagabundo y la mirada deprimida, era la persona que andaban buscando. Después de un tiempo esperando a que cumpliera con su palabra y saldara la deuda, de muchas prórrogas desperdiciadas y de varias semanas de rastreo, habían localizado de nuevo su paradero, pero esta vez la integridad de Peter corría un grave peligro. El plazo para entregar el dinero se había vuelto a esfumar. Al cabo de un rato al acecho, los dos individuos enviados por el capo abandonaron el vehículo pistola en mano y subieron a la parte de arriba del motel con el sigilo de un ave de presa cazando en la oscuridad, camuflados con el oscuro de la tiniebla. De una patada en la puerta, irrumpieron en su habitación y lo sorprendieron en una de las pocas cabezadas que podía conciliar en toda la noche. Peter despertó de un brinco y cuando se percató de que no era otro de sus tormentosos sueños, intentó coger su arma de la mesita, pero fracasó en el intento. Sin mediar palabra, los matones a sueldo abrieron fuego contra él, llenando su cuerpo de plomo y causándole la muerte en el acto. Con una frialdad pasmosa se llevaron por delante la vida de Peter en el mismo momento en que pretendía cambiarla por otra mejor, se montaron en el auto con la satisfacción de haber hecho un buen trabajo y abandonaron el lugar a toda prisa entre una nube de polvo. El cuerpo inerte de Peter quedó bajo una maraña de ropa sucia ensangrentada, perforado como un colador por dos desalmados que con el tiempo correrían la misma suerte. Las amenazas que recibió a lo largo de tantos meses habían caducado, transformándose en un espantoso suceso. La mala vida que había llevado desde que era un chiquillo terminó pasándole una factura demasiado elevada y el haber jugado con fuego, actuando de

manera insensata y dejándose llevar por la avaricia y la necesidad de consumir, tuvo consecuencias fatales.

Los disparos amordazaron el silencio de la noche y despertaron a los pocos huéspedes del viejo motel. En pocos minutos, el lugar se llenó de coches de Policía y vehículos sanitarios; acordonaron la zona, tomaron declaración al dueño del negocio y a todo el que pudiera aportar alguna pista y pusieron en marcha una minuciosa inspección ocular. Los agentes judiciales empolvaron la escena del crimen en busca de huellas, tomaron fotografías, recogieron más de veinte casquillos de bala y algunas evidencias y un impávido médico forense de pelo cano y rosto impasible ordenó el levantamiento del cadáver acribillado de Peter. A partir de entonces, se abrió una investigación para aclarar lo sucedido. Hablaron con algún confidente, hicieron pruebas de balística, examinaron las cámaras de seguridad y pudieron ver, con cierta dificultad, por la mala calidad de la imagen, a dos tipos llegar al hostal, esconderse en la parte de atrás, subir a la habitación, bajar a los dos minutos y marcharse derrapando. La matrícula del auto quedó grabada y el coche apareció calcinado en una cuneta a las pocas semanas, sin rastro de los autores. Años más tarde terminaron apresándolos por una serie de indicios y condenándolos a cien años de cárcel por una larga lista de asesinatos, de los cuales no cumplieron ni una décima parte. De tanto quitar vidas, las suyas estaban en peligro y murieron en un ajuste de cuentas, dentro de la propia penitenciaria, por las múltiples heridas de un objeto punzante de fabricación casera. Eran las leyes callejeras del ojo por ojo y diente por diente.

La fatídica llamada que John y su madre iban a recibir era solo una cuestión de tiempo y no tardó en llegar. A primera hora de la mañana siguiente su familia encajó la trágica noticia con cierta confusión. Megan descolgó el teléfono y escuchó la voz grave de un hombre que preguntaba, en tono serio, por los familiares de Peter Turner García. Se quedó paralizada y comenzó a llorar. No necesitaba oír una palabra más para saber lo que había sucedido, pero aguantó con entereza, prestando atención a los detalles que narraban el espantoso suceso. Su llanto incesante alertó a John. El muchacho vino corriendo de la habitación, preguntó qué pasaba, comenzó a ponerse nervioso y a interrumpir a su madre, zarandeándole del brazo. Megan colgó el teléfono y con una triste mirada lacrimosa lo dijo todo.

—Es papá ¿verdad?, ya se ha ido ¿verdad? Dime que no, por favor. —Pero Megan asintió con la cabeza. El joven se vino abajo. Regresó a su cuarto a la carrera, cerró de un portazo y comenzó a llorar desconsolado. Cuando se quedó sin lágrimas entró su madre, se sentó en la cama junto a él y aliviaron el dolor a base de abrazos, llanto, recuerdos bonitos y más llanto. Megan recordó en voz alta algunas anécdotas de Peter, como el pequeño desmayo que sufrió durante el nacimiento de John, su gesto alegre cuando acunaba al recién nacido, cayéndosele la baba, o el día que apareció con una moderna bicicleta para su hijo, que a saber de dónde la había sacado, pero no importaba, porque nadie en el barrio tenía una igual y John dio saltos de alegría. Hablaron de las noches en vela y de las semanas en vilo, esperando que Peter regresara con vida de sus trapicheos, de cómo fue minando la paciencia de los suyos, la confianza y el apego con sus insoportables cambios de humor, con sus gritos en las noches de borrachera, sus desplantes, sus mentiras, su indiferencia. Habían aprendido a perdonarle y a quererle en la lejanía, pero no eran capaces de olvidar tanto sufrimiento.

Con el corazón hecho pedazos, la familia comenzó un doloroso proceso para despedir a Peter, que

mantenía presente la pérdida a cada instante. En un primer momento pensaron en incinerar el cuerpo y esparcir las cenizas en algún lugar con encanto que hubiera frecuentado, pero como el único sitio que Peter conocía eran las tristes callejas abarrotadas de delincuencia y la idea de carbonizarlo en un enorme horno industrial no es que fuera de su agrado, trajeron sus restos mortales a Madison y decidieron enterrarlo en el cementerio municipal. Teniéndolo cerca podrían visitarle a voluntad. Megan y su hijo velaron a Peter toda la noche en un inhóspito tanatorio, congelados de frío y cagados de miedo. La única persona que los acompañó fue Mary, que no se separó del chico ni un solo segundo, y un veterano guardia de seguridad que a las tres de la madrugada se despidió, diciendo que si querían algo urgente hicieran el favor de llamar a un número de teléfono que apuntó en una servilleta de papel. Estuvieron parados frente a la cristalera, mirando el rostro inmaculado de Peter, pensando que en cualquier momento iba a abrir los ojos y a levantarse y canalizaron la pena y la soledad con historias alegres, reflexiones de la vida, propósitos, lloros y alguna breve cabezada. A diferencia del velatorio, el sepelio de Peter estuvo muy concurrido. En la calle, las noticias corrían como la pólvora y todo el mundo que se enteró de la tragedia quiso acompañar a la familia. Acudieron todo tipo de maleantes, de diferentes ciudades y etnias, que desfilaron en procesión siguiendo la marcha lenta del féretro en su camino al camposanto. Había delincuentes de poca monta, vestidos como pordioseros, traficantes a pequeña escala y hasta tipos trajeados con aspecto de importantes empresarios, con sus zapatos relucientes diseñados en Francia, sus coches de alta gama, sus relojes de Cartier y un par de maromos cubriéndoles las espaldas. Parecía el patio de una prisión federal. Peter había hecho muchas cosas malas y pagó un alto precio por ello, pero a pesar de todos los errores que inconscientemente cometió, era un tipo conocido y carismático, de corazón noble, que nunca estafó a una buena persona ni robó a nadie que no fuera un ladrón. John se gastó un buen dinero en el último adiós de su padre, porque ahora podía permitírselo y quería despedirle de la mejor manera. Contrató un coro de iglesia que entonó en el funeral canciones de Frank Sinatra, Robbie Williams y Tina Turner, pagó los servicios de un cura de pueblo que dijo una bonita misa en honor al fallecido, recitó unas hermosas palabras, demostrando lo mucho que le quería, a pesar de que no fue un buen padre, compró dos enormes coronas fúnebres con flores blancas y rojas y rompió a llorar cuando bajaron a pulso el ataúd, con ayuda de unas sogas de esparto, y cerraron la lápida para siempre.

Los primeros meses lo pasaron muy mal. Veían en sueños el brutal asesinato y despertaban angustiados y sudorosos en mitad de la noche, creyendo que no había sucedido de verdad, que solo era una horrenda fantasmagoría. En el fondo, siempre vivieron con la certidumbre de un triste desenlace para defenderse de los sobresaltos, pero continuaban sin podérselo creer. Sufrían de insomnio y resignación, seguían teniendo pesadillas con los tipos que irrumpieron en su antiguo piso y se buscaban de madrugada en el sofá del salón para compartir sollozos. La tristeza intermitente estuvo presente durante una larga temporada, hasta que el tiempo fue aliviando su dolor. Peter ya no estaba en este mundo, pero el recuerdo inolvidable de los buenos momentos que pasaron a su lado jamás moriría con él. Tenían que ser fuertes, asimilarlo y seguir adelante sin su ayuda, como tantas veces habían hecho. La situación no cambió demasiado, porque llevaban toda una vida distanciados, desde que su comportamiento se tornó insoportable, pero sospechar que estaría en algún lugar de Detroit entretenido con sus quehaceres de maleante sosegaba la inquietud de su familia en las noches de

nostalgia. John se preguntaba, más que nunca, qué habría después de la muerte, aunque no estaba seguro de querer saberlo ni creía en las reencarnaciones. La idea de los espíritus que vuelven a tomar forma corpórea, convirtiéndose en cualquier pobre animalito, con la cantidad de desalmados que atentan contra el mundo animal, no le seducía especialmente ni entraba dentro de sus creencias ni tenía mucha lógica, a su escaso entender. Prefería pensar que cuando el corazón se para emprendes un largo viaje a un sitio mejor, con vistas privilegiadas y un clima tropical durante todo el año, desde donde puedes seguir cuidando de los tuyos. A partir de entonces empezó a hablar con Peter como nunca lo había hecho. Antes de dormir charlaba con él unos minutos de cómo había pasado el día en el restaurante, de su amor incondicional por Mary, de lo contenta que estaba Megan en su nuevo hogar y de un montón de cuestiones más, que siempre encontraban la mejor respuesta. No sabemos si las palabras que el muchacho escuchaba venían del más allá o de su propia conciencia y a veces pensaba que se había vuelto loco, pero cada noche acudía puntual a la cita con su querido padre.

Fueron momentos difíciles, pero sacaron lo mejor de las buenas personas. Amparado por la compasión, Henry ofreció al muchacho unos días de descanso para que pudiera asimilar el daño tranquilamente junto a su madre. Conocía de sobra el amargo sabor de una pérdida semejante y sabía mejor que nadie lo duro que era hacerse a la idea de que no vas a volver a ver a quien más quieres, por muchas charlas a distancia que mantengas con esa persona o muchos abrazos suyos que recibas en mitad de un bonito sueño que se esfuma en el mejor momento. John lo tuvo claro desde el principio. No podía quedarse en casa encerrado, llorando en la soledad del dormitorio, porque acabaría hundiéndose en un mar de lágrimas. Rechazó la amable propuesta de Henry, se libró de la pena siendo más testarudo que su propia mente y sorteando pensamientos tristes hasta llegar a uno alegre, donde quedarse a retozar, y ocupó su puesto al frente del negocio sin duelo alguno. Decidió salir a la calle a coger aire, a distraerse con el curso de la vida, que no se detenía por nada ni nadie, y a comerse el mundo masticando despacio cada bocado para saborearlo mejor. La historia volvía a repetirse. Henry contemplaba asombrado el talante y la encantadora personalidad de un joven que a su corta edad tenía unos valores y un conocimiento propios de una persona envidiable. No podía evitar verse reflejado en él, dar marcha atrás en el tiempo y acordarse del trágico accidente de ferrocarril que se llevó por delante la vida de sus padres, su bonita infancia, el brillo de sus ojos y la alegría de su enorme corazón.

A las dos semanas del terrible suceso John todavía presentaba un rostro serio, motivado en parte por una despedida en condiciones que no sucedió. Siempre recordaría con tristeza el último día que vio a Peter con vida, magullado y resacoso, en la silla del comedor. Sabía que Megan lo iba a echar de casa por haberle defraudado de nuevo y que quizá no volvería a verlo, como finalmente ocurrió, y en lugar de abrazarle con todas sus fuerzas, decirle te quiero y sentir el roce de su piel una vez más, se marchó al trabajo dedicándole un simple adiós. Era una espina que tenía clavada en el fondo del pecho y que nunca llegaría a sacarse del todo, pero en aquel momento fue fiel a sus sentimientos y no pudo dejar a un lado la decepción.

En el restaurante todos echaban de menos el gesto alegre del muchacho, su carcajada fácil, sus bromas tontas y sus ojos sonrientes, pero había una persona en especial que extrañaba más que nadie al verdadero John y estaba dispuesto a recuperarlo. Una mañana de libranza, Henry llamó al chico por teléfono. Llevaba semanas meditando y había llegado el momento de tomar una importante decisión.

Quería invitarle a casa a tomar una taza de té y hablar con él tranquilamente. John se quedó extrañado con la llamada. Era la primera vez que el señor Henry abría las puertas de su hogar a uno de sus trabajadores o a cualquier otra persona, porque de tanto trabajar no tuvo tiempo de hacer amigos y las únicas visitas que había recibido en cincuenta años fueron la de un fontanero que vino a arreglar la cisterna, dos testigos de Jehová y un inspector del gas que acudió a revisar la instalación por un fuerte hedor a azufre que invadía el edificio. El joven preguntó si todo estaba bien, se puso la ropa a toda prisa y acudió a la cita con el patrón. Caminaba a paso ligero por unas calles encharcadas, ansioso por comenzar la intrigante junta y tratando de averiguar los motivos que podían haber llevado a su jefe a concertar una entrevista tan personal. Henry solo tenía una razón para reunirse con él en la intimidad de su domicilio, pero era lo suficientemente importante como para citarle a solas; la parafernalia estaba justificada. El señor Henry abrió la puerta de su humilde morada y extendió la mano hacía abajo, invitándole a pasar. Vivía en un barrio obrero de la ciudad, en un piso sencillo de un solo dormitorio, con una pequeña sala de estar, donde se sentaba a ver la televisión en su viejo sofá de dos plazas, arropado con las faldas de una mesa camilla que escondía en sus enaguas un pequeño brasero de carbón. Al fondo del pasillo había un cuarto de baño estrecho y sombrío, con un antiguo lavabo de latón, un inodoro de estanque alto y un plato de ducha resguardado por una cortina de tela impermeable con los bajos amarillentos. La cocina no medía más de cinco metros cuadrados y estaba forrada de azulejos blancos esmaltados, con una cenefa de rombos verdes a media altura. Allí guardaba todos sus bártulos y utensilios de guisar. Tenía sartenes de tres tamaños, un delantal de cada color, cacerolas de acero inoxidable, juegos de cuchillos japoneses, una cafetera italiana, una tostadora que lanzaba el pan por los aires y un cazo chamuscado donde se calentaba la leche por las mañanas. Había un ligero olor a desamparo, la temperatura era baja y se escuchaba el eco de las palabras. De los techos colgaban bombillas desnudas, las paredes estaban pintadas de cal y completamente vacías, excepto en el comedor, donde había un viejo reloj de péndulo estancado en las doce en punto, un retrato en blanco y negro de sus padres, un tapiz descolorido y un mueble con algunos libros de cocina. No era un lugar acogedor, sino una casa diáfana, encogida y anticuada, que transmitía, quizás, la tristeza que atrapó a Henry a muy temprana edad, pero él tenía suficiente. Siempre hizo vida en el local y decía que para dormir y pasar el rato no necesitaba más.

—¡Pasa hijo!, y ponte cómodo —dijo el viejo, gesticulando con sus ademanes de maestro de ceremonias.

John estaba acostumbrado a la conducta distante de Henry y podía ver la mansedumbre que escondía su tosca apariencia, su semblante sombrío y sus gruñidos de cachorro, pero aquella mañana apreció una pizca más de formalidad en sus gestos. Conocía muy bien al patrón y sabía que hoy sus ojos reflejaban algo más que la sombra de la tristeza y su tan peculiar rectitud. Había pasado poco tiempo del percance que mandó a Henry, inconsciente, al hospital, donde estuvo recluido en contra de su voluntad, y desde entonces el muchacho estaba un poco preocupado por dentro. No había vuelto a mencionar el espantoso suceso ni andaba preguntándole a cada rato cómo se encontraba por no preocuparlo ni difundir inquietud, pero estaba pendiente de él sin levantar sospechas. Se inventaba excusas para acudir juntos al trabajo por las mañanas o salir a la misma hora y acompañarle a casa, y lo espiaba con el rabillo del ojo por si lo pillaba haciendo más de lo debido y tenía que distraer su atención

con cualquier bobería. Pensaba que no se daba cuenta, pero Henry se enteraba de todo, se hacía el sueco y se dejaba querer.

La mirada sospechosa y el extraño comportamiento del viejo, que John confundió con una posible recaída de salud, no eran más que destellos de melancolía. Se sentaron frente a frente en la mesa camilla del comedor, respirando nerviosismo del bueno, se hizo un breve silencio que no llegó a ser incómodo y Henry habló sin rodeos, desde lo más profundo. Quería ceder a John el restaurante para que su nombre figurara en las escrituras como dueño exclusivo del mismo, con la condición de comprometerse a entregarle de forma regular una pequeña cantidad de dinero, a modo de pensión, asegurándose así un retiro agradable. John se quedó petrificado. Supuso estar sumergido en un sueño, como los que seguían atormentándole de madrugada con la muerte de su padre y el asalto de los matones que pusieron el piso patas arriba, pero esta vez no quería despertar. Sus ojos se abrieron casi tanto como su boca, su respiración se detuvo de golpe, al tiempo que su corazón, y trató de expresar con palabras la felicidad absoluta que invadía sus sentidos, tartamudeando incluso al emitir las primeras sílabas.

—Pe..., pero señor Henry, ¿qué está diciendo?

—Mira, chico, lo he pensado bien, no tengo familia, eres como un hijo para mí y creo que ha llegado el momento de tomar esta decisión —dijo el viejo sin titubeos, en una enternecedora explicación que no estaba completa del todo. Henry ocultaba otra razón, no menos importante, por el mismo motivo que John no hablaba del patatús ni le preguntaba constantemente por su estado. No quería preocupar al muchacho, pero el gran susto que se llevó aquella noche que despertó desorientado en un triste cuarto hospitalario había abierto sus ojos y, aunque vivía apartado de los malos augurios, era consciente de su delicada salud. Se tomó muy en serio la recomendación de los doctores. Había cambiado sus hábitos poco saludables por un estilo de vida acorde a las circunstancias. No bebía alcohol, ni refrescos azucarados, ni bebidas gaseosas, tomaba mucha agua, infusiones y leche desnatada, pasó de zamparse media barra de pan blanco a la hora de la comida y otra media en la cena a dos picos integrales al día, solo comía carne roja de vez en cuando, acompañada de un vasito de vino tinto, en lugar de pimplarse cuatro botellas a la semana, salía a caminar veinte minutos todas las mañanas y hasta pensaba apuntarse a clases de gimnasia para mayores de setenta. Quería empezar a vivir, centrase un poco en él, dejar a un lado el negocio y no descartaba salir a conocer a una persona con la que compartir los cuatro días que le quedaban en el convento, como solía decir. Era triste tener que espabilar con una sacudida al corazón, pero en el fondo se sentía afortunado de haberse llevado ese susto. Había aprendido la lección, tenía margen de maniobra y se encontraba como un chaval. Henry era un valiente y no temía a nada, pero en el caso de que una desgracia ocurriera, pretendía dejar su amado restaurante en unas manos bondadosas y no conocía otras mejores que las de su querido compañero. El muchacho se puso en pie de los nervios, comenzó a andar de un lado a otro, con la mandíbula caída y las cejas levantadas, y preguntó, en repetidas ocasiones, si estaba completamente seguro de lo que iba a hacer. Quería cerciorarse de que no fuera un delirio propio de la edad y ahorrarse el viaje de regreso al notario, a los cuatro días, por un golpe de lucidez, pero, convencido al cien por cien y rebosante de orgullo, Henry confirmó que deseaba traspasar toda una vida de esfuerzo y dedicación a la mejor persona que había conocido. Esa tierna comparación, equiparando a John con uno de su prole, y la posterior aclaración,

repleta de sentimiento, despertaron el llanto alegre del chico, que rompió a llorar como una magdalena y se arrojó a su cuello.

—Eres increíble y como un padre para mí —confesó el chaval, contagiando de emoción al maestro, que no tardó en ocultar sus sentimientos bajo su rostro imperturbable.

John comenzó a despedirse con los ojos empapados de felicidad y dos chorreras en las mejillas. Volvió a abrazar a Henry, se lo agradeció en el alma y se marchó corriendo a casa, impulsado por una palpitante satisfacción que dirigía cada una de sus grandes zancadas. Estaba más ilusionado por contarle a su madre lo que el destino le había deparado que por el propio logro. A su temprana edad figuraría como el dueño de un hermoso restaurante, con una proyección de futuro increíble, gracias a su espléndida actitud, que le llevó a implicarse desde el minuto uno en aquel modesto local como si fuera suyo, sin pensar en ningún momento que poco más tarde acabaría siéndolo. Sabía que cada grano de arena es importante, que no hay que rendirse por complicada que sea la tarea, que lo difícil solo tarda un poco más, pero se consigue, que lo imposible se intenta y que el principal responsable del triunfo era su manera de hacer las cosas, siempre desde el corazón, el desinterés y la bondad. Tenía una esencia tan pura que se olfateaba de lejos y Henry supo apreciarla. La tenía enfrente de sus narices, rociando las mañanas con aroma de azahar, haciendo su vida más sencilla y agradable y preocupándose por él. Habían nacido para encontrarse en el camino.

Megan sintió a kilómetros la escandalosa llegada de su hijo entre un griterío de voces alegres, chiflidos y palmas que venía de la calle. Abrió la puerta sorprendida, pensando que había ganado un premio de lotería, y recibió un aluvión de besos, achuchones y zarandeos. Así se enteró de la maravillosa noticia. Su primera reacción fue de sorpresa e incredulidad, pero enseguida se contagió del estado de euforia que John consiguió disimular hasta llegar a casa y tuvo una alegre llantina que siguió brotando por un tiempo, cada vez que recordaba ese digno premio caído del cielo. Se secó las lágrimas con una esquina del delantal y estrujó al muchacho con todas sus fuerzas, otorgándole, emocionada, un millón de felicitaciones. Después de tanto sufrimiento, de nadar a contracorriente para salir a flote, de muchos días grises, sin ver la luz al final del túnel, ni tener nada más que llevarse a la boca que un triste pedazo de pan, la vida parecía estar en deuda con ellos y volvía a recompensar su gran esfuerzo con un buen colchón donde echarse a descansar la mente y a despojarse de la preocupación.

En cuanto pudo zafarse del abrazo prisionero de su madre, cogió el teléfono. Quería sorprender a la persona que siempre estaba a su lado, sobre todo en momentos de tristeza, frustración o ansiedad, cuando no tenía un buen día o pensaba en tirar la toalla, a la persona que sacaba lo mejor de él, que pretendía crecer de su mano, que lo apoyaba en todas sus decisiones y le quitaba la razón cuando no la tenía. Porque John no era perfecto, ni mucho menos, solamente era real, reconocía sus errores, sabía pedir perdón y estaba dispuesto a mejorar. Tampoco era de compararse con nadie más que consigo mismo, ni de querer demostrarle nada a los demás, pero quería estar a la altura de la mujer que lo acompañaba y ser alguien en la vida, con aspiraciones y sueños en los que no estaba solo. Esa persona era Mary y desde que la conoció sus ojos no habían dejado de brillar, su tormento enseguida amainaba con el calor de un abrazo suyo, con una llamada antes de dormir, con una caricia mientras soñaba, probablemente con ella, acostado en el sofá sobre sus rodillas.

Una idílica tranquilidad envolvía a la joven en el salón de su apartamento. Disfrutaba de un hermoso

poemario de Pablo Neruda cuando la melodía del teléfono móvil interrumpió la calma y un poema que decía: «Para mi corazón basta tu pecho, para tu libertad bastan mis alas. Desde mi boca llegará hasta el cielo lo que estaba dormido en mi alma. Es en ti la ilusión de cada día. Llegas como el rocío a las corolas...».

Y sin un saludo de por medio, Mary escuchó cómo una voz exaltada anunciaba su gran fortuna. Durante unos pocos segundos supuso estar ante un molesto pitorreo, pero enseguida recapacitó; sabía que John no era asiduo a gastar bromas de ese estilo. Aplaudió el merecido triunfo, lo avasalló con hermosos cumplidos y enhorabuenas entrecortadas por la emoción que intentaba contener y sintió la inminente necesidad de abrazarlo. Aquel día John agarró del brazo a las dos mujeres de su vida y salieron a brindar por una nueva aventura. Festejaron el maravilloso acontecimiento con una tarde para el recuerdo, llena de auténticos placeres: un chocolate con churros en la churrería del tío Pepe, el feriante español que hacía la mejor masa frita del mundo, un paseo por la avenida, entretenidos con los tenderetes de un mercado medieval que montaban los domingos, con el ajetreo de la ciudad y con los acordes de la vieja guitarra de un músico callejero que alegraba a los transeúntes por caridad. Compraron castañas asadas a una pobre viejecita que parecía haber empequeñecido con los años y vendía los cucuruchos por un par de dólares en una caseta de hojalata, resguardándose del frío con un gorro de esquimal, unos guantes sin dedos y el bidón de chapa donde asaba los frutos secos; dejaron más del doble de propina a la señora, cenaron en un banco de la plaza cuatro porciones de pizza recién hecha por un tipo napolitano de apariencia inmaculada, que regentaba un puesto ambulante, y fueron inmensamente felices con muy poco y una buena compañía. El joven había llegado hasta una posición privilegiada a base de esfuerzo y grandes valores, y no estaba dispuesto a relajarse, ni a tirar la casa por la ventana, ni a pensar que ya tenía la vida resuelta, sino al contrario, era consciente de que había que seguir trabajando duro para conservar lo que tenía y mejorando para alcanzar nuevos objetivos. Porque «¿de qué sirve tener un bonito jardín si no estás dispuesto a cuidarlo», pensaba el muchacho, que había vuelto a subir un peldaño de éxito, dos de humildad y otro más de sensatez.

Al día siguiente John continuaba sin podérselo creer, pero en el fondo tenía la certeza de que aquello no había hecho más que empezar. Desde entonces emprendió una larga carrera, empujado por su potencial, para continuar evolucionando. El cuidado milimétrico de los pequeños detalles era su meta diaria y la innovación acaparó todas sus prioridades. Sorprendían a los clientes con platos nuevos, de primera calidad; acudía en persona al mercado, cada mañana, a por el mejor género, compraba pescado fresco, hortalizas recién cosechadas, huevos recién puestos de gallinas criadas en libertad, desató la fiera que llevaba dentro y puso toda su garra en una vocación oculta. Todas las noches antes de acostarse hacía una lista con las tareas que había pendientes y cosas a mejorar y se dormía leyendo uno de los cientos de libros que colmaron su enorme librería sobre el arte que estudia la relación entre la cultura y la comida. Se metió hasta el fondo en el apasionante mundo de la alta cocina, cultivó su sabiduría junto a prestigiosos chefs, valiéndose de sus preciados consejos, aprendió nuevos procedimientos para dar un mejor servicio en el restorán y fue superándose a sí mismo, cada día un poco más. El poco tiempo libre que tenía lo empleó en viajar por todo el mundo, en ocasiones de la mano de su amada. Quería ver en primera persona cómo grandes cocineros, a los que tuvo el placer de conocer, elaboraban la mejor gastronomía a nivel mundial. Compartió fogones en España con David Muñoz, un joven maestro que

hacía auténticas virguerías en la cocina, y con Ferrán Adrià, quien revolucionó el mundo de la restauración y lo introdujo en la nueva era; estuvo en Inglaterra visitando el restaurante del chef Gordon Ramsay, donde pudo empaparse de cómo elaboraba algunas de sus mejores recetas, y pasó gran parte del verano viajando por Asia con una libreta de bolsillo, donde apuntaba notas, aclaraciones y curiosidades. En el vasto continente asiático paseó por un laberinto de mercados de comida callejera abarrotados de gente, donde podías encontrar todo tipo de alimentos y probar cualquier cosa comestible: preciados mariscos envueltos en hojas de plátano, sopas de fideos con caldo de curry, leche de coco y carne de vaca, brochetas en tempura, deliciosos salteados, buñuelos de tiburón, vegetales en papel de arroz y hasta bichos repugnantes que formaban parte de la dieta humana desde tiempos inmemoriales. De todos sus viajes John traía cantidad de anécdotas, experiencias únicas y valiosos conocimientos, que compartía con el equipo, en especial con Jian Li y Mohamed, que pasaron de ser unos pícaros redomados a dos expertos cocineros gracias a su entrega y a la formación culinaria traída del extranjero. La minuciosa siembra que llevó a cabo por diferentes parajes, dignos de conocer, impregnándose de las destrezas de los mejores y anotando brillantes ideas, dio como resultado una cosecha difícil de superar. En poco tiempo John convirtió el modesto restaurante en uno de los más distinguidos de la ciudad. Ofertaban deliciosos platos de autor, cada vez más elaborados, pero seguían manteniéndose fieles a los orígenes humildes del local y nunca faltaba en la carta alguna sugerencia del chef que representaba la comida casera del señor Henry. Había una larga lista de espera para poder disfrutar de su obra, una obra que certificaba el esfuerzo y el continuo afán por seguir creciendo, y que John admiraba orgulloso, apoyado en el hombro del patrón. En esa época el Henry´s recibió honorables premios gastronómicos y el reconocimiento de los más exquisitos paladares; los medios de comunicación se hacían eco de cada noticia y la popularidad propulsó su camino hacia la cumbre del éxito. Puede que no fuera el lugar más lujoso, ni el restaurante más caro y distinguido de la zona, pero los clientes acudían en tropel y salían encantados, porque la especialidad de la casa era hacer las cosas con cariño y tratar a cada comensal como a un miembro de la familia, independientemente de su posición social, su color de piel o el grosor de su cartera.

Fascinada con el ahínco diario que una evolución como la del Henry´s supuso, Mary quiso tener un bonito gesto con su chico y preparó una sorpresa a la altura de las circunstancias. Ambos pasaban gran parte del día centrados en el trabajo, atendiendo un sinfín de responsabilidades y terminaban la semana agotados, pero compartían el mayor tiempo posible y no perdonaban sus momentos de desconexión, repantigados en el sofá de Mary con música clásica de fondo, una manta gruesa por encima y una copa de vino en la mano, mientras hablaban de la vida o disfrutaban de un agradable silencio, interrumpido por el roce de un arrumaco. De vez en cuando le daban una alegría al cuerpo y había llegado el momento de hacerlo. Mary urdió un plan que iba a ser perfecto para sacudirse de golpe el estrés acumulado. Estuvo pegada a su ordenador portátil, organizando a conciencia los detalles de un hermoso sobresalto, inspeccionando diferentes destinos; se cercioró de que John tuviera libre en el trabajo, hizo unas cuantas llamadas y en pocos días tenía todo preparado.

Una tarde cualquiera pasó a recoger a John con la excusa de ir a tomar algo a un pub de la gran avenida y cuando se montó en el coche puso en marcha la trama, tapando sus ojos con un pañuelo.

—¿Pero, cariño, esto qué es? —dijo John sonriendo.

—¡Tú tranquilo!, confía en mí.

Condujo durante varios kilómetros, sometida a un incesante interrogatorio, de camino a un lujoso hotel de las afueras, donde había reservado la suite presidencial con intención de adentrarse en una estancia prometedora. Nada más llegar, un amable aparcacoches, vestido de uniforme con su elegante chaqueta roja de doble botonadura e involucrado en el asunto, bajó a la carrera las escaleras alfombradas de la entrada y abrió la puerta del coche sin decir una palabra. La joven se bajó enseguida, acudió a socorrer a su copiloto, ayudándole a apearse del asiento con facilidad, y sujetó las manos de John, que temblaban ligeramente por la emoción del momento y el miedo a darse un porrazo. Lo guió con cuidado de no tropezar por los pasillos cubiertos de tersos tapices clásicos con flores doradas, subieron a la última planta, abrió la puerta del dormitorio y destapó lentamente sus ojos. John se quedó fascinado con la increíble alcoba, decorada por encargo para la ocasión. Había un reguero de pétalos esparcidos por una suave alfombra blanca que cubría toda la pieza, una cama enorme llena de cojines, con su cabecero envolvente, su edredón de plumas y un banco alargado a los pies, un espejo ovalado en el techo que guardaría para el recuerdo cada una de las bellas estampas enlazados en el colchón, y todo estaba iluminado por la luz tenue de una lámpara de gotas de cristal. El manto de flores se adentraba en el baño, tapizando un jacuzzi a ras de suelo; la terraza tenía vistas a un oscuro océano donde brillaba la ciudad encendida, como un enorme navío fondeando en alta mar, y un viejo tocadiscos murmuraba las notas de una melodía romántica. Era lo más hermoso que jamás habían visto, un escenario ideal para celebrar una fecha importante, marcada en el calendario, pero por qué esperar a una celebración en concreto, que exija tener un detalle semejante con la persona que quieres, si cualquier día es perfecto para disfrutar de una noche inolvidable, debió pensar Mary semanas antes.

—¿Te gusta, cariño? —preguntó, observando orgullosa la cara de felicidad del muchacho, que seguía embelesado con un hermoso detalle que derrochaba valor y no por la importante suma que Mary había desembolsado, sino por el empeño de cuidarle y hacerle feliz.

La bonita intención de la joven estimuló a John de inmediato. Se sintió el hombre más afortunado del mundo por tenerla a su lado, la miró a los ojos, sujetó su boca y comenzó a besarla con ternura, apartando su pelo intruso, impidiéndole interrumpir los apasionantes besos que, cada vez más intensos, sucedían. Admiraba embobado su hermoso rostro y sentía cada contacto como si fuera el último, para hacerlo eterno, hasta que de pronto Mary empezó tontamente a resistirse. Acto seguido a cada movimiento de John intentando tocar su cuerpo, quitarle una prenda o incluso acercarse, Mary se apartaba y con voz sexy decía que la dejara. John se percató del asunto, la miró frunciendo el ceño, sonriente, y solo con observar sus ojos, rociados por el brillo de la pasión, supo lo que pretendía. No buscaba más que un cariñoso forcejeo. Quería provocarle, encender la velada y recrearse con el morboso juego que su imaginación había inventado, deseando explorar nuevas sensaciones. John se metió de lleno en su falso papel de encelado cabezón. Intentó controlar la situación, persiguiéndola por el dormitorio, para apresarla en su regazo, quitar su ropa y devorar cada centímetro de su piel, pero Mary se escurría con suavidad entre sus manos y no conseguía hacerse con ella. Por fin logró retenerla en un descuido intencionado de la joven, la enfrentó a la pared y susurró a su oído excitantes palabras, pero Mary volvió a escabullirse por debajo de sus brazos. La temperatura estaba subiendo a niveles sofocantes y continuaban retozando con intención de arder. En mitad del divertido trajín, Mary

terminó boca abajo sobre la cama, con la falda subida y la blusa desabrochada, y trató de alejarse gateando, sin éxito alguno. John alcanzó sus piernas, resquebrajó sus pantis negros de rejilla y la acercó hasta sus dominios. Se tumbó sobre su espalda y comenzó a penetrarla con feroces embestidas que fueron transformando, poco a poco, la rebeldía de la joven en una dócil entrega. El irresistible placer relajó el afán de Mary por escapar de las garras placenteras de su chico, pero solo un instante, porque de repente comenzó a revolverse y volvió a ponérselo difícil. John consiguió inmovilizarla de nuevo, colocándose de rodillas sobre el colchón, besó sus labios con rabia y sujetó su cuello con mimo. Motivado por la excitación y explorando terreno desconocido, le propinó un ligero cachete, muy suave en la mejilla, que tuvo consecuencias fatales. La dulce galleta abrasó más el ambiente. Mary sintió un tremendo ardor que recorrió todo su cuerpo, hirvió de deseo y demostró su ansia por sentirlo de nuevo. Se desató la tempestad, se quisieron con la pasión desenfrenada de dos amantes furtivos y jadearon de gusto con el roce de su sexo incandescente, su piel resbaladiza, sus labios mojados.

Copulaban como conejos, haciendo el amor involucrados en un movimiento lento y delicado, en el que las caricias y los besos tiernos magnificaban el sentimiento, o arrancándose la ropa y sintiéndose con la fiereza propia de dos bestias, pero hasta ese momento no sabían que se pudiera rozar el cielo con las manos sin despegar los pies de la tierra. En sus caras podía apreciarse una mezcla de satisfacción y delirio por otro instante entre las nubes, surcando un viaje de fantasía. Porque juntos se sentían como en casa y a menudo tenían la necesidad de quedarse en bucle, disfrutando de una bonita experiencia o del momento más simple, agarrados de la mano. Quedaron tendidos sobre el inmenso colchón, intentando recuperar el aliento, se abrazaron bajo el calor de la ropa y se relajaron acariciándose el pelo y contándose historias. Trasteando con uno de los mandos a distancia que había en la habitación, del techo surgió un proyector de cine, de la pared del fondo se desdobló una pantalla, pusieron la película de un fatídico naufragio con historia de amor y final triste y lloraron a lágrima tendida. El servicio de habitaciones interrumpió la llorera, entró en el cuarto empujando un carrito de tres pisos cargado de bandejas tapadas con cubreplatos de latón y se retiró enseguida. Corrieron a saciar el hambre y fueron destapando la comida, sorprendidos por la buena pinta que tenía todo. Había una fuente de sushi con veinte piezas diferentes, una tabla de quesos variados, unas flores de alcachofa confitada y una botella de su mejor vino blanco. Disfrutaron de una romántica velada sin moverse de la cama, a la luz de la gran pantalla; cruzaron miradas repletas de sentimiento, brindaron por haberse conocido y a la hora del postre un mozo llamó a la puerta, sujetando una deliciosa fondue de frutas, que degustaron entrelazando los brazos y saboreando, con besos húmedos, el sabroso chocolate que por sus labios escurría. Como broche de oro pidieron una botella de champagne de un pueblecito de la campiña francesa, que apareció a los pocos minutos metida en un cubo de hojalata con hielo. Mary se levantó a propósito a coger el espumoso, pero en lugar de regresar a la cama y servir las copas, caminó hacia el aseo, lanzando antes una tentadora invitación, sujeta a condiciones.

—Puedes venir, pero espera un momento —dijo la joven, dejando claro quién llevaba las riendas esa noche y provocando un interés pasmoso. Los ojos de John se salieron de sus órbitas, se frotó las manos y se relamió el hocico. Pasado un instante, entró en el baño y encontró a Mary completamente desnuda en el borde del jacuzzi, derramando el champagne por todo su cuerpo, como una diosa de la mitología romana, aposentada a la orilla de una fuente, salpicando su feminidad. Se adentró en el agua y comenzó

a beber de sus pezones el champagne que ella vertía, llevó su boca a la entrepierna y continuó engullendo hasta que, a los pocos segundos, el grifo se cortó. Mary tuvo que soltar la botella y apoyar sus manos en la orilla para soportar el tsunami de placer que sacudía su hermosa figura de ninfa. Con los pies de su amada sobre los hombros, siguió acariciándola suavemente con la yema de los dedos, introduciéndolos por momentos y pasando la lengua de arriba a abajo, de un lado a otro, succionando sus labios suavemente y besándolos como si fuera su boca. Tan pronto cerraba los ojos para concentrarse en lo que hacía y agrandar el sentimiento, como la observaba fijamente para verla enloquecer, hechizarla con su ardiente mirada y excitarse más todavía.

Durante un instante Mary creyó estar flotando en aire, suspendida en una sensación imposible de describir con palabras. Arqueó su cuerpo, murió de gusto y hasta salpicó la boca de su amado con una fina lluvia de pasión. John se quedó fascinado viendo el mejor espectáculo del mundo, según él, y acabaron dentro del agua, haciendo el amor sin parar de besarse, bajo una manta de pétalos rosados. No eran conscientes de la magia que creaban hasta que, a los pocos minutos, días o semanas, se paraban a pensarlo fríamente, a revivir el tacto de cada caricia y la sensualidad de cada beso. Se excitaban con el recuerdo y sentían el deseo incontrolable de repetirlo. Pasaron una noche inolvidable en un escenario de película, cumpliendo nuevas fantasías, creando hermosas estampas que guardarían como un tesoro y compartiendo un amor que a juzgar por su delicadeza tenía pinta de ser eterno.

A las pocas horas amanecieron encantados y con una flojera terrible por el desgaste de energía, que no iba a suponer un problema. El personal de servicio acercó a su alcoba un surtido almuerzo que degustaron en la cama viendo despertar la ciudad por el grandioso ventanal. Trajeron fruta recién cortada, tostadas calientes de pan de pueblo, zumos naturales, bollería artesana y dos cafés que desprendían un maravilloso y estimulante aroma. Con el estómago lleno y un suave albornoz blanco de algodón de rizo enrollado al cuerpo, bajaron a disfrutar de un largo recorrido de bienestar que incluía sesión de spa, masaje relajante, tratamiento de belleza a base de cremas exfoliantes, mascarillas faciales, chocolaterapia y botella de cava, elaborado en una región del noreste de España, donde hacían los mejores vinos espumosos del mundo. Era la guinda final a una estancia espectacular que Mary había preparado con todo el cariño de su noble corazón para la persona que siempre estaba a su lado, que se desvivía por ella y que solo era feliz contemplando su sonrisa. A mediodía abandonaron el hotel, renovados en todos los sentidos, y antes de subirse al coche, John se acercó a Mary en silencio, la abrazó fuerte, agradeció el increíble detalle que había tenido y selló el emotivo momento con el sabor de un beso dulce.

Eran las doce y media de la mañana y hacía un sol espléndido, que invitaba con su presencia a disfrutar de algún plan al aire libre, de modo que decidieron aceptar la brillante invitación. Hicieron una parada en el supermercado, compraron una empanada de carne recién hecha, algo de bebida y picoteo y se marcharon a la pradera que moría en la orilla del lago, donde disfrutaron de un delicioso pícnic improvisado. John aprovechó la sobremesa para demostrar una habilidad que nunca antes había mencionado, debido a su escasa práctica. Sacó una antigua baraja de la mochila y realizó unos trucos de magia. Mary atendió embelesada y no paró hasta empaparse de alguno. Hartos de tanto reír y tumbados boca arriba sobre la hierba, volando entre bonitos pensamientos, volvieron a crear un lienzo perfecto. El hermoso atardecer se fue marchitando, reflejado en la laguna, y dio paso a una tierna

despedida. Estando juntos, el tiempo pasaba demasiado rápido, pese a su facilidad para detenerlo. Disfrutaban al máximo de ese fugaz tesoro que todo el mundo tiene, sin desperdiciar un segundo en enfados tontos o discusiones absurdas, motivados, a veces, por la desconfianza que surgía de sus propias inseguridades.

El Henry´s vivió una época dorada por aquel entonces. Todo iba sobre ruedas, a un ritmo imparable. La gente se agolpaba en la puerta, ansiosa por degustar una carta exquisita que cada semana contaba con nuevos platos de increíble aceptación. Los clientes marchaban encantados y lo comentaban con familiares y amigos, que, atraídos por la curiosidad, venían a comprobarlo con sus propios paladares y a visitar ese restaurante de moda. Muchas tardes el viejo Henry, sentado al fondo de la barra, era presa de la nostalgia, viendo cómo todo había cambiado. Con un ligero brillo en los ojos, pensaba en lo mucho que se esforzó para conseguir unos pocos ahorros y abrir su propio negocio, cayéndose un montón de veces y volviendo a levantarse una vez más. Recordaba, como si fuera ayer, el día que entró por primera vez en el local de la mano de su antiguo dueño, un terrateniente bajito y gordinflón que se movía con dificultad, y el tufo a cerrado lo echó para atrás. Años antes, había sido un pequeño economato que vendía a granel todo tipo de productos, desde legumbres, cereales, piensos para animales, chocolate, aceite y conservas, hasta colonias o productos de limpieza. Había telarañas kilométricas en el techo y las paredes, cantidad de trastos por el suelo, cartones roídos por las ratas, madera agujereada por una plaga de termitas, telas resquebrajadas y carcomidas por las polillas y una capa de polvo y mugre que cubría toda la superficie. De primeras, sintió repugnancia y estuvo a punto de marcharse y dejar plantado al propietario, pero la falta de capital hizo que recapacitara, se abrió paso entre la porquería, llegaron a un acuerdo razonable y en pocos días dejó todo reluciente. Tiró los bártulos a un gran contenedor de obra, desinfectó el lugar con lejía y pesticidas, lo despojó de la roña y el abandono y montó su pequeño chiringuito. Se sentía orgulloso de haber pasado de servir comida en endebles recipientes de plástico y repartirlos por toda la ciudad, a bordo de una bicicleta oxidada, a ser un punto de referencia para entendidos de la cocina, con varios premios gastronómicos en su haber. Había hecho un gran esfuerzo para salir de su zona de confort, se endeudó con el banco hasta las cejas y trabajó sin descanso hasta que su corazón dijo basta, pero de no ser por su gran amigo y compañero, que despertó su lado más atrevido y estuvo apoyándole incondicionalmente, nada de esto hubiera sucedido.

John fue como un soplo de aire fresco para un local obsoleto, que se había estancado en la conformidad. Apareció en el momento preciso para motivar al viejo con su juventud, su desparpajo y sus ganas de triunfar en la vida y, a día de hoy, seguía haciendo del Henry´s un sitio mejor. Desde que el patrón decidió cederle el puesto se había encargado de llevar el restaurante y a toda su tripulación por aguas mansas y cristalinas. Porque no solo se preocupaba de engordar sus propias arcas, de viajar por el mundo a cultivar su sabiduría o de velar por su negocio, también miraba por las personas que trabajaban a su lado. Seguramente, de ahí venían gran parte de los triunfos. Quería ser cada vez mejor y que los demás también lo fueran y no se limitaba a ilustrar a los empleados con el chorro de experiencias que vivía en cada una de sus escapadas, sino que se preocupó de formarles con diferentes aprendizajes. Mandó a los camareros al curso de hostelería de François, el afamado metre galo que compartía su talento, por un módico precio, trajo al local a un maestro del cóctel que les enseñó a preparar un buen *Bloddy Mary*, deliciosos mojitos y un Margarita de piña con escarcha de

hierbabuena, y preparó una sorpresa a Jian Li y a Mohamed, que pudieron visitar los fogones de José Andrés, un excelente cocinero español que a los veintiún años emigró a Estados Unidos y hoy por hoy regentaba varios restaurantes de prestigio en Washington y era un auténtico héroe, que repartía bocados de felicidad por todo el mundo a personas que lo habían perdido todo. Mantuvo el estilo vanguardista del local con los modernos lienzos de Banksy, las frases célebres, el vinilo de la gran ciudad y la frescura de sus plantas naturales y conservó el toque retro con sus cuadros blanquinegros de las primeras bicicletas y antiguos anuncios de comida, pero hizo algunos cambios, buscando un carácter más sofisticado. Cambió las vigas descarnadas de madera envejecida por falsos conductos de ventilación de acero galvanizado, puso un zócalo grisáceo tapando el murito de ladrillo visto y reemplazó el terciopelo de los asientos por otro más elegante de color azul plomo. Compró una vajilla nueva de porcelana china, una estilosa cubertería negra mate y unas lámparas colgantes de diseño, incorporó un sistema digital de comandas y renovó la mantelería. Así fue como John modernizó el local y ayudó a sus trabajadores a ser más profesionales. Intentaba estar a la última leyendo cantidad de artículos relacionados con el mundo de la hostelería o indagando por cualquier recoveco donde dieran de comer. El equipo fue cogiendo experiencia y sabiduría y en el restaurante cada vez se celebraban eventos de mayor categoría.

Una fría noche de mediados de otoño, con los árboles caducos cambiando el color verde de sus hojas, despojándose de ellas y cubriendo la avenida con un manto de tonos ocres, tuvo lugar en el Henry´s la cena más importante que habían dado hasta la fecha. Se jugaban mucho a una sola carta. Llevaban varios meses esperando este momento y, de salir bien, la velada abriría muchas puertas. Sin embargo, cualquier fallo significaba pagar un coste demasiado alto, pudiendo quedarse estancados en el olvido por un tiempo, pero si no arriesgaban, difícilmente podrían triunfar, como solía decir John. Estuvieron todo el día preparando con mimo los detalles de un encuentro transcendental. Trabajaron a puerta cerrada, bajo una concentración absoluta, ensayaron procedimientos, sacaron brillo a las copas y a los cubiertos, hicieron compras de última hora y elaboraron un delicioso menú no apto para cardiacos.

El nerviosismo se respiraba en el ambiente. Llegó la hora del convite y los asistentes fueron haciendo acto de presencia, vestidos con sus mejores galas y ansiosos por conocer el afamado restaurante del que todo el mundo hablaba. Entre los invitados había dos críticos gastronómicos de renombre, un solemne personaje del mundo de la política, un reputado periodista, una famosa presentadora de televisión y diferentes personalidades anónimas que simplemente admiraban la buena cocina. John acudió en persona a dar la bienvenida a su casa a todos y cada uno de ellos, haciéndoles sentir como de la familia, al tiempo que los mozos se hacían cargo de sus bonitos abrigos y los acompañaban a sus asientos. Las caras de asombro de los asistentes contemplando la elegante decoración que revestía con buen gusto la sala y sus risueños cuchicheos, relajaron una pizca el histerismo del personal, que no tardó en ponerse manos a la obra.

La velada comenzó con una breve cata de vinos de diferentes denominaciones, para que todo el mundo pudiera elegir el de su agrado, y continuó con un delicioso menú degustación, compuesto por una docena de platos, a cada cual más sorprendente, donde se veía reflejado el esfuerzo, las ganas de evolucionar, las ideas traídas de los viajes al extranjero y el haber compartido fogones con los mejores cocineros del mundo. Fueron sacando bocados pequeños, pero muy suculentos, en un emocionante

goteo de viandas que generó mucha expectación. Cada plato era mejor que el anterior y dejaba el listón muy alto para el siguiente. Pusieron un lomo de ventresca de atún rojo a la brasa sobre una cama de pimientos, con un toque de lima, que estaba espectacular; una croqueta de carne madurada de vaca vieja y bechamel de roquefort supercremosa; carabineros atemperados con salsa de miel y mostaza, mole verde de hinojos con pulpo y coco rallado, pato al carbón con cinco especias chinas, consomé de ave con pimienta de Nepal y virutas de hongos y un largo etcétera, que dejó fascinados a los comensales con su delicioso sabor, su calidad de primera y su compleja elaboración. Los postres fueron también una auténtica fiesta, llena de sabores ligeramente azucarados y texturas imposibles, y la cena terminó con sonrisas de satisfacción. Cuando el último de los comensales cruzó el umbral de la puerta, John soltó el estrés contenido, sacudiendo el puño con violencia, se abrazó a sus compañeros y corrió a por el teléfono. Quería compartir su alegría con las dos mujeres de su vida, que esperaban impacientes por conocer el resultado de tanto esfuerzo; sabían lo mucho que se jugaba y quisieron celebrar el nuevo triunfo con todo el equipo. Aquella noche rieron a carcajadas, degustaron los restos del delicioso menú, bebieron del mismo vino que encandiló a los clientes y brindaron con un buen champagne por muchos éxitos más, que no tardarían en llegar. El empeño de ejercer con devoción había vuelto a dar resultado.

Estuvieron festejando la conquista por todo lo alto hasta las tantas de la madrugada y abandonaron el local hartos de tanto reír, de tanto comer y de tanto brindar. Los últimos en partir, junto a Megan, fueron los dos tortolitos, que entre caricias y besos dilataban la despedida. Estaba claro que no querían separarse. Parecía que una fuerza sobrenatural conectaba sus miradas cada vez más cerca, les impedía soltarse la mano y relajar el ansia de sentir sus labios, pero, afortunadamente, la noche no había terminado para ellos. John abandonó el lugar abrazado a su madre, derrochando ternura, la acompañó hasta la puerta de casa y se despidieron con un fuerte achuchón. Regresó al coche y escribió un puntilloso mensaje de fantasía que encendió la madrugada y fue el principio de un apasionante rol que desde aquel día se quedó instalado en sus costumbres más pasionales. En ese preciso momento, Mary entraba en su piso, sedienta de pasión, leyó el texto con la boca abierta y escribió una breve confirmación como respuesta, que desató las prisas en el autor. Tuvieron una conexión brutal, como si el muchacho hubiera sentido los gritos que colapsaban la mente de Mary, pidiendo un puñado de nuevas emociones junto a su amado. John encendió el motor del auto y emprendió de inmediato el corto recorrido que tanto les separaba, involucrado en una situación de ensueño y fantaseando con obscenas ilusiones. A los pocos minutos, subió las escaleras del apartamento de Mary, llegó al rellano y encontró la puerta de su casa entreabierta. Continuó su camino en silencio hasta la habitación donde ella estaba, tumbada en la cama, con las piernas ligeramente flexionadas y una fina sábana cubriendo su cuerpo desnudo, acariciándose con suavidad y emitiendo pequeños gemidos que nublaban su dulce mirada. Todo sucedía tal y como apuntaba el ardiente mensaje que acababa de enviar. Descubrir la misma escena que había retratado en su mente y que llevaba un rato imaginándose agravó la enorme excitación que sentía antes de entrar por la puerta. Con el esmoquin puesto, se deslizó suavemente por debajo de la sábana y metió la cabeza entre las piernas de Mary, que seguía tocándose despacio, acechando con claridad las estrellas. La saboreó sin prisa y con ternura, besándola despacio en un suave roce de labios. Al cabo de un rato, delicioso, el increíble momento se detuvo. John fue a por la bolsa

que había dejado en el recibidor al pasar y que contenía un traje de látex con aberturas en los pechos y una cremallera que se deslizaba desde el ombligo a la parte baja de la espalda. Mary se lo puso en privado y dio permiso al chico para entrar con una voz tierna y sensual. John irrumpió en el cuarto sin ropa, sujetando un juguete erótico, y descubrió a la joven enfundada en el ajustado vestuario. Se rindió a sus pies, bajó la cremallera lentamente y comenzó a pasar la lengua por cada resquicio de su piel desnuda. Anduvieron a buscar apoyo, Mary se sentó en el escritorio y él comenzó a penetrarla con suavidad, sin apartar el succionador de su entrepierna, en un derroche de sentimientos que sacudía sus cuerpos de gusto. Entre la pausada penetración y el placer que proporcionaba semejante cachivache, los ojos de Mary se ponían casi en blanco y sus diferentes gemidos delataron varios orgasmos, volviendo loco a John, cuya única forma de disfrutar era observando cómo ella lo hacía. El joven soltó un enorme suspiro, aseguró que no aguantaba más y, a punto de llegar por enésima vez, Mary apretó su pelvis contra él y abrazados comenzaron a correrse, orbitando en su galaxia de sentimientos, eclipsados por su propio resplandor.

Después de una noche gloriosa en el restaurante y de una nueva fantasía sexual hecha realidad, John amaneció entre los brazos de su amada, sin saber realmente si había despertado o estaba viviendo un hermoso sueño. Se sentía imparable, contemplando con orgullo, desde una posición privilegiada, cómo era capaz de satisfacer refinados paladares, de llevar el Henry´s a lo más alto o de cualquier otra cosa que en su mente sucediera. Las buenas noticias sobre el banquete acapararon la prensa estatal a la mañana siguiente, inundando las primeras páginas con fascinantes titulares hacia su trabajo. Ojeaba el periódico y sonreía, arropado con un suave albornoz de terciopelo azul marino, regalo de Mary, sorbiendo una taza de café recién hecho, con una pierna por encima de la otra y un brillo especial en sus ojos. Había estado preparándose a conciencia por si esto sucedía, pero, aún así, tardó un tiempo en asimilarlo. Su querido restorán ocupaba un lugar extraordinario, asentado en la cumbre del éxito, y con tanta repercusión la estancia en el paraíso sería larga y duradera. Estaba obligado a aprovechar el tirón y dispuesto a cualquier osada maniobra. Había explotado el negocio a más no poder y en lugar de conformarse, quiso seguir remando en la misma dirección, pero con un propulsor añadido, pues a la vista estaba que este local se había quedado pequeño. Su mente prodigiosa comenzó a maquinar, humeante, motivada por un par de buenas razones. Estuvo dando vueltas al asunto, barajó un puñado de opciones, visualizó diferentes escenarios y siempre llegaba a la misma conclusión. Un buen día decidió hacer algo atrevido, porque con el tiempo dedujo que no puedes tener fortuna si careces de valentía. Organizó una reunión a solas con el maestro. Quería trasladarle la decisión que había tomado y conocer su punto de vista, de modo que se sentaron frente a frente, como tantas veces, y hablaron con el corazón. El viejo Henry esperaba cualquier cosa de un desatado emprendedor que no podía estarse quieto, que necesitaba superarse cada día un poco más y saborear la satisfacción que sentía detrás de cada conquista. Se había vuelto adicto al triunfo, al placer de hacer feliz a tanta gente, de mirarse al espejo y ver a una mejor persona. Henry miró fijamente a su discípulo, sonriendo con los ojos. Soltó un breve gruñido para que escupiera de una vez sus intenciones y entre miradas alegres y refunfuños, se enteró del tema en cuestión. John estaba dispuesto a abrir un nuevo restaurante en una de las zonas más exclusivas de la ciudad.

—¡Pero bueno, hijo!, ¿te has vuelto loco, o qué? —dijo el viejo, sorprendido.

Henry se había acostumbrado a una vida tranquila, a los paseos matutinos, a su vaso de leche a media mañana, contemplando el ajetreo del local, sentado en su taburete, y a su siesta de dos horas. Pensó que iba a ser complicarse demasiado, que no había necesidad, pero al momento recapacitó, echó un vistazo hacia atrás, vio lo que había avanzado y terminó dándole ánimos. La apuesta era un tanto arriesgada y suponía un gran desembolso, que habría que pedir prestado a la banca, pero en vista del éxito, de sus ganas de seguir trabajando duro, esforzándose a diario y consiguiendo nuevos logros, John se lo comunicó al personal y decidió poner en marcha la máquina a toda revolución. Tenía plena confianza en sí mismo y en todo su equipo, porque de tanto cosechar éxitos había terminado creyéndoselo y además contaba con el apoyo incondicional de un sabio amigo. Comenzó a visitar locales de la mano de Brandon, el joven comercial de ojos claros que despuntaba en lo suyo, hizo los estudios de mercado necesarios, ojeó las ofertas gastronómicas que había por la zona y reclutó más empleados, seguido de cerca por su querido mentor. Era como empezar desde el principio, pero con la lección aprendida, mucha más experiencia, más tolerancia al dolor y más capacidad de reacción. A los pocos días, el muchacho encontró un bonito local en la avenida principal, donde estaban las mejores boutiques de moda, los mejores salones de restauración, los hoteles más prestigiosos y donde había un continuo flujo de gente acaudalada con tiempo libre y ganas de gastar dinero. Pensó que sería el lugar perfecto para levantar el nuevo Henry´s y no se equivocó. El local contaba con un gran escaparate que dejaría ver los estilosos entresijos del restorán, un buen comedor que pretendían revestir con elegancia y sencillez, una enorme cocina totalmente equipada y un flamante mobiliario inspirado en las últimas tendencias. John se involucró hasta el fondo en el asunto, contrató a la misma cuadrilla de operarios senegaleses que trabajaban bien a buen precio y no dudó en arremangarse y echar una mano con los remates. Aparecía por el local a primera hora y se marchaba el último a casa. Siguieron las mismas pautas que tan buenos frutos habían dado y mantuvieron el estilo sofisticado del restaurante sin perder su identidad, con sus modernos lienzos de Banksy, sus cuadros *vintage* de bicicletas antiguas, su cocina de diseño y ese trato familiar que ofrecían a cada uno de los clientes. Adornaron el salón con un decorado vanguardista, con diferentes tonalidades de blancos y negros, marrones y grises, pusieron un frondoso jardín vertical al fondo, colgaron lámparas contemporáneas con forma de nube y mandaron confeccionar una estilosa ropa de restorán y nuevos uniformes. La iluminación no era ni muy fría ni muy cálida, ni muy intensa ni muy penumbra, para crear un ambiente acogedor que mantuviera el equilibrio; había un hilo de música clásica que pasaba desapercibido y se notaba a la legua que habían cuidado con mimo hasta el último detalle. El resultado fue un espacio espectacular, donde desconectar del mundo y vivir una experiencia gastronómica inolvidable. Su deseo de seguir soñando supuso una gran inversión, que fue financiada por un banco europeo. Fueron días muy duros, hubo momentos de frustración, de no estar seguro de haber hecho lo correcto, pero se mantuvo firme y en pocas semanas, tras muchos desvelos buscando la excelencia, tuvo lugar la inauguración del nuevo proyecto.

La ansiada apertura causó una gran sensación. Acudieron personas influyentes de la ciudad, que se fotografiaban en el *photocall* como si el estreno de una gran película fuere, amantes de la alta cocina, caras conocidas, familiares y amigos, acompañados en todo momento por el mejor anfitrión. En un lugar excepcional de la larga lista de invitados se encontraba Megan, una madre radiante de felicidad que admiraba, incrédula, cómo su hijo se había convertido en un auténtico triunfador. Estaba preciosa,

luciendo un maravilloso vestido largo de fiesta, plateado y blanco, con escote *Bardot* y lentejuelas de arriba abajo, que formaban un elegante efecto degradé, el mismo que tiempo atrás no pudo saborear, porque apenas tenían dinero para llenar la despensa o poner la calefacción; era un detalle de vuelta, que alguien se había encargado de comprar, porque quería hacerle sentir especial y volver a verla brillar como aquella tarde en la galería. También como invitados estrella y muy elegantes aparecieron los padres de Mary, derrochando señorío y acompañados de su hermosa heredera. A John le llovieron las felicitaciones y los abrazos, pero también observó alguna mirada de recelo. Sarah tenía una tarea pendiente desde la noche del cumpleaños de George, cuando su penoso comportamiento y su rancia forma de pensar terminaron jugándole una mala pasada. Tan pronto como tuvo un momento a solas con el muchacho, se disculpó personalmente por haber herido sus sentimientos con el desafortunado comentario. Reconoció, pesarosa, que se había confundido con él, pensando que siempre sería un pobre repartidor que no podría estar a la altura de una señorita con la clase y la categoría de su hija. John aceptó sus disculpas, porque pensó que eran sinceras, pero quiso añadir una pequeña aclaración. Miró a los ojos a Sarah y aseguró que él seguía siendo la misma persona, que el éxito jamás empañaría su humildad ni iba corromper su naturaleza noble, dando una lección de vida y sobre todo de educación a una mujer víctima de la ignorancia. Como colofón a este repertorio de citas, faltaba mencionar a una persona, sin duda la más importante, el queridísimo señor Henry, porque gracias a él y a su confianza había empezado todo aquella gélida mañana de invierno, cuando un joven entró en el local en busca de empleo y decidió confiar en unos ojos que transmitían bondad, asignando al muchacho una dura faena que pocos hubieran resistido igual. El festín sucedió sobre la marcha, la fantasía fue dueña y señora de cada bocado y los comensales quedaron fascinados, pero como todo lo bueno, pronto abordaron el desenlace de una noche espectacular. John recibió con entusiasmo un aluvión de parabienes. La vida estaba contenta a su lado, sonriéndole a carcajadas, y todo gracias a su mentalidad positiva y luchadora y a su enorme corazón.

Capítulo IX
Conflictos frustrados

> «Cuando estás en la cima, rodeado por personas de confianza y no haces ningún cambio, tampoco piensas en caer en picado, pero puede ocurrir de improviso. Las personas fallan de un día para otro, sin motivo aparente, y llegado el momento no queda más remedio que levantarse, afrontarlo y luchar, si crees que merece la pena, para reconducir la situación, pero jamás puedes tirar la toalla y rendirte a la primera de cambio, porque eligiendo la opción más fácil nunca disfrutarás de lo bueno».

La joven pareja atravesaba los mejores momentos de su vida. Todo les iba fenomenal. Disfrutaban al máximo de un idílico noviazgo basado en el amor verdadero y la pasión desenfrenada, se entendían a la perfección solo con mirarse a los ojos y mantenían encendida la llama del deseo con una simple mirada. Algunos lo llamaban suerte, otros pensaban que era algo pasajero y ellos estaban convencidos de que habían nacido para encontrarse, cuidar el uno del otro y pasear de la mano por parajes vírgenes, hasta la más remota eternidad. John acababa de abrir un nuevo restaurante, que con el tiempo llegaría a estar entre los cinco mejores del país, seguía manteniendo las buenas costumbres, esforzándose a diario, sin bajar la guardia y escapándose, siempre que podía, a cultivar su mente a lugares recónditos. Paseaba por el mundo degustando comida callejera, recopilando ideas para su querido restorán y viviendo experiencias increíbles para el día de mañana seguir gozando de bonitos recuerdos, postrado en un viejo sofá, hasta que se fueran disipando con la vejez o el maldito Alzheimer comenzara a arrebatárselos. Entretanto, Mary continuaba guerreando al pie del cañón en la prestigiosa empresa familiar, firmando importantes contratos con nuevos clientes, controlando que los gastos no fueran excesivos, entrevistándose con los banqueros en busca de la mejor financiación y haciendo lo que fuera necesario para mantener el buen rumbo de la compañía. Se implicaba al máximo en cada tarea, sin descuidar sus momentos de descanso, porque no quería llevarse otro susto, ni ver su vida entera pasar en segundos, ni perderla en un descuido. Era meticulosa y perfeccionista y cada vez se encargaba más de las labores que antes solía atender su padre. George era relativamente joven, iba a cumplir sesenta y dos, pero llevaba toda la vida trabajando y estaba cansado del estrés que generaba dirigir una pequeña multinacional. Empezó a ayudar a su padre siendo solo un crío. Cargaban la roñosa furgoneta dos plazas que Joe acababa de comprar con las rentas de los huevos y la leche y recorrían los estados ofreciendo a los vecinos una ristra de artículos y apuntando en una lista otros muchos, para llevárselos en el próximo viaje. Se pasaban semanas fuera de casa, descansando en cualquier mugrienta pensión o en la misma camioneta, y comían lo primero que pillaban. Con el tiempo fueron cosechando beneficios, cambiaron la vieja furgoneta por un modesto camión, el camión por una flota de vehículos de gran tonelaje y cuando había que cruzar el charco alquilaban contenedores para el transporte marítimo. Se había cansado del trajín de la empresa, de tener más dinero que tiempo para gastarlo o quizá solamente se

estaba haciendo mayor. En un par de años George pretendía dejar el negocio en manos de su hija y dedicarse a disfrutar de su esposa, a conocer mundo de su mano y a surcar el lago con su pequeño velero sueco, pescando lucios y comiendo emparedados durante el día y contemplando el cielo estrellado, con una manta por encima, en las noches de primavera. No querría correr la suerte del viejo Joe, que después de esforzarse como una bestia de carga y levantar un imperio de la nada, su corazón fue y se paró de la noche a la mañana, a pocos meses de jubilarse, de empezar a vivir, sin haber salido de casa, como aquel que dice, a otra cosa que no fuera trabajar. Además, veía a Mary capacitada para hacerse cargo de todo, porque en el fondo llevaba tiempo desempeñando funciones de consejera y tampoco pretendía marcharse de un día para otro. Pensaba ir soltando su mano poco a poco, para que aprendiera a caminar erguida y sola, con la empresa a sus espaldas.

Fueron buenos tiempos para todos. El nuevo Henry´s despuntaba en el mundo de la alta cocina, seguía recogiendo premios, satisfaciendo paladares y regalando sonrisas, y en la exitosa empresa exportadora de George continuaban batiendo récords de facturación, llegando a más países, cruzando más océanos y cerrando acuerdos más importantes. Para este año tenían previsto enviar un porrón de mercancía: camiones tráileres cargados de piezas para la fabricación de aeronaves a Montreal, en Canadá, donde se encontraba la sede de Bombardier, una empresa líder en la industria de la aviación, toneladas de maíz; carne de cerdo y leche en polvo a diferentes ciudades de México; soja, petróleo crudo y otros derivados a China, y hasta vacunas, sangre humana, toxinas y cultivos a países de Europa. El Gobierno de la nación acababa de firmar varios tratados bilaterales que facilitaban el comercio internacional, la demanda estaba en aumento y el servicio que ofrecían era rápido y preciso. Los grandes buques mercantes cruzaban el Atlántico repletos de contenedores, perfectamente apilados, surcaban los mares en calma por las rutas que descubrieron los primeros navíos y se balanceaban en mitad de la tormenta, como gigantes de acero chapoteando en la inmensidad del océano; los mastodontes de la carretera recorrían largas distancias sin más entretenimiento que la emisora de radio y su propia imaginación, descargaban los bultos y regresaban por donde habían venido y en las oficinas no había tiempo ni de rascarse.

Mary se levantaba de noche por todo el mundo y comenzaba su rutina diaria. Se lavaba la cara con agua tibia porque era muy friolera, se ponía uno de los elegantes modelitos que utilizaba para ir al trabajo, divina de la muerte, se tomaba un café bien cargado con tres gotas de endulzante y ponía rumbo al trabajo en su bonito auto, un Mini Cooper azul marino con la bandera británica pintada en el techo. Lo primero que hacía al llegar a su despacho era abrir el correo electrónico y responder a los mensajes importantes, después comprobaba que no hubiera problemas con los envíos de mercancía mediante un sistema informático donde quedaba registrada cualquier incidencia y, por último, atendía las tareas que tenía programadas. Pasaba las semanas velando por el negocio y a final de mes hacía un balance de las pérdidas y las ganancias, calculaba los márgenes de beneficio y preparaba diferentes informes para después analizar con George y algún otro directivo del departamento financiero. De vez en cuando surgían imprevistos y había que poner en marcha diferentes protocolos para solventarlos: mandar una grúa especial a remolcar un camión de veinte toneladas que se había quedado tirado en mitad de la nada y buscar hospedaje para el conductor, enviar un abogado de confianza a la otra punta del mundo a solucionar en persona un problema de aranceles en la aduana o cubrir el puesto de algún

empleado que estaba enfermo o dejó de ir al trabajo porque se había cansado de madrugar, pero eran cosas que pasan y el eficiente equipo de JOE International no tardaba en resolverlo. Quitando alguna partida excepcional que apenas dejaba beneficio por el encarecimiento de las tasas o el combustible, obtenían un buen rendimiento con el negocio de exportación. La cifra de ventas seguía en alza y todo marchaba sin mayores incidentes que una avería mecánica o un ligero retraso en la frontera, hasta que un día Mary observó algo extraño en uno de los controles que hacía cada mañana para comprobar que la mercancía llegaba a buen puerto sin problema y todo el mundo estaba conforme. Revisando el programa de seguimiento, descubrió una incidencia de categoría roja, la más grave posible. Uno de los clientes había devuelto un palé con cincuenta alerones de aleación de aluminio para el montaje de su avión anfibio CL-415, porque no era el modelo que habían pedido. Mary se alarmó. Era la primera vez que veía un caso parecido desde que entró en la compañía, siendo una joven becaria que archivaba documentación y acercaba cafés a la sala de reuniones. No entendía lo que podía haber pasado. Los albaranes de venta se generaban en el departamento de gestión a partir de la orden de compra que enviaba el propio cliente, los envíos pasaban un control exhaustivo antes de salir de las fábricas y el conductor comprobaba a conciencia las etiquetas de la carga para cerciorarse de que todo estaba correcto. Era un proceso largo y puntilloso que contaba con la aprobación de diferentes profesionales para evitar problemas y costes extraordinarios. La joven corrió apurada a comentárselo a su padre y lo encontró en su despacho, distraído con una famosa revista de mercados emergentes, política industrial y gestión empresarial.

—Pasa, cariño, y ponte cómoda —dijo sin quitar ojo a la publicación. Cuando George se enteró del asunto arrugó el gesto, miró a su hija, extrañado por lo que parecía un despiste garrafal de novato, y se levantó del asiento maldiciendo su suerte. Tiró la revista en la mesa de mala gana y recorrió las oficinas de la mano de Mary, indagando por los distintos departamentos. Había que recopilar información y esclarecer lo sucedido. Hablaron con Clara Luisa, una señora bajita con lentes de culo de vaso que llevaba toda la vida trabajando en la empresa y era la persona que había recibido la orden de compra; con Mariano el quisquilloso, un tipo que se tomaba la vida con filosofía, enemigo de las prisas, fan de las cosas bien hechas y encargado de elaborar los albaranes de venta; con el dueño de la factoría de materiales, con el transportista y, finalmente, con el director de operaciones de Bombardier, la empresa líder mundial en el sector de la aviación. Según la documentación que obraba en poder de los empleados de JOE International, el número de referencia de los dichosos alerones de aluminio que enviaron para el montaje del hidroavión no coincidía con el código que tenía enfrente de sus narices Elliott Smith, un veterano trabajador de la compañía aeronáutica. Intercambiaron los documentos en un cruce de correos electrónicos para comprobar la desemejanza con sus propios ojos y pudieron ver que, efectivamente, había bailado un dígito y la última letra del código tampoco correspondía. De primeras pensaron que podía haber sido un error de Mariano, pero jamás había tenido el más mínimo fallo y tampoco se lo perdonaría, por su condición de exigente consigo mismo. Además, los pedidos que llegaban a JOE International eran documentos digitales que estaban protegidos con un cifrado secreto y no podían ser modificados. Algo extraño había sucedido. El asunto quedó en el aire, crispando un poco el ambiente. Pidieron disculpas a Elliott en un comunicado oficial, asegurando que no volvería a repetirse, y todos dieron el tema por zanjado, excepto Mary. Reacia a conformarse y

pensar que fue obra de algún fenómeno paranormal de la informática o de un misterio divino, continuó investigando por su cuenta. Anduvo varios días con cara de perro, rompiéndose la cabeza, perdió horas de sueño meditando con la almohada y algo de salud poniéndose en lo peor y llegó a la conclusión de que solo podían haber pasado dos cosas: que alguien de dentro hubiera manipulado el pedido de alguna forma sofisticada, por algún extraño motivo, o que Elliott estuviera mintiendo y hubiera modificado su documento *a posteriori* en Bombardier, al recibir la mercancía y darse cuenta de que hicieron mal el encargo. No quería pensar mal de un cliente de confianza, con el que llevaban trabajando desde tiempos remotos, ni de sus propios trabajadores, que se desvivían por la empresa, pero estaba dispuesta a llegar al fondo de la cuestión y descubrir el pastel. A la mañana siguiente envió el archivo a una empresa especializada en analizar equipos informáticos y documentación digital, donde trabajaban como auténticos forenses, y esperó de brazos cruzados a que mandaran los resultados del examen. Había que descartar la retorcida opción que pasó por su cabeza, al imaginar que alguien podía tener tan mala sangre como para hacer algo que iba en contra de sus propios intereses, porque fastidiar a la compañía que les daba de comer sería como tirar piedras contra su propio tejado. Fuera lo que fuera, Mary necesitaba salir de dudas por su propia tranquilidad, por su carácter testarudo y porque no entendía cómo un documento blindado contra las manazas de algún zopenco o los intereses de algún traidor podía ser mangoneado. Mientras llegaba el informe que podía sembrar la desconfianza en JOE International, poner a Elliott y a los suyos contra las cuerdas o dar carpetazo al asunto, dejándolo en un misterioso enigma para el recuerdo, continuaron con la actividad de la empresa, con el envío de mercancía por todo el mundo, con las reuniones interminables, la desesperante burocracia, los trámites y el papeleo. Tenían que seguir trabajando con el mismo esfuerzo que había llevado a la compañía a la cúspide mundial del transporte legítimo de mercaderías y no podían despistarse por un simple error que solamente supuso una ligera pérdida de tiempo y unos miles de dólares menos en sus acaudaladas arcas. No era una tragedia, ni mucho menos, sino una piedrecita en el camino a la que Mary quería poner nombre y apellidos para andarse con cuidado y no volver a tropezar, sin saber que a los pocos días iban a darse cuenta de lo que eran problemas serios.

«Recuerdo la mañana en que reinó el caos en JOE International con el mismo sentimiento de rabia y frustración que entonces. Tenía la sensación del que emprende un largo viaje y de repente se le acaban los caminos, el cielo se encapotara de temibles nubarrones y un silencio sobrecogedor termina en un gran estruendo». Estas fueron las palabras que Mary apuntó en su diario poco antes de encontrarse con la muerte, en un momento de lucidez en el que pudo más la inspiración que la demencia. Pero eso no sucedería hasta sus noventa y dos años, entre los cuatro muros de una residencia de ancianos.

George era un tipo tranquilo que no se alteraba con facilidad, tenía aspecto de hombre formal, con su pelo engominado hacia atrás, su traje siempre impoluto, sus modernas lentes graduadas y su mirada bondadosa, pero aquel día enfureció como una bestia, se lio a golpes de martillo con la mesa de escritorio, tiró una pila de papeles de un manotazo y convocó una reunión urgente. Ni siquiera Celso Martínez, el empleado más longevo, que hacía labores de conserje y llevaba más de veinticinco años en la compañía, recordaba haberle visto perder los nervios de esa manera. Estaba fuera de sí, como poseído por el mismo demonio. Algo gordo tenía que haber pasado para que George entrara en cólera y anduviera arremetiendo contra lo primero que pillara. Con la ayuda de Mary consiguió suavizar su

terrible enfado, entró en la sala de juntas con la vista al frente, cerró de un portazo y ocupó su asiento al fondo de una mesa de conferencias infinita, donde llevaban a cabo reuniones importantes y firmas de contratos millonarios. Los cuchicheos de algunos empleados que no sabían lo que pasaba y andaban preguntando al compañero se apagaron con la llegada del jefe. Se hizo un silencio sepulcral; reinaban las caras de asombro, la confusión y el nerviosismo.

—Supongo que ya todos sabéis por qué estamos aquí —dijo George en tono serio, deteniendo unos segundos su mirada amenazante en los ojos asustados de cada uno de los trabajadores—. ¡Esto se va al garete! Llevamos toda la vida haciendo lo mismo, con las mismas pautas, los mismos procedimientos; la semana pasada nos devuelven mercancía... ¿y ahora esto? Si alguien se ha propuesto joderme, no lo va a conseguir, estáis confundiendo mi bondad con estupidez, estoy dispuesto a empezar a echar a gente a diestro y siniestro. Que yo sepa, aquí se os trata bien, los sueldos son buenos, los horarios también, así que quien tenga algo que decir, es el momento y si no está a gusto, que coja la puerta y se largue.

Todo el mundo se quedó petrificado atendiendo al rapapolvo, sin apenas parpadear ni contraer el diafragma y cuando George terminó de desahogarse los empleados continuaron en la misma condición de estatuas sedentes. Mary tomó la palabra y puso a todos al corriente del desastre. Dos nuevos envíos habían sido devueltos por otro malentendido con los números de referencia, pero esta vez no se trataba de un simple palé con piezas de avión, sino de un tráiler entero cargado de costosos motores de automóvil para una empresa en Vancouver y seis contenedores con medicamentos, vacunas y productos farmacéuticos que habían atravesado el océano en lo alto de un buque de carga para adentrarse por el norte de Alemania, en las profundas aguas del río Elba, donde se encontraba el puerto de Hamburgo, y de ahí fueron repartidos a diferentes laboratorios germanos. El asunto era gravísimo. Las pérdidas que tendrían que asumir alcanzaban varios millones de dólares y el descontento de los proveedores europeos y canadienses podía tener una repercusión fatal. Con el fracaso de estas dos nuevas partidas, la implicación en el jaleo de los alerones de una prestigiosa empresa como Bombardier, con la que jamás habían tenido ningún problema, quedó descartada. Estaba claro que se trataba de un tema interno de la compañía, que debían solucionar echando leches o todo lo que tardaron décadas en construir se iría a pique en menos de lo que canta un gallo.

El sobre con el informe del archivo que Mary envió a analizar a la empresa que se dedicaba a rastrear todo tipo de equipos y chanchullos informáticos llegó a las oficinas una tarde de tormenta que parecía el fin del mundo. El cielo estaba enfadado, tronando con fiereza; caían chuzos de punta y los relámpagos iluminaban la ciudad como si fuera pleno día. Un mensajero llamó a la puerta acristalada de la empresa calado hasta los huesos, porque el temporal lo había sorprendido haciendo el reparto en un antiguo ciclomotor; entregó a Mary el paquete certificado que traía a salvo en el baúl y se marchó por donde había venido, perdiéndose en la lejanía entre el resplandor intermitente de los chispazos. La joven acudió como un resorte a contárselo a su padre. George no supo de la hábil maniobra hasta ese momento y le reprochó el hecho de no haberle avisado, poniéndole en antecedentes de que las decisiones importantes todavía eran cosa suya, pero luego aplaudió su iniciativa y la invitó a tomar asiento en el despacho. Se sentaron frente a frente. Estaban a punto de descubrir la implicación de uno de los suyos o de seguir carcomiéndose por dentro, sin un hilo de dónde tirar, y temblaban de los nervios. Mary agarró un antiguo abrecartas con forma de daga que había sobre la mesa, rajó el sobre

con el pulso agitado y de un simple vistazo confirmó su mal presagio. Uno de sus empleados estaba metido en el ajo. Según el documento que redactaron los sabuesos, el archivo analizado había sufrido modificaciones, hechas con un programa informático parecido al que utiliza la Interpol para acceder a documentos protegidos, y además incluyeron los datos técnicos del equipo donde había sido manipulado. Se trataba de un viejo ordenador que había en la sala de proyecciones y que supuestamente estaba en desuso. Este descubrimiento suponía un gran avance. Se frotaron las manos, se relamieron el hocico cual felino hambriento a pocos metros de una presa malherida y comenzaron a urdir un plan que pudiera destapar a la persona que estaba amargándoles la vida y poniendo en riesgo el futuro de la compañía. A las tantas de la madrugada empezaron a sentir picor de ojos, pesadez de párpados y a enlazar un bostezo con otro y tuvieron que dejarlo. Andaban cerca de esclarecer el misterioso asunto, pero tenían que actuar con cautela si no querían espantar al culpable. Decidieron instalar una cámara del tamaño de un botón de chaqueta en lo alto de la estantería, apuntando a la antigua computadora, con la esperanza de que el empleado canalla volviera a actuar y lo hiciera desde el mismo lugar. Estuvieron semanas al acecho, comprobando cada día la cinta de vídeo, pasándola a toda velocidad, y terminaron por desesperarse. Quien demonios fuera parecía haber suspendido el boicot por miedo a ser atrapado o por simple compasión, hasta que una noche, revisando las grabaciones, vieron cómo un trabajador apareció en la imagen a las cuatro en punto de la tarde, durante el transcurso de una junta importante, se cercioró de que no había moros en la costa y comenzó a manejar el dichoso ordenador, mirando de lado a lado, cauteloso e intranquilo. Había tardado en volver a actuar, probablemente por el revuelo que se formó o achantado por la furia que vio en los ojos de George, pero la maldad y el rencor de su corazón lo empujaron a seguir haciendo daño. Esa misma noche, un operario que estaba de guardia en la empresa de detectives electrónicos apareció en las oficinas con su portátil, lo conectó a la máquina, se puso a husmear y descubrió que efectivamente habían estado modificando unas órdenes de compra. Lo tenían cogido por las pelotas. George y su hija celebraron la captura de aquel indeseable como un gran triunfo, se abrazaron con fuerza, lloraron de rabia y detuvieron todas las operaciones que podían estar afectadas. La persona que se había propuesto hundir la compañía resultó ser James, el apuesto directivo con buena actitud que contrataron hacía tiempo para cubrir un puesto vacante en el departamento de *marketing* y que durante las primeras semanas estuvo obsesionado con Mary. James no había vuelto a ser pedante ni grosero, relajó su entusiasmo por la joven y se dedicó hacer un buen trabajo, al punto de llegar a ser un trabajador de confianza para la compañía. El primer día que George clavó la mirada en sus ojos presintió algo extraño, pero pensó que serían cosas suyas, aprobó la incorporación del nuevo fichaje y con el paso del tiempo terminó cogiéndole cierto aprecio. Había caído en la trampa. James consiguió engatusarlo con sus buenos modales y su eficiencia en el puesto, acudía a su despacho a enseñarle las excelentes estrategias en las que estaba trabajando, hablaba maravillas de él a sus espaldas, lo alababa con cumplidos hacia su persona, fingía preocuparse por la empresa y hasta le preguntaba por su esposa de vez en cuando, pero solo era parte del plan maquiavélico que había estado hilando desde el primer rechazo de Mary. Los traumas del pasado, las humillaciones que sufrió de pequeño y el dolor que sentía en lo más profundo habían corrompido su alma y pagaba su frustración con el primero que se cruzaba en su camino y no acataba sus deseos o pensaba diferente. Actuó por pura venganza, porque la única

forma de calmar su angustia era sembrando el mismo sufrimiento que había recibido y viendo a los demás padecer. Nadie sabía del trauma que James escondía bajo su hermoso rostro de mandíbula cuadrada, su porte escultural y su aspecto de no haber roto un plato, excepto sus padres, que se habían cansado de aconsejarle, de gastarse el dinero inútilmente en psicólogos y costosos caprichos para que su hijo fuera feliz, algo que nunca llegó a pasar, aun teniéndolo todo. En menos de veinticuatro horas James acabaría en la comisaría del distrito, encerrado en unos mugrientos calabozos que apestaban a orines, acurrucado en un asiento de hormigón, cubierto con una manta piojosa y pasmado de frío. A los cuatro días pasó a disposición judicial, fue condenado por unos hechos que nada tenían que ver con el boicot y años más tarde ingresó en un loquero por cambios graves de conducta y estado de ánimo, donde pasó media vida bajo los efectos de la medicación que calmaba sus arrebatos, sus trastornos y su agresividad.

Se habían quitado un gran peso de encima descubriendo el verdadero rostro de James, despojándole de su máscara de chico bueno y poniendo a salvo la compañía de unas manos destructivas, pero ahora tocaba enfrentarse a él en la intensa entrevista que mantuvieron a primera hora de la mañana siguiente de un largo día que jamás olvidarían. Ninguno de los dos pudo pegar ojo en toda la noche, pensando en cómo iban a abordar un tema tan delicado, preparándose la primera pregunta, imaginando sus ojos de sorpresa, de coraje o de ira, su reacción, sus respuestas. James entró al despacho disimulando el nerviosismo y se sentó frente a ellos, convencido, por el gesto áspero de sus caras desencajadas, que lo habían descubierto, pero luego recapacitó y su mente retorcida y optimista fantaseaba con la posibilidad de que esto solo fuera una simple advertencia, un mero interrogatorio que iban a hacer a cada empleado.

—Lo sabemos todo, James. Solo quiero que me digas el porqué, luego podrás marcharte. Espero que desaparezcas de nuestras vidas para siempre y no volver a verte nunca más, o de lo contrario sufrirás las consecuencias, tomaremos acciones judiciales contra ti y te arrepentirás de haberme conocido, créeme. —Estas fueron las primeras palabras que George pronunció, tranquilo, de carrerilla, con una furia contenida y una mirada asesina que atemorizaba mucho más que cualquier grito o aspaviento.

James puso cara de tonto, estiró la expresión de su rosto y fingió no saber de lo que estaba hablando. Expuso toda clase de burdos alegatos, procurando demostrar su inocencia, e intentó darle la vuelta al asunto haciéndose el indignado y representado el papel de víctima. Cuando se hartaron de su penosa actuación, pusieron en el televisor de la sala las imágenes que lo delataban, manipulando el viejo ordenador. Se le cayó la cara de vergüenza, sus mejillas se pusieron coloradas, sus ojos brillaron por un momento y luego siguió en sus trece, negando la mayor. Aseguró que había utilizado la computadora porque la suya no arrancaba y escupió un montón de excusas estúpidas, pretendiendo eludir la culpa, pero volvieron a callarle la boca poniendo sobre la mesa los informes de la empresa de investigación, donde aparecían detalladas todas sus manipulaciones, que coincidían en fecha y hora con la grabación. James se quedó sin salidas. Continuaron pidiéndole explicaciones para dar un ápice de cordura a aquel sinsentido, pero lo único que hizo fue echarse las manos a la cabeza, apoyar la frente en la mesa y romper a llorar. Parecía desolado y arrepentido cuando, de repente, cambió el llanto por un tono soberbio, volvió a las andadas del negacionismo y dijo que todo era un complot contra él, que tendrían que demostrar sus acusaciones ante un tribunal. Había pruebas de peso para inculparle y en lugar de

asumir sus errores y demostrar educación con una falsa disculpa, el acusado comenzó a tirar balones fuera, a rebelarse y a echar en cara a la joven que no quisiera haber salido con él a tomar algo, como si fuera un apestado.

—No te habría costado nada, solo quería compartir un rato contigo, poder conocerte mejor... ¿Tanto suponía para ti? —lamentó James entre sollozos, mirando al suelo y estrujándose el pelo. Terminó de secarse las lágrimas de cocodrilo, se quedó unos segundo como ido, pensando en la inopia, y luego sacó de nuevo su lado más agresivo. Cuando se dieron cuenta de sus altibajos, de que no estaba bien de la cabeza, sintieron pavor; George intentó calmarlo con buenas palabras, poniendo la mano en su hombro, pero se la quitó de un zarpazo y se marchó maldiciendo la hora en la que entró en esa compañía de mierda. Todo el mundo en la oficina andaba curioseando por encima de los biombos que separaban las mesas, mirándose con desconcierto, alarmados por las voces, hasta que la puerta del despacho de George se abrió bruscamente y salió James, enfuscado como un toro de lidia que sale al ruedo a defenderse de la muerte, voceando palabras soeces a los cuatro vientos, gritando que qué cojones miraban y dando golpes al mobiliario. Las miradas indiscretas cayeron de golpe, manteniéndose fijamente en las pantallas; un café se derramó del sobresalto, varios bolígrafos rodaron por el suelo y surgió el murmullo acelerado de los teclados escribiendo a toda velocidad. James cruzó la oficina lanzando puñales con los ojos a todo el que volteó la cara, dio un portazo al salir que retumbó en el edificio y abandonó el aparcamiento quemando rueda con su flamante deportivo alemán, entre una nube de humo gris que apestaba a caucho chamuscado. Daba la impresión de que un violento vendaval de furia, que sembró angustia y pavor a su paso y arremetió contra la tranquilidad del personal y algún mueble de oficina, había pasado, sin más consecuencias que un par de desperfectos, un empleado que se hizo pis encima y un lamentable recuerdo que nunca olvidarían. Con la marcha del insolente personaje regresó el silencio absoluto, los vistazos curiosos entre los trabajadores, los gestos de estupor, los cuchicheos. George y su hija se quedaron patidifusos, como el resto de la gente, sin saber qué decir. Nunca habían vivido una situación parecida ni se habían topado con una persona desequilibrada. Respiraron hondo, se pusieron una infusión de tila para relajar los nervios y se sentaron a recapacitar. Sabían que James era un tanto peculiar, porque durante los primeros meses en la empresa mostró más de catorce personalidades, fue tímido, introvertido, descarado, cargante, curioso, se las dio de machito para conquistar a la joven, sobreactuó intentando llamar su atención, luego se volvió distante, educado, servicial, se centró en el trabajo y actuó de forma correcta, pero nunca imaginaron lo que sería capaz de hacer por un simple rechazo, ni se les pasó por la mente que podía sufrir una tremenda metamorfosis en pocos segundos, convirtiéndose en un monstruo de tres cabezas, que escupía fuego por los ojos y veneno por la boca, un monstruo que se había tragado al James de apariencia irresistible, sonrisa prominente y buenas maneras.

—Este tipo es el demonio disfrazado de cordero, lo vi en sus ojos cuando entró —advirtió George—. Porque un carácter fuerte puede impresionarte, pero suele ir acompañado de una persona transparente, a quien ves venir de lejos, no como este sinvergüenza, que parecía una mosquita muerta, te crees que puedes confiar en él y acaba jugándotela a la primera de cambio.

George había visto de todo pasar por la compañía, personas extrovertidas que disfrutaban de la compañía de los demás y no paraban quietos, tipos que vivían volcados en su vida mental, su

imaginación y sus recuerdos, rebeldes con pensamientos chocantes e innovadores, ingenuos que daban por buena la idea de cualquiera, empleados con el umbral de tolerancia a la frustración muy bajo, gente conservadora, astuta, pesimista, holgazana y también cumplidora, pero se veía a la legua de qué pie cojeaba cada uno y era fácil adivinar sus movimientos.

—El problema viene, hija, cuando la situación te sorprende y tienes que enfrentarte a la confusión sin estar preparado. Entonces entra en juego la agudeza mental, se acciona nuestro mecanismo de defensa, de supervivencia, y tienes unos segundos que pueden valer una vida y hay que saber aprovecharlos —resumió George.

El triste episodio sirvió a George de excusa para dar un buen sermón a su hija y prepararla para futuros contratiempos que no tardarían en llegar y ante los que tendría que poner en práctica los consejos de su padre. Estuvieron un buen rato charlando del tema a puerta cerrada, barajaron la opción de hacer enrevesados psicotécnicos antes de contratar a nadie y luego convocaron una junta extraordinaria con todo el equipo que duró más de tres horas. Querían comentar lo sucedido y tratar de buscar soluciones para que esto no volviera a ocurrir. Los trabajadores merecían una explicación y unas disculpas por la desconfianza que invadió la mente endemoniada de George, pero tenían que ponerse en la piel del empresario que ve cómo alguien de confianza pone en peligro su patrimonio, un centenar de puestos de trabajo y el pan de muchas familias que no llegan a fin de mes. George no quiso entrar en detalles ni comentar que los envíos habían sido manipulados por el acto de venganza de un director despechado, se limitó a pedir perdón por sospechar de los presentes y a decir que fue un suceso inexplicable, orquestado por la maldad que habitaba en el interior de James y los brotes psicóticos de los que todos fueron testigos. Parecía que habían atajado a tiempo lo que pudo ser un desastre, pero las consecuencias del boicot tenían preocupado a George. Dos de sus mejores clientes se habían visto afectados por el tema de la mercancía devuelta y aunque trató de explicarles el motivo del fracaso, argumentado que fue culpa de una mala persona que ya estaba destituida del cargo, notó cierto resquemor en la actitud de los compradores. Probablemente pensarían que era una excusa para salir del paso y quedar bien o que el sistema de seguridad de la compañía dejaba mucho que desear. Había que ponerse las pilas, seguir trabajando duro y enviar una buena pata de jamón ibérico español y unas cuantas botellas de licor italiano a los afectados para que ahogaran los rencores, además de hacerles un descuento en el próximo porte. Fue un largo y estresante día para olvidar y estaban deseando marcharse. George tomó la decisión de cerrar las oficinas antes de lo normal y mandó a todo el mundo a casa a reflexionar sobre las directrices que acordaron en la junta, necesarias para afrontar un porvenir renovado. Lo único que quería era acomodarse en su majestuoso sofá italiano, que acaparaba todo el salón, con una taza de té entre las manos, pasar un rato agradable con su esposa, manteniendo una de las entretenidas charlas que llevaban tiempo sin compartir por diferentes motivos y poder recuperarse de las emociones fuertes, sin saber que aún no lo había visto todo. George era consciente de que después de un mal día siempre viene uno mejor y sabía que los pensamientos positivos atraen cosas buenas, pero estaba preocupado y no podía evitarlo. Tenía una extraña sensación por dentro que no era capaz de identificar, como un barullo de sentimientos contradictorios. Sentía rabia por haber tenido al enemigo en casa, desahogo por haberle descubierto, miedo por si volvía a suceder y por las posibles repercusiones y no paraba de dar vueltas a un tema que parecía solucionado. Mary intentó

tranquilizarle con cariñosas palabras de apoyo, achuchones y alguna broma de buen gusto, convencida de que la normalidad regresaría pronto a la empresa, sin embargo, él no lo tenía tan claro. Sabía que la mayoría de la gente solo recuerda lo malo, por mucho que hayas hecho por ellos, y había sido testigo de cómo un fulano cualquiera podía destruir en minutos lo que tardaron décadas en construir, primero su padre, el viejo Joe, a lomos del asno, y luego él, ayudándole con sus pequeñas manos y derramando sudor y lágrimas durante mucho tiempo después. Quedó bastante tocado por el asunto.

A las cinco menos cuarto de una fría tarde invernal, echaron el cierre y se marcharon de capa caída. El imponente auto de George estaba aparcado a la vuelta en una de las plazas reservadas para la dirección de la empresa. Tenía una lujosa berlina de más de cinco metros, fabricada en Reino Unido por la casa Rolls-Royce, con los vidrios tintados, que bien podría pertenecer a un capo de la mafia rusa o a un magnate del petróleo. Era un gran apasionado de los coches de alta gama y de los autos clásicos, cosa que podía permitirse, y guardaba varios modelos diferentes en el garaje subterráneo de ochocientos metros cuadrados que ocultaba su enorme mansión. Un superdeportivo italiano, dos vehículos importados de Alemania, un grandioso todoterreno y un auto icónico de la historia automovilística eran parte de su fabulosa colección. Los trataba como si fueran hijos suyos, los sacaba de paseo con cierta regularidad, los piropeaba, alabando su elegancia, su rapidez y sus prestaciones y hasta mantenía breves conversaciones con ellos cuando nadie le escuchaba. De camino al carro Mary pensó que sería buena idea pasar la noche en casa de sus padres. Quería estar junto a George, haciéndole compañía en el desenlace de un día complicado, charlar tranquilamente del asunto, disfrutar de una deliciosa cena y ver una película en familia, recostados en las butacas reclinables de la sala de cine, recordando viejos tiempos y atiborrándose de chocolate. El mustio semblante de George se transformó en una tímida sonrisa de ojos alegres con las palabras de su pequeña, se abrazaron y soltó un puñado de amargura en un suspiro. Al despegarse de ella tuvo la extraña sensación del que está siendo observado. Por un momento creyó estar volviéndose loco, miró a ambos lados del aparcamiento sin ver nada sospechoso y se montaron en el flamante automóvil con cierta desconfianza.

—Papá, ¿estás bien? —preguntó la joven al percatarse del extraño gesto de George—. No me gusta verte así, todo se va a solucionar, ya lo verás —concluyó, poniendo la mano en su rodilla.

George se volvió a serenar con una simple caricia y una frase alentadora y arrancó el potente motor gasolina de quinientos caballos de potencia, que rugía como una manada de fieras hambrientas. Cuando iba a iniciar la marcha, de pronto vieron cómo un vehículo negro se acercaba de frente a toda velocidad. La persona que conducía, directo a ellos, era James, el perturbado director que se marchó hecho una furia de las oficinas esa misma mañana. Había pasado el día encerrado en su cuarto, con la música a todo volumen, ignorando los gritos y los golpes en la puerta de su madre, sufriendo ataques de ansiedad, destrozándose los nudillos contra las paredes y planeando el atentado. En su cabeza escuchaba voces que le incitaban a hacer el mal, risas de niños burlándose de él en el patio de la escuela primaria, insultos y amenazas de antiguos compañeros; su mirada se perdía en el techo de la habitación, en la lejanía del paisaje que dibujaba el ventanal, en el recuerdo triste y doloroso que nunca pudo borrar. Llevaba varias horas agazapado en un callejón cercano que daba vista al aparcamiento de la compañía, esperando, enrabietado y sediento de venganza, el momento adecuado. Tenía la mente herida e infectada de maldad, la mirada perdida en la tristeza del ayer y los ojos clavados en la puerta del

edificio. En cuanto los vio montarse en el coche pisó a fondo el pedal del acelerador, agarró con fuerza el volante y salió disparado como un kamikaze a perpetrar su ataque suicida. George y su hija pegaron un grito ensordecedor que tronó en el habitáculo, se hicieron una bola en los asientos, cubriéndose con los brazos, y se prepararon para sentir el golpazo de una brutal embestida. A unos metros de la muerte, algo pasó por la cabeza de James, una especie de reflexión divina que detuvo su macabro plan. Tiró del freno de mano en el último momento, giró el volante a la derecha y derrapó bruscamente, atravesando el coche delante y cortándoles el paso. Al abrir los ojos y percatarse de que seguían con vida, distinguieron a James entre el pánico y la confusión. James se bajó del auto con una barra de hierro en la mano y se acercó en dos zancadas, voceando blasfemias. Antes de que pudieran reaccionar ya lo tenían encima. Consiguió abrir la puerta del conductor, agarró a George del abrigo y lo bajó de un tirón. George pudo sujetarlo, cayeron al suelo y comenzaron un forcejeo en el asfalto. Rodaron por el pavimento, enzarzados en una violenta lucha cuerpo a cuerpo donde todo valía, se lanzaron puñetazos, patadas y mordiscos, mientras Mary contemplaba inmóvil el lamentable espectáculo. La joven se quedó paralizada en el asiento, presa de los nervios y el terror. No podía mover un solo músculo. Sus extremidades no recibían las órdenes del cerebro, gritaba de desesperación y lloraba de rabia. De pronto, su instinto de supervivencia despertó, pensando en las palabras de su padre y en la importancia de actuar con rapidez. Encontró el teléfono entre la maraña de cosas que guardaba en el bolso, marcó el número de emergencias con las manos temblorosas y se bajó de un brinco a ayudar a George, golpeando como podía al individuo. Entre la rebelión de la joven y el ímpetu desesperado de su padre, que se agarraba a James como si le fuera la vida en ello, pudieron soportar el ataque, defendiéndose con uñas y dientes, el tiempo suficiente. Las fuerzas del orden aparecieron en diez minutos, que se hicieron eternos; los agentes se abalanzaron sobre el agresor, reduciéndole con destreza y fuerza bruta, engrilletaron sus manos a la espalda, lo metieron a empujones en los asientos traseros de la patrulla y se lo llevaron arrestado por agresión con agravantes y tentativa de homicidio. James fue juzgado a los cuatro días y pasó una larga temporada en el trullo por aquellos delitos, compartiendo celda con un miembro de la Hermandad Aria, con un padre de familia que había perdido el empleo, se metió en el narcotráfico, desesperado por sacar a los suyos adelante, y cayó preso en su primer encargo, y con otro convicto que aseguraba ser inocente, pero en su largo historial delictivo aparecían cargos por violación, robo a mano armada, secuestro y asesinato. Los grandes muros de la prisión, la apestosa y minúscula celda donde estuvo recluido veintidós horas al día durante años, la amarga soledad y las malas compañías empeoraron la salud mental de James. A su salida fue dando tumbos de un lado a otro, violentándose a la mínima, sufriendo brotes de paranoia y actuando con maldad, y acabó en una habitación de psiquiátrico con altas dosis de barbitúricos. Gracias a la pizca de compasión que surgió entre tanta crueldad, alumbrando la mente de James en el último momento, y al coraje que demostraron padre e hija, todo quedó en un susto de muerte, una triste anécdota que tendrían muy presente, una lección aprendida. Podían haber muerto aplastados entre un amasijo de hierros o por los golpes de la barra de metal, pero la vida quiso darles una segunda oportunidad y supieron aprovecharla, batallando con garra contra el delirio de un maniaco. George terminó con unos cuantos rasguños y moretones en el cuerpo y Mary sufrió una crisis nerviosa, nada importante. Lo peor vino después. Durante los próximos meses tuvieron taquicardias que aceleraban su corazón a doscientos latidos por

minuto, pesadillas en las que caían al vacío, eran perseguidos, golpeados o embestidos por un auto a toda velocidad; pasaron noches sin pegar ojo, dando vueltas en la cama por el insomnio y los malos recuerdos; sufrieron pérdida de apetito y algún otro desorden por el estrés postraumático, que el tiempo pudo suavizar.

Un médico experto, con más años que Matusalén, y dos intrépidos técnicos de emergencias sanitarias irrumpieron en el lugar, abriéndose paso entre los curiosos con el ruido de la sirena y el alboroto de luces, y estuvieron a su lado ofreciéndoles atención psicológica, curando las magulladuras de George y calmando la ansiedad de la joven con un fármaco tranquilizante. El veterano doctor se empeñó en trasladarles al centro clínico con el ímpetu de una abuela hacia ese nieto que no quiere comer, pero cuando se dio cuenta de que solo estaban asustados y las heridas de George no requerían más que desinfectante y apósitos, los dejó marchar por sus propios medios.

El silencio se apoderó de ellos en un breve trayecto a casa, cargado de reflexiones. Conducían en la penumbra de una vieja carretera que separaba las oficinas del majestuoso palacete de la familia con el pensamiento aturullado, el miedo metido en el cuerpo y desazón en el rostro, sintiéndose afortunados como el que vuelve a nacer. Estaban abatidos por el incidente y la descarga de histeria y no sabían si dar saltos de alegría por haber resultado ilesos o romper a llorar. Lo que sí tenían claro eran tres cosas: iban a agradecer cada mañana el hermoso regalo, caído del cielo, de despertar cada día; a disfrutar al máximo de los pequeños placeres y a apuntarse a clases de defensa personal, por si había que volver a enfrentarse a empleados con trastornos violentos, asaltantes de poca monta, borrachos con ganas de pelea o cualquier otro individuo agresivo que se cruzara en su camino. Eran conscientes del privilegiado lugar en el que se encontraban, conduciendo de una pieza en los cómodos asientos de la berlina, de camino a su dulce hogar, pudiendo estar malheridos en el hospital o en una gélida morgue, esperando el traslado al velatorio. Quién les iba a decir que un problema en la compañía podía haber terminado en tragedia, con la integridad de su persona favorita corriendo un grave peligro. Aquello les sirvió para darse cuenta de la descarada facilidad con la que todo puede cambiar en cuestión de segundos. Tenían que asimilarlo poco a poco, sin volver la vista atrás, y prepararse una buena excusa que pudiera justificar sus caras de susto y los rasguños de George. No querían preocupar a Sarah y habían decidido ocultárselo. Ya habría tiempo de contárselo cuando se hubiera enfriado y el disgusto fuera menos. Al cruzar la puerta principal suspiraron aliviados, con una inquietud menos por delante. Sarah no estaba en casa. Preguntaron a Dorotea, una empleada doméstica del norte de Filipinas, rechoncha y servicial, que estaba a cargo del personal de servicio, pero desconocía su paradero.

—La señora no hizo ningún comentario al salir —aseguró Dorotea.

A George le extrañó la marcha sigilosa de su esposa. Sarah tenía la costumbre de avisar, hasta cuando se acercaba a tomar té con pastas al club de golf de la urbanización, un complejo de veinte hectáreas con hipódromo, embarcadero, cafetería y restaurantes, donde los ricachones aparcaban sus lujosos autos, montaban sus caballos árabes de varios millones de dólares y lucían sus mejores atuendos. No quiso darle más importancia. Pensó que habría salido con prisa a merendar con sus cuatro amigas repipis de apariencia inmaculada, rostro estirado y sombreros extravagantes y olvidó decírselo a la criada. Después de un nefasto día en la empresa, con intento de atentado incluido, no estaba como para andar pensando estupideces; su único deseo era relajarse sumergido en un baño espuma, sorber una

taza de café ácido importado de Etiopía y poner las piernas en alto, pero el asunto de los clientes recelosos seguía perturbando su tranquilidad. Intentaron desconectar del mundo, charlando de la vida en su magnífico sofá, blanco marfil, tapizado en piel de becerro, arropados por el calor de la chimenea, un suave albornoz de algodón puro y las atenciones de la servidumbre, pero inevitablemente volvió a salir el tema. Además de enviar a los clientes una pata de cerdo ibérico y alcohol destilado en Italia, necesitaban buscar soluciones para evitar desbarajustes como aquel. Pensaron en instalar un programa informático que detectara los errores a tiempo y mandara un aviso al departamento oportuno cuando una orden de compra fuera modificada, hacer un doble chequeo con el cliente antes de poner en marcha los envíos y alguna otra medida de seguridad. Debatieron largo y tendido. George lanzaba ideas desde el sillón con la vista en el horizonte y dos dedos sujetando su barbilla y Mary apuntaba a bolígrafo las indicaciones de su padre, apoyada en la mesa. Después de darle muchas vueltas, todas en la misma dirección, tenían listo un nuevo protocolo de actuación, a prueba de amenazas premeditadas y descuidos de atolondrado.

A las siete en punto de una tarde que marcaría sus vidas para siempre, y no solo por el ataque frustrado de James, curiosamente apareció Sarah, diez minutos antes de la hora en la que George solía regresar del trabajo y, para colmo, puso rumbo al dormitorio, sin pasar por el salón a saludar. El curioso gesto pareció intencionado. ¿Intentaba eludir por un momento su presencia o venía con dolor de pies por el taconazo de sus botines Jimmy Choo y subió a ponerse cómoda? Solo ella lo sabía. El matrimonio no atravesaba sus mejores años de relación. Llevaban un tiempo estancados en la rutina, apenas hacían planes juntos, la hora de la cena se convertía en una solemne misa, interrumpida por las preguntas de la servidumbre, y sufrían algún otro deterioro del enamoramiento, que achacaron a la edad y a las cuatro décadas que llevaban juntos. Se habían acostumbrado a un gélido ambiente de indiferencia, pero el comportamiento esquivo de Sarah era una auténtica novedad. Pasados diez minutos, bajó del cuarto con su pijama blanco de franela y sus cálidas pantuflas de andar por casa, se acomodó en la otra punta del sofá y lanzó un saludo al aire, sin mirarlos a la cara. Tampoco mencionó los arañazos que marcaban el rostro de George, hasta que su marido se dirigió a ella, extrañado por la frialdad y la distancia.

—¿Pasa algo?, pareces disgustada, no sabíamos dónde estabas.

—A mí no me pasa nada, ¿y a ti? Tienes la cara hecha un cuadro —dijo de forma seca y cortante.

La pregunta de George tenía todo el sentido del mundo, sin embargo, provocó un evidente malestar en su esposa. Sarah respondió indignada que venía de visitar a su amiga Helen, vecina de la urbanización, y luego hizo una pregunta, cuestionando si acaso era necesario informar en cada una de sus salidas. Alucinaron en colores con la insolente contestación. George nunca había pedido explicaciones a su esposa de adónde iba o en qué gastaba su fortuna, o lo caros que eran los caprichos de miles de dólares que cargaban en su tarjeta —bolsos de lujo, abrigos de casimir (una lana de cabra sedosa, ligera y muy escasa), zapatos de grandes firmas y demás ajuares— porque podían permitírselo y disfrutaba viéndola feliz despilfarrando dinero. Solamente preguntaba por curiosidad. Se quedó mirándola en silencio durante unos segundos, se levantó del asiento y se marchó a la cama sin apetito. Se encerró en la soledad de su cuarto de cien metros cuadrados y se quedó dormido bajo el edredón de plumas, leyendo versos de Pablo Neruda, ahogando las penas de una nefasta jornada en poesía. Para

George, los libros eran la mejor forma de viajar en el tiempo, una nave en la que podías subirte y llegar a cualquier parte del mundo en pocos minutos, instalarte en cualquier época, donde recrearte creyéndote un gobernador del Imperio romano, un ladrón forajido, arquero y espadachín de la Inglaterra medieval, que se escondía en los bosques, defensor de los pobres y oprimidos; un pirata con ambición y sin escrúpulos, que surcaba los mares pensando en hacerse rico, asaltando barcos y pueblos costeros y bebiendo ron blanco, o cualquier otro personaje real o ficticio. Desde lo alto de la cama podía experimentar mil sentimientos, vivir una apasionante historia de amor imposible, imaginar el dolor de la guerra, el sufrimiento de los heridos y sus familias, la euforia de los que salieron victoriosos, la tristeza de los refugiados que partieron hacia un futuro incierto, a un país desconocido, a un campo de concentración donde empezar una nueva vida, sobrevivir a duras penas o simplemente perecer. Para George, los libros eran magia. Tenía una sala de lectura con una enorme biblioteca de caoba, donde guardaba miles de ejemplares y pasaba las horas muertas, recostado al calor del fuego en su butacón de relax, buscando amparo en el poder terapéutico de las obras.

A la mañana siguiente irrumpieron en la compañía pisando fuerte, se reunieron con los empleados y expusieron el novedoso reglamento que habían tramado donde se fraguan las mejores ideas, rodeado de la gente que quieres, al cobijo de tu propia casa. Habían visto las orejas al lobo y no querían volver a sentir esa desagradable sensación de impotencia y quebranto, viendo cómo les arrebataban sus sueños de un plumazo, sin comerlo ni beberlo. «No hay mal que por bien no venga», fue la frase que inauguró el discurso de George, pensando que esto podía haber sido una simple advertencia para prevenir una debacle futura. Pasaron cuatro horas reunidos, puliendo el nuevo protocolo y escuchando interesantes aportaciones de algún miembro del equipo que puso su granito de arena, y al finalizar la junta se respiraba otro ambiente, mucho más relajado, en las oficinas. Con las nuevas pautas de trabajo y James encerrado en prisión pudieron respirar tranquilos, centrarse en la faena y seguir abasteciendo al mundo de mercancía. Regresaron las caras alegres y los trabajadores ya no se miraban con recelo, sabiendo que había un topo en la plantilla, ni sentían temor de que James apareciera y se liara a porrazos. Trabajaban en perfecta armonía, suponiendo que todo había sido un mal sueño, estaban dispuestos a mantener la empresa en la cima y devolver la tranquilidad a todas esas familias que vivían de JOE International, pero lejos de mejorar, la situación parecía adentrarse en una ciénaga. A los cuatro días, dos buenos clientes cancelaron sus encargos mediante urgentes burofaxes que transmitían su pérdida de confianza en la compañía, achancándolo a los problemas que hubo con los otros compradores. Fue un palo muy gordo, que nadie esperaba, y dejó aturdido hasta al apuntador. Las malas noticias habían corrido como la pólvora en el sector, sembrando desconfianza y atentando contra la cartera de clientes, que disminuyó a pasos agigantados. En pocos meses las ventas menguaron hasta alcanzar mínimos históricos, y el valor en bolsa de la empresa cayó desplomado, al igual que sus acciones. La incredulidad obstruía el camino hacia cualquier razonamiento lógico, pero no podían quedarse de brazos cruzados viendo cómo la empresa se tambaleaba, amenazando con hundirse en el fango. George tomó decisiones difíciles, puso dinero de su bolsillo, hubo despidos, bajadas de suelo, pidieron ayudas al Estado que nunca llegaron y financiación a la banca, que les dio de lado por su falta de liquidez. Corrían tiempos difíciles para JOE International. Las aportaciones del gerente, la disminución de personal y la revisión salarial a la baja fueron medidas insuficientes. Había que hacer

algo más si querían remontar el negocio. Desesperado por apaciguar la tempestad, George pasaba las noches en vela, encerrado en su biblioteca, estudiando la manera de salir de aquello, amenazado por la depresión y los malos augurios, junto a una botella de licor que podía ser su perdición. En cada trago sentía el alivio que mendigaba, veía soluciones donde no había nada que hacer y peleaba con el insomnio, ganándole la batalla a las tantas de la noche, rendido sobre su escritorio de estilo barroco. Pero a la mañana siguiente, cuando la embriaguez se esfumaba, aparecían los problemas multiplicados por cuatro. Mary intentó hablar con él en repetidas ocasiones, fracasando en el intento. George no quería cuentas con nadie, estaba irreconocible, dolido y desmoralizado, vagando como alma en pena en su mundo de altibajos. Tan pronto tenía ganas de seguir luchando como daba todo por perdido y se encerraba en su obstinación, su sala de lectura y sus tragos a escondidas. En cada uno de los arrebatos que se apoderaban de sus actos intentaba despojarse de lo que tachó de maldición divina tomando decisiones arriesgadas, que no consultaba con familia ni abogados, porque estaba convencido de que eran el único sendero directo a la calma. Comenzó a empeñar bienes y propiedades, cosechados tras décadas de bonanza, pensando, en momentos de delirio, que la sociedad estaba reclamando lo suyo y su obligación era atender la demanda. No tenía ningún sentido. Con el tiempo se desprendió de su gran mansión, de su hermoso velero sueco, de su colección de autos y de una serie de valiosas pertenencias, que fue invirtiendo en la empresa de su vida. George consiguió reflotar la compañía, empeñando, por la mitad de su valor, todo su patrimonio, cambiando una vida de lujos por otra sencilla y creando malestar entre los miembros de su familia. No entendían nada. Pensaron que había perdido el juicio y que tenía problemas de alcoholismo cuando descubrieron que estuvo tomando en secreto, porque él mismo lo confesó, pero George justificó sus disparates alegando que si la empresa se hundía, lo iba a arrastrar a la más profunda amargura. Se martirizaba pensando que mirar para otro lado y no hacer nada por salvar la compañía sería defraudar a su padre, tirar por la borda todo su esfuerzo y guardar en un baúl los bonitos recuerdos, sin darse cuenta de que a veces es mejor soltar lo que más quieres que seguir cayendo en picado. Cambió todo lo material por un negocio que tenía más valor sentimental que monetario, que había dado mucho dinero y a su entender podía seguir haciéndolo. Lo puso en pie, se olvidó del licor, el abandono y la cabezonería y respiraron aliviados, aunque con mucho trabajo por delante. Lo más difícil era devolver la confianza a los clientes. Había un miedo extendido que impedía cualquier operación con la tranquilidad necesaria y las ventas continuaban estancadas en el recelo. La desconfianza absorbía los activos y el capital menguaba a un ritmo desmedido, atendiendo obligaciones sin obtener beneficios. Se mascaba la tragedia. Cuando George se dio cuenta de que se había equivocado arriesgándolo todo, se le cayó el mundo encima, rompió a llorar desconsolado, asumió toda la culpa y barajaron la venta de JOE International, pero era demasiado tarde. Había perdido tanto valor que no existían compradores interesados en una inversión nada rentable. El 25 de septiembre de 1999, a las nueve y treinta y cinco de la noche, hartos de luchar contra viento y marea, desolados por la impotencia de poder hacer nada más, exhaustos y lagrimosos, George y su hija y otros dos empleados de confianza, se fundieron en un abrazo y dieron la batalla por perdida. La compañía que fundó el viejo Joe en un endeble chamizo de hojalata y llegó a estar entre las diez más importantes a nivel mundial, tuvo que cerrar sus puertas por una serie de problemas que parecían tener solución, se fueron enquistando y terminaron en un terrible desastre que arrasó toda una vida de esfuerzo y dedicación.

Un centenar de familias se vio afectado por la quiebra, empleados longevos que no tenían adónde ir, porque nadie quería un carcamal en la plantilla, gente sin estudios que llevaba toda la vida en la empresa y no sabía hacer otra cosa y otros tantos afortunados con títulos universitarios que las pasarían canutas hasta conseguir un empleo digno. George se apiadó de todos ellos y lo poco que sacó de la venta de maquinaria, mobiliario, ordenadores y demás útiles lo empleó en pagar nóminas y finiquitos, en un acto de honradez que le permitió dormir mejor el resto de su humilde vida. La bancarrota de JOE International fue un auténtico desastre. Los afectados deambulaban cabizbajos, abriéndose paso entre los escombros del derrumbe, sin tiempo para lamentaciones. Un cambio radical sacudió sus vidas con dureza. Ahora tocaba demostrar la verdadera garra, mirando hacia delante y empujando esa gran losa que el azar y las malas decisiones pusieron en su camino. Era momento de organizarse y buscar amparo en la fortaleza, la calma y la oración, para los más creyentes, si querían alcanzar un porvenir llevadero. George y su mujer emprendieron un camino complicado, aferrados a la única opción de asumirlo y enfrentarse tenazmente a la inesperada y cruda realidad de haberlo perdido todo. Sus primeros pasos los condujeron hasta una modesta casita a las afueras de la ciudad, que alquilaban por poco dinero, con humedad en las paredes, desconchones en el techo, una habitación raquítica, un cuarto de estar casi diáfano y un aseo diminuto con un plato de ducha, un lavabo y un retrete del año de la polca. Era vieja y pobretona, llevaba tiempo deshabitada y el desuso había arremetido contra ella, atufándola con un olor añejo y desagradable y estropeando los materiales que emplearon para su construcción, hacía más de cien años. El tejado era un paraíso para los gorriones, que tenían un nido debajo de cada teja levantada; los muebles antiguos de madera carcomida servían de refugio a las termitas y en el silencio de la noche se escuchaba el correteo de pequeños roedores danzando por el altillo. No había cortinas que cubrieran los pequeños ventanucos ni un triste cuadro adornando las piezas, solo unas reliquias polvorientas de su antiguo dueño, un joven gendarme que emigró de su Francia natal en las bodegas de un carguero oxidado cuando la cosa se puso fea y Hitler avanzaba estrepitosamente, sembrando terror y matando inocentes. Se deshicieron del polvo, la suciedad y los recuerdos del guardia, dieron unas manos de pintura y barniz, espantaron con trampas y veneno a los pequeños intrusos y dejaron la vivienda en condiciones habitables. La quiebra arremetió también contra las cuentas bancarias de la familia, dejándolas bajo mínimos, y aprovechando las migajas, George se dedicaba a hacer pequeñas inversiones en bolsa, poco arriesgadas. Los astutos movimientos de George reportaban escasos beneficios, pero suficientes para hacer la compra, atender los pagos y salir airosos de esta complicada tesitura. El manejo de la nueva etapa fue engorroso para todos, pero Sarah maniobraba con mayor dificultad. Acostumbrada a toda clase de lujos y caprichos, a su enorme palacete, lleno de sirvientes, sus sesiones de belleza tres veces por semana y a las tardes de compras en la gran avenida, fundiendo la visa platino de George en prestigiosas boutiques, se tiraba de los pelos, sin apenas dinero para gastos fundamentales. Cayó en depresión. La escasez desencadenaba continuas discusiones con su marido, a quien culpaba de la hecatombe, y las secuelas del cambio impedían a Sarah salir de casa. Un temor apabullante la tenía secuestrada. Solo de pensar que podía encontrarse con gente conocida y tendría que dar explicaciones, su cuerpo se estremecía y su corazón palpitaba a mil por hora. Se veía incapaz de hablar del tema, porque eso significaba revivir lo sucedido y seguir adentrándose en el terreno pantanoso de una grave enfermedad mental donde habitar. La obligación de

enfrentarse a sus miedos y plantarles cara se volvió una tarea inminente para Sarah. Si no emprendía de inmediato una lucha interna que pasaba por aceptar la difícil situación, prosperar con serenidad y vencer finalmente el desafío, iba a arrepentirse cuando fuera ya demasiado tarde. El tiempo corría en su contra.

A diferencia de su mujer, George lo llevaba mucho mejor. Mantenía una actitud positiva, capitaneada por un brillante planteamiento que, junto a su ambiciosa personalidad, juró conservar como filosofía de vida. Pensaba que mientras la comida no escaseara y tuvieran un techo donde poder disfrutarla, todo estaría bien. Porque a raíz del duro batacazo, pudo distinguir lo realmente imprescindible y aprendió a valorarlo más que nunca. Fue lo único bueno que sacó de esa maldita desgracia.

Sarah pasaba los días en pijama, de la cama al sofá, ignorando los preciados consejos de George, cual funámbula caminando en la cuerda floja, sobre un abismo de amargura. Tenía la autoestima por los suelos, había perdido el apetito, las fuerzas y las ganas de vivir. Solamente quería dormitar, embarcarse en un sueño eterno y no volver a despertar. Ante la penosa actitud de su mujer, era George quien se encargaba de las tareas cotidianas. Salía a la compra, fregaba el baño, los suelos, los cacharros, ponía la lavadora y preparaba la comida. También hacía de psicólogo, intentando animar a su esposa con apoyo incondicional, sabias reflexiones y algún chascarrillo, una misión imposible. Sarah era como un ser inerte, que no sentía ni padecía, como un andarín exhausto y melancólico contemplando el horizonte con el gesto perdido. Una mañana en el mercado de abastos, George coincidió con Helen, la amiga de su esposa, esperando el turno en la frutería de don Aurelio, un comerciante espabilado y generoso que desde que se enteró del estropicio tenía detalles con George, que si un manojo de acelgas gratis, un kilo de manzanas a mitad de precio o unas peras golpeadas que no tenían salida; siempre caía algo de balde en la cesta. Helen era una señora de los pies a la cabeza, con su elegancia natural, su peinado a lo Marilyn Monroe y su andar distraído. Era la única heredera del imperio de su bisabuelo, un magnate del acero. Se había enterado del desastre por la prensa, como gran parte del país, y se acercó a saludar a George con un abrazo, envuelta en su abrigo largo de ante marrón. Demostró interés por el triste suceso, se ofreció para prestarles dinero a fondo perdido, abrirles las puertas de su mansión, inspirada en un palacio francés, o para cualquier otra cosa que pudiera aliviar su angustia, si acaso la padecían. George agradeció el bonito gesto y luego rechazó amablemente la ayuda económica y el cobijo en su enorme palacete de estilo monárquico. Estaba convencido de que saldrían adelante por sus propios medios, pero admitió que su mujer caminaba más despacio por la pronunciada pendiente del rechazo y una merienda en buena compañía no sería mala idea. Helen prometió esperarlos con los brazos abiertos y unos dulces caseros recién hechos por Belinda, su doncella predilecta y repostera particular.

—Dale recuerdos a Sara de mi parte. Llevo una larga temporada viviendo en Malibú, regresé hace unos días. Echaba de menos esto, la verdad. Malibú es un lugar precioso y se vive de maravilla, tenemos una hacienda a pie de playa, pero mi sitio está aquí. He vuelto para quedarme, así que pasaos por casa cuando queráis. Tengo ganas de verla y darle un abrazo. Hace tiempo que no hablamos. Intenté contactar con ella, pero además de no obtener respuesta, tampoco he recibido una llamada de vuelta. Entiendo perfectamente su actitud huidiza, es normal que quiera aislarse del mundo y no saber nada de

nadie, tiene motivos suficientes, pero estar recluida por su propio espanto y no sacar toda la rabia ni compartir sus pesares no creo que sea lo más apropiado —dijo Helen antes de despedirse.

En aquel momento, un curioso recuerdo asaltó la mente de George. Hacía relativamente poco su esposa aseguró que regresaba de visitar a su amiga Helen. Lo recordaba como si hubiera sido ayer. Sucedió el mismo día en que casi pierden la vida a manos de un trabajador perturbado y resentido, que descargó contra ellos toda su cólera. George se quedó pensativo durante unos segundos que dieron para mucho, intentando encajar las piezas de un puzle con diferente estampado.

—¿Estás bien? preguntó Helen, poniendo la mano en su hombro, preocupada por su ausentismo emocional.

—¡Sí!, perdona, con todo esto no sé dónde tengo la cabeza. —Pero de sobra lo sabía. Tenía la mente paralizada y poseída por la confusión, pensando en los motivos que llevaron a Sarah aquella tarde hasta la mentira, para fingir un encuentro con su amiga. De vuelta a casa, en el único auto que se había salvado de la quema, un pequeño turismo granate de quince años de antigüedad, que siempre usó el personal de servicio, George intentaba buscar una explicación coherente, pero era incapaz de adivinar lo que Sarah quiso encubrir. Haciendo memoria, recordó el comportamiento esquivo que tuvo ese día y la frialdad de sus palabras, y esto agravó su inquietud. Probablemente fuese cualquier tontería, una cita en esos centros de belleza donde gastaba cientos de dólares o una de sus pocas visitas al Gran Casino, un buen sitio donde perder dinero, según su marido. Intentaba desoír teorías envenenadas, pero la curiosidad comenzó a adueñarse de sus pensamientos. Postrada en sofá, como de costumbre, con la mente en cualquier otro sitio sombrío, George encontró a su señora mirando el viejo televisor que tenían en la salita de estar, en lo alto de un taburete. Atravesó la pieza, cargado con las bolsas de la compra, sin que ella se inmutara, y se puso a reponer la despensa.

—Me encontré a tu amiga Helen en el mercado. Me dio recuerdos para ti y nos invitó a merendar cualquier tarde. Ha vuelto de Malibú, no sabía que estaba viviendo allí —dijo desde la cocina, pero fue como hablar con la pared. George no obtuvo respuesta, porque Sarah estaba en su mundo extraterrestre o porque no lo quiso escuchar. Su orgullo, lastimado, lo hostigaba con impulsos de pedir explicaciones, pero el conocimiento consiguió anteponerse y en lugar de seguir con la conversación y exponer el misterioso descubrimiento, prefirió buscar la verdad de un modo más fiable. Si Sarah había mentido una vez, por qué no iba a hacerlo dos, pensó. La desconfianza frecuentaba la mente pensativa de George, aturullándole con suposiciones descabelladas. Por más que intentaba no ponerse en lo peor, luchando contra su propia imaginación, corrompida por el miedo a descubrir algo tan retorcido como una sucia deslealtad, su empeño era inútil. Se repetía una y mil veces en su cabeza que no sería nada grave, cosas suyas, decía, hipótesis absurdas, seducidas por el resentimiento del embuste. A pesar de la insistencia, no logró autoconvencerse ni relajar sus malos augurios. En los últimos meses había notado distante a su mujer, pero siempre pensó que era fruto de un matrimonio desgastado, hasta el día que se encontró con Helen y entró en el bucle de un triste supuesto que fue cogiendo temperatura y cada vez le abrasaba más en el pecho. Ya no veía a Sarah como la pobre enferma devastada que vagaba por la casa despertando lástima a su paso, la miraba con otros ojos, rojos de rabia y húmedos de pena. No podía vivir así. Necesitaba serenar su angustia, espantar los fantasmas que merodeaban la oscuridad y el silencio y estaba dispuesto a llegar al final del asunto. Las dudas lo corroían por dentro, asaltándole en

sueños y amargando sus despertares, en un incómodo colchón reblandecido y lleno de lamparones, con una mujer al lado que por momentos le parecía una extraña. Si su esposa había tenido un desliz o sucedía algo fuera de su matrimonio, necesitaba saberlo cuanto antes o iba a perder la cabeza de tanto suponer. Era el momento de urdir un plan que pudiera conducirle hasta la codiciada verdad. Con la nueva situación: Sarah hundida en el sofá, sin ganas de vivir, y él trabajando en el comedor, con el ordenador sobre una mesa de escritorio que se tambaleaba, no sería fácil descubrir si eran ciertas las sospechas que lo angustiaban. Prácticamente pasaban el día juntos, pero no revueltos. Hacía tiempo que se habían olvidado del sabor de sus besos, de las caricias mañaneras y de la pasión que siempre derrocharon, en cualquier lugar y a cualquier hora.

Intranquilo por el repentino enigma y ansioso por resolverlo, George decidió pedir ayuda. Una mañana temprano irrumpió en el piso de su hija Mary. Quería explicarle lo sucedido y conocer su valiosa opinión, una opinión que siempre tuvo en cuenta, menos la vez que anduvo perdido en la soledad de su biblioteca y los tragos de licor. La joven abrió la puerta con pintas de andar por casa, la mirada tristona, el pelo alborotado y frotándose los ojos de sueño. También estaba afectada por la quiebra. Pasaba los días acosada por los bonitos recuerdos de su larga etapa como directora en la compañía, intentando escapar de la nostalgia con planes de futuro y actividades artísticas. Se apuntó a clases de pintura, comenzó a escribir frases cortas en una agenda que siempre llevaba en el bolso, por si la inspiración la sorprendía, y procuraba mantener la mente ocupada. Con una buena disposición, una actitud positiva, unos cuantos ahorros y un subsidio por desempleo de mil cien dólares, que cobraba todos los meses, las penas eran menos y no tardaría en encontrar un nuevo empleo a la altura de sus conocimientos de economista. En momentos de bajón pensaba en tomarse un año sabático, recorrer mundo y encontrarse a sí misma en un retiro espiritual a la India, alojada en un ashram, el hogar en las montañas, abierto al público, de un maestro en el arte de vivir. Allí podría encontrar la serenidad, despertar con el sol naciente y hacer yoga en sus jardines botánicos de terrazas escalonadas, estanques poco profundos y plantas exóticas traídas de Irán, Maldivas y Francia. De pronto quería hacer todos los viajes que canceló por ser alguien en la vida y no vivir de una fortuna familiar que terminó esfumándose, como entendía que lo mejor era centrarse en ampliar conocimientos, perfeccionar los idiomas y seguir creciendo profesionalmente. «Ya tendré tiempo de viajar», se decía al término de un barullo de especulación.

Mary se quedó sorprendida con la noticia. Al igual que su padre, recordaba en un pestañeo la fatídica tarde, o quizás la más afortunada de su vida, cuando salieron ilesos, por los pelos, de un ataque que pudo ser mortal y horas más tarde Sarah irrumpió en el salón de su antiguo palacete con actitud déspota y esquiva. Entendía perfectamente su desconfianza a raíz del encuentro con Helen, imaginándose, por un instante, en la misma situación.

En busca del arduo camino hacia la calma, George anunció a su hija sus intenciones. Pasaron horas ideando una trama que pudiera callar las voces que lo atormentaban, condenándolo a la decepción eterna o devolviéndole la confianza ciega que siempre tuvo en su esposa. Salieron a comer pollo frito a un local de la plaza Mayor, merendaron en la churrería del tío Pepe, el feriante que emigró de España y, al caer la tarde, George regresó a casa con la excusa perfecta. En mitad de la cena comentó que le había surgido una buena oportunidad de prosperar y estaría fuera de la ciudad varios días, reunido con un

posible inversor en un viaje de negocios a Manhattan. Una vez más, Sarah se mostró indiferente. Apenas prestó atención al comentario ni hizo preguntas al respecto, solamente asintió con gesto apático, sin levantar la cabeza del plato de sopa que llevaba una hora intentando acabarse. El supuesto viaje de trabajo ocultaba una estancia, con los gastos pagados, en el apartamento de su hija, tal y como habían acordado hora antes. Si Sarah tenía algo que esconder y un milagro conseguía levantarla del sillón para ir a aliviar su amargura con la pasión que su matrimonio había perdido, contaba con el tiempo suficiente para delatarse ante la atenta mirada de Philip Brown, un detective inglés, astuto y suspicaz, de mirada penetrante, nariz fina y aguileña y un metro ochenta de altura, que estaría vigilando sus pasos durante la ausencia de su marido. El plan era perfecto, digno de una mente brillante, solo faltaba que se alinearan los astros.

Un mustio amanecer anunció el nuevo día y George se despidió acarreando una maleta rodante con algo de equipaje y un bolso de cuero marrón, donde guardaba el ordenador. Simuló que partía hacia el aeropuerto en un taxi amarillo con una franja ajedrezada que esperaba en la puerta y corrió a hospedarse con Mary. Le esperaba un breve e incómodo aguardo, dominado por la incertidumbre. En su alojamiento pasajero, iría recibiendo información a medida que el detective revelara cualquier hallazgo.

El maldito rompecabezas lo mantuvo enfrascado en sí mismo. Pasaba las horas frente a la pantalla de su teléfono móvil, esperando un mensaje que pudiera sosegar su agitado pensamiento o lastimarlo mucho más, pero, en cualquier caso, prefería una dolorosa verdad a vivir engañado toda una vida. Se quedaba embobado contemplando el amarillento paisaje otoñal por la ventana del salón y, cuando volvía a la tierra, procuraba distraerse con un libro, con sus inversiones en bolsa o charlando con su hija hasta la madrugada.

Después de varios días en soledad, Sarah continuaba encerrada entre cuatro paredes. No pisó la calle en toda la semana, excepto en dos ocasiones. Una tarde a última hora, cuando todos los gatos son pardos, acudió al supermercado arropada hasta los ojos, por el frío y el espanto, porque su estómago rugía como un león encelado y la nevera estaba tiesa, y otra vez salió a la farmacia de guardia a por una caja de ansiolíticos y extracto de valeriana para conciliar el sueño. Sin más novedad que esas dos breves ausencias, los días pasaron a falta de sucesos relevantes y George se preparó para una vuelta a casa con el rabo entre las piernas. En teoría, su vuelo de vuelta a la realidad aterrizaba a primera hora de la mañana siguiente. Cayó la noche y enseguida lo hizo la madrugada. El curioso detective permanecía firme como un clavo, aparcado frente a la vieja casita del matrimonio, fumando tabaco en pipa y escuchando el murmullo de la radio. A las tres de la mañana decidió llamar a su cliente para comunicarle la falta de actividad. Durante la conversación, George estuvo ausente. No entendía cómo pudo haber desconfiado, al punto de montar toda esa farsa por una simple ausencia insignificante, consumada, quizá, por cualquier motivo sin importancia, del que Sarah no quiso hablar en ese momento, y puso como excusa la visita a casa de Helen. Nada más colgar el teléfono, George llamó a su mujer, abrumado por una sospecha desacertada.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —preguntó ella, sorprendida, con los ojos como platos por sus problemas para dormitar profundamente. George tardó unos segundos en responder y, con un hilo de voz, aseguró que tampoco era capaz de dormir; llevaba dos manzanillas y una infusión de aquilea. Para

dar credibilidad a la trama, dijo que el viejo colchón del hostal donde se alojaba era fastidioso y las reuniones con el supuesto inversor fracasaron en su propuesta de negocio. Sin mucha más conversación que los monosílabos de Sarah y los embustes de George, comenzaron a despedirse. Era tarde y ambos estaban exhaustos, él por la agotadora inquietud que lo mantuvo siete días en vilo y ella por otro día entero en la cama, abatida por su actitud. Finalizada la breve e insípida charla, se dijeron hasta mañana. George reconoció haberse confundido por completo, estaba triste y arrepentido, pero a su vez sentía una agradable sensación de desahogo, que desató el nudo de su garganta, iluminó su rosto mustio y hasta hizo amagos de sonreír. Había salido de dudas con un bonito desenlace que no esperaba. Habló de nuevo con Philip. Quería agradecerle los servicios prestados, abonar el resto de la minuta por transferencia bancaria y decirle que podía marcharse. Ya no pintaba nada en este simple malentendido. George respiró aliviado. Sabía que, en un momento tan delicado, si Sarah hubiera tenido una persona especial, un hombro donde llorar, una boca a la que besar, habría corrido a desahogarse, teniendo vía libre y todo el tiempo del mundo. Dejó el móvil en la mesa baja del comedor, se tumbó en el sofá, se echó una manta por encima y pensó en cómo podría compensar su penosa actuación. Una cena romántica acompañada de un buen vino, unas flores y algún detalle de bisutería, un fin de semana en la sierra, donde recuperar el tiempo perdido, acurrucados frente a la chimenea, y excluir para siempre la desconfianza de su relación no sería un mal comienzo, siempre y cuando Sarah pusiera de su parte.

Según las indicaciones de George, el investigador inglés abandonaba el lugar en mitad de aquella noche de reflexiones cuando, de repente, una luz interrumpió la oscuridad, llamando levemente su atención a través el espejo retrovisor. Al alzar la mirada, observó a lo lejos cómo Sarah salía de casa y se montaba a la carrera en el viejo auto granate que tenían aparcado en la puerta. Contra todo pronóstico, la función no había terminado, como alegremente pensaban, sino todo lo contrario. Por desgracia para el ignorante George, que había conciliado el sueño nada más cerrar los ojos, no hacía más que empezar. Como un buen profesional, Philip no quiso adelantarse a los acontecimientos. Podía ser otra visita a la farmacia por un ataque de ansiedad o un simple paseo en auto por el centro de la ciudad, con la ventanilla baja, sintiendo el aire en el rostro y contemplando el ordenado ajetreo de la vida nocturna, pero esa tardía y repentina salida no auguraba nada bueno. Comenzó a seguirla a una distancia prudencial, para no ser descubierto. Sarah atravesó la ciudad de punta a punta, regresó por donde había venido, pasó varias veces por la misma calle del bulevar, como si anduviera perdida o indecisa, hasta que, en una maniobra inesperada, en una decisión repentina, aparcó su coche en la entrada de un complejo residencial y accedió con cautela a uno de sus bonitos apartamentos futuristas. Philip se quedó en alerta, acechando desde la lejanía con sus modernos anteojos, entre calada y calada. A los cuarenta y cinco minutos vio encenderse la luz del porche y salió Sarah acompañada por un joven atractivo, que besó sus labios al despedirse. George no había errado en su fatal presentimiento. La mujer con la que llevaba prácticamente toda una vida tenía una aventura con otro hombre. El perspicaz detective hizo las fotografías oportunas para tener pruebas físicas y dejar constancia del adulterio, se marchó a casa escopetado y comenzó un minucioso trabajo de investigación, indagando a fondo sobre la vida de aquel tipo. Aprovechando sus contactos, terminadas varias comprobaciones y fruto de una gran destreza, descubrió en tiempo récord de quién se trataba. El supuesto amante de

Sarah era Paul Miller, un treintañero de ojos claros, corpulencia atlética y *look* surfero, con un encanto natural para la seducción, que había sido su profesor particular de Pilates. Sarah contrató sus servicios durante una breve temporada en la que se propuso mejorar la postura corporal y moldear su figura y terminó cayendo en la tentación de un físico escultural, una mirada penetrante y una sonrisa encantadora, de dientes blancos perfectamente alineados.

A las siete en punto de una gélida madrugada que mostró a George lo que era el dolor verdadero, recibió la trágica noticia con desconcierto. Se le cayó el mundo encima, aplastándole con todo el peso de la decepción, se echó las manos a la cabeza y estampó el teléfono contra el suelo. Las duras palabras del detective provocaron en sus ojos, cristalinos, continuas lágrimas de rabia, además de un intenso escozor en lo más profundo de su gran corazón. A pesar de la extraña actitud de su todavía esposa, de una mentira que parecía piadosa y del estancamiento de su matrimonio, siempre mantuvo la esperanza de que fueran cosas suyas y más aún después de acostarse pensando que ella también dormía. Un minuto más tarde y Philip habría seguido su camino por el mundo destapando mentiras, pero por algún extraño motivo el destino quiso mostrar a George la descarnada realidad. El desconsuelo invadió su conciencia. Por más que intentaba buscar un ápice de sentido a ese terrible infortunio, la distancia con una explicación medianamente lógica, capaz de ayudarle a entender lo ocurrido, crecía por momentos. Mary se levantó de la cama, angustiada por el llanto y el porrazo del teléfono, y estuvo a su lado, como llevaba haciendo desde que tuvo uso de razón. Intentó transmitirle la poca energía positiva que conservaba, se abrazó a él y mencionó su tremenda fortaleza. La iba a necesitar para soportar la fragilidad de una triste circunstancia. Ella también estaba rota de dolor, pero lo llevaba por dentro. Impotente, contemplaba cómo su padre, conmocionado por la deslealtad, lloraba igual que un chiquillo. Lejos de venirse abajo, se mantuvo firme e intentó animarle sutilmente, con un dicho que él mismo promulgaba. George siempre decía que cualquier nefasta coyuntura tiene su lado bueno, por diminuto que sea, y en este caso no era otro que dejar de vivir una repugnante mentira. Con la ayuda imprescindible de su hija y una frialdad al alcance de unos pocos, sacó fuerzas de flaqueza, convirtió el ardor que provoca la falsía en una afable sensación por el descubrimiento y regresó a casa notablemente recuperado. Con el tiempo y las decepciones había aprendido a bajar en pocos minutos la temperatura de su corazón unos grados bajo cero.

Al cruzar el umbral de la puerta, Sarah, curiosamente, acudió a recibirle con un beso, que pasó desapercibido por el rostro serio de su esposo. También mostró interés por el viaje de vuelta, pero no obtuvo contestación. George se contenía, mientras su mujer se empeñaba en sacarle las palabras y comenzaba a percatarse de que algo no iba bien. Mirándola a los ojos fijamente, George preguntó cómo había pasado estos días en su ausencia.

—Estuviste bien sin mí, ¿verdad? —preguntó en tono serio, pero el resentimiento silenció la contestación de Sarah—. ¡Lo sé todo!

Sarah comenzó a ponerse nerviosa, a respirar acelerado y una gota de sudor irrumpió en su frente.

—¿Qué está pasando, George, qué sabes?

—No sé, dímelo tú.

Incapaz de reprimir un segundo más sus ganas de estallar, George expuso paso a paso lo ocurrido. Habló de los detalles del encuentro con Helen, del supuesto viaje de negocios al apartamento de Mary,

de la contratación de Philip, el detective que había estado vigilándola día y noche, y aseguró que salía muy favorecida en las fotos con Paul, su antiguo profesor de Pilates. La contundente exposición dejó a Sarah avergonzada, sin saber dónde meterse. Tenía la boca abierta, pero no era capaz de articular palabra. «¡Tierra, trágame!», decían sus ojos. Comenzó a excusarse dando toda clase de explicaciones estúpidas, reprochándole que pasaba mucho tiempo en el trabajo, que la llama entre los dos llevaba tiempo consumida y que, a pesar de quererle, sentía una atracción incontrolable hacia otra persona. En resumen, nada que justificara la bochornosa deslealtad. Francamente decepcionado, George no la culpó por experimentar semejantes sensaciones. Entendía que el amor puede marchitarse, pero la traición y la mentira eran totalmente inadmisibles. Una buena comunicación soluciona el mayor de los problemas, dijo George para terminar, derrochando sensatez, porque las ganas de hablar con ella se habían extinguido por completo. Sumido en una gran decepción, recordaba con tristeza el día en que se conocieron, sus primeros escarceos en la cafetería de la universidad, la tarde que le pidió salir en la pradera del lago, con el sol adentrándose en el agua, y cómo, desde entonces, no había dejado de cuidarla. Por ese motivo, la incredulidad apretaba cada vez más fuerte, entrecortando su aliento. En un mar de lágrimas, Sarah pedía disculpas, atormentada por la desolación del arrepentimiento. Era demasiado tarde.

—Pedir perdón es un gesto admirable, al alcance de cualquiera y, aun siendo sincero, el daño está hecho y puede haber dinamitado la confianza, requisito fundamental que, junto al respeto, debería ser inquebrantable en cualquier tipo de relación. Lo que marca la diferencia es actuar de la forma correcta. Lo siento mucho, Sarah.

Un gran sentimiento de culpa, que sería su sombra hasta el último de sus días, empezó a carcomerla por dentro, intentando enseñarle una dura lección: cuando haces algo de este calibre, debes estar preparado para afrontar las consecuencias. George pasó al cuarto a por el resto de su ropa, sus enseres personales, su amuleto de la suerte y su cadena de la primera comunión. Lo metió todo apelotonado en una bolsa de viaje y se marchó sin más contemplaciones. Días después regresaría en una furgoneta alquilada a por su enrome colección de libros. Los iba a necesitar más que nunca. Incrédulo y cabizbajo, regresó al apartamento de su hija. Mary abrió la puerta y se fundieron en un abrazo. Prometió ayudarle a sanar la herida con el increíble poder del amor incondicional y su preciada compañía, y pensaba distraer su atención con planes improvisados y largas conversaciones. Al amparo de su hija, el calvario sería más llevadero que en un triste hostal donde los recuerdos, la rabia y la incredulidad lo acorralaran, amenazándolo con enloquecer. Tenía que ser fuerte para luchar contra la nostalgia de un amor a la antigua, roto por el deseo carnal, y poner en práctica un sabio consejo de su padre, el viejo Joe, que creyó escuchar en el silencio de la noche, mientras luchaba desarmado contra el desvelo. «La traición no puede deteriorar tu forma de ser, hijo, debes mantener tu esencia y valores intactos, permite, solamente, que refuerce tus sentidos».

Capítulo X
Fresco esbozo

> «De las decepciones que nos llevamos en la vida solo nos queda aprender para afrontar el próximo campo de minas con pies de plomo, pero ninguna adversidad puede amarrarte al pasado impidiendo que disfrutes el presente. Hasta la peor de las tormentas, finalmente, encuentra la calma. Mientras tanto hay ser paciente y refugiarnos en la fortaleza, convencidos de que el próximo cambio a la vista, esta vez, será agradable. De una forma u otra, todo depende de nuestra actitud».

Habían pasado tres semanas del descubrimiento del adulterio y las heridas seguían en carne viva, abrasando a los afectados a la mínima vista atrás. El pobre George continuaba refugiado en el coqueto apartamento de su hija, contando las horas para ver ponerse el sol y mirando el reloj cuarenta veces antes de quedarse dormido en el sofá, entre una montaña de pañuelos usados. Seguía bastante tocado, intentando escapar del abatimiento, buscando respuestas a su recital de preguntas sin sentido y prosperando con sus pequeños negocios en bolsa. En esa época tuvo que lidiar la más dura de sus batallas, guerreando en clara desventaja contra los bonitos recuerdos de toda una vida, que seguían haciendo leña del árbol caído. Hasta el momento iba perdiendo, eran demasiados y él estaba triste y debilitado. Perdió la apetencia y bajó unos cuatro kilos de peso, que calculó por lo holgado de su pantalón. Cuando Mary lo amenazaba con sentarse a su lado y darle de comer como a un crío pequeño, haciendo el avioncito con la cuchara, masticaba cincuenta veces el mismo bocado y a veces lo terminaba escupiendo. La vida se le estaba haciendo bola. Se desmoronaba recordando los paseos nocturnos con Sarah por la urbanización para bajar la cena, las tardes sentados en un banco de su inmenso jardín botánico o en el embarcadero con los pies colgando, viendo hermosas puestas y contando estrellas; las salidas en su pequeño velero sueco, surcando el lago y queriéndose en la proa con ansias de adolescentes. Cada vez que cerraba los ojos, revivía los detalles del día de su boda en la catedral de San Patricio, una de las más bonitas de todo Estados Unidos, ubicada en Nueva York, revestida de mármol blanco, con su estilo neogótico, su gran rosetón, sus torres con forma de aguja de cien metros de altura, sus altares, sus obras de arte. Recordaba, de un simple vistazo, el precioso vestido de novia de inspiración victoriana que Sarah arrastró por el suelo alfombrado, los doscientos invitados atendiendo expectantes, el gran convite, la luna de miel por Europa, queriéndose en lujosos hoteles, navegando en góndola por antiguos canales venecianos o bebiendo champán rosado en la ciudad del amor. No entendía cómo alguien podía ser capaz de cambiar amor verdadero por cuatro ratos de pasión sin antes cortar por lo sano y traicionar así a la persona con la que has compartido tanto por un simple capricho, que salió demasiado caro. El paso del tiempo, la fuerza de voluntad y la compañía de su hija era lo único que podría ir apagando su tormento tras el bajo golpe recibido. En alerta constante, Mary permanecía pendiente de él y poco a poco fue sacándole del fango a tirones, procurando mantener su

mente ocupada. Salían a comer cada vez a un restaurante distinto, los apuntaban en una lista y luego replicaban algunos de sus platos en casa; iban a pasear por el parque a primera hora de la mañana, cuando la ciudad amanecía; hacían maratones interminables de películas y series de televisión, se leían los mismos libros y después los comentaban; recitaban poemas en voz alta, que a veces hacían el efecto contrario, porque eran de Neruda, de poesía romántica, y pasaban horas maltratando lienzos en blanco frente a un caballete regulable que Mary tenía en mitad del salón. Una mañana de pleno otoño, con el sol haciendo amagos de salir y el viento remolineando entre las hojas caídas, decidieron hacer juntos el último plato que habían degustado en un local de comida tailandesa, una deliciosa sopa con hojas de lima y limoncillo, gambas peladas, trozos de pescado, calamares y setas, que dejó huella en sus papilas gustativas. Se levantaron temprano y fueron al mercado a distraerse con la cantidad de alimentos que los puestos ofrecían, colocados en perfecto orden: frutas exóticas de Jamaica y Paraguay, extrañas criaturas marinas con dientes afilados, recién traídas de la lonja, vísceras de corderos despellejados que colgaban de un gancho o sacos de especias de cualquier parte del mundo. Compraron los ingredientes que necesitaban para su plato tailandés y unas empandas de carne, recién hechas, del obrador de Remedios, una viejita que emigró de Buenos Aires y llevaba cincuenta años perfumando la galería, y regresaron a casa. Nada más llegar, se sirvieron un vaso de vino blanco y un plato de olivas, se arremangaron el ánimo y, con el delantal puesto, comenzaron la faena. No eran grandes cocineros, ni mucho menos. George estaba acostumbrado a comer fuera, sentarse a mesa puesta y ser atendido por el servicio doméstico y Mary se apañaba con cualquier cosa, subsistía a base de ensaladas y lo más complicado que había hecho era freír un huevo y preparar un estofado. Eran un par de cocinillas, pero ponían cariño y ganas en lo que hacían y cada vez conseguían darle mejor gusto a su recital de réplicas culinarias. En pocos meses iba a hacer de George un cinéfilo empedernido, un gran chef y un pintor novato con conocimientos en la teoría del color, la composición pictórica y el dibujo. El suculento aroma que manaba de la olla provocaba una cascada de sentimientos que hacía sus bocas salivar, y las pequeñas catas que sorbían del cucharón para corregir de sal y condimentos confirmaban que estaba quedando de rechupete. A escasos minutos de poder hincarle el diente, sonó el timbre y corrieron a abrir la puerta, intrigados, pues no esperaban a nadie. El autor de la repentina visita era John, siempre atento al juego del amor. De un tiempo a esta parte, estaba más pendiente de Mary que de costumbre. Sabía que detrás de su rosto impasible de *yo puedo con todo* y sus palabras de *todo está bien*, se escondían sentimientos tristes, que disimulaba de maravilla para no preocupar a los suyos, noches en vela o ratos a solas, que aprovechaba para soltar su frustración en forma de lágrima y tardes enteras plasmando su amargura en tejidos de lino, donde predominaban los colores oscuros y paisajes tenebrosos. Se preocupaba por ella a cualquier hora, sin resultar cargante ni mencionar el tema de la quiebra, porque no quería agobiarla, invadir su espacio o avivar su pena, pero sí recordarle que estaba a su lado, por si en un momento de bajón lo ignoraba. El chico regresaba de ultimar los preparativos para el servicio de cenas en el restaurante, se dirigía a casa a compartir tiempo con Megan, que andaba desocupada con su nueva vida de jubilada, y quiso hacer un alto en el camino para interesarse por Mary y sorprenderla con una cajita roja de bombones suizos y una nota de enamorado en su interior. Sabía que cualquier detalle parecido era la medicina perfecta para endulzar el difícil momento que atravesaba por el cierre de la empresa familiar y ahora también por la reciente deslealtad, algo que John desconocía.

—Llegas justo a tiempo, hijo —dijo George al verle entrar por la puerta.

—¿Te quedas a comer? —preguntó ella después de besarlo.

—Me encantaría —respondió, encandilado por el perfume de la gastronomía tailandesa—, pero mi madre me está esperando para comer juntos.

Había una fuente enorme de sopa thai en la cocina y no faltaban las ganas de sentarse a disfrutarla en buena compañía, pero la cita con Megan estaba por encima de todo.

—Donde unos ven problemas otros ven oportunidades —dijo George en un alarde de optimismo y buen humor, de los pocos que tenía, y luego animó al muchacho a ir en busca de su madre para que se uniera a la comilona y de paso aprovechar la ocasión para conocerla. De momento no había tenido el gusto de hacerlo. Solo contaba con una ligera idea, que se hizo un poco a su antojo, a partir de los elogios de Mary, que hablaba maravillas de ella, y de la imagen, algo borrosa, de una antigua fotografía que vio en el teléfono de su hija, donde aparecía junto a John. Hoy no iba a poder ser, pero estando cerca y en circunstancias parecidas, no tardarían en echarse el ojo. John agradeció la invitación y sugirió dejarlo mejor para otro momento. No venía más que a interesarse por su mayor debilidad, a sacarle una sonrisa y robarle un par de besos. Además, si después de toda la mañana cocinando, Megan tenía que tirar el guiso a la basura, lo correría a sartenazos.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —dijo el muchacho, sentado en el sofá, sujetando el vaso de vino blanco que le habían ofrecido y con la otra mano sobre la pierna de Mary.

Inmediatamente, la joven pidió permiso a su padre con la mirada para revelar el bochornoso acontecimiento que había vuelto a amargarles la vida. George bajó la vista y respondió asintiendo con la cabeza. Su capacidad de entendimiento era tal que sobraban las palabras. Con la aprobación del protagonista de la triste historia de desengaño, Mary comenzó el relato, pero a los dos minutos fue interrumpida. Quería ser él quien terminara de contar lo sucedido, haciendo un breve resumen y ahorrándose detalles un tanto desagradables. Las palabras entrecortadas de George, su gesto de conmoción y la lágrima solitaria que resbaló por su mejilla, en dos tiempos, dejaron a John boquiabierto, intentando digerir el amargo pastel. La primera reacción del chico fue un tímido «lo siento» y luego intentó animarle, demostrando admiración hacia la gran persona que era y recordando los grandes valores que había transmitido a su hija. No lo conocía de toda la vida, pero Mary siempre hablaba de él con un brillo especial en los ojos y se le llenaba la boca resaltando su faceta de guerrero, su paciencia infinita, su honestidad, su empatía y sus obras de caridad. Había ayudado a familiares que se endeudaron por el juego, a empleados en apuros con un adelanto de sueldo, a completos desconocidos que se ganaban la vida vendiendo dulces en los semáforos o comida callejera en pequeños puestos, entregándoles una compra generosa, un colchón nuevo o ropa abrigada, y a Organizaciones No Gubernamentales con una generosa donación para paliar la hambruna en Somalia y construir escuelas. George era un ejemplo a seguir y un referente en la vida para el muchacho. John sabía de sus hazañas, del imperio que creó de la nada, batallando desde niño con su padre, de la dura derrota, el cambio de vida y, ahora, la traición de la mujer con la que llevaba casado cuarenta años, una serie de fatalidades muy difíciles de encajar.

—Es un grande, señor, muchos en su lugar no habrían soportado esta cadena de infortunios, estarían tirados en el piso lastimándose, rotos en mil pedazos, sin embargo, usted ha vuelto a levantarse después

de cada batacazo y sigue de una sola pieza. Lo admiro, de verdad. Si hay algo que pueda hacer, sería un placer ayudar.

Los halagos y la oferta del chico aterrizaron de golpe en el corazón malherido de George, que se incorporó del sofá con los brazos abiertos, lo estrujó con la fuerza de un oso y derramó alguna lágrima en su espalda. Tenía las emociones a flor de piel. Cualquier muestra de cariño desataba su llanto y el más mínimo apoyo se convertía en un gigantesco impulso. Desconcertado por la triste noticia que consternó a la familia una vez más, John sintió la necesidad de revelar a toda prisa el verdadero motivo de la visita y rompió el silencio que había inundado el comedor, generando una gran expectación.

—En realidad, he venido a proponerte algo —dijo mirando a la joven fijamente. Mary contuvo la respiración, se aferró a sus ojos con la mirada y se puso a fantasear con uno de sus viajes culinarios por el extranjero, descubriendo nuevos platos y culturas, unas vacaciones en el mar Caribe, resguardándose del calor a la sombra de una palmera, o ese retiro espiritual en la India que tanto rondaba su pensamiento. Estaba impaciente por descubrir las intenciones de John, lo zarandeó del pantalón y su dulce agonía terminó con una bonita declaración. Desde el inminente cierre de la empresa familiar, en la cabeza de John rondaba una fantasía, que pronto iba a ver convertida en realidad. Deseaba tener a Mary en su equipo, trabajando mano a mano en el restaurante, porque, salvando las distancias con su maravillosa plantilla, echaba en falta una persona a su lado de máxima confianza, y quién mejor que ella para ocupar dicho lugar. La idea era que empezara poco a poco, ayudando en lo necesario, tomando nota a los clientes, gestionando las reservas o haciendo cualquier otra labor de novato, hasta tener asignado un puesto más definido, en función de sus gustos o de la manera de desenvolverse en cada cometido. Mary se quedó petrificada con la fascinante oferta y, cuando consiguió reaccionar, dio un brinco del asiento y se arrojó su cuello.

—¡Claro que sí, cuenta conmigo! —exclamó besuqueándolo en la mejilla.

Una inmensa alegría alumbró los ojos tristes de la joven, apagados por los recientes y amargos acontecimientos, y relajó una pizca el nerviosismo que provocaba la inexperiencia. Mary nunca había trabajado en restauración ni en nada parecido, venía de un sector muy diferente, pero no temía a lo desconocido, sentía atracción por las emociones fuertes y estaba acostumbrada a lidiar con estirados directores de banco, clientes quisquillosos que nunca estaban conformes con el presupuesto y empleados peculiares, de diferente naturaleza. Su atrevida mentalidad, una buena disposición y años de práctica en relaciones humanas serían suficientes para empezar de cero en un mundo que desconocía y afrontar los contratiempos del nuevo oficio. Dicen que el secreto está en las ganas y Mary tenía todas las del mundo, además, contaba con el apoyo incondicional de su padre, que estuvo animándola desde el primer momento, igual de entusiasmado. Pasó el resto del día metida en su cuarto, bajo una manta de lana gruesa, haciendo indagaciones en el ordenador sobre temas relacionados con la hostelería, procedimientos de actuación, aspectos a tener en cuenta a la hora de recomendar un buen vino, estrategias de *marketing* y, entre búsqueda y sorbo de té, descolgaba el teléfono y hablaba con John, acribillándolo a preguntas. A las diez de la noche cayó a plomo en la cama, cansada de tanto indagar y suponer, cerró los ojos y un alboroto de sensaciones encadenadas acabó quitándole el sueño. Estaba feliz por el comienzo de una nueva etapa que le generaba cierta inquietud y a su vez disolvía el batiburrillo de ideas que tenía en la cabeza sobre qué iba a hacer con su vida. Había encontrado empleo

sin salir a buscarlo y esto constató, una vez más, su teoría de que cuando las cosas se tuercen, lejos de desanimarte, debes acechar calmo y preparado la oportunidad que siempre llega cuando menos lo esperas.

Con los deberes hechos y el corazón lleno, habiendo depositado una pizca de ilusión en casa de Mary cuando más falta hacía, John se marchó al encuentro con su otro amor. Megan lo esperaba junto a uno de sus platos favoritos. Había preparado un delicioso arroz con pollo y verduras que poco tenía que envidiar al mejor de los emocionantes bocados que diseñaban en alta cocina. Era un guiso sencillo pero exquisito, como todas las cosas sencillas, que hacía honor a la comida casera de una madre o de una abuela; un guiso de valor incalculable, de los que dejan huella en nuestra memoria de por vida por el cariño que depositan estas jabatas en cada paso, ingrediente esencial para provocar algo tan mágico. Cada día, sin excepción, John recordaba hacer algo tan fácil como importante: elogiaba sutilmente cada uno de los platos de Megan, por sencillo que fuese, mimándola sin descanso, como ella llevaba haciendo con su pequeño desde el momento en que nació.

Un excitante día, soleado y fresco, como una mañana de primavera que se confundió de estación, comenzó en la vida Mary con un buen desayuno en compañía de su padre. George intentaba satisfacer su recital de preguntas y sosegar su inquietud con buenos consejos. Parecía una niña chica en su primer día de colegio, impaciente por descubrir a sus nuevos compañeros, mirándose veinte veces al espejo y comprobando que había metido todo en su mochila beige de estampados: su neceser de maquillaje, su cepillo de dientes, su enjuague bucal, su perfume afrutado, el desodorante, el cargador del teléfono, un peine rizado, una caja de analgésicos, un bote de crema hidratante, toallitas de papel y una muda de ropa interior; lo justo y necesario. Salió por la puerta divina de la muerte con su americana entallada, su pantalón recto, su abrigo de paño gris y un fular blanco aterciopelado. Caminaba exagerando su poderío, disimulando el nerviosismo y manteniendo una conversación acelerada consigo misma, sin dar tiempo a su inconsciente a responder.

A las nueve en punto de la mañana irrumpió en el restaurante, envalentonada, y la pequeña ventaja de compartir la vida con el responsable de aquel hermoso local de estilo sofisticado calmó casi al completo los nervios típicos del primer día. Mary conocía a los empleados, de modo que las presentaciones fueron breves. Acudía al restaurante con relativa frecuencia, aunque la mayoría eran visitas fugaces para no distraer a John de sus labores ni sentir la necesidad de secuestrarlo en la despensa unos minutos. Temía que alguien pudiera sorprenderlos haciendo el amor sobre la cámara frigorífica. De la mano de su amado, inició una vuelta de reconocimiento por el restorán, parándose a cada rato a recibir explicaciones. Entraron a curiosear a la cocina, ojearon la carta, el listado de reservas, la sala de máquinas y demás rincones y así fue como Mary, con una sonrisa de oreja a oreja, quedó incorporada oficialmente al equipo. La joven estuvo atenta a cada indicación, a cada gesto, tomó notas en su pequeña libreta y mostró un claro interés, sobre todo por el tema financiero, un servicio que tenían externalizado, donde tan cómoda se encontraba gracias a sus conocimientos y años de experiencia. Caminó hacia los vestuarios a paso ligero, intentando asimilar, por orden de prioridad, una montaña de información calentita. Se puso un elegante uniforme de trabajo, una camisa blanca impoluta, un chaleco negro de cuatro botones y un pantalón de vestir, se recogió el pelo con un moño en lo alto y comenzó su jornada de trabajo menos histérica de lo que esperaba. Aquel día se limitó a observar,

recibir órdenes y mantenerse en un segundo plano, mimetizada con el alboroto y la decoración cosmopolita de la sala. Estaba un poco perdida, persiguiendo a John con disimulo. Fue la primera toma de contacto de un comienzo complicado, como todos los comienzos. Tenía que familiarizarse con el local, los productos y el servicio. Al principio se agobiaba una barbaridad con el jaleo del salón, el ritmo frenético del turno de noche y el continuo flujo de comandas que tapizaban el tablero numerado que colgaba en la cocina, pero no tardó en espabilarse. En tres semanas lo tenía todo controlado. Daba la bienvenida a los clientes con su hermosa sonrisa simétrica, los acompañaba a su asiento, tomaba nota primero a las mujeres y personas mayores, después a los hombres y a los jóvenes, anotaba la fecha, el número de mesa, el nombre del camarero, la cantidad de comensales, los platos de cada uno en el sentido contrario a las agujas del reloj, para no molestar preguntando a la hora de ponerlos en la mesa, dejaba la comanda original en cocina, una copia en la caja y otra que entregaba al mozo encargado de serviles, un verdadero trabajo de chinos que siempre había infravalorado. Paseaba por la sala con la soltura de una experta bailarina, deslizándose entre las mesas con las manos en la espalda y ojos de halcón peregrino, atenta a las peticiones de los comensales, a sus caras y a sus platos; se encargaba de gestionar las reservas a través de un pinganillo y una agenda digital, y en sus ratos libres revisaba las cuentas del restaurante, los pedidos y los papeles que llegaban de la gestoría. Mary encajó en el restaurante como anillo al dedo y en poco tiempo terminó encargándose de tareas de metre y directora. Si antes de su llegada todo iba viento en popa, ahora, con la presencia del nuevo fichaje, acariciarían la perfección. Nadie diría, viendo su forma de desenvolverse, su excelente trato a los clientes y su habilidad a la hora de dirigir a los camareros, que jamás había trabajado en hostelería. Demostró una capacidad de aprendizaje al alcance de unos pocos, de los que se entregan por completo y han sido tocados por una varita al nacer, y una admirable y correcta toma de decisiones, que dejaron impresionado al mismísimo John. Incluso conociéndola bastante bien, vio superadas las altas expectativas que tenía puestas en ella. Hacían un magnífico equipo, también en el ámbito laboral. No les asustaba compartir un oficio que acabaría uniéndolos mucho más, cuidaban sobre todo los pequeños detalles y alguna noche echaban el cierre y se querían donde la pasión ordenaba.

—La mejor recompensa al esfuerzo es el ansiado reconocimiento, en cualquiera de sus formas, porque sin él todo pierde sentido —dijo el muchacho, embobado, mirando con ojos relucientes cada centímetro de su rostro perfecto, acariciando su mejilla con ternura y alzando una copa de su mejor vino francés en mitad de una cena a puerta cerrada, a la luz de un candelabro, que John preparó con todo el cariño del mundo para felicitarle por un comienzo impresionante.

Fue una época de grandes cambios, de aprender a reinventarse y de encontrarse a uno mismo, siguiendo el sendero de la calma, sin hacer caso a los fantasmas que sobrevolaban las tinieblas a la hora de dormir. Las heridas de George habían sanado, la cicatriz era imborrable. Estaba orgulloso de su hija por el éxito cosechado en el inicio de su nueva labor, su corazón palpitaba de alegría cada mañana, viéndola marchar al trabajo con una sonrisa, y era feliz a su lado, pero, en cierta medida, se sentía una carga. Mary ya había hecho demasiado socorriéndole de las garras de la depresión, espantando sus miedos con el calor de un abrazo y aguantando sus berrinches de párvulo en mitad de la madrugada. Sin decir una palabra, por si ella se oponía, comenzó a buscar un lugar donde vivir. Quería marchar de allí lo antes posible para que Mary pudiera seguir volando libre como un pájaro, andar desnuda por la

casa y disfrutar de la pasión de su ardiente noviazgo sin tener que dejarse un pastizal en hoteles o aparcar el coche en un descampado y revivir la adolescencia dibujando corazones en los vidrios empañados de amor. La rentabilidad de sus pequeñas inversiones era baja, pero ganaba lo suficiente para vivir solo de forma humilde, sin pasar calamidades. Después de visitar varias moradas, terminó decantándose por una bonita casa de planta baja, con un pequeño jardín abandonado en la parte de atrás, un diamante en bruto que estaba deseando pulir. En general, el nuevo hogar estaba bien. Solamente necesitaba un lavado de cara, una mano de pintura, un manguerazo a las persianas, un buen fregado a los suelos, arrancar una planta trepadora que se había secado y cubría la fachada y algún otro saneamiento, nada importante. Tenía electrodomésticos nuevos, mobiliario en buen estado, un cuarto de baño con sanitarios a estrenar y una chimenea de leña en el comedor, perfecta para sus tardes de lectura sorbiendo vino español al resplandor de la hoguera. Lo mejor de todo era su ubicación. La vivienda se encontraba a pocas cuadras del apartamento de Mary, requisito imprescindible que advirtió al comercial de la inmobiliaria ante la necesidad de sentir la cercanía de su pequeña. George comenzó así una nueva etapa en su paradójica historia, sintiéndose afortunado, para incredulidad de muchos, pero tenía motivos suficientes. Veía a su hija a diario, ilusionada con el nuevo proyecto, trabajaba cómodamente desde su propia casa, tenía menos responsabilidades y más tiempo libre para gozar de la vida, de su enorme colección de libros, que seguía creciendo, de la cocina, que terminaría convirtiéndose en una de sus pasiones, y de su pequeño jardín, donde se pasaba las horas muertas, alimentado su amor por la floricultura. Estaba rodeado de verdaderos lujos y era inmensamente feliz. Había aprendido a vivir el momento sin echar la vista atrás, a refugiarse en la positividad y la buena actitud, y logró alcanzar la paz mental, una paz que lo condujo por el buen camino.

La quiebra de la empresa familiar dio un giro brutal a sus vidas, la deslealtad de Sarah puso la puntilla a una situación complicada y la calidad del pensamiento llevó al matrimonio por senderos dispares. Habían demostrado una fortaleza mental muy distinta y los pequeños detalles, disfrazados de malas decisiones, acarrearon terribles consecuencias. Deambulando a años luz de la extraordinaria reacción de George ante los arduos cambios en su vida, estaba Sarah, su ya exmujer, adentrándose en un paraje tenebroso de la mano de su conducta, totalmente contaminada. Seguía estancada en las profundidades del viejo sofá, sin ganas de vivir y mucho menos de buscar una fuente de ingresos con la que poder hacer frente a los gastos de la casa, la cuota del alquiler, las facturas de suministros y su propia manutención. Era como un fantasma que levitaba del salón al dormitorio, dormitaba catorce horas al día y solamente salía de casa cuando el hambre se tornaba insoportable, no había nada en la nevera y se había escondido el sol. Había entrado en un peligroso bucle de rechazo, tristeza y desgana donde parecía estar cómoda, y corría el riesgo de morir de pena, triste y sola, entre las cuatro paredes desconchadas de la vieja choza. Lo peor de todo es que no se daba cuenta, se había acostumbrado a estar enterrada en vida. Los días pasaban con una parsimonia desesperante, de la que no se percataba. A veces perdía la noción del tiempo, encerrada en la más remota ignorancia, con las ventanas tapiadas con cartones, porque la casucha no tenía persianas y a oscuras se sentía mejor. Sarah conoció a su marido siendo muy joven y por aquel entonces George ya era un empresario de éxito, que vivía acomodado en un barrio burgués y tenía un nivel de vida envidiable. Pasaba a recogerla en su flamante automóvil, pagaba la cuenta de todos los restaurantes de renombre a los que iban, la sorprendía con regalos que

costaban un ojo de la cara, vestidos de noche de las mejores firmas, joyas con incrustaciones de piedras preciosas, ramos de flores, frascos de perfume. Siempre andaba agasajándola, porque podía permitírselo y estaba enamorado hasta las trancas. Su fortuna seguía creciendo con las exportaciones, se mudaron a un lujoso ático en la avenida principal y luego compró el enorme palacete a tocateja, donde convivieron cuarenta años entre algodones, rodeados de servidumbre. Por suerte o desgracia, Sarah nunca tuvo la necesidad de trabajar. Cometió el grave error de dejar la universidad y descuidar el cultivo de conocimientos o habilidades, indispensables para el desarrollo de alguna profesión, ante un futuro siempre incierto. No sabía hacer la o con un canuto, pero la inexperiencia en el mundo laboral era lo menos preocupante. Tenía la mala costumbre de calificar ciertos empleos de trabajos basura y se negaba a formar parte de cualquiera de ellos.

—Antes de servir a nadie o fregar suelos, moriría de hambre o me pondría a hacer la calle, eligiendo a los clientes, claro, solamente señores acaudalados y de buen ver —bromeaba en otros tiempos, tomando té en el club de campo con sus cuatro amigas repipis, que en cuanto se enteraron de la debacle no quisieron saber más de ella. Lo que Sarah no sabía era que algún día terminaría haciéndolo. Estaba envuelta en un devastador panorama, donde nada bueno podía pasar. Su evidente deterioro psicológico no era el único bajón que había sufrido en menos de un año. Había descuidado su imagen y hasta la higiene personal, que brillaba por su ausencia. Desprendía un fuerte hedor corporal que hacía voltearse a la gente, pero al que se había aclimatado y no distinguía, tenía el pelo lacio, canoso y con una enorme raíz oscura, su color natural; había bajado ocho kilos de peso y siempre andaba con la misma ropa arrugada y sin lavar. Se había convertido en la mujer zarrapastrosa que siempre criticó.

A pocos días de llegar a fin de mes, una mañana de llovizna persistente, el casero tocó su puerta. Era el viejo Bernard, con su bastón de cabeza de pato, sus botas de agua y su poncho chubasquero. Venía a recordarle el pago de las tres mensualidades de alquiler que tenía pendientes de abonar y de varias facturas de suministros. Debía más de mil dólares de arrendamiento, ciento veinte de luz, cincuenta de agua, doce con veintisiete por la recogida de basura y no tenía donde caerse muerta. Había gastado las últimas monedas que quedaban en un bote de hojalata que George comenzó a llenar con el cambio de la compra en el comercio chino de la esquina, donde acudía a abastecerse de leche, galletas y alguna lata de conserva. El recordatorio del viejo Bernard irritó a la inquilina. Sarah empezó a hiperventilar, a echar fuego por los ojos y pestes por la boca. Agobiada por no poder saldar la deuda y poseída por un brote de ira, alzó su voz con soberbia y expulsó a Bernard de la casa, una vieja propiedad que su difunta esposa había heredado de un hermano mayor fallecido, el joven gendarme que emigró de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, huyendo de la ocupación de la Alemania nazi. Cerró de un portazo que sacudió el esqueleto de la vieja choza y voceó que dejara de molestar, escudándose en su enfermedad mental y asegurando que ella no había consumido semejante cantidad de luz, agua y mucho menos basura.

—¿Acaso no tiene corazón? Estoy al borde del suicidio y viene usted a machacarme por mil dólares de mierda; puede estar tranquilo, que se los pagaré con intereses, estoy buscando empleo, joder, qué más quiere que haga. —El pobre Bernard se quedó perplejo, con la puerta en las narices, y aseguró que en unos días regresaría a por el dinero. Su paciencia infinita se estaba acabando, al igual que sus ahorros.

—Pues te buscas la vida, como hace todo el mundo o te pones a vagabundear. Llevas tres meses diciéndome lo mismo, uno se cansa, hombre —masculló el viejo al otro lado de la cancela, harto de escuchar las mismas evasivas y de su poca educación. Bernard ya no sentía lástima por esa mujer de mirada deprimida y gesto impávido que andaba por la casa como una sonámbula, arrastrando las pantuflas al caminar, y habitaba en un mundo desolado, donde nunca salía el sol, gobernado por extrañas criaturas que desaparecían al abrir los ojos. Tenía que mirar por los suyos. Había perdido a su mujer hacía dos años, a una semana de cumplir ella ochenta y uno, de un síncope repentino en el sillón del comedor de un piso angosto y pobretón, donde vivía con su hijo divorciado, enfermo de diabetes e impedido de cintura para abajo, y su nieto de cinco años. Cobraba una triste pensión de viudedad y una pequeña paga de minusvalía y el poco dinero del alquiler se había convertido en su única salvación.

A los cinco minutos, llamaron de nuevo al timbre y Sarah se levantó hecha una furia.

—¡He dicho que me dejes tranquila! —gritó al abrir la puerta, pensando que era el viejo Bernard quien llamaba, pero al otro lado estaba su hija Mary, estupefacta por su mal aspecto y ese grito ensordecedor.

—Pasad, hija y compañía, pensé que era otra persona, que me tiene harta.

El citado acompañante era John. El joven quiso respaldar una visita obligada, porque sabía que era un tema delicado, de crucial importancia, y algo bueno podría aportar. Tenía la experiencia de haber lidiado con la cabezonería y el pasotismo de su padre, quien pasó gran parte de su mala vida como un títere de la mafia, manejado por una extraña fuerza mental que no podía controlar y anulaba sus mejores pensamientos, impidiéndole actuar con sensatez y abandonar un camino que desembocaba en el precipicio por donde terminó cayendo. Mary había dejado a un lado las rencillas del pasado, que terminaron apagando una relación marcada por diferentes raciocinios y acudió a interesarse por Sarah, porque era su madre y no podía abandonarla. En realidad, nadie lo hizo. Todos intentaban, incluso George, con alguna llamada que nunca encontró respuesta, abrir sus ojos, cegados por la desilusión. Pasaron al comedor y se acoplaron donde pudieron, entre la mugre y la oscuridad. Tenía la casa hecha un asco. El suelo estaba pegajoso, había cacharros sin lavar en el fregadero, platos con restos de comida en la encimera criando hongos, trozos de galleta pisoteados, una procesión de hormigas llevándose las migajas y un tufo a rancio insoportable, que salía del dormitorio y apestaba el ambiente renegrido de la diminuta sala de estar. Llevaba sin ventilar desde la marcha de George y de eso hacía ya varios meses. Mary se alarmó por dentro. Sabía que su madre lo estaba pasando mal y no conseguía levantar cabeza, pero no se imaginaba que estuviera viviendo en condiciones insalubres. Intentaron alumbrar su camino con una charla sosegada, repleta de buenos consejos, expuestos con mucha sutileza, para no espantar su atención. Se ofrecieron para echarle una mano en lo que fuera necesario, limpiar la porquería, comprarle algo de ropa o acompañarla a la peluquería, pero lo único que aceptó fue la ayuda económica que John, alejado del rencor que podía haber conservado desde el humillante trato recibido la noche del cumpleaños de George, dejó encima de la mesa, derrochando señorío. Mary repitió en varias ocasiones que, si necesitaba cualquier cosa, podía contar con ellos.

—No estás sola, mamá, queremos ayudarte, pero tienes que poner de tu parte. Sé que es difícil, que ha sido un palo muy gordo, pero juntas podemos lograrlo. Abandonarte a ti misma no es la solución. Se ha perdido una batalla, la guerra continua. Eres joven y te queda mucho por vivir. El dolor es

inevitable, el sufrimiento es opcional —dijo la joven en un alarde de humanidad y sentido común. Quería aflojar la venda que cubría sus ojos tristes y mostrarle la salida del laberinto emocional donde, desorientada, permanecía. Sarah se derrumbó en los brazos de su hija. La hermosa muestra de cariño, los ánimos, la caricia en su rosto apenado, el beso en la mejilla y el fuerte abrazo que acarició su alma triste pudieron con la apatía de Sarah, que se echó a llorar como una niña y dio las gracias por el apoyo y el fajo de billetes que dejaron sobre la mesa. Había que ganar tiempo, a ver si espabilaba y podía salir a flote. El problema del dinero estaba solventado por un corto periodo, pero había otro más grave. Incapaz de encauzar su vida, Sarah atravesaba una enorme depresión que había borrado su bonita sonrisa, su expresión cautivadora y el brillo de sus ojos, y todo por no aceptar ni comprender el tremendo cambio sufrido. Además, se sentía sola, desamparada y culpable por haber traicionado a la persona que estuvo cuidándola toda una vida. Había vivido a cuerpo de rey tantos años, compartiendo momentos inolvidables con George, que no podía escapar de los bonitos recuerdos junto a él. Su antigua vida de marquesa la perseguía, recordándole la bonanza y la serenidad que un día tuvo. Poco antes de marchar, Mary mencionó la cuestión de su trastorno con elegancia. Sugirió que lo mejor sería ponerse en manos de un profesional que pudiera tratar el problema, evaluarlo, hacer un diagnóstico y ayudarle a rehabilitarse, pero lejos de reconocer que estaba enferma y agradecer su valioso consejo, Sarah enfureció como una mala bestia por una propuesta mal digerida.

—¿Pensáis que estoy loca? —repitió cinco veces seguidas, víctima de un estado de nervios repentino y descomunal. Se levanto del sofá con cierta dificultad (le fallaban las fuerzas), guardó el dinero hecho un gurruño en el bolsillo de su bata cochambrosa y ordenó que abandonaran su casa, llegando incluso a empujarles en dirección a la entrada.

—Pero mamá, es por tu bien —dijo Mary, atónita, intentando calmarla.

—Ni mamá, ni ostias. ¿Quién te ha enviado, el inútil de tu padre, que nos arruinó la vida? Dejadme tranquila. Yo no voy a vuestra casa a molestaros, ¿verdad? Pues aplicaos el cuento.

Fue imposible hacerla entrar en razón, estaba poseída por el mismísimo Lucifer. Se marcharon muy preocupados, sin sospechar que habrían de pasar años hasta volver a verla. Sarah regresó a su mugriento sofá, a su soledad callada y a cavar su propia tumba en una celda carcelaria de la que solo ella tenía llave.

Los días pasaron volando y como bien advirtió en su momento, Bernard regresó a reclamar amablemente su dinero. De no haberlo conseguido, Sarah tendría que abandonar la vivienda por las buenas o por las malas, porque pensaba contratar a dos maromos de una empresa de desalojos que no dudarían en sacarla de allí a rastras, empleando la fuerza. Estaba dispuesto a cualquier cosa para recuperar su vieja choza y sabía que avisando a la policía pondrían en marcha un desesperante proceso legal que podría durar más años que los que le quedaban de vida. Afortunadamente, no iba a hacer falta contratar a ningún gorila, gracias a una visita salvadora. Mary y John se habían encargado, hacía unos días, de detener un desahucio inminente, o al menos lo intentaron, porque, traspasando la insensatez, Sarah respondió que no tenía dinero.

—Necesito más tiempo, Bernard, el mes que viene pagaré lo que debo, lo juro. —Lo peor de todo es que no estaba mintiendo. El dinero del rescate lo había malgastado en una sola noche, haciendo apuestas disparatadas en el Gran Casino de las afueras, donde estuvo tomando vermut, despilfarrando lo que no tenía y soñando con hacerse rica para volver a su antigua vida. El problema de Sarah no tenía

solución, porque cuando sueltas el volante de tu vida y la ignorancia conduce por ti, ninguna señal de advertencia, por luminosa que sea, hará que pises el freno y quedarás expuesto a la única solución en estos casos, un gran choque frontal. Bernard no se apiadó más de ella.

—Tienes un día para recoger tus cosas y marcharte, si no me veré obligado a llamar a unas personas que se dedican a desocupar viviendas y te obligarán a hacerlo —dijo en el tono más serio que pudo, reprimiendo la tristeza interior que derramaba su enorme corazón. Bernard era una buena persona, pero estaba entre la espada y la pared y había aguantado demasiado. Regresó a la mañana siguiente y encontró a Sarah de rodillas en el suelo, terminando de hacer la maleta, con el abrigo puesto y los ojos lagrimosos.

—Entiéndame, señora, con el poco dinero que saco de aquí doy de comer a mi hijo parapléjico y a mi nieto —masculló al verla tan afectada.

El comentario del viejo Bernard hizo recapacitar a Sarah. Se había permitido el lujo de juzgarle sin fundamento, tachándolo de espécimen despiadado, pero en un momento de lucidez comprendió que detrás de cada persona hay una historia desconocida. Parecía inhumano que no pudiera dar más tiempo a una persona enfermiza, que no lo iba a aprovechar, pero su nevera desierta, los medicamentos de su hijo, el material escolar del pequeño, el gasoil de la calefacción y el encarecimiento de la vida obligaban a Bernard a mirar por el bienestar de las dos personas que tenía a su cargo y que no podían valerse por sí solas. Era una situación complicada, de fugaz transcendencia, pues la vida seguiría su camino como de costumbre, pasando de largo ante cualquier adversidad. La mala cabeza de Sarah terminó poniéndole de patitas en la calle, aferrada a su maleta de marca, con algunas prendas de ropa dentro, objetos personales, baratijas de bisutería, medicinas, un álbum de fotos, un cepillo enmarañado de pelos, unas gafas de sol con el cristal partido y un pintauñas reseco. Eran todas las pertenencias que conservaba, pues una buena parte las había empeñado al embarcarse en esta nueva odisea y lo demás se lo arrebató la dejadez. Comenzó a vagar sin rumbo, dibujando una estampa desoladora con el paisaje invernal de fondo. Caían pequeños copos de nieve que el viento movía a su antojo en todas direcciones y por primera vez pensó en cada uno de los errores que le habían transportado hasta esa trágica tesitura. Caminó varias manzanas, acarreando el equipaje a duras penas, sin levantar la mirada del suelo, que empezaba a teñirse de albo. A los pocos minutos se detuvo bajo el refugio de unos soportales y se sentó en un banco a recuperar el aliento y las fuerzas. Después de un rato largo con el gesto ido y el pensamiento en blanco, levantó la vista del asfalto y justo enfrente de sus narices, dispuesta por caprichos del destino, una tienda de ropa usada abría las puertas a la esperanza de un posible renacer. Inconscientemente, Sarah no quitaba ojo al establecimiento y tardó unos quince minutos en reaccionar, pero gracias, quizá, a que su instinto de supervivencia despertaba, tuvo una brillante idea. Decidió deshacerse del exceso de equipaje y empeñar algo de ropa que no pensaba ponerse: un costoso vestido largo de fiesta, dos chaquetas de una prestigiosa firma italiana, un pantalón negro de vestir, una falda de lino, un chal de seda natural y hasta la propia maleta, que en su día costó un pastizal. Aceptó una miseria por todo, metió el resto de sus enseres en un bolsón negro de basura y salió del comercio con la bolsa al hombro, satisfecha por una acertada actuación. Para muchos ese trueque ineludible no tenía ningún mérito, pero en ella suponía un gran avance hacia la toma de decisiones correcta, capacidad que tenía bloqueada hasta ese preciso momento. Con el puñado de dólares que consiguió no

iba a salir de pobre, pero alivió una pizca su gesto triste y pudo comer caliente y alojarse en una pensión mediocre durante una semana. Anduvo a llenar la barriga, vagando a duras penas, porque le fallaban las fuerzas. No había probado bocado desde el día anterior, cuando picoteó unos cacahuetes rancios que tenía en la despensa, ni estaba acostumbrada a caminar más de cinco pasos, el trayecto de su cama al sofá. Entró en el primer establecimiento de comida rápida que divisó, un bonito local donde servían sándwiches de cinco pisos, pizzas kilométricas y hamburguesas de todo tipo, y se sentó a la mesa. Lo más probable es que el verdadero motivo que llevó a Sarah a cambiar la ropa por algo de dinero fuera su gran apetito. Estaba muerta de hambre y no lo sabía.

En aquella época, Sarah tuvo que aprender a sobrevivir. Pasó noches a la intemperie, protegiéndose del frío en cajeros automáticos, marquesinas o galerías de metro, acurrucada entre cartones y harapos que conseguía rebuscando en contenedores de ropa usada. Acudía a comedores sociales. En algunos la comida era aceptable. Servían cremas de verdura, estofados de ave y dulces navideños, pero en otros lo mejor que ofrecían era una taza de caldo insípido y una carne de res chiclosa, imposible de despedazar con los dientes sin ayudarse con la mano. Gastaba más energía en masticar que la que aportaba el propio alimento y terminaba con dolor de mandíbula, pero era mejor que nada. Durmió en albergues atestados de gente en su misma condición pestilente, superó situaciones que en otros tiempos le hubieran hecho vomitar, pensó en el suicidio como una tentadora alternativa y pasó muchas calamidades. La adversidad convirtió a Sarah en otra persona, una mujer fuerte, valiente y humilde, que no temía a la incertidumbre del mañana, a la escasez, el abandono, la oscuridad o la muerte. Necesitó tocar fondo para coger impulso y salir de nuevo a la superficie, en busca de oxígeno, y poco a poco parecía reflotar gracias a la condición de sus pensamientos, cada vez más relucientes. De tanto vagabundear de un lado a otro, sin saber a dónde ir, terminó dándose cuenta de que si no espabilaba seguiría cayendo en un pozo sin fondo, del que sería imposible salir, y distinguió en el horizonte que solo dependía de ella misma y de sus decisiones terminar con aquella pesadumbre.

Una fría mañana que marcaría su destino, sentada en un recoveco de la estación de autobuses, Sarah pensaba qué podía hacer para huir de la decepción. Llevaba varios días durmiendo al resguardo de la terminal y al calor de los motores, bajo unas mantas de lana que heredó del señor Raymond, un compañero indigente con el que hizo buenas migas, que se quedó dormido al sereno de la cogorza y amaneció tieso como un palo. Necesitaba organizar el desastre de vida que ella misma había provocado con su nefasto comportamiento de cobarde y su relación secreta con el joven profesor. En medio de la dichosa reflexión, un vagabundo desdentado y haraposo que deambulaba por la zona inspeccionando nuevos territorios, se acercó pidiendo una moneda al lugar menos indicado. Debió pensar aquello de que los que menos tienen suelen ser los que más dan.

—No tengo nada, amigo, creo que estamos en las mismas. Lo único que puedo ofrecerle es un dulce de hojaldre, si gusta —dijo Sarah mientras rebuscaba en un bolsón de plástico donde guardaba restos de comida, objetos de poco valor que encontraba tirados en la basura y algo de ropa de abrigo. Alargó la mano con el dulce envuelto en papel de plata, mirando al pobre hombre y olfateando un fuerte hedor que no era el suyo, contempló detenidamente su ropa raída, su cara roñosa, su pelo apelmazado, sus manos negras y sus cuatro dientes mal puestos, se vio reflejada en él y entró en pánico. En ese mismo instante decidió que no quería seguir siendo una pordiosera ni pasar el resto de su vida en la

indigencia, haciendo cola en la puerta de un comedor social para llenar la barriga y pasando la noche entre cartones, con un ojo abierto por si venían a robarle las mantas o a abusar de ella. Por algún extraño motivo no podía apartar la mirada del mugriento mendigo. Se quedó atrapada en la estrechez, pero hubo un detalle del hombre que le llamó más la atención que su deslucida apariencia, y fue la sonrisa mellada que invadía su rostro arrugado, ausente en el suyo desde hacía mucho tiempo. El tipo era feliz a pesar de todo. Aquel breve episodio mostró a Sarah, nítidamente, su mal estado. Tenía que hacer algo si no quería acostumbrase a la miseria, envejecer entre porquería, calentarse a base de aguardiente y morir de hipotermia en un descuido, como su amigo Raymond. Presa del terror, rescató de un recóndito rinconcito olvidado en su cerebro la posibilidad de viajar a Chicago, donde tenía una hermana a la que llevaba quince años sin ver, desde la repentina muerte de su padre. Sarah pensó en ella, por primera vez, como la única persona capaz de alumbrar su oscuro panorama, dar sentido a su vida y rescatarla de las fauces de la inmundicia. Por un instante respiró aliviada, se calmaron sus temblores, creyendo que había descubierto la salida, y corrió hacia la luz que veía al final del túnel donde se había adentrado ella solita. Se puso a pedir limosna por los andenes con la excusa de que llevaba varios días sin comer. Consiguió veinticuatro dólares, tres bocadillos y dos botellines de agua en tiempo récord, compró el billete en una máquina expendedora con la ayuda de un turista compasivo y emprendió el viaje de su vida hacia un próspero porvenir. En el trascurso de unas horas cambió el andar vagando sin sentido por el comienzo incierto de una nueva etapa, debido a la transformación de su conducta y al temor de no volver a sonreír. Lo que antes parecía inalcanzable ahora lo acariciaba con la punta de los dedos. «Qué tonta he sido», pensaba. «Qué bonita es la ignorancia para el ignorante».

Con la vista al frente y el reflejo de su gesto pensativo en el cristal, Sarah puso rumbo a Chicago en busca de la ilusión que había perdido, sobrepasando la barrera que el rechazo construyó y dejando atrás los fantasmas, la tristeza y los malos recuerdos. Emprendió su éxodo, encajonada entre la ventana de un viejo autobús y un señor somnoliento que no dejaba de pegar cabezadas sobre su hombro y roncaba como un Bulldog. Los nervios oprimían su pecho y las preguntas aturullaban su mente, pero a los diez minutos estaba dormida como un tronco en el fastidioso asiento, soñando que era niña y se balanceaba en un columpio de algodón bajo el sol radiante del país de las maravillas. Echaba de menos más que nunca su infancia, la alegría injustificada, la inocencia de una cría sin preocupaciones y el mundo de colores en el que un día habitó y que seguía viendo en sueños.

Las cinco horas en carretera a setenta kilómetros por hora —la velocidad máxima que alcanzaba el viejo autocar—, soportando el rugido del motor y el olor a combustible quemado que se colaba en el habitáculo, fueron un paseo militar para Sarah, acostumbrada a los albergues apestosos y el frío de la calle. El molesto pasajero resultó ser todo un caballero, arropó a Sarah con su abrigo mientras dormía, soportó su fuerte olor sin decir una palabra ni hacer un mal gesto y tuvo el detalle de zarandearla del brazo al final del trayecto. De no ser así, habría acabado regresando por donde vino, dando vueltas por el condado o pasando la noche encerrada en la cochera. Se apeó en la concurrida Union Station, una hermosa terminal al oeste del río Chicago inaugurada en 1925, de fachadas calizas, enormes columnas corintias, pisos de mármol y lámparas de bronce. Tenía las piernas entumecidas del viaje y un ligero dolor cervical, pero pronto se despojó de los achaques del viaje y con la ayuda de un pequeño plano, que consiguió en un puesto de información, comenzó a callejear, curioseando los rascacielos como un

ermitaño que pisaba por primera vez la gran ciudad. Iba llamando la atención de los transeúntes con su abrigo celeste, lleno de manchurrones, su melena tricolor, la bolsa con sus pertenencias al hombro, un pantalón marrón de pana descosido, unas zapatillas de deporte desgastadas y una actitud nerviosa que crecía a medida que se acercaba a lo que podía ser su nuevo hogar. Andaba a grandes zancos, con espíritu de peregrino, porque se había hecho a patearse las calles en busca de cobijo y alimento; llevaba el corazón en un puño y un rosario en el dedo índice. Iba rezando para que su hermana no hubiera cambiado de domicilio y quisiera apiadarse de ella. La única dirección que tenía era la que recordaba haber visto en una carta suya que recibió hacía más de diez años. Llegó castañeteando los dientes de los nervios a una zona residencial del casco antiguo, de calles arboladas, casas antiguas pero impolutas, de ladrillo visto, ordenadas en fila, bares de corte artístico, restaurantes de primera, clubs de comedia, garitos de *blues* y algún que otro excremento de perro minando las aceras. Lindaba con el famoso Lincoln Park, uno de los lugares de recreo favoritos de la ciudad, con locales de conciertos, coctelerías, un museo y hasta un zoo de acceso gratuito. Era el sitio perfecto para disfrutar de su nueva vida. Subió unas de las escaleras que descansaban sobre el suelo adoquinado cada veinte metros, se colocó frente a la puerta de una hermosa construcción victoriana y tardó unos diez minutos en decidirse a tocar. Estaba insegura, batallando con las dudas, el miedo y la vergüenza, pero como no tenía otra salida ni nada que perder, timbró tímidamente. Extrañada por la repentina visita, Julieta, la menor de las dos hermanas, dejó lo que estaba haciendo, se quitó el delantal y acudió a descubrir quién podía estar llamando a las ocho de una gélida tarde invernal. Ojeando por la mirilla, a duras penas intuía una silueta que le resultaba familiar. Abrió la puerta con recelo, arrugó una pizca la mirada y sufrió un pasmo terrible. Se quedó boquiabierta y no especialmente por la inesperada sorpresa de volver a ver a Sarah después de tanto tiempo, sino por su aspecto desmejorado y casi irreconocible. La recordaba con quince kilos más de peso, trazas de ricachona, vestida de punta en blanco, luciendo elegantes atavíos, bolsos, relojes y joyas, con el pelo rubio champán, un tocado de peluquería, la piel reluciente, las uñas pintadas a juego con los zapatos de tacón, una sonrisa perenne, a veces fingida, y un gesto cautivador que podía volverse malicioso en cuestión de segundos.

—¡Pero Sarah! —exclamó incrédula—. ¿Qué ha pasado? ¡Pasa, por favor! —dijo con los brazos extendidos, sospechando que ese cambio brutal, su lívido semblante y su apariencia demacrada no venían acompañados de algo precisamente agradable. Sarah se vino abajo y rompió a llorar de alegría. Estaba falta de cariño, temblaba como un cachorro abandonado en mitad del temporal y no entendía cómo pudo haber llegado al punto de abandonarse a la suerte, pensar en hacer una tontería y dudar de la humanidad de las personas.

—Todavía queda gente buena, Sarah, hasta un desconocido te hubiera ayudado desinteresadamente —dijo Julieta cuando supo que llevaba diez minutos en la puerta, paralizada por las dudas, sin saber qué hacer.

—¿Qué pasó con tu familia?, tu marido era un señor de los pies a la cabeza, creo recordar, y tu hija un encanto de niña.

—Les fallé, hermana, les fallé a los dos, y además rechacé su ayuda. El dinero me volvió estúpida, me hizo una blandengue y una consentida de mierda, Julieta —admitió sollozando.

—Bueno, ya me contarás, no te atormentes, todos cometemos errores. Lo estás reconociendo, es un

gran paso, el más difícil, diría yo.

Julieta era una atractiva cincuentona de anchas caderas, cabello rojizo y nariz respingona. Tenía dos años menos que ella, pero era más responsable, madura y espontánea. Llevaba una larga temporada viviendo sola, desde que mandó a su marido a la porra, un gallardo ejecutivo que resultó ser un patán, descuidó la relación y se pasaba las horas repantigado en el sofá viendo partidos de fútbol y películas del Oeste y tomando cervezas con sus amigotes en garitos del centro.

Ahora hacía lo que le daba la gana sin rendir cuentas a nadie, entraba y salía a su antojo y trabajaba a media jornada en la biblioteca municipal. El resto del día disfrutaba de la vida, la lectura, la poesía y el arte en general, algo mágico, según ella, una hermosa sensación de doble filo que satisface a quien lo hace y a quien lo disfruta. Sus únicos amores eran los libros y un gato persa de color ceniza con calcetines marrones y ojos azules, que brincaba por los muebles, bailaba entre sus piernas, hacia ruidos extraños y se afilaba las uñas en el sofá. No creía en el amor eterno. Decía que siempre termina esfumándose y solo queda el cariño. Compartía cama de vez en cuando con algún apuesto caballero que conocía recomendando novelas, bailando bachata o simplemente paseando por la avenida —los hombres se giraban a su paso, también algunas mujeres—. Daban rienda suelta a la pasión por un tiempo y cuando la llama se apagaba y conocía de memoria cada poro de su piel, buscaba un nuevo compañero de aventuras, como hacía cuando terminaba de leer un poemario. A veces, el idilio duraba una noche, una semana o unos meses, en el mejor de los casos, y solamente conservaba la amistad si merecía la pena. Era una gran cocinera y muy apañada en general. Enseguida se arremangó el camisón de franela y se dispuso a convertir a su hermana en otra persona. Agarró unas tijeras, unas pinzas, unas bandas de cera, tinte del pelo, ropa cómoda, llenó la bañera y en pocas horas quitó a Sarah dos kilos de mugre, cuatro dedos de melena, más de cincuenta parásitos, entre piojos y liendres, y diez años de encima. Aquella noche les dieron las tantas de la madrugada charlando en un bonito *chaise longe*, tapizado en terciopelo ocre, poniéndose al día de la última década y degustando un tazón de crema de calabaza y un pastel de carne que Julieta había preparado mientras ella disfrutaba del baño como si fuera su primera vez. Durante la extensa y reconfortante charla, Julieta confirmó su mal presentimiento. Descubrió la ajetreada historia que se había apoderado de la vida de su hermana en los últimos meses, la rescató del naufragio con alma de salvavidas y prometió devolverle las ganas de vivir y cambiar su mentalidad, algo regenerada, pero falta de más progreso. Quedaba mucho por hacer. Hablaron entre lágrimas, abrazos y recuerdos de cuando eran niñas y correteaban por las calles de Bardstown, un pueblecito a las afueras de Kentucky, donde se criaron con lo poco que sacaban de una pequeña destilería familiar hasta que sus caminos se separaron. Julieta se mudó a Chicago por amor, cuando cumplió los dieciocho, y Sarah se marchó a Madison con sus padres, por una oferta de empleo que el hombre de la casa no pudo rechazar. Estuvieron escribiéndose durante un tiempo y aunque la distancia terminó extinguiendo el envío de correspondencia, no pudo apagar el amor puro y sincero de un hermano. Sarah juró acogerse con veneración de apóstol a las normas de su hermana y cambió su talante indomable y descortés y el trastorno bipolar que la llevaba del pasotismo a la furia en segundos, por un comportamiento sumiso y amable.

A la primera conclusión que llegaron fue que debía acudir a la consulta de Arnaldo, un afamado psicólogo que no iba a darle peces, pero sí una caña, ni directrices de lo que tenía que hacer, ni a decirle

lo que quería oír, pero iba a ayudarle a afrontar sus problemas con valentía y lucidez, a encontrar la mejor solución y a reforzar su autoestima y la confianza en sí misma. La terapia era el arma que necesitaba para luchar contra el desaliento en igualdad de condiciones y, con la mente despejada, podría buscar un empleo para ganarse la vida por sí misma y mantener el pensamiento ocupado en una función productiva. Eran conscientes de la ardua tarea, pero con esfuerzo y constancia sin duda lo iba a conseguir, sobre todo porque disponía de la mejor herramienta: su renovada y favorable actitud.

A las tres semanas, Sarah encontró empleo de cajera en el supermercado de la plaza, iba una vez cada quince días a charlar con Arnaldo y escuchaba los sabios consejos de su hermana. Había vuelto a nacer. Aprendió a caminar sola, se fue enderezando, creció como persona y pidió perdón a su familia en una emotiva carta que George y su hija leyeron juntos con los ojos empapados de emoción y la mente llena de bonitos recuerdos —empezaba con un «lo siento» y terminaba dando las gracias, «gracias por haber estado ahí, aguantando mi carácter complicado, mis enfados tontos, mis manías de marquesa entrometida, por enseñarme lo que es el amor verdadero, por saber perdonar, gracias por todo», decía. Aprendió a valorar los pequeños detalles, a distinguir los auténticos placeres de la vida, a disfrutar de un paseo por el parque, de una buena conversación, a saber estar en paz sin tenerlo todo controlado, aprendió a vivir a los sesenta y pico. Con los años acabaría en una residencia de ancianos, como todos los abuelos que no tienen dónde quedarse y la vejez y la demencia los despoja del calor de sus seres queridos, de la casucha donde crecieron, de los recuerdos, de todo menos de su ternura, que jamás morirá con ellos. Recibió visitas de su hija, de John y de alguna otra persona, se hizo amiga de Conchita, una octogenaria adinerada con el cuerpo empequeñecido, que se ayudaba de un andador que abultaba más que ella y tenía más vidas que un gato. Había pasado dos guerras, tres infartos y un ictus, y su familia solamente llamaba para saber si había fallecido y podía ir a recoger la herencia, sin sospechar que ninguno de ellos aparecía en el testamento: pensaba donarlo todo a la beneficencia.

—Solo rezo para poder ver sus caras, desde donde Dios quiera que esté —decía Conchita en tono jocoso. En el geriátrico veían telenovelas colombianas, se contaban batallitas y jugaban al dominó y al tute bajo la atenta mirada de algunos varones que a los ochenta y pico no habían perdido el interés por las damas. Una noche cerró los ojos y murió feliz, pero habría de pasar casi un cuarto de siglo para que eso ocurriera.

Lejos de un reencuentro obligado, George seguía batallando con la vida como gato panza arriba. Llevaba un tiempo instalado en la bonita casa de planta baja que había conseguido a un precio asequible, pagaba cuatrocientos dólares de alquiler con derecho a compra y la propiedad, en general, estaba de maravilla. Seguía en las mismas condiciones en que la encontró, porque decía que los pocos arreglos que necesitaba eran cuestiones banales que podían esperar. Lo único que había acondicionado era el pequeño jardín que había en la parte de atrás. Quitó la mala hierba, podó unos arbustos, aró una esquina de tierra, trajo estiércol de cabra para el huerto que pensaba poner en primavera, montó un pequeño invernadero y compró algunas plantas y hortalizas de temporada. George vivía enamorado de las plantas. Hablaba con ellas, las cuidaba como a las personas y les estaba enormemente agradecido, porque además de complacerle con sus impresionantes flores olorosas, de mil formas y colores, algunas le daban de comer, como él decía, y le ayudaban a tratar problemas de estrés, ansiedad, insomnio, afecciones respiratorias, intestinales o de garganta.

Una mañana temprano y sin avisar, conscientes de los desperfectos que quedaban por sanear, se presentó en su casa una cuadrilla de albañiles inexpertos que residían en el vecindario. Se trataba de su hija Mary, siempre alerta, acompañada de John y de la madre de este, vestidos con ropa de trabajo y dispuestos a echar una mano. George no se sorprendió. Sabía cómo se las gastaban a la hora de ayudar a los suyos. Solamente soltó una carcajada por las pintas que traían —ropa ancha, anticuada y cada prenda de un color— y saludó a Megan entusiasmado. Era la primera vez que se veían.

Acudieron al almacén de materiales a por pintura, brochas, guantes, productos de limpieza y algunos artículos de ferretería, hicieron el reparto de tareas y se pusieron manos a la obra. Pintaron de granate la barandilla del porche y la puerta de la entrada, que combinaba de fábula con la madera noble, en tono grisáceo, que recubría la vivienda; limpiaron cristales, persianas, el horno, los filtros de la campana extractora, cambiaron algunas bombillas, los pomos de dos puertas, una cerradura, hicieron limpia en el trastero y se deshicieron de un montón de bártulos polvorientos. Después de un día entero trabajando, sin más descanso que un breve parón para tomarse una fruta, dieron los últimos retoques, dejaron todo limpio como la patena y decidieron celebrarlo con un asado en la barbacoa portátil que encontraron en el garaje y un buen vino español. Se pusieron las botas y brindaron por el término de una laboriosa pero encantadora jornada, donde reinó el buen ambiente, el compañerismo y las miradas cálidas. Atónito por un gran descubrimiento, George no pudo evitar fijarse en la madre de John. Había conocido a Megan esa misma mañana y quedó fascinado con sus formas de mujer hermosa, su rostro ovalado, su pelo rubio platino por encima de los hombros, su sonrisa encantadora de personas, su carisma y la paz que transmitía. Porque la belleza que irradiaba y las virtudes que poseía eclipsaban todos los defectos que pudiera tener. Era una persona noble, con quien daba gusto tratar y cualquier hombre en su sano juicio habría sentido lo mismo. La observaba con disimulo por el rabillo del ojo, cayéndosele la baba, atendía a sus comentarios con total admiración y procuraba apañárselas para tenerla cerca sin llamar la atención. Hacía tiempo que no veía una dama tan respetable y considerada, sin un esposo a su lado admirándola, algo que a Megan no le preocupaba, pues prefería estar sola que mal acompañada. Ella también se fijó en todo un caballero como George, en su arraigada elegancia, en la mata de pelo canoso que todavía conservaba, peinada hacia atrás, en sus ojos sinceros, su buen porte, sus modales y su desinterés fingido, pero la sutileza de una mujer con clase, la picardía y el control emocional no la delataron como a él. A las diez de la noche, hartos de reír, comer y festejar, John y su madre se despidieron, sonrientes por los tragos y las palabras de agradecimiento de George, que juró compensar el bonito gesto con una buena comilona de domingo. A los pocos minutos, Mary abrazó a su padre y tomó idéntico camino, oliendo a choto por el sudor derramado en la reconfortante tarea de hacer la vida a George más agradable y la mar de contenta. Llegó a casa, se sirvió una copa de vino blanco, preparó un baño de espuma, prendió unas velas con aroma a lavanda y se recostó en la bañera, en busca de su momento del día, aquel que encontraba en un capítulo de su serie favorita, en los versos de un poeta, en la trama de una novela o en un instante de relax en el sillón, con la mente en blanco, escuchando a Prince de fondo. Fresca como una rosa y poco antes de irse dormir, disfrutaba de unos minutos de relajación tendida en el sofá, cuando el sonido de un mensaje en su teléfono interrumpió la calma. Pasó la vista por cada palabra con interés de aprendiz, mientras su cara soportaba una apasionante transformación y sus latidos vibraban a un ritmo agitado. El mensaje era de John y en él

detallaba un manual de perversas indicaciones. Llevaban todo el día desnudándose con la mirada, cohibidos por la presencia de sus padres, y necesitaban dar rienda suelta a la pasión contenida. Siguiendo las pautas del escrito que perturbó su mente calenturienta, Mary anduvo hasta la entrada, dejó la puerta entreabierta, caminó al dormitorio y se colocó encima de la cama, completamente desnuda, bajo un rescoldo de luz. En el silencio de la noche escuchó cómo John subía las escaleras y entraba en casa, excitándose por momentos al sentir sus pasos cada vez más cerca. La llama estaba prendida por ese texto incandescente, que, solo con leerlo, había incendiado su pensamiento, aceleró su corazón y subió la temperatura de su cuerpo a niveles sofocantes, aunque nada comparado con lo que estaba por llegar. John irrumpió en la habitación y encontró a Mary emanando sensualidad, arrodillada encima del colchón, con la cabeza sobre la almohada, acariciándose suavemente. La escena era un calco de las peticiones del muchacho, que, antes de entrar al apartamento, ya tenía el sexo rígido de imaginarse el fascinante lienzo erótico que contemplaría al llegar. Se quedó hipnotizado unos segundos, se acercó despacio, colocó las manos sobre sus nalgas y, también de rodillas, comenzó a degustarla de abajo hacia arriba. En cada lametón derramaba el exceso de saliva que semejante manjar provocaba, mientras Mary se derretía de placer y mordía la misma almohada que con fuerza estrujaba. Estaba a un paso de la desesperación.

—¡No aguanto más! —suplicó la joven en tono firme, deseando sentirle dentro.

John alargó, brevemente, una angustia placentera, se incorporó despacio y deslizó su pene hasta el fondo, sin esfuerzo ninguno. Aquella noche la penetró con bravura, animado por ensordecedores gemidos, y entretanto acariciaba en círculos su esfínter con el dedo pulgar, una sensación que fascinó a Mary, al punto de llegar a enloquecer. El grado de calentura y la sutileza del chico, que entró por detrás demasiado lento, se movía con la calma de un experto, acariciaba su pelo, su espalda, y azotaba su culo cuando menos lo esperaba, hicieron de un momento inquietante una experiencia única, que disfrutaron con el fervor de una primera vez. Creían estar retozando, hundidos en la hierba alta y sedosa de una inmensa pradera, bajo un cielo de colores. En cuestión de segundos, un terremoto de satisfacción invadió lentamente sus cuerpos y los llevó a perder la conciencia. Fue una dulce fantasía que terminó con sus bocas buscándose como agua en el desierto, hasta llegar a encontrarse, para recuperar, piel con piel, el aliento derrochado en otra noche de pasión. Un agradable silencio fue interrumpido por el brillo de sus ojos, narrando versos de amor, mientras, abrazados, intentaban asimilar un sentimiento increíble, entre inconscientes caricias, antes de quedarse dormidos para seguir soñando.

Capítulo XI
Horizonte vecino

> «Los buenos momentos llegarán siendo fiel a ti mismo, a las creencias y valores que hayas cosechado, actuando con cautela y dejándote llevar por lo que dicte el corazón. Es importante aprender a escucharle, como si de un familiar se tratase, como un padre que se marchó demasiado pronto, un abuelo al que se le echó la vida encima o ese amigo que sientes cerca a pesar de la distancia; porque en el fondo los llevamos dentro y, además de protegernos, nos ayudan, con sus consejos sinceros, a tomar las mejores decisiones, imprescindibles para forjar el futuro que deseas».

El tiempo pasó volando, como una ráfaga de viento arenoso que te obliga a cerrar los ojos y girar el rostro y, cuando volteas la mirada hacia delante y quieres darte cuenta, observas que todo está en calma y han pasado cinco años de tu vida. Esa fue la sensación que sobrecogió a Mary un domingo por la noche, acurrucada en la cama, mientras intentaba coger el sueño pensando en sus cosas, echando la vista atrás y preparándose para otra semana de trabajo en el restaurante. La impresión de que había despertado en otra era apareció de pronto, cogiéndola desprevenida, de ahí su sobresalto. En el fondo sabía que lo que hoy parece una eternidad el día de mañana lo convierte en algo efímero. Para evitar lamentos inútiles procuraba disfrutar de cada instante, por simple que fuera, y sacar un rato para hacer planes con los suyos o dedicarse tiempo, sin tener que esperar a un fin de semana, un día festivo o unas vacaciones de verano, porque la vida iba demasiado rápido, según ella, como para andar metiéndole prisa.

Un día soleado, que desafiaba a las lluvias de un abril pasado por agua, en mitad de un atasco, hambrienta y desesperada por llegar a casa, Mary se paró a pensar en lo deprisa que pasan las horas y decidió sacar provecho a la dichosa retención de tráfico. Bajó la ventanilla, se deshizo del estrés, engañó a su pensamiento y disfrutó del sol en la cara como si estuviera tendida en una playa desierta. Al abrir los ojos casi choca su auto con el vehículo de enfrente, pero desde entonces relajó el ansia de ir corriendo a todos sitios y cambió su filosofía de vida por otra más sosegada, que buscaba placeres escondidos en los sitios más inesperados. Parecía que fue ayer cuando se incorporó a la plantilla del Henry´s, después de la quiebra de la empresa familiar, pero había pasado más de media década en un abrir y cerrar de ojos. Seguía siendo la mujer segura de sí misma que no se creía mejor que nadie, tenía mucho que aprender, prestaba atención a cada detalle y se quedaba embobada escuchando a las enciclopedias andantes, como llamaba a los viejitos que, con un par de comentarios, te enseñaban cuatro lecciones de vida. Mary comenzó a madurar muy joven, en todos los sentidos. Había renunciado a muchos pasatiempos de adolescente por forjarse un buen futuro y su cuerpo se desarrolló temprano, pero la treintena le sentó de maravilla. La experiencia había reforzado su sensatez prematura, sus formas de mujer se habían definido, sus armas de dama guerrera siempre estaban cargadas, su rostro celestial de niña buena adoptó rasgos de felina precavida y sus caderas se redondearon, pero su espíritu

infantil se mantenía intacto. «Cuando mi esencia de adolescente cándida se esfume, sabré que me he convertido en una vieja cascarrabias, con un pie en el otro barrio», decía en tono bromista, creyendo que moriría conservando su inocencia y buen humor. Fueron cinco años maravillosos que no volverían, pero se encargaron de sacarles todo el jugo. Siempre que podían, colgaban el cartel de cerrado o dejaban a Celeste a cargo del restaurante, que se había convertido en su persona de confianza, hacían las maletas y se marchaban a disfrutar de la vida. Pasaban el fin de semana en un pueblecito de los alrededores, en una cabaña en medio del monte, a orillas de un lago turquesa que reflejaba la cordillera nevada o se iban unos días al extranjero a conocer lugares recónditos, dignos de ver, al menos, una vez en la vida. Eran dos personas responsables en el trabajo, pero también les gustaba vivir, porque de nada servía acumular dinero si no lo iban a invertir en bonitos recuerdos. «La muerte nos espera a todos con su paciencia de astrónomo y no entiende de propiedades ni cuentas bancarias», decía John a la vuelta de sus viajes, con la cartera vacía y el alma llena. Descubrieron rincones que jamás olvidarían, a los que prometieron volver, con la excusa de que la vida es una; hacían escapadas gastronómicas y regresaban con nuevas ideas para el local y la memoria a rebosar de bellas estampas. El Henry´s se mantenía en la cúspide de la alta cocina. Se convirtió en un sitio exclusivo, de orígenes humildes, que no paraba de innovar. Ofrecían una cocina de fusión, con platos típicos de cualquier parte del mundo, y procuraban que los precios estuvieran al alcance de cualquiera sin por ello perder dinero, una tarea complicada que solo era posible con la teoría de la compensación: cubrir el poco beneficio de unas partidas con otras más rentables. En todas sus aventuras se impregnaban de la cultura del lugar, de sus costumbres, y no les importaba alojarse en un bonito hotel boutique, en un albergue modesto, donde había que compartir litera con otros cuatro mochileros y gente sin techo, o en una tienda de campaña en mitad de la naturaleza, alrededor de una fogata, contando historias de criaturas mitológicas que se alimentaban de excursionistas y hombres de las nieves con aspecto de gran mono albino. Lo importante era vivir la experiencia desde el minuto uno. En los últimos años habían recorrido Europa de punta a punta. Estuvieron en el norte de España, alojados en una choza de piedra con tejado de pizarra, construida en lo alto de un cerro, desde donde divisaban las montañas cortadas a plomo que daban comienzo a la inmensidad del océano, enfadado por el temporal norteño. Visitaron sus viñedos, colgados de vertiginosas laderas, cataron sus caldos de aroma frutal almibarado y disfrutaron de su gastronomía, la mejor del país, según muchos entendidos. Lo que más les gusto fue la fabada, un plato contundente a base de alubias y carnes de puerco, algunas embutidas; les sirvieron pescados y mariscos que todavía coleaban, carnes rojas criadas en prados de hierba virgen y un sinfín de platos, a cada cual más sabroso. No era de extrañar que a la vuelta de sus expediciones regresaran con unos kilos de más. Allá donde iban se encargaban de probar, hasta la saciedad, toda la comida popular de la zona: los quesos suizos, las crepes francesas, las galletas saladas de Alemania o el *strudel* de Austria (un rollo de masa dulce relleno de carne, queso o compota de manzana, que el Imperio austrohúngaro dio a conocer por el resto de los continentes con su inmigración). En la isla griega de Santorini, en el mar Egeo, se alojaron en una de sus casas blancas, de puerta azul, enclavada en un acantilado, disfrutaron de atardeceres espectaculares, de luz naranja, que se apagaban lentamente, y se atiborraron de dolmadakia, unas deliciosas hojas frescas de parra rellenas, y de tzatziki, la salsa típica de yogur, ajo, pepino y especias. En la ciudad italiana de Verona, cuna del romanticismo y hogar de Romeo y Julieta, se

inspiraron para escribir otro capítulo de su bonita historia de amor, caminando de la mano por sus majestuosas plazas, sus paseos veronenses y sus pueblos medievales, fortificados por grandes muros de piedra y bañados por las aguas del lago Garda. Degustaron su *risotto* alla Tastasal, una receta a base de arroz y carne de cerdo salada y picante, sus espagueti, sus fritolas, y estuvieron haciendo noche en un castillo de la época medieval convertido en posada. El vasto continente asiático fue otro de sus destinos. Lo conocían de antes, pero no se cansaban de visitar la majestuosa arquitectura de sus templos fundidos con el entorno a más de 3.000 metros de altitud, sus fascinantes terrazas de arrozales, trepando por las colinas en perfecta simetría, o sus mercados nocturnos, de estrechos pasillos abarrotados de artesanía, fruta exótica, comida callejera, bolas de masa hervida, brochetas de escorpiones, caballitos de mar o corazones de pollo. Aprovecharon el tiempo como dos enfermos terminales que iban a morir mañana. Visitaron lugares mágicos que apuntaban en un viejo cuaderno, pensando en escribir sus memorias, y en las últimas páginas detallaban en orden de preferencia los países que quedaban por explorar. Era un libro sagrado, lo guardaban en una especie de altar que improvisaron en el apartamento de Mary, lo veneraban como a un dios y a menudo lo ojeaban para recordar anécdotas y elegir el próximo periplo. Se habían vuelto adictos a la emoción de preparar un viaje, de sentirlo cada vez más cerca, y en cuanto llevaban varias semanas en Madison, se sentían como un pájaro silvestre encerrado en una jaula. Cada lugar tenía su encanto, pero los días que pasaron en la selva de Papúa, conviviendo con los korowai, una tribu indígena del sureste de Nueva Guinea, les marcó de por vida. Lo que empezó siendo una propuesta loca que mencionaron con la boca pequeña, una tarde cualquiera, mientras charlaban de sus peregrinaciones por el mundo, terminó siendo un bonito reto que estaban dispuestos a superar. Recopilaron un poco de información, lo justo para conocer los peligros a los que podían enfrentarse sin perder la magia de la incertidumbre, se vacunaron contra la malaria, la encefalitis japonesa, el tifus y la hepatitis y emprendieron un largo viaje a la aventura que duró más de diez días. Pensaban presentarse en Papúa, sacar el visado y que todo sucediera sobre la marcha. Era la primera vez que iban a tientas a un país remoto y sentían un poco de canguelo, pero con la ayuda de los lugareños y su espíritu de trotamundos el temor pronto se esfumó. Recorrieron la región fascinados con su diversidad cultural, sus bahías de ensueño, repletas de islas, playas de arena blanca, arrecifes de coral, cascadas y ríos. Se movían en avioneta, a pie o en la parte de atrás de un viejo camión con la lona resquebrajada y se alojaban con familias de campesinos que les abrían las puertas de sus cabañas de madera por cinco kinas, antiguas conchas marinas que se habían convertido en la moneda local y al cambio era poco más de un dólar. El tercer día hicieron un viaje en canoa de dos horas por un serpenteante río de aguas marrones y se adentraron en la jungla, abriéndose paso a machetazos por la espesa vegetación con la ayuda de un habilidoso guía que conocía la selva como la palma de su mano. Estaban ansiosos por conocer la vida nómada de los aborígenes. Les recibió el jefe del poblado, un viejo esquelético con aspecto de simio, la napia aplastada, los ojos como platos, un palo atravesado en las narices, unas lianas enroscadas en la cintura y una hoja envuelta al falo. Hablaba una lengua desconocida y había probado la carne humana. Las mujeres tenían rasgos varoniles, lucían sin pudor sus mamas caídas, de enormes areolas, y llevaban un trozo de piel de animal cubriendo su intimidad, una falda hecha de hojas de palmera deshilachada y collares de dientes de perro. Vivían rozando las nubes en cabañas construidas a más de veinte metros del suelo, en la copa de

un árbol robusto, para protegerse de espíritus malignos, cazadores furtivos, depredadores, enemigos, mosquitos o inundaciones. Para subir había que trepar por un tronco dentado y en su interior guardaban huesos y calaveras de animales, insectos disecados, armas de caza, lanzas, flechas y herramientas de trabajo que habían heredado de sus ancestros, hechas a mano con piedras y palos. Era digno de ver cómo una cultura tan antigua había sobrevivido a la expansión planetaria de la civilización occidental y seguía conservando intactas las mismas costumbres de hacía miles de años. Mary y John fueron acogidos como si formaran parte de la tribu, pero al principio alguno se acercó a husmearles y les observaban con tanta expectación que llegaron a pensar que se estaban relamiendo por un poco de carne fresca y que iban a terminar en un caldero, por las habladurías que los tachaban de practicar el canibalismo. Según el guía que los acompañaba, que aseguraba ser pariente lejano de los korowai, no había por qué preocuparse. Esa práctica antropófaga se había extinguido hacía varias décadas y en su día solamente se comían a quien consideraban un brujo o había muerto en condiciones misteriosas. Detrás de su gesto vigilante y sus trazas de salvajes, descubrieron una gente bondadosa que les abrió su corazón, les enseñó su estilo de vida y a valorar cosas tan simples como un puñado de comida. Para los korowai, tener un plato de arroz al día era un sueño inalcanzable.

John acompañó a los hombres a la cacería de un cerdo salvaje que trajeron patas arriba, colgando de un palo, a recolectar miel silvestre y a talar una especie de palmera de hojas grandes de la cual extraían el alimento básico de su dieta. Entretanto, Mary fue con las mujeres a asearse al río y a recoger frutos campestres y enormes larvas de escarabajo que crecían dentro de la madera podrida. Por la tarde ayudó a las féminas a preparar el sagú, un bloque de pasta seca que obtenían después de lavar el corazón del tronco fibroso de la palmera que los hombres habían cosechado horas antes. Amasaban la plasta, extraían el almidón y, después de dejarla secar al sol, iban asando esa especie de harina y comiéndose la corteza que se había tostado, o la cocían al fuego. Era un proceso largo, laborioso y necesario para llenar la barriga a diario. La tribu también se benefició de un intercambio cultural que les llenó el alma. Se sintieron queridos y admirados como los espíritus de sus antepasados, que tanto adoraban, y aprendieron a cepillarse los dientes, a lavarse el pelo, a jugar a las palmas y a las canicas. Con la ayuda de Mary y de un pedazo de madera a medio quemar, estuvieron dibujando siluetas de animales en su agenda, unas estampas que la joven guardó como oro en paño y algunas fueron enmarcadas y exhibidas como auténticas obras de arte en el salón de su nueva casa. Por la noche celebraron una ceremonia alrededor del fuego en la cabaña más alta, se pintaron la cara con pigmentos de semillas machacadas, adornaron sus cuerpos con plumas de grandes aves y hubo trueques de diferente índole. Los aborígenes cataron por primera vez una deliciosa carne de res en conserva que John guardaba en la mochila y un famoso dulce de licor y chocolate, contemplaron hermosas fotografías de otros lugares del mundo en el teléfono de Mary y fueron agasajados con un abanico plegable que causó sensación y una navaja suiza que les vino de maravilla y custodiaron como un tesoro. A cambio, Mary y John tuvieron que degustar las sabrosas larvas de escarabajo, un auténtico manjar para los nativos, recibieron lecciones de vida y supervivencia, proposiciones indecentes para ir al bosque y dos colgantes de madera tallada que significaban mucho más que un recuerdo.

Al día siguiente amanecieron surcando los cielos en un navío de madera, divisando la vastedad de un manto verde que se perdía en los confines de la tierra, donde brotaba el reflejo de un sol naciente que

acariciaba su rostro, con el sonido de las aves del paraíso regalándoles los oídos. La experiencia fue inolvidable, la despedida triste y melancólica; marcharon con los ojos húmedos y un cariño especial dentro del pecho. Habrían de pasar cincuenta años y seguirían sintiéndose agradecidos con la tribu por enseñarles a apreciar lo que tenían, a sonreír sin motivo, por mostrarles el mejor lugar para escapar de la esclavitud del mundo moderno y por despertar en su interior un interés enfermizo por lo inexplorado, por las culturas vírgenes y la vida apacible. El tiempo pasó volando, como una ráfaga de viento...

Cada andadura por tierras desconocidas y lugares a los que sentían la necesidad de regresar reforzaba su fuerte vínculo de amor con señas de ternura, respeto y admiración. La vuelta era un cúmulo de sentimientos encontrados: nostalgia, sofoco, descanso. Llegar a casa se convertía en el reposo que necesitaban para dar un respiro a las emociones, acariciar la suavidad de su cama, de su piel aseada, oliendo a jabón, libre de mugre, sudor y picaduras de mosquitos, recorrerla con las yemas de los dedos, con el borde de los labios o con la punta de la nariz, inhalando un aroma corporal al que eran adictos. El regreso también suponía volver a la rutina, al ajetreo de la ciudad, a la indiferencia de los transeúntes caminando por la avenida y a la vida acelerada, que procuraban ralentizar con técnicas aprendidas a lo largo del tiempo. Al principio se hacía difícil, pero amando la labor que desempeñaban y queriéndose con locura, el día a día era más llevadero. La felicidad de observar a los comensales degustando, satisfechos, sus mejores platos, a los empleados trabajando en armonía, a sus padres disfrutando de sus costumbres de jubilados y el placer de contemplarse embobados en cada cruce de miradas, como si fuera la primera vez, transformaban las semanas de duro trabajo en alegres cabalgatas.

Llevaban pocos días instalados de nuevo en la civilización y ya echaban de menos la serenidad de la jungla, el canto de las aves y la magia de sus atardeceres vírgenes. El proceso de adaptación a la capital era lento y doloroso, nada que ver con la maña que se daban para aclimatarse a los lugares más recónditos del planeta. Había que ir soltando poco a poco, como en una despedida forzada, desprender de la retina un cúmulo de imágenes preciosas, clasificarlas por orden de debilidad en un segundo plano y pensar en la próxima aventura. Era una tarea complicada, un mero trámite burocrático que podía durar semanas y les hacía replantearse un montón de cosas.

Una bonita alba de primavera, Mary despertó alumbrada por dulces rayos de sol entrando por su ventana y tuvo la osadía suficiente de transmitir un pensamiento que estaba quemándole el alma. Hacía tiempo que quería dar un paso importante, porque ya tenían una edad y había que ir pensando en el mañana, sin descuidar el presente. Estaban desayunando en el apartamento de la joven, después de compartir otra noche de pasión con ternura, cuando Mary interrumpió uno de los placenteros silencios que se formaban en ese momento del día por una causa justificada.

—Amor, quería proponerte algo —dijo calmosamente. John dejó de masticar y esperó ansioso a que terminara la frase. Motivada por la creciente necesidad de estar juntos, añorando su compañía cada noche a solas, sus buenas noches al oído, sus caricias en el pelo al despertar y admitiendo la adicción por sus besos, preguntó ilusionada si en las mismas condiciones él sentía también el deseo de mudarse a vivir juntos. La soberbia declaración dejó a John encandilado y sin palabras, sintiéndose identificado con todas y cada una de ellas. John experimentaba una sensación idéntica, que no hubiera sido capaz de explicar con la misma elegancia y perfección. Tardó unos segundos en asimilar la bonita intención y se sitió el hombre más afortunado, pero, inconscientemente, en su pensamiento irrumpió la tristeza,

suscitada por un motivo de peso. Tomar aquel camino de rosas suponía también alejarse de su madre. No pudo evitar acordarse de Megan, de los años que llevaban viviendo bajo el mismo techo, de los malos momentos que superaron juntos, de sus esfuerzos para salir adelante, para que no faltara un plato de comida en la mesa ni un juguete en su cajón, de sus charlas eternas y curativas en el sofá, hasta que ella caía rendida, de su mirada alegre al verlo entrar por la puerta, de lo feliz que era teniéndolo cerca. El tiempo, los buenos ratos y, sobre todo, las dificultades, les habían unido tanto que no contemplaba la idea de partir y dejarla sola. La casa iba a venirle grande y podía caérsele encima en los primeros días. Se veía incapaz de soltar la mano de quien se desvivía por él, pero, a la vez, sus ganas de amanecer cada día respirando amor del puro le situaban ante una decisión desconcertante, aunque ya conocida, porque la idea de vivir junto a Mary llevaba tiempo instalada en sus sueños. Después de trasladarle todos estos sentimientos, con las manos entrelazadas y mirándose a los ojos, dejaron el tema sobre la mesa y la decisión en el aire, frente al fuerte deseo de tomarla. La esperanza de una respuesta más contundente dejó a Mary pensativa en el taburete de la cocina, intentando ponerse por un momento en su lugar y comprender mejor su postura. Estuvo a punto de mandarle a paseo en un brote de orgullo herido, pero supo enfriar el ardor de sus palabras, contar hasta tres y respirar profundo. Era consciente de su predilección por Megan, había aceptado hacía tiempo las condiciones de un amor compartido y no veía fallas escandalosas en el razonamiento del muchacho. John sentía la necesidad de seguir disfrutando de su madre, en plenas facultades, el mayor tiempo posible. Ellos tenían toda la vida por delante para seguir amándose, sin embargo, Megan se hacía mayor y aunque tenía salud de hierro, la vejez estaba acechándola a la vuelta de la esquina con sus enfermedades degenerativas. La artritis amenazaba con petrificar sus articulaciones, lastimadas de fregar suelos desde niña, tenía un quisquilloso dolor nocturno que engarfiaba sus manos, más tenaz que la analgesia; las cataratas podían aparecer y nublar el resplandor de su mirada, apartarla de la lectura y de las telenovelas de media tarde, que hacían tan llevaderas sus horas muertas, y una posible sordera incitaría a la demencia, que llegaría en sigilo, mermando sus capacidades y separándoles antes de tiempo.

—Pasamos el día juntos, cariño, dormimos acurrucados varias noches por semana y no está de más un poco de espacio que oxigene la relación —bromeaba John con un tono alegre que escondía seriedad en el fondo, mientras Mary lo observaba con ojos de loba protegiendo a su camada—. Sé que no es muy normal querer seguir viviendo en casa, con mi madre, a medida que pasan los años, pero pienso que debería de serlo, porque cada día que amanece, ella más me necesita. Voy camino de los cuarenta, la gente se independiza pronto, Mary, tú lo hiciste, y me parece bien, tenías tus motivos y, aunque no los tuvieras, hay que actuar con el corazón, a veces también ponerle cabeza, hacer lo que uno quiera sin molestar al de al lado, vale, pero me cuesta despedirme cuando sé que le hago falta, ¿me entiendes?

Mary no estaba dispuesta a competir por John con ninguna otra mujer y mucho menos si se trataba de Megan, porque sería una batalla perdida. Además, admiraba la hermosa relación que tenían, su manera de cuidarse, les contemplaba con cierta morriña, mientras su conciencia, tranquila pero apenada, se removía, acosándola con preguntas que no sabía responder. Echaba la vista atrás y se emocionaba pensando en su madre y en todas las disputas que mantuvieron. No le supuso un gran esfuerzo ser benevolente y permitió que los pensamientos de John fluyeran por el cauce de la calma, hasta desembocar en un océano de satisfacción para todos. Por mucho que se lo dijera o deseara

formalizar la convivencia, sabía que la presión solo iba a provocar disgustos y malas decisiones, porque precipitarse supone magulladuras, como ella misma decía, y aunque a veces el dolor es inevitable, buscando tu propio interés, se puede rebajar a niveles soportables, ayudándose del sentimiento que brota de lo más profundo.

Desde aquel día, John andaba de un lado a otro, dando vueltas a lo de vivir juntos. Una tarde colgó su elegante americana azul marino, se deshizo de la corbata, desabrochó tres botones de su camisa y abandonó el restaurante de repente. Llegaba tarde a una reunión con un proveedor de textil que iba a mostrarle una bonita mantelería de lino, hecha a mano en Italia, o al menos eso fue lo que dijo al salir por la puerta. Se montó en su flamante auto alemán de importación, que había cambiado hace tiempo por el querido y destartalado carromato indestructible y puso rumbo a una zona comercial de la ciudad. Condujo un par de kilómetros con la sonrisa cruzada en el rostro y la ilusión pisando el acelerador de sus latidos, detuvo el automóvil en una plaza reservada a los clientes y, aparcado frente a una conocida inmobiliaria, soñaba despierto, imaginando fantasías tan cotidianas como agradables, basadas en el día a día junto a su amor. La propuesta de Mary había hecho mella en su conciencia y no conseguía zafarse de ella. Una bonita casa a orillas del lago, con todas las comodidades posibles, en algún hermoso residencial donde respirar paz y seguir escribiendo su apasionante historia, sería el lugar perfecto para otear el horizonte y coleccionar atardeceres, supuso con nerviosismo antes de adentrarse en la espesura del bosquejo. Afortunadamente, podían permitírselo; llevaban mucho tiempo dejándose la piel en el trabajo, aspirando a más en la vida y sacrificando su valioso tiempo libre para el día de mañana poder reírse del mundo y vivir como marqueses.

Ansioso por seguir alimentando un sueño que estaba cerca de convertirse en realidad, John entró en la agencia de Brandon Morris, el famoso comercial de ascendencia británica, ojos claros, torso definido y personalidad inquieta, que siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás y era un sabueso en lo suyo. Se saludaron amigablemente y pasaron a su bonito despacho acristalado, con la intención de sentarse a ojear propiedades. Porque en el supuesto de caminar hacia adelante con la maravillosa idea de compartir la vida bajo el mismo techo, John quería tener todo preparado y hacerlo a lo grande. Pensaba sorprender a la persona que aluzaba sus días tristes y erizaba su piel con un simple roce, con un emocionante recorrido por la ciudad, visitando hermosas moradas e intercambiando preferencias y opiniones. Sus pensamientos brillaban con la misma intensidad que sus ojos, imaginándose junto a ella en los distintos escenarios que aparecían en un catálogo digital que Brandon cargó en su ordenador: en el porche de una villa de estilo napolitano, con sus sillones de mimbre y cojines en crudo, su mesa de forja y sus columnas románicas, abrazadas por rosales trepadores que alcanzaban la pérgola; en el banco de un romántico jardín francés de perfecta geometría, escuchando el murmullo del agua, o en la bañera descarnada de un cuarto de mármol blanco a los pies de una gran cristalera con vistas. Estuvieron un par de horas contemplando construcciones de gran belleza y diferentes estilos, John se interesó por varias de ellas y regresó al restaurante con la sorpresa preparada.

—¿Qué tal fue la reunión? —preguntó Mary al verle.

—¡Estupendamente!, cariño, pero necesito que me ayudes con la elección final. Me mostró varios modelos, todos preciosos, cada uno tenía su gracia. Pronto volveremos y podrás verlos con tus propios ojos —respondió haciendo el paripé, y luego sacó de su bolsillo una piruleta de fresa, con forma de

corazón, que había comprado en el quiosco de la esquina, a sabiendas de la ilusión que esos pequeños detalles, inapreciables e insignificantes para muchos, eran capaces de despertar en su amada. Le recordaban a la pequeña esfera con un muñeco de nieve en su interior que recibió hacía años, en la primera cita con un chico del que quedó prendida, el mismo que a día de hoy aprovechaba cualquier excusa para sacarle una sonrisa y robarle un beso. Fiel a sus reacciones, ella lo besó mientras sonreía.

A las nueve de la noche, Mary fue a cambiarse de ropa, se despidió de los compañeros y pasó a visitar a su padre. Tenía la costumbre de ir a verlo varias veces en semana para asegurarse de que todo estaba bien, charlaban de la vida, del restaurante o de cualquier otra cosa superficial que se contaban como si se tratase de un gran acontecimiento. George abrió la puerta con el delantal puesto y saludó a su hija, acentuando el gesto alegre que lo acompañaba desde la mañana. Llevaba horas con una pequeña sonrisa en el rostro, esperando a que pasara su pequeña a despojarle de una soledad que a veces le pesaba como un castigo, sobre todo cuando no estaba enredando en su pequeño jardín, invirtiendo en bolsa o recorriendo el mundo con la biblioteca a cuestas. En el horno se cocinaba un sabroso pescado que estaría listo en pocos minutos y rociaba la casa con una deliciosa fragancia a reunión familiar. En la mesa había dos copas y una botella de vino blanco y por delante les esperaba su pequeño gran momento de los jueves.

John dejó el servicio encarrilado y a Celeste a cargo de sala y se marchó una hora y media más tarde del restorán. Llevaba en pie desde las cinco de la mañana, cuando acudió al mercado de abastos a seleccionar en persona el mejor género para su negocio y necesitaba llegar a casa, darse una ducha y relajarse un rato en el sillón. En la mesa de la cocina encontró una nota de su madre que decía: «Llegaré tarde. Salí con una amiga. Te quiero». Hacía tiempo que Megan no se reunía con Purificación, una de sus pocas amistades. Se habían conocido en la empresa de limpieza donde estuvo empleada los primeros meses de su llegada a la ciudad y de vez en cuando quedaban a merendar, a ponerse al día de sus vidas poco ajetreadas o a criticar a alguna antigua compañera a la que había que hacerle el trabajo, porque se pasaba las horas hablando por teléfono, escondida en los rincones, limpiando sobre limpio. Hoy habían decidido salir a un local para singles que inauguraban en el centro, con la esperanza de conocer al hombre que echaban de menos en ratos de poco quehacer, días de lluvia o en la soledad de sus camas. John cayó en el sofá agotado por la rigurosa faena, se zafó de los zapatos y se puso a mirar el televisor cómodamente, mientras intercambiaba mensajes con Mary, que ya estaba de vuelta en casa, presumiendo de la estupenda velada junto a su padre. El apasionante rol de dejar la puerta entreabierta y de repente encontrar lo que más deseas, después de haberlo imaginado a conciencia, o descubrir algo inesperado inundaba de placer sus corazones y avivaba el fuego de una relación incandescente. Cada vez lo hacían más a menudo, dando un toque novelesco a sus vidas. Vivían enganchados a las alteraciones emocionales de carácter sensual, al poder de atracción de lo secreto, de la novedad; dejaban a un lado la aburrida monotonía y componían a su antojo diferentes escenarios con la imaginación de un experto dramaturgo. Hasta el momento, siempre era John quien irrumpía en la escena que previamente organizaba o acudía acelerado al reclamo de la joven, que aseguraba estar esperándole con una fascinante sorpresa entre manos, pero esta noche iban a cambiar las tornas. Mary aprovechó que estaba solo en casa y quiso ser ella quien enviara un texto, exigiendo una serie de condiciones.

El reloj marcaba la media noche y, a punto de irse a dormir, John escuchó un mensaje en su teléfono.

Dio por hecho que se trataba de Mary deseándole buenas noches, y en efecto era ella, pero no precisamente para eso. Sus ojos se iluminaron y su mente comenzó a arder. Repasó varias veces un párrafo de cuatro líneas que narraba un sensual recibimiento, sorprendido y fascinado porque Mary tomara la iniciativa y, siguiendo al pie de la letra las indicaciones que había recibido, se preparó para satisfacer los deseos más urgentes de su amor. A los pocos minutos escuchó cómo la puerta de casa se abría lentamente y se cerraba al instante. Sujetándose el ansia por contemplar los detalles que su ardiente imaginación había trazado, Mary caminaba despacio, a oscuras y en silencio, aprovechando la poca claridad que penetraba por la tronera del comedor. En cada paso se fue despojando de una prenda, hasta llegar a los pies del suave sofá que John acariciaba con su desnudez, cegado de deseo, sin más abrigo que una venda cubriendo sus ojos. Podía sentir el galope de sus latidos resonar por su presencia, se quedó observándole a escasos centímetros, con la mente sucia y la ropa también arrancada, lo invitó a levantarse y, mientras besaba lentamente su cuello, su pecho, su vientre, amarró sus manos con unas esposas de terciopelo rojo. Había caído por sorpresa en una dulce emboscada. Lo condujo a su habitación, lo dejó caer sobre la cama y recorrió su cuerpo con la lengua, efectuando paradas interminables en zonas que provocaban suspiros de vendaval por parte de un impotente John, que, con varios sentidos anulados y ansias de tocarla, acariciaba el cielo de placer y soportaba cada lengüetazo con auténtico delirio. La compasión y el deseo de seguir gozando liberaron sus manos engrilletadas y, sujetándolas entre caricias, anduvieron a un sillón de cuero negro que ocupaba la esquina del cuarto. Lo sentó de un empujón, hincó las rodillas en el suelo alfombrado y comenzó a devorarlo con desenfreno, obligándole a aferrarse con fuerza al asiento. Prendida a la butaca, Mary saciaba su voraz apetito, saboreando el gran banquete mediante un acelerado movimiento que pronto desató un gusto insoportable. La suculenta escena quedó desdibujada cuando trepó encima suya y dio forma a una perfecta composición de emociones, moviéndose lentamente, sin dejar de besarlo. Habían cambiado los papeles. Ahora quien estaba presa era ella, sujeta firmemente de las nalgas, mientras hacían el amor embelesados por una sedosa oscilación que los acunaba en los brazos de la lujuria. Fantasearon con la eternidad de un momento fascinante que no querían agotar, hasta que Mary consiguió escapar de sus garras, quitó la venda de seda blanca que tapaba los ojos de John proporcionándole intensas sensaciones, se colocó de espaldas y volvió a sentarse sobre su fierro candente. John observaba fascinado el suculento panorama, hundido en el asiento, mientras un sentir inexplicable y cada vez más fuerte se apoderaba de la situación. Estrepitosos gemidos anunciaban, por su frecuencia y decibelios, un increíble orgasmo que hizo sus cuerpos vibrar de forma simultánea, en un estallido de placer como un volcán en erupción. Una vez más, acariciaban la suavidad de las nubes y sentían la dulce quemazón del más puro infierno sin salir del dormitorio.

Resbalaron hasta la alfombra de pelo largo que cubría el piso, exhaustos de tanto quererse y, mirando al techo, escribieron otra página de amor fanático en su libro de sentimientos, otro instante mágico que quedó inmortalizado para el recuerdo. Reposaban plácidamente, disfrutando de la calma que llega tras la tormenta, cuando el sonido de la puerta principal interrumpió el gran momento, electrificando el suelo con una corriente de mil demonios. Dieron un brinco considerable, enfrentaron la mirada y recordaron, desnudos, que toda su ropa yacía esparcida por el salón. Megan había regresado antes de tiempo, provocando desconcierto. Su prometedora salida en busca de un galán a la altura resultó ser un

alboroto de carcamales sin tacto, avasallándolas con piropos obsoletos y de mal gusto, invitaciones indecentes que pretendían empezar la casa por el tejado y preguntas forzadas que no venían a cuento. «¿Dónde quedó el cortejo de un varón con clase que seduce con la sutileza de una mirada discreta, acompañada de un guiño cuando es correspondida; las charlas fluidas sin más propósito que saber de uno o la elegancia de unas palabras bonitas, dichas de corazón»?, comentaban las dos amigas en el taxi de regreso.

Megan supuso, ingenuamente, que su hijo dormiría a pierna suelta, pero cuando prendió la luz del comedor y descubrió toda esa ropa regada por el suelo no pudo evitar, después de cierto asombro, sonreír como si pudiera ver sus caras. Se marchó enseguida a su habitación y cerró la puerta a conciencia. No quería alargar la angustia de la parejita, que aguardaba en el cuarto con la oreja puesta en la cancela, atenta a sus movimientos. En cuanto sintieron el portazo, abandonaron su guarida, bajaron las escaleras con el sigilo de una fiera en plena cacería y se calzaron la ropa a toda velocidad. Un par de besos apresurados y una fugaz despedida pusieron el broche final a un fascinante episodio. En su memoria quedó grabada otra retahíla de imágenes lujuriosas con las que fantasear en sus ratos de intimidad bajo la ducha, antes de quedarse dormidos o en cualquier otro momento del día que anduvieran echándose de menos. Aquella noche se llevaron un buen susto, que no fue el último. A raíz del sobresalto, cada vez que estaban saciando el ansia de sentirse y sabían que podían ser descubiertos, apreciaban un extraño placer, que solo encontraban en lugares públicos, poco concurridos: estacionados en el aparcamiento de una zona comercial, apoyados contra el auto en la calle de una urbanización privada o entrelazados en un banco del parque, una noche de verano. Estaban locos de remate el uno por el otro, vivían al margen de la cordura, como dos potros salvajes corriendo desbocados por una playa desierta y no tenían la menor intención de relajar su afán por lo prohibido. Querían seguir descubriendo nuevos horizontes de la mano, actuando de corazón y disfrutando de las cosas más simples.

A la mañana siguiente, Megan irrumpió en la cocina envuelta en su bata de felpa celeste, dando los buenos días con el gesto adormilado y una pícara sonrisa, interrumpida por un bostezo.

—¿Qué tal anoche? —preguntó—. ¿Haciendo limpieza de armario?

John se quedó un poco cortado, pero enseguida reaccionó, siguiéndole la broma, sin dejar de mirar el tazón de cereales. El nivel de confianza que tenían les permitía hablar de cualquier tema, por delicado que fuera, y convirtió el incómodo momento en una divertida anécdota que con el tiempo recordaron en más de una ocasión. Dejando a un lado el cachondeo que usaban de escudo contra aprietos y pesares, John aprovechó una de las charlas matutinas con su madre para exponer la reciente propuesta de Mary, ante el deseo de vivir juntos. Estaba ansioso por observar su reacción al escuchar unas desconcertantes palabras que, en el fondo, Megan llevaba tiempo esperando, como la fecha límite de una dichosa obligación. Lo soltó de repente. Megan levantó la mirada, sorprendida. Su semblante se entristeció, pero enseguida rectificó el gesto con un disimulo inútil y aseguró que le parecía buena idea. Hablaba con el corazón encogido, la boca pequeña y el tono mustio, pero juró apoyarle en su decisión, si de verdad lo deseaba. Su mayor ilusión era ver feliz a su retoño, como la de cualquier otra madre, aunque estaba segura de que lo iba a echar mucho de menos.

—Además, no creo que os marchéis del país, ¿verdad? —preguntó con cierta ironía, intentando

encubrir su preocupación.

—No es seguro, mamá, y tampoco algo inmediato. Simplemente quería comentártelo.

Era obvio que no estaba pidiéndole permiso, pero prefería hablar las cosas y saber su opinión, porque la tenía muy en cuenta y se guiaba por el sendero de sus palabras, siempre acertadas. Había visto, millones de veces, cómo los pronósticos de Megan se cumplían de manera irrefutable, sin tener ni pajolera idea del tema en cuestión. Una vez más, el consejo de Megan fue escuchar al corazón y si los impulsos que este enviaba anunciaban que era el momento, no debía atender a nadie más. John agarró su maletín de piel marrón, salió por la puerta de punta en blanco, oliendo a perfume, y se marchó a trabajar, satisfecho con la reacción de su madre. No apreciar en sus ojos signos evidentes de desolación alivió su inquietud, pues el sentimiento de tristeza ante su posible marcha era algo inevitable. No estaba seguro de la decisión que iba a tomar, daba vueltas en la cama pensando en el tema antes de dormir, pero este episodio lo ayudaría a decantarse por la ilusión de contemplar el horizonte vecino, acomodado junto al amor de su vida.

Cuando entró por la puerta del restaurante, Mary acudió a saludarlo, sujetó su mandíbula cuadrada respirando una bocanada de la dulce fragancia amaderada que desprendía, besó sus labios gruesos de caramelo y se puso a interrogarle. Estaba inquieta por la reacción de Megan, después de haberles pillado con las manos en la masa. «La próxima vez frente a ella, moriré de la vergüenza», comentó apurada. John soltó una carcajada tranquilizante y luego habló de la charla alegre que habían mantenido en el desayuno. Podía respirar tranquila, aunque no lo suficiente como para mirarla a los ojos con total normalidad en el próximo encuentro.

Una mañana más, el equipo del Henry´s se reunió en el salón a planificar otra intensa jornada de trabajo y en mitad de la junta John recibió una llamada. Pidió disculpas y se retiró unos pasos. Sacó el teléfono de su bolsillo y cuando vio que llamaban de la inmobiliaria, se marchó como un tunante a hablar a la calle. Tenía que custodiar la conversación de oídos curiosos para mantener intacta la sorpresa. Cualquier despiste podía arrojar por la borda toda la magia de la espontaneidad. Al otro lado del celular, el fornido comercial anunció, orgulloso, que ya tenía fecha para ir a visitar varias propiedades y podrían hacerlo en un sola e intensa jornada. John recibió la noticia con entusiasmo, pero supo acallar su escandaloso lenguaje no verbal, disimuló la alegría de sus ojos con destreza de intérprete y entró en el restaurante reprimido. No quería levantar sospechas, pero ya era tarde. Ausentarse en mitad de una reunión y atender el teléfono en la rambla era un gesto poco común en él y generó recelo. Terminada la asamblea matinal, Mary preguntó por la llamada, como el que no quiere la cosa. John agilizó el pensamiento y, de forma pausada, sin darle demasiada importancia, contestó que se trataba del presunto proveedor de mantelería. Luego se explayó diciendo que habían concretado fecha para decantarse entre varios modelos de lencería hostelera y que contaba con ella para la importante elección; la besó en la boca y se marchó a sus labores escurriendo el bulto entre las mesas. Mary se quedó igual que estaba —extrañada por el curioso movimiento–, pero las ganas de revestir con elegancia el restorán quitaron transcendencia al asunto.

En cuestión de una semana, que se hizo eterna, llegó el día de la supuesta visita al proveedor textil, uno de los más memorables de sus vidas. John despertó temprano, se enfundó su elegante traje de lino crudo y fue en busca de su mayor debilidad. Mary llevaba dos horas despierta, maqueándose como si

fueran de boda y esperando, agitada, con el nerviosismo propio de una amante de la decoración. Estaba impaciente por ir a seleccionar la mejor ropa de mesa, había dado mil vueltas en la cama antes de quedarse dormida y todo eso desconociendo el verdadero motivo del madrugón; de haber sabido la verdad no habría pegado ojo en toda la noche. Salió de casa acorde con la tórrida mañana de primavera que despuntaba, deslizándose entre la tela sedosa de un vestido rosa palo, de estampado floral, a la sombra de un enorme sombrero de paja ondulado. Se montó en el coche y emprendieron la marcha hacia el desconcierto. John conducía con una sonrisa tunante que intentaba disimular y ella iba canturreando una canción *pop* que sonaba en la radio a todo volumen. Aparcaron el auto en la misma puerta de la agencia inmobiliaria, John quitó el contacto para impedir que el ruido del motor interrumpiera el momento y comenzó el espectáculo. Haciendo gala de la ingenuidad que brotaba de su interior frente a las personas buenas, Mary preguntó qué hacían allí parados, cuando deberían estar eligiendo manteles en el polígono industrial de las afueras. Giró el cuello lentamente, buscando una respuesta, y John comenzó a descubrirse, sonriendo con la mirada.

—Cariño, ¿me puedes decir qué ocurre? —preguntó nerviosa, conteniendo el aire.

John estaba loco por admirar cómo su hermoso rostro sufría una alegre transformación, que quedaría grabada a fuego en el recuerdo, agarró su mano y declaró toda la trama. Habló de las palabras que había cruzado con su madre sobre el asunto, que humedecieron los ojos de Megan, sin llegar a empaparlos de amargura; habló de la reunión que había mantenido hacía unos días con Brandon, el agente inmobiliario, y de los inmuebles que estuvieron ojeando; habló, mirándola a los ojos, de su enorme deseo de seguir creciendo bajo el mismo techo.

En parada respiratoria, Mary no daba crédito a lo que estaba sucediendo. No habían vuelto a tocar el tema de vivir juntos y se encontraba a punto de explorar ese nidito de amor que tanto deseaba compartir con la persona con la que quería envejecer. Una sensación de euforia, en lo más profundo del pecho, provocó el colapso emocional de sus sentidos, impidiéndole expresar con palabras el torrente de felicidad que la inundaba por dentro. Varias gotas de ilusión resbalaron por sus tersas mejillas, abrazó a John con todas sus fuerzas y, cuando recuperó el habla, murmuró a su oído una hermosa declaración de amor, entrecortada por su llanto ufano. A duras penas consiguieron despegarse, contener la emoción y comenzar a asimilar que el sueño con el que siempre fantasearon cogidos del brazo, oteando el horizonte, empezaba a tomar forma. Brandon les recibió igual de emocionado, porque sabía de la sorpresa, amaba su profesión y no solo disfrutaba viendo crecer su cuenta corriente con el importe de las comisiones. Lo que realmente llenaba su corazón era hacer feliz a la gente, alumbrándoles el camino a la gloria. El tipo se dejaba la piel intentando encontrar la mejor morada y todo el mundo quería contratar sus servicios. Era un auténtico profesional. Hacía un estudio exhaustivo de la zona, de las necesidades de cada cliente y de la propia vivienda, como si fuera él quien fuera a entrar a vivir; se había hecho de oro siendo sincero y competente, en lugar de meter las casas a los clientes con calzador.

Con Brandon pilotando y la pareja en los asientos de atrás, radiante de alegría, llegaron a un sector de la ciudad muy tranquilo y agradable, que reflejaba una calidad de vida espectacular. Estaba cerca del lago, rodeado de vegetación, densos bosques de roble blanco y rojo, senderos interminables para caminar de la mano una tarde cualquiera o pasear en bicicleta, estanques llenos de vida, comercios y

calles tranquilas. Se detuvieron junto a una construcción de piedra caliza y tejado de pizarra, que escondía un frondoso jardín de árboles frutales, arbustos maduros y flores rosadas, un estanque de peces coloridos y un cenador cubierto por un emparrado de madreselvas. En su interior, los suelos de barro encerado brillaban deslumbrantes y en las paredes blancas, de enfoscado irregular, podía contemplarse algún mural de azulejos, pintado a mano por un maestro del lienzo. El salón estaba *sobreadornado*, había jarrones del periodo micénico, figuras de bronce, cuadros del Renacimiento de contornos imprecisos, objetos de arte del siglo XVII, lozas, vidriería, estatuillas; un inmenso sofá de cuero granate descansaba sobre una alfombra turca en tonos ocres y un televisor de plasma ocupaba media pared. Muebles de madera maciza revestían una cocina de alicatado blanco, traviesas desnudas, lámparas de cobre oxidado, adornos de cerámica y un antiguo bodegón al óleo presidía la pieza. La casa tenía dos alturas, tres cuartos de baño, cuatro dormitorios y en la habitación principal había una chimenea de leña a los pies de la cama y un baño en suite con sauna y bañera de hidromasaje. En un abrir y cerrar de ojos podías trasladarte a otra época, con las comodidades de ahora. Era un chalet precioso y acogedor. Había sido diseñado por Eulalia, su antigua dueña, una señora entrañable de cuerpo menudo, ojos nobles, voz calmosa y agradable de escuchar. Doña Eulalia tenía un gusto refinado, un don de nacimiento y, sin haber tocado un libro de edificación ni interiorismo, componía, desde los cimientos, auténticas obras de arte que dejaban fascinado al mejor de los arquitectos e interioristas. La vivienda derrochaba majestuosidad, pero su bonito diseño rústico no terminaba de convencerles más que para una escapada de fin de semana.

En las inmediaciones encontraron una casa usoniana en forma de ele, abrazada por arces plateados. Tenía un estilo minimalista orgánico con un toque oriental, una sola planta, el techo plano, grandes voladizos, enormes ventanales que alumbraban maravillosos rincones de luz natural, acabados en caoba rojiza, suelos de pino laminado, mobiliario moderno y sencillo y alguna antigüedad adquirida por la propietaria. Era el cobijo perfecto para resguardarse del ajetreo de la capital y disfrutar de la más salvaje intimidad, del rumor del bosque en la noche, el canto melodioso de las aves en la mañana, el runrún de la lluvia tenue contra el tejado o el soplo del viento a finales de verano. Era, con diferencia, más de su gusto que la anterior. Se imaginaron el alba en aquel oasis mimetizado con la naturaleza, respirando paz, aire puro y el intenso aroma de un café; meditando en la pradera que daba paso a la casa o caminando descalzos por la madera templada del suelo calefactable. Quedaron maravillados con el manso refugio, pero en el fondo temían terminar aislándose del mundo y volverse dos salvajes, y no estaban seguros de que fuese el tesoro que querían encontrar.

Continuaron su camino por ondulantes colinas, amplias avenidas sin apenas movimiento y jardines abiertos de hierba segada, deseosos por descubrir el siguiente inmueble. A los cinco minutos divisaron una colmena traslúcida de apartamentos vanguardistas, que no dejaba espacio a la imaginación. Sus cristaleras hasta el techo retrataban la vida nocturna de los inquilinos, aluzaban sus despertares en los días soleados y les alegraban la vista con un espectáculo de arboledas multicolor y diferentes tonalidades de azul que la claridad derramaba sobre la superficie del lago Mendota. Recostado en el sofá, podías ver a lo lejos el relieve de la gran ciudad. El complejo tenía todo lo necesario para disfrutar de una vida agradable y caprichosa: *lounge* en la azotea con elegantes camas balinesas y cómodos sillones donde sentarse a beber algo, contemplar el cielo estrellado y conversar; piscina de agua salada al aire libre,

gimnasio totalmente equipado, spa, centro de negocios, cibercafé y un parque infantil, por si acaso decidían ampliar la familia, que ya iba siendo hora, como decía el padre de Mary. George echaba en falta un nieto al que consentir, dar consejos de abuelo y recoger del colegio, pero eso era otro tema, un tema delicado del que hablaban a menudo los futuros padres. En el fondo estaban deseando traer una criatura a este mundo, transmitirle los valores que habían heredado, educarlo desde el cariño, la disciplina y el respeto a los demás y dárselo todo, enseñándole que las cosas hay que ganárselas. Tenían ganas de procrear, pero los deseos no siempre se cumplen y más cuando no dependen de uno. Porque, aunque no lo buscaban con desesperación, tampoco tomaban precauciones para evitarlo y hasta empezaban a dudar de su fertilidad. Mientras tanto, se entretenían disfrutando de una vida sin hijos, dedicada a ellos: plácidas noches en silencio, sin desvelos ni llantinas, escapadas repentinas a lugares remotos sin más equipaje que lo puesto, sábados de parranda bailando de madrugada y momentos de relax en el sofá, añorando con morriña la presencia de un bebé.

Recorrieron el residencial, fascinados con sus rincones, subieron a la séptima y última planta y descubrieron un estudio amplio y sofisticado que causó sensación. Al cruzar el umbral de la puerta sus mandíbulas cayeron en picado. Tonos grises y blancos salpicaban con elegancia el comedor, electrodomésticos de acero inoxidable adornaban una moderna cocina en isla; Mary pasó la yema de sus dedos por la encimera de cuarzo nevado y soltó un suspiro de placer. Era idéntico a la decoración que le impedía pasar página cuando contemplaba embobada sus revistas de interiorismo, como un niño revisando el catálogo de un gran almacén semanas antes de la llegada de los Reyes Magos. Los suelos de vinilo plomizo, sus lienzos abstractos y lámparas de diseño, las columnas de hormigón visto en el salón, la terraza alargada sembrada de camelias y el espectáculo que ofrecía el gran ventanal terminaron de enamorar a los enamorados. Durante la rigurosa inspección de esa obra fascinante cruzaban miradas que hablaban por sí solas, expresando sensaciones similares a las que necesitaban para poder decidirse. Surgieron carcajadas nerviosas y algún cómodo silencio de reflexión, que Brandon aprovechó para quitarle presión al asunto, asegurando que todavía quedaba la última parada de un divertido trayecto y cientos de casas sin conquistar, repartidas por la ciudad. «El sigilo significa dudas o en el mejor de los casos fascinación», dijo la voz experta del comercial, en busca de la mejor elección. Visto el último de los detalles, no descartaban decantarse en un futuro inmediato por este bonito piso, de flamante pelaje, pero de momento querían seguir buscando ese refugio que cortara por unos segundos su acelerada respiración.

Qué bonito era descubrir y qué bonita la indecisión para el indeciso; podrían pasarse la vida visitando hermosas moradas sin decantarse por una, porque cada una tenía su encanto, su rincón especial. Mary estaba en su salsa, explorando asombrosos decorados a los que pensaba sacar provecho y excelentes escenarios que no necesitaban un solo elemento más, porque rozaban la perfección. No desechaba la idea de dedicarse con el tiempo a su gran pasión: adornar lugares diáfanos y llenarlos de magia y de vida, donde perder el sentido de la ubicación, encontrarse a uno mismo y que las horas pasen volando.

Reanudaron la marcha, avanzando a veinte por hora, mientras curioseaban por la ventanilla del auto la perfecta hilera de fincas, todas preciosas, que abrazaba el oscuro alquitrán recién prensado de la avenida. A una milla de distancia, el agente detuvo el coche a una orilla de la calle y señaló con el mentón una bonita propiedad. Tenía la esperanza de haber guardado lo mejor para el final. Se apearon

del vehículo de un zanco, echaron la vista al frente y su pestañeo quedó anulado por la belleza. «¡Qué pasada!», exclamaron a coro. Y no era para menos.

Ante sus ojos brotaba del pasto virgen una casita de lamas solapadas en horizontal, de estilo nórdico, dibujada en color blanco y cubierta de ceniza, en mitad de un pequeño rancho que desembocaba en el agua mansa de la laguna. Los cautivó a primera vista. No podían apartar la mirada ni articular palabra, como la noche que quedaron prendidos el uno del otro y una flecha de papel pintado atravesó su tierno corazón. Ataviados con su elegante vestimenta de primavera y un andar relajado cruzaron de la mano un sendero empedrado de baldosas desiguales, que serpenteaba por un prado de árboles de hoja caduca y plantas perennes, rododendros en flor, adelfas rosáceas, margaritas y azucenas, y moría en un viejo establo con capacidad para cuatro bestias, corceles blancos que pensaban importar de Inglaterra para cabalgar por los bosques contiguos. Se quedaron atrapados en la extensa y bella fronda, donde ya se veían retozando entre la hierba alta en las tardes de entretiempo. Brandon tuvo que tirar de ellos, pero no le supuso un gran esfuerzo. Estaban deseando adentrarse en el que sería su abrigo en los gélidos inviernos que entumecían la ciudad y sepultaban los prados de blanco. Al entrar en la casa, sintieron la calidez que transmitían sus muebles escandinavos, en tonos albos, su oscura tarima veteada y su chimenea de leña, que estaba prendida, alumbrando sus sueños más dulces: ratos de lectura y noches eternas mirando el televisor en el sofá o queriéndose desnudos en la alfombra, al calor del fuego, perfecto para asar castañas envueltas en papel de plata. El dormitorio principal lo acaparaba una enorme cama, arropada por un edredón grueso de plumas de oca; la cocina fusionaba un sutil estilo *vintage* con modernos aparatos y en el aseo había un tocador doble y una bañera desnuda que oteaba por una pared de cristal. Era el lugar perfecto para una vida de ensueño y una vejez agradable, balanceándose en la mecedora del porche trasero viendo pasar el tiempo, las aves que aterrizaban chapoteando en el agua y las nubes persiguiéndose como chiquillos. A cada paso tenían más claro que estaban en el sitio indicado para seguir escribiendo una historia interminable. Había tiendas y restaurantes a pocas cuadras, no se escuchaba un ruido que no viniera de la naturaleza y los vecinos era personas cercanas. En la finca colindante vivían los Wilson, un entrañable matrimonio de ancianos que llevaban cincuenta años juntos y seguían queriéndose como el primer día. Se abastecían de un hermoso huerto repleto de hortalizas de temporada, que en invierno cubrían con plásticos y sembraban de alcachofas, coles, berza o espinacas, tenían quince gallinas ponedoras en un pequeño cobertizo, una vaca lechera de enormes ubres y un mastín español atigrado que todo lo que tenía de grande lo tenia de bonachón. Elizabeth, la señora, pasaba los días acicalando su hermoso jardín de flores silvestres y árboles frutales, haciendo una deliciosa repostería que perfumaba el vecindario y ayudando a su esposo con las tareas de labranza y recolección. Eran inmensamente felices en su pedazo de cielo verde y azul.

Al cruzar el umbral de una puerta acristalada, que daba salida a la parte de atrás, sus pequeñas dudas se esfumaron de un plumazo, si es que acaso las tenían. Un pequeño embarcadero de la propiedad, hecho de tablas y troncos que despuntaban en los costados, amarraba una barquita de remo, que llevó a su imaginación a navegar por la laguna en un atardecer cualquiera, de horizonte azafranado. Mary apoyó sus manos en la barandilla del porche, sintió en el rostro la brisa dulce del lago y se quedó embobada contemplando la lejanía que empezaba a teñirse de rojo.

—Nos la quedamos —dijo John de repente, mirándola a ella igual de flechado—. ¿Verdad, cariño?

—tuvo que preguntar, porque Mary seguía enfrascada en el delicioso paisaje.

—Sí, sí, sí y mil veces sí —contestó la joven a los pocos segundos.

Con el corazón enamorado y estremecido, la emoción manando a borbotones de sus ojos húmedos, el pensamiento soñando con puestas imborrables y una sonrisa perpetua sesgada en la faz, se fundieron en un abrazo eterno, interrumpido por la presencia del vendedor. En cuanto pudieron despegarse, estrecharon sus manos con Brandon, también emocionado, y se convirtieron en los nuevos propietarios de ese fascinante edén.

De vuelta a casa, el gesto ido de sus caras alegres reflejaba la ilusión. Conducían encandilados contemplando el horizonte, imaginándose un armónico porvenir. Mary interrumpía el agradable silencio con brotes de exaltación comedida. Pensaba dar algún sutil retoque a la decoración y lanzaba propuestas que surgían de su mente colapsada por la alegría. Una planta de interior en una esquina del salón, unos cuadros abstractos revistiendo las paredes y un espejo de pie en el dormitorio fueron algunas de sus intenciones, de puertas para dentro, porque también planeaba adornar con matas floridas esa inmensa rosaleda, que seguramente descubrieron mientras imaginaban la estampa de sus futuros retoños correteando por ese espacio de ensueño. John ponía la mano en su rodilla desnuda sin dejar de mirar la carretera y disfrutaba como un enano escuchándola fantasear con el aderezo de la nueva adquisición. El calentón del momento agravó la necesidad de hacer una parada en casa de sus respectivos padres y contagiarles de júbilo con la extraordinaria noticia. En cada una de las visitas descubrieron la misma reacción. Megan y George terminaron igual de emocionados. Estaban seguros de que su nueva etapa compartiendo hogar iba a ser un camino de rosas sin espinas, les llenaron de besos y felicitaciones, y supieron disimular bajo su llanto alegre la nostalgia que suponía tenerlos más lejos que de costumbre, para no fastidiar el bonito momento. Después de experimentar sensaciones mágicas junto a los pilares de su vida y guardarlas bajo llave en un rinconcito del corazón, detuvieron el coche frente al apartamento de Mary. En mitad de una tierna despedida, de caricias delicadas, besos suaves y fuertes achuchones, John recordó que dentro de poco ya no tendrían que separarse, saciando así el apetito desmesurado que, malamente, soportaban en las noches franqueadas a distancia. Porque echarse de menos fue el motivo principal que, junto a infinidad de otros, originó la decisión de alborear adheridos cada mañana.

Corrían tiempos difíciles de olvidar y querían seguir plasmando bonitos recuerdos en su álbum de fantasía. La mezcla de impaciencia, deseo y entusiasmo por estrenar su nueva casa, hizo que tuvieran todo preparado en menos de una semana caótica, empacando pertenencias. Mary tenía la lección aprendida. Había salido pitando hacía años del majestuoso palacete donde creció, por la mala relación con su madre, y sabía cómo organizarse. Empezó guardando en cajas todo lo que no utilizaba a diario, libros, revistas, vinilos, obras de arte, figuras de porcelana y ropa de invierno; guardó la vajilla y los utensilios de cocina y compró cubiertos y platos desechables, se deshizo de varios trastos que no usaba y estaban acumulando polvo y dejó una bolsa de viaje encima del sofá con varias mudas y vestidos, productos de higiene personal, el poemario que se estaba leyendo, el ordenador portátil y dos toallas de baño. A las ocho y media de una mañana clara de finales de abril, de brotes nuevos y flores abiertas, el camión encargado de la mudanza aparcó junto a su casa, pegó un par de bocinazos y comenzó una laboriosa tarea. Tenía tantos enseres que, una vez introducidos en el habitáculo destinado para la carga,

ocupaban tres cuartas partes de este. A las pocas horas Mary se despidió de su querido apartamento con una triste sensación, demasiados recuerdos y buenos ratos, la mayoría junto a John contándose las penas, compartiendo alegrías, noches de tertulia, carantoñas y revolcones, momentos imborrables que la imagen helénica de su próxima parada consiguió disimular. Concluida la parte gruesa de la historia, se dirigieron a casa de John. Él acaparaba mucho menos equipaje, pero introducirlo en el espacio limitado que los bultos de Mary concedían supuso un rato generoso. Acarrearon el último de los paquetes, cerraron a presión las puertas del remolque y cuando estaban a punto de marcharse, Megan se acercó a despedirles por enésima vez, visiblemente afectada. Bajó las escaleras de la entrada secándose la pena con la esquina de un paño de cocina que colgaba de su mandil y les ofreció un poco del estofado de carne que estaba preparando.

—Llevaros un *tupper* y si no queréis comerlo hoy, lo congeláis o, bueno, haced lo que os dé la gana —concluyó al escuchar que no hacía falta, que no tenía por qué preocuparse.

Megan era una persona muy sensible, nunca había soltado la mano de su hijo y rebosaba inquietud. La idea de estar sola irrumpía en su conciencia sembrando incertidumbre y no era fácil espantar los fantasmas que merodeaban la penumbra, cargados de preguntas. En momentos de bajón pensaba en echarse novio o adoptar una mascota para llenar el vacío de John. Iba a tener tiempo de sobra y si no lo compartía con alguien corría el riesgo de acabar hablando sola, en voz alta, o sumergida en una gran depresión. Su tendencia a precipitarse ante cualquier acontecimiento inquietante era algo inevitable, pero sabía que las tinieblas no son tan oscuras cuando estás dentro y prefería esperar a verlo con sus propios ojos que suponer desde la lejanía; una tarea complicada, poca cosa, sin embargo, en comparación con las penurias que había pasado. Quizá a veces exageraba desempeñando un mecanismo de defensa que amortiguase el golpe, menos doloroso de lo imaginado en un principio. Terminó armándose de valor y se consolaba suponiendo que en poco tiempo iba a acostumbrarse a la soledad, o al menos eso quería pensar. John abrazó a su madre con fuerza de toro y le recordó que solamente estarían a unos veinte minutos en coche.

—Tranquila, mamá. Aunque cambie de casa, jamás me separaré de ti, no te vas a librar de mí tan fácil —advirtió, intentando quitarle hierro al asunto tras un bello discurso que agravó la emoción. En el fondo, él sentía la misma lástima, pero la llevaba por dentro, camuflada con su gesto de normalidad postiza y sus lágrimas contenidas, para no incitar al drama.

Como bien predijo John, en poco menos de media hora aterrizaron en las puertas de un apasionante futuro juntos para emprender, de la mano, el viaje de su vida. Un ajetreado ir y venir de operarios atravesando la pradera, como hormiguitas por el estrecho puzle de losas, empujando sus carros de pala y llevando cajas en vilo, terminó con la mudanza. Ahora les tocaba a ellos organizar el alboroto de paquetes, mobiliario y menaje del hogar envuelto en plástico de pompas que invadía el comedor, la entrada y un pequeño granero junto al establo, donde fueron apilando los bultos más grandes. La ropa de Mary estaba por todas partes, debido a su gran pasión por la moda y a una devoción compulsiva por las compras, que en algún momento de su vida llegó a ser algo preocupante. A día de hoy parecía haber relajado su ansia de cosechar indumentaria; donaba vestidos, chaquetas y pantalones que no usaba a la beneficencia, a unas primas lejanas y a alguna amiga de su misma complexión y gusto refinado, pero aún así acaparaba un volumen exagerado de prendas y complementos. Mary pasó toda la tarde

acomodando su ajuar en un amplio vestidor nórdico que había a la entrada del dormitorio principal, provisto de armarios, cajoneras y diferentes apartados. Ordenó su surtida colección de ropa por colores, clase y temporada, mientras su amado colocaba el contenido de un montón de cajas en los muebles de la cocina y el comedor. Por último, John organizó también su ropa en un pequeño espacio del abarrotado vestidor que Mary, amablemente, había dejado libre. Fue un día movido, que estuvo marcado por la emoción de un bonito comienzo y la pena de una separación anunciada, y terminó con un plan de domingo perfecto. Llegaron exhaustos a la hora de la cena, pidieron un par de pizzas napolitanas que no tardaron en llegar, pusieron una película romántica de fondo y compartieron una tarrina de helado de chocolate belga. La fatiga pudo con ellos y, a los pocos minutos de terminarse el dulce, se quedaron roque en el sofá, atrapados bajo una manta aterciopelada. No fueron capaces de mover un solo músculo, se hicieron un ovillo y así mismo despertaron, con la ilusión de amanecer juntos el resto de su vida y un sol radiante que penetraba por la tronera del salón y alumbraba su rosto adormilado de sonrisas inconscientes. Caminaron medio sonámbulos hasta el aseo, donde una ducha de agua ardiente se alargó más de la cuenta, envolviendo sus cuerpos desnudos en una nube de vapor. Los senos de Mary, pegados al cristal, sus manos hacia arriba, buscando un amarre, y sus cálidos gemidos, delataban por momentos un delicioso sexo mañanero contra la mampara, que terminó en el suelo de mármol blanco, entrelazados bajo un chorro de agua que simulaba el efecto de la lluvia. Daba gusto madrugar de esa manera. Aquella mañana se marcharon a trabajar con la tripa vacía, porque con el ajetreo del cambio no cayeron en hacer algo de compra. La nevera estaba pelada y solo pudieron comerse mutuamente, pero tenían un brillo en los ojos por el que merecía la pena ayunar. En el restaurante desayunaron como salvajes, a dos carrillos. Necesitaban recuperarse del desgaste de la mañana y coger fuerzas para superar otro día en la batalla, guerreando con comandas interminables y comensales de paladar exquisito. Les apasionaba la comida y no solo el hecho de elaborarla minuciosamente para componer platos imposibles y satisfacer a su clientela, sino también el acto de engullirla, sin control, a cualquier hora del día. Menos mal que tenían una genética compasiva y hacían ejercicio a diario, porque si no sería imposible tener esos cuerpos esbeltos, de figura definida y tripita comestible, que hacían a muchos voltearse a su paso.

En pocos días la normalidad se apoderó de una casa mayormente organizada. Faltaban esos pequeños detalles que nutren el constante proceso de decoración, a veces interminable, pero a la vez satisfactorio. Ya se podía andar por el salón sin tropezar, había comida en la despensa como para un regimiento, cerveza fría en la nevera y ganas de sentarse a compartirla en la mejor compañía. Estaban deseando mostrar los recovecos de esa octava maravilla a unos padres igual de ansiosos por descubrirlos y había llegado el momento de hacerlo. Valiéndose de la infinita creatividad que distinguía su obra, comenzaron los preparativos de una sencilla pero importante celebración. En mitad de un atardecer que se resistía a apagarse, cerraron su casa al público por unas horas, pusieron en marcha los fogones y elaboraron, con ayuda del equipo, un buen rato en familia que sucedió al caer la noche.

George se montó en el pequeño auto granate de quince años de antigüedad que se salvó de la quiebra vestido de etiqueta y pasó a recoger a Megan, compañera por un día, honrando a sus principios de auténtico caballero. Se quedó maravillado al verla salir de casa con un vestido largo de seda asalmonada, el pelo recogido con un moño en lo alto y un collar de perlas blancas que relucía en la oscuridad. Los

triunfos del hijo habían asegurado a la madre una buena jubilación y ahora podía darse algún capricho de vez en cuando. Se apeó del coche a abrir la puerta a la dama, extendiendo su mano hacia el asiento, y cerró de un empujón la gruesa hoja de acero, que chirriaba por el peso de los años. Durante el trayecto lanzaban preguntas al aire, demostrando su ansia por descubrir el nidito de amor que había escogido la pareja, ya que solo contaban con algún pequeño detalle que les adelantaron a escondidas. Querían deleitarles con el doble placer de una grata sorpresa. Al bajarse del auto y contemplar la hermosa hacienda se miraron estupefactos. La imaginación de George voló por la extensa pradera de árboles caducos, rododendros en flor, adelfas rosáceas, margaritas y azucenas que Mary se había encargado de iluminar, minando el jardín de pequeños faroles de forja. Atravesaron la arboleda por el caminito de piedras, llamaron a la aldaba de latón que presidía la puerta de nácar y fueron recibidos con entusiasmo. Al cruzar el umbral sintieron un golpe de calor que venía del interior, de la madera del suelo, de los muebles nórdicos y del par de troncos que ardían en el hogar de la chimenea. Sus caras de asombro se acentuaron deliciosamente. Recorrieron a paso de tortuga las acogedoras estancias de una casita de ensueño, repleta de detalles, interruptores con regulador de intensidad, electrodomésticos silenciosos, inodoros con función de higiene, lámparas esculturales, jarrones de diseño, flores frescas en el baño, piezas de anticuario en el salón y ventanas vestidas de lino blanco. En cuatro días, Mary había plasmado su pasión por el ornato y su gusto exquisito en cada rincón de la casa después de recorrerse varias galerías de arte y media docena de tiendas. Parecía el trabajo de un reputado interiorista británico. La mesa del comedor estaba arropada para la ocasión con un mantel blanco de algodón egipcio, bordado a mano, que daba pena ensuciar, y sostenía una vajilla de porcelana florida, de mírame y no me toques, cristales finos, cubiertos de plata y dos centros de magnolias y peonías recién cortadas. Se sentaron alrededor del tablero macizo y degustaron un fantástico menú que tenía como ingrediente estrella el cariño. A los invitados no les cogió por sorpresa la delicadeza de una sabrosa cena. Conocían de primera mano las buenas maneras de trabajar en el restaurante, porque cada cierto tiempo acudían a comer de balde, ante la insistencia de los dueños. Los comentarios alabando la buena cocina del Henry ´s se sucedieron a lo largo de la velada. George se atiborró de asadillo de pimientos y berenjena y de buñuelos de oreja con salsa brava —se los comía como pipas—. Megan repitió ensalada de vieiras braseadas y se zampó un buen pedazo de rodaballo con crema de hinojo, y ambos comentaron cada bocado, coincidiendo en su exquisitez. Cuando el dulce de leche y coco ya era historia, John descorchó una botella de champagne y sirvió las copas. Con la suya en alto, propuso un brindis por los allí presentes, deseándoles salud y felicidad, pero sobre todo salud para gozar de los pequeños placeres, que tantas veces pasan desapercibidos ante el ritmo acelerado de la vida y los ojos distraídos del que la contempla por encima, sin detener la mirada en las estampas más simples. También quiso trasladar el deseo de poder disfrutarlos juntos a ellos por mucho tiempo, tomando como ejemplo la agradable reunión que acontecía. Con los años se estaba volviendo un romántico. Anduvieron a acomodarse a los asientos de mimbre trenzado del porche trasero y disfrutaron de una fugaz sobremesa, que terminó a las tantas de la madrugada, a la luz de un plenilunio de cráteres marcados que se miraba en la laguna. Pasaron el rato charlando de la vida, riendo a carcajadas y contando las mismas anécdotas de siempre, que generaban el interés del primer día. Con tantos años al frente de una pequeña multinacional, George había visto de todo entre los cientos de empleados que pasaron por la empresa, tenía historias

para escribir una saga de diez tomos, describiendo las diferentes personalidades del ser humano, egocéntricos que se creían mejor que nadie y no dejaban de meter la pata en sus cálculos, gente humilde que valía su peso en oro y siempre estaba dispuesta a mejorar o personas que vivían felices en su mundo de indiferencia y les daba igual ocho que ochenta, con tal de ver a final de mes la nómina en su cuenta corriente, para gastarla en caprichos inútiles y luego quejarse de que no tenían para comer. Megan siempre recordaba lo difícil que fue crecer en su antiguo barrio en Detroit sin perecer en el camino o echarse a la mala vida. La criminalidad había marcado su vida. Guardaba en la memoria aterradoras vivencias, como el tiroteo en el que se vio involucrada de pequeña, cuando estaba haciendo la compra en el supermercado y de pronto irrumpieron dos pistoleros pegando tiros, al grito de «esto te pasa por meterte con la gente equivocada». Tuvo que tirarse al suelo y taparse la cabeza, mientras a su lado se hacían añicos los botes de cristal que caían de los estantes por el impacto de las balas. A los pocos minutos de sentir el silencio corrió hacia la puerta y vio al tendero acribillado en el suelo, un peligroso delincuente que usaba el negocio de tapadera para blanquear dinero negro. Pasó una semana encerrada en casa, un mes con el miedo metido en el cuerpo y toda una vida recordando el incidente y la dantesca imagen de aquel hombre varado en un charco de sangre. Para pasar el mal trago de los tristes recuerdos, Mary y John contaron alguna divertida historieta de comensales insufribles que nunca estaban conformes, escenas de matrimonios que no se ponían de acuerdo ni en el sabor del agua y bonitas experiencias de sus viajes por el mundo. El tiempo corría demasiado rápido en familia, contándose batallitas y planeando nuevas quedadas. Los invitados se despidieron encantados con la velada, dándoles la enhorabuena una vez más por semejante adquisición, donde saborear el envidiable amor que derrochaban. El breve viaje de regreso tuvo idéntico camino. George detuvo el auto en la puerta de la casa de Megan y paró el motor con intención de charlar unos minutos. Llevaba tiempo sin disfrutar de la compañía de una auténtica dama, elegante por dentro, hermosa por fuera, en la que se veía reflejado, y no quería despedirse. Detrás de su mirada alegre, George podía distinguir la nostalgia de un amor cautivo que no estaba dispuesta a entregar a cualquiera, la miraba con deseo, como una fruta prohibida que por el hecho de ser inalcanzable se volvía más exótica. Por momentos pensaba en la pasión clandestina como la única salida, creía estar volviéndose loco, loco de remate, loco por ella... ¿Quién lo sabe? Tenían un trato cercano, una complicidad de novela que no podían disimular, y aprovechaban cualquier tropiezo para rozarse la piel con disimulo. Cuando estaban cerca, el ritmo de sus latidos se aceleraba, despertando un bonito sentimiento que se empeñaban en acunar, pero era difícil mirar para otro lado y seguir por el inestable camino de la soltería con un buen compañero de viaje merodeando los alrededores, dispuesto a andar a su vera.

La breve despedida terminó alargándose más de la cuenta. Perdieron la noción del tiempo contándose las penas de dos matrimonios frustrados por personas insensatas, que no supieron valorar el tesoro que tenían, y aunque habían pasado página hacía tiempo, las cicatrices estaban presentes para recordarles lo que no querían en su vida. A las cuatro y media de una mañana fresca de cielo raso y constelaciones desnudas, más a gusto que un infante en los brazos de la madre, optaron por emprender la marcha hacia la soledad de sus dormitorios, al vacío de sus camas, donde solían caer echando de menos un torso cálido al que arrimarse. Estaban jugando con fuego y cada minuto que pasaba las ganas de arder crecían. Megan bajó del auto a la fuerza, encañonada por su faceta de mujer prudente, ante la

atenta mirada de George, que consideró, velozmente, la locura de odiar todas las rosas solo porque una le pinchó, y su osadía ganó el pulso a la timidez.

—¿Te gustaría salir a tomar algo? —soltó de repente—. Podemos ir a dar un paseo a los jardines botánicos de Olbrich, a beber un vino a la terraza que da vistas al gran lago Monona o pasar el día en el centro visitando museos... ¿Conoces el restaurante italiano que han abierto frente al Capitolio? No he ido, pero dicen que la comida es deliciosa y los camareros muy agradables. No sé, lo digo por si acaso te apetece, claro, o mejor hablamos con los chicos y planeamos una cena los cuatro, ¿verdad? —El pobre estaba histérico, como el chiquillo de secundaria que se lanza por primera vez a su compañera de pupitre, y soltó el discurso acelerado, con el habla temblorosa, mientras ella atendía sonriente y disfrutaba viéndole, apurado, balbucear su declaración de adolescente. La cuestión podía parecer atrevida o incluso desacertada, pero sin nada que perder, ¿por qué quedarse con las ganas y enjaular los sentimientos?, debió sospechar George antes de hacerla. Megan cambió su sonrisa maliciosa por un gesto tierno, se ruborizó una pizca con el delicioso planteamiento, sus mejillas enrojecieron y respondió con otra pregunta.

—¿Me estas proponiendo una cita? —contestó, jugando con la ironía.

— Sí, bueno, llámalo equis. Más bien yo diría salir un rato a disfrutar de la vida, la palabra cita supone responsabilidad, expectativas, y no tenemos edad para estar complicándonos —dijo George en tono chistoso, siguiéndole el juego. Se quedaron mirando unos segundos, imaginándose de la mano por hermosos vergeles, vestidos de lino claro, hasta que Megan rompió el silencio. Pese a las ganas que tenía de estar junto a él en otra ocasión, para disfrutar del momento, seguir contándose penurias y secretos y compartir el tiempo que les sobraba, no pensaba que fuera una buena idea. Si su espléndida relación con George se estrechaba al punto de sentirse la piel bajo las sábanas, en una fuga de pasión contenida, e influía negativamente en el amorío de su hijo, jamás se lo iba perdonar. El prudente razonamiento que Megan recitó con la boca pequeña, admirando la elegancia de George con su esmoquin italiano y su mata de pelo canoso peinada hacia atrás, entristeció el desenlace de una bonita noche para el recuerdo, pero pensándolo bien, se comprendía a la perfección.

—Tienes toda la razón, no sé en qué estaba pensando, supongo que la vida de soltero me está revolucionando las pocas neuronas despiertas que me quedan —dijo George, escondiendo su desaire en la guasa de sus palabras. La velada terminaba con el toque amargo de una respuesta inesperada, que había apenado una migaja la mirada alegre de George, cuando de pronto escuchó:

—¡Qué demonios! ¿por qué no? No pasa nada por compartir una amistad.

En el fondo temían que la atracción pudiera llegar a ser insoportable y en un acto de lujuria desesperada se arrancaran la ropa a bocados, perjudicando la espléndida relación de los tortolitos, pero podían trazar una línea imaginaria que ninguno podría cruzar y limitarse a cuidar el uno del otro, a compartirlo todo excepto la cama, una tarea complicada que estaban dispuestos a superar por el bien de los suyos. Intercambiaron los números de teléfono, cual chiquillo que se despide de un amor de verano, y se marchó cada mochuelo a su olivo, a darse placer en secreto con las imágenes que habían guardado durante la cena: cruces furtivos de miradas candentes y contemplaciones fugaces cuando el otro estaba distraído, atendiendo una conversación, acariciando con sus labios el delicado cristal de la copa o mirando la enorme luna en el porche, alumbrado por su reflejo.

Entretanto, los nuevos propietarios terminaban de hacer otra de la suyas. No habían perdido el tiempo, porque el tiempo es oro, como decía Mary, y más cuando se trata de expresar sentimientos o disfrutar de la pasión. A los pocos minutos de despedir a sus padres ocuparon el sofá de ante, se sirvieron una copa de vino espumoso y consumieron una velada que culminaba tranquila, pero solo en apariencia. Un viaje inesperado a otra dimensión les aguardaba en su alcoba para encender por sorpresa esa tenue madrugada. John se incorporó a por el teléfono y, mientras fingía revisar el correo, compuso un mensaje enumerando una serie de peticiones: «Ve a la habitación, deja la puerta entreabierta»... Y hasta ahí pudo leer Mary, que clavó en el remitente sus ojos de gata en celo, mordiéndose una esquina del labio, agarró su copa de vino y se marchó al dormitorio acalorada, sin decir una palabra. Posó el morapio en la mesita de noche y de la cómoda sacó una bolsa que escondía un conjunto negro de lencería, una bata de satén, un *body* de copas abiertas, un liguero y unas medias de rejilla. Se acostó sobre la cama vestida de encaje, flexionó sus piernas enredadas en oscuras hebras, bajó la luz y esperó a que el juego continuara. John contuvo su impaciencia unos minutos, tirándose de los pelos. Corrió tras ella, se paró en la puerta del cuarto y, asomado por la ranura, contempló a Mary arropada con sensualidad, acariciándose lento y suspirando de placer. Irrumpió en la pieza salivando a mares, besó sus labios de pasada, sin interrumpir la elegancia del momento, y rebuscando en el aparador halló unas cuerdas de seda blanca que había escondido en el último cajón. Con la más tierna sutileza, amarró sus extremidades a las cuatro esquinas de la cama, se quitó la ropa ante la hambrienta mirada de Mary y, sentado en el borde del colchón, se acariciaba despacio, al tiempo que rozaba, suavemente, el botón rosa del amor. La admiraba embelesado, viendo cómo ardía de gusto, entre gestos de impotencia al intentar zafarse de las cuerdas, algo imposible. Gateó por encima de la cama y recorrió con su boca el tórrido cuerpo de Mary, besando sus labios, sedientos de roce, su cuello, su pecho y sus pezones, duros como auténticas piedras, pero más preciosos. Los saboreó con el ansia del que lo hace por primera vez, reanudó esa marcha lenta por su hermosa figura de doncella resabiada y se topó de bruces con su entrepierna, donde sus dedos largos, de manos robustas, su entrega arrolladora y su lengua de serpiente provocaban sacudidas de placer en la prisionera, quien se estremecía en la medida de lo posible, a punto de enloquecer. Comenzó a penetrarla lento y, en un arrebato de lujuria, liberó sus piernas, se las echó a los hombros y disfrutaron de la pasión desatada que la pose exigía. «Amor..., no aguanto», dijo ella, entre suspiros, a los pocos segundos. Los sentidos de John se desbordaron con el aviso y juntos culminaron otra experiencia mágica, eyaculando brutalmente. Una vez liberada, Mary se tiró a sus brazos, John la estrujó en su regazo, suavizó con caricias el temblor de sus piernas, se hicieron una bola y sintieron un alivio extraordinario. Parecían dos adictos que calmaban su sed con desenfreno y sentimientos de amor puro, un coctel explosivo que degustaban cada día, sirviéndose a su antojo.

Capítulo XII
Del edén a la odisea

> «Las emociones que despierta en tu interior descubrir un lugar desconocido son maravillosas. Tus sentidos están al doscientos por cien para no perderte un solo detalle del gran acontecimiento, tu memoria se prepara para inmortalizar cada imagen y tus penas se van apagando desde el momento en que surge la idea de explorar un nuevo horizonte. Cada pueblo llena tu alma de vivencias únicas con sus costumbres milenarias, sus impresionantes obras arquitectónicas, sus hermosos paisajes, pintados a capricho por ordenación divina, su gente o sus rincones con encanto, donde el tiempo se estanca dulcemente. Porque la magia de viajar comienza a hacer de las suyas mucho antes de llegar al destino, alumbrando tus días con un sol radiante, y sigue deleitándote de por vida; es capaz de trasladarte en un periquete allá donde estuviste, por muchos años que hayan pasado».

Por estos motivos y algún otro no menos importante, Mary y John aprovechaban cualquier excusa para hacer las maletas y largarse unos días a cambiar de aires. Habían sacrificado mucho de jóvenes, invirtiendo tiempo y dinero, y ahora podían permitirse algún que otro viaje de categoría, hospedados en el lujoso hotel de una gran ciudad, y fascinantes periplos a la aventura por países del tercer mundo, con poco más que una mochila, un par de zapatos y una pastilla de jabón. Dejaban el negocio en manos de su espléndido equipo, giraban el globo terráqueo que tenían en el mueble del comedor y partían hacia donde cayera su dedo índice.

Los primeros meses de convivencia ininterrumpida fueron la prueba de fuego que terminó de sellar un amor verdadero, chapado a la antigua, que jamás moriría. El temor a agobiarse por estar juntos veinticuatro horas al día, siete días a la semana, se esfumó al poco tiempo de la mudanza, convirtiéndose en una dependencia emocional ordenada, nada de celos injustificados ni tonterías de niño pequeño. Salían y entraban a su antojo, sin dar explicaciones ni ver un mal gesto, se despedían como si fueran a separarse una larga temporada, comiéndose a besos, al punto de llegar tarde; hacían quedadas con amigos en común o cada uno por su cuenta y pasaban tiempo con sus padres, endulzando sus vidas de jubilados prematuros. Salían a disfrutar de la vida por separado, pero siempre estaban deseando volver a casa, porque juntos era como mejor estaban. A principios de verano, Mary estuvo tres semanas fuera de la ciudad, haciendo un curso de dirección hostelera, y no lo llevaron del todo bien. Se llamaban cada noche para sentir el sonido de su voz en conversaciones eternas, que pronto se calentaban. Andaban como adolescentes, enviándose mensajes cursis a todas horas y el día que regresó se encerraron en el dormitorio y no salieron hasta la mañana siguiente, con dos kilos menos de peso. Se repartían las tareas domésticas, las hacían juntos o contrataban a Diva, una empleada de hogar brasileña, regordeta y sonriente, que dejaba la casa como los chorros del oro en una mañana, por quince dólares la hora y un plato de comida que aceptaba a regañadientes. No había más disputas que alguna simple confrontación de intenciones que resolvían hablando como personas civilizadas, dando

su brazo a torcer o en la cama. Ya habría tiempo de regañar cuando fueran un par de viejos cascarrabias, de momento tenían otras cosas mejores que hacer. Eran dos chicos inteligentes que defendían sus ideas con buenos argumentos, sin una palabra más alta que otra, tenían una personalidad insobornable, pero también sabían ponerse en el lugar del otro, ver las cosas desde un punto de vista distinto al suyo y pedir perdón. Todo era más fácil con una persona al lado que veía retos donde otros ven problemas, pintaba la vida de color de rosa y las noches de rojo pasión.

A Megan se le atragantaron los primeros días en soledad. No dejaba de acordarse de su pequeño, de los ratos que compartían frente al televisor charlando hasta la madrugada y contándose secretos, de los paseos por el parque Hudson bajando la comida o de los guisos que preparaba a fuego lento durante toda la mañana para luego disfrutar, como un enano, viendo cómo John se los zampaba dos minutos. No tuvo más remedio que sacudirse la pena y buscar nuevos quehaceres que mantuvieran a raya los recuerdos de toda una vida juntos, que avasallaban su mente en los ratos muertos del día. A las dos semanas de ver partir a John se inscribió en una academia de danza. Iba los martes y los jueves a las clases que impartía Brigitte, una joven profesora de bailes de salón, esbelta y cuellilarga, de ojos turquesa, cabeza de alfiler y pies ganchudos, que danzaba por la tarima con la elegancia de la experta bailarina de ballet que un día fue. Hacía pasos imposibles, saltos de piernas abiertas, caídas perfectas y los fines de semana convocaba a sus discípulos en una disco de la zona, donde ponían en escena lo que habían aprendido y se relacionaban con alumnos de otras escuelas. En aquellas quedadas conoció algún hombre decente con el que compartió algo más que un baile, iba a merendar muchas tardes a la plaza Mayor con su amiga Puri, aprendió a hacer ganchillo a las puertas de la vejez, estaba enganchada a un par de culebrones venezolanos y quedaba de vez en cuando con George para dar un paseo por la ciudad, sin cruzar los límites que se habían impuesto por el bien de todos. Tenía una vida cómoda y entretenida, que bien se había ganado trabajando como una mula desde niña. Estaba retirada por completo de sus labores de limpiadora, porque con las atenciones de John, que pagaba las facturas y venía cada semana cargado de alimentos, y una pequeña paga que cobraba del estado, tenía de sobra para vivir cómodamente y en casa había muchas cosas que hacer. Seguía yendo al palacete de la señora Pilar, que ya andaba medio chocha, pero solo a darle palique, tomar el té y controlar que la nueva doncella, una joven peruana de aspecto aindiado y buenos modales, hiciera bien las tareas, no metiera la mano en el monedero ni se acostara a dormitar en la poltrona del desván. John se acercaba a visitarla siempre que podía, salían a caminar o a comer fuera, porque en el fondo tenía miedo de que se hiciera una comodona y fuera perdiendo la ilusión de vivir y la capacidad de movimiento por estar en el sofá, viciada con las telenovelas. Cada vez que aparecía por allí, el rostro de Megan se encendía como un lucero en la oscuridad, andaba por la casa detrás del chico como una joven enamorada y procuraba entretenerlo a base palique, abrazos y suculentos pucheros. A la hora de despedirse sus ojos se humedecían, Megan seguía conteniendo el llanto detrás de la puerta y él marchaba triste, pero con el estómago a reventar, las mejillas llenas de besos y cantidades ingentes de comida metida en bolsas. Después de toda una vida cocinando para dos, la pobre mujer no sabía guisar para ella sola. Entre los *tupper* de Megan, la comida del restaurante y los dulces de la vecina, que a los pocos días de mudarse apareció con una fuente enorme de galletas recién horneadas y cada cierto tiempo acudía con algo de repostería, media docena de huevos o unos litros de leche fresca de Genoveva, su vaca de grandes ubres,

se abastecían de maravilla. Dos días a la semana, Megan acudía a echar una mano a comedores sociales, a matar el tiempo y ayudar a los demás. Guisaba durante horas sonriendo como una tonta, sujetándose la lágrima y recordando viejos tiempos, cuando tuvieron que mendigar un plato de comida y una bolsa de ropa usada en la parroquia. «¡Cómo habían cambiado las cosas!», se decía para sus adentros. Ahora no eran ellos los que tenían que hacer cola para llenar la barriga y no andar siempre con los mismos harapos, pero tampoco olvidaban de donde venían. Con los años, su espíritu humilde se había fortalecido, ayudaba haciendo lo que mejor sabía y John elaboraba menús solidarios en el Henry´s, que repartían por las calles, y era miembro de una asociación que amparaba a gente necesitada. Aquellas obras de caridad les llenaban el alma más que cualquier otra cosa y no descartaban dedicarse de lleno a repartir felicidad en un futuro.

George llevaba mejor que Megan la distancia que ahora le separaba de su pequeña, porque ya había pasado el duelo de la emancipación cuando tuvo que soltar su mano a regañadientes y ver cómo salía espantada de la casa familiar, pero a raíz del divorcio sentía que la necesitaba más que nunca. Hacían todo lo posible para no echarse mucho de menos. Mary pasaba a verlo con rigurosa frecuencia, en visitas anunciadas o apariciones sorpresa, para que la alegría fuera doble. Lo sorprendía sentado a la mesa del salón, frente al ordenador, envuelto en su bata azul marino, ganándose la vida con sus prudentes inversiones, desbrozando arbustos en su pequeño jardín, recogiendo tomates del huerto o viajando por el mundo en el sillón del comedor, con un libro de mil páginas entre las manos. George agradecía en el alma las visitas de su hija, porque también le sobraba el tiempo y, aunque se las apañaba para estar entretenido, siempre era un placer compartir un rato con ella. También acudía regularmente a la bonita hacienda de Mary, entre otras cosas porque fue nombrado jardinero oficial por los propietarios, que querían dejar el jardín en buenas manos y ahorrarse un dinero, y él estaba encantado. Veía más a Mary y se pasaba las horas disfrutando de su pasión por la botánica. Con la ayuda de un joven magrebí que sentía predilección por la floricultura y necesitaba ganarse unos dólares, segaba la pradera, desmochaba los matojos, quitaba malas hierbas y protegía el vergel de plagas con productos químicos y los árboles frutales de estorninos con espantapájaros de trapo. Tenía la fronda que daba gusto verla, verde como la ova y florida como una primavera de abril lluvioso. Por decisión propia montó una huerta generosa en un lugar estratégico, que recibía más horas de sol que ningún otro, entre el granero y las cuadras. Fue una gran idea. En principio iba a estar dedicada al consumo familiar, pero más tarde terminó abasteciendo también al restaurante de productos frescos y ecológicos de primera calidad. El autoconsumo redujo costes y alumbró la mente de John, que vio una posibilidad de negocio y no tardó en mover ficha. Arrendó unos acres de tierra, a pocos kilómetros, para el cultivo de verduras y hortalizas, compró cien cabezas de ganado y contrató un par de vaqueros y una cuadrilla de campesinos chicanos, que se instalaron en la explotación y se encargaron de atenderla. Muchos pensaron que iba a ser complicarse la vida sin necesidad, porque el restaurante dejaba buenos beneficios, pero si no lo hacía ahora, que era fuerte y joven, ¿cuándo iba a meterse en esos berenjenales?, como llamó Megan a su iniciativa. El negocio agrario tardó un tiempo en florecer, pero terminó dando sus frutos. Echaron cálculos y era mucho menos el tiempo que les quitaba que el dinero que entraba en su cuenta corriente, engordando sus arcas poco a poco, para disfrutar de una holgada jubilación a todo tren. Aparecían por la finca cada tres o cuatro días a comprobar que todo estaba en

orden y los jornaleros no andaban tumbados a la bartola, a la sombra de un árbol; contemplaban los chotos recién nacidos con una mezcla de ternura y nostalgia, suponiendo que en unos meses partirían en un camión de ganado a la mesa de un restorán, y regresaban a sus labores de hostelero, al ajetreo del salón y al refugio de su pequeño oasis en medio de la ciudad.

Fue uno de los veranos más calurosos de los últimos tiempos. Las temperaturas alcanzaron máximos históricos, los termómetros rozaban los cuarenta grados durante el día y los veinte por la noche. Era como si el cambio climático estuviera saldando cuentas, furioso y alterado con la sociedad por tirar piedras contra su propio tejado. Las praderas se habían convertido en pálidos secarrales que amenazaban con prenderse fuego y las cigarras cantaban machaconamente, encaramadas a los árboles, anunciando a gritos el desastre. Mary y John pasaban los días a la fresca del aire acondicionado del restaurante, a remojo en la orilla del lago que bañaba el borde de su propiedad o en las tumbonas del jardín, tomando un té helado medio en pelotas, a la umbría de un corro de abedules blancos. Muchas tardes a última hora cogían su barquita de madera y navegaban sin rumbo por las aguas mansas de la laguna. Cansados de remar, se dejaban caer en el regazo del otro y veían apagarse lentamente los hermosos ocasos. Era la medicina que sanaba cuerpo y mente de un plumazo, calmaba el estrés de los agotadores servicios, rociándoles el alma de paz, y mejoraba la presión arterial, la paciencia, el autocontrol y hasta la calidad del sueño. Era como ir a terapia en un entorno privilegiado, sin salir de casa ni pagar un centavo.

En uno de aquellos coloridos crepúsculos, que contemplaban hipnotizados hasta que se marchitaba en el horizonte, John sacó de su bolsillo una cajita de terciopelo blanco, clavó la rodilla en el suelo de la barca y recitó unas palabras de amor que llevaba escritas en una hoja de papel doblada en cuatro pliegues.

—No me imagino la vida sin ti —decía—, sin tu beso de buenas noches, tu delicioso olor a bebé, tus caricias mañaneras en el pelo, tus miradas discretas buscando la tristeza que escondo en un día gris, para sanarla sutilmente con el roce de un abrazo; sin tus bromas tontas, que harían reír a la persona más infeliz; sin tus manías de mujer valiente, sin la niña que llevas dentro, sin el último de tus defectos. Supongo que sería como si me arrancan el alma de cuajo y siguiera respirando por inercia, ahogándome en los recuerdos y suplicando la muerte.

Mary se quedó fascinada con aquella hermosa declaración, que narraba a la perfección el sentimiento de angustia que también brotaba en su mente al imaginar, por un momento, el amanecer sin él. Sus ojos brillaron como las estrellas que nacían del firmamento apagado y comenzó a sollozar a lágrima viva, repitiendo «sí, quiero» una y otra vez y extendiendo la mano para recibir el pedrusco. Se fundieron en un abrazo eterno del que no pudieron escapar, navegaron a la deriva acurrucados dentro del bote y despertaron de otro de sus sueños convertido en realidad, topándose suavemente con la orilla de la laguna. El reflejo de la luna y las constelaciones que salpicaban la esfera celeste bañaron de luz natural una noche que jamás olvidarían. El tema del enlace había estado presente durante todos esos años de relación, pero siempre lo tocaron por encima, porque lo de menos era el casamiento, como ellos decían, y no hacía falta ningún papel que acreditara su amor de novela. Lo importante era quererse a morir, sentir la magia de un instante como aquel, el nerviosismo del bueno, de los momentos

previos al enlace, la ilusión de vestirse de blanco, arropados por el calor de los suyos, y de fugarse a un lugar remoto donde asimilar otra fantasía, a los pies de un cocotero.

En uno de sus largos achuchones terapéuticos cayeron al suelo, rodaron por el pasto esponjoso de la pradera, hicieron el amor sin prisa hasta la madrugada y amanecieron en los asientos del porche con el sonido de la naturaleza, cegados por suaves rayos de sol. No tenían claro si iban a organizar una ceremonia religiosa en una gran catedral o a casarse en secreto en una playa desierta de arena blanca, bajo un arco de flores rosadas, pero querían vivir ese momento tan especial, blindar su amor contra devotos y malas lenguas y de paso disfrutar de algunos beneficios fiscales del matrimonio.

A mediados del año siguiente se casaron en la basílica de San Josafat, una opulenta parroquia neorrenacentista, tallada en piedra caliza, que levantaron en el siglo XIX feligreses no cualificados y gente pobre de la zona, contratada cuando los fondos limitados de la Iglesia lo permitieron. Estaba ubicada en el barrio de Lincoln Village, al sureste de Milwaukee, y representaba de maravilla el esplendor de la arquitectura eclesiástica, con su enorme cúpula de bronce, sus torres de arcos abiertos que daban voz al campanario, sus columnas de granito, sus hermosos áticos, capiteles y rosetones. En la belleza de su interior destacaban sus detalladas pinturas al óleo de escenas bíblicas, decorando las paredes y los techos de la cúpula, yeserías ornamentales acabadas en pan de oro y hermosas vidrieras de colores esmaltados por las que penetraba un arcoíris de luz. Les casó un fornido sacerdote miope de la archidiócesis de Milwaukee de gesto amable, mirada oscura, olor a rancio y dedo acusador, enfundado en una sotana blanca hasta los tobillos, ante la atenta mirada de un tumulto expectante (familia, amigos, empleados y algunos curiosos, en su mayoría ancianos sin quehaceres y turistas entrometidos). El viejo Henry no quiso perderse a su discípulo contrayendo matrimonio. Lo había visto partir de cero en la profesión, pedaleando con su antigua bicicleta por las gélidas calles de la ciudad en el invierno y soportando las bochornosas tardes de verano. Había confiado en su buen hacer, seducido por sus modales de niño prodigio y su gran corazón, y estaba orgulloso de verlo triunfar, también en el amor. Se bajó a duras penas del coche que enviaron a recogerle. Llevaba puesto un antiguo traje de chaqueta cruzada y pantalón recto que desempolvó del armario, y un bombín de terciopelo negro; caminaba despacio con la ayuda de un bastón de bambú y le costaba contener la emoción en la seriedad de su rostro agrietado. Su carácter testarudo y su corazón impenetrable se estaban ablandando con el tiempo. La estrecha relación que compartía con el muchacho se había ido fortaleciendo con el paso de los años, al punto de volverse irrompible. Se querían como hermanos y se cuidaban mutuamente. Henry seguía alumbrándole con sus preciados consejos de abuelo, lo estrechaba en su regazo como a un niño y, aunque no acudía tanto como le gustaría al restaurante que llevaba su nombre por los achaques de la edad, cuando entraba por la puerta repartía buenos pareceres y era venerado como un dios griego. John compensaba la distancia impuesta por el curso de la vida visitándole a menudo en su pequeño apartamento del barrio obrero, se encargaba de que no le faltara de nada, de sus medicinas para la tensión, el reuma y la diabetes, de sus citas con el cardiólogo, y aseguraba que iba a estar en deuda con él de por vida por haberle enseñado tanto, por regalarle su confianza y por ser el padre que hubiera querido. Continuaba pasándole la pequeña pensión que acordaron por el traspaso del antiguo local y se empeñaba inútilmente en darle algo más por el encarecimiento de la vida, pero Henry lo rechazaba de un manotazo, alegando que un carcamal como él no necesitaba tanto dinero. «Guárdalo para mi

funeral, que no va a tardar en caer», decía con el aire tranquilo del que no teme a la muerte. Pasaban el rato charlando de los viejos tiempos, de la dura infancia de Henry, de los trabajos que desempeñó, historias que John había escuchado cincuenta veces y seguía prestándoles la misma atención; daban la vuelta al parque y se recogían porque el viejo se cansaba enseguida y echaban alguna partida al tute o al dominó. Eran dos afortunados que habían tenido la suerte de encontrarse en el camino.

Unos meses antes de la ceremonia, los prometidos estuvieron acudiendo una vez por semana a la parroquia, a escuchar las charlas prematrimoniales que hablaban del perdón, el manejo del conflicto, la planificación familiar, la intimidad o las finanzas del hogar. Pura palabrería, según John, porque si estaban a un paso del altar se supone que debían tener claros todos esos aspectos. Además, sabían que la mujer es quien lleva los pantalones y las cuentas de una casa. Pensaba que no tenía mucho sentido, pero a su vez entendía que fueran necesarias para reafirmarse en el gran paso que iban a dar, crecer espiritualmente y entrelazar su relación con Dios. No iba a ser la primera vez que dos esposos se separan a los cuatro días de salir por la puerta de la Iglesia, que una boda se arruina en la despedida de soltero o que uno de los contrayentes se echa para atrás en el último momento y sale espantado por habladurías de matrimonios insufribles. El nerviosismo fue apretando como un suave nudo corredizo a medida que se acercaba la fecha marcada en el calendario, hasta el punto de provocar una pequeña errata por parte del joven, que se coló en mitad de la ceremonia y despertó el murmullo alegre del público. Aquella tórrida mañana de junio, Mary despertó de un brinco de la ligera cabezada que pudo pegar en toda la noche, se preparó un té de tila bien cargado para calmar su inquietud y comenzó a acicalarse, revoloteando entre un corro de mujeres: una peluquera y maquilladora profesional, dos amigas y dos tías, que la seguían por la casa lanzando consejos al aire y poniéndole más histérica. Parecía una quinceañera que iba a encontrarse con el cantante de *pop* que aparecía en todos los recortes de revista que forraban su carpeta de instituto. Estaba tan nerviosa que no atinaba a enfundarse las medias, corría de un lado a otro porque el tiempo se les estaba echando encima y, para colmo, cuando fue a ponerse el vestido se dio cuenta de que había cogido un par de kilos por culpa de su voraz apetito y los dulces de la vecina; le costó un mundo abrochárselo, a base de apretones. Salieron enhebrados hacia Milwaukee, con su padre pilotando a gran velocidad un lujoso auto alquilado para ganar algo de tiempo, pero como buena mujer se retrasó veinte minutos, que pusieron al novio más nervioso todavía. Si no fuera por la confianza ciega y el envidiable amor que compartían a pequeños bocados, John habría pensado en una posible fuga de la novia. Al contrario que su futura esposa, la mañana de John fue un paseo militar en casa de Megan. Su madre lo ayudó a vestirse, estuvo aconsejándole y serenó sus cuatro sofocos con las palabras adecuadas. Habían llegado a la Iglesia un rato antes de lo establecido y John esperaba ansioso en el altar, enfundado en su elegante traje azul de príncipe de Gales, mirando a cada minuto el reloj, a su madre y al señor cura, que empezaba a mosquearse, harto de ver plantones nupciales. De pronto, Mary irrumpió en la basílica con un vestido blanco de corte renacentista, falda abultada, corpiño ornamentado y espalda transparente, que daba un aire seductor a su deliciosa figura de mujer. Arrastraba una larga cola de aplicaciones florales y pedrería y llevaba un precioso recogido trenzado en el pelo. Parecía un ángel alado que brillaba con luz propia. El gentío se volteó bruscamente, John levantó la mirada y contempló embobado a la niña que amaba, caminando por la alfombra púrpura del brazo de su padre, al compás de una emocionante melodía, con una sonrisa

nerviosa en el rostro. Irradiaba una belleza sobrenatural, que generaba admiración, lágrimas de alegría y delicados cuchicheos. Le pareció un ser divino, de otro planeta, la vio más hermosa que nunca, más joven, más inocente, como si los rayos de luz blanca que penetraban por las vidrieras hubieran dulcificado su rostro perfecto. El suave runrún se fue apagando, escucharon las palabras de sacerdote, sus lecturas de la sagrada Biblia y el interrogatorio mirándose como dos tímidos chiquillos, ansiosos por darse el consentimiento. John levantó el velo de gasa y juntaron sus labios en el tradicional beso que puso fin a una hermosa ceremonia. El enlace despertó envidia entre las parejas más jóvenes, a quienes les entraron las prisas por casarse, y nostalgia entre los mayores, que recordaban con lágrimas en los ojos el día de su boda. A las puertas de la iglesia fueron vitoreados como dos reyes romanos, recibieron el clásico baño de arroz y se marcharon en un lujoso Rolls-Royce negro, adornado con lazos blancos, entre un alboroto de aplausos, voces alegres y el ruido de unas latas atadas a la parte trasera del auto. Dos días más tarde se marcharon de luna de miel a la Polinesia francesa, se instalaron en un fascinante complejo de cabañas sobre el agua transparente de la isla de Bora Bora y estuvieron una semana recorriendo el archipiélago en avioneta, contemplando desde las alturas los paradisiacos islotes que salpicaban de verde la vastedad del Pacífico Sur, surcando sus mares turquesa en una barca a motor y sumergiéndose a explorar sus arrecifes de coral, llenos de vida.

Su periplo en el paraíso comenzó una madrugada de cielo raso, de nervios a flor de piel y alegría a raudales en el aeropuerto regional, donde embarcaron entusiasmados por los hermosos sentimientos que la magia de viajar despertó en sus corazones mucho antes de llegar a su destino. Sentían un agradable cosquilleo de enamorado en el estómago, que hizo de las diez largas horas de vuelo un buen rato en el que poder descansar, prepararse para seguir coleccionando recuerdos bonitos y fantasear con uno de los lugares más bellos del planeta, valiéndose de las pocas imágenes que habían visto en un folleto de viajes, porque querían deleitarse con la esencia del directo. A las doce de la mañana aterrizaron en Papeete, Tahití, se apearon de la nave con el cuerpo agarrotado, pusieron los pies en tierra y su imaginación siguió volando, fascinada con la belleza de una hermosa capital al resguardo de las montañas, varada en mitad del océano. Anduvieron a la carrera por el aeropuerto, con las maletas a cuestas, porque habían llegado más tarde de lo previsto y cogieron por los pelos un vuelo directo a Bora Bora que tomó tierra, a los cincuenta minutos, en la áspera y minúscula lengua de asfalto de ese remoto atolón escoltado por barreras naturales y pequeños cayos. Un trabajador local del resort donde iban a hospedarse, de cuerpo robusto, rasgos orientales y piel oscura, los esperaba a pie de pista con una sonrisa cruzada en el rostro, un cartel con sus nombres entre las manos y dos olorosos collares de gardenias blancas que colgó de sus cuellos. Se deslizaron en lancha rápida por una bahía de aguas cristalinas y llegaron a un espectacular complejo flotante rodeado de verdes colinas, donde pasarían unos días de fantasía, viviendo nuevas experiencias y tomando bebidas afrutadas a la sombra de las palmeras. Corrieron a dejar sus petates por el tallo de un estrecho muelle de tablas y en uno de los ramales que daban paso a los hermosos palafitos, anclados al mar por varios postes, encontraron su alcoba, un amplio bungaló de madera que paralizó sus sentidos, dejándoles boquiabiertos. Tenía parches transparentes en el suelo que mostraban la vida marina, una bañera oval a los pies de una enorme cama, cubierta por una mosquitera colgante de tul, una terraza privada donde la vista se perdía en los confines del océano, y una pileta infinita que se fundía con el horizonte y derramaba el agua en la

laguna. Era un excitante remanso de paz que entrelazaba lujo y sencillez y pretendían disfrutarlo desde el minuto uno.

Después de dar una vuelta de reconocimiento por el complejo de la mano de una agradable señorita de metro y medio de altura y un sedoso pelo negro hasta la rabadilla, tomaron un cóctel de bienvenida en los sillones de recepción y anduvieron a zambullirse en la laguna del santuario. A través de las lentes de buceo, sus ojos, abiertos de par en par, descubrían el asombroso pelaje de la fauna marina. Había peces de mil formas y colores, rayas que pasaban por el fondo sacudiendo su cuerpo de alfombra, tortugas centenarias que remaban con gesto de indignación en busca de un puñado de algas que despedazar con su boca desdentada, y extrañas criaturas de cuerpo deforme que danzaban al ritmo de la corriente, delante de sus narices. Fue un verdadero espectáculo que solo la naturaleza podía ofrecer y lo disfrutaron como si fueran a marcharse al día siguiente. El esfuerzo dentro del agua, persiguiendo animalitos, abrió su voraz apetito, se pusieron ropa holgada y fueron a saciar el hambre a uno de los tres restaurantes que abastecían el resort. Llevaban sin probar bocado desde la madrugada, cuando pidieron en el avión un plato de pollo recalentado con arroz, que no pudieron saborear porque sus papilas gustativas se habían adormecido con la altitud. A unos metros del agua encontraron un chamizo abierto que ofrecía un servicio de bufé de lo más variado, bandejas colmadas de marisco, pescados, pasta, diferentes tipos de ensalada, platos combinados de carne de puerco, espinacas, macarrones y frijoles rojos, fruta fresca, dulces y un sinfín de alimentos que hizo las delicias de un par de glotones. Acabaron con la tripa llena, reposando la ingesta de comida tumbados en dos hamacas colgantes que había amarradas a un corro de cocoteros.

Cuando el sol comenzó a templarse, arropado por la mar azul verdosa, un empleado del resort con los ojos rasgados y el habla serena los escoltó a otra cabaña, donde disfrutaron de unas manos milagrosas, impregnadas en aceite de camomila, que se movían al son de una dulce melodía tibetana. No llevaban más que unas horas de alojamiento y ya eran conscientes de que lo único que iban a hacer era limitarse a disfrutar, sumidos en una profunda relajación que tardarían meses en sacudirse.

Pasaron unos días inolvidables recorriendo la isla a bordo de un ciclomotor alquilado, deteniéndose en miradores que ofrecían paisajes únicos, visitando puestos de artesanía local, templos de piedra al aire libre y playas de arena blanca y aguas turquesa. Subieron a los hombros del monte Otemanu, un volcán extinto de hermoso pico que se alzaba en el añil de la laguna y ofrecía unas vistas increíbles del océano, visitaron alguna de las islas vecinas que asomaban el cogote en mitad de la nada, nadaron con delfines y dieron de comer a los tiburones, una actividad que desató nerviosismo y entusiasmo a partes iguales. El día de la peculiar excursión se embarcaron en un catamarán con un grupo de quince personas y navegaron hasta un enclave cercano, lanzándose preguntas unos a otros y disimulando la inquietud con sonrisas nerviosas. La sangre que escurría del cubo de la carnaza, salpicando el azul de rojo, atrajo a decenas de escualos, que merodeaban en las aguas poco profundas, donde, armados de valor, iban a sumergirse a contemplar el festín. La probabilidad de que accidentalmente confundieran una de sus extremidades con parte del menú era inmensa y aterradora, pero no querían dejar de vivir una experiencia única. Sin pensárselo dos veces se arrojaron al agua con el traje de buzo puesto y un ligero tembleque sacudiendo su cuerpo y, cuando la confianza convirtió el miedo en respeto, pudieron divertirse como dos cachorros hipnotizados con una mariposa. La pequeña diferencia era que estaban

rodeados de tiburones —alguno de tamaño considerable— y toda clase de peces hambrientos intentando, a la desesperada, conseguir su ración. De vuelta en la embarcación y con la adrenalina todavía recorriendo sus cuerpos, recordaron alguna anécdota que sucedió dentro del agua, como el susto que a punto estuvo de parar el corazón de John cuando uno de los escualos se topó con su espalda por accidente.

—Cariño, tenías que haberte visto la cara —dijo Mary partiéndose de la risa.

—Amor, no creo que fuera peor que la tuya antes de zambullirnos, parecías una seta mustia —respondió él, desaguando el nerviosismo contenido a carcajadas.

Aquella noche cubrieron su piel bronceada de lino blanco, se rociaron de perfume y acudieron a cenar a uno de los restaurantes más bonitos de la isla, donde combinaban la alta cocina francesa con sabores clásicos del exótico continente asiático. A la luz de las velas, con la hermosa panorámica de la laguna y el monte de fondo, brindaron por el amor que sus ojos reflejaban y por mantenerlo intacto, mimándolo sutilmente de por vida. La romántica velada comenzó con miradas de enamorados y suaves caricias de manos, y terminaría a las pocas horas en la pileta del bungaló, alumbrada por una inmensa luna llena. No iba a ser fácil superar la fragilidad de un dulce recuerdo, que saborearon a conciencia, para hacerlo eterno y aunque por momentos apreciaban la triste sensación del que debe marcharse a la fuerza, en el fondo estaban tranquilos, porque eran expertos en crear ambientes mágicos solo con su presencia y sentimientos. El ansia de seguir dejando huellas bonitas en cualquier rincón del planeta no iba a aflojar hasta que la artritis y la debilidad de sus piernas de ancianos lo impidieran, porque sabían que solo estaban aquí de paso. Humedecieron el paladar con un delicioso vino blanco de Borgoña y degustaron exquisitos platos de autor: ensalada de gambas y crema de coco, foie gras chamuscado y risotto de langosta, y terminaron la cena con un exquisito sabor de boca y alguna idea gastronómica que más tarde trasladarían a su preciado restaurante. La mente inquieta de John y la asombrosa imaginación de Mary formaban un equipo maravilloso y aprovechaban cualquier excusa en su afán por mejorar. Tomaron una copa de champagne rosado, compartiendo arrumacos y hermosas sensaciones, y cuando las ganas de besarse continuamente se apoderaron de la situación, una ardiente mirada anunció la marcha al bungaló.

Hechos un ovillo en la terraza privada de la cabaña, custodiando un *Bloody Mary*, las caricias y los besos húmedos se sucedían de forma ininterrumpida. Se sentían los reyes del mundo, arropados por un interminable manto de estrellas y un radiante plenilunio que abrillantaba la mar, creando una fina lámina de plata, donde veían reflejada la fortuna de tenerse, amasada con delicadeza por su enorme corazón. Atravesaban el mejor momento de sus vidas, paseando de la mano por un camino de rosas, como los protagonistas de un hermoso cuento de hadas del que se negaban a escribir el final, y armados de perseverancia y empeño lucharían para que así sucediera.

Al final de una caricia, Mary se levantó al aseo y regresó completamente desnuda, agarró la mano de John y se metieron en la piscina, templando el agua con el ardor de sus cuerpos nudos. Nadaron hasta el borde y comenzaron a hacer el amor suavemente, en medio de un océano chispeante. Habían conseguido una vez más detener el tiempo, pero ellos continuaban en movimiento, oscilando despacio dentro del agua, enfrascados en una atmósfera especial, que condenó sus sentimientos al amor eterno. Su noche de romance y pasión terminó dentro de la cabaña, con John limitándose a cumplir órdenes,

atando las muñecas de Mary al cabecero de la cama con una fina sábana y satisfaciendo su ansia de ser dominada ferozmente cuando hervía de placer. El simple hecho de verla morir de gusto obligaba a John a concentrarse para no terminar, esperando el momento de hacerlo juntos y disfrutando por más tiempo de su mayor fantasía. De repente, Mary escapó del amarre, cogió las riendas, se puso encima y, sujeta a su cuello, comenzó a moverse, chocando las nalgas contra sus muslos. Tenía el don de quitarse el disfraz de niña dulce y vestirse de fulana en cuestión de segundos. Fue una velada imborrable. Ellos pusieron las ganas, la delicadeza y el frenesí; la magia del paraje hizo el resto.

De noche por todo el mundo, amanecieron a las pocas horas con ayuda de un reloj despertador. No querían perderse otra de sus citas con el alba de un lugar tan bello. Solo con apretar un botón acercaron a su alcoba un apetitoso desayuno —fruta troceada, café arábico recién hecho, dulces y tostadas—, que degustaron en las tumbonas del palafito, viendo la espectacular aparición paulatina del sol sobre el mar. El canto delicioso de algún ave tropical se acoplaba de maravilla a un apacible silencio. La experiencia por tierras de Oceanía tocaba los últimos acordes de una alegre melodía que se iba deprimiendo y querían seguir recopilando momentos. El resto de la mañana lo aprovecharon haciendo esnórquel por el arrecife, una salida que no estaba incluida en el paquete y supuso un coste extra. Lo abonaron encantados. Ya habría tiempo de apretarse el cinturón yendo al trabajo en bicicleta o cenando sobras durante un mes, mientras recordaban el costoso viaje al paraíso con una enorme sonrisa en el rostro y la mente sobrevolando el archipiélago perdido. Si por ellos fuera, estarían comiendo sopas de pan de por vida, a cambio de amanecer en una nueva ciudad cada semana.

Al pintar el día zarparon en una pequeña lancha de recreo con el techo de lona, escoltados por Alipate, un fornido patrón tahitiano que mascullaba su extraña lengua y conocía el archipiélago de punta a punta, y un guía franchute, larguirucho y sonrosado, que hablaba cinco idiomas, entre ellos el castellano y un perfecto inglés a la americana. Arrojaron el ancla en una zona de aguas claras y poco profundas, se pusieron la máscara de buceo, una botella de oxígeno a la espalda y se apearon de la embarcación a contemplar la hermosa selva de mar. Esta vez, Mary portaba una cámara en la frente para dejar constancia de unas imágenes dignas del recuerdo. Querían recrearse con ellas en la gran pantalla de su televisor y revivir en cierto modo la inmersión, incluso cuando su memoria comenzara a apagarse con los años. Explorando una zona pedregosa, la joven divisó una enorme morena de lunares amarillos escondida entre las rocas, que acechaba a su presa con la boca abierta y sus dientes de serrucho. Tenía un aspecto aterrador. Daba la impresión de que en cualquier momento iba a despojarse de su impoluta quietud y saldría de la grieta en un ataque relámpago. Mary salió a la superficie, se quitó la boquilla del oxígeno y llamó a John, que se encontraba a quince metros ajustándose las gafas. Quería compartir con su amado el curioso hallazgo antes de que el increíble pez anguiliforme pudiera guarecerse en su refugio o arremeter contra su brazo. Aprovechando la poca profundidad, John caminó hacia ella a grandes zancos, empujado por la intriga, sin imaginar que avanzaba directo al desastre. En una de las zancadas aterrizó el pie en el fondo, pisó algo punzante y sintió un daño terrible. Pensó que había sido una roca puntiaguda o un anzuelo olvidado y que enseguida se le pasaría, pero en cuestión de segundos el dolor se tornó insoportable y el miedo se apoderó de sus pensamientos. Comenzó a angustiarse, a respirar acelerado, a retorcerse de dolor y, entre quejido y sollozo, se preguntaba qué demonios podía haber desatado tan desagradable sensación.

Sumergida bajo el desconocimiento, Mary intentaba no perder de vista al animal, pero la tardanza de John hizo que saliera a flote. Al percatarse del oscuro panorama, nadó rápido hacia él y cuando escuchó sus lamentos, su llanto, sus delirios y su voz entrecortada, comenzó a vocear pidiendo auxilio como si le fuera la vida en ello. Los gritos desesperados de socorro alertaron a la embarcación que fondeaba a lo lejos. Alipete agarró los anteojos de un zarpazo, descubrió el revuelo de manos alzadas agitándose y puso en marcha el rescate. Los auparon de un tirón y, a bordo del bote, sus rostros desencajados, su agonía y la pierna hinchada del muchacho, que se había inflado como un globo, presagiaron la desdicha. El patrón se echó las manos a la cabeza. La elefantiasis de su pierna tenía pinta de haber sido provocada por la picadura de un pez venenoso y, como buen conocedor del mundo marino, no erraba en su fatal augurio. Levaron anclas y salieron escopetados al aeródromo de la isla, donde un viejo helicóptero de salvamento cargó a los recién casados, se aupó en el aire y puso rumbo a la capital como un ave espantada en mitad de la tormenta. En la cruda agonía de los asientos traseros, Mary se aferraba a su mano y acariciaba su frente helada, intentando, inútilmente, achicar el daño con cercanía, pero John empeoraba por momentos. Luchaba por levantar sus pesados párpados de plomo, la palidez teñía de blanco su triste rostro y una espesa neblina invadía, a ráfagas, sus pupilas dilatadas por las neurotoxinas. De pronto perdió el conocimiento y se desmayó en los brazos de la joven. Mary enderezó como pudo su pesado cuerpo muerto y se puso a gritar como una loca de remate en pleno brote psicótico. El pánico irrumpió en la aeronave, encarnado en el fuerte zumbido de las hélices, el cuerpo inerte de John y los gritos de desesperación de Mary, que intentaba reanimarle a cachetadas, mientras pedía explicaciones a los cuatro vientos. El piloto y su acompañante trataron de tranquilizarla a través del pinganillo que salía de su casco de mosca atómica, anunciando, sin soltar los mandos ni quitar ojo a las alturas, que en pocos minutos tomarían tierra.

—Tiene los síntomas propios de este tipo de picaduras tan poco comunes. En cuanto pisemos el sanatorio, las medicinas aliviarán su padecimiento. Mantén la calma, por favor, este pájaro desplumado no puede volar más rápido.

Qué fácil era decirlo y qué complicado serenarse con el amor de su vida desplomado en su regazo, con facha de cadáver. Cada minuto duraba una eternidad en aquel sinvivir, el sol radiante parecía haberse eclipsado, dando paso a una noche cerrada de pleno invierno y las palabras de los salvavidas, intentando amainar el desasosiego y aportar algo de luz, no pudieron alumbrar el renegrido trayecto. A su llegada a la clínica, varios médicos acudieron a atenderlo, angustiados por su desvanecimiento y su pierna de elefante. Lo tumbaron a la de tres en una camilla con ruedas que resonaba a hojalata y empujaron su cuerpo inconsciente a toda velocidad por el pasillo. Buscaban con desesperación el resplandor de la sala donde intentarían devolver la normalidad a sus vidas o el lugar donde todo acabaría.

«Aquel día sentí la hoja de un puñal entrando y saliendo en mi pecho como un cuchillo en la mantequilla y no tenía fuerzas para sujetarlo y atravesar mi corazón, aquel día, supe lo que era el miedo y quise escapar de él de la forma más cobarde, contemplé la muerte a centímetros, convertida en dulce fruta. Me estaba desmayando, necesitaba darle un bocado». Estas fueron las palabras que Mary escribió una tarde de llovizna en las páginas de su viejo diario, con sus manos arrugadas, el pulso agitado y letras de preescolar, mirando por la ventana del geriátrico en otro de sus pocos ratos lúcidos, sin saber realmente por qué había tenido esa horrible sensación, hacía más de media vida.

—¡Disculpe, no puede pasar! —rugió una voz grave entre el jaleo de voces que acompañaba al enfermo. Mary fue interceptada por un sanitario que sujetó su brazo y le prohibió el paso con firmeza. Se quedó tras una pesada puerta de metal, llorando a lágrima tendida, maldiciendo el dichoso viaje de los cojones y viendo a través del ojo de buey cómo John desparecía en la lejanía del gélido corredor. No podía creer cómo la apacible mañana de cielo azul que pasaban bajo el agua transparente, entretenidos con los caprichos de la madre naturaleza, había dado un vuelco espantoso, convirtiéndose, en un abrir y cerrar de ojos, en su peor pesadilla. La mísera idea de que una picadura, cargada de veneno, había dejado a John inconsciente en manos de los médicos y el destino ensombrecía el escenario de una trágica función. Pasó el peor rato de su vida rezando lo poco que sabía, enfrascada en una desoladora incertidumbre, con la mirada perdida en el suelo ajedrezado de una angosta y fría sala de espera, sin más abrigo que el traje de baño y una bata de hospital prestada, fina como el papel de fumar. A los veinte minutos, un doctor gabacho de pocas palabras, rostro serio, bigote cano y con las lentes en la punta de la nariz apareció a dar el parte. Mary borró de un parpadeo la retahíla de imágenes tristes que aturullaban su pensamiento, apartó la vista de golpe de las hipnóticas baldosas y se levantó de un brinco. Como bien supuso Alipate, John había sufrido la picada del temido pez piedra, uno de los animales más letales del mundo, capaz de segregar altas dosis de un veneno similar al de la cobra y de causar la muerte de un ser humano en pocas horas de ensordecedora agonía.

—¿Me escucha, señorita? —preguntó el calmoso matasanos, que intentaba explicarle la gravedad del asunto con mucho tacto y un tono relajado que susurraba normalidad, pero Mary estaba ausente en su realidad paralela, veía sus labios moverse bajo el espeso mostacho y solo oía de fondo el eco de sus breves vocablos con acento afrancesado. La inquietud agitaba sus nervios de cachorro hiperactivo y, por un instante, pensó en zarandearlo para sacudirle la parsimonia y que fuera al grano o decirle a un enfermero que trajera una bolsa de sangre caliente para trasfundírsela; lo único que quería era saber cómo se encontraba John y entrar a abrazarlo.

—De momento no puede pasar —escuchó claramente segundos antes de venirse abajo. Sin tiempo de asimilarlo, volvió a alzar la cabeza y su angustia aflojó una pizca la soga de su cuello, al enterarse de que John había despertado y estaba respondiendo al tratamiento. Soltó una bocanada de aliento amargo, miró hacia arriba y, mientras daba gracias a Dios con las manos entrelazadas por haber escuchado sus tristes súplicas, prometió acudir a la Iglesia con regularidad, rezar el rosario cada noche y practicar el cristianismo. Mary sabía de la importancia de la fe en los momentos complicados y siempre creyó en la existencia de un ser superior, que impartía desde los cielos principios religiosos, normas de conducta y bendiciones, pero solo se acordaba de santa Bárbara cuando tronaba. Desaguó el coraje a lagrimones, estrujó al doctor en un brote de alegría comedida y no lo besó porque iba a pensar que estaba loca, loca de amor por ese chico que yacía aturdido en la camilla, mirando al techo con cara de espanto, dos cánulas en las narices, una manta por encima para serenar sus tiritonas y varias vías prendidas al cuerpo, suministrándole fármacos en vena para contrarrestar la toxina. La buena nueva silenció el fuego cruzado de la guerra interna que Mary libraba en su cabeza, donde los malos presagios comenzaban a superar en número al optimismo, y trajo la calma suficiente para continuar en pie, coger aire y aferrarse a la esperanza de que finalmente despertarían con una sonrisa de este hórrido sueño. Una hora más tarde, los médicos regresaron para concederle su mayor deseo y pudo acompañar a John

en los duros momentos que atravesaba, guerreando por no perecer en la más dura de sus batallas. El fuerte vendaval que elevó su cuerpo de trapo por los aires, como una bolsa vacía, hasta las puertas de la clínica, parecía haber amainado. Ahora estaba en una zona más accesible del hospital, donde debía continuar en observación. La falta de aire en sus pulmones y su dificultad para respirar obligaba a los sanitarios a mantenerle conectado a una bombona, inhalando oxígeno artificial. Y el fuerte dolor abdominal, que tensaba sus músculos en agudos brotes de pocos segundos, intentaban capearlo con el suministro de potentes analgésicos. Mary pasó corriendo y lo abrazó con la rabia que había contenido durante ese breve transcurso, que parecía toda una vida en ascuas, perdida en la inmensidad de un océano embravecido, sin nada donde agarrarse. La pequeña sonrisa que hacía amagos de florecer, tímidamente, en el rosto mustio de la joven, no era capaz de interrumpir su llanto. Llevaba llorando desde que John cerró los ojos y tenía que administrarse las lágrimas, porque se iba a quedar sin ellas y todavía quedaba lo peor. En un vano intento por tranquilizarla, John fingía estar mejor de lo que en realidad se encontraba, maquillaba su padecer con ojos alegres y risas forzadas y hasta hacía bromas sobre lo ocurrido, pero en sus adentros un miedo terrible amenazaba con amedrentar su valentía y sembrar el pánico. Nunca había estado a unos pasos de la muerte y no era fácil apartar la vista del precipicio y mirar para otro lado. Peleaba contra la adversidad de sus pensamientos con la destreza de siempre y recordaba la habilidad del señor Henry para mantenerse por encima de la cruda realidad, sujeto a una cuerda locura, pero los opiáceos y el dolor mermaban sus facultades de soldado romano.

—Si continúa evolucionando por el mismo cauce, sin desbordarse, todo quedará en un tremendo y espantoso sobresalto. La previsión no es mala... —supuso el doctor al cargo en una de sus visitas, pero la sospecha prematura del galeno resultó ser un fiasco. John pasó toda la tarde de la cama al retrete, con fiebres altas, desvaríos, vómitos y fuertes diarreas, con paños húmedos en la frente, las axilas y las ingles, debilitándose preocupantemente y agravando la situación en el determinante transcurso de las primeras horas. Parecía un perro vago y moribundo, encogido en el camastro y aferrado a un endeble hilo de vida, que las convulsiones, los temblores y los achaques se empeñaban en cortar. A falta de cambios favorables, los médicos se temían lo peor. Hablaron aparte con Mary, en un tono trágico y poco esperanzador, que desmoronó de sopetón la débil coraza de optimismo que se había forjado con mucho esfuerzo. La joven quedó atrapada entre los escombros de un fuerte derrumbe. Querían preparar el camino hacia una posible desgracia. No eran capaces de bajar su fiebre de los cuarenta grados y los efectos del tóxico, a pesar de los antídotos, tampoco remitían. Al escuchar sus aterradoras palabras y verlos rendidos de luchar sin gloria, Mary se vino abajo, salió disparada a la calle, apoyó su frente en un poste y rompió a llorar. La estancia en el paraíso se había convertido en un paseo por el mismo infierno, con su chico debatiéndose entre la vida y la muerte. Cuando se quedó sin lágrimas y pudo serenar la taquicardia que sacudía su pecho, regresó a la habitación a sentarse junto a él, apretó su mano con más fuerza que nunca y prometió no soltarla por nada del mundo. Si había de irse al otro barrio, debía llevarla consigo.

El cansancio de luchar desarmada contra un muro de piedra y suponer sin tregua cerraba los ojos tristes de Mary. Perdió la batalla con el sueño y echó alguna breve cabezada, pero entre el esfuerzo por no dormirse y los enfermeros entrando a cada rato, pasó la noche en vela, pendiente del padecer de su marido. A pesar del continuo ajetreo de sanitarios controlando a los enfermos, midiendo su

temperatura y trayéndoles medicación, la madrugada transcurría en calma cuando, de pronto, la máquina encargada de medir las pulsaciones de John comenzó a emitir un pitido constante. Su pulso se había perdido en los confines de una larga exhalación que no supo regresar y apagó su aliento. Cuatro médicos de guardia que pasaban el rato contándose batallitas en el cuarto de reuniones acudieron veloces y, con el desfibrilador que portaban, comenzaron a propinarle descargas en su afán por reanimarlo, sacudiendo su cuerpo con corrientes de tres mil voltios que atravesaban su corazón inmóvil. A los pies de la cama, Mary gritaba su nombre, enloquecida y fuera de sí, hasta que uno de los enfermeros pudo hacerse con ella y sacarla a rastras de la habitación, pese a su tenaz resistencia. Estaba al borde del infarto. La mecha de un cartucho de pólvora a punto de estallar se consumía rápidamente en su pecho, tenía la oreja puesta y se estaba empapando de todo lo que pasaba al otro lado de la puerta. La insistente maniobra de los doctores por reanimar a John no parecía dar resultado, la desesperación subía de volumen y, después un breve silencio, escuchó la fatídica frase: «Lo hemos perdido». El mundo se le cayó encima, sepultándola bajo una inmensa losa de hormigón, para sentir cómo su vida se apagaba junto con la de él. Empujada por el pánico, pensó en salir corriendo y tirarse a la mar con dos lastres en los tobillos, se desplomó en el suelo, comenzó a patalear, a quedarse sin aire, perdió la conciencia y dio un salto del sofá, donde una vez más se había quedado dormida. Afortunadamente, todo resultó ser un terrible sueño tan real como la vida misma. Se pegó a John como una lapa, se cercioró de que el monitor marcaba un pulso constante y volvió a dormitar, incapaz de resistir el agotamiento.

A primera hora de la mañana, una espléndida noticia alumbró la sombría habitación que resguardaba al chico de las tinieblas. El nuevo informe de John presentaba un importante progreso gracias al tratamiento administrado de madrugada. No había rastro de toxinas en su sangre, la temperatura de su cuerpo se había templado y el grifo de agua verde que manaba a chorros por su flácida compuerta de atrás se había cortado. Los síntomas de la intoxicación no habían desaparecido del todo. Tenía dolores musculares que estremecían su cuerpo desnutrido y medio desnudo, una fuerte jaqueca oprimiéndole el cerebro, flojera y náuseas. Estaba débil y asqueado, pero se encontraba estable y fuera de peligro. El trabajo de esos héroes con bata que permanecen a nuestro lado en los peores momentos, junto a pocas personas más, y la madre de todas las ciencias, habían dado su dulce fruto. Por precaución, pasaron otra noche en el hospital, mucho más tranquila y llevadera, y al pintar el día salieron por la puerta con la sensación de haber hibernado en una fría caverna durante un largo periodo. Su hermoso viaje por los confines del mundo terminó con una torcedura en la recta final que les dejó cara de tontos y un sabor agridulce, pero eso no iba a impedir que llevaran aquel lugar mágico en su corazón para siempre. Se sentían afortunados y bendecidos por lo que pudo ser una desgracia y solo quedó en un susto de muerte, porque sabían distinguir, buscándola entre cualquier adversidad, la parte buena de las cosas, que siempre aparece, por diminuta que sea.

Regresaron del edén presumiendo de un amor más refinado. Traían la maleta cargada de artesanía local, hermosas postales, vestimentas típicas y el alma llena de increíbles momentos vividos: sordos amaneceres que parecían de mentira, puestas que tardaban horas en apagarse y agrietaban el oscuro horizonte con brechas de lava candente y estampas únicas en la retina, de colores vivos y formas imposibles, dibujadas a capricho por un experto paisajista neerlandés. Enterrados en la arena del islote

dejaron los malos recuerdos, el miedo a no volver a ver a la persona que amas, la horrible sensación que va consumiendo tus ganas de vivir, apagando tus latidos, sacándote el aire a patadas, y al fondo del océano tiraron las imágenes de horror que filmó la cámara portátil que Mary llevaba en la frente y que parecían sacadas de un espantoso film de Alfred Hitchcock. A los pocos segundos del despegue, Mary creyó ver por la ventana una pequeña isla con forma de corazón; era un delirio de melancolía despidiéndose del atolón. John alzó el brazo y acarició su pelo. Cruzaron una tierna mirada, estaban emocionados.

Capítulo XIII
Conscientes

> «Qué importante es llevar a cabo una selección minuciosa a la hora de escoger a la gente que nos rodea, pues, en cierta medida, nuestro futuro también dependerá de ellos. Aquellas personas que la vida colocó en nuestro camino, por tiempo indefinido o una breve temporada, nos modelan a su imagen y semejanza sin apenas percatarnos. Algunos de estos maestros, impuestos por el destino o elegidos a dedo, ofrecen deliciosos manjares que no hay que desperdiciar si quieres salir fortalecido y aprender cada día un poco más».

La nueva vida de casados resultó ser igual de idílica que la anterior, lo único que había cambiado es que ahora tenían un documento firmado donde juraban quererse, un anillo en el dedo, un álbum de cincuenta páginas con las fotos de la boda, para ojear en los ratos más nostálgicos de camino a la vejez, y un sentimiento más puro que compartían con Dios. Seguían lidiando con los contratiempos del día a día sin perder la compostura ni alzarse la voz y disfrutando de las buenas costumbres: momentos simples que rociaban de exclusividad con una copa de vino en la mano, unas cosquillas en el brazo y una conversación de madrugada por las profundidades de una nueva inquietud. Salían a pasear por el laberinto de senderos que atravesaban los bosques aledaños, a navegar con su barquita de remo que tenían amarrada al embarcadero y a trotar a lomos de los dos corceles blancos, Atenea y Centurión, que finalmente importaron de Inglaterra. Disfrutaban de los privilegios que habían conseguido a base de sudor, ambición y una deuda millonaria con el banco, pero eran felices con poco: un buen libro y un café sobre la mesa del porche, el fresco olor de la ropa recién tendida que danzaba en un alambre al compás de la brisa dulce, el sonido del viento sacudiendo las hojas, el sol en la cara una mañana de invierno, la mente en calma, el corazón enamorado. La vida les daba oportunidades que sabían aprovechar. Tenían salud de hierro: Mary llevaba años sin pisar la consulta de Teodora, su médico de familia, y daba gracias cada mañana por ello, mientras que John no solo se había recuperado del espinoso percance de una luna de miel con regusto agrio, sino que salió fortalecido de esa dura experiencia que le hizo recapacitar, al ver su vida deshilachada en segundos, balanceándose al borde del abismo. Parecía absurdo que hubiera necesitado observar el desastre de cerca para darse cuenta de muchas cosas que antes estaban tan lejos o eran invisibles al candor de su conciencia. «Qué tranquila se ve la muerte desde la barrera y qué poco tarda en quitarse la máscara, mostrar sus dientes de perro rabioso y echarse encima para contemplarte de cerca con sus ojos ensangrentados», apuntaba John en su diario, días después de abandonar el archipiélago y ser sometido a un riguroso chequeo médico, ordenado por doña Esther, una doctora de cuerpo menudo, carácter fuerte y muy profesional, que era como su segunda madre y no dudaba en echarle la bronca por automedicarse o no acudir antes a la consulta, cuando el color de sus flemas era verdoso o amarillento y tenía la tos agarrada al pecho. «Esto puede desembocar en una neumonía que te mande una semana al hospital o, en el peor de los casos, al

cementerio. Me da lo mismo que no tengas otros síntomas, aquí la doctora soy yo, y no quiero que tardes dos semanas en venir, ¿me has oído?», decía doña Esther con el gesto irritado, escribiendo a toda velocidad la receta ilegible de un antibiótico y unas pastillas efervescentes para disolver la mucosidad. John pasó un día entero en la clínica haciéndose análisis de sangre, radiografías de tórax, unas pruebas funcionales que midieron su capacidad pulmonar, un electrocardiograma, y no encontraron anomalías por el chute de veneno. Salió del centro con una sonrisa y una valiosa lección aprendida que quiso compartir con Mary: «Esta vida, cariño, es un vicio que engancha, con tanta sustancia que en ocasiones te coloca en tu sitio para que sigas disfrutándola, apartado de tanta tontería». De tanto leer a Neruda se estaba volviendo un poeta. A partir de entonces prometieron dar importancia a lo que realmente la tuviera y aprovechar al máximo cada minuto, como venían haciendo, ante un mañana incierto, que podía nublarse en cualquier momento. Iban a intentar quejarse menos y no pasarse la vida deseando que llegue el fin de semana para hacer una escapada a la montaña, o esos meses de verano para disfrutar de un día de playa, una ducha y una cena en el balcón de un acantilado, o esos ratos en que la magia de la Navidad despierta nuestro espíritu más humano. La vida es aquí y ahora, ponía en un lienzo blanco que colgaba de la pared del restorán para tenerlo presente. Eran dos afortunados que se habían encargado de cultivar su propia suerte. El sólido amor que habían construido y alimentaban a diario a base de atención, ternura y frenesí, lo protegían entre algodones; se nutrían el uno del otro en perfecta simbiosis, para mejorar sobre todo como personas, y basaban su relación en el respeto, la confianza y la admiración. En los pocos ratos libres que tenían, después de tanto quehacer y tanto quererse, Mary acicalaba la arboleda, apuntaba sentimientos en su diario, escribía de la vida en un viejo cuaderno de espiral o armaba su atril en el jardín y plasmaba su estado de ánimo en conseguidas pinturas al óleo. Lo que empezó siendo un mero pasatiempo para entretenerse de Pascuas a Ramos y aliviar el estrés a pinceladas, se había convertido en una bonita pasión, tan necesaria como el comer. Se atrevía con diferentes géneros pictóricos, pintaba retratos a amigos y conocidos, que se empeñaban en darle propina, paisajes de horizontes bajos y cielos cargados de nubes, molinos de viento, canales venecianos, naturaleza muerta, frutas, flores y hasta desnudos de hombres musculosos y diosas de la mitología griega. La primavera salpicaba sus lienzos de colores floridos, el otoño los cubría de tonos ocres, el frío invernal traía a sus cuadros estampas nivales; la tristeza, bosques tenebrosos, manzanas podridas y cuerpos horrendos, y la magia del arte le llenaba el corazón. Entretanto, John agarraba una novela y en cada salto de página contemplaba a su amada, cada día más hermosa, más mujer, componiendo ensimismada sus creaciones. La perseguía por la fronda, excavando la tierra donde ella sembraba una nueva flor, probaba suerte con la pintura, animado por ella, embadurnando el papel de manchurrones donde podían intuirse dibujos de preescolar y hasta posaba para alguno de sus desnudos. Se pasaban la vida compartiendo tiempo, trabajando como borricos, conociendo mundo o repantingados en el sofá, cuidándose y mimándose, sin dejar para mañana lo que podían hacer hoy. Les iba bien en el amor y también en los negocios.

Los primeros días de vuelta en Madison fueron de adaptación. Todavía andaban con la mente entre palmeras y el cuerpo hecho a la buena vida, pero no quedaba otro remedio que despojarse de las costumbres de marqués y volver a esa latosa rutina que pesa que aploma, pero que en los malos momentos tanto se echa de menos. Por suerte amaban lo que hacían y resultaba más fácil incorporarse,

sin mendigar unas vacaciones de las vacaciones. Retomaron sus tareas con actitud renovada por haber salido ilesos de las turbulencias que sacudieron su último viaje, pero el primer día acudieron al restaurante con las orejas gachas del rapapolvo que les acababa de echar Megan, al enterarse del percance que tuvieron. «No me vengas con el cuento de que ojos que no ven, corazón que no siente, John, déjame a mí decidir lo que quieren ver mis ojos, sufra o no mi corazón, cuando la vida de mi hijo pende de un hilo». Se montó una buena. Mary no sabía dónde meterse. Se exculpó diciendo que las primeras palabras de John, cuando la vio entrar corriendo en la habitación del hospital y arrojarse a su cuello fueron que no dijera nada a su madre, porque, estando a miles de kilómetros, poco más podía hacer que rezar como una loca y llorar desconsolada y no quería preocuparla. «¡Claro!, y tú vas y le haces caso, ¿no? ¡Qué bonito! Pues prefiero estar una semana llorando y rezando o varios meses sin levantar cabeza que pasarme el resto de mis días muerta en vida por no haber podido despedirme de lo que más quiero», dijo Megan, enervada y con el gesto malhumorado, tachándoles de insensatos y tirando por tierra sus alardes de madurez. Eran dos buenos chicos que apuntaban maneras, pero les quedaba mucho que aprender. Se acercaban a los cuarenta, negándose a soltar la mano del niño que llevaban dentro, aquel que les endulzaba la vida y siempre se manifestaba, menos cuando había que arremangarse, ponerse serio y atender las tareas.

El cultivo de verduras y hortalizas y la cría de ganado a pequeña escala que afloraban a las afueras de la ciudad, en los acres de tierra que tenían arrendados, continuaban reportando beneficios, sin quitarles mucho tiempo, excepto cuando Mary se pasaba horas acariciando a los chotos recién nacidos, dándoles el biberón porque su madre los había rechazado, o recogiendo en una cesta de mimbre los vegetales para la cena. En una ocasión pasó la noche entera en el granero, recostada en una alpaca, como una auténtica vaquera, con su camisa a cuadros rojos, un peto tejano, un gorro de paja, una botella de leche en la mano y un ternero en su regazo que vino al mundo de madrugada y su madre, Jacinta, una vieja vaca de carne, perdió la vida en el alumbramiento. Lo llamó Arrogante por el parto complicado y fue su preferido durante un tiempo, pero no tuvo más remedio que hacerse la dura, ignorar sus topetazos cariñosos en el trasero y mirar para otro lado cuando correteaba con los demás becerros. Quería ahorrarse el mal trago de verlo partir en un camión de ganado, de camino al matadero. Abastecían de carne y verde a media docena de restaurantes, además del suyo, facturando por un lado y ahorrándose un buen dinero por el otro. John tenía buen ojo para los negocios y a una valiente compañera al lado dispuesta a todo.

En el Henry´s se respiraba el mismo ambiente refinado de luces tenues, un hilo de música clásica y deliciosos aromas que habían conquistado a la ciudad y sus visitantes. El éxito seguía presente al final de cada servicio, gracias al empeño de hacer las cosas bien, a la confianza en uno mismo, a no confiarse, embriagados de triunfo, y a un equipo insuperable que habían escogido con esmero. Formaban una auténtica familia que se dejaba la piel en lo que hacía. Eran los de siempre y alguno más, con las ganas del primer día, la experiencia de los años y las faltas y la motivación de un buen salario a fin de mes, que había ido engordando por los buenos resultados. Reacios a relajarse ante semejante gloria, en sus mentes inquietas rondaban continuos esbozos para seguir evolucionando y sorprender a la clientela con su imaginación de prosista. Tenían la buena costumbre de incorporar platos nuevos a sus originales menús, dando un toque de aire fresco a una carta impredecible, que lograba excitar al más

calmado cliente, en su empeño por repeler cualquier amenaza que pudiera conducirles a la empalagosa rutina. Cada dos por tres celebraban jornadas solidarias y repartían platos de comida entre la gente necesitada —y algún caradura—, que acudía a las puertas del restaurante empujada por el hambre y la triste necesidad. También hacían catas para unos pocos afortunados que, después de una larga espera y abonar una importante suma, se sentaban a degustar los mejores productos gourmet, traídos desde cualquier parte del mundo: carnes marmoleadas de Japón, mariscos de la Rías Gallegas —el área costera de una hermosa región al noroeste de España—, huevas de esturión del mar Caspio, atunes de trescientos dólares el kilo, hongos de los bosques de Asia, quesos de burra o de alce, excelentes vinos franceses, chocolates de Ecuador y un largo etcétera que transportaba a los comensales a la otra punta del planeta sin levantarse de la mesa. Los fines de semana, a última hora de la noche, bajaban las luces y una esbelta bailarina revoloteaba entre las mesas con sus alas de gasa amarradas a las muñecas y salpicadas de luz, al son de una danza contemporánea, o entraba en escena algún artista a ofrecer un sutil espectáculo a los presentes: elegantes violinistas acariciando las cuerdas de su instrumento con el arco, romanceros que sorprendían con sus poemas narrativos a un par de tortolitos que celebraban su aniversario o cantautores que entonaban el cumpleaños de un sonrojado zagal. Y todo por complacer a quien elegía su casa para disfrutar del placer del arte culinario, elevado a la enésima potencia. Caminaban firmes por la senda del triunfo, puliendo su propio estilo de cocina fusión, sin creerse ningún ingenuo sabelotodo, ni dejar atrás la humidad. Buscaban inspiración y sabiduría en los libros y en cada unos de sus viajes, y ampliaban conocimientos junto a grandes celebridades de este apasionante gremio o excelentes cocineros que regentaban un modesto local, escondido en un callejón. Incluso, se atrevían a barajar con osadía la posibilidad de abrir nuevos horizontes hacia negocios forasteros. Las ganas de explorar el mundo y disfrutar de sus mil y una ofrendas y la curiosidad por destapar sus tesoros más ocultos afloraban en su mente revoltosa, sin miedo a lo desconocido. Tenían tantas cosas por hacer, lugares por visitar, inquietudes por descubrir y experiencias por vivir que les iba a faltar tiempo en esta vida y tendrían que dejar algo para las siguientes.

—Sería injusto que un día todo se apague y no vuelva a encenderse jamás. Yo confío en una especie de sempiterno, de reseteo físico y mental, en un comienzo de cero en la panza de una mujer, en otra época, con una vida distinta a la que has llevado, diferentes zapatos y ajuares, pero mismo pensamiento —decía Mary cuando se ponían filosóficos a hablar del más allá, a fantasear con las preferencias de su resurgir, con los pros y los contras de nacer en cualquiera de las cinco edades de la historia.

El verano iba dando sus últimos coletazos de aire candente, escolares invadiendo las calles y anocheceres tardíos; el sol estaba debilitándose, se recogía más temprano, la ropa de abrigo aporreaba la puerta del armario y la chimenea pedía a gritos unos troncos en su hogar. Tocaba cambiar las noches de cielo raso contemplando estrellas, tirados en la pradera del jardín, por la alfombra del comedor y una película de sobresaltos apretándose la mano; los ratos de lectura en el porche respirando aire puro y dejándose arrullar por los deliciosos acordes del campo, por la butaca del salón, los calcetines de lana y el calor del fuego. Mary daba las últimas pinceladas en mitad de la arboleda, con una chaqueta por encima, pensando en trasladar el caballete a un cuarto que usaban de guardarropa, donde pintar alumbrada por la inspiración que volaría a través del enorme ventanal, y John colgó su camisa de lino y

sus bermudas a rayas, agarró su pijama de franela y recitaba poemas, en voz baja, que le dio por componer, arropado en el sillón del dormitorio.

«Querido verano: a pesar de nuestra relación intermitente, cada año me abrazo a ti con más ganas, porque me enciendes, porque me sanas. Te espero a la misma hora, en el lugar de siempre». Eran sus primeros pasos de infante atrevido por el sentimiento estético de la palabra y sus confines.

Cada estación tenía su magia, era cuestión de adaptarse, exprimirle el jugo y aprender a echar de menos, sin dejarse embelesar por la verborrea fácil de la desesperación.

Una álgida noche, de las que empezaban a alargarse con la llegada de otro otoño impaciente por cubrir la avenida de hojarasca, mientras cenaban bajo la luz tenue del comedor, con el reflejo vacilante de una vela que desprendía un delicioso olor a jazmín, acariciándoles el rostro, John alumbró la velada anunciando una fantasía que rondaba sus pensamientos tiempo atrás. Llevaba semanas recluido en su mundo de colores, dando vueltas a un asunto inquietante y esperando el momento preciso de hacer públicas sus intenciones. Tuvo que morderse la lengua, porque no quería destapar la idea sin tener una base donde sentarse junto a Mary a dar forma a una nueva ilusión, pero hoy había decidido que no valía la pena silenciar el pensamiento ni esperar un minuto más para hacer lo que realmente quieres. Mary lo estuvo acechando de cerca, observándolo con un disimulo inútil que John fingía ignorar, sin darle mucha importancia, al no apreciar un triste ápice de quebranto en su mirada. «Serán cosas suyas, que el sosiego hará florecer o se marchitarán con el tiempo», pensaba ella sin bajar la guardia, por si aquel enfrascamiento iba a más o su aire misterioso se tornaba huracanado y tenía que intervenir extendiéndole sus brazos, cargada de mimos. Entretanto, él se dejaba querer y seguía a lo suyo, viajando por la inmensidad del pensamiento, como un intrépido navegante genovés, ansioso por sorprenderla y seguir soñando juntos con una vida de reyes. El deseo de compartir la nueva ilusión con su otra mitad pronto se volvió un fuerte ardor en el pecho y, como un suspiro de placer, de su boca salieron unas palabras que generaron expectación.

—Quería comentarte algo, cariño, y conocer tu opinión. Sabes que la tengo muy en cuenta, pues alumbra el mayor de mis disparates —dijo en un tono solemne, que su gesto tranquilo se encargó de azucarar. Mary terminó de masticar un bocado de lubina que acababa de llevarse a la boca, tragó un sorbo del afrutado vino blanco que habían elegido para acompañar el pescado y miró fijamente a su esposo, sin decir una palabra, ni alarmarse, ni pensar nada raro, porque lo estaba esperando y el brillo que veía en sus ojos delataba la poesía que saldría de su boca. Su intención era engendrar otro negocio hostelero, pero esta vez pensaba en algo más espléndido que un simple espacio donde poder recrearse entre apasionantes viandas y sutiles ambientes. Quería colapsar un poco más el palpitante ajetreo diario que les recordaba que estaban vivos y coleando, porque, según él, era el momento de hacerlo. Tenían todo lo necesario para embarcarse en un exótico navío que atravesaría mares embravecidos hasta llegar a buen puerto: una vida por delante, la ambición por bandera y ganas de superarse y comerse el mundo a pedazos. La tierna idea que John expuso por encima con los ojos empapados de entusiasmo fue el punto de partida hacia un frondoso horizonte de cielo claro, que, con esfuerzo, dedicación y cariño, podía convertirse en un nuevo hogar con vistas al edén o ser la manzana envenenada que nunca debieron morder. Pero había que intentarlo, total, por mucho que perdieran, siempre les quedaría un dulce amor que compartir, su espíritu de guerrero mercante y unos dólares en el bolsillo para recorrer el

mundo con una mochila a la espalda y cuatro hatos dentro. Eran conscientes de la complejidad de los comienzos, siempre complicados, de las trabas que encontrarían en el camino, problemas de licencias, falta de materiales, habría que lidiar con los malos augurios del envidioso y la negatividad del que siempre fracasa porque nunca lo intenta, pero también sabían de su capacidad para remar a contracorriente, plantar cara a los contratiempos y convertir en realidad cualquier pensamiento que pasara por su mente disfrazado de quimera, por remoto que fuere.

Engulleron la cena a grandes bocados por las prisas de ponerse a componer y brindaron por un ambicioso proyecto que comenzó a fraguarse esa misma noche en el sofá, acurrucados frente al ordenador portátil, lanzando ideas al aire, surcando sueños, subidos en una nube de algodón, descorchando otra botella y queriéndose bajo una manta nórdica que arropaba cada poro de su hermosa desnudez. A partir de entonces mantuvieron una dura batalla contra el agotamiento, la falta de tiempo, los días grises y algún ignorante que los tachó de tarados, porque decía que iba a ser complicarse la buena vida que se habían ganado a pulso. Formaban un equipo inmejorable, que empleaba su tiempo en hacer lo que mejor sabían, caminar de la mano por un sendero de luces y sombras hacia un abundante porvenir, al alcance de una ilustre minoría que, aun teniéndolo todo, se empeña en mejorar. Sacaban cinco minutos de debajo de las piedras para sentarse a concretar un par de detalles del fresco boceto, pintaban de azul el cielo encapotado, al final de una jornada para olvidar, con la fina brocha del arte, dos veces agradable, pues agrada a quien lo hace y a quien lo disfruta, y a los pobres ilusos que se atrevían a criticar su atrevimiento, tirados en el sofá, rascándose la barriga y quejándose de una vida de mierda que no estaban dispuestos a cambiar, les callaban la boca con logros irrefutables.

Al final de cada servicio en el restaurante o a la vuelta de una visita a su pequeña explotación agraria para cerciorarse de que todo estaba en orden y los campesinos no andaban acostados en el granero, era el turno de trabajar en casa, donde se adentraban en la plácida mansedumbre de la madrugada sin apenas darse cuenta, porque estando juntos el tiempo corría que se las pelaba. ¿Y cuándo vivís?, preguntaba el típico ingenuo entrometido, sin saber que les apasionaba su estilo de vida frenético y reconfortante, con respiros de amor, expresiones artísticas y fascinantes periplos. «Mientras unos se pasan las horas muertas frente a la televisión o el teléfono, otros disfrutan de un cosquilleo en el estómago cocinando ilusiones, repartiendo felicidad, acariciando un lienzo a pinceladas o entonando poemas en la mejor compañía. En realidad, sacrifico lo banal para ahondar en la riqueza del arte, la cultura y el terreno virgen y respeto tu vacío, pero no quieras arrastrarme a él», decía John con aires de indignado y pocas esperanzas de llegar a su impenetrable y obsoleta conciencia.

A las pocas semanas de aventurarse en su nueva hazaña ya tenían concretados los detalles. El concepto de negocio que habían trazado a lápiz sobre un antiguo bloc de notas, en ratos libres y noches en vela, traspasaba los límites de un lujoso hotel con restaurante de alta cocina y zona de bienestar y se adentraba en lo fantástico. Una serie de peculiaridades iban a distinguirlo de cualquier diseño contemplado anteriormente y su exclusividad causaría auténtico furor, atrayendo a huéspedes de toda la nación y parte del extranjero. Estaba enfocado a parejas de novios, matrimonios estancados en la monotonía, amantes con la libido por las nubes y todo tipo de público con buen gusto y algo de guita en el bolsillo. Su intención era seducirles, desde que entraran por la puerta, con una particular

bienvenida, una copa de champán rosado, un cóctel de fruta o marisco, unos dulces o un café con dibujito en la espuma. Durante todo el hospedaje iban a disfrutar de un trato personalizado por un atento servicio veinticuatro horas disponible, que cumpliría los deseos más exigentes de una distinguida clientela con abultadas billeteras: carne de Kobe para el perro, cuadros de su pintor predilecto en la habitación, peluches gigantes, *whiskies* exclusivos, pintura o cera caliente para el cuerpo y cualquier otra cosa que estuviera a su alcance, aunque tuvieran que patearse la ciudad de madrugada o traerlo por encargo desde la otra punta del mundo. La decoración iba a cambiar cada cierto tiempo. Querían adecuarla a la estación del año, las diferentes culturas de los países que habían visitado, la época renacentista o cualquier otra, utilizando las últimas tendencias de interiorismo y aprovechando el gusto refinado de Mary y su predilección por el ornato. Además de transportar en el tiempo a los comensales y pasearlos por el mundo sentados en una silla, la oferta gastronómica que la mente de John y un equipo elegido a conciencia plasmarían en una carta apasionante daría realismo a su hermoso viaje. Estaría compuesta por platos típicos de diversas cocinas del planeta y toques de fusión. Los inviernos de la patagónica Argentina trazarían en el salón detalles en blanco glaciar y traerían centolla y cordero a los platos; el verano en la selva amazónica pondría sobre la mesa pescados envueltos en hojas y colgaría lianas del techo; el entretiempo cubriría de flores el comedor y de ocre la mantelería, y la historia iba a mostrar costumbres y estilos dignos de ser recordados. Después de saborear un exquisito repertorio culinario y alegrarse la vista con elegantes decorados, los clientes gozarían de una estancia apasionante en una de las alcobas que pensaban ambientar con ayuda de los mejores arquitectos. La idea era crear varios conceptos de habitación y ofrecer una experiencia sensorial inolvidable, jugando con los distintos colores, materiales y formas. He aquí el preámbulo de una obra maravillosa que empezaba a coger forma y no descansarían hasta verla terminada o volverse locos de remate.

Era el momento de seguir avanzando a pasos cautos por el buen camino que llevaban, de apoyarse en la disciplina, la meditación y el desfogue y de sortear los momentos de bajón y los impulsos de querer mandarlo todo a la mierda, tirando uno del otro, intercambiándose el puesto de patrón empecinado. Las ganas de saborear el orgullo del éxito y buscar su propia felicidad en los ojos alegres de los demás hacían más llevadera la caminata por el espeso berenjenal en el que se habían metido.

No fue fácil entregarse en cuerpo y alma al nuevo proyecto sin desatender al resto de los cometidos ni descuidar su amor entre algodones o sufrir las consecuencias de la fatiga. Se las arreglaban como podían para estar en cuatro sitios a la vez, como un ser divino con costumbres de humanoide. Se ausentaban del restaurante lo menos posible y mandaban a una persona de confianza a la finca a atender al veterinario o llevar víveres a los campesinos. Muchas noches, cuando uno tardaba cinco minutos más de la cuenta en llegar a la cama, con ganas de marcha, el otro ya estaba dormido como un tronco. Pasaron un año caótico, trabajando sin descanso, sacrificando vacaciones, salidas nocturnas, planes con amigos y hasta pusieron en riesgo la misma salud mental que tanto procuraban cuidar viviendo el momento, conectando con ellos mismos y siendo generosos y compasivos. En su afán por querer hacer más de lo que podía, Mary cayó en las afiladas garras de la dichosa ansiedad. Había oído hablar de ella, pero hasta entonces no supo de su poder sobrenatural para arrastrarte a las tinieblas de un zarpazo. Era la peor sensación que jamás había tenido, junto a la angustiosa espera en Tahití, cuando John paseó inconsciente por el terminar de su vida. Un maldito pensamiento sin identificar aparecía de la nada en

su cerebro, sembrando miedo, inquietud y malestar, empujaba su corazón a la taquicardia, tenía sudores fríos y una angustia en el pecho que no sabía en qué podía terminar. «A unas malas, espero desmayarme y despertar en la clínica con un chichón en la frente. No estoy preparada para abrir los ojos en otro extraño lugar, palparme el cuerpo a manotazos y no sentir nada», pensaba en mitad de una crisis para intentar tranquilizarse. Al fin pudo superarlo con un par de narices y con la ayuda de John, que intentaba calmarla recitándole poesía y poniendo música relajante y sonidos agradables, como el caer de la lluvia en el tejado, el romper de las olas en la orilla, el murmullo de un arroyo, el ronroneo de un gato o la sonrisa de un niño. Gracias a su esposo, a su habilidad para ser más cabezota que su propia mente, a la pintura, la relajación, los libros y el tiempo, la condenada emoción que amenazaba su persona se esfumó como había venido, sin necesidad de medicarse, porque podía acabar haciéndolo el resto de su vida y prefería estar ansiosa unos minutos que ansiosa y enganchada a cualquier fármaco para siempre.

Los meses pasaban como una ola por la orilla del mar, rociando de vida sus sueños, mientras las ideas que habían apuntado en un cuaderno lleno de tachones iban viendo la luz. Todo era más llevadero con una buena disposición y el amparo de sus padres, que les secundaban como podían, empleando el tiempo libre que ofrecían sus vidas de jubilados distraídos. Megan ya no acudía asiduamente al caserón de la señora Pilar, a hacerla compañía y controlar a las doncellas, ahora iba a verla un día a la semana a una antigua residencia de mayores que había a las afueras, donde acabó ingresada por culpa de la demencia y de una enfermedad que limitaba el movimiento de sus manos engarfiadas. Tenía tiempo de sobra para disfrutar de sus paseos matinales, de sus clases de baile, sus telenovelas y de arrimar el hombro en la cocina del restaurante, donde ayudaba a preparar platos sofisticados siguiendo los consejos de Jian Li y Mohamed, que se habían vuelto dos maestros cocineros. También hacía tareas de pinche mano a mano con Adelaida, una nueva empleada con el pelo color zanahoria y el rostro salpicado de pecas, que estaba en plena adolescencia tardía, pero había madurado a la fuerza por los azotes de una vida complicada. La primera vez que la vieron, haciendo cola en uno de los comedores sociales que frecuentaban, con ropa holgada y andrajosa, el pelo lacio y los ojos tristones, la nobleza de su mirada y su maltrecha juventud inundaron sus corazones de melancolía; John quiso darle una oportunidad en el Henry´s y Megan acabaría amándola como a una hija legítima. No descartaba lanzarle una invitación para que dejara las viejas literas del orfanato donde había crecido, entre el calor de las monjas y la desdicha de los demás niños expósitos, y se mudara a vivir con ella. Creía haber retrocedido en el tiempo, viéndose reflejada en la pobre muchacha, pelando patatas y troceando verduras con espíritu de aprendiz.

A George también le sobraba el tiempo y ayudaba a los chicos, aunque de chicos solo tenían el niño grande que llevaban dentro, pero para él siempre serían un par de zagales atrapados en un cuerpo de adulto. Iba a la hacienda a firmar documentos a los camioneros que acarreaban chotos al matadero o a colaborar en el parto complicado de un becerro, se pasaba las horas contemplando los enormes vegetales que colgaban de las matas y al final del día se tomaba una cerveza con los jornaleros, charlando de lo dura que era la mansa vida del campo. Estaban bien respaldados por la atenta mirada de sus progenitores, pero echaban de menos la mano amiga y desplanchada del viejo Henry, que ya no estaba para esos trotes. En pocos meses había dado un gran bajón. El pobre se iba apagando como los

rescoldos de un bosque centenario reducido a cenizas. Ya no era el hombre robusto e infatigable que no paraba quieto desde las seis de la mañana y cargaba un barril de cerveza en cada mano, su cuerpo había empequeñecido y sus músculos se habían convertido en un colgajo de piel arrugada que apenas soportaba su esqueleto de elefante lanudo. Empezó a necesitar ayuda para todo y, como no había quien lo sacara de casa, porque decía que aún estaba lúcido para estar en una residencia padeciendo perrerías, hubo que buscar una chica que se encargara de sus cuidados a tiempo completo. La selección de la asistenta no fue una tarea fácil. No todo el mundo valía para armarse de paciencia y pasar los días entre cuatro paredes, ni estaba dispuesto a atender a un viejo desgastado y cascarrabias, por el que los años habían pasado endureciendo sus manías. Mary y John se encargaron de la criba y tardaron un siglo en dar con una mujer en condiciones, pero finalmente apareció Lucila como un ángel caído del mismo cielo al que Henry seguía mirando con sus ojos azulados en busca de dos estrellas que se encendieron demasiado pronto. Pocas pasaban la entrevista y las que lo hacían no duraban más de dos días en la casa del patrón. A Henry le temblaban las canillas cada vez que veía aparecer una nueva empleada. Le tocó convivir con diferentes engendros de persona, como solía llamarlas cuando se enojaba; tuvo que lidiar con un marimacho con cara de muñeca diabólica que roncaba más que él, con otra que no sabía hacer ni un huevo frito y la última que estuvo se encerraba en el cuarto y no salía hasta que se hartaba de llamarla y, para colmo, aparecía perdonándole la vida con la mirada. No había hecho más que trabajar como una bestia desde niño para buscarse la vida sin depender de nadie y ahora necesitaba los cuidados de un bebé y andaba mendigando el cariño y la atención de una completa desconocida que se apiadara de él. Muchas noches, tumbado en la cama, entrelazaba las manos, cerraba los ojos y rezaba para no volver a abrirlos. No tenía ganas de seguir luchando para nada, había librado mil batallas y vivido demasiado: estaba cansado. John hacía lo que estaba en sus manos por alargar esa despedida anunciada. Lo cuidaba como a un verdadero padre, compartía el mayor tiempo posible con su viejito y procuraba ocultar la rabia y la pena bajo su rostro alegre, sin saber que la capacidad de Henry para adivinar, a través de los ojos, sentimientos ocultos en las profundidades del alma seguía intacta. «Tranquilo hijo, voy a un lugar lleno de gente buena, que custodia a los suyos como haré yo contigo, lo único que cambiará es que solo podremos vernos en sueños o cada vez que me pienses o cierres los ojos, además, me están esperando con los brazos abiertos», decía en tono melancólico para que John sacara todo el dolor de su corazón a través de su llanto triste, pero el joven derramaba cuatro lágrimas y seguía enrabietado, negándose a aceptar las duras leyes de la vida. Iba a visitarlo casi a diario, compartían un vaso de vino dulce y pasaban un buen rato rescatando anécdotas de su delirio en el desgastado sofá de dos plazas donde Henry pasaba los días a la vera de Lucila, el mejor regalo que la vida podía hacerle a los ochenta y nueve años de edad. Lucila era una emigrante nacida en Santo Domingo, pesaba cien kilos, tenía una sonrisa perenne de dientes separados, una media melena rizada y un enorme corazón. Siempre se dedicó al cuidado de ancianos y no solo allanó el empinado camino del patrón hacia la muerte, sino que endulzó su triste vida de vejestorio moribundo. Lo aseaba de cabo a rabo, afeitaba su barba canosa, cortaba sus cuatro pelos del cogote y sus graníticas uñas de gavilán y, además, cocinaba de maravilla. Hacía unos caldos de gallina, puerros y huesos de cerdo que podían resucitar a un muerto, deliciosas cremas de verduras, purés de legumbres y papillas de frutas. Quería tenerlo bien alimentado, sin que su dentadura postiza bailoteara al masticar. Con el tiempo, Henry acabó cogiéndole cariño,

seducido por la ternura de su mirada, las caricias de sus manos rollizas y la aparente indiferencia con la que pudo penetrar en su carácter testarudo, pero nunca llegó a fiarse del todo. En la intimidad de sus pensamientos, perturbados por la locura de la vejez, suponía que podía quitarse la máscara de mujer admirable, levantarse en mitad de la noche y asfixiarlo con la almohada y nada podría hacer para evitarlo, porque era mil veces más robusta que él y le fallaban las fuerzas.

A los nueve meses de aquella fría noche de otoño, cuando terminaron de cenar a toda prisa, ansiosos por dar vida a la fantasía que escapó de la mente de John, se arrejuntaron en el sofá a lanzar ideas —alguna igual de disparatada que la dulce locura que alegraba sus días— y acabaron embriagados de amor y vino, queriéndose de madrugada, tenían el nuevo proyecto asombrosamente avanzado. Faltaba el último arreón hasta la meta, elegir la grifería de los baños, la ropa del salón, el color de la moqueta, comprar mobiliario, obras de arte y menaje de cocina, dar algunos retoques de pintura y decoración y seleccionar al personal, nada que su alma de andarín infatigable no pudiera conquistar en cuatro días. Había sido un viaje a la carrera por sendas tenebrosas, que de pronto desembocaban en azulados amaneceres y todo era entusiasmo y felicidad, o el camino se tornaba inaccesible y no encontraban la salida. A base de tropiezos, desengaños y alegrías aprendieron a controlar sus emociones para no venirse abajo por un duro golpe ni volverse locos por una victoria; celebraban los pequeños triunfos con moderación y una botella de vino, seguían avanzando a pasos cautos por la inestabilidad de un sendero oscilante y se preparaban a conciencia para soportar mejor el próximo porrazo. Sacrificaron tiempo, salud y dinero, pero mereció la pena. Las primeras semanas de expedición por terreno desconocido habían sido para definir el atractivo concepto de negocio y luego se dedicaron a patearse la ciudad de punta a punta, en busca de la ubicación perfecta donde levantar el Hotel Encantado, como pensaban llamar a la joya de su pequeña red empresarial. Anduvieron a la caza de inmuebles abandonados, terrenos disponibles y solares en venta y en uno de sus emocionantes paseos despolvando propiedades tropezaron con un emplazamiento que parecía perfecto. Se trataba de un antiguo edificio victoriano de cinco plantas, tallado en piedra caliza, de estilo gótico inglés, con una hermosa fachada de ventanales en simetría y formas geométricas cortadas a máquina. Estaba ubicado a pocas cuadras del distrito centro y, tras el replanteo oportuno y consistentes reformas, luciría ideal para albergar a una prole apasionada por el buen comer y el disfrute ininterrumpido. Hablaron directamente con los dueños, un longevo y elegante matrimonio de joyeros británicos que había emigrado en la adolescencia desde el Reino Unido y tenía tantos bienes que no sabía qué hacer con ellos. Después de persistentes tiras y aflojas y de una sutil insistencia que escondía su enamoramiento por el aire romántico del edificio, consiguieron que bajaran el precio y aceptaron la oferta antes de que la propiedad pudiera arrepentirse. Ahora tocaba coger aire y pelear con la rígida ética bancaria de don Joaquín, el director de la sucursal donde tenían abiertas varias líneas de crédito, un tipo de buen porte, con su traje siempre impoluto, el pelo engominado hacia atrás y muy duro de roer. De primeras, Joaquín tachó la petición de temeridad y les dio largas.

—¿Os habéis vuelto locos? Si elevo a los guardianes de la rentabilidad del banco la propuesta millonaria de unos clientes endeudados hasta las cejas, me la tirarán para atrás y hasta puedo jugarme el puesto —decía exagerando el asunto y escudándose en que ya tenían una buena deuda en su haber—.

Sé qué cumplís religiosamente con las cuotas, pero vosotros también sabéis que el banco es enemigo de la ventura y no quiere correr el mínimo riesgo.

Tardaron tiempo en ablandar su conciencia a prueba de llanto, pero terminaron convenciéndole presentando una montaña de documentación, avalando el préstamo con sus posesiones y agasajándolo con varias mariscadas en el restaurante y botellas del mejor vino espumoso de Francia. Cada obstáculo que superaban los enfrentaba a un nuevo quehacer. Con el dineral disponible en su cuenta corriente, se centraron en la importante y onerosa tarea de diseñar los planos. Eligieron a Rudolf, un reputado arquitecto de origen germano, alto, fuerte y orejón, de pelo rubio alborotado y trato amable, que cuando supo de la idea sus ojos claros hicieron chiribitas por el pastizal que iba a embolsarse y el atractivo del proyecto. No sabemos si fue la codicia del dinero, la falta de diseños en la mesa de su estudio, el amor a su profesión o un cúmulo de cosas, pero terminó el trabajo en tiempo récord.

Las obras avanzaron a un ritmo imparable, quitando algunos problemas que echaban el freno a la reforma y detenían la indomable locomotora que palpitaba en su pecho, loca por completar un nuevo trayecto por las rutas de la ambición. Hubo días nefastos, en los que todo salía mal, averías de maquinaria, cortes de luz, y tuvieron que lidiar con la insufrible burocracia de los permisos, pero soportaron las embestidas de la desesperación aferrándose al optimismo, siendo pacientes y confiando en el buen hacer del equipo de profesionales que habían contratado por recomendación del arquitecto. Rudolf había participado en cientos de proyectos importantes y conocía a los mejores en materia de edificación. Los empleados de la constructora encargada de replantear los entresijos del edificio y sanear la romántica fachada trabajaban como hormiguitas ante la llegada del invierno, la cuadrilla del turno de noche daba el relevo a sus compañeros y seguía faenando alumbrada por potentes focos y Eugenio, el capataz, un tipo serio, bondadoso y corpulento, que después de toda la vida trabajando como una bestia tenía dolores en cada una de sus articulaciones y seguía doblando el lomo como el que más, pasó días enteros a pie de obra, reposando un par de horas en una colchoneta de espuma y alimentándose de los guisos que su admirable esposa, María Josefa, seguía acercándole todas las mañanas al tajo en una tartera de plástico. Mary y John acudían a diario a deleitarse con los asombrosos avances arquitectónicos y dedicarle tiempo a su querido hotel en construcción. Se ponían el casco de seguridad y un mono azul y no dudaban en pringarse las manos y ayudar en lo que podían, sin estorbar a los operarios. Aprendieron un montón de cosas del oficio, prestando atención y poniéndole ganas; se quedaban embobados viendo a los albañiles hacer cemento, colocar hileras de ladrillos a toda velocidad, untar yeso en las paredes y dar vida a espacios diáfanos que nacían de la nada. En un futuro no descartaban fundar una promotora de viviendas, comprar un pequeño terreno, levantar una casa humilde con sus propias manos y ponerla a la venta. El caso era fantasear y no estarse quietos.

Regaron su flamante jardín con sudor y lágrimas, algunas de rabia y otras de alegría, y en poco tiempo lo vieron crecer como la mala hierba. «¿Por qué mucha gente quiere tener una bella flor que no está dispuesta a regar cada día? Es un tanto paradójico», reflexionaban en momentos de frustración para darse ánimos y alejar a los fantasmas que merodeaban por la debilidad de sus pensamientos, divulgando desilusión.

Como consecuencia de una labor impoluta e interminables jornadas de trabajo a contrarreloj por parte de unos invisibles currantes que, soportando ambientes hostiles, condiciones precarias y largos

turnos, están detrás de cualquier fascinante obra, la fecha de entrega terminó adelantándose un par de meses. En la hora del almuerzo, los operarios contaban historias dignas de escuchar, de construcciones imposibles que se habían cobrado miles de vidas: gigantes de acero de doscientas plantas, levantados en mitad del desierto por hombres humildes que perdían el pellejo por un sueldo irrisorio para alimentar a su familia y hacer más agradable el camino llano de la gente pudiente; torres de metal que acarician el cielo con su armadura de andamios, por donde los más intrépidos obreros desafiaban a la muerte, paseando como Pedro por su casa, atados a un triste eslabón; puentes colgantes de cuatro kilómetros de largo, a prueba de terremotos, sujetos al mar por monstruosos bloques de trescientas toneladas de hormigón resistente al agua y la erosión, y un sinfín de relatos que erizaban la piel de los impávidos y no hubieran sido posibles sin el ingenio de los mejores arquitectos ni las manos curtidas, el valor y la necesidad de los pobres jornaleros.

En pleno mes de diciembre, con la magia de la Navidad llamando a la puerta de las casas y ablandando los más férreos corazones, y la ciudad vistiéndose de luces, todo estaba listo para la ansiada inauguración del Hotel Encantado. Había quedado espectacular. Era el momento de posar el pie en la suave alfombra grana que cubría los peldaños apaisados de la entrada, irrumpir en el enorme hall de mármol reluciente, color crema, y destapar los detalles de una maravillosa creación, obra de la inmensa y prodigiosa capacidad de la mente humana. La recepción estaba minada de mesas bajas y cómodos butacones en terciopelo pardo, donde disfrutar plácidamente de una agradable bienvenida, saboreando una copa de cava; había paneles acústicos, marrón avellana, en el techo y las paredes, un mostrador infinito al fondo y un pasadizo en un lateral, cerrado con una cortina opaca de lamas verticales que daba acceso a un elegante salón comedor. El hotel contaba con una veintena de habitaciones, todas ellas en suite, pero con diferentes acabados. Algunas parecían sacadas de la mítica serie de extraterrestres humanoides que comían roedores, tenían un estilo futurista de nave espacial, con su diseño inmaculado de líneas curvas, su impoluto color blanco, luces fluorescentes rodeando los bajos de una cama a ras de suelo con plataforma y paneles inteligentes que proyectaban a modo de simulador la vida en el universo y batallas de la Guerra de las Galaxias. Otras lucían un negro brillante: era como adentrarse en las profundidades de una mina de grafito esmaltado o caer en un agujero de luto abierto en el espacio. El techo estaba cubierto por una bóveda celeste, agujereada, donde brillaban constelaciones, y apretando un botón emergía de las tinieblas la luna llena y recorría lentamente las paredes, rociando de luz fría la alcoba. Para los más románticos había varias estancias inspiradas en el aposento de una emperatriz francesa, con telas pomposas y sedas salvajes, pinturas dramáticas y melancólicas de marcos dorados, muebles barrocos y rococó, camas de forja y sillas Louis XV, lámparas de bronce, velas aromáticas, flores frescas, un sofá curvilíneo de textura mullida y una alfombra bohemia donde echarse a retozar. El resto eran habitaciones comodín, que irían cambiando a petición de los clientes, para los amantes del anime, del más allá, de los chupasangres, la fantasía o cualquier otro tema interesante que dejara a los huéspedes maravillados y los transportara a un mundo soñado. Pero no todo eran desemejanzas en el diseño las piezas; en todas ellas había un gran ventanal que ofrecía hermosas vistas de la ciudad, una cama ultraconfortable de medidas descomunales, orientada a un enorme televisor, y una bañera desnuda de estilo retro en mitad del cuarto. La zona de aseo estaba separada del dormitorio por una cristalera de efecto translúcido que dejaba pasar la luz, pero impedía

ver nítidamente lo que había detrás y guardaba todo lo necesario para el cuidado y la higiene personal: toallas y albornoces de algodón, zapatillas de estar por casa, cremas hidratantes con ceramidas y microesferas de ácido hialurónico para rellenar arrugas, aumentar el volumen y dar un aspecto juvenil al cutis; exfoliantes para el cuerpo, sales de baño con beneficios curativos, cosméticos capilares de peluquería y un bloc de notas digital donde apuntar sugerencias. Y para rematar la función que dos expertos en fabricar placer y regalárselo a los demás, envuelto en papel comestible, habían orquestado agitando su varita mágica, en cada una de las habitaciones había una puerta al edén, donde los invitados podrían adentrarse en una sala secreta, enfocada al erotismo, y dar rienda suelta a sus deseos más perversos y, para muchos, ocultos hasta ese fascinante momento. Porque no todo el mundo tenía la misma facilidad que ellos para volar sin alas por los confines de la imaginación y aventurarse en los terrenos chispeantes que la aburrida y envolvente senda de la monotonía se encarga de ocultar, y necesitaban un empujón. Sin darse cuenta, habían creado una bestia de dientes blandos, lengua inquieta y mordida suave, que iba a cepillarse en pocas horas el estancamiento de un matrimonio reducido a cenizas o la timidez de unos novios cohibidos por su carácter reservado, que no les permitía soltarse la melena; una bestia que encerraría en su guarida encantada a los amantes más lujuriosos, quienes se harían asiduos a un edificio novelesco que con el tiempo forjaría su naturaleza de dulce infierno hechizado, haciendo honor a su enigmático nombre. Cada estancia iba a ser un largo y excitante recorrido estimulando el paladar, rescatando pensamientos secuestrados por la comodidad del mínimo esfuerzo y dándole una alegría al cuerpo. La única tregua la encontrarían arriba en la azotea, donde un maravilloso spa, cubierto por una cúpula, concedería el placer a los clientes, en las gélidas noches de pleno invierno, de acariciar la tersura del cielo raso y relajarse arropados por un manto salpicado de estrellas bajo el agua atemperada, tomando un trago de champán junto a su persona favorita.

Las invitaciones para la gran apertura sorprendieron a familiares, amigos, mejores clientes del restaurante y a algunas parejas afortunadas que ganaron una de las plazas que sortearon mediante concurso para ser los primeros en disfrutar del hotel y sus embrujos, previo pago de una considerable cantidad. A lo ancho de un hermoso comunicado de letras redondas, lentamente dibujadas a pluma, que metieron en un sobre ornamentado y sellaron con perlas de cera fundida, se detallaba una breve descripción del proyecto, los diferentes platos que habían elegido para el menú de una noche tan especial y la impúdica peculiaridad que escondían las habitaciones, y debía ser devuelto confirmando la asistencia y respondiendo a un breve cuestionario de alérgenos, en el caso de acudir. En él desvelaron la posibilidad de aventurarse en una sala erótica y privada, escondida en el propio dormitorio, pero no adelantaron más por escrito. Tendrían que ser ellos quienes descubrieran en primera persona la infinidad de artilugios que hallarían en su interior, desde juegos de sumisión, máscaras y disfraces, látigos de treinta tiras, cuerdas de bondage, columpios eróticos, un potro de cuero negro y hasta una cruz anclada a la pared con forma de aspa y cinchas en los extremos. En la oscuridad del cuarto irían despojándose de la decencia paso a paso, cambiarían su impecable piel de cordero por un pellejo de lobo feroz en celo y acabarían desnudando cualquier fantasía que el fervor de su mente pudiera imaginar. Era una experiencia no apta para cardiacos que iba a cambiar sus vidas, a construir fuertes lazos rojos de persuasión y a moldear su carácter almidonado por los años, dándole un aire voluptuoso.

Los más exagerados pensaron que la ciudad podía convertiste en la nueva Sodoma y Gomorra del siglo XXI a raíz de la apertura, pero con un ambiente civilizado: personas paseando sonrientes a la siete de la mañana de camino al trabajo, dándole los buenos días a cualquier desconocido. Habría aumentos de la producción en las empresas, se atrevieron a decir, motivados por la apasionante relación conyugal de sus empleados y un descenso en los divorcios, infidelidades y riñas de pareja.

A los pocos días recibieron las tarjetas de vuelta y admiraron con una sonrisa en el rostro y cierta sorpresa cómo todo el mundo había aceptado la irresistible llamada y agradecía en el alma la invitación. Volvía a producirse esa magia multicolor que se sacaban de la chistera para pintar un arcoíris en la vida de los demás y que solo unos pocos eran capaces de fabricar, derramando todo el cariño de su corazón en lo que hacían y levantándose con la lección aprendida y un chute de superpoderes después de cada fracaso. Con la fina pluma del juicio en el tintero de la cavilación, un nudo de nervios oprimiéndoles la boca del estómago y su abarrotada memoria buscando un hueco donde anotar otra vivencia de película, esperaron impacientes e ilusionados a que llegase el día de un evento que muchos calificaron de fenómeno paranormal, alegando que una fuerza extraña se había apoderado de sus actos en el cuarto oscuro, convirtiéndoles en expertos de la persuasión. Quizá tuvieran razón y un fantasma entrometido y lujurioso anduviera por el edificio haciendo de las suyas o solamente fuera la cogorza y el montón de instrumentos amatorios que sacaron su lado más perverso, pero era pronto para saberlo.

El frío se sentía protagonista de una gélida noche de viernes que jamás olvidarían, pero solo de puertas para afuera. En el interior del nuevo hogar todo estaba preparado para ofrecer a los invitados una apasionante velada que no tardaría en coger temperatura con los mejores vinos espumosos, humeantes manjares, afrutados caldos tintos y momentos de pasión desatada. A las ocho y media de la tarde, una procesión de autos cortados por el mismo patrón de pintura negra y vidrios ahumados, que enviaron para recoger a los asistentes, invadió la calle del hotel y fue descargando a las elegantes parejas. Lisandro y Clarisse, dos amables mozos con buenas costumbres de chico campana y un bonito traje negro de doble botonadura, abrochado hasta el gaznate, recibían a pie de calle a los afortunados con un gesto alegre, una reverencia y un saludo cercano, y ofrecían su mano a las damas para que pudieran subir las escaleras alfombradas de la entrada sin que uno de sus zapatos de tacón les jugara una mala pasada. Una vez dentro, cargaban con gusto sus hermosas ropas de abrigo para acarrearlas hasta el ropero y extendían su brazo lentamente hacía el *hall*, dándoles la bienvenida al hotel y deseando que disfrutaran de la estancia. En pocos minutos, una desahogada aglomeración de personas bien vestidas, que sonreían y cuchicheaban en duplo, invadió la amplitud del recibidor. Algunos de los invitados cruzaban alegres miradas cómplices con el resto de los emparejamientos, provocadas, quizás, por la finalidad en común que los había llevado hasta allí. Los camareros paseaban por el vestíbulo cargados de bandejas relucientes, con champán rosado y deliciosos canapés en lo alto, ofreciendo un agradable recibimiento con el que abrir boca y empezar a salivar. Antes de pasar al salón, un mozo zigzagueó entre los presentes sujetando un cesto de mimbre donde había que depositar los teléfonos móviles. La finalidad del decomiso era apagar el espíritu de paparazzi de los más curiosos, evitando así que cayeran en la tentación de retratar cada rincón y divulgarlo entre la prensa, y que la magia del directo no se viera empañada por una muchedumbre haciendo fotos y dejando de vivir el momento por presumir el día de mañana, frente a los suyos, con las imágenes del espectáculo en la mano. No querían ser partícipes de la

peligrosa costumbre que estaba corrompiendo a la población en los últimos años y que empezaba a ser preocupante, y es que si no disponías de una instantánea del lugar en cuestión para alardear de su exclusividad o sus paisajes, parecía que no habías estado. El que quisiera verlo tendría que acudir en persona o regresar de nuevo. Era una buena estrategia de *marketing*, que iba a atraer a curiosos, pervertidos y tragaldabas, a agudizar sus sentidos y a preservar la sutil esencia floral que inundaba el hotel de alegría, con tórridas notas de amor y pasión.

La masa dispersa de gente encantada y vestida de etiqueta fue conducida a paso lento hasta las mesas que tenían reservadas con un pequeño rótulo donde ponía sus nombres, a lo largo de un hermoso comedor que Mary había ornamentado con su buen gusto y elegante estilo de experta interiorista. La decoración de la sala iba acorde con el frío invierno que despuntaba, había paisajes nevados adornando paredes sombrías, cuadros al óleo, que ella misma había pintado, de enormes mamuts en medio de la ventisca, pueblecitos incomunicados, arboledas desnudas o manadas de renos cruzando blancas praderas en procesión. Pequeños abetos, repartidos por la sala, lucían adornos navideños en tonos grises y piñas secas, colgaron modernas lámparas hexagonales que parecían cristales de hielo y caldearon el álgido decorado invernal con detalles que templaban la escena, aportando calidez, como una estufa apaisada de fuego simulado incrustada en la pared, o candelabros eléctricos con forma de tridente de Poseidón. Era un bonito escenario de luces tenues y sombras delicadas, colores fríos que aportaban calma y tranquilidad, mesas vestidas de lino blanco bordado a mano, cubiertos y cristales centelleando, palomas albinas de sedoso plumaje posadas en los manteles y el *Danubio Azul* sonando de fondo.

El banquete comenzó con un breve discurso de acogida que despertó sonrisas pícaras entre los comensales, gestos de agradecimiento y lágrimas de emoción, y terminó con el ruido placentero de un fuerte aplauso que empezaba a dar sentido a meses de esfuerzo y dedicación, noches en vela comiéndose el coco en el silencio de la madrugada y a todos los momentos de ocio y descanso que habían sacrificado por superarse a sí mismos, repartir alegría y aumentar su colosal patrimonio. Atrás quedaron las desagradables sensaciones que habían perturbado la mente de Mary, amenazándola con brotes de paranoia, crisis de pánico, nerviosismo y obsesiones por culpa de la maldita ansiedad; las ganas de John de tirar la toalla y mandarlo todo a la mierda porque no tenía tiempo ni de rascarse y algún intenso debate que mantuvieron por el agotamiento, la frustración o sus distintos puntos de vista a la hora del replanteo del edificio y que no fue a más por el compromiso de respetarse por encima de todo. Los contratiempos les sirvieron de aprendizaje y de armadura para fortalecer su carácter, su instinto y su relación; era el precio que tenían que pagar por los buenos ratos que llegarían para sanar su alma y traer paz al resto de sus días, paseando de la mano por este bonito mundo de altibajos. Los artífices de esta delicada obra, construida con fundamentos inquebrantables, esqueleto de cristal y cubierta translúcida quisieron tener unas palabras de agradecimiento para los asistentes y comenzaron por dos invitados de lujo que no podían faltar. Querían dar las gracias a sus padres por apoyarles en todo, por aguantar sus manías y pataletas, por haberles educado desde el cariño y el respeto, enseñándoles que las cosas hay que ganárselas y que cuando las tienes hay que cuidarlas; por su paciencia infinita y por estar siempre ahí, con los brazos abiertos, un hombro donde apoyarse a sollozar y un consejo sincero en la punta de la lengua. Megan y George no podían estar más felices. Atendían el discurso desde las primeras mesas, cayéndoseles la baba, con cara de pánfilos, una sonrisa perenne, el

corazón derretido y los ojos empapados de emoción. Se sentían orgullosos de haberlos engendrado, de su nueva hazaña y de haberles inculcado, desde niños, valores fundamentales, como la ética o el respeto al prójimo y a sus ideas y opiniones, aunque no coincidieran con las suyas. Les hicieron ver con sus pequeños ojos, rociados de inocencia, la importancia de compartir sus juguetes con los demás, de ser bondadosos, honestos, pacíficos, justos y responsables, y de cuidar el amor y la amistad como un valioso tesoro. A veces bromeaban con que a partir de ahora tendrían una tarea más, echando una mano en el hotel cuando hiciera falta, y decían que les iba a faltar el tiempo y las fuerzas para seguirles el ritmo.

—A este paso no vamos a descansar hasta pisar el camposanto —mascullaba George irónicamente, convencido de que sería cierto. Y es que sin la ayuda incondicional de sus padres, sus advertencias y su apoyo, hubiera sido imposible llegar a donde estaban, afincados en la cúspide del éxito. En ocasiones, Megan y George se mordían la lengua por no mandarles a la porra, porque hacía falta una fuerza sobrehumana para ir a su rebufo y los años no pasan en balde, pero arrimaban el hombro encantados, no sin antes protestar. En principio, Megan y George solamente iban a disfrutar de la cena, frente a un posible deseo oculto de probar una de las originales y placenteras suites. Pero eso era otro tema, un tema tabú, un secreto a voces que dormía en sus corazones y nadie se aventuraba a despertar, por si salía escaldado u originaba ganas de más y el ansia de amarse se volvía incontrolable. Mientras tanto, ellos seguían comportándose como es debido, esquivando flechas impregnadas en sentimientos bonitos y mirando para otro lado cuando la elegancia de sus maneras y sus hermosas figuras les seducían, sacudiendo su alma con impulsos de pasión, de fugarse juntos a un lugar escondido, una casita en las montañas donde quererse como chiquillos bajo la lluvia, porque donde hay riesgo de incendio cualquier despiste puede desatar un fuego incontrolable, pero la hermosa relación de sus hijos apagaba sus arrebatos de amor.

También quisieron dedicar unas bonitas palabras a doña Teresa y Marcelino, un adorable matrimonio de ricachones que superaban los ochenta y cada noche cenaba en el Henry´s. Cuando se enteraron de que estaban montando un hotel para parejas y estarían invitados a la inauguración se les iluminó el rostro, rejuvenecieron una década y estuvieron esperando con ansia y preguntado cada semana cómo iban las obras. Doña Teresa era una hermosa señorona de metro noventa por la que los años parecían resbalar, tenía un cutis de porcelana, grandes caderas, escote abultado y siempre lucía un vestido diferente, un bolso a juego y un peinado cobrizo a lo Rita Hayworth. A su lado, Marcelino parecía de miniatura. Nunca fue un hombre robusto, además, su cuerpo había menguado una cuarta y tenía que ayudarse de un bastón para caminar, pero conservaba la elegancia de siempre, con su traje recto impoluto y su sombrero de *gentleman* beige con ribete marrón, y seguía acompañando a su esposa a donde quiera que fuere. Daba gusto contemplarles. Estaban enamorados como el primer día, cenaban con la servilleta de babero y no paraban de regalarse sonrisas, mimos y carantoñas. Vivían a las afueras, en un antiguo caserón de cuatro plantas que heredaron de sus ilustres ancestros, junto a títulos nobiliarios y sueldos vitalicios, rodeados de servidumbre, arte barroco, pinturas maravillosas de personajes huidizos y casi fantasmales que te sumergían de lleno en la escena, tenían bustos desnudos de seres mitológicos en el salón y sus alcobas estaban cargadas de muebles de roble con incrustaciones, grandes espejos de marcos tallados, lámparas de araña y cortinas de encaje de bolillos. Pasaban los días

caminando agarrados por su bonito jardín de árboles centenarios y matas floridas, se sentaban en un banco de forja a recuperar el aliento y escuchar el canto de los pájaros y el sonido de la fontana del patio trasero, miraban el televisor en silencio desde su antiquísimo diván de terciopelo burdeos y madera dorada, echaban partidas de cartas, tomaban el té y a las siete de la tarde empezaban a acicalarse y acudían al Henry´s a cenar, acoplados en la parte trasera del auto clásico que conducía el mayordomo. Aquella noche se les veía incluso más ilusionados que al resto de parejas de menos edad, rebosaban felicidad y ternura y estaban dispuestos a pasarlo de maravilla, aunque fuera atiborrándose de pastillas azules o dándose cariño en forma de arrumaco.

A continuación saludaron a una de las parejas que ganó una plaza para disfrutar de la apertura gracias a la mujer, que probó suerte en el concurso sin que el marido se enterara, porque quería evitar discusiones tontas y salvar su aterida relación del divorcio; a unos amigos del instituto que se enamoraron en las aulas y habían venido desde Australia, seducidos por la llamada; a un primo hermano de Mary que de pequeño no se separaba de ella y de adolescente tuvo que marchar a Europa a disfrutar de su homosexualidad lejos del pensamiento totalitario de su familia católica, a su compañero, un hermoso alemán de ojos turquesa, mandíbula cuadrada, pelo dorado y cuerpo fibroso, y por último dedicaron unas palabras al cielo, donde una nueva estrella acababa de encenderse y brillaba como ninguna. Había parejas de hecho, esposos de toda la vida, novios con la sangre candente como el palo de un churrero, amantes furtivos que otearon de reojo los alrededores antes de entrar al edificio y un montón de gente alegre relamiéndose el hocico y haciendo manitas, pero faltaba el más importante. El viejo Henry no alcanzó a ver en directo la nueva obra de su discípulo y amigo, pero estaría atento, controlándolo todo desde arriba con su mirada aguileña y su rostro ceremonioso de San Bernardo bonachón y dirigiendo sus maniobras desde el fondo de su alma, donde nunca perecería. Murió un mes antes de la inauguración, una mustia mañana de otoño con el cielo cubierto de nubarrones plomizos, que lloriqueaban sin consuelo. Una extraña sensación de quietud silenciaba el bullicio de las calles, apagando el despertar de la ciudad. John recibió la llamada de Lucila, que voceaba desesperada al otro lado del teléfono, suplicándole que acudiera enseguida porque Henry había amanecido de milagro, después de zarandear su cuerpo adormilado hasta la saciedad, y el hilo de respiración que pudo sentir al poner la oreja en sus grandes narices sonaba cada vez más lejano, más efímero. John pegó un brinco de la cama que alarmó a su esposa, se puso la ropa avanzando a trompicones por la casa y explicándole a Mary el triste suceso y salió espantado como un loco a abrazar a su viejito, manejando con temeridad su auto entre los coches y disputando a la desesperada una carrera que estaba perdida. Había estado preparándose a conciencia para afrontar ese momento lo mejor posible, intentaba hacerse a la idea de que pronto tendría que despedirse de su compañero de batallas y procuraba enfriar la vehemencia de sus pensamientos y el fervor de la sangre ardiente que corría por sus venas, pero el tétrico preámbulo no había servido de nada; tenía miedo y no estaba listo para el adiós. Llegó incluso antes que la ambulancia, entró como una exhalación en el piso anticuado y pobretón del señor Henry y corrió hasta su viejo cuarto diáfano, de paredes desnudas y desconchones. Lucila anduvo tras él moviendo su enorme cuerpo de ballena lo más rápido que podía y resumiéndole angustiada los acontecimientos de aquel fatídico amanecer. Cuando John llegó al dormitorio, pálido y desencajado, y vio a Henry inerte en el camastro de muelles, el llanto firme que lo acompañaba manó de sus ojos a borbotones. Se tiró al

suelo de rodillas, lo llamó a gritos por su nombre, rogándole que no se fuera todavía, que esperase un poco más: «Quédate un rato», decía, arrodillado en una ciénaga de amargura, mientras Lucila presenciaba aterrada la trágica escena con las manos en la boca. Agarró su mano de gigante bondadoso, salpicada por las manchas de la vejez, notó que empezaba a destemplarse, a teñirse de blanco marfil, y pudo sentir la última seña de vida del viejo Henry, un suave apretón que le sirvió de impulso para el resto de sus días. Quedó desolado en un charco de lágrimas.

Henry cumplió su promesa de cuidarlo desde la distancia como al hijo que la vida quiso regalarle a unos años de la muerte, aparecía en sus sueños con los brazos abiertos y los ojos alegres, demostrando los sentimientos de amor y cariño que tanto le costaba expresar en vida, seguía ofreciéndole sus mejores pareceres, echándole cariñosas regañinas y lo obligaba a mirar hacia arriba en momentos de bajón y felicidad. Tenían una relación tan bella y pura que ni la muerte consiguió separarlos. John se encargó de preparar un bonito funeral que honraba la marcha de una persona tan especial como Henry, una persona de las que cuesta encontrar, de las que lo dan todo sin esperar nada a cambio, de las que siempre están en los malos momentos, brindándote lo poco que tienen, ofreciéndote su confianza y lealtad, una persona que aprendió a caminar solita por un mundo embarrado, después de una catástrofe que se llevó por delante a quien más quería, que arruinó su infancia y ensombreció sus mañanas, una buena persona que se acostumbró a trabajar de sol a sol y no supo hacer otra cosa.

Mary no se separó ni un segundo de su esposo en aquel triste trance de días eternos y grises. Lo ayudó a organizar la despedida del patrón, contrataron un párroco de afamada trayectoria y mirada bondadosa que recitó lecturas sobre la muerte física y el renacer en el cielo, un coro de iglesia que entonó a la perfección, en el silencio sepulcral del cementerio, el *Réquiem* de Mozart y el *Ave María*, entre otros cánticos celestiales; John quiso llenar de flores el rincón del camposanto donde iba a descansar su viejito, se gastó un pastizal en coronas fúnebres, claveles blancos, gladiolos y rosas, y lloró como un niño herido antes de dar sepultura al ataúd de caoba rojiza que guardaría los restos del que había reemplazado la figura del padre que nunca estuvo. «Si Henry levantara la cabeza y viera semejante despilfarro, volvería a morirse de un patatús», balbuceó John en uno de los breves instantes en que el llanto y la pena aflojaron su corbata de luto, dándole un respiro al alma y dejándole hablar con relativa claridad. Algunos periódicos y noticiarios locales publicaron la noticia del fallecimiento. Henry era toda una celebridad y ni siquiera lo sabía; vivía impasible en su humilde y angosta morada, escuchando la radio a oscuras en un viejo sofá de cuero marrón, apartado de las habladurías del pueblo, que tildaban de excelente su larga trayectoria repartiendo exquisitas viandas entre los vecinos. La ciudad entristeció por momentos, el cielo estuvo unos días encapotado pasando el duelo y mucha gente sintió la pérdida como suya. El último adiós de Henry se convirtió en un gran acontecimiento lúgubre. Acudió una oscura muchedumbre de rostros abatidos, encabezada por la plantilla al completo del restaurante que llevaba su nombre. Asistieron antiguos empleados que se sentían en deuda con él por haberles dado empleo cuando más lo necesitaban, por confiar en su persona cuando ni ellos mismos lo hacían y por acogerlos en su antiguo local de comida, dándoles lo poco que podía: un sueldo menudo, lecciones de vida y unos platos de comida. Había cantidad de clientes a los que sedujo con su bondad y su carisma, personas que habían oído el emotivo murmullo de las calles, hablando de él y de su triste historia de humilde guerrero huérfano, o se habían enterado por los medios y quisieron acompañar a

John, su única familia. Asistió hasta Vanessa, la prostituta puertorriqueña que supo de su muerte por la prensa y viajó miles de kilómetros para despedir al único hombre que la había amado de verdad en aquellos ratos de erotismo, caricias y confesiones, acurrucados en la cama del viejo burdel, bajo un rescoldo de luz púrpura. John pasó unos días de capa caída, sollozando por las esquinas como una joven viuda sin descendencia. No podía controlar su llanto porque todo le recordaba a él. Revivía en bucle la mañana que entró a pedir trabajo y casi sale espantado porque el rostro serio de Henry enmascaraba de fábula su mansedumbre, los tragos de vino dulce en los asientos del local de madrugada, escuchando historias de su amarga niñez, los paseos por el parque que se fueron acortando porque le fallaban las piernas, las tardes tristes en el diván de dos plazas, intentando alargar una despedida inevitable; las charlas que perdieron volumen y fluidez por la demencia, su sonrisa formal, el brillo de sus ojos, el suave apretón. Su corazón tamborileaba lamentables melodías cuando la ausencia de Henry inundaba de lodo sus pensamientos, sus ojos se humedecían a la mínima vista atrás y se negaba a conformarse con verlo en sueños o rescatando imágenes de la memoria. Necesitaba sentir el roce de su piel curtida, los suaves capones disfrazados de caricias que se llevaba a la mínima falta, los abrazos que escapaban de su naturaleza distante y los gestos alegres, desertores de su rostro impávido. Estuvo una semana vagando como alma en pena por el yermo arenal del rechazo, con la mirada perdida en la melancolía de los recuerdos y el semblante distraído de un pobre chiflado. Mary lo observaba preocupada, sin acercarse demasiado por si recibía una dentellada de perro herido; lo estrujaba por la espalda en silencio, besaba el salitre de su mejilla y se alejaba físicamente, para dejarlo pasar el duelo a su manera. Una de las primeras amanecidas en que el sol logró deshacerse de su velo negro, John despertó temprano e irrumpió en la cocina con una tímida sonrisa, que burlaba el quebranto de su aspecto desolado. Juró haber visto a su viejito resurgir de una espesa bruma blanca mientras paseaba por el parque una mañana de neblina. «Caminaba despacio, valiéndose de su bastón de bambú, iba arropado con su abrigo galés de paño marrón, su pantalón recto de pana y sus zapatones relucientes. Lo escoltaba su fachada solemne y su noble mirada. Se quedó parado al verme, Mary, sonriendo con los ojos y amagando con elevar los mofletes. Nos fundimos en un abrazo prisionero que supo a gloria; fue tan real, cariño, tenías que haberle visto disfrutar del reencuentro como un enano cascarrabias», dijo John antes de emocionarse y caer en los brazos de su esposa. El fantástico encuentro con su fiel compañero llegó como un soplo de aire fresco en pleno bochorno y alivió el sofoco que estaba pasando, encerrado en la oscuridad de sus pensamientos. Aquel día hizo un pacto con el dolor para vivir en armonía el tiempo que hiciera falta, expuso sus condiciones y extendió la palma de su mano al aire para cerrar el acuerdo. Reclamó el derecho a poder disfrutar de esas citas nocturnas, cada cierto tiempo, y mencionó la obligación de respetar las treguas hasta firmar la paz. A cambio prometió serenar su padecer con entereza y tesón, sobre todo porque en una de las apariciones el patrón lo amenazó con cortar el régimen de visitas si no se dejaba de sentimentalismos y se centraba en seguir creciendo y rociando a los suyos de amor y alegría. «Quedan pocas semanas para la inauguración del hotel, chico, y necesitas estar en plenas facultades», advirtió Henry una gélida madrugada de cielo claro y constelaciones de invierno, antes de esfumarse en el mejor momento de la agradable reunión.

—Gracias a todos por venir, espero que disfrutéis como nunca de una noche mágica. Buen provecho y a portarse bien, o mal, lo dejo a su elección. Bromeó John, poniendo una guinda dulce al emotivo

discurso, mientras se secaba los lagrimones con la manga de la chaqueta y desataba el aplauso efusivo, el llanto alegre y alguna sonrisa tunante entre los fervientes comensales.

El convite arrancó con un calmo y ordenado correteo de elegantes camareros, con sus corbatas negras de lazo y el blanco puro de sus camisas escapando por los costados del chaleco, ofreciendo a los presentes exquisitos vinos de regiones francesas y un delicioso menú degustación, compuesto por una docena de platos que hacían referencia a diversos tipos de cocina repartida por el mundo, con toques vanguardistas y perfectamente elaborada. Mary y John creían estar viviendo un agradable *déjà vu* que daba vida a las fabulosas imágenes que habían asaltado su mente los meses previos, mientras soñaban con la llegada de este hermoso día, señalado en el calendario con un trébol de la suerte pintado a bolígrafo. La velada sucedía según lo esperado, gracias a la experiencia de los años y a las ganas de mirarse en el espejo y ver a una persona mejor; el álgido ambiente de lujosa caverna del siglo XXI que se respiraba en el comedor se fue caldeando en cada sorbo, en cada mirada, en cada bocado, y las caras risueñas de los estilosos invitados revelaban la fantasía que rociaba el salón de purpurina y la exquisitez del condumio. Tan pronto aparecía un falso tartar de atún con huevas de esturión como una carne roja que se deshacía en boca, adornada con maíz ahumado y tubérculos. Sirvieron un pescado a la brasa con licuado vegetal, algas y anémonas de mar, ravioli de crustáceos con crema de champagne y burrata; ave en su jugo con mermelada de naranja y calabaza, pez espada con espuma de jazmín, cigalas envueltas en papada ibérica con yema curada en soja, ostra asada con foie gras, berenjena con tendón de res y pasta de semillas de sésamo, esferas de canela, mandarina y flores. Fue un recital de auténticas obras de arte que daba pena desmoronar por su primoroso aspecto, pero que a la vez invitaban a engullirlas de sopetón. Los comensales intentaban describir las excelentes sensaciones que viajaban, a toda velocidad, de sus papilas gustativas a la parte del cerebro encargada de procesar el gustillo, procuraban guardar la compostura haciendo gala de sus refinados modales y evitaban caer en la tentación de coger el plato con las dos manos y limpiarlo a lametazos, como un niño malcriado, porque temían atraer miradas despectivas y dedos acusadores. Fue una palpitante experiencia gastronómica que bombardeó sus bocas con estallidos de mil sabores, nunca antes imaginados, donde el mar se fundía con la montaña y el aire puro, con toques salados que potenciaban el dulzor y equilibraban el amargo, confituras que corregían la acidez y enrevesadas composiciones de más de veinte ingredientes que daban lugar a un pequeño y suculento bocado. Horas más tarde, por las calles correría un delicado susurro hablando mil maravillas del lugar, que llegó a oídos de todo el mundo y aseguró años de bonanza.

Después de la maravillosa cena y las correspondientes copas de sobremesa, a su antojo, las parejas iniciaron con deseo el breve y acalorado trayecto a sus habitaciones, hasta vaciar por completo la sala. Los más fantasiosos trataban de controlar la perversión de sus pensamientos y borrar las escenas que irrumpían en su mente, imaginando a los otros convidados en el cuarto, pero no era fácil distraerse del pecado viendo sus caras de formalidad fingida al levantarse de la silla, el morbo de sus miradas lascivas, las manos en la cintura deslizándose hacia el trasero de su acompañante, el gesto ido de un obsceno amancebado que caminaba detrás de la mujer babeando como un perro o la elegante señora que intentaba disimular el verde de su naturaleza rijosa en la rectitud de sus formas, pero su vestido apretado y la libertad de sus pechos delataban su desvergüenza y la falta de ropa interior. Habitando la soledad del desértico comedor austral, la pareja anfitriona charlaba junto a sus padres, alumbrada por

un rescoldo de luz, radiante de júbilo por un comienzo inmejorable. Megan y George lanzaban piropos, alabando la elegancia de un trabajo bien hecho, la calidad de los platos, la bonita decoración invernal de la sala y su desparpajo a la hora de hacer feliz a cualquiera que se cruzara en su camino de rosas, mientras ellos se dejaban querer, agradecían los cumplidos y aseguraban que sin su ayuda y sus lecciones no habría sido posible. Daba gusto contemplar esa agradable tertulia, que invitaba a sentarse a su lado y atender en silencio la belleza de la charla y la complicidad de una hermosa familia que había sido arrastrada a la misma playa de arena blanca por la fuerza de la atracción y las buenas energías, atravesando mares en calma y fuertes tempestades a los mandos de un viejo navío gobernado por la nobleza del corazón. En mitad de la conversación y en evidente tono de broma, John hizo gala del carácter guasón que solo lucía en confianza y preguntó que si, como el resto de los invitados, deseaban pasar la noche en una de las confortables y lujuriosas alcobas. Ninguno de los dos hizo amago de contestar. Cruzaron una breve mirada y se hicieron los remolones, como si con ellos no fuera la cosa, pero por la forma de ruborizarse, el carmesí de sus mejillas y el destello de sus ojos era fácil adivinar el color escarlata de sus sueños carnales. Se hizo un silencio de pocos segundos que dio tiempo a muchos pensares, que apuntaban en la misma dirección: un verde edén de arroyos cristalinos, flores frescas, hierba alta, serpientes y árboles del bien y del mal, atestados de frutos prohibidos. Megan estuvo rápida, apartó de un manotazo al pequeño demonio que aparecía en momentos de debilidad a comerle la oreja con contundentes argumentos y calló la evidencia de unas sospechas con cimientos de hormigón, respondiendo, también en tono jocoso, que si acaso había bebido más de la cuenta. Enseguida cambió de tema, intentando encubrir inútilmente su romance prohibido y apagar el deseo que nació en su interior de caer en la tentación, subir al cuarto, arrancarse la ropa y quererse con el alma de adolescente que escondía su imagen de persona mayor. A los pocos minutos, los invitados de honor se marcharon a la soledad de sus camas vacías, a batallar inermes contra un sentimiento invencible, a pensar el uno en el otro; se despidieron asegurando que era tarde, estaban cansados y mañana tenían un montón de cosas que hacer, o al menos esas fueron las sospechosas palabras que sus labios dieron forma. Lo mejor de la incertidumbre es que acabas descubriéndola con la boca abierta y las cejas levantadas.

Entre caricias y sujetando un vaso de licor con dos cubos de hielo y tres aceitunas, los enamorados siguieron comentando los detalles de la apertura de ese Hotel Encantado que prometía ser un referente en cuestión de gastronomía y sensaciones. Hablaron de todo lo que pudieron antes de ser amenazados por la punta de una flecha que apuntaba al corazón, dieron un repaso a la delicada trayectoria de una relación que había pasado volando por sus vidas como una blanca paloma con notas de enamorado en el pico, recalcaron los esfuerzos que tuvieron que hacer para salir adelante después de cada bache, la madurez que hallaron escondida en el fracaso, y surgieron hermosas declaraciones de amor. Mary aseguró sentirse la persona más feliz del mundo despertando a su lado, viéndole sonreír, escuchando sus poemas de novato y observándole dormir por las mañanas, cuando amanecía antes que él y comenzaba a rozar su piel con los labios, a indagar bajo el edredón, a sentir su sexo firme como un fierro. Se emocionaba como una cría cuando encontraba uno de sus escritos doblado en la mesita de noche, bajo el libro que se estaba leyendo, o escuchaba de viva a voz sus tiernas palabras, dedicándole frases preciosas, cargadas de sentimientos puros y sueños bonitos, donde ella siempre aparecía como la protagonista de su mejor historia. El mejor regalo del mundo, según ella, eran esas palabras que salían

de lo más profundo, entrecortadas por la emoción de un coqueteo constante que, en lugar de ir a menos, se incrementaba con el tiempo; unas palabras dichas en el momento adecuado, en un lugar hermoso, rodeados de amapolas en la inmensidad de un campo verde, en el mirador de un acantilado contemplando la furia del oleaje, en lo alto de una torre parisina, en el porche de su dulce morada, viendo un rojo atardecer apagarse en el lago, acurrucados en el sofá una noche de vinos y confesiones o en cualquier lugar donde los brotes de amor tierno nacían. Había sido todo tan fácil desde el comienzo que parecía un sueño dibujado a garabatos, libremente, por un niño, en el papel vacío de su cuaderno, una lotería que solo toca a unos pocos agraciados que saben jugar sus cartas, mimándose desde el minuto uno, aniquilando las dudas y limitándose a quererse sin confiarse, porque el amor no se alimenta del aire, como ellos decían; hay que nutrirlo a diario, con cariño y dedicación, utilizando el factor sorpresa, demostrando los sentimientos, explorando la vastedad del horizonte sin miedo a perderse, a equivocarse, a pedir perdón. John atendía fascinado la sutil declaración de su esposa con los cinco sentidos puestos en lo que escuchaba, como tenía por costumbre. Se había vuelto adicto a prestarle sus oídos para que depositara en ellos su frustración, sus antojos, y estudiaba sus inquietudes con paciencia de científico, para ofrecerle siempre el mejor consejo. Podía pasarse horas contemplándola componer uno de sus bonitos lienzos, saboreando la humedad de sus besos, procurando en vano calmar la sed terrible que sentía desde la noche en que la vio paseando desnuda por sus sueños, o escribiendo estrofas que narraban su elegancia y sencillez. Habían sorbido el último trago de Martini cuando enfrentaron el fervor de sus miradas y enfocaron sus ardientes pensamientos hacia una de las habitaciones barrocas que habían reservado en exclusiva para culminar la noche de la mejor manera. Subieron las escaleras correteando como párvulos, gobernando el ligero tambaleo de sus cuerpos embriagados de licor, pasión y triunfo, besándose como dos salvajes que descubren el relente de su boca por primera vez, desabrochándose la ropa a tirones, manoseando su intimidad, acariciándose el rostro con la yema de los dedos. Entraron al cuarto envueltos en un cálido torbellino que arrastraba sus deliciosas figuras a un río de lava templada. Cerraron la cancela de golpe, atravesaron la pomposa pieza directos a lo oscuro y dieron rienda suelta a su infinita imaginación. Podéis utilizar la vuestra para intuir lo que ocurrió desde que entraron por la puerta hasta quedar sin un ápice de energía, provistos de semejante arsenal erótico, seducidos por la dulce impotencia de los amarres, el suave escozor de las fustas, la fantasía de la interpretación y el placer infinito de hacer el amor queriéndose, intercalando delicadeza, bravura y sentimientos. Conociéndolos, estaba claro que iban a disfrutar de cada segundo como si fuera el último, como si les fuera la vida en ello, como si al cerrar los ojos supieran que no iban a despertar. Solo puedo adelantar que terminaron viendo amanecer a través del ventanal, en un envolvente sofá de sedoso tapizado, respirando amor de novela y sujetando una taza de café recién hecho, mientras atendían, embelesados, cómo pequeños copos de nieve creaban lentamente un aterciopelado manto blanco en aquella hermosa ciudad, donde el destino les encontró, desnudos y abrazados en silencio.

La magia no surge sola. A veces hay que buscarla en los ojos adecuados.

Índice

Prólogo 7
Capítulo I. Mirando hacia adelante 9
Capítulo II. Consecuencias 49
Capítulo III. Emociones perseguidas 85
Capítulo IV. Despertando sueños 133
Capítulo V. Bailando en la hoguera 179
Capítulo VI. After party 211
Capítulo VII. Evocando certidumbre 243
Capítulo VIII. Afrontando el vuelo 289
Capítulo IX. Conflictos frustrados 327
Capítulo X. Fresco esbozo 371
Capítulo XI. Horizonte vecino 407
Capítulo XII. Del edén a la odisea 451
Capítulo XIII. Conscientes 479